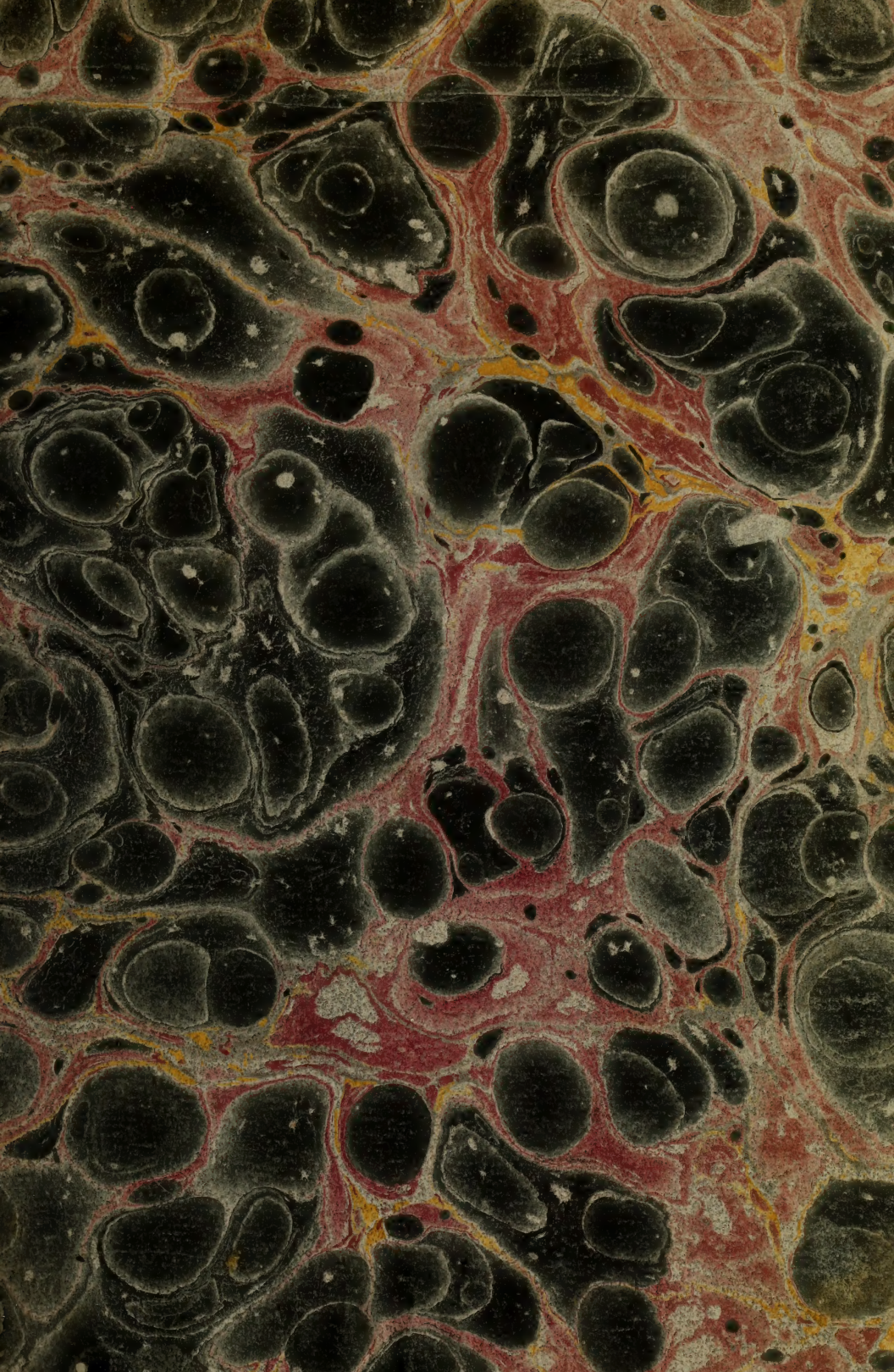
3 1761 09546006 9



DOÑA BLANCA

DE NAVARRA.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/doablancadenavar00nava

Lit. de J. Donon y Cª cª Monier.

F. Navarro Villoslada

LS
N3228d

DOÑA BLANCA

DE NAVARRA,

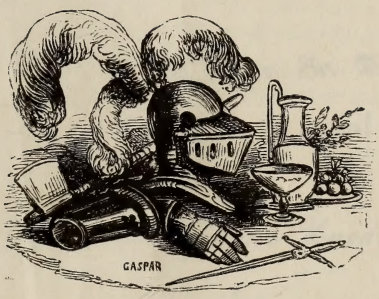
POR

D. F. Navarro Villoslada.

TERCERA EDICION,

CORREJIDA Y AUMENTADA CON UNA SEGUNDA PARTE.

Grabados ejecutados por los mejores artistas españoles.



322031
10. 12. 35

MADRID:
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES.
Calle del Príncipe núm. 4.

1847.

DOÑA BLANCA DE NAVARRA.

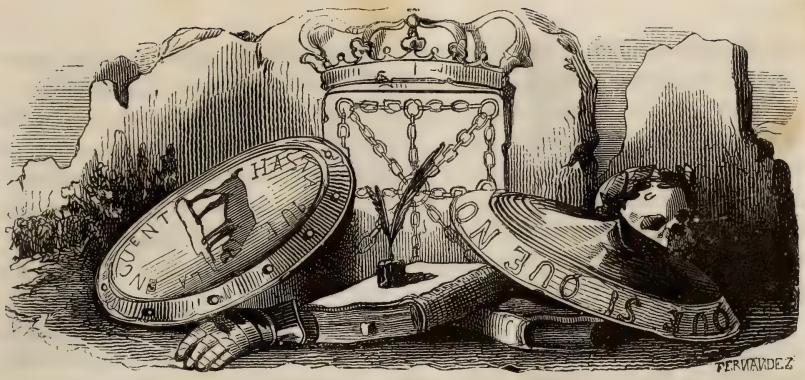
PRIMERA PARTE.

LA PRINCESA DE VIANA.

Al Exmo. Sr. D. Pedro de Egaña.

Por prenda de cordial y perdurable amistad,

Francisco Navarro Villoslada.



PRÓLOGO.

En la segunda edicion de esta obra decia el autor:

«Con el título de La Princesa de Viana se »publicó en el Siglo Pintoresco, periódico men»sual, y en el espacio de medio año la presente »Crónica. Instado por algunas personas que que»rian tenerla en un volúmen, se decidió el au»tor á reimprimirla en El Español, con las »correcciones de que tanto habia menester una obra escrita en parte simultá»neamente con el primer tomo del Antecristo, y cuando el autor dirijia cuatro »periódicos: El Español, La Revista Literaria, El Siglo Pintoresco y el Se»manario Pintoresco Español.»

«A las primeras pájinas conoció que tenia que correjir, no solo el estilo, »sino el plan de la novela; y muy desde el principio introdujo en ella nuevos »personajes, formó nuevos capítulos, desechó muchos de los antiguos, y sobre »el mismo fondo histórico de la obra, formó otra nueva, que es la que hoy pre»senta con el título de Doña Blanca de Navarra.»

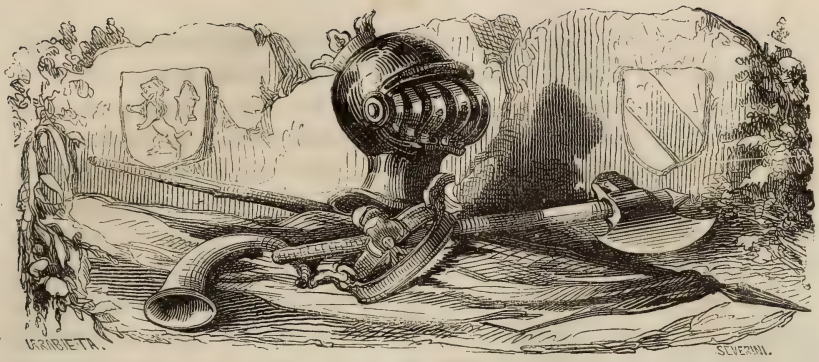
No es mero capricho, ni ecsijencia de los Editores, ni mucho menos es una mira de especulacion el añadir una segunda parte á la novela que al parecer termina en los sucesos del castillo de Ortés. Doña Blanca de Navarra y Quince dias de Reinado, son en verdad dos novelas distintas; pero entrambas se concibie-

ron al mismo tiempo; y si el interés queda cuasi del todo satisfecho en la primera, el pensamiento moral no se desarrolla ni se completa hasta la segunda.

Esta trabazon, la única ámi modo de ver que puede ecsistir entre dos partes de una misma obra de imajinacion, me autoriza á publicar entrambas bajo un título comun y en un solo volumen, y cuando los lectores vean que desde las primeras pájinas de la segunda parte comienzan á figurar los personajes mas importantes de la primera, anudando todos los hilos del tejido dramático de esta, se me figura que seré absuelto fácilmente de mi falta, y aun quizá motejado por algunos de nimio y escrupuloso.

Nadie lo es, sin embargo, en demasía cuando se dirije al público, y mucho menos el autor de esta obra, que acostumbrado á tratarle quizá con demasiada familiaridad desde la tribuna de la prensa, tiene que pedirle perdon por la lijereza con que escribe estas obras, que requieren otro asiento, otra holgura y tranquilidad de ánimo de que el autor, envuelto mal su grado en el torbellino de la política, no disfruta.

Niño todavía y desvalido mi injenio en este linaje de obras, natural era que fuese acojido con arrullos, que no han sido poderosos para adormecerme. Por el contrario, me han servido de estímulo para aspirar á merecer en esta TERCERA EDICION, sino la severidad que troncha las plantas débiles, tampoco los muelles halagos que las doblegan y marchitan.



CAPÍTULO PRIMERO.

De como mosen Pierres de Peralta conoció que la villana de Mendavia no era lo que parecia.

Ibase precipitando el otoño de 1461 en los áridos brazos del invierno, cuando á la puerta de una choza del arrabal de Mendavia, pequeña villa de Navarra, donde tuvieron principio los estraordinarios acontecimientos que vamos á referir, se apareció una jentil y apuesta villana, que fué á sentarse en un banco de tosca piedra que al lado yacía, bajo el frondoso toldo de pámpanos y dorados racimos que coronaba el pajizo techo de la cabaña. Púsose luego á retorcer con su pequeña y delicada mano el pardo lino, sujeto á la recien labrada rueca; pero sus dedos, cuya blancura hacía resaltar el moreno copo, se mostraban algo torpes en tan grosero ejercicio.

Aparentaba la hilandera unos treinta años de edad; y por su altivo continente, y por la peregrina perfeccion y dignidad de sus facciones, hubiérasela tenido por una de aquellas matronas romanas, que

desde los mas elevados puestos de la república dominadora del mundo, pasaban sin pena á la oscuridad de la vida doméstica.

Contaba en aquella época la muy noble villa de Mendavia unos ochenta y dos vecinos cristianos, y algunos judios, y pertenecia al muy magnífico señor don Luis de Beaumont, conde de Lerin, por la sencilla razon de que al rey don Juan II, que á favor de las revueltas y disturbios se burlaba ya de las córtes y de los fueros, se le habia antojado quitársela á don Iñigo de Stúñiga su lejítimo dueño. No hacía mucho tiempo que la villa tenia doble número de habitantes; pues, amen de los nobles, pasarian de mil los labradores; pero las guerras intestinas en que estaba ardiendo el reino de Navarra, asolaron de tal manera á Mendavia, que los vecinos pecheros quedaron reducidos á diez, y estos muy pobres.

Mencionamos este hecho para que el discreto lector, despues de saber que en igual proporcion se amenguaba la poblacion de todo el reino; pueda hacerse cargo de lo mal parada que estaria entonces aquella monarquia.

Uno de los diez labradores pobres que habian sobrevivido á los desastres de una guerra civil, al parecer interminable, era Fortuño Garcés, que en compañía de Aldonza, su lejítima consorte, ejercia aquella honrosa y venerable profesion, considerada entonces como una de las mas viles y despreciables de la tierra. ¡Tal era el vuelco que habian recibido las ideas, cuando en tiempos no muy lejanos se vieron reyes que al empuñar el cetro, tenian que soltar la esteva de sus manos!

Pero ni su pobreza, ni su degradacion social eran obstáculos poderosos á impedir que Fortuño y Aldonza tuviesen virtudes; y lo que es mas, virtudes como la hospitalidad que suelen costar dinero.

Pocos dias antes asomó tímidamente la cabeza por las bardas del corral la jentil labradora de quien vamos hablando, desconocida de toda la vecindad; y como este acontecimiento hubiese despertado la curiosidad ociosa, los honrados huéspedes decian á cuantos iban á informarse de lo que no debia importarles, que la recien venida era una cuñada de la tia de la suegra de un hermano suyo, avecindado en Dueñas, y que habiendo muerto el hermano de la suegra, de la tia de su cuñada, venia la infeliz á refujiarse al único abrigo que la esperaba... al seno de sus mas prócsimos parientes! Quedaban ellos, al parecer, enteramente convencidos, lo cual no depone muy en favor de su caletre; bien que algunas crónicas afirman que, magüer no les satisfaciesen mucho que digamos tan incontestables razones, cuando menos guardaban silencio; lo cual demuestra que debia sobrarles circunspeccion y prudencia.

La misma soberana hermosura y melancólica dignidad del sem-

blante de la castellana, bastaban tambien para imponerles respeto; y su mucha gravedad y retraimiento la ponian al abrigo de las murmuraciones.

Era la tarde, habia llovido, y la forastera se hallaba enteramente sola en casa; y queriendo acaso respirar el aire del campo, ó temiendo que la tristeza se apoderase de su corazon dentro de aquel angosto, oscuro y miserable recinto; salió con la rueca en la cintura á continuar su tarea fuera de la puerta de la cabaña; desde la cual, se descubria una dilatada pradera, que el Ebro regalaba con sus bulliciosas ondas, y que frondosas colinas coronaban subiendo en escalones jigantescos hasta convertirse en azuladas montañas. Bañaba la gallarda labradora las pardas hebras del lino mas bien con lágrimas de sus ojos que con la humedad de sus labios, volviendo el rostro á cada instante; recelosa y estremecida al mas leve rumor que en torno resonase, como corcilla temerosa que mas de una vez ha burlado la activa persecucion de los cazadores.

Pero como viese que nadie la miraba, como creyese vanos sus recelos, dejó caer el huso de las manos; sacó la rueca de la cintura, arrojándola con cierto majestuoso desden, y tendió sus miradas por la dilatada llanura, elevándolas de vez en cuando al firmamento.

Brillaron entonces sus rasgados ojos con un rayo de melancólica alegría, y se dilataron ávidamente sus negras pupilas, como si quisiesen abarcar el inmenso panorama, y el encantador conjunto de aquella fecunda naturaleza.

El tosco, pero cándido lino de las tocas que le cubrian el seno, retemblaba como las blancas hojas del chopo, como la instable superficie de la cuajada leche, revelando la ajitacion de su pecho cada vez mas estremada: hasta que no pudiendo contenerse, prorrumpió con lastimera voz en estas sentidas palabras:

—¡Qué hermoso es el campo, Dios mio, para quien puede verle esento de cuidados, y disfrutar con tranquilidad y holgura de sus encantos! ¡Oh! si alguna cosa es capaz de hacerme olvidar los amargos dias de mi pasada vida, es sin duda este suave perfume que ecshalan las flores escondidas al abrir sus cálices sedientos cuando con plácida lluvia las regala el cielo! Bello es este ambiente que dilata mi pecho, esta luz que ilumina mi corazon, esta soledad que nada me hace temer. ¡Sola! ¡Dios mio, siempre sola, y á merced de estraños; contrariada en todos mis gustos, aun los mas inocentes y sencillos; repudiada por mi marido; perseguida de muerte por mi padre, y privada hasta de los consuelos de un hermano, del único ser á quien amo y á quien sin duda por eso tan cobarde y vilmente han engañado para tenerle sumido en un calabozo! No hay en el mundo un palmo de tier-

ra donde pueda ocultarme de mis perseguidores, y sin embargo..... añadió estremeciéndose súbitamente al ocurrirla este pensamiento, y sin embargo... quizá todo cuanto veo, todo es mio!

Sin duda la posesion de lo que miraba no podia verificarse sin alguna terrible y nueva desgracia; pues que al tropezar su alma con aquella idea, habia sentido una conmocion moral semejante á la conmocion física que se esperimenta al contacto de un cuerpo electrizado.

—¡Cárlos! prosiguió la labradora con los ojos arrasados de lágrimas. ¡Cárlos, hermano mio! ¿Se contentarán nuestros enemigos con retenerte á tí en prisiones, y con perseguirme á mí para privarme de la libertad? ¿Qué presiente mi corazon con esta melancolía que le devora? ¡Cárlos! Escucharás tal vez los sentidos acentos de tu hermana, sonriéndote de las amarguras del mundo, desde el lugar que Dios ha destinado á los justos para su descanso eterno? ¿Me habrás dejado en herencia con todos tus derechos, toda tu desventura?

Mas dijera la jentil villana, mas hubiese aclarado el enigma de sus primeras palabras, si creyendo escuchar algun rumor estraño no se levantára de repente.

—¡Gran Dios! esclamó con inquietud, siento pasos dentro de casa: será tal vez la pobre anciana que cuida de mí con tanto cariño. Mis enemigos ignoran que yo me oculto en este sitio: el miedo. el sobresalto en que vivo hace tantos años es quien ecsaltan mi imajinacion, y finje estos rumores.

La mano del sublime pintor de la naturaleza trazaba entonces al oriente un arco iris, y la villana quedóse dulcemente embebecida contemplando aquel suave y magnífico meteoro, siempre consolador, y ahora mas que nunca presago para ella de ventura.

Continuaban sin embargio los rumores. Dos caballeros completamente armados de pies á cabeza, habian penetrado en la casa por la puerta trasera que daba á los corrales, donde á la sazon Aldonza se encontraba. Quiso la vieja dar voces; pero al verse con una daga en la garganta, tuvo que guardar silencio.

La disfrazada labradora hubiera sentido el roce de las armaduras, si en aquel mismo instante no le llamara la atencion un gallardo mancebo, que por la parte del campo venia hácia ella, contemplándola con inefable dulzura.

Era este el hijo de Samuel, uno de los vecinos judíos de la villa, que al poco tiempo de la aparicion de la castellana, se habia convertido al cristianismo, bautizándose con el nombre de Jimeno; porque Jimena se hacia llamar la desconocida.

Estos dos hechos referidos sencillamente, nos ahorran de algunos párrafos de ponderaciones hiperbólicas acerca del profundo amor que

atesoraba el corazon del antiguo israelita. Solo tenemos que advertir, que su pasion, tal vez por ser tan grande, estaba contenida dentro de los límites del respeto. Acaso la villana descubrió la profunda impresion que su hermosura causaba; tal vez no la enojaba el descubrimiento, pero se guardaba muy bien de alentar una pasion imposible... desatinada, loca.

¡Pobre Jimeno, si hubiera llegado á sospechar el abismo que entre los dos se abria! Afortunadamente lo ignoraba, y la ignorancia es el bálsamo consolador de la mitad del jénero humano.

Mientras fuera de la casa departian ambos amigablemente, uno de los caballeros observaba en el interior, por entre los calados hierros de la visera, el rostro de Jimena, y aun aplicando el oido, maldecia en sus adentros tal artífice que habia cargado la celada con tanto hierro, que le impedia entender ni una sola de las incompletas frases de la conversacion de los villanos.

Todas las apariencias indicaban que el compañero del curioso observador, no tenia el mayor empeño en hacer descubrimiento alguno; pues limitándose á vijilar á la amedrentada dueña, daba de cuando en cuando evidentes señales de impaciencia, y aun de fastidio.

—Ella es, Sancho, dijo el primero en voz baja, y con acento conmovido.

—Imposible, mosen Pierres, contestó el aburrido con el mismo tono.

—¿Empiezas ya con tu sempiterna manía de contradecir?

—Empiezo y concluyo sosteniendo contra cualquiera bien-nacido, que esa no es la persona á quien buscamos.

—Pues qué; ¿la conoces tú, Sancho, por ventura?

—No la conozco, ni he menester conocerla.

—Pero; ¿sabes á quien venimos buscando?

—¡Voto al diablo! ¿Cómo quereis que lo sepa, cuando solo me habeis dicho: «Sancho amigo, tal vez tengamos que andar á cuchilladas con los Beamonteses, porque vamos á robarles la mas hermosa dama de las orillas del Ebro; sé que te pintas solo para estos lances?..» Monto á caballo, vengo, y... yo no veo que *eso* tenga trazas de dama, sino de una miserable labradora, indigna de los honores de un rapto.

—¡Ah! sino tienes otras pruebas, Sancho, creo que te engañan las apariencias. *Eso*, como tú has dicho con tan enérjico desprecio, *eso*, que te parece una villana, es una señora.

—Imposible!

—Una gran señora.

—¿Me teneis por un niño?

—Una princesa.

—¡Condestable!

—Y quiza, quizá, es una reina.

—Proseguid, y acabareis por hacerla diosa.

—Sancho hermano, si yo fuese partidario suyo, te diria: «esa es tu reina» y tendrias que hincarte de rodillas delante de ella, y venerarla como á Dios, dijo mosen Pierres de Peralta, con todo el entusiasmo monárquico de aquella época en que se miraba á los reyes como divinos, y se les trataba peor que á humanos.

—¿Por quien teneis, pues, á esa villana que no parece sino que os ha hechizado? preguntó el guerrero con la curiosidad y asombro suficientes, para venir á colocarse cerca del agujero desde donde miraba el Condestable á los de afuera, que platicaban sosegados.

—Si no me engañan mis ojos, que no la han visto hace muchos años, es la hija de nuestro señor rey don Juan II de Aragon y de Navarra.

—¿Doña Leonor de Fox?

—Doña Blanca de Navarra.

—¡Cómo! ¡La princesa de Viana!

—Sí, la hermana y heredera del infortunado y rebelde Cárlos, príncipe de Viana, á quien el partido beamontés ha reconocido y aclamado por nuestro lejítimo rey y natural señor.

—Os repito, que no puede ser. La princesa doña Blanca, debe estar ahora en no sé qué pueblo de Castilla... Y sobre todo, que sea, que no sea, poco se pierde en robarla, trasladándola por algunos dias á vuestro castillo de Peralta, donde tendrá un hospedaje mas digno, ó de su escelso linaje, ó de su hermosura.

—Es que si esta no fuese doña Blanca, de quien debo apoderarme en nombre del rey su padre, maldita la gracia que tendria esponernos por una villana á entrar en combate con toda la guarnicion del castillo de Mendavia, reforzada ahora por la llegada del conde de Lerin.

—Pronto saldremos de dudas, dijo Sancho; y dando tres pasos en la choza y amarrando á la dueña por la garganta, con una sola mano, añadió brutalmente: ¡Ea! bruja maldita, dinos la verdad, ó con dos dedos te ahogo lo mismo que á un pichon: ¿quién es la moza que tienes en casa?

—Señor, deuda mia es, Aldonza respondió temblando.

—Mientes, vieja de Satanás, le interrumpió Sancho, apretando un poco el dedo pulgar y el indice, que parecian una tenaza de hierro. Y no me chilles, continuó; que si aprieto un poco mas, no vuelves á murmurar en lo poco que te falta de vida.

—¡Por Dios!... suélteme su merced... Señor caballero... Es cierto

que no es parienta mia... pero, no la conozco... Créame vuesa merced : aquí la trajo un caballero... como vos... calada la visera : entregó un bolson á mi marido Fortuño..... habló con él... y se marchó sin descubrirse...

—¿Qué señas tenia? preguntó mosen Pierres.

—Ne le ví la cara, á fe de Aldonza..... como no se la veo á sus mercedes.

—¿Era pequeño, no muy gordo... de voz áspera... seca?...

—Si, señor... si...

—El conde de Lerin ! dijo Peralta. Sin embargo, todavía temo equivocarme. Es muy espuesto habérnoslas con toda la guarnicion de la villa.

—¿Y por qué nó, si estamos armados?

—¿Pero no reparas que nos hemos metido en un pueblo rebelde que pertenece en cuerpo y alma á ese viejo conde de Lerin, cabeza del bando del príncipe y de la princesa de Viana contra el rey nuestro señor? ¿No reparas con esa tu terquedad, que Dios maldiga, que el pueblo mas cercano de nuestro bando dista tres leguas mortales de camino mas llano que esa pradera, y nos podrian dar alcance los mesnaderos del conde?

—Sabeis qué significa todo eso en buen romance?

—Significa, respondió mosen Pierres de Peralta, que desde el dia en que se desposó doña Blanca en Valladolid con don Enrique de Castilla, no he vuelto á verla, y temo que su fisonomía se me haya despintado.

—¡Gentil modo de disculparse! repuso el obstinado Sancho : todo eso es miedo, y nada mas.

—¡Voto á san Fermin, nuestro patron bendito, esclamó mosen Pierres, con ira mal reprimida, que cuando acierte á salir de este pantano he de castigar tamaña insolencia!

—Pues de este pantano salimos muy fácilmente. ¿Teneis duda de si es la princesa la apuesta villana que charla con ese mancebo que parece un novicio del monasterio de Leyre? Pronto voy á saberlo.

—De qué modo?

—Lo vereis.--Vamos, honrada bruja, añadió el áspero caballero, ¿cómo se llama esa rapaza?

—Jimena, señor.

—Pues bien; doy treguas un instante á tu garganta de pergamino, para que en alta voz llames á tu huésped.

—¡Jimena! gritó la anciana con trémulo y ronco acento, al que quiso dar cierta modulacion particular, como si en esta palabra comprendiese un aviso, una reprension, y una despedida.

La villana hizo un leve ademan como de alzar los hombros: volvió luego hácia la cabaña su rostro, dulce entonces y sereno, y tornó á decir *A Dios* al ufano mancebo.

—¡Doña Blanca, doña Blanca! esclamó de pronto el atrevido guerrero con un acento que atronó el ámbito reducido de la choza.

Pero antes que hubiese pronunciado por segunda vez este nombre; ya la princesa, lanzando un grito agudo habia echado á correr desatentada hácia la hermita de nuestra señora de Legarda, que se alza en medio de la pradera, y cerca de la cual pacia una torada.

Jimeno la seguia de cerca, procurando en vano detenerla con sus vozes.

—¿Lo ves, pecador de mí? dijo el condestable: ves como con tu maldita obstinacion has ahuyentado la caza?

—Nada de eso, respondió Sancho con mucha calma; cuando la paloma se escapa de las redes, se coje una ballesta, y con la punta de un venablo se la sorprende en medio de su remontado vuelo.

—¿Qué vas á hacer, desdichado?

—A disparar contra ella. Al fin, ¿para qué la quiere el rey, sino para darla un jicarazo, como ha hecho con su hermano el príncipe de Viana.

—Es hija de tu rey, detente: es preciso apoderarnos de ella sin causarla el mas leve daño. Tú no sabes..... Es condicion precisa para cierto enlace. ¿Pero lo ves? ya es tarde..... Un novillo se desmanda de la torada..... le sale al encuentro, la persigue..... la acosa..... la princesa ha caido de rodillas..... El toro la acomete..... ¡Infeliz! ¡infeliz! ¡ya no hay remedio!

Un grito de terror salió de aquella choza, escapado únicamente de los lábios de dos personajes que en ella se albergaban.

El soberbio animal bramando de coraje, y mas irritado con la fuga y los vivos colores del brial de la princesa; bajaba ya la testuz para clavar sus agudas hastas, cuando el robusto mancebo que la seguia se interpuso repentinamente delante del toro, sosteniendo con él una lucha rabiosa y desesperada, que no hubiera podido continuar por mucho tiempo, si, rápido como el relámpago y con agudo silvo no hubiese venido un venablo á enclavarse diestramente en el corazon del bruto, que doblando las rodillas bajo los hercúleos brazos de Jimeno, cayó revolcándose en su propia sangre.

Aquel venablo, como supondrán nuestros lectores, habia salido de la ballesta de Sancho, que al oir esclamar á mosen Pierres de Peralta que ya no habia remedio para doña Blanca, solo por probarle lo contrario, arrojó la flecha con la indiferencia que lo hubiera hecho teniendo por blanco el pecho de la princesa.

Cayó esta desmayada con el susto y la ajitacion, y ambos caballeros pudieron fácilmente transportarla á la cabaña, desde la cual poniéndola en el arzon delantero de uno de sus mejores caballos, á todo escape se encaminaron Ebro abajo.

CAPÍTULO II.

De cómo Jimeno dió muchos pasos en balde para averiguar lo que irá sabiendo el curioso lector, sin necesidad de mover un pie.

CUENTA el coronista de esta peregrina historia que el recien convertido israelita se quedó como quien vé visiones: y aun añaden algunos manuscritos de un fraile de Irache, muerto en olor de santidad; que realmente le parecian fantasmas, ó trasgos, ó sombras de mal agüero los desalmados que tan inicuamente se apoderaron de doña Blanca. Y en efecto, aquella presteza en el obrar, aquella parsimonia en el decir, y aquella facilidad en hurtar princesas; mas que cosas naturales y corrientes, debieron ser, aun para el buen fraile que solo las supo de oidas, artes diabólicas y de encantamento: cuanto mas para Jimeno, ante cuyos atónitos ojos pasaron como ensueños.

Magullado por el toro, ecshausto de fuerzas, solo, y sin mas armas que sus rozadas y desnudas manos; ninguna resistencia pudo oponer á los asesinos de su dicha. Empero á su propia debilidad é impotencia debió sin duda la vida, la cual, aunque en aquellos momentos no era para él un don muy apreciable, no debia sin embargo serle tan enojoso andando el tiempo.

Este tiempo anduvo muy pronto.

—Es preciso salvarla: es preciso vivir para derramar por ella hasta mi última gota de sangre.

Tal fué la resolucion del gallardo jóven al salir de su estupor: y en su fisonomía dulce y tímida anteriormente, aparecieron rasgos de valor, de audacia y enerjía, que dieron nueva espresion y nueva hermosura á su semblante.

Es admirable la facilidad que tiene el hombre para formar propósitos, y mucho mas siendo malos; como es igualmente maravillosa la dificultad de cumplirlos, y sobre todo, cuando son buenos. Esta reflecsion, que, por cierto, no es del monje de Irache, nos ha caido en mientes al transcribir las palabras del hijo de Samuel; el cual despues de haberlas pronunciado, se mostró tan animoso como si nada le faltase para rescatar á la princesa y vengarla de sus enemigos.

Entre la cabeza y el corazon de un jóven no media esa distancia aterradora de la reflexion, que los años van ahondando y convirtiendo en un abismo.

¿Adonde se han llevado á Jimena? ¿Quiénes son sus perseguidores? ¿Por qué la han arrebatado de casa de sus parientes? ¿quién es ella? ¿Quién soy yo para libertarla? ¿Con qué medios cuento para el buen écsito de mi empresa?

Hé aquí las reflecsiones que tuvo por conveniente omitir el mancebo. A ninguna de ellas podia responder: hé aquí el abismo abierto á sus plantas.

Mas para todas aquellas preguntas, tenia una respuesta vaga, instintiva y satisfactoria.

—Quiero saberlo todo: quiero salvarla, á costa de mi vida.

Jimeno, pues, tenia mas de la mitad del camino andado para conseguirlo.

Y tal era la fuerza de su voluntad, que olvidándose de su magullamiento, de su cansancio y de su postracion, con animosa fázy firme paso se dirijió á la cabaña.

—¡Aldonza! ¡Aldonza!... aun antes de llegar esclamó el mancebo con una voz tan llena y robusta, que para la vieja fué desconocida.

—¡Aldonza! tornó á llamar en el umbral de la choza.

—Pase..... su merced..... adelante, respondió en tres tiempos la buena mujer, que salió sollozando, y con la punta de su delantal en los ojos.

—¡A mí su merced! Pues qué, ¿no me conoces?

—¡Simon..... digo Jimeno; ¿No te han muerto?

—¡Ea! No es tiempo de andarse en lloriqueos, Aldonza: la interrumpió el mancebo con una superioridad y una firmeza, de que nadie

le hubiese creido capaz. ¿Has conocido á esos hombres?

—No.

—¿Qué te han dicho?

—No sé lo que me han dicho: sé lo que me han hecho.

—¿Se han dejado olvidada alguna arma, alguna cosa?

—Me han puesto una argolla á la garganta.

—¡Oh! yo creo que te han trastornado el juicio, repuso el hijo de Samuel con impaciencia. Responde, prosiguió; responde por Dios. ¿Han dicho algo? ¿Qué nombre se han dado?

—¡Sancho! Sancho se llama mi verdugo, dijo Aldonza, cuyo mas vivo recuerdo debia corresponder á su sensacion mas dolorosa.

—¡Sancho! Bien está. ¿Qué traza tiene ese hombre?

—Es un diablo vestido de hierro, y con unas fuerzas... !un terco que siempre está disputando..... yo nada comprendí; pero bastaba que el uno dijese aches, para que el otro dijese erres.

—Conque nada mas sabes sino que uno de ellos se llama Sancho, que este Sancho es terco, forzudo y que disputa mucho?

--- Nada mas.

--¿Tiene tu sobrina ó parienta, algun amante, algun enemigo que se llame Sancho? preguntó Jimeno con los ojos inflamados por la venganza.

---¡Desdichada de mí! ¡Quién me ha metido á recibir parientes que Dios no me ha dado!

---Pues, ¿quién es ella?

---¿Qué sé yo?

---¿Quién la trajo aquí? gritó Gimeno con enerjía salvaje.

La vieja le miraba con asombro, y apenas podia creer que tenia delante al humilde judio de antaño.

---¿Quién la trajo aquí? tornó á decir el jóven con irresistible acento, haciendo una de esas preguntas que traen respuesta aparejada.

---Nuestro señor, el conde de Lerin, contestó Aldonza como si dejase caer un peso de su alma.

Apenas oyó Gimeno estas palabras, cuando sin pronunciar una sola, sin dirijir á la vieja una mirada, volvió súbitamente las espaldas: y con el mismo paso acelerado y resuelto que habia traido, con la misma audaz espresion en el semblante, se apartó de la choza y comenzó á subir el ágria cuesta que conduce al casco amurallado de la villa.

¿Cuáles eran sus intentos? ¿Ver acaso al contestable conde de Lerin, caudillo del bando agramontés, señor de aquella comarca, y mas poderoso tal vez dentro de Navarra que el mismo rey contra quien se habia rebelado?

Semejante proyecto, que ni aun en sueños le hubiera ocurrido dias antes, ahora le parecia natural, sencillo y hacedero.

Pasó, pues, bajo la prolongada bóveda de la puerta del mediodia, y se dirijó á la izquierda por una calle recta aunque angosta, que iba á desembocar frente de la fachada principal del alcázar, cuya última torre delgada y altiva como el pino que arranca del borde de un precipicio, hemos visto derribada á impulsos de un pensamiento revolucionario que se traga en un dia el alimento de cien siglos.

Los honrados vecinos de Mendavia que tropezaban con Gimeno, quedaban contemplándole con cierto jesto que queria decir:

¿Qué tendrá hoy el cristiano nuevo, que pasa sin rubor delante de nosotros?..

Y encojiéndose de hombros se alejaban, medio asombrados, medio ofendidos.

Esta misma arrogancia debió servirle para que los centinelas, pajes y escuderos, por un movimiento instintivo le abriesen de par en par las puertas del alcázar.

Un rubicundo pajecillo, que, por lo que despues veremos, debia de ser nuevo en la villa, entró en un salon espacioso, oscuro y modestamente adornado de bancos y sillones de encina; y volviendo la cabeza á todas partes, despues de haber llegado al medio del aposento, dió algunos pasos para salir, por no haber encontrado lo que buscaba; cuando una lijera y oportuna tosecilla le hizo detener, echar mano á la gorra que traia puesta y dirijirse con respeto adonde primeramente se habia encaminado.

--¡Señor Condestable!.. dijo el paje á un hombrecillo que envuelto en una túnica forrada de pieles blancas, y sumido en un enorme sillon de baqueta, estaba escribiendo delante de una mesa todavía mas enorme, sobre la cual llegaban horizontales los débiles rayos del crepúsculo vespersino.

Levantó el de las pieles la cabeza, y brillaron en la penumbra dos ojos pequeños, vivos y penetrantes.

--¿Qué hay? respondió el condestable de Navarra, ó conde de Lerin con una voz seca, pero bronca y cavernosa, que parecia salir de un jigante tendido en el suelo.

Pero antes de pasar adelante, para evitar confusiones debemos advertir al lector, que entre los muchos males que acarrean las guerras civiles, ocasionan tambien por via de compensacion grandes bienes; y uno de ellos es que la república tenga á pares los principales empleos. No suele hallarse por esto mejor servida; pero en cambio nadie le quita el gusto de pagar doble número de servidores.

Tan Condestable de Navarra se creía y se cobraba mosen Pierres de Peralta, vasallo del rey don Juan; como el conde de Lerin que le hacia la guerra. Si hubiesen vivido en estos tiempos, á uno de los dos

le habriamos aplicado el consabido epiteto de *el titulado*, ó la muletilla de el *ex;* pero como pasa mucho de trescientos años la delantera que nos han tomado para venir al mundo, no nos parece prudente hacer inútiles y tardías innovaciones.

Anudemos ahora el hilo de nuestra historia.

---Perdonad, señor, dijo el impertinente pajecillo, no os habia visto.

---A mí no se me vé, repuso el conde como picado; pero se me siente.

---Señor, añadio el pa e esquivando discretamente la cuestion, aquí ha llegado un mancebo vestido de pardo... así como de villano; pero tiene la cara de príncipe, y manda con tal imperio que no he podido menos de hacerle entrar...

—Hasta el zaguan.

—Hasta aquí.

—¡Bá! dijo el conde sonriéndose; pues si tú no has podido menos de hacerle entrar hasta aquí, no es cosa de haceros salir á tí y al príncipe por el balcon. Dile que pase adelante... con franqueza, sin temor alguno.

El paje salió temblando, despues de haber hecho al conde profundas reverencias.

Aquella sonrisa, y tono chancero tan raros en su señor, le volvieron mas pálido que la cera.

Sin embargo, no tenia el buen paje por qué asustarse: eran natural efecto de uno de los pocos momentos de satisfaccion interior de que gozan hombres tan bulliciosos é inquietos como el conde de Lerin.

Era don Luis de Beaumont tan buen guerrero, como eminente político; tan valiente como sagaz; pero tan desalmado como sagaz y valiente. Es una fatalidad que la fama de gran capitan y de consumado repúblico puedan ir tan raras veces acompañadas de la fama de hombre de bien.

Para pintar de un rasgo á este personaje diriamos que habia sido el César Borja de su época, si el César Borja no hubiese ecsistido en la época del condestable; y por cierto que cinco lustros despues vino á morir á manos de los partidarios del conde, en el término de esta misma villa de Mendavia de que vamos hablando. Pero ya que no puede aplicársele calificacion semejante, diremos con mas propiedad y esactitud que el conde de Lerin era el César Borja de Navarra.

Acababa entonces de dar la última mano á una carta que habia comenzado con visible satisfaccion política, y concluido con notable satisfaccion literaria; y en este feliz momento en que la ambicion y el

Lám 1

amor propio le sonreian á porfia, vino á interrumpirle el paje con su estraña embajada.

Apenas dirijió al criado las últimas palabras, tornó el conde á saborear, no sabemos si sus conceptos, ó sus planes, y pasó los ojos por el pergamino que decia así:

«A nuestro muy caro, y muy amado, y egregio conde de Pallars.

«La nueva de la muerte del Rey Nuestro Señor, Cárlos el IV »(Q. D. H. E. G.) ha aflijido nuestro corazon; y mucho mas sabiendo »que la voluntad de Dios no era de llamarlo para sí tan pronto; á no »haberse interpuesto la mano de su hermana y de su madrastra, que »con yerbas ponzoñosas han malogrado los grandes pensamientos que »Dios nuestro señor habia fundado sobre el infeliz monarca. Tambien »tenemos que lamentar los inauditos robos, asesinatos y tropelías que »comete en nuestras tierras el bandido Sancho de Rota, que nos va »privando de nuestros mas leales amigos y cumplidos caballeros. Pero »en medio de tanta calamidad, podemos consolarnos con la seguri»dad del triunfo de nuestra santa causa, en cuyo nombre nos hemos »apoderado de las buenas villas de La Guardia, San Vicente, Los Ar»cos, Lumbier y Viana, de cuyo castillo salió el altivo mosen Pierres »de Peralta vestido de luto por una puerta, mientras entrábamos por »otra cubiertos de gloria.

«Asimismo debemos al Señor la ventura de tener en poder nuestro »á la muy ilustre princesa doña Blanca; á quien, como heredera de los »derechos y títulos del rey Cárlos, su hermano; debemos proclamar »por reina nuestra y señora natural.

«Con este objeto tratamos de llamar á todos los ricos homes, pre»lados, títulos y buenas villas de Navarra, para reunirnos en Córtes y »alzar sobre el paves á la muy ilustre y magnífica princesa de Viana; »por lo cual es preciso que vos torneis desde esas tierras del principa»do de Cataluña á levantar el grito, para ver si alcanzais mas fortuna »que hace cuatro meses; ó de no, para ver si distraeis las fuerzas del »rey don Juan, mientras las Córtes hacen su oficio en el reino.

«La desgraciada princesa doña Blanca, que á semejanza de su her»mano Cárlos, y por su mismo delito de heredar la corona, es perse»guida desde su cuna, nada sabe de nuestros justos intentos; diré »mas, nada sabe de la muerte de su hermano. Ocultarle lo primero »me ha parecido conveniente, por si su timidez y escrúpulos filiales »pudiesen oponernos algun obstáculo; lo segundo, para mayor segu»ridad de lo primero, y... para no aflijir aun mas su lacerado corazon.

«Despues de haberla sacado de prisiones, no ha querido encer»rarse en uno de mis castillos, y prefiere vivir disfrazada de villana,

»con una familia pechera que la desconoce, y con una libertad que »nunca habia disfrutado.

«Está segura, pues, y á buen recaudo, y con el favor de Dios y »con el vuestro, presto dejará el tosco sayal de labradora para ves»tir la púrpura de los reyes.

«Avisad de todo á vuestro amigo y hermano, que queda rogando »á Dios por vuestra salud. Dado en mi alcázar de Mendavia á quince »dias del mes de octubre de 1461...

«El Condestable.»

Mucho antes que el autor hubiese terminado el repaso de su obra, Jimeno estaba en el aposento.

Sintió el conde el ruido de sus pisadas; pero sin embargo no levantó los ojos del pergamino hasta enrollarlo con prolijo esmero.

Esta distraccion afectada, ó calculada descortesía, sirvió de mucho á entrambos personajes: al entrante para reponerse de cierta turbacion que le infundió la oscuridad de la sala, el respeto de la persona que tenia delante de sí, y un súbito rayo de luz que le hizo conocer lo arriesgado de su empresa: al Condestable para lanzar al recien llegado una furtiva mirada, de los pies á la cabeza.

—Adelante, dijo al mancebo que permanecia inmóvil cerca del umbral. ¿Cómo diablos has perdido de repente esa franqueza que te ha traido hasta las puertas de mi cámara?

—Señor, respondió Jimeno con sinceridad, he podido ser audaz hasta que os he visto.

Semejante respuesta hubiera desarmado al conde, aun en sus ratos de mal humor, que solian ser los mas de su vida; considérese, pues, cuán buen efecto producirian en los momentos presentes.

—Vamos, tienes talento y audacia; dos cosas que pueden muy bien estar separadas, repuso el conde acordándose de que en sí propio estaban reunidas en grado tan eminente. Acércate, añadió suavizando la voz. ¿Quién eres?

—Soy el hijo del judío Samuel, vasallo de vuestra grandeza.

—¿Qué pides?

—Venganza... No, no señor; justicia.

—Vamos, esos honrados mendavieses, como son tan buenos cristianos, te habrán hecho alguna mala pasada, ¡pobre judío!

—Señor conde, Jesucristo es mi Dios.

—Tienes razon: te veo con el traje de cristiano, y te creia...

—Señor, dos soldados acaban de arrebatar á una mujer...

—¿Villana, eh?

—Sí señor, villana parecia.

--¡Qué travesura!... ¡Vamos! ¡Si esa jente no puede permanecer ociosa un solo dia! Está visto: tras de un asalto, una batalla; y luego una escaramuza; y luego... Te prometo que no han de tener tiempo mis soldados de volver á entretenerse en semejantes bromas. ¿Y era hermana tuya?

--¡Oh! ¡Mas que hermana!

--¿Tu esposa?

--Señor, respondió Gimeno con súbita enerjía, creyendo desplomar sobre el conde una montaña, como los dioses sobre los jigantes, para vengarse del desprecio con que habia recibido la nueva del atentado. ¡Señor, esa mujer es Jimena, la que moraba en casa de Fortuño y Aldonza!

Quedó el mancebo con los ojos enclavados en el condestable, esperando ver la terrible esplosion que en su concepto debiera seguir á sus palabras.

El conde permaneció un momento silencioso: encojióse luego de hombros, arqueó las cejas, frunció los labios, y con el jesto mas indiferente y el acento mas tranquilo del mundo, contestó:

--No la conozco.

El hijo de Samuel, visiblemente desconcertado, dió un paso atrás.

La noticia que acababa de recibir don Luis de Beaumont, era la mas funesta que á la sazon pudieran darle: echaba por tierra todos sus planes; le confundia, le anonadaba: y sin embargo ninguna impresion visible le habia producido. Quizá en el fondo de su alma esperimentó la mas violenta sacudida; pero aquel hombre tenia sobre sí mismo el imperio suficiente para sostener la inmóvil serenidad de su semblante.

Así la superficie de los mares permanece alguna vez tersa y tranquila como un espejo, mientras el fondo se ajita y hierve al impulso de corrientes encontradas.

César Borja, y ninguno mas que César, hubiera podido hacer otro tanto; pero ni César ni nadie podia haber hecho mas.

—Cuando entrásteis aquí, continuó el conde en el mismo tono, estaba concluyendo una carta: aguardad, que no quiero dilatar su envío.

Y sin esperar respuesta del atónito mancebo, se levantó el condestable con el rollo de pergamino en la mano, y por una puertecilla secreta salió con paso mesurado del aposento.

Al pasar delante de Jimeno parecia realmente un enano; pero á los ojos del mancebo tomó las proporciones de un coloso.

--Vaya, pensó el amante de la princesa: tal vez se habrá contenido, temeroso de ser escuchado por sus indiscretos escuderos: en volviendo... ¡Dios mio! ¡cuál será su furia!

Un minuto despues entró el condestable de Navarra arrastrando su ropon de pieles, y con su anterior serenidad y mesura.

--¿Cuánto tiempo hace que habeis abrazado la relijion verdadera? le preguntó al jóven, aprocsimándose á la ventana.

--Dos meses.

--¿Y quién os ha convertido?

--Jimena.

--¿Alguna monja?

--No, señor... . ¡Jimena..... esa Jimena!.... se atrevió á decir el mancebo, cuyo asombro rayaba ya en estupefaccion.

—¿Quién?

--La del rapto.

--¡Ah! se me habia olvidado.

El conde volvió lijeramente la cabeza, y tendió sus miradas por los inmensos páramos que conducen á Viana.

--Se conoce que mi recuerdo le ha causado admiracion, pensó Jimeno. Está meditando en alguna resolucion importante.

--Mucha uva se coje este año, dijo el conde, bostezando lijeramente.

--¡Señor!... ¿Y á mí me decís eso?

--Pues qué ¿no sois labrador?

--Pero..... ¡Jimena, Dios mio, Jimena! ¿dónde está? ¿Quiénes son sus raptores? ¿Cómo no tratais de averiguarlo? ¿Cómo no los castigais? ¿No somos vasallos vuestros? ¿No sois condestable? ¿No administrais justicia?

--¿Y qué tengo yo que ver con vuestras cuitas, raza de siervos, (1) que como miserables insectos os atreveis á revolar alguna vez en torno de nuestros alcázares, y á zumbar en nuestros oidos con inútiles lamentos? ¿No os dejamos brazos para defenderos, puñal para vengaros, y tierra donde sepultar á vuestros enemigos? ¿Ha de descender el señor á rescatar lo que vosotros os dejais cautivar? ¿Ha de vijilar por una honra que os niega Dios cuando os arroja al mundo?

--¡Oh! esclamó el hijo de Samuel con toda la rabia de cien jeneraciones oprimidas; teneis razon: con brazos, con puñales y con sepulturas, nada tenemos que pedir á los señores: afortunadamente si Dios nos ha negado la honra, nos ha colmado de valor.

El conde escuchaba sus mal encubiertas amenazas casi con gusto, y dirijia alternativamente sus escrutadoras miradas á la campiña y á su interlocutor.

---

(1) Los labradores casi podian considerarse como tales en Navarra por aquel tiempo.

--¿Qué camino han llevado los raptores? le preguntó con tono brusco, pero amable.

--Rio abajo.

--¿Eran caballeros?

--Caballeros debian ser! respondió Gimeno con amargura.

--¿Armados?

--De punta en blanco.

--¿Sabeis mas señas?

--Uno de ellos se llama Sancho: es terco, forzudo y disputa mucho.

El conde se sonrió casi imperceptiblemente. No podia ignorar que habia un Sancho en Navarra que tenia á gala la terquedad, y por orla de su escudo estas significativas palabras: QUE SI: QUE NO. Sin duda Gimeno ignoraba que habia pintado á un hombre de un solo rasgo. Todo el misterio estaba ya revelado para el caballero.

--¡Sancho... Sancho! repitió este como si quisiese recordar alguna cosa: no hay acaso un hombre mas vulgar en Navarra. Ahí está sino ese famoso bandido Sancho de Rota, que...

--¡Bandido!

--Sí; bandido de las Bárdenas; pero valiente, atrevido, temerario. Decidme ¿era hermosa vuestra Jimena¿

--Como un ánjel.

--De fijo él es.

--Pues qué?... le interrumpió Jimeno con la furia de los zelos.

--¡Oh! ¿No sabeis sus mañas? ¿No sabeis hasta donde estiende sus correrías para forzar las mas apuestas doncellas de la ribera?

--¿Y se llama Sancho de Rota?

--Sancho de Rota; pero es muy valiente.

--¿Y anda por las Bárdenas?

--Sí, hácia Tudela; pero advertid que es un demonio vivo.

--Señor condestable, gracias por la noticia. Es valiente, y no es caballero; puede ser enemigo de un villano.

El jóven se alejó todavía con mas resolucion de la que trajo; pero con el corazon envenenado por el ódio hácia el conde, por los zelos mas horribles, y por el ardiente deseo de venganza.

Cuando el conde le vió traspasar el dintel de la puerta esclamó con desesperacion:

--Este me libertará de Sancho de Rota; pero ¿quién podrá rescatar á la reina del cautiverio de su padre?

El conde, sin embargo, no se habia descuidado un solo momento.

Mientras con tan aparente indiferencia y frialdad, con tal desabrimiento habia escuchado al antiguo judio; Cárlos de Artieda, uno de

los caballeros de su mayor confianza, salió con veinte lanzas, por órden suya, en persecucion de los raptores, y Aldonza y Fortuño habian desaparecido de la villa de Mendavia.

Ignórase que hizo de ellos el conde: la historia no los vuelve á mentar.

CAPÍTULO III.

De como Jimeno imitó á David.

Las Bárdenas reales de Tudela, montes erizados de robustos pinos y jigantescas rocas, que se estienden desde aquella ciudad hasta el reino de Aragon, han sido célebres, por los bandidos que las infestaban, terror de la comarca.

Tan frecuentes y espantosos eran los crímenes que en aquellos pinares se cometian, desde los tiempos mas remotos; tan antigua y tradicional la indispensable ecsistencia de un capitan de salteadores de caminos en aquellas enmarañadas breñas; que en cinco leguas á la redonda se habian despoblado todos los castillos, caseríos y albergues de pastores, abandonados á merced de los bandidos; y los veinte y cinco pueblos comarcanos que rodeaban á las Bárdenas, se habian unido en hermandad para perseguirlos mancomunadamente, siendo uno de los terribles artículos de aquel pacto: «que cojiendo á los »malhechores *infraganti*, los ahorcasen sin esperar órden del rey ni »de la justicia.» Estériles fueron tan crueles disposiciones, quizá por su misma crueldad: íbanse sucediendo los bandidos de jeneracion en jeneracion, desde siglos remotos, con el órden mismo, con la mis-

ma puntualidad que los príncipes se suceden en una monarquía, cuyo oríjen se pierde en la cuna de los pueblos.

El último rey de aquellas montañas, se llamaba Sancho de Rota, y habia eclipsado la horrible fama de sus antecesores, por la muchedumbre y enormidad de sus crímenes, y sobre todo, por su descomunal arrojo y venturosa temeridad.

A mediados de octubre de 1461, desapareció aquel hombre desolador, espanto de los reinos de Aragon y de Navarra; y aun empezó á cundir el rumor de que habia muerto en un combate: nueva no muy consoladora para los pueblos; porque todos contaban de seguro, que el sucesor no tardaria en aparecer.

No se hizo esperar mucho tiempo. A los pocos dias se vió á la cabeza de cien forajidos un formidable guerrero, armado de los pies á la cabeza, que hizo enmudecer la fama de Sancho de Rota con el eco de sus ferozes hazañas, que resonaban al par de sus jenerosas prendas. Poco podemos decir de su figura, pues rara vez levantaba la visera del casco, y jamás se desnudaba de su armadura: solo se distinguia en el combate por su valor; y cuando su espada ó lanza permanecian ociosas, su jentileza, su apostura justificaban la superioridad que sobre los demás ejercia. A guisa de noble y misterioso paladin, como si olvidase que mandaba una gavilla de salteadores, y no una compañía de soldados; habia hecho pintar en su escudo un emblema que nadie podia adivinar.

Poco tiempo despues de haber tomado el mando de aquella jente desalmada, y de haber sembrado el espanto y la consternacion desde el Ebro á los Pirineos, y desde el occeano Cantábrico á Moncayo; no sin admiracion y asombro de sus mismos camaradas, se le vió salir tranquilamente á la cabeza de su partida del áspero y quebrado terreno que nunca habian abandonado, sino para rápidas y nocturnas correrías; y lo que es mas estraño, se le vió descender á las inmensas llanuras de Peralta, sin que ninguno de los pueblos de la hermandad le hostilizase.

Hasta entonces aquel reino de salvajes enclavado en otro reino civilizado, jamás habia tenido otras alianzas que las del brazo con la espada; ni otros amigos que las cuevas de las rocas, los castillos abandonados, la espesura de los pinares y la aspereza de las montañas. El prisionero que ofreciese probabilidad de buen rescate; el caminante que llevase bien repuesto de florines el bolsillo, eran sus enemigos capitales: jamás entre ellos se habia alzado otró pendon que el del esterminio, ni otro grito que el de muerte. ¿Cómo, pues, atravesaban ahora las villas, las lanzas en la cuja, ó las picas al hombro que reflejaban los rayos del sol? ¿cómo los vecinos de aquellos desolados pue-

blos, lejos de cerrarles puertas y ventanas se asomaban á ellas, y les miraban con una espresion en que se confundian la curiosidad con el asombro, el terror pasado con el presentimiento de la tranquilidad futura, el dolor de antiguas heridas con la esperanza de no recibir otras nuevas?

Para satisfacer estas y otras dudas tendremos que volver caras á nuestra narracion, en la que, sin saber cómo, habíamos avanzado inoportunamente.

Era uno de los dias de la penúltima semana de octubre, cuando Sancho de Rota, preparado para cierto golpe de mano que se habia de dar en uno de los pueblos del condado de Lerin, estaba aguardando la noche con suficiente dósis de impaciencia para blasfemar veinte vezes por minuto, de la lentitud con que el sol iba descendiendo al mar cantábrico.

El rey de las montañas se fastidiaba tan soberanamente en medio de sus rudos vasallos, armados de corazas de baqueta y de capacetes y yelmos de hierro empabonado, como el mas poderoso monarca constitucional en medio de sus ministros responsables. Un hombre aburrido es la criatura mas frájil de la tierra; incapaz de resistir á una tentacion, como la tentacion pueda sacarle de su fastidio.

Tentóle, pues, el diablo á Sancho de Rota de perder el tiempo, ganando á sus vasallos todo el dinero que anteriormente les habia distribuido.

Tambien estos eran achaques de rey. Fernando el Católico y el emperador Cárlos V se entretuvieron toda su vida en ganar á los nobles los maestrazgos, encomiendas y señoríos de que sus antecesores les habian colmado.

Uno de los elementos mas poderosos del fastidio, es hacer lo que al hombre le dá la gana; pero esta regla no deja de tener, como todas, sus escepciones. En la ocasion presente, en que Sancho de Rota halló en sus soldados materia dispuesta para secundar sus intentos, y comenzó á jugar á la puerta del castillo de Eguarás, un minuto despues de haberlo pensado; preciso es confesar que le divertia el monótono ejercicio de vaciar y meter los dados en un canuto de boj.

Habia una razon para que así sucediese. Cada vez que el capitan de bandoleros vaciaba las piececitas de hueso sobre la mesa, se metia doscientas ó trescientas monedas en el bolsillo; y como el hombre, magüer salteador de caminos, propende naturalmente al egoismo, no era ningun obstáculo para que Sancho se riera el que sus compañeros rabiasen.

—¡Por vida del diablo, que el capitan sabe robar á los mismos de su oficio!

—¡Voto á san Cain, que me deja sin un cornado!

--¡Mil demonios me lleven, si esta noche no le mato!

Tal era el coro anjelical que regalaba los oidos de Sancho de Rota, quien sin dársele un ardite por estas amenazas, les contestaba:

--¡Ea, hermanos! ¿os dais tan presto por desplumados? ¡Vergüenza tengo de mandar á jente tan pobre! Por Barrabás, que no sé donde hundís los caudales que os distribuyo. Vamos, jentecilla ruin, desahuchad el dinero que atesorais sin duda para fundar monasterios.

Nadie sacaba un cornado.

--¡Cuerpo de Dios! ¡Al desquite, cobardes, pésia mi alma; que no se donde meter tanta plata!

Todos permanecieron mudos.

--¡Voto á san Cernin de Pamplona, que aun queda dia bastante para pensar en movernos de este sitio, y me hareis entrar al castillo á escuchar los lloriqueos de las rapazas que tengo ahí cautivas! ¡Ea! ó jugais, ó voy á probar de desmentir aquel refran de: «afortunado en el juego...»

--Veinte florines, dijo uno de los bandidos, vaciando sobre la mesa una bolsa de cuero, que arrojó luego lejos de sí con desden.

El capitan meneó la caja de los dados con cierta sonrisa de satisfaccion, dirijiendo codiciosas miradas al monton de dinero.

—Tres, dijo desocupando el canuto. Bajo es el número; pero tengo tal suerte que estoy seguro de que sacas el uno.

—Cinco, contestó el postor, tirando los dados casi sin haberlos movido.

—¡Por Jesucristo vivo! Lo veis cómo se tuerce la fortuna?

—¡Cuarenta florines! añadió el nuevo jugador.

—¡Ola! ¿jugais á la dobla? Van los cuarenta.

Todos los circunstantes comenzaron á interesarse por el contrario de su caudillo.

—¡Ocho! esclamó este; ¡pobre diablo! Lástima te tengo!

—¡Nueve!

—Victor! bien, bien! esclamaron todos sin poderse contener, y por primera vez fijaron sus miradas en el ganancioso.

Sus armas eran conocidas, mas no podian verle el rostro: tenia calada la visera.

—¡Ochenta florines!

—Demonio! gritó Sancho con voz de trueno. ¡Ochenta florines de oro! No ha habido mayor apunte en todo el dia. Tienes el alma bien puesta. ¡Eh! ¡Señor distraido!

El de la visera siguió silencioso.

—Van los ochenta.

Meneó el capitan las piezas mas de lo que solia, y las vertió con cierta suavidad.

—Blancos! todos blancos! gritó el concurso, apiñándose mas y mas en torno de la mesa.

Sancho de Rota se puso amarillo de rabia.

Su contrario cojió con calma los dados, y con su acostumbrada indiferencia los tiró al punto sobre la mesa.

—¡Veinte!

—¡Voto á veinte mil lejiones de demonios que te lleven! No aguanta mas el hijo de mi madre, dijo Sancho procurando salirse del corro.

No era empresa muy fácil: los bandoleros cada vez mas interesados en aquella lucha que iba tomando tan jigantescas formas, se pusieron naturalmente de parte del inferior, y gritaron todos á una voz:

—¡Juego! ¡Juego! debes hacerle juego mientras ganes.

—En buen hora, respondió el capitan, que con toda su autoridad y poco respeto á las leyes divinas y humanas, no se atrevió á quebrantar las del pundonor. ¡Juro por san Fermin, patron de Navarra, no separarme de aquí mientras tenga un solo cornado!

Picado ya en su amor propio, fué mucho mas allá de sus estrictos deberes.

—Ea, añadió con el canuto en la mano. ¿Cuánto pones?

—Ciento sesenta florines, respondió con calma el encubierto.

—¡Ciento sesenta florines! repitió Sancho balbuciente. No importa: tú caerás.--¿Lo ves? ¡Diez y siete! ¡Diez y siete, pobrecillo!

Cojió los dados el contrincante, y los echó sin mirarlos.

—¡Veinte, otra vez! ¡Veinte! gritaron todos, atónitos de una suerte tan obstinada.

Sancho calló: tiritaba de cólera: daba diente con diente: parecia sentir un frio tercianario.

—¿Cuánto vá? preguntó recojiendo los dados casi convulsivamente.

—Trescientos veinte florines, contestó el encubierto con toda impasibilidad.

—Espera... no sé... si tengo bastante: debe faltar...

—No importa: todo lo que tengas, contra los trescientos veinte florines.

—Bien está. Tiro.

Reinaba el mas profundo silencio en medio de aquel centenar de hombres agrupados. Un fuerte puñetazo sobre la mesa, y una espantosa blasfemia, vinieron á turbarlo. Siguió luego un rumor prolongado, y los chicheos de los mas prócsimos al centro del grupo, que mandaban callar.

El capitan sacó el número dos.

No habia un solo testigo de aquel estraño combate, cuyo corazon no latiese con violencia; porque no habia quien dejase de presentir una prócsima catástrofe.

Entretanto se preguntaban los malhechores al oido:

—Pero, ¿quién es el contrario del capitan?

—Chafarote. ¿No ves la cuchillada que recibió el otro dia en el espaldar.

—Cierto; pero Chafarote tiene un aire así..... un poco záfio..... Y luego Chafarote no es bombre que se pasa dos minutos sin echar un trago, y á ese no le hemos visto remojar hasta ahora la palabra.

—Silencio, que tira.

Tiró en efecto los dados el de la visera, con tanta ventura como en los golpes anteriores.

Todos comprendieron que habia algo de providencial en aquella constancia de la suerte, y comenzaron á contemplar al ganancioso casi con miedo.

Asi lo indicaban al menos los hondos murmullos, los remolinos en que se ajitaban, y el instantáneo impulso con que los bandidos se apartaron en torno suyo, manteniéndose á cierta respetuosa distancia.

—Me has arruinado, dijo el capitan con una calma mucho mas terrible que su pasada furia.

—Todavía no, contestó su contrario.

—¿Quieres que juguemos la vida? repuso el bandido con una sonrisa traidora, que se perdió en la espesura de sus enormes bigotes.

—Nuestra vida la podemos jugar despues; pero no á los dados.

—¿Qué tengo yo que escite tu codicia?

—Algunas buenas mozas encerradas en ese castillo.

—¡Bah! ¡bah! Todas ellas te las doy de barato, dijo Sancho con la misma sonrisa irónica que se adivinaba por el movimiento de su bigote, como el tránsito de una sierpe por la ajitacion de la yerba.

—No quiero tener nada que agradecerte, contestó sin inmutarse el afortunado jugador.

—Sea, pues; ¡voto al diablo! Pero entendámonos: ¿tú quieres poner contra las mujeres: es decir, contra el dinero que puedan darme por su rescate?

—Ese dinero no te pertenece: es de toda la compañía, y yo juego solo contra tí.

—¡Tiene razon! Tiene razon esclamaron todos.

Cuando la razon viene en apoyo del interés, no hay cosa mas popular en el mundo que la razon. El capitan comprendió que su contrario no se contentaba con arrebatarle sus florines, sino tambien la fama.

Sin embargo, aparentó no hacer caso. Habia tomado una resolu-

Lam. 2

cion, en la cual iban á hundirse tanto su rencor, como su envidia.

—Sepamos, pues, lo que se juega; repuso con una mansedumbre, que dejó atónitos á todos los que conocian su poca vocacion hácia las virtudes evanjélicas.

—Se juega el derecho de retener á tus mujeres, hasta que vengan á ofrecer por ellas un rescate razonable.

—¿Y en cuanto tasas ese derecho, pésia mi vida? preguntó con desprecio el capitan, que no comprendia que pudiese tener valor el oficio de carcelero. ¿Ahí... en cualquier miserable par de florines?

—Lo taso en todo este monton de oro que te he ganado.

—¡En quinientos florines!

—En quinientos.

—¿Estás loco, perro ladron?

—Mi capitan, tengo con que pagar todas mis locuras.

—¿Tiro?

—Tira.

—Perdí.

—Gané. ¿Tienes algo mas que apostar?

—Sí, respondió Sancho con bronco acento: este puñal contra tu yelmo.

—¿Para qué tan singular apuesta?

—Para ganarte la celada, quitártela y conocerte.

—¿No conoces á tus soldados? ¿No conoces á Juan Marin, por otro nombre Chafarote?

—No, tú no eres Chafarote, aunque llevas sus armas y su ropa; y te juro por todos los once cielos, que el capitan Sancho de Rota jamás perdió un cornado con un desconocido.

—¡Chafarote es! gritaron los mas lejanos. ¿Pues no se está viendo? Si no se levanta la visera es porque estaba de centinela en el robledal, y no quiere que lo castiguen.

—Ese no es Chafarote, contestaron los mas prócsimos; no tiene él esa labia, ni el alma tan bien templada.

Aquí el coronista invierte pájinas enteras en discutir cuál era el medio mas sencillo de resolver la grave cuestion que suscitó Sancho de Rota; y al cabo de algunas tiradas de prosa, concluye diciendo que en su concepto nada habia mas espedito que levantar la visera de aquel hombre problemático. Sin embargo, y con perdon sea dicho del mencionado autor, cremos que la historia resolvió mejor en esta, como en otras ocasiones, el desenlace, presentando en aquel punto, y en la cima de un repecho, nada menos que al verdadero Chafarote, ó Juan Marin en persona, aunque vestido de gregüescos, calzas, abarcas y tabardo, como pudiera el mas honrado labrador de la montaña.

Al verle asomar con aquel traje de hombre de bien que contrastaba con su airecillo socarron y malicioso; descargó sobre el infeliz una nube de rechiflas, dicharachos y risotadas que hubiera bastado para dejar corrido á hombre de menos aprension que Chafarote, el cual sosegadamente dijo:

—¡Vamos, caballeros! ¿á qué vienen esos aspavientos? ¡No parece sino que soy alguna bruja encorozada que llevan á quemar!

—Cuéntanos, cuéntanos cómo ha sido esa peregrina mudanza, añadieron algunos aprocsimándose al recien venido.

—¿Cómo te has dejado desarmár? gritó con tono de autoridad Sancho de Rota.

—Poco á poco, hermano. ¡Voto á mil demonios, que á Roma no se va en un dia, ni se ganó Zamora en una hora! Dadme acá un trago de lo tinto de Peralta, si quereis que sea hombre de provecho.

—No hay duda: el verdadero Chafarote, es el Chafarote que pide de beber; hizo notar un chusco, que no habia leido á Plauto ni á Moliere.

Diéronselo; bebió, bebió, en fin, estuvo bebiendo... despacio: se limpió los labios con la manga del jubon, tosió y habló en estos términos:

—Estando de centinela vino hácia mí un aldeano.—¡Atrás!—Nada. Le apunto con la ballesta... zas! le yerro: se me echa encima en dos saltos, me acogota, me desnuda, me amarra á una encina, me pregunta mi nombre, se encaja mis vestidos y armadura, y agur. Forcejeo, rompo mis ligaduras, me planto la ropa que habia dejado, vengo... y santas pascuas.

Si el orador no fué elocuente, tampoco pecó de difuso.

—¡Un traidor!

—¡Un espía!

Tales fueron las esclamaciones en que prorrumpieron los facinerosos, desenvainando sus espadas ó puñales, y volviéndose contra el desconocido.

—A ver quien lo coje, y me lo cuelga pronto de un roble, dijo el capitan.

Un bandido se atrevió á poner la mano en el hombro del encubierto. Sacó este un puñal, y con la rapidez del rayo se lo clavó en el pecho.

El bandido lanzó un grito inarticulado y ronco, y se reclinó sobre su matador, el cual dándole un empellon le arrojó á un lado ya cadáver.

Todo pasó en un instante.

—¡Cobarde! esclamó el desconocido, blandiendo el puñal rojo y humeante. ¡Miserable! Te he ganado el dinero, tus mujeres, he aba-

tido tu orgullo, ¿y no tienes valor para quitarme la vida?

—Traidor, toma tu merecido le contestó Sancho con inaudita furia, descargando sobre la frente de su enemigo un tremendo mandoble con el hacha que tenia á su lado.

El desconocido quiso evitar el golpe desviándose; pero las armas le robaron la ajilidad por su desgracia; se echó la mano á la cabeza, dió casi dos vueltas al rededor de sí, y cayó luego derribado con espantoso estruendo.

Un débil quejido femenil salió de una saetera del castillo.

Corria la sangre por los hierros de la visera del encubierto, á quien sin duda el hachazo le habia partido el cráneo.

Los malhechores contemplaron este espectáculo con algo menos que indiferencia, casi con sentimiento. Era cuanto podia esperarse de jente acostumbrada á semejantes horrores.

—Pues qué, traidor ¿pensabas que es lo mismo jugar á los dados, que jugar á las armas con Sancho de Rota? ¿Pensabas que no tenia yo siempre la seguridad de este desquite? dijo el capitan hablando con el cuerpo tendido de su contrario, como si pudiese escuchar sus insultos para vengarlos.

Levantóse de repente el desconocido con jeneral asombro, echó entrambas manos á la cabeza, quitóse el yelmo abollado que arrojó con rabia, y quedó descubierto el dulce y hermoso rostro de Jimeno que por boca y narices vertia sangre. El golpe no le habia causado mas que una conmocion cerebral que por algunos instantes le dejó aturdido.

Tornó el bandido contra él, creyendo partirle de un tajo la cabeza; pero esta vez desembarazado el amante de la princesa de aquella pieza del arnés que le turbaba la vista, y le robaba la ajilidad; pudo esquivar el golpe dando un brinco con la lijereza de un gamo, y cojiendo despues al capitan por la cintura, como Hércules á Anteo, lo levantó con sus membrudos brazos hasta hacerle perder tierra, y le arrojó gran trecho de sí, antes de que pudiera hacer uso de las armas.

—¡La misma, la misma suerte que conmigo, voto á brios! esclamó Chafarote: ahora no falta sino que le eche el pie encima, que lo ate, que lo amarre y lo vaya desnudando bonitamente. ¡Cuerpo de Dios! !Qué brazos de hierro! proseguia entusiasmado: soltadle, soltadle jigantes al mancebo, que así se los echa al hombro como costales de paja. Para mi santiguada, que no le hay mas jentil en tierra de cristianos. —Pero ¡diantres! El capitan se levanta... Qué espumarajos! Cómo revuelve el hacha! Huye el mancebo...—¡Cobarde!—Sí, échale un galgo.

En efecto, Jimeno apenas vió á su enemigo ponerse en pie y blandir el arma formidable, apretó á correr por la pradera; mas no para

abandonar el campo, sino para evitar el golpe y cojer una enorme piedra con ambas manos. Esperó con ella á pie firme al capitan, que venia rujiendo de cólera, levantando el hacha con tan furioso ademan, que de un solo tajo hendir pudiera un roble entero. Jimeno permaneció tranquilo, columpiando con ambas manos la pesada piedra, que despedida luego súbitamente con la fuerza de una máquina de guerra, fué á estrellarse contra la desnuda frente del bandido, que cayó de espaldas, lanzando un grito por las rocas de eco en eco repetido.

Abalanzóse el vencedor al cuerpo de su contrario, y poniendo un pie sobre su brazo, pudo arrancarle el arma que aun empuñaba convulso, y separarle la cabeza del tronco de un solo hachazo.

El Goliat de la montaña quedó vencido por el David de la ribera.

Un lienzo blanco se ajitaba á la sazon por la misma angosta saetera de donde salió el jemido de mujer; y fuese por casualidad, ó de propio intento, cayó el cendal al pie de la muralla del solitario castillo.

Jimeno lo vió: no dudó un solo instante que su adorada Jimena se lo arrojaba, para que con él se enjugase la sangre y el sudor del rostro; como lo hizo en efecto, dirijiendo á la ventana ardientes miradas de amor y de gratitud.

—Ya no teneis capitan, dijo en seguida á los bandidos, mudos de terror: yo quiero serlo: si alguien se atreve á disputarme el puesto, aquí lo aguardo.

Nadie se movió.

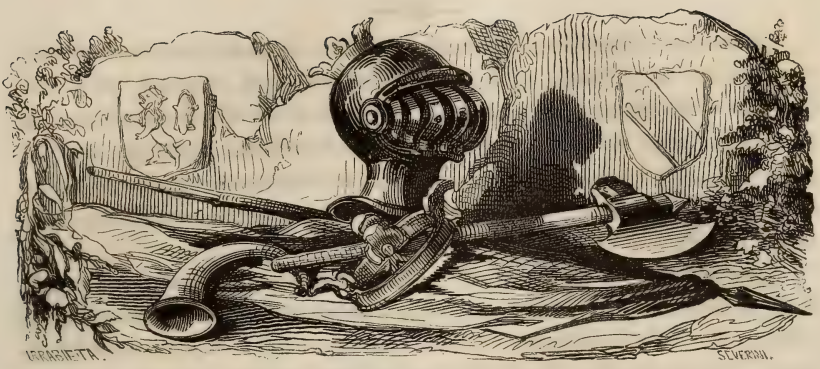
—¡Ea, pues! Si ninguno de vosotros es mas valiente que yo, tengo derecho á ser obedecido. Voy á partir con vosotros mis ganancias, en fé de amigos y camaradas. Para vosotros el oro; para mí las mujeres.

Dijo arrogante Jimeno, y con el hacha en la mano se dirijió al castillo.

Los bandidos gritaron todos á una voz:

—¡Viva el nuevo capitan! ¡Vivan los hombres jenerosos y valientes!

Y al pasado terror y silencio, sucedieron los murmullos, la algazara, las hipérboles y aclamaciones.



CAPÍTULO IV.

De cómo Jimeno, queriendo informarse de los demás, encontró quien le informase de sí mismo.

Solo entró, segun los cronicones, el nuevo capitan de forajidos en la casa-fuerte ó castillo de Eguarás, situado en el corazon de las Bárdenas; y no porque sus jentes le menospreciasen, y no estuviesen dispuestas á seguirle al cabo del mundo; sino porque tenian que cumplir con un precepto de la ley de Dios, y con una obra de misericordia: tenian que obedecer la órden superior de repartirse los quinientos y tantos florines, y enterrar al muerto.

Sin mas guia, pues, que los presentimientos de su corazon, subió Jimeno al castillo, cuyas paredes ahumadas, ó pintorreadas de figuras informes y obscenas, de yeso y de carbon, ofrecian un aspecto aun mas repugnante con el hedor que ecsalaban.

El edificio no desmentia la calidad de sus moradores.

Allí donde tropezaba Jimeno con una puerta cerrada, abríala de un solo hachazo, y tras de todas creia escuchar la dulce voz de su querida, que con los brazos abiertos le llamaba.

¡Ilusiones todas de su ardiente fantasía! Algunas cautivas encontró que jemian en el fondo de los sombríos aposentos, algunos velos alzó con atrevida mano, creyendo que le robaban el aflijido semblante de su amada: pero de todas partes se alejaba frunciendo las cejas con desesperacion, y lanzando suspiros de dolor, hasta que un nuevo obstáculo que se oponia á su tránsito, hacia brotar en su pecho una esperanza nueva.

Cansado estaba ya de bajar y subir escaleras, de entradas y salidas, de vueltas y revueltas: mil vezes habia llamado á su amada en el umbral de cada habitacion, y otras tantas le habia respondido un silencio desconsolador. Devoraba en su alma pensamientos horribles y desesperados de venganza; cuando de manos á boca se le presentó Chafarote, que en aquel breve espacio habia cobrado, bebido, jugado y perdido los dos florines y medio que le tocaron en el reparto.

—Mi capitan, le dijo servicialmente el bandido, echando mano á su montera de labrador. Si su merced quiere, yo le serviré de guia por este laberinto.

Juan Marin no era por lo visto rencoroso ni vengativo, ó el entusiasmo de las hazañas de Jimeno habia borrado de su memoria el despojo de sus armas, y la usurpacion de su nombre.

—Chafarote, preguntó Jimeno, yendo derecho al objeto que le preocupaba, ¿sabes si Sancho de Rota estuvo ayer en Mendavia?

Chafarote se encojió de hombros, haciendo un signo negativo con la cabeza.

—Debió ir solo con otro compañero, repuso el capitan.

—Puede ser.

—Y traerse una mujer cautiva.

—Creo haberle visto conducir estos dias una linda pieza.

—¿Una mujer como un ánjel?

—No he visto á los ánjeles, mi capitan... y francamente... no espero verlos; pero si los ánjeles viesen á la rapaza de que hablo á su merced; de seguro que por mirarla volverian las espaldas al cielo.

El capitan dejó pasar sin correctivo hipérbole tan sacrílega; porque en su concepto, tan solo la sin par hermosura de Jimena pudiera disculparla.

—¡Ah! Esa debe ser la que yo busco, dijo el mancebo, dejando escapar en un suspiro mucha parte de la ansiedad de su pecho. ¿Y dónde está?

—Venga su merced conmigo.

El capitan siguió á Chafarote por los oscuros ánditos de aquel edificio.

—¿No sabes si la cautivaron en Mendavia?

—¡En Mendavia!..

—Sí; ¿por qué te detienes?

—Porque su merced me hace recordar que esa muchacha hablaba no se qué cosas de Mendavia.

—Anda, anda, ¿no llegamos?

—Poco falta.

—¿Sabes si se llama Jimena?

—Voto al chápiro...! ¡Jimena! respondió el bandido deteniéndose por segunda vez, y cojiéndose el labio inferior con la mano derecha, en ademan pensativo.

—Vamos, ¿qué? Pero, dímelo andando.

—Yo, á la verdad, cuando la ví estaba... así... un poco alegrillo... Suelo tener buen humor con frecuencia; pero juraria que algunas de sus palabras me sonaron á cosa de Jimena, ó de Jimeno...

—¡Aprisa! ¿no llegamos nunca? le interrumpió el capitan, tropezando en los talones de su guia.

—Estamos delante de la puerta.

—¡Oh!

El discreto lector puede considerar cual seria el mandoble que diera el amante con el hacha, para derribar la puerta.

—¡Jimena! ¡Jimena! esclamó al entrar el azorado mancebo, dirijiendo sus miradas á todas partes á un mismo tiempo.

Un bulto de mujer, en pie dentro de la saetera, que daba escasa luz al aposento, avanzó con los brazos abiertos, y postrándose de hinojos delante del recien llegado, le abrazó las rodillas, y esclamó con lastimero acento:

—¿Sois vos? ¿Sois vos nuestro jeneroso libertador, á quien tantas infelices vamos á deber la vida y la honra que es mas? Os he visto desde esa ventana: he oido todas vuestras palabras: he admirado vuestro heroico valor: he comprendido vuestros nobles intentos. ¡Gracias, caballero, gracias en nombre del cielo! ¡Gracias en nombre de mi padre, que ha muerto sin vengarme!

El capitan cruzó los brazos con calma aterradora, y no respondió una palabra.

¡No era Jimena la que le abrazaba!

—¡Callais! prosiguió la prisionera poniéndose de pie: ¡Dios mio! ¿Me habré engañado? Al mudar de dueño ¿habré cambiado tan solo de verdugo? ¡Oh! No: ¡es imposible! Las palabras que escuché, las hazañas que he visto, son de un caballero, de un héroe; no son de un bandido.

—Chafarote, dijo el capitan, volviendo el rostro con el último resto de la esperanza: ¿es esta la mujer de quien me hablabas?

—Esta, señor.

—¿Hay mas en el castillo?

—Todas las puertas he visto francas: de consiguiente...

—Está bien: vete.

—¿Qué digo á mis camaradas?

—Que se preparen para la espedicion de esta noche.

—¿Quién ha de conducirnos?

—¡Yo! respondió el capitan con una espresion terrible de venganza y de despecho.

—¿Voto á mil diablos? se fué diciendo entre dientes el bandido: me temí que flaquease; pero se me figura que el mancebo tiene pelos en el alma, y que deja atrás al mismo Sancho de Rota.

—Señora, dijo Jimeno á solas con la cautiva: os habeis equivocado; yo no soy caballero. Diré mas: aborrezco á los caballeros, y creo que no se necesita serlo para portarse con valor y jenerosidad. Desde ahora estais libre.

—Si no sois hidalgo por vuestra cuna, lo sois por vuestras virtudes, respondió la hermosa desconocida, con un entusiasmo que fuera dulce recompensa de la hazaña mas grande de la tierra.

—Me han dicho que hablábais de la villa de Mendavia, repuso el capitan, desviando modestamente la conversacion, ¿quereis decirme si os han cautivado allí?

—Me dirijia á Mendavia; pero venia del Bearne cuando me cojieron los bandidos.

—¿Y á qué íbais á Mendavia, si puede saberse?

—Señor, iba á casarme; respondió la jóven tiñéndose con los matices de la vergüenza, que en el rostro de las doncellas asoman, desaparecen, y vuelven á asomar, como la luz intermitente de los fanales.

—¿Veniais sola?

—Con mi padre, y con una anciana.

—¿Dónde está vuestro padre?

La hermosa doncella quiso responder; pero los sollozos no se lo permitieron.

—¿Ha muerto? preguntó enternecido el capitan.

—Defendiéndome... pero vos le habeis vengado.

—¿Y la anciana?

—Tambien ha desaparecido, respondió con los mismos sollozos.

—¿Tanto sentís su muerte?

—Señor, á mi padre debia la vida, á mi amiga la felicidad.

—¿Vuestra felicidad... es decir, vuestro casamiento?

—Si, señor.

—¿Y con quién íbais á casaros en Mendavia?

—Con el hijo de Samuel.

—¿Qué decis?

—Con Simon, hijo del judío Samuel.

—¿Con Jimeno?

—Sí, ahora se llama Jimeno : teneis razon. ¿Le conoceis?

—Un poco... de vista ; respondió Jimeno, que creia hallarse en un mundo distinto del mundo que habitamos.

—¡Oh! tengo seguridad de que si le habeis tratado alguna vez le habreis querido.

—¡Mucho!

—Es honrado, es valiente, magnánimo, gallardo y apuesto como pocos.

—Ecsajerais quizá sus buenas partes.

—¡Oh! No!

—¿Segun eso le conoceis mucho? preguntó Jimeno , fijando sus atónitas miradas en el semblante de su futura.

Los ojos del mancebo, acostumbrados á la oscuridad, veian y admiraban perfectamente toda la hermosura de la desconocida.

—No le he visto jamás.

—¡Ah! ¿y sin embargo le alabais con tanta seguridad?

—Sin haberle visto creo que le conocería.

—¿Cómo se os figura que es Jimeno?

—Señor, si no temiese que pudiérais interpretar mis palabras por atrevidas ó lisonjeras, os diria que Jimeno es parecido á vos.

—¡A mí!—¡Diantres! añadió el mancebo por lo bajo, escitado vivamente por tan singular aventura, ¿si seré víctima de una mujer astuta? ¿Si Jimena querrá poner á prueba mi cariño con este lazo?—Y Jimeno, repuso en alta voz : ¿sabe la ventura que le esperaba casándose con vos?

—Lo ignora.

—¿Y os conoce al menos?

—No.

—Pues entonces, ¿cómo os habeis espuesto á las incomodidades y peligros de un viaje , sin contar con la seguridad de la boda.

—La tenia.

—¿Con que estabais segura?

—Segura.

—¡Oh! En esto si que me parece que os engañais, dijo el mancebo con un suspiro, y acordándose de su amada.

—Estoy segura de no engañarme.

—¿Contabais con la voluntad de su padre?

—Todavía no.

Jimeno comenzó á sospechar si aquella mujer estaria loca, y la miraba con ojos compasivos.

—¿Contabais con vuestra hermosura?

—Tampoco.

—Pues, os juro que hace un mes hubierais hecho mal en abandonar la suerte á vuestros propios encantos; dijo el mancebo, luchando con sus antiguos recuerdos, y sus nuevas impresiones.

—¿Y por qué no ahora?

—¿Qué se yo?.... respondió el capitan un tanto confuso; y luego añadió mudando de tono:—Pero si no contabais con él, ni con sus padres, ni con vuestros atractivos, ¿en quién fundabais tantas esperanzas?

—Ese es mi secreto.

—Advertid que si he sido jeneroso con vos, segun vuestra propia confesion, estais obligada á serlo conmigo.

—Pues bien, os lo diré todo: mi confianza se fundaba en la palabra de una anciana judia, que pasa por hechicera.

A pesar de la supersticion tan comun en aquella época, Jimeno no pudo menos de sonreirse como hubiera podido hacerlo un *sprit fort* de nuestros dias.

—¿Con que íbais á casaros por arte de encantamento?

—No: iba á casarme por amor.

—¿Amais á Jimeno? preguntó este conmovido.

—¡Oh! dijo la hermosa desconocida, con un suspiro que hubiesen envidiado los mas venturosos de la tierra.

Calló Jimeno: estaba aturdido; no sabia qué decir, ni qué pensar. Si era mentira..... ¡qué mentira tan amable! Si era verdad, ¡qué verdad tan peligrosa!

—He satisfecho vuestra curiosidad, caballero, repuso con melancólica dulzura la desconocida: no podia probaros de un modo mas eficaz en este momento, toda la gratitud que os debo por vuestros favores. Permitidme que haga uso de ellos saliendo de este castillo.

—¿A dónde quereis que os lleve?

—Al Bearne, á Mendavia, á cualquiera parte: ahora todo me es indiferente.

—¿Todo?

—He perdido á mi padre: he perdido á la amiga que nos acompañaba... Ya nada tengo que perder.

—Pero... ¡Dios mio! ¿Hablais de veras?

—Esa pregunta me ofende, respondió con dignidad la bella prisionera.

—¡Perdonad, señora! ¡Pero, no sabeis cuan estraordinario es todo cuanto me está pasando!..

—Tal vez he sido sobrado fácil en confiaros mis secretos: pero me habeis dicho que conocíais á Jímeno: he visto trasparentarse en vuestra fisonomía, en vuestras acciones y palabras, un alma noble, un corazon magnánimo, y un valor á toda prueba: vuestro brazo me ha libertado del asesino de mi padre, y vuestra jenerosidad de los que pudieran atentar contra mi honra: venís á romper mis prisiones..... ¡ah! yo no tengo otro medio de manifestaros mi agradecimiento, que depositando en vos la confianza que nos merece un buen amigo, un hombre honrado, y satisfaciendo la curiosidad ó el interés con que os informais de mí.

—¡Gracias, gracias! contestó Jimeno, que habia escuchado á la jóven con atencion relijiosa.

Importábale tanto saber á qué debia su confianza, como averiguar los límites de esta confianza misma.

—Decidme, por Dios, continuó despues de un rato de silencio: ¿quién os ha hecho amar á Jimeno?

—La judia.

—¿La hechizera?

—Raquel.

—¡Raquel! ¡Ah! dijo el mancebo, dándose una palmada en la frente; Jimeno tiene una tia que se llama Raquel.

—Esa misma. ¡Muy enterado estais de su familia! .. Debeis conocerle mucho.

—Casi tanto como vos.

—Nuevos títulos para merecer mi confianza.

—¡Oh! continuad dispensándomela; yo procuraré esforzarme por merecerla.

—¿Qué quereis que os diga?

—¿Esa Raquel, os habla mucho de mí... amigo Jimeno?

—A cada momento.

—Pero, ¿con qué motivo?

—La pobre Raquel, respondió la jóven, tomando súbitamente un aire compasivo, y un acento algo mas trémulo y penetrante; la pobre Raquel es una anciana judia ludibrio y escárnio de sus semejantes. En su vida errante y pordiosera, ha sufrido insultos, privaciones y martirios; y solo para buscar un escudo contra los malos tratamientos, ha podido dejarse tener por hechicera. Así la temian algunos; pero nadie la amaba. Estaba yo sirviendo á la condesa de Fox en su castillo de Ortés, en Bearne, cuando llegó Raquel á nuestras puertas arrecida y casi muerta de hambre. Tanta lástima me dió la pobre anciana, que la subí á mi cuarto, la dí de comer, enjugué sus húmedos harapos á la lumbre, y no contenta con eso, la insté para que fijase

su residencia en el pueblo, comprometiéndome á partir con ella mi alimento y mis vestidos. Hízolo así, en efecto; y no podeis figuraros cuánta bondad, cuánta ternura descubrí en el fondo de su alma, que amamantada con la hiel de las desgracias, todavía se conservaba pura, fresca, y respirando jenerosidad y dulcedumbre. El antídoto que le preservó sin duda de la amargura, era la imájen de su sobrino Simon, el de Mendavia. ¡Cuánto le quiere! Cuánto padece en no vivir á su lado!

—Pero, ¿cómo no fijó su residencia en Mendavia? ¿Cómo no se dirijió á casa de sus hermanos? la preguntó Jimeno.

—Los hermanos de Raquel repugnaban mucho que esta viviese en el pueblo; porque, segun vereis luego, la anciana tenia tal dominio sobre ellos, que hubiera podido privarles hasta de su hijo. Raquel hacía, pues, el sacrificio de su dicha, por no comprometer la de su sobrino. Pero esto no impedia que de cuando en cuando desapareciese del Bearne, y que á pie, descalza, con un báculo por todo equipaje, atravesase los pirineos hasta la orilla del Ebro; para contemplar de lejos á Simon que trabajaba en el campo, y jugaba á la barra con sus compañeros, aventajando á todos en fuerza y en destreza, como los escedia en jentileza y apostura.

—En efecto, me acuerdo... digo, creo haber oido hablar á Jimeno de una mendiga que, cuando estaba solo y lejos del pueblo, labrando las tierras de sus señores; se le acercaba llorando, y le pedia limosna, y él partia siempre con ella el pan de sus alforjas .. Contaba tambien que despues solia encontrarse algunas monedas de oro en los bolsillos, en los apéros, en los surcos mismos que abria. Ya se vé! Simon creia que aquel hallazgo era la recompensa que Dios le enviaba por su caridad...

—No era sino el regalo de la hermana de su madre; no era sino el fruto de los ahorros y privaciones de Raquel! contestó la jóven clavando sus ardientes ojos en el semblante tiernamente asombrado de Jimeno. Mi padre, escudero de don Gaston de Fox, el primojénito de los condes, miraba con igual cariño á la judía, la cual no tenia mayor placer que hablar de su sobrino. ¡Cuántas cosas nos decia de su bondad, de su valor, de su gallardía, de su ardiente corazon!—«¡Si vos no fuéseis cristiana, repetia mil veces, con qué placer os veria unidos por eternos lazos! ¡Cuán venturosos pudiérais ser! ¡Porque, Simon, Simon, proseguia, está predestinado por el Señor para cosas muy grandes! Simon ha de salir cuando yo quiera de la mezquina admósfera en que respira: Simon puede ser un héroe; puede anonadar á los que le rodean... ¡Ama á Simon, hija mia, que Simon es digno de tí, y tú eres digna de un príncipe!»—Yo sin sentir iba participan-

do del entusiasmo comunicativo de la anciana, y juntas soñábamos ambas, juntas solíamos delirar. Nunca, sin embargo, mi imajinacion se detenia apaciblemente muchos momentos en el amor del hijo de Samuel; porque la relijion ofuscaba con su divina lumbre aquella idealidad brillante. Pero hace algunos dias supo Raquel que su sobrino habia abrazado de repente el cristianismo...

—¡Ah!

—«Inés, me dijo la anciana: hay un Dios que os ha criado el uno para el otro, y para cuya omnipotencia no ecsisten obstáculos en el mundo, cuando quiere hacer rodar el destino del hombre por una pendiente. Simon es cristiano, y por mas afliccion que me cause, conozco que Simon debia ser cristiano; porque Simon debia ser esposo tuyo.

—¿Eso dijo? la interrumpió Jimeno, como subyugado por las palabras de una sibila.

—Sí, eso dijo; y tomando su báculo añadió:—Vamos, vamos á decir á Samuel que mi voluntad es que su hijo sea tu esposo. Samuel tiene que callar y obedecerme, como Simon tiene que callar y obedecer á su padre.»—Era tanta la fe y autoridad de sus palabras, que no vacilamos en seguirla, mi desdichado padre y yo, mucho mas desdichada, por haberles sobrevivido.

Calló la jóven. Tan imposible es decir como adivinar lo que á la sazon pasaba en el alma de Jimeno.

Llega al pie del castillo, y se mete entre los bandidos con la tranquilidad de la desesperacion: el nombre de Sancho despierta sus zelos y rencores: triunfa de su rival, y cuando espera con harto fundamento, que el premio de su triunfo sea el rescate de la mujer que adora; cuando iba á sentirse la esplosion de su rabia, al ver frustradas sus esperanzas y malogrado su temerario arrojo; tropieza con una mujer que, como sino fuese bastante hermosa para fascinarle con sus encantos, le retiene irresistiblemente á su lado, y con su acento de sirena, le hace olvidarse por breves instantes, hasta de aquella jentil villana, por cuya salvacion arrostra tantos peligros al presente, y tantos crímenes y horrores para lo porvenir.

Crímenes sí. Porque, no hay remedio: ¿qué hace el judío de Mendavia despues de la muerte de Sancho de Rota? ¿Tornar á la casa paterna con los vanos laureles de tan infructuosa proeza? Si para arrancar á Jimena de sus raptores ha menester mas brazos que los suyos; si para vengar la indiferencia y desprecio con que escuchó sus cuitas el conde de Lerin, tiene que ser tan poderoso y temible como el conde, ¿podrá desechar esta ocasion oportuna de ponerse al frente de aquellos hombres, instrumentos los mas propios del ódio y de la venganza?

No : Jimeno lo habia decidido. Era menester ir de pueblo en pueblo, de castillo en castillo, quebrantando puertas, rompiendo cerrojos, penetrando hasta en los mas recónditos y misteriosos templos del pudor ; y esto solo es dado á un bandido. Era menester aterrar al conde ; incendiar sus alcázares; destrozar sus pueblos; privarle de sus mas bizarros capitanes ; llevar el espanto hasta las puertas mismas de su castillo, y la muerte hasta su mismo techo ; y para esto, no habiendo nacido un Pierres de Peralta, un mariscal de Navarra, mortales enemigos del conde, y tan poderosos como él; para esto, el hijo del hebreo Samuel tenia que ser capitan de bandoleros.

En disculpa de Jimeno, pudiéramos añadir que en aquellos tiempos habia muy poca diferencia entre un señor feudal, cabeza de un bando poderoso, y un caudillo de malhechores. Ambos perpetraban los mismos crímenes, los mismos escándalos ; sino que los primeros podian cometerlos impunemente sin esponerse mas que á las represalias, y los otros eran ahorcados *in fraganti* sin esperar órden del rey ni de la justicia, segun se ha visto en el artículo del pacto de hermandad que en el anterior capítulo hemos copiado.

Jimeno, pues, revolvia en su mente todas estas ideas ; pero las estrañas revelaciones de la cautiva las iban arrinconando y sustituyendo con otras mas apacibles, como la aparicion del dia va desterrando las sombras de la noche.

Era demasiado jóven para dar por mucho tiempo abrigo á recelos y sospechas ; era Inés harto hermosa, para no ser fácilmente creida. No dudando, pues, Jimeno de la verdad de sus palabras y de la sinceridad de sus afectos que se presentaban revestidos con esos májicos adornos de lo misterioso y desconocido; ¡cuán cerca estaba de ser alucinado! ¡cuán cerca de ser vencido!

—Si amarla es tal vez una necesidad para todos, pensaba Jimeno, ¿será un deber para mí? ¿Qué dominio ejerce sobre mis padres esa Raquel, esa mujer miserable, cuyo nombre jamás han pronunciado aquellos delante de mí, aunque he podido sorprenderlo á veces en sus labios? ¿Quién es esa mujer cuyo corazon le dice, como el mio, que yo he nacido para grandes cosas, á quien inspiro pensamientos tan audaces, como los que yo concibo?

Era imposible que Jimeno dejase de querer y estimar á una persona, cuya imájen se introducia en su alma, lisonjeando los nuevos sentimientos de orgullo y de ambicion, que súbitamente se habian despertado en su pecho.

Y apreciando y queriendo á Raquel, á la protectora de la hermosa enamorada... volvemos á nuestro tema... ¡cuán cerca estaba de amar á su protejida!

Mientras ideas tan encontradas, y opuestos sentimientos, y sensaciones contrarias, y diversos instintos, y variadas imájenes luchaban y reluchaban en el alma del capitan; Inés le contemplaba con grato asombro, no pudiendo comprender que sus palabras hubiesen causado tan profunda impresion á su libertador jeneroso.

Capaz era Jimeno de arrebatar el corazon de la mujer mas esquiva y desdeñosa, que hubiese notado la arrogante sequedad de sus palabras, la serenidad y decision de sus ademanes, su valor, su gallardia, y sobre todo el desprecio que hizo de la vida por libertar á las cautivas del capitan. Nunca se arrostra bizarramente la muerte delante de una mujer sin recibir su admiracion en recompensa; pero cuando la muerte se arrostra por la mujer que nos mira, la admiracion se convierte en gratitud, y la gratitud en cariño.

Nada sin embargo predispuso tanto á la jóven en favor de Jimeno, como la turbacion que sus aventuras le causaban. Aquel hombre impertérrito, de corazon de hierro, inflecsible, audaz, que vino á dar muerte al capitan en medio de su pequeño ejército; aquel mismo permanecia confuso, acobardado delante de una doncella, cautiva suya... ¿A qué mujer no le hubiera entonces asaltado el pensamiento de completar su triunfo, de avasallar al rey de las Bárdenas, de convertir al leon de las selvas en manso cordero que sigue los inciertos pasos de caprichosa zagala?

Inés tenia que luchar contra el soñado amor de su Jimeno; pero un amor fantástico debe oponer la misma resistencia á un amor real, que á la proa de un buque la bruma de los mares.

Al cabo de algunos minutos de significativo silencio, dijo el mancebo, con ánimo mas bien de escuchar una disculpa que de oir una respuesta:

—¿Y no ha contado Raquel con que podia estar apasionado el corazon de Jimeno?

—Raquel sabia que el corazon de su sobrino habia permanecido libre hasta entonces.

—Pero desde entonces... ¡ah! ¿cuántas mudanzas puede esperimentar el corazon del hombre en un mes, en un dia, en una hora?

—¿Sois vos amigo suyo? ¿Sois su confidente? repuso Inés dolorosamente herida por la primera punzada de los zelos.

Como en los zelos se interesa tanto el amor propio, y el amor propio es la parte del corazon humano que mas presto se resiente; no es estraño que esta fuese la primera sensacion de la jóven.

Miró luego al capitan: le pareció que por bueno que fuese el sobrino de la judía, no podia esceder á su libertador; ó mas claro: le parecia que el Jimeno real, era superior al Jimeno ideal, y añadió al punto en tono mas humanizado:

—En efecto, creo que el corazon del hombre es susceptible de súbitas mudanzas, y creo tambien que si hay razon para argüirle por ellas, hay razon para argüirle por todas sus afecciones. Así, pues, no debeis vacilar en decirme, si vuestro amigo está enamorado.

—¿Qué lograriais con saberlo?

—Como ningun derecho tengo ya sobre él; como de todas maneras debo renunciar á su corazon, lograria saber que es feliz, y sabiéndolo, pudiera yo ser menos desgraciada.

—¡Qué jenerosa, ó qué indiferente! esclamó Jimeno por lo bajo, casi con zelos de sí mismo.—¿Con que renunciais al amor de Jimeno? dijo este, dirijiéndose á la prisionera.

—Renuncio al deseo de buscarlo.

—¿Porqué?

—Porque es inútil.

—Entonces, ¿á dónde quereis ir en saliendo de aquí?

—El pájaro que mientras permanece en la jaula, pierde sus padres y su nido; si le abren la puerta, sale, revolotea, goza un instante de la libertad que Dios le ha dado; y vuelve á posarse en los alambres de la prision.

—Segun eso, ¿tornariais á mi castillo? preguntó el mancebo casi con lágrimas en los ojos.

—¡Ah! ¿Quién sabe?..

—Pues, ¿no habeis dicho?..

—Pero si la jaula quedaba abandonada de su dueño, ¿qué habia de hacer el pájaro dentro de ella?

—¿Ha de faltar nunca quien cuide de vos?

—Pero si en la jaula penetrasen los milanos mientras volaba libre la avecilla, ¿cómo ha de tornar esta á su morada, sabiendo que debe ser despojo de su voracidad?

—No, no: yo ayuntaré de aquí á los malvados, que osen tocar el polvo que pisais: yo seré vuestro escudo, vuestro amparo, vuestro dueño! esclamó con tierno ahinco el capitan.

—Callad, por Dios, callad, que el ave está ya fascinada, y si llamais con tan dulce reclamo, si la dirijis una mirada mas, tal vez podrá caer en las garras del milano.

—¡Oh! no: habeis venido á mis brazos: la providencia os ha conducido... Raquel es un oráculo..... yo he nacido para grandes empresas..... yo he nacido para vos.....

—¿Quién sois? ¡Dios mio! ¿quién sois? gritó la joven, con una respiracion anhelante y entrecortada: ¿quién sois para hablar así?

—¡Jimeno, Jimeno! Tu corazon te lo ha revelado.

—¡Jimeno! ¡Ah! es imposible tanta felicidad.

Lám. 4

—Mírame en tu corazon..... mírame aquí, y dime si no soy el mismo.

—¡Jimeno! repitió Inés, que vió unidos en este nombre el amor de su fantasia y el amor de su corazon.

Los dos amantes permanecieron largo tiempo unidos en estrechísimo abrazo.

Separáronse despues: Inés con la cabeza erguida, radiante de gozo: Jimeno con la frente abatida y el corazon despedazado por súbitos remordimientos.

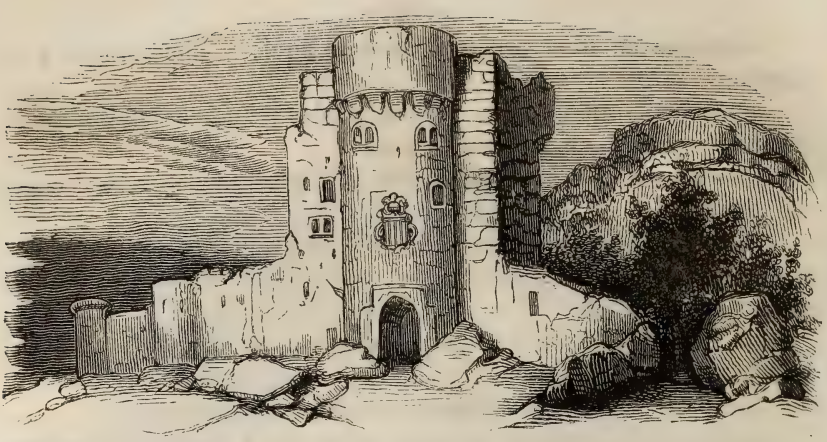
—¡Adios, Inés! decia al descender por la pendiente escalera del castillo.

—¡Adios, Jimena! le repetia el eco de su conciencia.

Aquella noche, despues de poner en libertad á todas las cautivas, menos á la mas hermosa de ellas, salió el capitan con sus bandidos, y para sofocar sus negros pensamientos, incendió el alcázar del conde de Lerin, en Baigorri.

En las nubes que forma el humo sobre las llamas, creia el caudillo de los forajidos ver dibujadas las seductoras formas de Jimena, que, con las manos juntas, en ademan de orar se iba elevando poco á poco al firmamento, dirijiéndole dulces y melancólicas miradas, mas bien que de reconvencion, de resignacion y ternura.

¡Desdichado el hombre que intenta borrar las huellas de una falta, con los pasos del crímen!



CAPÍTULO V.

En que el autor suspende los amorios para tratar de cosas muy graves.

La carta del condestable don Luis de Beaumont, al conde de Pallars, debió llegar á su destino, no sin alguna posdata, acerca del rapto de doña Blanca de Navarra. Asi al menos es de suponer; por mas que los coronistas guarden, sobre este y otros puntos impenetrable silencio.

Pero la carta, como todo lo que disponia el condestable, llegó en tan buena sazon á Cataluña; que celebradas ya las paces con el rey don Juan II de Aragon y de Navarra, y jurado príncipe de Gerona don Fernando su hijo, llamado despues el *Católico*; comenzaban á esparcirse rumores siniestros, sobre la prematura y arrebatada muerte del simpático príncipe de Viana.

Rumores eran estos, que á pesar de la invencible aversion con que los catalanes miraban á don Juan, y sobre todo, á su segunda y ecsecrable esposa, madrastra de don Cárlos y doña Blanca; susurrá-

banse apenas como temeraria sospecha de envenenamiento, y en boca de los mas rebeldes y atrevidos. Pero el conde de Pallars les fué dando cuerpo; ya soltando medias palabras y frases misteriosas; ya presentando con mucha precaucion documentos muy reservados, con el único fin de hacerlos públicos; convenciendo abiertamente á los rehácios; encojiéndose de hombros con los crédulos y ecsaltados; contestando á uno con una sonrisa, con un apreton de manos al otro, con una esclamacion al de mas allá, con votos y juramentos al de acullá: en fin, hízolo tan bien y de tal manera, que al cabo de poco tiempo, el susurro se fué convirtiendo en rumor, en ruido, en grito, en estruendo, y en estampido por último de la jenerosa indignacion en que hervian los pechos catalanes, la cual estallando en el Rosellon, pasó rodando por todo el Principado, como ruedan los truenos del uno al otro confin del horizonte.

Y como si la desastrosa muerte de aquel tan querido príncipe, no fuese bastante poderosa para romper el dique á tan impetuosas iras; todavía el conde de Pallars quiso acrecentarlas, aprovechándose diestramente de la desesperacion y olvido en que yacia doña Blanca de Navarra, hácia quien volvian los ojos todos los partidarios de su hermano, sin que á ninguno le fuese dado clavar en ella sus miradas.

¿En dónde estaba la princesa? ¿Quién sabia de ella? ¿Ecsistia por ventura? ¿La mano que habia suministrado el veneno al príncipe don Cárlos, se habria secado al perpetrar este crímen? ¿Habria agotado el infeliz toda la ponzoña? ¿Nada quedaria para su hermana? Si el tener lejítimos derechos al trono era todo su delito, quien heredaba sus derechos, ¿no heredaba tambien su desastroso fin? Si el plan del rey era satisfacer la ambicion desmedida de los hijos del segundo matrimonio, ¿no era una necesidad deshacerse de Blanca, como se habia deshecho de don Carlos?

Estas reflecsiones, por desgracia demasiado lójicas, acabaron de ecsaltar á los catalanes hasta el punto de creerse por todos de una manera positiva, que las almas de los príncipes hermanos vagaban todas las noches por las calles de Barcelona, arrastrando luengos sudarios, y clamando por la venganza con siniestras y profundas voces.

Hasta en el retiro del hogar doméstico, no habia nadie que no escuchase á deshora jemidos inarticulados, suspiros confusos, ayes que parecian salir de la estancia inmediata, y que cuando allí se acudia resonaban en la que se dejaba: no habia nadie que no viese cernerse juntas dos palomas con el cuello ensangrentado, y elevarse al firmamento, desde el palacio de los antiguos condes de Barcelona, dos lucecitas fosfóricas que despedian tristes y amarillentos resplandores.

Sagaz el conde de Pallars, y prevalido de la ecsaltacion de los áni-

mos, pudo reunir en pocos dias un ejército numeroso: y como la esposa misma del rey don Juan quisiese salirle al encuentro con el príncipe don Fernando su hijo, situándose en Gerona; dejóse caer de improviso el conde sobre esta ciudad, asediándola con ánimo resuelto de apoderarse á todo trance de la aborrecida madrastra.

Ajitábase en tanto y con igual objeto el conde de Lerin en Navarra, ausiliado por los castellanos con quienes andaba en tratos; pero don Juan, que habia recibido una gran suma de dinero del rey de Francia, Luis el Onceno, pudo levantar tropas y encomendarlas al mando de Gaston de Fox, su yerno.

Este ejército tenia que atravesar las Bárdenas para ir de Navarra al Aragon, y luego á Cataluña; y en aquellas fragosas montañas pudiera muy bien encontrar no pequeñas dificultades, si á los bandidos se les antojaba situarse en un desfiladero para impedirles el paso.

No era muy temible que asi sucediese; hacia mucho tiempo que los malhechores mostraban mas aficion á los bienes y á la vida de los caballeros del bando del conde de Lerin, que á ningunos otros; y casi podia considerárseles como amigos. Pero como los sitiados en Gerona pedian con tal ahinco los socorros de Navarra; era urjente acelerar el paso del ejército libertador, y prudente no esponerse á la continjencia del capricho de un capitan de bandidos, que podia ser ganado por las dádivas del condestable.

Envió, pues, sus emisarios el rey de Navarra á Jimeno, proponiéndole no perseguirle en seis meses si dejaba pasar las tropas sin oposicion alguna; y el capitan de forajidos que á los pocos dias de inútiles pesquisas y de estériles atentados para encontrar á su Jimena, se habia cansado de escuchar en torno suyo lamentos y jemidos de víctimas de su venganza; no solo admitió gustoso las proposiciones del monarca, sino que accediendo á despojarse de la investidura de rey de aquellas selvas, se sometió á don Juan con toda su gavilla, con la única condicion de recibir los despachos de capitan de aventureros; especie de soldados trashumantes, que eran á los ladrones en aquella época lo que son hoy los corsarios á los piratas.

No es dificil de adivinar la acojida que encontraria semejante propuesta en el monarca; quien no solo aseguraba la neutralidad, sino que ganaba la amistad de un centenar de tigres, terror de aquellos bosques. Asignóles sueldo con larga mano, concediéndoles además todo el botin que pudiesen cojer á sus enemigos; y con estas seguridades, dió órden para que el ejército de don Gaston de Fox se moviese, internándose en los temerosos dominios de las Bárdenas.

Divulgada la noticia por los pueblos comarcanos, fué recibida con inequívocas demostraciones de júbilo; y desde entonces pasaban los

bandidos por las poblaciones sometidas al partido real, sin que les precediese el terror, sin que les acompañase el crímen, sin que les siguiese la desolacion.

Gran golpe fué para el bando beamontés la sumision de los bandidos, y el conde de Lerin con maquiavélica astucia, quiso cuando menos hacerla efímera, y aun trató de enemistar para siempre al capitan de aventureros con el rey de Navarra, valiéndose del siguiente ardid.

Una partida de osados beamonteses, disfrazados con los poco uniformes y abigarrados trajes, é incompletas armaduras de los ladrones; se situó por órden del conde en una de las gargantas de las Bárdenas, á la tardecilla del dia en que pasaban las tropas reales: y disparando flechas y venablos contra la retaguardia, cayó sobre ella despues de haberla puesto en confusion, para que creyendo el conde de Fox que los bandidos faltaban á su fé, pudiese derramarse por las montañas y tomar en ellos venganza.

Salióle demasiado bien este plan al condestable. El hijo del conde de Fox, que á semejanza de su padre y de la mitad de sus ascendientes, tenia Gaston por nombre, iba á la retaguardia del ejército con harto descuido, para que dejase de caer en la emboscada, y perecer envuelto por los partidarios del de Lerin, si en lo mas crudo de la refriega no hubiese aparecido en su ausilio un formidable guerrero.

Mozo imberbe y novel, iba Gaston entonces á estrenar sus armas en la primera campaña, y muy pronto se dejó acorralar al pie de una roca por cuatro beamonteses que descargaban sin piedad sobre su arnés terribles y descomunales tajos, á que solo hubiera podido resistir el fino temple de la armadura. A la primera arremetida cayó el caballo muerto á sus pies, sirviéndole de estorbo para la defensa: y aun cuando el mancebo fuese de condicion de huir, antes de lo cual hubiera perdido cien vidas; érale tambien imposible tan vergonzoso recurso, porque á sus espaldas se alzaba un peñon tan alto como tajado. En este trance llegó el capitan de aventureros con algunos de los suyos.

Para acostumbrarse Jimeno al grave peso de la armadura, que tan incómoda le habia parecido en su primer combate, mandóse hacer una completa, de la cual, ni aun en momentos de ocio y descanso se desnudaba; y como su habitual y profunda tristeza le hiciese esquivo y uraño con sus mismos compañeros, raras veces levantaba la visera de la celada. Podia, pues, entrar en la lid sin desventaja alguna. Indignóse el capitan de la superchería del conde de Lerin, y deseoso de lavar la mancha que momentáneamente habia caido sobre su nombre, acometió con furia á los beamonteses, y derribando á los unos,

magullando á los otros, hiriendo y espantando á los demás, se abrió paso con la punta de su lanza hasta el pie del peñon donde tan apurado se hallaba el hijo primojénito de Fox, nieto de don Juan II.

Conociendo los beamonteses la importancia de aquella presa, se habían amontonado en torno suyo para que no se les escapase; pero al ver sobre sí al terrible capitan de aventureros, conocido por la divisa de su escudo, y aun mas por la pujanza de su brazo, volvieron contra él sus armas, abandonando al imberbe mancebo que fatigosa y desmayadamente se defendia.

Jimeno derramaba en torno la muerte y el terror.

—¡Cobardes! gritaba á sus enemigos: ¡Traidores, que no podeis ser audazes, sino con el disfraz de los valientes; tomad, tomad el pago de vuestra supercheria!—Vé, tú, villano, á ver si te vistes de aventurero del infierno.—Anda, tú, viejo zorro, que te conozco por el olfato.—Toma este bote, traidor, que no tienes de hombre de bien mas que la ropa.

Así Jimeno como los héroes de Homero, y como todos los guerreros que mas prócsimos están á la naturaleza, que no comprenden esos combates sin odio, esas luchas acompasadas y frias, en que ahora se ven envueltos millares de hombres; Jimeno, repetimos, insultaba durante la lid á los contrarios, que al fin tuvieron que emprender la fuga, para no quedar tendidos en el campo de batalla.

El hijo del conde de Fox, libre de todo peligro, salvado milagrosamente por el bizarro capitan, se avalanzó á sus brazos para manifestarle su vivo reconocimiento; pero Jimeno, que al ver huir á los enemigos permaneció á caballo, sueltas las riendas, la lanza en tierra, y la frente abatida, y lánguido el cuerpo, apenas fué de don Gaston tocado que ansiaba por estrecharle en su seno, cayó en sus brazos sin voz y sin aliento.

Corria sangre por entre la cota y la gola, y una lijera abolladura de aquella parte del arnés indicaba que por allí habia penetrado la punta de una lanza.

Tenia el mozo don Gaston de Fox, como todos los hombres bizarros de su edad, un corazon inflamable y propenso á súbitas y violentas afecciones, tan estremado en el amor como en sus odios. Sintió, pues, vivamente la desgracia de su libertador y allá en el fondo de su alma le juró un agradecimiento y amistad de toda la vida, si es que la vida del capitan no habia terminado en holocausto de la suya propia.

El conde don Gaston, advertido de las novedades que ocurrian trás de sí, volvió á reunirse á la retaguardia, poco despues de terminado el combate, y su hijo le manifestó deseos ardientes de quedarse en

Lam. 3

Navarra para asistir al capitan de aventureros, su libertador, que por su causa quedaba peligrosamente herido.

No hubo remedio: tenia el mancebo una voluntad enérjica, y sobre todo un alma apasionada; y su voluntad se cumplió.

Marchó el conde á socorrer á los de Gerona, y su hijo acompañó á Jimeno, que fué llevado en parihuelas al célebre monasterio de la Oliva.

El hierro de la lanza habia penetrado por la garganta: era peligrosa la herida, pero no mortal.

Cuando el capitan de aventureros abrió los ojos á la luz, vió á su lado un jóven gallardo y simpático que con semblante afectuoso besaba sus desnudas manos. Aquel jóven era un príncipe; era el nieto de su rey, heredero presunto de la corona de Navarra, si como suponian algunos habia muerto la princesa doña Blanca; pero, ¿no buscaban algo mas en torno del lecho hospitalario las miradas inquietas de Jimeno?

¡Ah! ¡Cuán vivo era en aquel momento el recuerdo de una mujer! ¡Cuántos dolores le hacia sufrir su memoria, mucho mas punzantes que los de su herida!

¿Buscaban á Inés sus ojos por ventura?

No; el corazon de Jimeno no fué de Inés mas que un solo dia, una hora, algunos instantes. El corazon de Jimeno fué de Inés los instantes que la paloma es del ave de rapiña que sabe fascinarla; despues, ó la paloma ha perecido, ó se esconde en su nido y aborrece al ave que la tuvo azorada con sus ojos. Inés fué dueña del corazon de Jimeno, como el magnetizador es dueño de las sensaciones de la magnetizada: desvanécese el fluido de comunicacion, y ya entre aquellos dos seres no ecsiste relacion alguna.

Jimena, sí, Jimena; la princesa de Viana; doña Blanca de Navarra; esa mujer infeliz de quien se iba alejando mas y mas por sus compromisos, por sus relaciones, por sus amistades, y de quien cuanto mas huia, mas enamorado estaba; esa era la que los ojos del capitan anhelaban ver, cuando tornó la vida á su semblante, por tanto tiempo interrumpida.

Pero el aventurero habia ahuyentado de sí á la desdichada Inés con brusca indiferencia: habia espantado el pájaro de la jaula; y el destino parece que tenia empeño en desviarle de la princesa, cuanto mas le impulsaba á quererla.

Pero hemos prometido no entretenernos en este capitulo con amoríos, y no queremos seguir quebrantando nuestra promesa. Trasladaremos, sin embargo, para concluir, las palabras del manuscrito del fraile de Irache, que al esplicar este como otros puntos históricos, persiste siempre en su teoría de los encantamentos.

«... Cosa de brujería, dice, paréscenos aquesta aficion descomu-
»nal; magüer non sea nuestro fablar de tan terrenales accidentes; por
»ende abastarnos debe sentar que Ximeno hovo menester de hechizos
»para adamar tanto á la fermosa villana.»

CAPÍTULO VI.

Del encuentro que tuvo el capitan de aventureros con una relijiosa de San Benito.

Por una senda estrecha y escabrosa de la falda del norte de los Pirineos, y con menos presteza de la que deseáran, dos caballeros se dirijian una tarde del invierno de 1464 desde el interior de Navarra á la capital del principado de Bearne.

Cabalgaba el primero en un corcel de asaz impetuosos brios, que mal su grado tenia que reprimir, por la escabrosidad del camino, abierto las mas veces en peña viva, otras surcado por cauces desamparados de antiguos torrentes, y embarazado las restantes por robustos troncos de corpulentas hayas y altaneros pinos, aterrados por los huracanes.

Iba armado de punta en blanco, puesta la lanza en la cuja, y sujeta al brazo derecho con una correa; y con el izquierdo embrazaba una rodela de templado acero, en la cual estaba pintado un sabueso con el hocico cerca del suelo y en ademan de seguir la pista, con estas palabras por orla: «HASTA QUE LA ENCUENTRE.»

Montaba el segundo un jaco alazan que, sin duda por la inveterada

costumbre de andar por las montañas, y con una impavidez y serenidad que solo dan los muchos años, suelto y lijero como una cabra, saltaba de peñasco en peñasco y de precipicio en precipicio. Era su dueño un hombron de unos cuarenta abriles, robusto y colorado, con áspera y cerdosa barba negra, ojos negros igualmente; pero alegres y pequeños: llevaba capacete de hierro, escudo y coraza de cuero, y una espada descomunal que para ser tan grande como él, debió el artífice haberla estirado media vara.

Despues de andar largo trecho, ocioso el acicate y tirante la rienda para sostener á los caballos que á cada paso hacian jenuflecsiones, llegando muchas veces á besar el suelo; quisieron picar un poco los caminantes en una llanura, á cosa de una legua de Ortés, cuando de repente tiró el primero las bridas á su troton, y levantando la visera, dijo volviendo el rostro á su compañero, que siempre se mantenia á respetuosa distancia:

—¡Marin!

Marin saboreaba á la sazon el dulce nectar de una horonda bota que traia colgada ordinariamente del arzon, y que con harta frecuencia solia descolgar para estampar en ella sus ardientes labios. Tuvo, pues, que suspender sus caricias, en medio de su mas dulce embeleso.

—¡Chafarote! tornó á gritar el delantero con impaciencia.

—¡Señor!

—¿Qué es eso? ¿te quedas atrás?

—¡Cá! respondió tornando á colgar la bota, el buen Marin, llamado sin duda Chafarote por antitesis; no señor, sino que no puedo seguir. Este babieca, que Dios maldiga, solo sirve para trepar por las rocas; pero en saliendo á lo llano no tiene sentido.

—Oye, Marin, ¿no sientes hácia el camino de san Juan de Pie de Puerto ruido de cascabeles, y pisadas de caballerías?

—Vuesa merced debe de tener los cascabeles en la cabeza; porque lo que es yo, no oigo una palabra.

—Sin embargo, téngalos, ó no los tenga, repuso el caballero, que sin duda estaba acostumbrado á las chanzas de Marin, yo las siento cada vez mas clara y distintamente; y es preciso averiguar de dónde procede un ruido tan estraño.

—¡Señor, señor! vuesa merced tiene razon; esas deben ser acémilas que irán cargadas con tesoros para el rey de Francia, que diz que está entre san Juan de Luz y Fuenterrabía haciendo las paces. ¡Ay señor! famosa ocasion era esta, si estuviésemos en los pinares de las Bárdenas, para echar el guante á esos regalos, por via de merienda.

Apenas tuvo tiempo el buen Chafarote de acabar esta última frase; porque el caballero, echando atrás el brazo derecho, sacándole de la

correa, y dando media vuelta á la lanza; fué á descargar con el cuento tan tremendo golpe en las espaldas de su escudero, que si este no acierta á poner delante la rodela, sin duda que no vuelve á mimar á su querida bota.

—¡Miserable! esclamó el caballero con el trémulo acento de la cólera, ¿aun no habeis llegado á comprender tú y tus compañeros que ya no estais á las órdenes de un bandido, sino á sueldo de un capitan del rey?

Chafarote escondió la cabeza entre los hombros; se encorbó sobre el arzon delantero; encojió las piernas, y hubiera deseado en aquel momento reducirse á la mas mínima espresion.

Conociendo la condicion iracunda y jenio pronto de su amo, se guardó muy bien de replicarle; pero sintiéndose mas de cerca el sonido de las campanillas, y el trote de las cabalgaduras, le dijo con voz humilde y ademan contrito:

—Señor, ¿quiere vuesa merced que me adelante un poco á ver si es alguna partida de rebeldes beamonteses, que han jurado hacernos tajadas si caemos en sus manos?

—No: hagamos alto en esta llanura, donde seria mengua tomar otras precauciones que las de enristrar lanzas: si son enemigos, no los llevaremos á la espalda, y si amigos, es regular que sigan el mismo camino que nosotros.

—Señor, ¿y puede saberse qué camino es el nuestro? Porque yo, maldito si entiendo lo que me pasa, desde que dejé de pertenecer al gremio de los ladrones, para entrar á servir de escudero á su merced.

—¿Echas de menos aquella vida?

—¡Ay, señor! respondió Chafarote con un suspiro lastimero: confieso que le tengo cierta inclinacion. Beber y robar son mis...

—¡Chafarote!

—Basta, señor, no volvamos á las andadas: me contentaré con dedicar á lo primero toda la aficion que profesaba á lo segundo.

—¿Cuándo habias de tener la honra de hacer un viaje como el que ahora llevamos, siguiendo en la tormentosa profesion de bandidos?

—¡El viaje, el viaje! Señor, este es mi tema: ¿á dónde vamos?

—A Ortés.

—¿A la boda quizá? preguntó el escudero con ironia.

—No te sonrias, insolente: á la boda vamos.

—¿A la boda del príncipe?

—Sí, hombre, sí. ¿Capaz serás de dudarlo?

—No, no, señor; se apresuró á responder Chafarote, yo no dudo jamás de lo que dice su merced, y sobre todo, cuando trae al brazo un lanzon que llega á todas partes. Pero, entendámonos: ¿vamos convidados?

—Convidados, hombre; convidados, por los mismos condes de Fox y príncipes del Bearne, hijos del rey don Juan, los cuales me han mandado un atento mensaje para que no deje de asistir á los desposorios de su primojénito don Gaston de Fox, con madama Magdalena de Francia, hermana del rey don Luis el Onceno.

—Confieso, señor, repuso aturdido Chafarote, que á no ser para dar un limpion á la vajilla, jamás se me hubiera ocurrido presenciar antiguamente tan altos festejos. ¡Cuerpo de mi abuela, y como voy á sacar la tripa de mal año! Pero ¿cómo esos señores se acuerdan de mí, sino es para ahorcarme? añadió Marin, haciendo de un plural un singular, sin duda por respeto á su señor, ó por temor á su lanza.

—El novio don Gaston de Fox es mi mejor, mi único amigo; y siendo príncipe tan real y tan esclarecido, no se desdeña de tenerme á su lado. Pero déjate de preguntas y mira el peloton de jente que asoma allá por donde el sol se está poniendo.

Marin volvió en efecto la cabeza al occidente, y en el alto de una vecina loma vió cuatro caballeros armados tambien de punta en blanco, y en medio de ellos una litera conducida por dos arrogantes mulas, cuyas cabezadas estaban llenas de campanillas y cascabeles, y coronadas de airosas garzotas, con cintas y perifollos de estambre de mil colores. Al lado de las cabalgaduras iban tambien dos fornidos villanos del pais.

Podia dudarse si aquellos caballeros eran guardia de honor de la persona encerrada tal vez en la litera, ó desalmados malandrines que mal su grado la llevaban cautiva.

Esta duda debia muy pronto aclararse; porque uno de la escolta se adelantó buen trecho al advertir el ademan resuelto de los que esperaban con lanzas en ristre.

No estaria aquella tierra en muy holgada y pacífica situacion, cuando para ir á festejos de bodas, tomaban nuestros caminantes tanta precaucion de armas ofensivas y defensivas, y tanto temian la aproxsimacion de seres humanos.

En efecto, confiado el rey don Juan en sus propios recursos, ó tal vez en su buena fortuna, no se aturdió cuando en todos sus vastos dominios brotaron simultáneamente terribles y numerosos enemigos. Su yerno, el conde don Gaston, ayudado de los principales caballeros de la faccion agramontesa; de mosen Pierres de Peralta; de aquel famoso Sancho de Erviti, á quien hemos conocido en el rapto de la princesa; de Sancho Londoño y Beltran de Armendariz; obligó al conde de Pallars á levantar el cerco de Gerona, donde en tan terrible aprieto se vieron la reina y su hijo don Fernando. Pero los catalanes, que no desmayaron con esta, ni con otra posterior derrota, declararon al

rey de Aragon y de Navarra traidor y enemigo de su patria; y como fuese desconocida, no solo la morada, sino la ecsistencia de doña Blanca, lejítima poseedora de los derechos de su padre, á falta suya fueron á ofrecer los tres estados del principado de Cataluña al rey de Castilla, en odio al monarca don Juan, que se titulaba conde de Barcelona.

Algunos comentarios pudiéramos hacer acerca de este hecho notable de nuestra historia, si fuésemos á ecsaminarlo bajo el punto de vista constitucional; pero dejándolos para ocasion mas oportuna, diremos únicamente que el rey de Castilla admitió primero las proposiciones de los catalanes, y que despues, pareciéndole cosa de sueño, segun dice la crónica, respondió que solo queria ser medianero de una buena paz, si dejaban sus diferencias con el monarca aragonés al arbitrio del rey de Francia Luis el Onceno, que tenia en ciernes el proyecto de casar á su hermana Magdalena con el heredero presunto del trono de Pamplona.

Accedieron incautamente los catalanes á la propuesta, no sabiendo que era entregarse como un rebaño de corderos á la custodia y decision del lobo; y mientras se publicaba la sentencia del árbitro, depusieron lealmente las armas.

No lo hicieron así los beamonteses de Navarra. El conde de Lerin, su caudillo, era harto avisado y astuto, para dejarse engañar tan fácilmente por apariencias de imparcialidad y justicia; y aunque solo, y desamparado de sus amigos de Cataluña, seguia en Navarra una guerra, sino tan ostentosa y formal como la del principado, de mas ventajas al menos para las escasas fuerzas con que contaba, despues de la desmembracion que de ellas hizo para ausiliar al conde de Pallars.

Hé aqui, pues, esplicados los justos motivos de recelo y desconfianza que asistian á nuestros caminantes, para precaberse contra las guerrillas del bando enemigo, que sino pululaban en el Bearne como en Navarra, no era imposible que traspasasen la frontera de este reino.

—¿Quién va allá? gritó con bronca voz el caballero viniente, á los espectantes.

—Navarra por Agramont, le contestó otra voz no menos robusta, pero mas sonora.

—¡Oh! somos amigos, repuso el de la escolta. Y si la fama de vuestra gallardía y la divisa de vuestro escudo no miente; sois el capitan de aventureros mas valiente que ha conocido Navarra.

—El capitan de las Bárdenas, contestó Jimeno modestamente.

—Me llamo Sancho de Erviti; repuso el recien llegado, alzando la visera.

—¡Sancho!

—Sí, ¿os choca ese nombre?

—No lo niego.

—¿Quizá supondríais que andaba..... allá..... por las montañas de Cataluña? Pues amigo, las treguas me han arrojado de allí..... Yo me pudro donde no hay guerra.

—¡Sancho!... ¿Sancho... de qué? repuso Jimeno, como preocupado por una idea.

—¡Sancho de Erviti! ¡Qué diablos! No parece sino que os coje de nuevas el nombre de un infanzon de Navarra, dijo el caballero un tanto picado de que su ilustre fama no hubiese llegado á oidos del capitan.

—¡Sancho!... repitió este, no sé por qué tengo tanta predileccion hácia este nombre.

—¡Voto al diablo! ¡Pues hartos Sanchos hay en el mundo!

—Muchos mas habia, replicó Jimeno con estraña sonrisa; muchos mas habia antes de haber empuñado yo mi lanza.

—¡Ola! ¿con qué tantos habeis despachado al otro mundo? ¡voto al chápiro!

—¡Oh! ¡bastantes!... ¿Y quién sabe si todos ellos sin merecerlo?

—Pues, hombre, que no os dé conmigo tan estraña mania.

—¡Con vos! ¿Y por qué?

—Andemos, si os parece, dijo el caballero desentendiéndose de la pregunta, al ver que los de la litera se acercaban demasiado.

—¿A dónde vais?

—Por ahí adelante.

—El mismo camino llevo yo, respondió Jimeno. ¿Y os deteneis?...

—En cualquier parte.

—Como yo... justamente. En cualquier parte.

—Con que... andemos, dijo Sancho, con visibles muestras de impaciente, y aun de contrariado por aquel encuentro.

—Vamos. ¿Pero á quién diantres llevais en esa litera, don Sancho?

—A nadie..... ¡A un arzobispo! añadió luego de repente, y con mucho misterio Sancho de Erviti.

—¡Pésia mi alma! ¡Y decis que es nadie un arzobispo!

—Pues tan arzobispo es como el de Tarragona, replicó Sancho, esforzándose en sostener lo que nadie le contradecia.

—Yo lo creo. Pero, deteneos: ¿sabeis, don Sancho, que oigo unos suspiros que me traspasan el corazon?

—¡Aprensiones! Vamos corriendo: hace un frio de mil diablos, y la noche se viene encima.

—¡Qué diantre! ¿Sabeis que vuestro arzobispo suspira como una monja?

Sancho perdió el color, y para disimular sin duda su turbacion, bajó la visera diciendo:

—¡Arzobispo es, voto á mi alma!

—Así os parece, repuso con calma Jimeno: ¿Pero no es fácil que os hayan dado gato por liebre? ¿No es posible que lo que vos creeis un venerable prelado, no sea ni siquiera un triste monaguillo?

—Señor capitan, esclamó el caballero; yo sostengo mi palabra; porque seria la primera vez que Sancho de Erviti dejase de tener razon contra el mundo entero.

En esto se oyó una voz femenil que con lastimoso acento, capaz de conmover las peñas, salia de la litera, diciendo:

—¡Ay, mísera de mí!

—¿Sabeis, don Sancho, advirtió el aventuro, que estaba por rogar á vuestro arzobispo que saliese á bendecir estos lugares?

—¿Por qué?

—Porque se me figura que por aquí debe andar un alma en pena.

—Terco sois, señor capitan; pero habeis dado con la horma de vuestro zapato. Precisamente tengo yo vanidad en ser terco; porque me sobra valor cuando me faltan razones.

—En efecto, señor infanzon, repuso Jimeno con un tono de Furia que se reprime; para llamaros Sancho, veo que disputais demasiado.

—¿Qué quereis decir?--Pero... andemos.

—Andemos ahora, todo lo que os plazca.

—¿Decíais?...

—Decia que me agrada haber al fin tropezado con un *Sancho, valiente, y que disputa mucho.*

—Es mi jenio; y como no puedo vencerme, he hecho gala de este defecto: mirad, mirad el mote de mi escudo.

—¿Qué quiere decir?

—¿No sabeis leer?

—No.

—Yo tampoco: pero sé, porque todos los clérigos me lo dicen... que aqui se lee: QUE SI: QUE NO; lo cual indica, que cuando los demás afirman una cosa, yo la niego; y cuando los otros niegan, yo afirmo. (1)

—¿Sabeis, caballero, que he malgastado mis brios con muchos Sanchos en este mundo, buscando un Sancho parecido á vos? ¿Sabeis que ha muerto un Sancho de Rota, porque tenia *alguna semejanza con un Sancho de Erviti*?

—Y eso ¿qué significa? dijo este, tirando de la brida á su caballo.

---

(1) Histórico.

—Andemos, andemos; ahora me toca á mí meteros prisa.

—Pero ese tono... esas palabras...

—Adelante. Quiero que satisfagais una de mis dudas. ¿Cuándo vais á cometer cualquier fechoria... así... de caballeros: cuándo vais por ejemplo á robar doncellas... á Mendavia?...

—¡Cielos!

—¿Llevais esa divisa, ó preferis disfrazaros para no ser conocido con la armadura de vuestro escudero?

—Señor capitan, veo que lo sabeis todo, y en nombre del rey...

—Señor infanzon, gritó el capitan, con la voz del torrente que rompe un dique y se precipita en catarata; lo que ignoro, lo adivino, y en nombre de Dios os pido me digais que habeis hecho de Jimena, la villana de Mendavia, ó sois conmigo en singular batalla.

—¡Paso, paso en nombre del rey! mañana juro venir á este sitio á castigar vuestra insolencia, le respondió con ira el infanzon.

—Sancho de Erviti, mirad mi escudo: HASTA QUE LA ENCUENTRE! mi corazon me dice que ya la encontré.

Volvió riendas súbitamente el capitan, y dando un espolazo al caballo, partió á escape hasta la litera.

—¡Caballero, doleos de mí esclamó dentro una voz confundida por los sollozos.

Sancho habia seguido á Jimeno.

—¡Adelante, adelante! gritó el hidalgo, picando con la punta de su lanza á las cabalgaduras.

Pero el capitan se habia puesto en medio del camino con la lanza en ristre, y con firme acento, y ánimo decidido, le dijo:

—¿Quién es esa señora que llevais cautiva?

—Os empeñais en saberlo, ¿no es verdad? contestó don Sancho.

—Sí.

—Es decir, señor capitan, que quereis que os lo declare por fuerza.

—Os digo que sí, replicó impaciente el caudillo de aventureros.

—Pues bien, señor capitan de ladrones; visto el empeño que formais, os digo QUE NO.

—No dais un paso adelante si no la dejais libre, cualquiera que ella sea.

—¿Cómo pensais impedírmelo, miserable bandido? repuso don Sancho de Erviti, arremetiendo furioso al caballero que, le recibió con jentil denuedo.

Travóse entonces un desigual y sangriento combate. Chafarote desnudando su formidable espada, se puso al lado de su señor, que entretenido con Sancho de Erviti y su paje, sin duda hubiera sido envuelto entre los cuatro de la escolta sin este ausilio. Al primer encuen-

tro saltaron hechas astillas entrambas lanzas que habian tropezado en las rodelas; echaron luego los caballeros simultáneamente mano á las espadas; y tan tremendos y repetidos tajos se sacudian, que formaban un espantoso estruendo con las armaduras, como mazos de fragua que aplastan el hierro sobre el yunque. Saltó por fin de un mandoble el casco de don Sancho, y otro mandoble dirijido á la cabeza, pero que por fortuna se desvió sobre el hombro, hízole oscilar en la silla y caer luego en tierra con un fragor tan tremendo, como el de un roble de cien siglos derribado por el rayo. El caballo del capitan dobló entonces las rodillas, y derramando un rio de sangre por la cabeza cerró para siempre los ojos, enclavados tristemente en su jinete.

Al tender este los suyos vió tres guerreros en el suelo: Sancho y uno de los escuderos de su comitiva, y el desdichado Marin, cuyo ausilio le habia sido tan eficaz. La litera, los villanos y dos jinetes habian continuado su marcha, huyendo de aquel encuentro.

El capitan no tuvo tiempo siquiera para prestar ausilio á su escudero, y montando en el caballo de Sancho de Erviti, hundió las espuelas en sus hijares y á los pocos minutos alcanzó la litera.

Los dos escuderos que habian sobrevivido al combate, y que por órden de su señor seguian escoltándola, apresurando la marcha de las cabalgaduras, huyeron despavoridos apenas vieron de cerca al formidable capitan de aventureros, el cual echando pie á tierra, teniendo en la mano las bridas del caballo con sobresalto empuñó la aldaba de la puertecilla de la litera. El corazon le palpitaba con violencia: tenia cierta esperanza de ver á su Jimena.

Abrió por fin, y la que estaba dentro era una relijiosa de la órden de san Benito.

—Señora, la dijo el caballero con respetuoso, pero tristísimo acento, sois libre: decidme ahora á donde quereis que os lleve, y hasta poneros en salvo os iré acompañando al cabo del mundo.

La relijiosa cubierta con el sagrado velo, no le respondió.

—Señora, volvió á decir, no tengais miedo, soy vuestro libertador.

Siempre el mismo silencio.

Reparando entonces el capitan en su inmovilidad y en la estremada palidez de sus manos, se determinó á levantar el velo para ver si estaba desmayada. Ejecutó al principio esta operacion con respetuosa timidez; pero viendo que nadie se lo impedia, echó de un golpe el lienzo á las espaldas de la desmayada relijiosa.

Un estremecimiento jeneral paralizó la lengua de Jimeno. Llevó inmediatamente la mano á la visera para levantarla, creyendo sin duda que sus calados hierros, ofuscando sus miradas, no le dejaban ver la realidad; se restregó los ojos como si despertase de un sueño, el pecho

le temblaba bajo la coraza de hierro, los latidos de su corazon eran violentos...

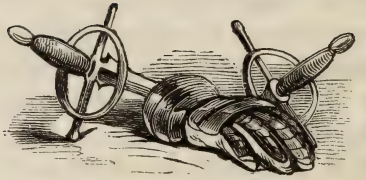
—¡Es ella; no hay duda: es ella! esclamó el capitan con trémulo y profundo acento, y luego lanzando un grito de gozo inefable:

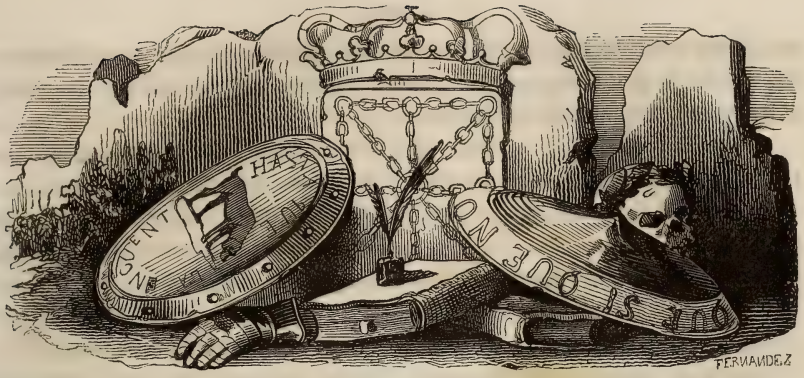
—¡Jimena! repitió, ¡Jimena mia!

El eco de su voz era tan fuerte, vibrador y penetrante, que no pudo menos de llegar al corazon de la princesa, la cual abriendo poco á poco sus párpados, mirando con asombro á su alrededor, clavó sus atónitas miradas en el semblante del mancebo que la contemplaba con dulcísimo arrobamiento, y prorrumpió tambien en entrecortadas voces:

—Ah!.. ¿Qué es esto?.. ¿Dónde estoy?.. ¡El... sí... él... es!.. ¡Jimeno! ¡Jimeno!

Y se arrojó á sus brazos.





CAPITULO VII.

Que está entre el sesto y el octavo, y no sirve para otra cosa.

QUÍ esperábamos nosotros hallar en la crónica una florida, menuda, y atildada descripcion de los afectos que debieron sentir los dos amantes despues de tan larga ausencia, crueles incertidumbres, y mortal silencio; pero nos encontramos con que los historiadores, ya por desidia, ya por ignorancia, se contentan con decirnos lisa y llanamente que no aciertan á esplicar el cúmulo de sentimientos y de ideas que debieron asaltar el corazon y la mente de los susodichos enamorados. Los coronistas lo dejan al buen juicio de sus lectores; y, vive Dios, que estábamos medrados si otro tanto hubiesen hecho con el resto de la obra.

Nota sin embargo un historiógrafo, que el recuerdo de la primera y única falta del capitan de aventureros, en dejarse alucinar momentáneamente por Inés, le turbaba un tanto el gozo presente, y daba á

su fisonomía un aire menos satisfecho, menos jovial y comunicativo que al de la princesa, paloma inmaculada que podia ostentar el alma pura, como los ampos de la nieve.

Lo malo es, que el referido cronicon toma pié con este motivo para moralizar pesadamente acerca de lo bueno que es ser siempre bueno; como si el autor, por santo que fuese, puesto en el caso que el capitan de aventureros..... Pero sigamos el cuento; pues se nos antoja que los lectores han de tener mas gusto en oir hablar á los dos amantes, que á todos los coronistas.

El capitan fué el primero en volver de aquel estático silencio.

—Pero, ¿qué es eso, Jimena? ¿Tú con hábito de relijiosa? Por ventura, ¿te habré arrancado de un cautiverio para conocer que vives en otro distinto?

Blanca, en vez de contestar á esta pregunta, no menos admirada que su libertador, le dirijió la siguiente:

—Y tú, Jimeno, ¿qué cambio tan estraño has sufrido? ¡Si no acierto á dar crédito á lo que ven mis ojos! ¡Si parece imposible que el valeroso guerrero que acaba de libertarme de doble número de contrarios, sea el tímido mancebo que solia acompañarme en mi cabaña de Mendavia.

—Tan imposible por lo menos como que tú, sencilla labradora, huesped de las riberas del Ebro, vengas escoltada por tantos caballeros; y en una litera, que no la tienen mejor nuestros monarcas. ¿Qué transformacion es esta?

—Parece, Jimeno, parece en efecto que estamos aún bajo la influencia de un sueño, del que nunca quisiera despertar. ¡Yo libre de mis perseguidores, yo dueña de mi misma, de mis palabras, de mis acciones; yo puesta en salvo por un hombre que me quiere por lo que á sus ojos aparezco, y no por lo que me han dado los demás..!

—Sí, la interrumpió el capitan, cargándose su frente con aquella triste nube de sus recuerdos, la única que empañaba tan sereno y esplendente cielo de felicidad: sí, lo has conocido al fin: yo te amo y te amé desde el primer instante en que te vieron mis ojos. Este amor, como si fuese un rayo celestial, iluminó mi entendimiento, abrió á la fé los ojos de mi alma, y para identificarme contigo, quise que nuestras oraciones fuesen dirijidas á un mismo Dios; y que si no podíamos unirnos en la tierra, al menos en el cielo tuviésemos una misma morada. Cuando por aventuras tan estrañas como increibles, desapareciste á mis ojos, en el momento mismo en que acababa de librarte de una muerte desastrosa; faltó á mis ojos la luz, faltó la vida á mi corazon, faltó á mi alma la dicha y el reposo. Entonces esperimenté un trastorno, una mudanza súbita en todo mi ser: me sentí audaz y valiente;

resolví buscarte por todas partes, arrebatar á tus raptores la presa de entre sus garras... ¡ay! pero no crei que despues de dos años de afanes y de lides, volveria á verte cubierta de un velo, de un escudo impenetrable para mi ventura!

La princesa se sonrió tristemente al escuchar estas últimas palabras. Es verdad que ceñia su frente con el sagrado velo de las vírjenes del Señor; pero este obstáculo era quizá el menor que se oponia entre la heredera, ó lejítima dueña, por mejor decir, del trono de Navarra, y el hijo de Samuel, judío de Mendavia.

Tal era, sin embargo, la dulce melancolía y la ardiente pasion que se rebosaban de las miradas de Jimeno; tan poco acostumbrada se hallaba doña Blanca al sincero lenguaje del afecto y del cariño, que embriagada como á pesar suyo, en aquel perfume deleitoso, y en los májicos acentos del capitan, no tuvo valor para dejarle en el error de que el hábito que traia, encadenaba su corazon; ni menos aun para revelarle la elevacion de su cuna, el abismo que les separaba; para pronunciar, en fin, una palabra que hubiera confundido por siempre, y anonadado á su amante.

Con trémula voz y semblante ruboroso, despues de un momento de pausa, dijo á su libertador:

—Jimeno, el hábito que llevo me ha sido impuesto por la fuerza... soy libre, gracias á tu valor... enteramente libre; mis labios no han pronunciado otros votos que por la ventura de mis amigos y contrarios.

—¡Oh! basta, basta! respondió el capitan, que al arrullo de aquella voz habia adormecido la de su conciencia: yo no puedo aspirar á tus amores: el empeño que manifiestan tus enemigos en perseguirte, el aparato de que te veo rodeada, el mismo porte distinguido con que apareces á mis ojos como una reina; todo eso me hace comprender que no eres tú lo que aparentabas en Mendavia. Mozo entonces sin esperiencia, privado hasta de la facultad de pensar, porque mi alma toda solo estaba ocupada en sentir; durante estos dos años he reflecsionado mucho, porque he padecido mas. Tú debes ser cuando menos hija de algun hidalgo y bien nacida, porque los caballeros te escoltan y se dignan descender hasta robarte: es imposible que puedas abrigar amor alguno hácia el hijo de un judío, que no sabe si en este momento está cometiendo algun desacato hablándote como allá, bajo el emparrado de tu choza, como á la jentil villana de Mendavia...

—¡No, no; prosigue, esclamó la princesa, á pesar suyo arrastrada por el dulce reclamo de aquel murmullo encantador; trátame como á tu igual: una vez te debo la vida, y otra mi libertad... La nobleza de tu alma suple con creces la que pueda faltarte por tu cuna!

—Pues bien, repuso el caballero como alentado con una vaga es-

peranza; tal vez como he dicho, seas hija de un hidalgo, ó quizá de un caballero; en cuyo caso, yo, pobre reptil que me arrastro por el suelo que pisas, no tendré mas contento que el de seguir á tu lado, como un perro tras de su amo, y dar la vida por defenderte; pero á lo menos podré levantar hasta tí mis ojos, podré pensar en tí sin que sea ofensa para el Señor, como lo fuera estando tú consagrada á su servicio. Ahora, dime á donde quieres que te conduzca, porque la noche se aprocsima, y es preciso pensar en retirarnos

—Pero, ¿en qué pais estamos? ¿A dónde me llevaban?

—Pues qué, ¿lo ignoras? ¡En los Pirineos! respondió con asombro el capitan.

—Anoche me sacaron del convento de San Juan de Pié de Puerto, con anuencia de la abadesa, cuatro caballeros cubiertos de hierro de los pies á la cabeza, y encerrándome en esta litera, tratándome con respeto, pero con increible severidad, sin detenernos nunca en pueblo alguno, y solo si en el campo el tiempo preciso para que comiésemos nosotros y las cabalgaduras; me han traido por estas montañas, sin que mis lágrimas ni mis súplicas pudiesen ablandar el empedernido corazon de mis raptores: ni una sola vez han levantado delante de mí la visera de su casco, ni una sola palabra han respondido á mis reiteradas súplicas.

—¡Es cosa singular lo que te sucede! Pero es necesario que no nos detengamos aquí por mas tiempo. El sol acaba de ponerse y debemos buscar albergue donde pasar la noche. Afortunadamente no lejos de aquí tengo un amigo en cuya casa podrás permanecer segura: entonces me contarás tus aventuras, y me reservo tambien para la noche el referirte las mias.

—Entre tanto, respondió la princesa, yo meditare el partido que me conviene seguir en esta ocasion.

Y entre ufano y melancólico, despues de dirijir á la princesa una ardiente mirada, cerró el capitan de aventureros la puerta de la litera, y dijo á los villanos que la acompañaban:

—¡Adelante, muchachos! antes que cierre la noche es preciso que lleguemos á Ortés.

Los villanos se le quedaron mirando con aire socarron y estúpido.

—¡A Ortés! todo el camino adelante, ¿no lo habeis entendido? repitió el caballero.

—¡Sí, señor! lo hemos entendido perfectamente, respondieron los conductores.

Y encojiéndose de hombros con una sonrisa brutal, arreáron las mulas, y se dijeron el uno al otro:

—Caramba, Juancho, para esto maldita la necesidad que tenia de

haber despachado dos hombres al otro barrio!

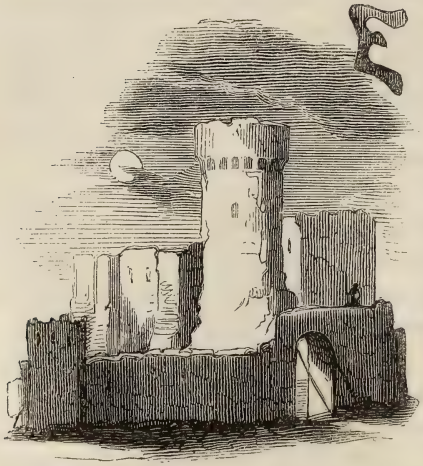
—El diablo que entienda á esos caballerotes, Francho amigo!

Y mirando de reojo, tan pronto á la litera como al capitan, continuaron su camino.

El capitan de aventureros, radiante de júbilo y embebecido en sus amorosos pensamientos, no advirtió la sonrisa maligna de los villanos.

CAPITULO VIII.

En que se refieren sucesos antiguos que magüer parezcan impertinentes, atañen á nuestra historia.



En medio de la oscuridad de la noche, templada por los serenos rayos de la luna, ocultos á veces tras de lijeras ráfagas que surcaban el espacio, alzábase el castillo de Ortés, perteneciente á los condes de Fox y príncipes de Bearne, despidiendo por los pintados vidrios de sus afiligranadas ventanas, nubes de fulgor y de perfumes, que parecian envolverle en cambiantes auréolas.

De cuando en cuando brotaban tambien raudales de tumultuosa y plácida armonía, de voces y risotadas, brindis y estallidos de vasos y botellas, estruendo y algazara, confusos, indistintos, fantásticos, casi diabólicos; y el alcázar todo parecia temblar bajo las cadenciosas plantas de numerosos danzadores.

Henchido estaba el venturoso castillo de la flor y nata de los jentiles-

hombres y caballeros de Francia, de los ricos-homes, grandes maestres, infanzones é hidalgos de Aragon, de Castilla y de Navarra. Ostentaban los españoles anchas y majestuosas túnicas bizantinas de riquísimo paño de seda, y brocado de oro, guarnecidas con blancas pieles discretamente adobadas, con que solian en ocasiones solemnes honrarse y honrar á sus elevados huéspedes; mientras que los franceses, no sin cierto linaje de envidia que ha dejado escrupulosamente consignado la historia, llevaban el traje corto, que tan comun se iba haciendo en aquella época, aunque sin los brillantes y variados colores, con que los caballeros de otras naciones solian engalanarse.

Era debida tan magnífica concurrencia, no solo á la elevada cuna de los novios, sino á la circunstancia de hallarse en la frontera el rey de Francia, y los embajadores de tres reinos, para la celebracion de las paces entre Navarra, Cataluña y Castilla.

Todos á la sazon estaban amigablemente confundidos en el desórden con que siempre terminan las fiestas mas bien preparadas, y en torno de mesas espaciosas, donde se veian esparcidas anchas y labradas copas de plata y oro, frascos enormes de vidrio, cubiertos con doble tejido de esparto, y restos de viandas y platos, que habian sobrevivido á la espantosa catástrofe, en que perecieron las aves mas sustanciosas que pueblan los Pirineos, las reses mas pingües de sus valles, los mas esquisitos pescados de las sombrías olas del Occéano, y hasta las delicadas truchas de las cristalinas aguas del Gabe.

El prolongado salon, teatro de las famosas hazañas de aquellos nobles caballeros, tan dispuestos y poderosos para acabar con interminables y compactas hileras de frascos de Peralta, Burdeos y Champaña, como para derrotar las descreidas turbas de los moros de Granada; el salon, repetimos, colgado de rica tapicería veneciana, y adornado con los retratos de los condes de Fox y de Bearne, demostraba ya el refinamiento á que la arquitectura gótica habia llegado en aquella época, por el esquisito y menudo trabajo de la magnífica techumbre que, dorada por los mas diestros artífices, parecia una áscua inmensa al rojo resplandor de las bujías.

Todos los sillones tenian en su respaldo recamadas las armas de los príncipes, compuestas de toros y roeles.

Entre los caballeros franceses, figuraban en primer término el duque de Borbon y mesire Juan de Rohan: al frente de los caballeros navarros el inflecsible y duro mosen Pierres de Peralta, y el marqués de Córtes; y entre los castellanos sobresalia por su arrogancia y apostura don Ruy Diaz de Mendoza.

Pocas damas habia en la desordenada estancia, que pudieran contener la ruda franqueza que reinaba entre aquellos señores: los ecos

de dulces y lejanos instrumentos llegaban de cuando en cuando á sus oidos, atrayéndolas como un reclamo á los salones de baile. Pero fuese por distraccion, por indiferencia, ó por curiosidad, lo cierto es que una joven, dama de la condesa de Fox, permanecia en pie delante de una ventana, abierta para templar el escesivo calor del aposento, dirijiendo vagas y melancólicas miradas al astro de la noche.

Notablemente contrastaba la palidez y profunda tristeza de su rostro, su ademan reflecsivo, y su actitud inmóvil, con el bullicio, movimiento, franqueza y alegría de los otros; mas por fortuna suya nadie reparaba en aquella estátua de marfil antiguo, que parecia labrada por Fidias para apoyar su brazo en la cornisa de un sepulcro.

Hemos advertido ya la mezquina rivalidad *fashionable* que reinaba en punto á trajes entre los caballeros españoles y franceses: estos en particular, dando sobrada importancia al lujo de los castellanos, no desechaban ocasion oportuna para zaherirlos y mortificarlos. El duque de Borbon, preciado de decidor, de buen mozo y de bizarro, acababa de contar una historia asaz impertinente, en la que se traslucia la intencion de dejar no bien parada á la galantería española.

Una parte del auditorio mostrábase amohinada, cuando el marqués de Córtes levantóse con aire reposado y grave, y dirijiéndose al caballero francés:

—Señor duque, le dijo: lo que acabais de contar maldita la gracia que tiene: sucesos algo mas estraños y mucho mas ciertos han acaecido el año de mil cuatro cientos y... no me acuerdo esactamente.

—¡Al caso, al caso! gritó mesire Juan de Rohan, desocupando una ancha copa de oro de vino de Peralta, ¿qué nos importa la fecha?

—Probablemente lo mismo que la relacion, dijo el duque un tanto picado.

—Señores, prosiguió el marqués con mucha calma: era el año de 1442, hácia el mes de...

—Marqués, ¡por Jesucristo vivo! que no seais machaca! ¡Vive Dios, que me agrada la puntualidad!

—Mesire de Rohan, ¿quién os estorba que lleneis la copa de Peralta las veces que se os antoje?

—A la verdad que no adivino quien pueda ser capaz de tal audacia, contestó el caballero francés, y voy á hacer la prueba media docena de veces al arreo á ver si me equivoco.

—Proseguiré mi cuento, repuso el impertérrito marqués, sin provocaros á tales esfuerzos; porque os aseguro, misire Juan, que vuestra cabeza no está para mucho. Acababa, pues de tremolar en Nápoles por vez primera el pendon aragonés sobre el pendon de Francia; cuando el magnánimo Alfonso, uno de los mejores monarcas de este siglo...

—¡Alfonso el usurpador! ¡Alfonso el adúltero! ¡Basta! interrumpió el duque de Borbon con amargura.

—Francés sois, buen duque, y á fé que se os está conociendo hace rato. Nunca será usurpador el príncipe que triunfe de sus enemigos, y sepa conservar sus conquistas por tantos años como el rey don Alfonso de Aragon. ¡Adúltero! Tended los ojos en derredor de todos los príncipes y grandes señores de Europa, ¿quién de ellos será el inocente que pueda tirarle la primera piedra? Tenia el rey una esposa infecunda, respiraba la ardiente atmósfera de un clima abrasador, donde la celebrada hermosura del pais no es comparable á la belleza de las mujeres: error fué, lo confieso, pero error que la pasion disculpa. Enamoróse, pues, don Alfonso de una dama pobre y hermosa, que vivia en el Borgo, á donde iba el monarca disfrazado todas las noches. Hacía algun tiempo que en el rostro de don Alfonso se notaba una espresion particular: su inquietud era estremada; pero el júbilo de su corazon rebosaba en el semblante, dando á conocer que esperaba con sobresalto algun acontecimiento venturoso. Un dia, por fin, avisáronle que era padre. ¡Ah! padre un rey á quien el mundo entero le sonreia, á quien le faltaba la sonrisa de un hijo! ¡Padre un hombre cuya gloria con él se hundia en el sepulcro! Temblando de amor, de gozo y de impaciencia, embozado en su capa, y acompañado de uno solo de sus mas fieles servidores, fué á conocer y á abrazar á su hija: porque en efecto, era una niña la que su amante acababa de dar á luz. Encontró la puerta cerrada: llamó á Raquel la judia, madre de leche de su querida, y no le respondió...

—¡Ah! esclamó entonces la dama de la ventana.

Nadie escuchó aquel suspiro.

—¡Tornó á llamar con la aldaba, prosiguió el marqués que logró cautivar la atencion de su auditorio; y siempre el mismo silencio! El corazon de Alfonso latía con violencia: rujia la tempestad dentro de su pecho: furioso ya, llamaba con voces y con aldabazos á un mismo tiempo; con la fuerza de la desesperacion desquicia la debil puerta, traspasa el dintél, llamando á voces á la madre y á su hijo, y solo el eco de su voz resuena en aquellas lúgubres y tenebrosas habitaciones. Anduvo á tientas de uno en otro aposento, hasta que hollando sus pies un cuerpo humano tendido en tierra, estuvo á punto de caer: tentó con sus manos un cadáver... un cadáver de mujer. ¡Qué angustia! ¡Qué horrible ansiedad! ¡Una luz, una luz! clamaba. Por una luz hubiese dado la mitad de su corona.—Un rayo de luna penetró entonces por la ventana abierta del aposento, iluminando las lívidas facciones de la dama! El grito pavoroso que lanzó el infortunado Alfonso, era capaz de conmover las entrañas mas endurecidas. ¡Tenia á sus

pies el cadáver de la madre de su hija!—Quedó inmóvil de terror y espanto, y pasados algunos momentos despertó de su letargo, rujiendo como la leona que ha perdido sus cachorros, llamando á su amada, llamando á su hija, llamando á la hebrea, llamando en vano al cielo mismo, que se mostraba tan sordo á sus clamores, como todo cuanto le rodeaba.

—Desde que os oi nombrar á la judía, me dió muy mala espina, dijo mosen Pierres de Peralta.

—Pero, ¿quién os ha contado tan peregrina historia? añadio Ruy Diaz de Mendoza.

—Nadie, respondió el marqués, yo mismo la he presenciado.

—¡Vos! esclamaron todos á un tiempo.

—Sí; yo acompañaba al desdichado monarca, yo fuí el confidente de sus amores.

—Pero sepamos, repuso el duque de Borbon, si el cuento concluye tan bien como ha empezado.

—La relacion, señor duque, ha terminado ya: jamás el rey ha logrado saber que ha sido de su hija, ni de la hebrea, el ama de leche de su amada.

—Bien está, prosiguió el implacable duque de Borbon: este cuento tiene al menos el mérito de poderse terminar con una moraleja: el rey don Alfonso de Aragon, habia cometido un crímen, y Dios le castigó en su pecado.

—Señor duque, dijo le marqués, que estaba esperando esta salida para descargar de repente toda su amargura: si una flaqueza del corazon, merece tan espantoso castigo, con qué tormentos podrá espiarse un delito cometido con toda frialdad? ¿qué merecerá el asesino de la querida de Alfonso, y el raptor de su hija?

El rostro del marqués, animado un tanto durante su relacion, no dejaba de espresar un amargo resentimiento.

—Desearia saber, señor marqués de Córtes, porqué haceis esa pregunta al duque de Borbon.

—Porque el asesino fué un francés.

—¡Francés! esclamaron todos en tumulto, levantándose precipitadamente y arrojando mesas con frascos, viandas, y copas por el suelo.

—Sí; un francés pagado por el duque de Anjou.

—¿Y osareis sostenerlo en todas partes? gritó desatentado el duque de Borbon.

—Donde quiera.

—¿Fuera del castillo?

—Fuera y dentro.

—¿Ahora mismo?

—¿Por qué no?

—Salgamos.

—Sí, salgamos.

Pero al tiempo de salir volvieron todos sus miradas al opuesto lado, y hallaron tendida en el pavimento, y en el hueco de la ventana, una jóven que durante la relacion habia caido desvanecida, sin ser de nadie notada.

—!Cielos! esclamaron todos.

—¿Qué es esto?

—¡Está muerta!

—No, no, desmayada; contestó el marqués de Córtes, tomándola en brazos.

—Pero, ¿quién es?

—Una dama de la condesa

—¡Inés!

—Sí, Inés; Inés creo que se llama, notó con indiferencia mosen Pierres.

—¿Qué le ha sucedido? ¿Qué le han hecho?

—Eso es lo que tienen los cuentos del marqués de Córtes, que solo sirven para asustar á mujeres y á chiquillos; advirtió su despiadado antagonista.

—Que la saquen pronto de aquí.

—Esa Inés andaba ya malucha, hizo notar uno de los caballeros comarcanos. Desde que los bandidos de las Bárdenas mataron á su padre, no ha podido volver en sí. Ha quedado flaca, descolorida, taciturna...

—Pobre jóven!

—¡Oh! Lo que es antes era una real moza: tan fresca..., tan colorada... tan...

—¡Pobre Inés!

—¡Lástima de muchacha!

—¡Debe de ser muy sensible!

—¡Cá! ¿Sensible? Serán los vapores...

—¡No, el calor!

—Tal vez el relente de la noche, el frio de la ventana, el aire colado.

—Nada de eso, el cuento, el cuento.

Inés fué trasladada á su habitacion en brazos de dos criados.

Estas últimas palabras eran el eco de las efímeras sensaciones producidas por su desmayo, que fueron perdiéndose, apagándose, poco á poco hasta morir en un diálogo insignificante, lánguido... frio... helado.

¡Pobre Inés, qué misterios habia descubierto! ¡Qué secretos se le habian revelado!

Como no hay mal que por bien no venga, la desgracia de la doncella produjo un buen resultado.

Serenáronse los ánimos sobradamente acalorados. El almirante de Francia, Juan de Rohan, que conservaba mas juicio qus sus amigos, á pesar de sus repetidas caricias á la copa, medió entre los quisquillosos caballeros, y la disputa terminó al cabo de algunos dimes y diretes, como suelen todas las de sobre mesa, con un brindis jeneral, dirijido en esta ocasion á la bizarría española y á la galantería francesa.

El diablo, empero, que no duerme, hizo que uno de los ricoshomes que allí se encontraban preguntase al almirante por qué no queria pasar al salon del baile.

—Imposible, amigo mio, contestó el de Rohan.

—¿Cómo? No sois tan viejo.

¿Estrañais por ventura que en todos los saraos me aparapete con las botellas? no es por aficion á la bebida, no: es por huir de la tentacion de faltar á una promesa.

—¿De no bailar?

—Sí.

—¿Hecha á Dios?

—No, á la mas bella de todas las damas: á la mas desgraciada de todas las reinas, á doña Blanca de Navarra.

Estraño fué el efecto de aquel nombre soltado tan intempestivamente en el palacio de Bearne, y en las bodas del príncipe don Gastòn, primojénito de los condes.

Para nadie era un misterio que la madre del novio, abrigaba un odio mortal contra su hermana doña Blanca; sin cuya muerte, ó formal renuncia al trono de Navarra, era imposible que aquella viviese sosegada, y lo que es mas, era imposible que Luis el Onceno hubiese consentido en enlazar á su hermana Magdalena con la familia de Fox.

¿Qué habia sido de doña Blanca? Pocos ó ninguno lo sabía; pero nadie dudaba, puesto que los desposorios iban á celebrarse aquella noche, nadie dudaba de que doña Blanca debia haber muerto envenenada como su hermano Cárlos, ó estar encerrada perpétuamente bajo la custodia de la condesa.

Verdadera imprudencia, temeridad inaudita era el pronunciar el nombre de una víctima en casa de los sacrificadores, y tal vez en el instante mismo en que se celebraba su holocausto.

—¡Qué recuerdos tan impertinentes! esclamó Pierres de Peralta con jesto avinagrado.

—Bien se conoce que estais calamocano, le dijeron al francés sus compatriotas en voz baja: ¿A qué mentais la soga en casa del ahorcado?

—¡Qué aspavientos son estos! respondió gritando el intrépido al-

mirante, en cuya cabeza no dejaban los vapores del vino mucho lugar á la prudencia. Cuando la encantadora princesa doña Blanca de Navarra se desposó con el rey don Enrique IV de Castilla, tuve la honra inefable de danzar con la rejia desposada, y terminado el paso, juré á la reina no volver á bailar con otra mujer en toda mi vida, para conservar indeleble el recuerdo de merced tan señalada. (1) ¡Qué diantres! ¿No es... ó no era la mas hermosa dama que se ha sentado en el trono de Castilla?

Callaron todos los circunstantes entre atónitos y escandalizados; y el almirante aprovechándose de aquel silencio, interrumpido solo por leves murmullos, prosiguió muy entusiasmado:

—Jamás se han visto mayores festejos que los que entonces se celebraron desde que la princesa penetró por Logroño en el suelo castellano. ¡Con qué magnificencia, ostentacion y bizarría se portó entonces el conde de Haro! ¡Aquella sí que era abundancia, aquellos sí que eran manjares sabrosamente aderezados, no para los personajes de la rejia comitiva, sino para el pueblo entero! ¿Os acordais, Ruy Diaz, vos que tan dignamente sostuvísteis justas por doña Blanca, os acordais del pregon que mandó echar el egrejio conde para que no se comprase nada en los mercados, sino que todos, ricos y nobles, pecheros y villanos, tomaran de balde cuanto se les antojase? ¡Cuán prendado quedé entonces del carácter castellano! En el alcázar de Briviesca habia un salon convertido en verde prado de mullidos céspedes: otro figuraba un bosque donde se cazaban osos, jabalíes y venados con cincuenta monteros y numerosas trahillas de lebreles y sabuesos; y todas la fieras que allí se mataban venian á depositarse por trofeos á los pies de la augusta y hermosa doña Blanca, que sentada bajo un dosel de brocado carmesí, presidia todas las funciones. Celebrábanse estas de noche con tanta multitud de luces, que no se echaba de menos la claridad del dia. En otro salon se figuraba un anchuroso estanque lleno de peces de colores, surcado por dorados esquifes, donde pescaban con redes ó anzuelos, las mas hermosas damas y mas bizarramente ataviadas. La jente toda rebosaba ventura y contentamiento, y ni una sombra de tristeza hacia presentir el tropel de desgracias que iban á sobrevenir á la infortunada princesa, que pisando flores y alfombras orientales, aclamada por todos los pueblos, y respirando ámbares y esencias, llegó hasta Valladolid, donde por espacio de cuarenta dias se celebraron torneos con armas corteses ó afiladas, que con tanto valor mantuvo don Ruy Diaz de Mendoza.

Todas las miradas se dirijieron entonces hácia el noble caballero que

(1) Histórico.

acababa de recibir los elojios del almirante de Francia, y como estuviese cerca de la puerta del aposento, se reparó en una dama de continente altivo, soberbiamente aderezada, que con los brazos cruzados y cierta sonrisa maligna en los labios, escuchaba con imponente calma la entusiasmada relacion del almirante.

Ninguno de los circunstantes pudo contener una esclamacion de sorpresa: el mismo Juan de Rohan dijo, un tanto cortado y conmovido:

—¡La condesa!

Tal era la influencia que aquella mujer de una belleza varonil, de audaz y penetrante mirada, sabia ejercer en el ánimo de los mas ilustres varones de su tiempo.

—Sí, yo soy, dijo doña Leonor de Fox; acercándose lentamente al centro de aquel magnífico aposento: yo soy, mesire Juan de Rohan, que al oir los merecidos elojios que dispensais á mi querida hermana doña Blanca, no he debido interrumpiros con mi presencia para que vos, sin duda por no ofender mi modestia, fueseis á suspender una relacion que tanto me lisonjea.

Contrastaba de tal manera la irónica sonrisa de sus labios, con la dulzura y suavidad de sus palabras, que el almirante se quedó como sorprendido no sabiendo qué responderla. Sin embargo, dueña siempre de sí misma, continuó diciendo:

—Vengo tambien á daros una buena noticia, señor almirante; mi muy amada hermana doña Blanca de Navarra, esposa repudiada del rey de Castilla, debe muy pronto hallarse en este alcázar, para honrar con su presencia la boda de mi hijo.

—¡Será posible!

—¡La princesa aquí!

—¿De dónde sale?

—¿Qué ha sido de ella?

Con estas aclamaciones fueron acojidas las palabras de la condesa. Conocian los caballeros el odio irreconciliable que separaba á las dos hermanas, y nadie podia dar crédito á tan estraña noticia.

—No dudeis, señora, que acabais de darme una nueva que me colma de gozo, respondió por fin, con noble franqueza y leales sentimientos mesire Juan de Rohan. ¡Vuelva yo á ver á la escelsa niña, que no ha contemplado el sol de su ventura mas que el dia que precedió á los desposorios, y vuélvala á ver en brazos de una hermana con quien hasta ahora se habia creido enemistada, y no podrá menos de palpitar este corazon como en los dias de mi juventud!

—La vereis, sí, la vereis en brazos de su hermana, á quien acaba de ceder todos sus derechos á la corona de Navarra. Mas no creais que hoy, al cabo de algunos años, podreis danzar sin faltar á vuestra ga-

Lám. 5

lante promesa: la vereis con el hábito humilde de relijiosa, preferir una corona inmortal que Dios reserva á las almas que perseveran hasta el fin en su servicio; á una corona que solo puede soportarse como una carga, como una cruz que Dios nos impone.

A pesar de que en aquella época se envolvian hasta los crímenes en cierta fraseolojia de relijion, era demasiado procáz el lenguaje de la condesa.

Todos los caballeros, sin embargo, se apresuraron á darle mil parabienes; y ella, tomando el brazo de mosen Pierres de Peralta, desapareció, dirijiendo altivas y triunfantes miradas sobre la frente de la grandeza de tres reinos.

—Pero, condesa, ¿ha llegado ya? le dijo el caballero en voz baja.

—Vendrá pronto.

—Es que, segun mi cuenta, ya debia estar aquí.

—Estará.

—Lo decis con un tono de seguridad...

—Condestable, repuso la condesa con una resolucion que dejó confundido al caballero: ni el rey de Francia, ni su hermana Magdalena, quieren que el obispo don Nicolas de Chávarri les eche la bendicion nupcial hasta que Blanca haya llegado á mi castillo. ¿Y creéis vos, conociéndome, que Blanca no ha de llegar?

—Llevamos una hora de noche.

—Diez minutos hace que he recibido un mensaje de Sancho de Erviti.

—Eso es otra cosa. ¿Y qué os dice?

—Un paje se adelantó una legua, para traerme la noticia del próxsimo arribo de su señor. Los centinelas del castillo, tienen órden de permitir la entrada á los caballeros que vengan acompañando una litera.

—¡Oh! Pues entonces podeis estar tranquila.

—Algo me falta, sin embargo.

—No puedo comprender...

—Mosen Pierres, soy madre, y no encuentro á mi hijo en todos los salones que voy recorriendo.

—Efectivamente... hoy estaba triste, y le hecho de menos... ¿Queréis que le busque?

—No, dejad á su madre ese cuidado. Retiraos ya, condestable.

—Saludo á la nueva princesa de Viana.

—La reina futura de Navarra, sabrá premiar vuestros servicios y atenciones.

Hiciéronse entrambos una cortesía, y se retiraron por opuestos lados.

CAPÍTULO IX.

De como don Gaston de Fox quedó edificado de oir a su madre

Los mismos rayos de turbada luz que alumbraban el camino de Ortés, á la princesa de Viana y á su valeroso libertador, penetrando por los pintados vidrios de los arcos ojivales de una galería baja del castillo, iluminaban la blanca frente de un jóven de diez y ocho años, cubierta con un capirucho de terciopelo negro, con cintillo de brillantes. La mano derecha sobre su daga, y escondida la otra en los anchos pliegues de su gaban, paseábase bajo las desiertas y sombrías bóvedas de aquellos medrosos claustros. Apuesto, bizarro, y de jentil presencia, mostraba en su semblante y en sus movimientos la viveza natural de sus pocos años; y el despecho y la tristeza de que se hallaba súbitamente revestido, daban bien á entender que aquella flor, recien cortada del tallo de su ventura, conservaba todavía sus antiguos matices y perfumes. Sus pasos eran precipitados unas veces, lánguidos otras y perezosos; y no pocas deteníase de improviso, inmóvil y triste como

la estátua del dolor. Sin duda sus ademanes se amoldaban á la diversidad de sus pensamientos.

Como el eco repetia á veces sus pisadas en los ángulos de la galería, no advirtió que una señora, deslizándose como una sombra, llegó con silenciosa planta, y se quedó contemplándole un momento en la oscuridad, aprovechándose de su distraccion, ó enajenamiento.

Ni aun el roce del luengo traje de terciopelo que arrastraba pudo sacarle de sus melancolías al aprocsimársele todavía mas, hasta que le hizo estremecerse involuntariamente una voz seca y penetrante que le decia:

—¡Gaston!

—¡Madre!..

Era aquella en efecto, la voz de una madre, capaz de encontrar eco hasta en el yerto corazon del cadáver de un hijo.

—¡Gaston, hijo mio! repitió doña Leonor con acento mas suave: ¿qué haces ahí? ¿qué tienes?

—Estoy pronto, señora.

—¡Oh! ¡Dices eso como si te anunciase que debias partir para el suplicio!

—¿No venis á anunciarme que el obispo nos aguarda al pie del altar? repuso el jóven con amarga sonrisa.

—No, todavía no.

—¿Cómo tardamos tanto?

—¿Es impaciencia por ventura, hijo mio?

—¡Impaciencia!.. Sí, teneis razon. Cuanto menos disfrute de los cortos instantes que me habeis concedido de libertad, menos tendré qué suspirar toda mi vida.

—¿Pero es este el sitio en que debia hallarte en estos momentos? le dijo la condesa en tono de dulce reconvencion. Dos reinos se desnudan de su pompa; y por ensalzar tu himeneo, huérfanos quedan de sus mas bizarras damas y de sus mas claros barones: de luengas tierras vienen al alcázar de Ortés la flor y la nata de los caballeros, ¿y esquivas su presencia? ¿Qué tienes? ¿qué te sucede? ¿Quién te ha ofendido? Siéntese desde aquí la algazara del festin, el estruendo de las danzas, el eco plácido de los instrumentos; el júbilo tiende sus alas por todas partes; y tú, por quien tantas fiestas se celebran, por quien se congrega tanta grandeza y tanta bizarría, tú solo has de parecer adusto y meditabundo, con una tristeza impropia de tus pocos años y de la dicha que te envidian.

—¿Y quién echa de menos, madre mia, respondió don Gaston con un suspiro, quién fuera de vos advierte mi falta en los salones? ¿qué necesidad tiene nadie de mi presencia para su ventura? Dejad, madre

querida; dejad que permanezca solo. Aquí, al menos, ni se me escarnece, ni se me insulta.

—¡Escarnecerte! ¡Insultarte! No, no; ¡es imposible! El hijo de doña Leonor de Navarra insultado y escarnecido, no se hallaria tranquilo en este sitio.

—Sosegaos, doña Leonor. Las afrentas que han caido sobre mí, debo sufrirlas; porque no puede vengarlas el acero.

Pesaroso entonces el jóven de las palabras que á su despecho se le habian escapado, asióla de la mano, y llevándola cerca de la vidriera de la galería, la dijo con ternura y efusion:

—¿Habéis convidado á mis bodas al hombre que estuvo prócsimo á la muerte por haber salvado mi vida; á mi amigo Jimeno, al capitan mas valiente de Navarra?

—¿Al capitan de... de aventureros? No: respondió la condesa sin adivinar á dónde iria á parar Gaston con aquella pregunta.

—Os lo supliqué, madre mia: no lo habeis hecho, y me pesa tener que recordároslo.

—Si te empeñas... si de eso nace tu tristeza...

—No: no importa. Mi *dicha*, como vos decis, no merece la pena de ser contemplada de cerca.—Pues bien, ahora que os encontrais aquí, madre mia, á solas con vuestro hijo; ahora que nadie nos vé mas que el astro melancólico que contempla silencioso mi tristeza; ahora que sé que no ha venido el famoso caballero don Jimeno de Acuña, á quien debo la vida, decidme: ¿hay algun corazon en los salones del alcázar que eche de menos al desposado?

—¿Puedes dudarlo? esclamó la condesa con asombro, y añadió luego con una tibieza que denotaba el poco convencimiento que tenia de sus palabras: Magdalena, tu esposa, está con la mayor inquietud...

—No! os engañais, ó por mejor decir, quereis engañarme; la interrumpió Gaston con enerjía. La altiva hermana del rey de Francia, la augusta princesa que á mis castillos, toros y roeles de Fox y de Bearne junta sus lises de oro, bien lo sabeis, madre mia, es incapaz de amar. Necia, arrogante con el esplendor de su réjia cuna, si tiene corazon, tan solamente late cuando el orgullo y la vanidad le arrullan.

—Pero Gaston, le contestó su madre, con una calma que le dejó helado: ¿qué importa eso para tu dicha, qué importa, para que tú seas su marido, y cuñado del rey de Francia Luis el Onceno?

¡Ah! teneis razon, repuso el jóven con amarga sonrisa; teneis razon. Nada importa. Si yo jóven inesperto, doblo mi cuello á la coyunda del himeneo, desposándome con una mujer á quien desconocia, con una dama que puede brillar mas bien por su altivez que por su hermosura, debo sin embargo sonreirme, vivir tranquilo, creerme

venturoso; porque esta mujer indiferente, y que tal vez puede llegar á serme aborrecida, es hermana del rey mas poderoso de la tierra...

—¡Pobre mozo! Todavía ignoras que quien nace á la sombra de los tronos no nace para amar: que su himeneo no junta corazon á corazon, sino estados con estados.

—Mozo soy, decís bien, madre mia, pero de poco tiempo á esta parte he aprendido á mi costa lo que ahora quereis enseñarme: y tambien he logrado saber que aquel de los esposos que se presente con mayor número de blasones, ó con mas títulos de dignidad, aquel será siempre el amo, y tendrá por esclavo al otro consorte.

—¿Qué decís, hijo mio? le preguntó doña Leonor con sobresalto.

—¿No me entendeis?

—¡Gaston, Gaston, quisiera no entenderte!

—Tened la bondad de oirme, doña Leonor: suponed que vuestro hijo don Gaston, sin haber visto de su esposa mas que la infiel imájen trazada por adulador pincel, cede á los ruegos con que le importuna una madre tierna y cariñosa. Quiero ser mas franco todavía; suponed que cede tambien vuestro hijo, fascinado por un rayo de ambicion que brilla súbito ante sus ojos, y promete esta noche su mano indiferente y yerta á una mujer, que le entrega tambien su mano tan indiferente y yerta como la suya. Verdad es que el don Gaston es primojénito de los condes de Fox y príncipes de Bearne: que su madre es hija del rey de Aragon y de Navarra don Juan II. Pero ¿qué son todos esos timbres para la hermana del rey Luis de Francia, cuyos ojos acostumbran á ver en torno suyo vasallos que ocupan tronos y arrastran púrpuras? ¿Qué es el condado de Fox? ¿Qué es el principado de Bearne? Qué es el señorío de Moncada? ¿Qué es todo esto á los ojos de Madama Magdalena?

El orgullo y la altivez de la condesa se resintieron con tan acerbas palabras, y el orgullo y el amor propio heridos, despertaron en ella una pasion mas noble, el amor maternal.

—¡Ella, ella, esclamó, menospreciar á mi hijo!

—¡Vuestro hijo, señora, se reconoce inferior á su mujer, y debe sufrir ese altivo desden, esa arrogancia que le humilla, que le abruma.

—No, no hubieras tú salido de mis entrañas para consentir en tanta afrenta: ¿pero qué te ha pasado? ¿qué te ha dicho?

—¡Oh! cuando ella se digna desplegar sus labios en mi presencia, tan solo espresa lamentos por lo perdido, desdenes por lo presente, temores por lo futuro.

—¡Calla, calla, hijo mio! cada palabra tuya es un puñal para tu madre. ¡Ella despreciar á mi hijo; ella tenerle en menos; ella desconocer los tesoros que su corazon encierra! Bien hace, sí; bien hace, mientras su oscura frente se confunde ignorada entre la muchedumbre

de señores feudales. Bien hace, sí; mas llegará el dia en que el sol anublado aparezca de repente sobre un trono, y lance desde allí vivos rayos de luz que le deslumbren!

—Madre, madre, ¿qué quereis decir? le interrumpió Gaston, gozoso y espantado á la vez por el impetuoso arranque de la condesa.

—¡Nada! súfrelos hoy esos desprecios, y sepulta la cólera en el fondo de tu corazon, que si en vasallos manda tu madre, todavía somos vasallos de un rey, todavía tenemos un superior sobre la tierra. Pero ceñirás muy pronto diadema, verás tan solo á Dios sobre tu frente: á Dios tan solo; pero á nadie mas. ¿Lo dudas? añadió Leonor, viendo que su hijo le escuchaba atónito y confuso.

—Oh! no, no quiero dudarlo, madre mia, nunca tuve mayor necesidad de creeros; una corona...

—La tendrás.

—¡Cielos!

—La tendrás. Pero entonces...

—Entonces, esclamó don Gaston, fulminando con sus ojos; entonces cojeré la réjia púrpura, y arrojándola á los pies de mi esposa: «encubre tu arrogancia, le diré; encúbrela con ese manto que recibes de mi mano, en castigo de tu desvanecimiento.» Ah! pero estos son delirios, madre mia; ¿cómo es posible que lleguen á realizarse?

—Escucha, le respondió la condesa; tiempo es ya de revelártelo todo. Veo que tu corazon emprende con entusiasmo el camino de nuestra elevacion y grandeza: este camino está cercado de precipicios, está, tal vez, interceptado por importunos; pero el valor y la serenidad salvan de los primeros, y hay medios que nos desembarazan de los segundos.

Don Gaston miró á su madre casi con miedo; pero fascinado por su ardiente mirada, no pudo abrir los labios.

La condesa continuó sin alteracion ninguna.

—Hija soy menor del rey de Navarra; para ascender al trono, delante de mí tenia dos hermanos; pues bien, el primojénito, Carlos, el príncipe de Viana, ha muerto, dijo Leonor con voz sombria; ha muerto en la flor de su juventud, como si el cielo hubiese querido imponerle un castigo, por haberse revelado contra su padre y su monarca.

Hizo aquí la condesa una pausa forzada; su frente bañada en sudor frio, se arrugó imperceptiblemente, y un pensamiento sombrío atravesó por ella, como los negros nubarrones que surcan el firmamento, impelidos al soplo de las tempestades, y refrescan los campos abrasados.

Su hijo esperaba entretanto que llegase el fin de aquellas terribles revelaciones, como el jinete espera que su caballo desbocado le preci-

pite en los abismos. Serena ya, doña Leonor continuó con firme acento:

—Muerto el príncipe de Viana, mi hermana doña Blanca es el único obstáculo, la única barrera que me separa del trono; y esa barrera tambien está salvada.

—¡Gran Dios! esclamó el príncipe con terror.

—No, nada temas. Esa reina repudiada, que imita en su conducta y en su ambicion á mi hermano Cárlos, que Dios guarde, no querrá obstinarse en seguir sus huellas hasta el fin de su carrera. No morirá como él; pero tendrá que hacer renuncia de su derecho, ó vivir encerrada por siempre en este alcázar.

—¡Oh! ¡madre! se atrevió á decir don Gaston, entre horrorizado y tímido, luchando con sus buenos sentimientos, y con el respeto filial: ¡madre! ¿y qué es una diadema, comprada á precio de tantos crímenes?..

—Una diadema es tu engrandecimiento sobre los que se engrandecen deprimiéndote: es la humillacion de los que te humillan; es en fin... el término de nuestros deseos.

—¿Pero sabeis que cuando con ella ciña mis sienes, debe abrasarme como si fuera de hierro candente?

—Gaston, vanos son ya tus escrúpulos: cuanto digas viene tarde. ¿A qué debemos la señalada honra de que el rey de Francia consienta en que su augusta hermana se despose contigo, que no eres mas que el hijo de un conde; contigo, que sin la muerte, ó la renuncia de Blanca, nunca podrias pasar de ser hijo de un feudatario? Tiempo es ya de que lo sepas: un artículo de los contratos de esta boda, acordados entre el rey de Francia, y el rey de Navarra y Aragon, mi augusto padre, prohibe terminantemente que la boda se celebre, mientras no esté en mi poder esa hermana rebelde, á quien no yo, sino mi padre y soberano quiere desheredar.

—¿Con que ya, segun eso, teneis á buen recaudo en el castillo á la princesa?

—Todavía no, contestó doña Leonor; pero ya lo ves, estoy tranquila. Llegará esta noche sin falta alguna, y hoy mismo le revelaremos la muerte de su hermano; hoy mismo verá la órden secreta de nuestro padre, que la despoja de todos sus derechos, y la aconseja que los renuncie, sino quiere ser de ellos ignominiosa y públicamente desheredada: hoy mismo quedaré yo reconocida como princesa de Viana. El rey mi padre está ya con un pie en el sepulcro, y yo con otro sobre las gradas de su trono: déjame reinar siquiera quince dias: déjame satisfacer esta necesidad, la única de mi vida; que entonces yo misma pondré sobre tus sienes la corona, que arrancaré de mi cabeza, y toda mi ventura habrá de cifrarse en verte sobre el trono, mirando con arrogancia y desden á la mujer que te insulta.

—Vos reinareis, doña Leonor, porque habeis entrado en la vereda que conduce al trono: yo, que me avergüenzo de dar en ella un solo paso, yo no reinaré jamás.

Y tan humillado se consideró Gaston á sus propios ojos, que sin pronunciar una palabra mas, sin levantar la frente sonrojada, encojiéndose de hombros, salió precipitadamente de la galería.

Despechada y mohina permaneció la condesa todavía algunos momentos, deshaciendo con sus inquietos dedos las perlas de un ceñidor, cuyas puntas casi le arrastraban; y ya se disponia á marchar, espantada de la soledad en que habia quedado, y de las tinieblas que reinaban en el claustro, por la desaparicion de la luna, cuando sintió pasos apresurados, y luego una voz alterada que le decia:

—¡Señora! ¡señora!

—¿Quién es? ¿Quién me llama?

—Soy yo, condesa.

—¡Condestable! no os conocia... me habeis asustado Vuestra voz.. Pero ¿qué traeis? ¿Qué conmocion es esa?

—Todo se ha perdido.

—¡Perdido!

—Sí, la princesa se ha salvado.

—¡Imposible! ¿Cómo? ¿En dónde? ¿Y la escolta? ¿Y Sancho?

—La escolta dispersada, Sancho muerto.

—¡Ah! ¡El conde de Lerin! Pero ¿cómo las guerrillas de facciosos se atreven á penetrar en mis estados? ¿cómo las tropas?..

—No, no han sido tropas, no han sido facciosos.

—¿Pues quién?

—Un solo hombre, un amigo nuestro.

—¡Válgame Dios, mosen Pierres, estais delirando! ¡Un hombre solo contra cinco! ¡contra Sancho de Erviti..! no, no puede ser..... la noticia es falsa, evidentemente falsa... Y ¿decís que es agramontés ..?

—Digo que la noticia es cierta: que el caballero venia á las bodas; y que ahí está un escudero, que ha sobrevivido á la catástrofe para traernos tan buena noticia.

—Pero ¡si todos mis convidados están aquí! ¡si ninguno falta..!

—¡Pues será el diablo, que me lleve! repuso mosen Pierres amostazado: el caso es que ahí está el escudero, y lo que es mas, ahí está la litera vacía; porque las cabalgaduras se han venido solas á la querencia, y cómo los centinelas tenian órden de dejar pasar la litera.....

—¡Mosen Pierres, estamos perdidos! esclamó desplomada la condesa.

—Acabais por donde yo habia principiado.

—Es preciso que algunos soldados de la guarnicion del castillo, que los caballeros de mas confianza, que los criados, los pajes... todo el

mundo, salgan en persecucion del infame...

—¿Nada más?

—Pero... ¡Dios mio! ¿qué haceis con esa calma?

—Con esta calma, señora, he hecho cuanto se os ha ocurrido, y solo me falta montar á caballo y tener la ventura de tropezar...

—¡Gracias, gracias, condestable! le interrumpió Leonor. Pero supongo que habreis ocultado...

—Nadie sabe el motivo de esta alarma mas que vos y yo.

—¡Oh! si esa mujer llega á sentarse en el trono...

—¡Descuidad!

—Pero, si vuelve á mi poder... ¡Oh! ¡no escapará jamás! dijo la condesa, saliendo de la galería y apretando los puños en ademan cruel que revelaba la intencion de un crímen.

Hallábase poco despues paseando en los salones con aire de triunfo, saludando á uno y otro lado con leves movimientos de cabeza, y cortesanas sonrisas.

La tranquilidad, el gozo esento de temores que rebosaba el semblante de los convidados, el ánsia con que se entregaban á los placeres del baile y de los festines, eran para la condesa motivos unas veces de consuelo, prenda segura de lo fugáz de aquella borrasca; y otras tormentos insoportables, sarcasmo sangriento con que el destino martirizaba su corazon.

Y no pudiendo sufrirlo, ni disimular su inquietud en ciertos instantes, salíase fuera del saráo para informarse con cautela de las novedades que ocurrian en el castillo, y volvia desesperada á los salones, despedazando con los dientes el blanco pañizuelo para detener el raudal de sus rabiosas lágrimas, que abrasando sus ojos al caer, hubiera revelado á los concurrentes tan infanda historia.

Así pasaron los minutos, así pasaron las horas de aquella noche: para los estraños rápida, risueña, vaporosamente deliciosa: para la dueña del alcázar eterna, cruel, angustiosamente ajitada.

¡Oh! ¡cuán caras cuestan las acerbas satisfacciones del crímen!

CAPÍTULO X.

De cómo en casos de amor, lo mismo que en los de caza, unos levantan la liebre y otros la llevan á casa.

IJIMOS en el penúltimo capítulo que la pobre Inés habia sido conducida á su aposento, en brazos de dos criados; quienes, colocándola en un sillon un poco inclinado hácia trás, para formar apoyo en el asiento y respaldo, pudieron trasladarla cómodamente, aun sin hacer ella nada de su parte, por no haber recobrado el uso de los sentidos. Verdad es que entonces omitimos tan minuciosas y prolijas circunstancias, y aun casi casi estábamos tentados á decir, que tambien ahora debiamos haberlas omitido; pero el discreto lector se hará cargo de que es muy difícil renunciar al placer de mostrarse tan enterado de cosas que pasaron hace trescientos ochenta y tres años. Fuera de qué mas de un erudito y anticuario tomará notas acerca de este acontecimiento, é invocará nuestro testimonio en su disertacion futura sobre el modo de conducir á las damas descoloridas, cuando se desmayan en los salones. Esta consideracion es muy fuerte: y tran-

quilizada ya nuestra conciencia, de suyo tímida y asustadiza; proseguiremos nuestra puntual historia, sin omitir un ápice, para no privar al jénero humano de las sabrosas y entretenidas disertaciones del anticuario.

Pero el caso es, que aquí cesan los pormenores, y las crónicas mas pesadas, entre las cuales tiene el honor de contarse la presente, aun sobre la del ya citado y casi célebre fraile de Irache, no nos dicen si Inés se acostó, ó si permaneció tal vez en el sillon, ó si volvió presto de su desvanecimiento; ni si aquello fué un patatús, desmayo, vahido, deliquio, asfixia, síncope, ó cosa por el estilo. Se contentan con decirnos que Inés se quedó sola, porque los criados tenian mucha gana de cenar; circunstancia que no desaprovecharán los anticuarios para probar que ya en el siglo XV. se conocia el hambre.

Sin duda que en todos tiempos ha valido mas estar solo, que mal acompañado; pues al poco rato de haber desaparecido los pages, lacayos, escuderos, ó ayudas de cámara, (que tampoco los distingue la historia) se oyeron frecuentes y prolongados suspiros en el cuarto de Inés, indicio claro de que esta comenzaba á volver en sí; y no transcurrieron muchos minutos sin que se abriese la puerta para dejar salir un bulto de mujer, cubierto con luengo manto negro, que con resuelto paso y anhelante pecho, se dirijia por los corredores á la anchurosa escalera principal.

Al llegar al primer tramo, parece que flaqueaban sus rodillas, ó vacilaba su ánimo; pues, como si no pudiera sostenerse de piés, se apoyó en la balaustrada de piedra, en cuyos dos estremos descansaban dos leones de marmol sosteniendo sendos escudos de bronce dorado, con un castillo sobre un puente, orleado de seis roéles.

—¡Oh! ¡qué débil me siento! esclamó aquella figura negra, con un jemido que se perdió entre los brindis y algazara del festin cercano: no sé si tendré fuerzas para llegar; pero es preciso verla, es preciso hacerla comprender que nada ignoro. ¡Ah! No tengo otros vínculos en el mundo: ésme preciso llorar y morir en su regazo.

Y diciendo estas palabras, dió Inés algunos pasos distraida, hondamente meditabunda, hasta que vino á sacarla de sus pensamientos el ruido de algunas caballerías, que, con resonante casco, batian el marmóreo pavimento del patio.

Acababan de entrar por la puerta principal del alcázar, y sin que los centinelas se opusiesen á su tránsito, dos cabalgaduras que conducia una litera cerrada, y en pos de ellas un arrogante caballero, que arrojándose de su alazan, miraba á todas partes, deseoso de tropezar con un alma viviente para dirijirle alguna pregunta.

No tardó muchos instantes en reparar en Inés, que descendia al

patio lentamente por la alumbrada y magnifica escalera.

El caballero se adelantó con resolucion y gallardía, y la dijo con precipitado acento:

—Señora, ¿no me direis si aqueste es alcázar de los condes de Fox?

—¡Ah! esclamó Inés, vivamente comovida por el metal de voz del recién venido: y luego añadió repuesta de su turbacion:

—Sí... si.... este es.

—¿Os habeis admirado de la candidéz de mi pregunta?

—No.

—¿Tal vez os ha sobrecojido?

—Puede ser.

—Perdonad, señora, si os he causado alguna sorpresa, ó si detengo vuestros pasos; pero necesito saber si está el hijo del conde en el castillo.

—Sí.

¿Tendreis la bondad de conducirme á su presencia?

—Estará entre los convidados... en la confusion de los festines.

—¡Oh! Yo quisiera verlo solo, absolutamente solo, y que de nadie fuese notada mi venida...

—Es imposible.

—Designadme, por Dios, uno de sus mas recónditos aposentos. No tengais recelo, señora; yo soy su amigo, su íntimo amigo, don Jimeno de Acuña...

—¡Os conozco! esclamó Inés con un suspiro.

—¡Oh! Pues entonces, no dudo que...

—Venid conmigo.

—Esperad, señora, repuso el caballero con algun embarazo: no vengo solo... traigo... una mujer...

—¡Una mujer!

El corazon de Inés comenzó á latir atropelladamente.

—Sí, una relijiosa.

—¡Ah! ¡Una relijiosa! repuso la doncella, como quien lanza un peso de encima.

—Sí, una monja de San Benito, á quien llevaban cautiva ciertos malandrines, de cuyo poder la he rescatado, y en nombre de la cual vengo á pedir hospitalidad.

—¡Siempre jeneroso! ¡siempre valiente! repuso la dama, paseando sus vagos ojos por el pavimento, y sus fijos recuerdos por el castillo de Eguarás.

—¡Ya comprendeis, añadió el capitan, que debemos huir del bullicio...

—Venid conmigo.

—Que hemos menester silencio, y soledad...

—Venid, venid los dos.

El capitan apenas vió que su cautiva era comprendida en la órden, sin aguardar á que se la repitiesen, se encaminó á la litera, y abriendo la portezuela, dijo á la relijiosa en voz baja:

—Ven, Jimena, ven: estamos en salvo.

—¿Cuyo es este castillo? preguntó la princesa.

—De un amigo, de un hermano. Pero, calla; apóyate en mi brazo, cúbrete con el velo, y vente.

Y precedidos de Inés á corta distancia, llegaron por oscuros y desiertos pasadizos á un aposento alumbrado por la incierta luz de una lámpara solitaria.

No se sintió mas ruido en todo el tránsito que el roce de la armadura de Jimeno, que ensordecia el de sus pasos; ni se usó de otro lenguaje, ni se espresaron mas afectos que los que indicaban los latidos del corazon; acordes, armónicos, recíprocamente comprendidos en los dos amantes; irregulares, perdidos en la desventurada Inés, tristes y solitarios, como la lámpara de aquel salon abandonado.

—Descansa aquí, dijo el capitan á su compañera, reclinándola suavemente en un sitial de ébano, con todo primor tallado. Señora, añadió volviéndose á su guia, ya no tengo inconveniente en ver á mi amigo en medio de los festines; conducidme á su presencia, si quereis poner el colmo á vuestras bondades.

—Venid, respondió la dama, sacando su mano de marfil amarillento por debajo del manto, y con voz tan débil, que fué menester el ausilio de aquel ademan para ser comprendida.

El capitan tornó á seguir á la dama, y al llegar al umbral de la puerta, volvió la cabeza para despedirse de Jimena con los ojos.

Volvámoslos tambien nosotros al anterior capítulo, donde vimos á don Gaston de Fox huir de su madre, confundido y espantado por los crímenes que habia visto, por los que habia llegado á vislumbrar; todos los cuales, ceñian su alma con una especie de círculo mágico, con una red metálica, como la de Vulcano, que le aislaban del mundo en que reinaban la paz, la virtud, los placeres honestos y tranquilos.

Salió Gaston apresuradamente de la galería; y como si aquella soledad no fuese bastante profunda para ocultar su horror y su vergüenza, dirijió maquinalmente sus pasos hácia un aposento retirado, donde solía morar, cuando no pensaba en perder su libertad de soltero. El instinto le hacia buscar aquella habitacion, que debia estar para él impregnada de gratos recuerdos, pocos momentos antes de su aborrecido enlace.

No sin disgusto advirtió al traspasar el dintel que la estancia estaba iluminada: la luz es acaso el enemigo mas importuno de nuestras penas.

Cerró la puerta tras de sí, y ecshalando un hondo suspiro, esclamó con turbada voz:

—Estoy solo, enteramente solo. ¡Asi pudiera vivir apartado siempre hasta de lo que mas amo! ¡Ah! ¿se ha hecho para mí el amor, se ha hecho para mí la felicidad? ¡Tener que aborrecer á mí madre, como detesto á mi esposa! ¡No, yo no puedo consentir en este enlace sacrilego! ¡no debo subir á un altar, cuyos escalones ha labrado el crímen!

Y cayendo en una vaga distraccion, especie de descanso que el alma encuentra siempre despues de profundas meditaciones, sentóse Gaston delante de una mesa en la que estaba abierto un hermoso libro con hojas de pergamino, matizadas de prolijas y delicadas miniaturas.

Era el breviario en que solia rezar sus horas, devocion harto comun en aquellos tiempos, para que de ella se escusase el hijo de la condesa. Hojeábale maquinalmente, hasta que, fijando una vez en él sus distraidos ojos, y leyendo un versículo, le asaltó de improviso un estraño pensamiento: el de huir de su casa, y sepultarse para siempre en un monasterio, rompiendo cuantos lazos le ligaban con un mundo que le hacia aborrecibles á su misma esposa, á su propia madre.

Levantóse ajitado por estas ideas, revelándose la lucha de su corazon en su esterior desasosiego. y ¡cuál fué su sorpresa cuando al volver los ojos en uno de sus inquietos ademanes, vió alzarse en el fondo del aposento la imponente y grave figura de una relijiosa, que con los brazos cruzados, parecia querer imponerle los mandatos del Señor!

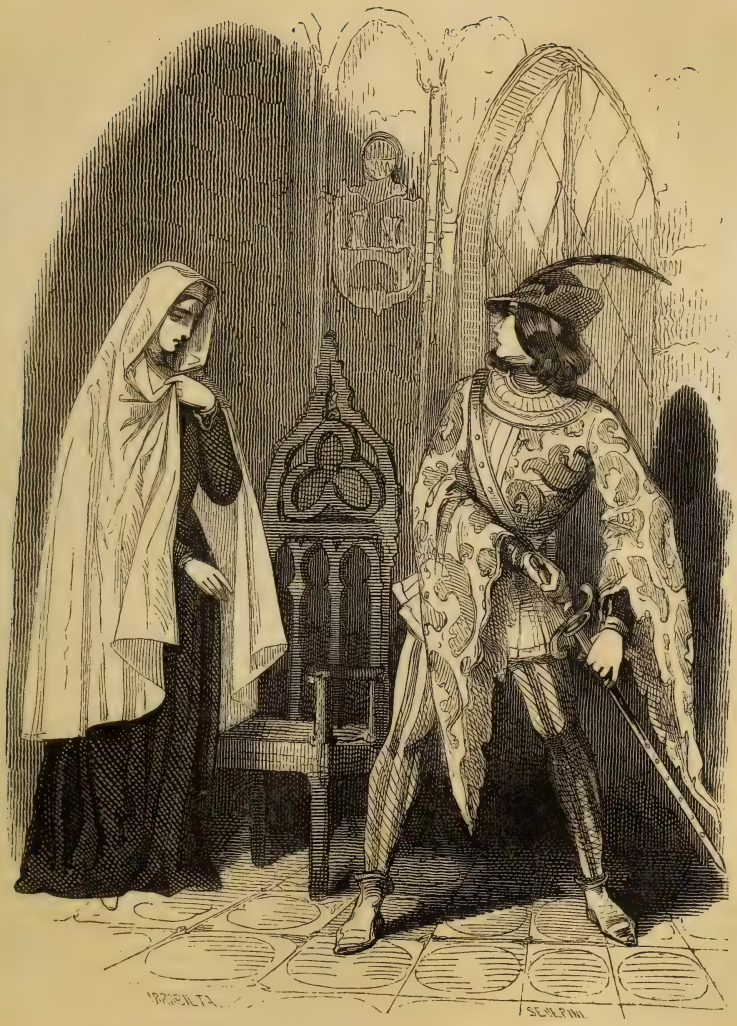
Lanzó un grito el amedrentado mancebo; dió un paso atrás; echó mano á su espada; y á todos estos rápidos é involuntarios movimientos, siguió un instante de reflecsion, en que se creyó bajo el peso de una aparicion celeste: y cayendo de rodillas, con ambas manos en el rostro, repitió con trémula voz unas palabras que poco antes había leido:

—¡Hablad, Señor, hablad, que vuestro siervo escucha!

Nunca el alma está mas dispuesta para la supersticion que cuando se vé agoviada por el infortunio: fácil es entonces creer estraño y sobrenatural todo cuanto nos sucede. Abrumados por la terrible verdad del mundo real, nuestra imajinacion anhelante siempre de consuelos, se complace en lanzarnos al mundo de las ilusiones, donde creemos ver brillar la hermosa luz de la ventura.

Por otra parte, aquella coincidencia de los pensamientos ascéticos del mancebo, con la aparicion inesperada de una mujer de hermoso y anjelical aspecto y de altivo continente, vestida de hábitos relijiosos, era capaz de haber turbado á pechos mas firmes, á mas maduros varones que don Gaston de Fox.

No menos rara y orijinal era la situacion en que se hallaba doña Blanca.



Lám. 6

Estraña absolutamente á cuanto veia, sin saber dónde se encontraba, ni cuyo fuese el castillo que la servia de albergue, no podia comprender por qué conjunto de circunstancias, un caballero, jóven, y cuya audáz espresion le hacia aparecer inaccesible al miedo, se arrodillaba en su presencia.

Asustada la princesa al ver su ademán, y al escuchar sus inesplicables palabras, huyó despavorida hácia la puerta.

—¿Quién sois? esclamó el de Fox, que comenzaba á salir de su alucinamiento.

—¡Abrid! ¡yo quiero salir! le contestó doña Blanca.

—¿Pero quién sois? ¿Quién os ha traido aquí?

—No lo sé; tengo miedo... ¡quiero salir de aquí!

—Teneis razon para asombraros de mis acciones; repuso don Gaston avergonzado de su debilidad: estaba muy lejos de esperar este encuentro al venir á mi habitacion.

—¡Ah! ¿sois el dueño de este castillo?

—¿No me conoceis?

—Nunca os he visto...

—¿No habeis venido á mis fiestas? ¿no me habeis visto en el saráo, y en los festines? ¿ó soy tan desdichado, que ni aun los ojos de mis convidados se fijan en mí siquiera una vez el dia de mis desposorios?

—No sé si os desposais; no sé dónde me encuentro: soy una dama, que huyendo de sus enemigos, implora vuestra hospitalidad.

—Dios nos manda partir el pan con los huéspedes que nos honran; los huéspedes, señora, son los hijos del Señor que vienen á enaltecer nuestra casa. Mas, perdonad mi indiscrecion: yo bien sé que las siervas de Dios salen alguna vez del monasterio, pero jamás caminan solas: ¿dónde está vuestra compañera, dónde está vuestra hermana?

Esta pregunta acabó de turbar á la princesa. Cándida, inocente, érale imposible mentir; delicada, pudorosa, érale imposible callar.

—Quien quiera que seais, esclamó doña Blanca, puesto que me dais hospitalidad, mereceis mi confianza: sabed; pues, que soy dueña de mis acciones, desde el punto en que he podido huir de mis perseguidores, y que es una dama, no una monja, la que os pide amparo en vuestra casa.

—Mi casa es la vuestra, vuestros perseguidores son mis enemigos desde este instante.

—¿Sin conocerme? ¿Sin conocerlos?

—¿Qué importa, señora! Habeis traspasado el puente de nuestro castillo; habeis confiado en nuestra hospitalidad, y ya sois para nosotros una amiga, una hermana, una persona sagrada. Habeis entrado en esta casa derramando favores á su dueño: al llegar á este aposento

mi corazon ulcerado se partia de pesar; y el dulce mirar de vuestros ojos, el eco blando de vuestro acento, han ido apaciguando poco á poco todos mis dolores. Un ánjel, una santa, una de aquellas apariciones que Dios suele enviar á sus escojidos, os creí en mi primer asombro, en mi alucinacion primera: veo que perteneceis á este mundo, pero veo tambien que hay ánjeles en la tierra. Jamás podré olvidar el beneficio que me habeis hecho, calmando mis tormentos. Vos me habeis reconciliado con la vida, me habeis reconciliado con el mundo, del que pensaba huir para siempre.

—¡Huir del mundo el dia de vuestra boda! esclamó atónita la princesa.

—No estoy desposado aún.

—¡Ah! yo comprendia que la vida nos fuese tediosa algunos dias despues de los desposorios; pero no comprendo que así sea antes de haberse verificado; repuso doña Blanca, la esposa repudiada del rey don Enrique de Castilla. Pero abrid, añadió, abrid esta puerta: llevadme donde haya jente, donde no estemos solos.

—Señora, al venir aquí buscaba yo la soledad; pero con vos me presentaré ufano en los salones donde se ostenta la gala y la hermosura de tres reinos, y toda quedará eclipsada con vuestra presencia. Venid y vereis á mi madre la condesa...

—¡Condesa es vuestra madre!

—Si, condesa de Fox, y princesa de Bearne.

—¡Gran Dios! ¿Dónde estoy?

—En Ortés.

—¡En su poder! ¡En su castillo!

—¿Pero qué teneis, Dios mio, que pareceis aterrada?

Un horrible pensamiento asaltó entonces á doña Blanca: al verse conducida por Jimeno al mismo sitio á donde la llevaban sus raptores; al punto en que mas podia temer; de donde debia huir á toda costa; al verse ahora abandonada en una habitacion cerrada, y delante del hijo de sus mas crueles enemigos, llegó á sospechar en la perfidia de su amante.

Perdonémosla esta falta: nada nos hace mas injustos que la obstinacion de las penas, los sufrimientos sin tregua renovados. En disculpa suya debemos añadir que mas cruelmente taladró esta duda el corazon de la princesa, que la certidumbre de sus propios peligros.

—¿Es amigo vuestro, preguntó con decaido acento, un tal Jimeno, natural de la villa de Mendavia?

—¡Don Jimeno de Acuña, es mi mejor, mi único amigo!

—¿Es partidario vuestro? insistió en preguntar, aunque con miedo la relijiosa.

—Sí; ¿pero á qué vienen esas preguntas?

—¿Es de vuestro bando?

—Es la mejor lanza que tenemos: él solo ha derribado mas beamonteses, que ramas corta el hacha del leñador.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡mas beamonteses! es decir, ¿mas amigos del príncipe don Cárlos?

—Si, de los que fueron amigos del príncipe de Viana.

—¡De los que fueron! se atrevió á decir doña Blanca, que ya comenzaba á temblar: pues qué; ¿ahora han abandonado á Cárlos sus fieles beamonteses?

—¿Pero de dónde salís vos, para ignorar que los amigos del príncipe don Cárlos, proclaman ahora por reina á su hermana doña Blanca?

—¿Ha hecho renuncia Cárlos en favor de su hermana?

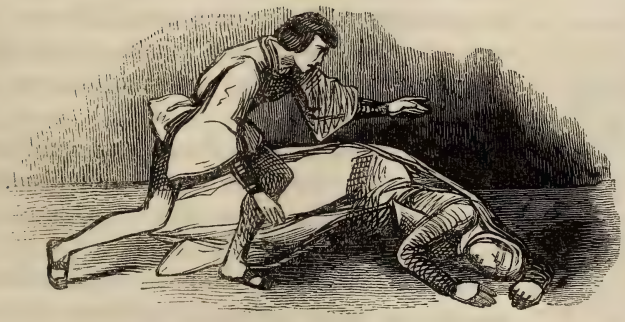
—El príncipe don Cárlos ha muerto.

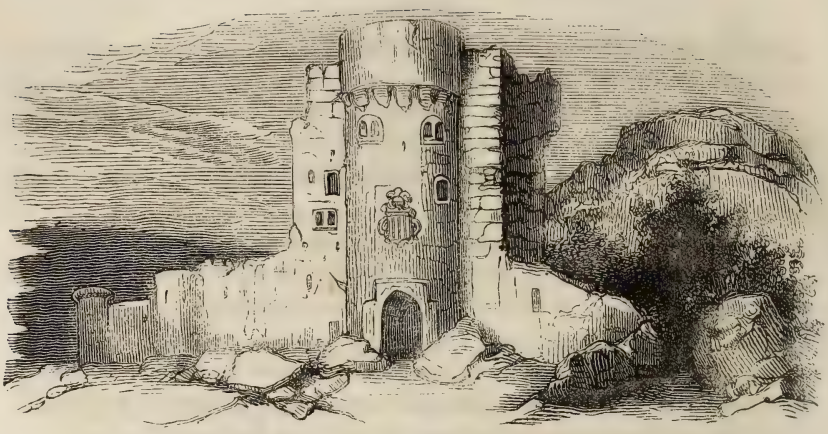
—¡Ah! ¡Muerto! ¡pobre hermano mio!

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con labio balbuciente, y voz inintelijible.

—¡Cielos! ¿Quién sois? ¿Qué teneis? preguntó Gaston.

La princesa habia caido al suelo desvanecida, y no podia responderle.





CAPÍTULO XI.

De los consejos que dió Inés al capitan de aventureros.

MIENTRAS á solas departian doña Blanca de Navarra y el hijo de la condesa, á solas tambien iban Inés, la seductora cautiva del castillo de Eguarás, y el capitan de aventureros. Ni Gaston conocia á Blanca, ni Jimeno podia imajinarse que se hallaba delante de aquella mujer de imajinacion tan ecsaltada, de aventuras tan maravillosas.

En la precision de olvidarnos, aunque por breves instantes, de los unos ó de los otros; la historia, como el mundo, abandona á los caidos, yéndose en pos de los que salieron de aquella estancia.

Grandes deseos asaltaron á Inés, llevada siempre en alas de su imajinacion ardiente, de despertar los dormidos recuerdos del capitan, anudando aquella famosa alegoría del pájaro y de la jaula que habia puesto el sello á su fugáz conquista; grandes deseos tenia tambien de averiguar la suerte de Jimeno, despues que tan cruelmente la habia abandonado; grandes deseos, por fin, de conocer su última aventura, y la causa de su estraño arribo, conduciendo al alcázar de Ortés á una mujer, que á pe-

sar de sus monjiles, le parecia demasiado bella, para no ser temible: y si la dama de la condesa pudo resistir á los impulsos de su fantasía y á la tentacion de curiosidad, no así al asomo de sus sospechas, al estímulo de sus zelos.

—¿No me direis, caballero; preguntó Inés: en pago siquiera de los pasos que estoy dando por vos, no me direis cuál es el nombre de esa relijiosa, á quien me parece haber visto en el monasterio de?...

—Se llama sor...

El capitan se quedó cortado.

—En efecto, con sor debe principiar el nombre de una monja; repuso Inés, sonriéndose amargamente debajo de su manto.

—Se llama... sor Jimena, añadió de pronto el capitan.

—¡Jimena! Es muy particular que tenga el mismo nombre.

—¿El nombre de quién? preguntó el caballero, entre curioso y asombrado.

—¡Jimena! repetia la dama con triste sonrisa. ¡Es muy particular que todas se hayan de llamar Jimenas!

—Pero ¿qué os estraña?...

—¡Jimena! ¿Es esa por ventura la Jimena que conocisteis en Mendavia?

—La misma. ¿Pero cómo sabeis...

—¿Es esa la que habeis amado siempre?

—¡Siempre!

—¡Oh! Ni siquiera el recuerdo de su falta le trae el recuerdo de su amor! murmuró la pobre Inés.—Y cuantos años hace, prosiguió, que ha profesado vuestra Jimena?

—Señora, no lo sé: acabo de encontrarme con ella; acabo de libertarla de sus raptores, creo que es libre, creo que me ama...

—¿Y creeis que os amará, cuando sepa que le habeis sido infiel? le dijo la dama con ajitada voz.

—¡Dios mio! ese acento me hace recordar... ¿Quién sois?

—¿Creeis que os amará, cuando yo me ponga en su presencia? dijo Inés, alzando el velo, y descubriendo un rostro pálido y consumido, en que brillaban sus grandes y rasgados ojos, bañados tambien de un tinte amarillento que atestiguaba su dolor.

—¡Inés! ¡Inés! esclamó el mancebo con espanto, asiéndola una mano y fijando luego los ojos atónitos y compasivos en su semblante: ¡Pobre Inés, cuán demudada estás!

—Me has engañado desapiadadamente, y sin embargo te perdono; porque á tí te debo los únicos momentos de ventura que he disfrutado. ¿A dónde vas ahora? ¿á dónde has venido, insensato? ¿A buscar á tu amigo don Gaston, á buscar albergue en el castillo de la condesa?

Vuelve atrás, desventurado; que aquí no puedes encontrar sino mujeres como yo, que te inspiren ódio, porque te recuerdan tus faltas; que te infundan sobresalto, porque de sus labios está pendiente tu felicidad: huye, que aquí no puedes ver sino perfidias, horrores y la muerte de lo que mas amas: huye, y acuérdate de que debes este aviso á la mujer cuyo corazon has destrozado!

—¡Ah! pero ¿qué peligros me amenazan, qué perfidias me rodean, cómo es posible que me hagas dudar de mis amigos, de mis hermanos?

—¡Huye sobre todo de la condesa y de su familia!

—¡Inés, Inés! esplícame, por Dios...

—Ya es tarde, dijo la doncella secamente, viendo aparecer en el ángulo del claustro á Leonor altiva y arrogante.

Era uno de aquellos momentos en que la condesa huia de la jente, para dar rienda suelta á su inquietud y á su llanto, el cual tuvo que reprimir súbitamente al ver brillar en el fondo de aquellos tránsitos el arnés de Jimeno. Imajinóse, al observarle armado de punta en blanco, que era uno de los guerreros que habian salido por orden de mosen Pierres en persecucion de la princesa, y sus temores se convirtieron en esperanzas de recibir alguna grata noticia.

Aceleró, pues, sus pasos, y acercándose al capitan, le preguntó con ahinco:

—¿Me buscábais? ¿qué noticias traeis? ¿han parecido?

—Eso es lo que me estaba diciendo este caballero, me preguntaba por vos, por la condesa Fox; respondió Inés queriendo sacar al capitan del atolladero.

—Pues bien; aquí estoy, ¿qué nuevas me contais?

—¿De quién? preguntó Jimeno atónito.

—De los fujitivos, de Sancho de Erviti, de cualquiera. Y viendo que Jimeno callaba, añadió con impaciencia: ¿Os han enviado aquí para que me contempleis en silencio?

—No; he venido aquí para deciros, que he visto muerto por mis propios ojos á Sancho de Erviti y á dos escuderos suyos: que los demás se han dispersado, han huido temerosos de morder el polvo como sus compañeros.

—¿Y los fujitivos, y mi hermana, y su libertador, dónde se ocultan?

—¡Vuestra hermana!

—Sí, ¿nada sabeis de ella?

—¿Es hermana vuestra la relijiosa que venia cautiva en la litera?

—Sí, mi hermana, ¿no lo sabíais?

—¡Oh! pues entonces ¿qué podia temer de vos, si hubiese venido al alcázar?

—En efecto, nada podia temer de mi; repuso doña Leonor, con una sonrisa tan sardónica, que hizo temblar al capitan de aventureros.

Inés se estremeció tambien : por su frente fria y descarnada caian gotas de sudor : miraba á Jimeno precipitarse de pregunta en pregunta, de palabra en palabra en un abismo, y aunque en aquel abismo debia perecer su venturosa rival, quedaba espuesta la vida de Jimeno, á quien ella queria sacar incólume de aquel trance, aun á costa de su ecsistencia, aun á costa de su venganza.

—Figuraos, caballero, le dijo con marcada y profunda intencion, figuraos, ¡qué podia temer doña Blanca de Navarra, princesa de Viana, de la condesa de Fox?

—¡Ella! ¡ella es doña Blanca! esclamó estupefacto el capitan.

—Este hombre es un imbécil; pero los imbéciles son los instrumentos mas á propósito para mis planes : dijo la condesa á media voz mordiéndose los labios, y luego añadió en tono despreciativo : ¿y son esas todas las nuevas satisfactorias que me traeis?

—Nuevas satisfactorias ninguna, repuso Jimeno con cierto orgullo y resentimiento; porque el caballero que ha salvado á vuestra hermana es tan arrogante y tan temerario, que acosado como se vé por todos lados, y en medio de sus enemigos, desafía con su lanza al mundo entero, y ha jurado perder cien vidas que tuviera en defensa de la mujer que ha rescatado.

—¡A! ¿le conoceis? ¿sabremos quién es al fin?

—Sí, señora, él mismo lo vá pregonando : es tan osado que no teme el decirlo; es don Jimeno de Acuña, el capitan de aventureros del rey don Juan II de Navarra.

—¡El bandido! Basta, caballero, os agradezco la noticia, ya sé donde debe ocultarse mi hermana. La encontraremos, sí, la encontraremos, aunque sea necesario incendiar las selvas todas de las Bárdenas.

—Escelente me parece este plan, y si quereis yo mismo iré á ponerlo por obra.

—¿Sabe mosen Pierres de Peralta esas noticias?

—Creo que las ignora, he querido comunicároslas antes que á nadie.

—Pues bien, volved al campo inmediatamente.

—Al punto: pero no sabeis con cuantas dificultades he tenido que luchar para entrar y salir en este castillo... vuestros centinelas son tan rijidos... Si me diéseis una prenda...

—¿Como os llamais?

—Garcés, ¿no le conoceis? saltó Inés de improviso, volviendo á sacar á Jimeno de un nuevo apuro.

—Garcés, añadió con tono firme el capitan, cuyos pocos escrúpulos en usurpar nombres ajenos son ya conocidos en nuestra historia.

—Pues bien, Garcés, tomad este anillo: con él podeis entrar y salir libremente en el alcázar; pero aprovechad esta facilidad para comunicarme á menudo las noticias que vayais adquiriendo.

—Perded cuidado, condesa; me aprovecharé bien de vuestro salvoconducto.

Leonor se alejó presurosa, despues de haberle entregado la sortija, temiendo que fuese notada su ausencia del saráo; y mientras llegaba á los salones réjiamente aderezados, compuso las facciones de su rostro, cubriendo con la máscara de la tranquilidad, del júbilo y de la afable sonrisa, el hondo pesar, la negra inquietud que, devoraban el pecho.

—¡Gracias, gracias! ¡Inés jenerosa! esclamó el capitan, cuando el ángulo del claustro le robó los últimos pliegues del manto que arrastraba la condesa por el pavimento. Te debo la vida... mas que la vida...

—Sí, esclamó Inés con acento sublime y melancólico: me debes la vida de la mujer que amas: me debes la vida de mi rival.

—Que el cielo me perdone, esclamó Jimeno con tristeza y humildad; perdóneme Dios, si he puesto inadvertidamente mis ojos sacrílegos en una reina. No, doña Blanca de Navarra ya no es tu rival, Inés: Jimena ha muerto para mí: corramos á salvar á la princesa.

—Vamos, Jimeno, vamos; déjame apoyar por última vez en tu brazo, porque me siento desfallecer; y por este favor que me concedes, por los instantes de felicidad que me has dado, te ruego que ames á la reina de Navarra, como has amado á la villana de Mendavia.

—El capitan de aventureros alargó el brazo á Inés, que se apoyó en él, cruzando entrambas manos; y así se dirijian lentamente al aposento donde quedó la relijiosa.

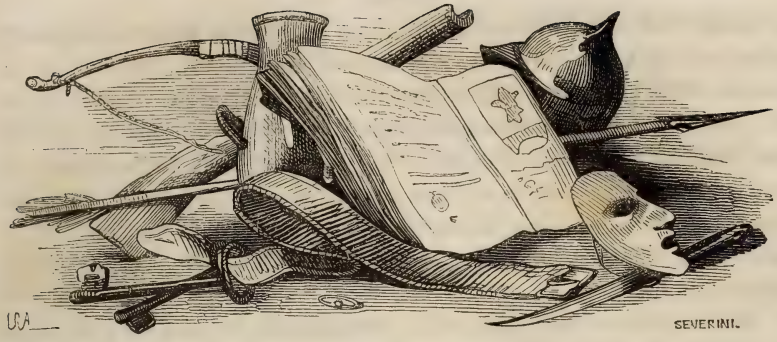
—Amarla! decia Jimeno, ¡imposible, imposible!

Si hubiese tenido alzada la visera, hubiera podido ver Inés dos gruesas lágrimas que rodaban por las mejillas del formidable guerrero.

—¡Amala, Jimeno! Ten fé en las palabras de Raquel: ¿te acuerdas? «Ama á Simon, hija mia, que Simon es digno de tí, y tú eres digna »de un príncipe.»—Muda los nombres, y verás como te encuentras por mi desgracia digno de amar y de ser correspondido de la princesa.

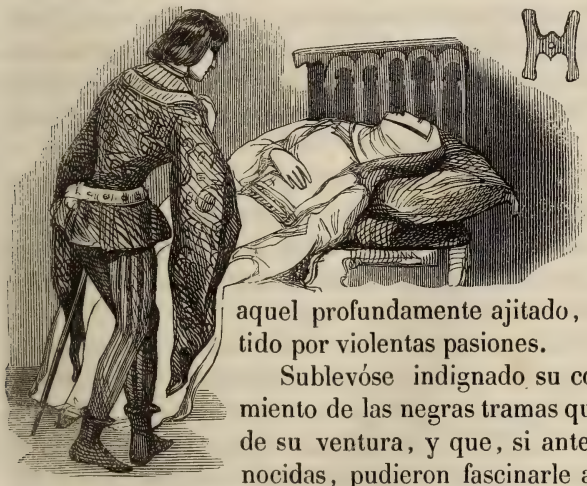
Al hacer Inés este sublime esfuerzo de abnegacion, brotaba el llanto á raudales de sus ojos, único consuelo, único alivio que sus penas habian esperimentado desde su salida del castillo de Eguarás.

Y sin pronunciar una palabra más, llegaron á las puertas del aposento, y antes de abrirlas se sintió el ténue rechinido de la visera, y el estallido de un beso, último crepúsculo de un amor fugáz que se habia hundido para siempre en un mar de desventuras.



CAPITULO XII.

En que se refieren ciertos amorios que omite el fraile de Irache por no escandalizar á sus lectores.



Enos aquí ya frente á frente de Gaston y de la princesa: esta inmóvil, insensible, derribada como una estátua entre ruinas; aquel profundamente ajitado, réciamente combatido por violentas pasiones.

Sublevóse indignado su corazon al descubrimiento de las negras tramas que se urdian á costa de su ventura, y que, si antes de serle bien conocidas, pudieron fascinarle algunos momentos; ahora las consideraba como intrigas miserables, inventadas solo para satisfacer ambiciones que le causaban á la vez terror y desaliento.

Penetraba en el fondo de su alma, espejo fiel donde solo se retrataban la hidalguía, la jenerosidad, el entusiasmo, todas las pasiones nobles, en fin, envueltas en una atmósfera brillante, en una necesidad comunicativa de amor y de gloria, que sienten mas que nadie los hombres de su temple. Buscaba allí la imájen de la mujer en quien debia vincular su ecsistencia; y la buscaba en vano. Solo hallaba los

jérmenes del odio, del desprecio que á corazones enteros infunde la arrogancia y la soberbia mal cimentadas. Buscábala, y en vez de encontrar allí la esposa querida, que venia á compartir con él sus gozes y sus pesares; veia con estremecimiento la imájen de otra mujer muy mas hermosa, con todo el encanto y misterio de una celeste aparicion; una beldad desconocida; cuya mirada dulce y bondadosa; cuya espresion digna, sin ser altiva, triste sin ser amarga; realzaban mas los inmerecidos desaires recibidos de la que iba á ser aquella noche su eterna compañera.

Era la primera vez que amaba; era aquella la primera gota de cariño que rebosaba de su hinchado corazon; amaba despues de aborrecer; amaba cuando sus mismos sentimientos filiales estaban embotados; amaba, y aquel amor incipiente era el único lazo que le ligaba al mundo... ¡Oh! ¡cuánto debia amar!

En pié, delante de la relijiosa reclinada en un escaño, considerábase el ánjel tutelar de aquella desvalida criatura; tendíala ufano las alas de su corazon; devorábala con los ojos, y no se atrevia ni á respirar siquiera, por no turbar aquel reposo plácido, aquel sueño fugaz, único periodo de su imperio sobre ella; único tal vez de su dicha. ¡Cuán lisonjero, cuán dulce no era para él amparar á una mujer hermosa, perseguida, que se acojia tímidamente bajo su sombra! ¡Cuánto no contrastaba su situacion presente con su anterior situacion! De protejido pasaba á protector; de ajente de sangrientas intrigas, se habia convertido en amparador de la inocencia.

Gaston no dudaba un solo momento de la de aquella relijiosa: tenia presentes sus palabras y sus miradas; y si bien no podia esplicarse el efecto producido en ella por la noticia de la muerte del príncipe don Cárlos, era porque no podia apartar de su memoria aquellas sencillas frases en que le habia revelado que era libre.

—Es libre, se decia á sí propio, y todavía lo soy yo; es una dama, y yo soy mozo y caballero: ¿por qué no he de sacudir el yugo insoportable que me quieren imponer? ¿por qué no he de mostrarme una vez indómito y resuelto, cuando de este esfuerzo depende la suerte de mí vida entera? Criminal fuera yo, y sobre criminal cobarde, prestándome á servir de dócil instrumento á planes inicuos, á bastardas ambiciones. La Providencia, sí la Providencia ha conducido aquí este ánjel, por rumbos para mí desconocidos. La creí en el primer momento enviada de Dios, y enviada de Dios debo creerla ahora; no para apartarme de la humana sociedad, sino para reconciliarme con ella.

Tan diversos pensamientos y pasiones ajitaban á Gaston, cuando el ruido de la puerta vino á sacarle de aquel arrobamiento. Fué su primer impulso el de estrechar á la princesa contra su corazon, como te-

meroso de que pudiesen arrancársela; pero reflecsionó luego que ningun derecho tenia para retener un tesoro que no era suyo.

Acudió, pues, á la puerta con resignacion y abatimiento; abrióla de par en par; y al ver un guerrero que permanecia en el dintel con los brazos cruzados, retrocedió con asombro, y esclamó con alterado acento:

—¡Dios mio! ¿estoy soñando? ¡Jimeno!

—¡Cómo! ¿sois vos? ¡don Gaston! ¿vos en este aposento, pese á mi alma!

—Dadme los brazos, amigo mio: entrad: venid en buen hora: ya no soy tan desgraciado, pues tengo á quien comunicar mis penas.

Jimeno que algunos momentos antes se hubiera abalanzado al seno de su amigo, permanecia inmóvil

—¿Estais solo? le preguntó, dirijiendo furtivas miradas al fondo de aposento.

—¿Solo! No: estoy con un ánjel, con una beldad hechicera. Entrad, os contaré la mas estraña aventura que pudiérais imajinaros.

—Pero, ahora recuerdo que ha preguntado por vos. Acercaos, amigo mio. ¿Sabeis quién es esa hermosa desmayada? ¿No me diréis quién la ha traido?

Al oir estas preguntas, asaltaron á Jimeno dudas crueles, algunas de las cuales, presto habian de quedar desvanecidas.

¿Era, el que tal demandaba, el poderoso dueño de un castillo, que antes de dar rienda á su jenerosidad, queria saber sobre quién iban á recaer sus favores; ó era además el dueño de un corazon, mas grande que su castillo dónde no le embargaba para dar hospitalidad á un amor recien venido, el tenerle ya ocupado por el amor que debia profesar á su esposa? ¿Se habia propasado don Gaston con alguna accion descortés delante de la princesa? ¿Seria cómplice de su madre? ¿Habria descubierto Blanca que se hallaba en casa de sus enemigos? Y si no, ¿por qué la tomára aquel desmayo?

Fijóse el capitan en esta última interpretacion, y, como saben nuestros lectores, se fijó en la verdad; que alguna lo mas favorable habia de ser cierto. Pero aun quedaban en pie sus zelos, avivados por el aturdimiento, por las incoherentes palabras del imberbe mancebo.

Resolvió, pues, Jimeno disimular y observar como prudente, y huir cuanto antes pudiese de un palacio, que ya miraba como el sepulcro de sus amores.

—¿Callais?--¡Ah! prosiguió el de Fox: ¡no os sorprende su rostro! Sin duda la conoceis...

—¿Y quién diablos os ha dicho tal cosa? respondió friamente el paladin de la princesa. Y haciendo una pausa, como para notar el efecto

que sus palabras producian, prosiguió con cierta aspereza:—Y aun cuando lo supiera, ¿de qué os servirian semejantes noticias?

—¿De qué? ¡Ah!--Teneis razon, amigo mio... Perdonad esta indiscrecion... ¡qué sé yo!.. estaba alucinado... creí que...

No sabia el pobre de don Gaston cómo disimular su inquietud, ni cómo recojer las velas que habia largado.

—Vamos, vamos, príncipe, dijo el capitan con gravedad, por disimular su enojo: debíais haber pensado mas en su salud que en sus aventuras.

Y prosiguió dirijiéndose á la puerta:

—Entrad, Inés, y prestad ausilio, á esa relijiosa desmayada.

Entró la doncella con harta sorpresa de Gaston, cuya inquietud contrastaba con la calma y el aplomo del recien venido.

Cerró este la puerta: echó la llave: cojió la lámpara: rejistró la estancia, para saber si habia alguna otra salida: satisfecha su curiosidad, dejó la luz sobre la mesa, y llevando al príncipe al ángulo mas retirado del paraje en que estaban las damas:

—Ahora, le dijo, estoy pronto á satisfacer todas vuestras dudas.

El hijo de la condesa, conoció, sin duda, que habia andado muy precipitado en descubrir sus amores; y queriendo afectar ahora tanta indiferencia y serenidad; como pasion y aturdimiento habia manifestado al principio, contestó:

—En primer lugar, quisiera saber por qué feliz casualidad os hallais en el castillo.

—¿Es curiosidad, ó es reconvencion?

—¡Ingrato amigo! repuso Gaston con verdadero sentimiento: no guardeis, por Dios, esa gravedad que me ofende, ni pronuncieis esas palabras que me hieren. ¡Reconvenciones por verte aquí, cuando eres el único á quien echaba de menos en mis fatales bodas! ¡Reconvenciones, cuando yo las dirijia tan sentidas á mi madre, porque no habia cumplido mi encargo de convidaros!

—Estas últimas eran muy injustas: porque, tanto vos como vuestra madre, me habeis dirijido un atento mensaje, convidándome á la boda.

—Mirad que estais equivocado: yo sé de fijo que la condesa ningun mensaje os ha mandado.

—Pues yo no sé como lo dudais, cuando estoy seguro de haberlo recibido.

—Estrañas cosas nos suceden, esclamó Gaston, con el pensamiento en la desconocida.

—Sin duda el cielo las dispone, añadió Jimeno, con los ojos fijos en la relijiosa.

—Y ahora ¿no me direis quién es ella? preguntó el mancebo.

—¿Lo ignorais de veras?

—¡Oh! no me hableis con esa sonrisa, ni dudeis jamás de mi sinceridad: puedo cometer faltas, pero no bajezas.

Tampoco se dejó vencer Jimeno del tierno acento y sincero lenguaje de su amigo.

¡Cuánto debia sufrir para ser tan inflecsible!

—Quien puede ser esa señora, yo no lo sé; dijo el capitan, pero lo que os puedo decir, y hasta referir menudamente, son las aventuras á las cuales se debe que haya venido á vuestro castillo.

—Sepa yo lo que vos sabeis, que lo demás lo averiguaremos juntos.

—Decídme ante todas cosas ¿amais á esa mujer?

—Nunca supo mi corazon lo que era amar, hasta que mis ojos la han visto.

—¡Hola! ¿con que no es un amor vulgar? ¿es una pasion verdadera la que sentís? Pues bien, ya me considero en el deber de revelároslo todo, todo!

Dijo el capitan semejantes razones con un acento tan particular, con una voz tan cavernosa, con una sonrisa tan maligna; que hubiera debido sobrecojer á quien no fuese un amante de quince años, en los ardientes arrebatos de su pasion primera.

Sentíanse en el pecho de Jimeno aquellos profundos bramidos que preceden á la erupcion de los volcanes.

—Sí, pasion, verdadera, repuso el mancebo que no escuchaba otra voz que la de su corazon estraviado; pasion verdadera, que me hace rechazar á otra mujer, despues de haberla tendido la mano para ser suyo; que es un aviso de la Providencia para apartarme de las combinaciones del crímen.

—¡Basta! le interrumpió Jimeno con voz atronada.

—¡Par diez! ¿qué teneis?

—Digo que..... basta eso para comprender que amais demasiado; repuso el capitan, reprimiendo la furia de sus zelos, y el horror que le inspiraba revelacion tan sacrílega, hecha con el candor de una virjen.

Y volviendo luego á su tono sarcástico, prosiguió con afectada tranquilidad:

—Venia yo camino de Ortés con mi buen escudero Chafarote, cuando en un barranco, á cosa de media legua del pueblo, sentimos ruido de cascabeles y pisadas de cabalgaduras, hácia el arrecife de San Juan de Pié de Puerto.

—¿De donde?

—De san Juan de Pié de Puerto, repuso el capitan, acentuando perfectamente las palabras.

—¿Venian de allí?

—De allí venian.

—Proseguid.

—A poco rato descubrimos un peloton de jente: caballeros, pajes, escuderos y mozos de cuadra, armados todos hasta el cogote, y escoltando una litera.

—Alguna dama de calidad, que venia á mis bodas...

—Dama era en efecto; porque tan pronto como nos hallamos á corta distancia, una voz femenil salió de la litera diciendo: «caballero, socorredme; que me llevan cautiva contra mi voluntad.»

—Y eso, ¿cuándo ha sido?

—Hace pocas horas.

—Y vos, ¿qué hicísteis?

—¿Qué habia de hacer? poner lanza en ristre; afirmarme en los estribos, y enderezando mi bridon hácia el que de capitan de aquella jente hacia, decirle con tono firme y ademan resuelto:—«O poneis »inmediatamente en libertad á esa doncella, ó lo que fuere; ó desde »luego sois conmigo en singular batalla.»—La contestacion no hizo de esperar: el buen caballero no sufria semejantes indirectas; cargó sobre mí con toda su pujanza; pero, como en la embestida se ladease un tanto su troton, que era mayor que un dromedario, le metí la lanza por un costado y le salió por el opuesto.

—¿Le conocisteis?

—Si.

—¿Quién era?

—Sancho de Erviti.

—¡Ah! ¡Sancho! ¡el amigo, el confidente de mi madre!

—Y bien, ¿qué?

—¡Proseguid, por Dios! ¡No sabeis qué cosas tan horribles comienzo á vislumbrar!

—Ya debeis suponer, continuó con terrible calma el capitan, que muerto el pastor, se dispersan fácilmente las ovejas, como allá nos decia el cura de mi pueblo. Los escuderos, pues, á los pocos botes de mi lanza, se fueron por donde mas en mientes les vino; y solo alguno que otro mal intencionado, se entretuvo en aporrear á Chafarote, á quien, concluida la aventura, encontré mas molido que Cibera.

—¿Y la dama?

—A eso voy. Abrí la portezuela de la litera, y me encontré con que habia salvado á una desconocida. ¡Don Gaston! ¡os juro por mi honor que lo era para mí! añadió Jimeno, con tono grave y solemne. —Y no solo me era desconocida, sino que me hallé con que era una relijiosa. Figuraos qué jentil recompensa puedo yo esperar, como no

fuese en el otro mundo. ¿No os reis del chasco, don Gaston?

El sarcasmo de Jimeno era demasiado acervo; era ya hasta insultante; pero el hijo de la condesa tenia la vida pendiente de sus palabras, y le escuchaba fascinado. No insultar, hollarle hubiera podido entonces Jimeno, sin que lo advirtiese.

—Proseguid, le dijo con trémulo acento.

—La relijiosa me confesó de buenas á primeras que no lo era: que sus mas prócsimos deudos habian querido sepultarla en una celda.....

—¡Callad! ¡callad!

—Y que la llevaban ahora cautiva para envenenarla...

—¡Gran Dios! ¡qué horror!

—Cierto, horrible cosa es; pero habeis de saber que los deudos de esa dama son jente abonada para todo: como que, segun he sabido despues, el hermano mayor de esa pobre relijiosa murió tambien de un jicarazo...

—¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó el mancebo con desesperacion: ¡amar yo por primera vez!...

—¡Sí! ¡y amar á la hermana de vuestra madre! le interrumpió Jimeno con toda la furia, con toda la hiel, con toda la compasion que habia estado atesorando y conteniendo dentro del pecho: ¡y libertarla yo de doble número de enemigos, y ser tan imbécil, tan estúpido, que la traigo al mismo punto á que sus enemigos la llevaban!

—Consuélate, Jimeno: ¡tu reina te perdona! dijo doña Blanca de Navarra, que merced á los cuidados de Inés, acababa de volver en sus brazos del desmayo, y que habia escuchado las últimas palabras de su esforzado paladin.

—¡Oh! ¡para mí no hay perdon! ¡para mí es imposible que lluevan ya las bendiciones del cielo! esclamó anonadado el hijo de la condesa.

Terrible era en efecto la situacion de este jóven infortunado.

Acaba de sentir el amor, con toda la violencia con que esta pasion impera en un alma vírjen: envuelto en las redes de una bastarda intriga, iba á ser arrastrado al altar para unir su suerte á la de una mujer aborrecida: cuando llegaba á comprender el precio inestimable de su libertad, y el sacrificio inmenso que hacia á la ambicion de su madre; se habia enamorado del primer objeto digno de amor en que sus ojos tropezaron. Acababa de saber tambien, que este objeto sublime, que esta mujer era el blanco de los ódios de su familia, y deuda suya.

Parece que la Providencia, para refrenar los ímpetus de su corazon audaz, y previendo que las pasiones del mancebo romperian facilmente los diques que suelen contener á otros hombres, habia querido reforzar este dique con otro nuevo, robusto, insuperable, oponiéndole

la barrera del respeto, despues de la fidelidad que debia á su prometida esposa.

Sin embargo, faltaba todavía otro nuevo obstáculo, invencible para un corazon leal y jeneroso.

Era una lucha titánica, en que los dioses del Olimpo, amagados por una pasion sacrílega y jigante, se complacian en echar montañas sobre montañas, para apagar el amor impío del mancebo.

Este nuevo obstáculo debia levantarse, si alguna vez llegaba Gaston á conocer la pasion de su amigo. Sin embargo, ¡cuántos esfuerzos debia hacer este por ocultarla!

Jimeno, el capitan de aventureros; Simon, el judío de Mendavia, que por el amor de una villana desconocida, é iluminado al mismo tiempo por la luz de la fé, abjuró la relijion de sus padres; Jimeno, que tantas veces aventuró la vida en defensa de la jentil labradora; Jimeno, que tantos prodijios de valentía y de arrojo habia hecho para convertirse en capitan de bandidos, y luego en capitan de aventureros; acababa de medir con una sola palabra el abismo que le separaba del imán de sus pensamientos, del único anhelo de su corazon.

«¡La reina te perdona!»

¡Ay! Entre la princesa de Viana y el hijo de Samuel: entre la heredera del trono, entre la lejítima señora de Navarra y el antiguo salteador de caminos, habia la misma distancia, cabía la misma union que entre la luz y las tinieblas, la vida y la muerte, el polvo y las estrellas.

Alguna vez sospechaba el capitan de aventureros, tanto por el porte distinguido de la villana, como por estraño de sus aventuras, que no debia pertenecer ella á la humilde y despreciada clase en que apareció primeramente á sus ojos; mas, por muchas riendas que soltase á su fantasía, nunca sus sospechas fueron mas allá de tenerla por hija de algun hidalgo. ¿Qué efecto, pues, no debia producirle el inesperado descubrimiento de que la mujer, á quien habia requerido de amores, á quien habia tan familiarmente tratado, era nada menos que hija de un soberano, su reina y señora?

—¡Perdon, señora, perdon! esclamó, Jimeno postrándose de rodillas delante de la princesa; y no atreviéndose á levantar los ojos para clavarlos en aquel augusto semblante, que hasta entonces había profanado con sus miradas.

—Alzad, Jimeno, alzad; contestó con dignidad la relijiosa, y luego le advirtió con triste sonrisa: no conviene que vean de hinojos ante la proscrita al amigo de la condesa, al que mas sangre ha vertido de los valientes defensores de mi pobre hermano.

¡Era verdad! Y confundido, anonadado con la verdad el capitan

de aventureros, no tenia voz para replicar, ni aliento para erguir su frente.

La princesa interpretó desfavorablemente aquel silencio.

—¡Tú tambien, cómo los demás! esclamó con amargura.

Abrumado Jimeno por una sospecha tan injusta, herido en lo mas vivo de su corazon, alzóse con despecho; pero transcurrido apenas un solo instante, clavó sus ojos en doña Blanca con inefable ternura; cruzó los brazos; raudales de lágrimas se le agolparon á los párpados, y con trémulo acento esclamó, sin saber lo que se decia:

—¡Jimena! ¡Jimena!

Pero asustado de sus propias palabras, añadió de repente, con voz humilde y respetuosa:

—¡Señora!.... ¡señora mia! ¿no me habeis conocido antes de ahora?

Aquella mirada de Jimeno, aquel acento que se partia del corazon, aquel recuerdo de bonancibles tiempos, hizo conocer á la princesa la injusticia de sus reconvenciones.

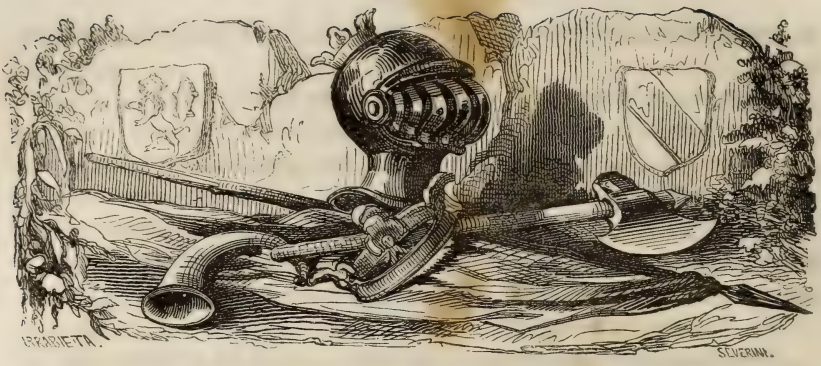
—¡Sí, sí! ¡lo comprendo! ¡perdonadme! ¡Era imposible que el noble corazon que conocí en Mendavia, se hubiese pervertido con el estruendo del combate! ¡era imposible que quien tanto me amaba!...

—¡Callad, callad! Jimeno esclamó, mirando con terror á su amigo, tendiendo sus brazos á la princesa, como si hubiese querido recojer aquellas palabras.

Gaston levantó la frente de improviso, cual si una víbora le hubiera mordido el corazon; miró á su amigo con furor sombrío; quiso hablar, y dió una especie de ahullido; lanzóse á la puerta; abrióla convulso y desapareció al instante, haciendo retemblar el salon inmenso al cerrarla de golpe.

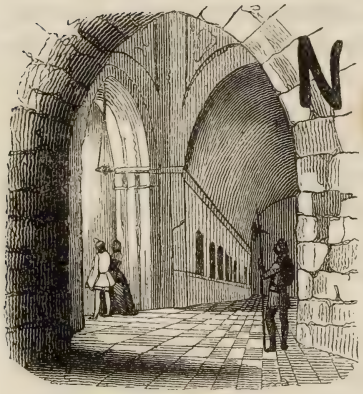
—¡Huid, alejaos de aquí! dijo entonces Inés sobresaltada: ¡huid presto! yo voy á contenerle.

Y aquella alma jenerosa que parecia conservar algunos resplandores de vida, solamente para iluminar á su ingrato amante; voló en pos del mancebo, como vuelan los ánjeles custodios para detener la mano del hombre que se levanta para el crímen.



CAPÍTULO XIII.

De cómo el reprender una cosa en que no se ha pensado, pone en tentacion de hacer lo que se reprende.



No tuvo Inés que dar muchos pasos. Habia llegado Gaston, sin saber como, al punto donde principiaba á sentirse el estruendo armonioso del saráo, el bullir de las jentes, los reniegos de los pajes, y tal cual conversacion acalorada de amantes descarriados, que tornaban al salon con las mejillas encendidas, y maldiciendo públicamente, ¡ingratos! al alarife que habia hecho del vasto alcázar un verdadero laberinto.

Allí se detuvo el mancebo, como si la humana sociedad le presentase un linde que nunca debia atravesar: allí se detuvo por instinto, por ese mismo instinto que hasta aquel punto le habia conducido.

Inés llegó turbada y anhelante, temiendo que en un momento de zeloso despecho, pudiese revelar Gaston á su madre el paradero de la princesa.

—¡Señor! esclamó Inés al acercársele: ¿adonde vais?

—¿Y qué os importa? le contestó el mancebo bruscamente.

—¡Ah, señor! ¡tened compasion de una mujer inocente y desgraciada! ¡tened compasion de la hija de cien reyes, que de buen grado

se trocára por la hija de un pechero! ¡y respetad, sobre todo, la vida de un hombre, cuya sola falta es haber sido demasiado jeneroso!

—¿Y qué quereis que haga? preguntó confuso el príncipe.

—Lo que os dictaría vuestro leal corazon en momentos mas serenos: ocultar á vuestra madre y mi señora el asilo de los amantes... Su vida está en vuestras manos...

—¡Teneis razon! esclamó pensativo el mancebo, á quien por vez primera le acababa de ocurrir una idea de que Inés le suponia, no solo capáz, sino en ánimo resuelto de llevarla á cabo.

—Si el logro de vuestra pasion es imposible, tened al menos la gloria y el consuelo de haberla sabido vencer: algo es, señor, para un alma desdichada, el que la persona que labra su desdicha le deba toda su ventura; prosiguió la dama con tierna melancolía.

—¡Oh! ¡pero os habeis equivocado, Inés! ¡habeis supuesto que yo!...

—¡Perdonad! pero al veros huir de su presencia...

—De su presencia, no: huyo de mí mismo: huyo de este corazon á quien todo el mundo desdeña: huyo... Pero ¡Inés! ¡Inés! el dardo viene conmigo enclavado, y cuanto mas corro, mas profunda vá siendo la herida. ¡Inés! ¡Inés! ¡si tú amases, tendrias compasion de mí!

—¡Ay! ¡sí! ¡yo no amo! repuso la doncella, con una sonrisa, mas triste que el último rayo del sol que dora los bordes de una nube tormentosa. Es cierto, ¡yo no amo! ¡Por eso veis que mis mejillas compiten en colores y frescura con las rosas de primavera! ¡Yo no amo! ¡por eso veis en mis ojos el reflejo de la felicidad! ¡Yo no amo! ¡por eso veis mi frente mas serena que las aguas de un lago en una noche de estío! ¡Yo no amo! ¡por eso veis que mis ojos no vierten una sola lágrima; que la fiebre no enciende mis venas; ni los suspiros van consumiendo mi corazon! ¡Ah! ¡yo no amo! ¡por eso veis, que yo, pobre flor de un solo dia, no voy á caer marchita en la mañana de mi vida!

—¿Tambien tú? ¡pobre Inés!... ¿Pero has sentido jamás ese infierno de la vida que se llama zelos?

—Señor, ¿os han dicho alguna vez que erais amado?

—¡Nunca!

—¿Os lo han demostrado con dulces miradas, con tiernas solicitudes, con transportes delirantes, con embriagadora sonrisa?

—¡Oh! ¡jamás! ¡jamás!

—Y despues de haberos empapado en aquellas miradas, y de haberos arrastrado en el vértigo de aquellos transportes, y de haberos hechizado con el dulce reclamo de aquellas solicitudes, y de haber bebido en ardientes labios el néctar de aquella sonrisa, ¿os han abreva-

do de hieles, os han abandonado en el lodo de la ignominia, os han hollado con los pies, con aquellos pies cuyas huellas hubiérais besado?

—¡La muerte! ¡la muerte sería preferible al dolor de tan negra ingratitud!

—¿Y habeis tenido en vuestras manos la vida del ingrato?...

—¡Ay! Eso sí.

—¿Ha estado pendiente su ventura de un paso, de una palabra, de un jesto, de una mirada vuestra?

—¡Sí! ¡sí

—¿Y os habeis detenido, habeis sellado vuestros labios, habeis cruzado vuestros brazos, habeis cerrado vuestros ojos, habeis conservado, en fin, la vida de ese hombre, para que otra mujer pueda enseñorearse de aquel corazon adorado?

—¡Inés, Inés! ¡lo mismo que á mí me pasa!

—¿Y lo habeis visto delante de su rival triunfante y orgullosa?...

—¡Sí!

—¿Y los habeis dejado solos, y habeis huido de ellos, llevando grabadas con fuego en vuestra imajinacion todas sus sonrisas, todas sus miradas, todas sus caricias?

—¡Sí, sí! ¡Allí estan; allí están saboreando las delicias que nos arrebatan! ¡allí están!... ¡Pobre Inés! ¡tú tambien tienes zelos como yo; pero como yo, no tienes sobre tí la maldicion divina! A tí te queda el consuelo de la resignacion; á tí te queda la esperanza de otra mejor vida; y las raices que eche tu dolor en este mundo servirán para que estienda sus ramas en el cielo el árbol inmortal de tu ventura; pero, yo, yo que he principiado ofendiendo á Dios con un amor incestuoso, ultrajando las leyes de la naturaleza; yo, que he nacido de padres y de ascendientes criminales; yo cuyo primer afecto es un crímen; yo tengo que seguir en esta senda fatal por donde me arrastra mi destino. El árbol de la felicidad eterna, estéril debe ser en mi corazon.

—El cielo es grande, señor, y está abierto para todos. Dejémosles huir...

—¡Huir juntos! ¡Qué diferencia en nuestras almas! Tú puedes conformarte con la pérdida de lo que amas, tú puedes consolarte con su felicidad, yo no. ¿Por qué la Providencia ha encendido en mi corazon un volcan desconocido? ¿por qué ha presentado delante de mis ojos esa mujer, antes de que su nombre me hubiera puesto la venda del respeto? ¡No! ¡yo no puedo dejar de amarla! ¡yo no puedo consentir en mi suplicio, no puedo ser mi propio verdugo! ¡Dejarlos huir, dejarlos que se embriaguen de felicidad, sin que el recuerdo de nuestra miserable pasion venga á turbarla un solo instante!

—¡Cierto, cierto!

—Inés, mientras nosotros no podemos apartarlos de nuestra fantasía, ellos se dejarán llevar en bonancible impulso del viento de la prosperidad; ellos, enajenados de placer; ellos, arrullados por el amor, quedarán adormecidos en un éstasis delicioso; y ni una sola vez despertarán sobresaltados con el ensueño de nuestra miseria; y ni una sola vez pronunciarán nuestro nombre, ni consagrarán á nuestra desgracia un solo recuerdo!

—¡Callad, por Dios! esclamó Inés, sin levantar sus tristes ojos, fijos en el suelo sin pestañear: ¡callad, que estais renovando todos mis tormentos! ¡Oh! ¡qué amargas son vuestras palabras!

—Tormentos solo y amarguras puede ofrecernos ya la vida!

—¿Y ella en tanto?...

La voz de Inés era tan sombria, que quedó como apagada en su pecho. Gaston dió algunos pasos.

—¿Adónde vais? tornó á preguntarle Inés con menos espanto, con menos enerjía que al encontrarle en aquel sitio.

—¡Inés! ¡Inés! esclamó el príncipe: hay familias predestinadas para el crímen, y la mia es una de ellas.

—¿Pero vais á revelar á la condesa...

Don Gaston guardó silencio.

—¡Una accion baja y cobarde! añadió Inés, recobrando su antiguo vigor.

—¡No! nada temas: salvaré á la princesa; pero su amante...

—¡Deteneos, deteneos! esclamó la dama, cayendo de rodilla, acompañando con el ademan sus perdidas voces.

Gaston estaba ya lejos, encaminándose al aposento, donde solos habian quedado los amantes perseguidos.

En vano Inés hizo esfuerzos para levantarse y correr tras él; las terribles y opuestas sensaciones que habia esperimentado, la dejaron tan débil, que no podia tenerse de pié, sin apoyarse en la pared.

—¡Oh! decia la infeliz con resignacion cristiana: si han nacido el uno para el otro, ¿á que turbar los designios de la divina Providencia?

Al poco rato sintió pasos lentos y resonantes, que el eco repetia por aquellas bóvedas: era Gaston que volvia taciturno, los brazos cruzados con desaliento.

—¿Qué habeis hecho? esclamó Inés estremecida.

—Cerciorarme de que se han fugado.

—¡Gran Dios! ¿están en salvo?

—No, no te sonrias tan presto; por el contrario, creo que han corrido á su perdicion.

—¿Por qué?

—Porque mi madre tiene dadas sus órdenes para que nadie salga del alcázar.

—¡Bendito sea Dios! esclamó Inés, y el júbilo parecia reanimar su vida, é iluminar su pálido semblante ¡Bendito sea Dios! Jimeno tiene un salvo conducto, el anillo de la condesa: ya no peligra su vida; ahora no me importa perder la mia.

A esta sazon quedaron sobrecojidos los desdeñados amantes, por un rumor estraño: conmovióse el pavimento, retemblaron las vidrieras de la galería, y poco á poco se fué notando el estruendo de las pisadas, el estrépito de las armaduras, y hasta se llegaron á oir clara y distintamente el bronco acento de los guerreros, y la aguda voz de la condesa, que venia hablando con ellos acaloradamente.

—De nuevo nos han burlado, mosen Pierres, decia doña Leonor.

—Tan fijos los teneis en el alcázar, como á estas horas está Sancho de Erviti en el infierno.

—¿Pero no veis que en ninguna parte parecen?

—Los tontos serian ellos en asomar las narices, si pueden esconderse.

—Pero ¿habian de ser tan locos y tan desesperados, condestable, que huyendo de mí, viniesen á mi misma casa?

—Ignoro, señora, si se les ha vuelto el juicio, ó si han perdido la esperanza: lo que sé deciros es, porque yo mismo he tropezado con los villanos que traian de la rienda las cabalgaduras, que el buen paladin, desfacedor de tuertos, les dijo que enderezasen el paso á Ortés; y que si luego, por sospechas y por antojo, le vino en mientes el despacharlos, amenazándoles con sendos palos, sino tornaban atrás y le dejaban solo; los centinelas deponen contestes haberle visto entrar escoltando la litera, y detenerse en el patio.

—Sí, pero en el patio está la litera vacía, y el caballo de Sancho de Erviti desmontado.

—¿Pues no conoceis, por San Fermin bendito, que habiendo quedado Sancho tendido en el campo, mal puede haber venido caballero en su bridon?

—Pero nadie ha visto al libertador, ni á la relijiosa: ¿qué es esto? ¡Dios mio! ¿se los ha tragado la tierra? esclamó doña Leonor con impaciencia.

—¡Qué diablos! nadie los ha visto, porque nadie mas que los centinelas se curan en un dia de bodas de quién entra, ni de quién sale: y como habíais dado aquella órden maldecida, de que apenas se presentase una litera...

—¡Oh! es preciso confesar, condestable, dijo la condesa bajando la voz, que si ha venido aquí mi hermana, despues de tan aciagos acon-

tecimientos, Dios nuestro Señor proteje mi causa, y la divina voluntad ordena que me siente en el trono de Navarra.

—Y eso que os ha puesto delante sobrados obstáculos la divina voluntad; repuso mosen Pierres maliciosamente, evocando recuerdos sangrientos, que hicieron temblar á la condesa misma.

—Ya solo nos falta que rejistrar esta parte del alcázar; dijo Leonor, desviando la conversacion.

—Y aquí está vuestro hijo que nos puede ahorrar tal vez algunos pasos.

—¡Gaston! esclamó su madre, reprendiéndole con una mirada lo huraño de su condicion, lo esquivo de su conducta.

El mancebo, sin hacer caso de las reconvenciones de su madre, dirijió la palabra á mosen Pierres de Peralta.

—En efecto, condestable, cumplida razon puedo daros de lo que os trae inquieto.

—¡Ah! ¿los has visto? esclamó la condesa, con gozo mal disimulado.

—Al apartarme de vos, estaba muy lejos de sospechar, que en mi antigua y apartada estancia, habia de encontrar á doña Blanca de Navarra.

—¿Y con efecto, el malandrin es..? preguntó mosen Pierres.

—El capitan de aventureros, don Jimeno de Acuña.

—¡Vamos, vamos! dijo la condesa dando algunos pasos hácia delante. Y con una carcajada añadió: veo que el ser valiente no estorba para dejar de ser discreto.

—No os apresureis, señora, repuso el hijo con acento sosegado. Si hace poco los teniais en el castillo, ahora no podeis decir otro tanto.

—¡Cómo!

—Como que ya deben estar asáz lejos de esta morada.

—¿Habrás sido capáz tú, mal hijo?.. saltó ciega de cólera la condesa.

—¡Ah! nada temais de mí, soy hijo digno de tal madre; no he sido capáz de ser jeneroso.

—¡Perdona, perdona! ¡Gaston, hijo mio! pero.... ¡por Dios! no te burles así de tu pobre madre: dime donde están.....

—Señora, os lo he dicho ya; en el campo, en el espacio, disfrutando esa libertad que Dios ha concedido á las aves, á los brutos, á las áuras, y que vos quereis negar á una hermana.

—Pero ¿quién, quién ha sido el traidor, quién ha sido el infame que les ha dejado partir?

Y doña Leonor al pronunciar estas palabras, revolvia sus ojos, y se tornaba de todos lados, como basilisco que busca una víctima en quien fijar sus miradas, y repetia con furia:

—¿Quién ha sido el infame...?

—Vos misma.

—¿Yo?

—Vos, señora, vos.

—¡Oh¡ estás loco: andas muy sobrado con una madre: te burlas muy cruelmente de mis inquietudes: juegas con poco respeto con mi corazon....,

—¡Basta, señora! mirad si en vuestra mano están todos los anillos que llevábais hace algunas horas.

—¡Ah!

—Mirad si, con el que os falta, puede entrar y salir cualquiera libremente del alcázar.

—¿Con que Garcés. ...

—Garcés, señora... no sé quien sea Garcés. Pero Jimeno, Jimeno de Acuña se llama el que de vuestras propias manos ha recibido la sortija.

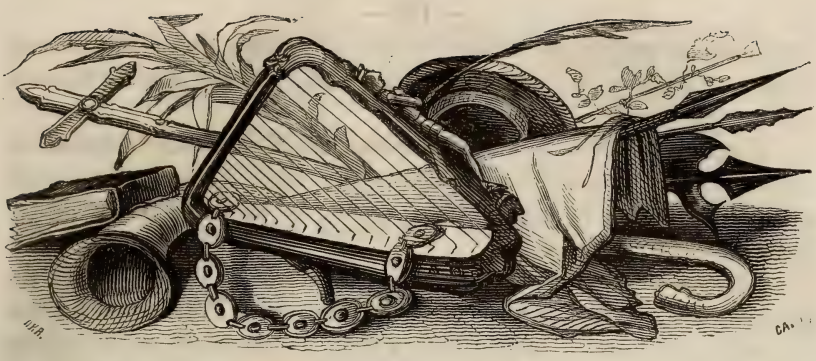
—¡O rabia! Pero Jimeno tiene cómplices, Jimeno no estaba solo, con él ví una mujer: ¡ah!.. ya recuerdo: ¡Inés! ¡Inés!

En aquel instante mismo reparó la condesa en la cuitada doncella, que reclinada en la pared, escuchaba temblando las amenazas de su señora.

Los ojos del basilisco habian encontrado la víctima que buscaban.

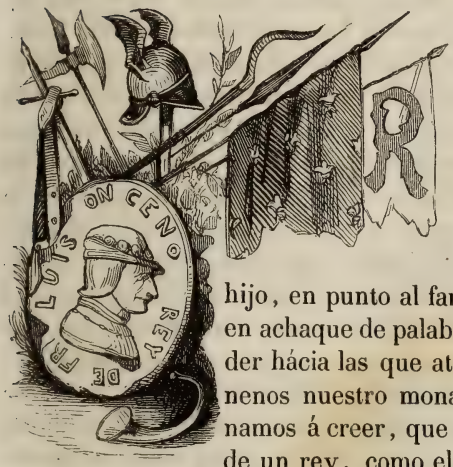
—Cualquiera ofensa que hagais á esta doncella, me la haceis á mí propio, dijo Gaston, interponiéndose con las dos mujeres.

No sabemos hasta qué punto hubiera servido á Inés el amparo de hijo de la condesa, si afortunadamente no se hubiera sentido á la sazon choque de espadas, y gritería de combatientes, tras de los cuales se lanzaron precipitadamente todos los caballeros que componian la comitiva de la condesa.



CAPÍTULO XIV.

De cómo el paje rubio se encargó de una embajada, cerca del capitan de aventureros.



RECORDARÁ el lector, si no es desmemoriado, que mas de una vez hemos hecho observar la contradiccion que habia entre las razones del capitan de aventureros, y las de la condesa, y su hijo, en punto al famoso convite de boda; y aunque en achaque de palabras, mas bien debíamos propender hácia las que atañen á familia de reyes, perdónenos nuestro monarquísmo, si por hoy nos inclinamos á creer, que tanta verdad puede decir el hijo de un rey, como el hijo de un judio. Sin embargo, como cuando uno afirma y otro niega, hay allí por fuerza error ó mentira; nosotros, dejando á los ruines apresurarse á investigar dónde está la mentira, plácenos averiguar primero, si ha podido haber error.

Los reveses sufridos por el bando beamontés en Navarra, y por sus ausiliares de Cataluña, traian asáz descontento y deshumorado al conde de Lerin. Quejábase, con razon, de la simplicidad de Pallars en deponer las armas, mientras aparentaba el rey Luis de Francia hacer

los oficios de medianero, árbitro y amigable componedor entre los rebeldes catalanes y sus amigos los castellanos, y el monarca de Navarra y Aragon.

El arbitraje salió, ni mas ni menos, cómo se habia imajinado el condestable; y la sentencia del astuto rey Luis el Onceno, era cosa arreglada ya muy de antemano con una de las partes, y que al de Lerin no cojió de sorpresa.

Sabía él que Luis trataba de emparentar con el rey don Juan, casando al nieto de este con su hermana Magdalena. Presuponia además el conde que Luis el Onceno no era parte á empeñarse en un negocio del que no sacase honra ó provecho; y como ninguna honra podia resultar al francés de enlazar á una hermana suya con el hijo de un conde feudatario, ni provecho alguno, teniendo, como tenian, los príncipes de Fox una hermana mayor delante de sí, heredera lejítima del trono de Navarra; de aquí vino á deducir el avisado condestable, que el rey de Francia contaba con cuantas seguridades son imajinables, para que la princesa de Viana no heredára la corona, y para que, removido tan principal estorbo, recayese esta en don Gaston de Fox, su futuro cuñado.

Sentados estos precedentes, la imparcialidad del árbitro componedor salta á los ojos: de un lado estaba el pueblo catalan, con el cual no le ligaban vínculos de ninguna especie; y de otro lado el rey don Juan, y un poco mas lejos su hermana Magdalena. Disculpable fué por cierto el monarca francés, si decidió que los castellanos, que habian venido en ausilio de los rebeldes de Cataluña, saliesen del Principado mas que de prisa: que los navarros entregasen á don Juan cierta cantidad de oro, la suficiente sin duda para ocurrir con desahogo á los gastos de la boda, y que los catalanes volviesen á la obediencia de su rey; en cambio de todo lo cual se les daba un ámplio y jeneroso perdon de lo pasado, que de ninguna manera podia recaer sobre las cabezas, que al rey se le pusiese en el majín entregar al hacha del verdugo. Los que no alcanzaban disculpa para el conde eran los pobres corderos que habian puesto su honra y sus haciendas en manos del leon.

Ni se detuvo aquí la severa justicia y la acrisolada imparcialidad de Luis el Onceno; sino que sacando á relucir ciertos viejos pergaminos, casi apolillados, probó con incontestables razones, que habiendo invertido Francia sumas considerables en ayudar á matar á uno de nuestros reyes, llamado por ella don Pedro el *Cruel*, y por el pueblo español, don Pedro el *Justiciero;* se debia agregar á la corona francesa, por via de indemnizacion, la provincia de Guipuzcua; con lo cual el rey Luis se daba por muy satisfecho, y nos hacia gracia de sus derechos como letrado, y no nos pedia ni un solo maravedí por las costas del proceso.

Los españoles, jente de suyo bizarra y orgullosa, rehusaron con buenas razones admitir tàn jenerosa oferta, y respondieron al francés: que para muestra de su absoluto desinterés é inaudito desprendimiento les bastaba la sentencia: y por lo tocante á los pergaminos podia tornar á enrollarlos buenamente, y á sahumarlos, si quería, para que la polilla no hiciese en ellos mas estragos, lo cual seria un dolor; porque tenia por averiguado, que el alma de Beltran Claquin, asesino del rey don Pedro, no podria gozar de eterno descanso, si se perdian tan inapreciables documentos.

Estas y otras suposiciones fueron convirtiéndose en evidencia para el conde de Lerin, al ver los preparativos de boda, que en aquella sazon se hacian en el castillo de Ortés; y tomando sus medidas para tener conocimiento de todo, averiguó tambien que la princesa de Viana debia ser trasladada al castillo de Ortés y á poder de su cruel hermana, como condicion precisa para el enlace del sobrino.

Paseábase el astuto conde en el ya conocido salon de su castillo de Mendavia, cavilando en los medios de favorecer á doña Blanca en la terrible cuita que debia sobrevenirla.

Era difícil entrar con jente armada en pais estranjero, y aunque pudiera estenderse á una correría; sobre insensata y arriesgada, era inutil empresa, por ignorarse el cuándo, el cómo, ni de donde debia ser trasladada la Reina; y locura aun mucho mayor el intentar un asalto, ó sorpresa en el castillo de Ortés, poblado entonces mas que nunca de valerosos y afamados caballeros.

No era hombre el conde de Lerin para andar cabizbajo y cabiloso mucho tiempo. A los pocos minutos de meditacion aparecia en sus lábios una sonrisa, nuncio de un pensamiento feliz, ó de una combinacion refinadamente diabólica.

En este momento no solo se sonrió, sino que enarcó las cejas, se dió una palmada en la frente, se restregó las manos, y dijo con cierta satisfaccion, que, por hallarse solo, no tenia que disimular, como de costumbre.

—Por cierto que anduve torpe en no haber topado antes con semejante idea.—¿Ferrando? esclamó en alta voz.

Al poco tiempo se presentó en la habitacion el pajecillo rubio.

—¿Que manda su señoría?

—Ven aquí, perillan. ¿Quién es, entre toda la canalla de pajes, que, cuando no me comeis un costado, me estais royendo los huesos; quién es el mas audaz, y sobre todo, el mas bellaco?

—Señor, contestó Ferrando con ciertas pretensiones mas que arrogantes: creo que nadie podrá disputarme la supremacia de tan bellas cualidades.

—¡Magnífico! y tu respuesta lo prueba. Vamos á ver: ¿te atreves á pasar al servicio de los señores príncipes de Fox, mis capitales enemigos?

—Señor, mándeme vuestra grandeza tirarme de cabeza abajo por esas rocas, que sirven de cimiento á vuestro castillo; pero no salir de vuestra casa.

—¿Y sino fuese mas que de industria?

—Entonces, y placiendo así á vuestra señoría...

—Pues bien, voy á mandar hacerte una librea blanca y roja.

—¿Los colores del conde de Fox?

—Justamente: te haré tambien una cota con sus escudos primorosamente bordados: en uno de ellos pondremos en campo de gules dos toros, siete roeles, y un castillo sobre puente de plata.

—¿Las armas del conde de Fox, del príncipe de Bearne y señor de Moncada?

—¡Victor, Ferrando! esclamó el de Lerin; ostentas una erudicion heráldica, que no esperaba de tus cortos años.—Al lado izquierdo pondremos otro escudo con las cadenas de Navarra, y las barras sangrientas de Aragon.

—Cierto, porque habiéndose enlazado la casa de Fox con príncipes de la sangre...

—Es claro, no hay inconveniente en que coloquemos sobre sus blasones una corona real. Muy bien: apenas el recamador dé fin á su obra, te echaremos á cuestas esas galas, escojerás dos escuderos mas, que se parezcan á tí en lo galopines; y caballeros, tú sobre mi bridon, y ellos en sendas mulas, vais á las Bárdenas...

—¡Señor!...

—¡Ola! ¿ya principias á ciar?

—¡Señor! ¿y los bandidos?

—Los bandidos te respetarán, porque vas como faraute de los condes de Fox, cerca del capitan de la gavilla.

—¿Y si me conocen, y me desuellan vivo?

—Es que, habiéndote iniciado en mis secretos hasta este punto, repuso el conde, clavando en el paje sus ojos de águila, no puedes escapar, ó de salir con lucimiento de la empresa, ó de ser desollado vivo; por mí, si rehusas llevarla á cabo; ó por el capitan, si andas torpe en su desempeño. Escoje.

—Señor, estoy por imitar á san Bartolomé, cuanto mas tarde me sea posible.

—Vas á las Bárdenas; prosiguió con inflecsible acento el de Lerin: te presentas al capitan de aventureros, y le dices: «Señor capitan, »los muy egrejios y muy esclarecidos príncipes de Fox y de Bearne,

»me encargan de manifestaros su voluntad de que pongais por obra »su deseo; que no es otro, sino el de rogaros ahincadamente les ha»gais la alta honra de asistir á las bodas de su muy amado hijo don »Gaston con madama Magdalena, hermana del rey de Francia; en lo »cual se considerarán muy honrados, y yo otro que tal, por haber »cumplido su mensaje, con harta gloria mia, y complacencia suya.»

—Señor, la leccion me parece un poco larga para que yo la decore.

—Sin embargo, recuerda como suele tratar el conde de Lerin á los indiscretos y á los tontos, y estoy seguro de no tener que repetírtela otra vez para que tú lo hagas al capitan, sin quitarle una tilde. Y por de pronto, para saber algo acerca de tu puntualidad, dilijencia y buena memoria, no será malo que yo escoja los escuderos que han de acompañarte.

Y con un jesto severo, despidió el condestable de Navarra al pajecillo rubio.

Salió este, como de costumbre, pálido y turbado, y decia en sus adentros:

—¡Es mucho hombre el conde de Lerin! Cuando mas chancero y familiar está con uno, asoma luego las uñas y..... só la piel de oveja, se muestra el leon.

—Pues, señor; decia el conde tornando á pasearse por el aposento: doña Blanca de Navarra debe hallarse en el castillo de Ortés el dia de la boda: el capitan de aventureros no es capaz de desairar el cumplido mensaje de los príncipes; el capitan está perdido de amores por la reina, sin conocerla; es muy fácil que allí se vean, y mucho mas, que en viéndose haga el bandido alguna de las suyas. ¡Magnífico! Por de pronto, les quito á los agramonteses su mejor lanza, con otras ciento mas; y sin costarme un cornado, en cuerpo y en alma se pasan todos á mi bando. ¿Y quién sabe, si las fechorías del capitan serán tan estremadas, que de una manera descomunal torne á nuestro poder la reina doña Blanca? Por sí, ó por nó, tendremos buen cuidado de acercarnos al castillo de Ortés algunos de sus buenos amigos y leales servidores. Vamos, que tener una buena ocurrencia, vale mas que ganar una batalla.

Y despues de semejantes razones, salió de la habitacion á disponer los medios de llevar á cabo su pensamiento.

Si anduvo el conde de Lerin avisado en sus planes, nuestros lectores han podido verlo en la esplanacion de nuestra historia; y en la prosecucion de ella, verán si fueron acertados sus cálculos de atraerse al capitan de aventureros, y de rescatar á la princesa.

CAPITULO XV.

De cómo doña Blanca de Navarra, y el capitan de aventureros intentaron escapar del castillo, y á donde fueron á dar.

UENTA la historia, que la princesa de Viana, apenas se vió sola con el capitan de aventureros, comenzó á temblar; pero la historia no cuenta si fué de amor, de frio, ó de miedo.

No era para menos el terrible apuro en que se hallaba. Tan cerca de sus cruéles enemigos, sin poder permanecer un instante siquiera en aquella estancia de donde habia salido el hijo de la condesa, con la furia de los zelos retratada en el semblante: sin poder huir, porque advertida ya Leonor de su llegada, habria redoblado las guardias y centinelas para impedirle la salida: sin poder echarse á la ventura por aquellos ánditos y galerías; porque siendo aquella la parte mas retirada del castillo, á donde quiera que fuese, tendria que tropezar con jentes que no tardarian en delatarla: sin poder ocultarse entre la multitud, y confundirse con los demás convidados por sus hábitos relijiosos...

¡Oh! ¡Cuánto sentia entonces no haber nacido bajo pajiza choza!

¡cuánto suspiraba por la libertad de una condicion humilde! ¡cuánto echaba de menos el emparrado de Mendavia, y sus cándidas tocas, y sus toscos sayales, y el moreno vellon de su labrada rueca!

—Salgamos de aquí, señora: no perdamos un solo instante; la dijo el capitan.

—Pero ¿á dónde, á dónde hemos de huir?

—Dios nos protejerá.

—¡Desventurada de mí! esclamó Blanca con turbado acento: si Gaston me descubre á la condesa, ¿quién podrá librarme de la muerte? ¿quién me arrancará del poder de mi implacable hermana?

—¡Señora, respondió Jimeno, acordaos de que yo estoy en el mundo!... perdonadme, princesa, si tengo aun la audacia de querer salvaros.

—¡Ah! ¡ya es imposible, Jimeno! ¡Es preciso resignarse á morir, y como no hay una mujer mas desgraciada que yo, dejar la vida debe serme menos costoso que á nadie!

—¡Imposible! ¿imposible para mí salvaros? esclamó Jimeno con ternura y resolucion.

—Y sin embargo, repuso doña Blanca, anudando con las palabras sus anteriores razones, y con el pensamiento respondiendo á las dulces baladronadas de Jimeno: y sin embargo, nunca, nunca la vida ha sido mas alhagüeña para mí, que cuando con mas rigor ha pesado sobre mi frente la mano de la desventura.

—¡Señora! dadme permiso para salvaros.

—¡Oh! sí: tu eres mi único amigo, y debo arrojarme en tus brazos.

—Pero advertid que son mis brazos los del hijo de un judio.

—Son los brazos de Jimeno.

—¡Gracias, señora! venid conmigo: me siento con ánimo y valor para salvaros contra el universo mundo. Venid; aquí hay una capa y un sombrero, que deben ser del hijo de la condesa; disfrazaos con ellos.—Bien: apoyáos en mi brazo. No tembleis, señora; no hayais pavor; que Dios no ha hecho que os conozca de un modo tan desusado, para que yo mismo sea quien os lleve al punto de morir.

Y diciendo estas razones, y callando otras mas tiernas, y practicando cuanto habia indicado; salió Jimeno, llevando del brazo izquierdo á la princesa mal encubierta, y la derecha mano sobre el gavilan de su espada, dispuesto á sacarla al menor asomo de peligro.

Detuviéronse los perseguidos amantes en el umbral de la puerta, tanto para ver si alguien les observaba, como para reflecsionar acerca del camino que convenia seguir; que no debia ser otro, sino el que trajeron.

Por fortuna suya, reinaba el mas profundo silencio, y algunas lámparas de trecho en trecho colocadas, daban escasa luz á los desiertos corredores.

Sentíase tan solo á lo lejos el sordo rumor del festin, y el mujido del viento que ondeaba en las almenas y agujas del alcázar.

—Por aquí; decia Jimeno.

—No, por este lado, replicaba la princesa.

—A la derecha.

—Creo que debe ser á la izquierda.

—Yo no sé... ¡Vine aquí tan distraido!

—Lo mismo yo; el gozo de verme en salvo... ¡y salvada por tí!

—Señora, por Dios os ruego, que no aumenteis mi confusion con semejantes recuerdos. ¡Haberos traido yo mismo aqui! ¡aquí, donde se os preparaba la muerte!

—¿Y qué me importa ya, si te creo inocente? Amargo fuera en verdad morir diciendo: «¡En el mundo que abandono, no dejo una sola persona que no me haya engañado!»

—¡Venid! ¡venid! ¡En el nombre de Dios, emprendamos un camino cualquiera! Tal confianza tengo en este instante en la divina Providencia, que todos ellos me parecen iguales, todos nos han de conducir á nuestra salvacion.

—Sin embargo, Jimeno, dices eso como si lo creyeras, lo dices como si Dios te inspirase, y te siento temblar!

—¡Oh! ¿quién no tiembla junto á tí, Jimena?

—Sigamos, ¡ay! sigamos: yo quiero vivir.

Y con paso corto y detenido fué avanzando la casi entonces feliz pareja, unas veces por entre la oscuridad apetecida, y otras delante de la luz para ellos tan enojosa.

De repente sintió el capitan una presion y fuerte sacudida en su brazo.

—¿Sientes pasos? le preguntó la princesa?

—¡Nada!

—Yo sí: no hay duda.

—¡Esta maldita celada, que me tapa los oidos!... ¿Y hácia donde?

—¡Silencio!

—Cobijémonos aquí, en la sombra

—El reflejo de la armadura te hará traicion.

—No importa; aquí veré venir de lejos á quien sea; y si necesario fuese, podré embestirle de improviso, y con ventaja.

Los pasos que resonaban eran de dos criados que venian platicando, y entendian sin duda de hacer alguna dilijencia de su señora.

Contuvieron un tanto su apresuramiento, y el uno dijo á otro, tirándole de la manga:

—Oye, Fermin: ¿no divisas allá, en el fondo del tránsito, cabe el pasadizo de la torre, así, como dos especies de bultos, uno de los cuales despide á modo de chispas?

—Paréceme, Juan, que las chispas las tienes tú en la cabeza, con el vinillo de Peralta, que anda por los suelos en estos dias de jolgorio.

—No, pues, por mas que digas, los bultos allí están, y allí se mueven por mas señas.

—Y aunque así sea, respondió Fermin al medroso, ¿qué tiene de estraño que veamos bultos por estos parajes, cuando está la casa enchida de jente?

—Cierto, que nada tiene de particular.

—Mira, los bultos han desaparecido.

—Así me lo creo.

—Y sin embargo te paras.

—Confieso que tengo los pies como de plomo.

—¿Pero en qué consiste?

—¡Hum!

—¡Diantres! no me vengas con espavientos, porque...

—¿Por qué?

—Porque me irás metiendo tanto miedo como el que tienes sobre tu alma; y ya ves, si hemos de cumplir la comision de la condesa...

—¡Cáspita con la comision! ¡bajar ahora á los sótanos, echar un candado mas á la puerta falsa, y estarse allí de planton para impedir el paso al mismo novio, al mismo príncipe en persona!

—¡Manías de mujer antojadiza! ¿A quien diablos se le ha de poner en mientes salir ahora por esa puerta falsa, almacen de telarañas, y guarida de murciélagos?

—¡De murciélagos!

—Si, hombre, sí; ¿parece que tu tambien te paras?

—Animaluchos son estos, ¡vive Cristo! que no me hacen maldita la gracia. Desde que supe, que esa bruja judia, que Dios maldiga, se convierte todas las noches en una de esas inmundas bestias...

—¡Tate, tate! ¿con qué tu tambien te acuerdas de la bruja Raquél?

—Pues qué, ¿tú..?

—Mira, apenas he visto aquellos bultos y aquellos relumbrones, se me ha puesto en el majín que no debe andar lejos esa mujer endemoniada...

—¡Silencio, Juan, silencio! por aquí se han escurrido esos fantasmas, y es preciso hablar con mas comedimiento.

—¿Por dónde?

—Por aquí; pero ¡cáspita! no vuelvas la cabeza: pasemos de largo.

—¿Por qué toses?

—¡Qué se yo! viene un airecillo colado...

—Caprichos son estos de la condesa asaz estravagantes: lo mismo que el tener tanta amistad, y tanto trato, y tanto aquél con una judia, con mas años que Matusalen, y con mas ribetes de bruja que de santa.

—Bien hace.

—¡Cómo! ¿tú tambien, mal cristiano?...

—A Dios una vela y al diablo dos.

Los fujitivos amantes habian escuchado el murmullo de estas pláticas con sobresalto, y de algunos trozos de la conversacion vinieron á deducir, que infundian por lo menos otro tanto miedo como el que esperimentaban.

El corazon de Jimeno latia con violencia al oir nombrar á Raquel, como el de Blanca al nombre de la condesa.

Animáronse uno y otro al ver la felicidad con que escaparon del primer tropiezo; y afirmándose cada vez mas en seguir la direccion que habian tomado, se encaminaron resueltamente á lo largo del corredor, y sin saber cómo, se hallaron en un cláustro colgado de tapices.

Esta circunstancia, y la de sentir mas prócsimo el bullicio, les hizo conocer que ya se hallaban en la parte habitada del alcázar, y de consiguiente cerca de la puerta principal, por donde Jimeno, dueño del anillo de la condesa, pensaba salir sin tropiezo, ni dificultad alguna.

Era llegado el momento crítico de saber si la armadura del capitan y los hábitos de la relijiosa, mal encubiertos con la capa de Gaston, darian que hacer á los transeuntes. Afortunadamente los monjiles eran negros, del mismo color de la capa; y fuese por esta circunstancia, ó porque las jentes, con quienes comenzaban á tropezar, iban de prisa, ocupadas de sus negocios, y absortas sus imajinaciones; ello es que nadie les dijo una palabra, ni les dirijió tampoco una sola mirada.

Alentado con su primera fortuna, casi queria tentar el capitan de hacer alguna pregunta para averiguar hácia donde caia la puerta del alcázar; pero no se atrevió por no infundir sospechas, y determinó de seguir á la primera pareja, embozada en sus abrigos, que se retirase del saráo para su posada, seguro de que tomaria el camino mas recto hácia la puerta, el menos sospechoso para los amantes.

Cuando en voz baja se estaban comunicando semejantes pensamientos, sintió la princesa una sacudida algo mas brusca de la que ella habia dado al capitan pocos minutos antes

—¿Qué es eso?

Nada contestó Jimeno.

—¿Qué pasa? repitió Blanca.

Jimeno tampoco la respondió; pero empujándola, menos que suavemente, la hizo ocultarse detrás de las colgaduras, y en el hueco de una ventana, en medio de la cual se reunian por fortuna suya dos tapices.

—¿Pero qué sucede? ¡Dios mio! tornó á preguntar aturdida doña Blanca.

—¡Silencio! dijo el capitan apoyando la rejilla de la visera en el oido de la princesa.—¿Oís esa voz?

—Sí; una voz de mujer.

—Es la condesa.

—¡Mi hermana!

—¡Silencio, por Dios, y serenidad!

—¡Oh! somos perdidos.

—¡No! no, confianza en Dios decia el capitan, apretando con su crispada mano la empuñadura de la espada.—¿Veis ese pedazo de brocado azul, que asoma un poco debajo del tapiz?

—Sí, sí.

—Es la punta de su manto.

La princesa quedó petrificada.

Sin embargo, un momento despues, fuese curiosidad femenil, ó fuerza de la sangre, doña Blanca quiso apartar un poco las colgaduras, y aplicar la vista por el imperceptible hueco.

—¿Qué haceis? preguntó Jimeno con terror, asiéndola del brazo.

—¡Ah! dejadme... voy á conocer á mi hermana.

—Pero una imprudencia tal os puede costar la vida.

—Dejadme, no la he visto jamás, y es mi hermana.

—¡No! ¡no es vuestra hermana! ¡es vuestro verdugo! ¡es un tigre sediento de vuestra sangre!

—¡Ay! nos han mecido en una misma cuna! repuso Blanca con tierno acento, pegando su frente contra el tapiz.

Aunque por el intersticio de una y otra pieza, podian pasar libremente los rayos visuales, la princesa apenas logró satisfacer su tierno afan, porque las lágrimas, cuajándose en los ojos, enturbiaron su vista.

—¡Oh! ¡qué hermosa es! ¡y qué impulsos tengo de salir y de arrojarme á sus brazos! decia la princesa, enjugando el raudal de su llanto, sin poder contenerlo.

—Guardaos bien de hacerlo: ¡os ahogaría entre ellos!

—Teneis razon: esos mismos brazos han sofocado antes á mi pobre hermano; pero... no quisiera oir en este momento semejantes razones!

Mientras esto pasaba en el hueco de la ventana, la condesa depar-

tia en el claustro en bien diferente estilo con mosen Pierres de Peralta.

—Condestable, decia, no puedo creer lo que me contais; pero, por si, ó por no, vamos á recorrer toda la casa, á no dejar piedra por mover. ¡Oh! ¡seria mi ruina, seria mi perdicion tamaña desventura, y no puedo, no quiero consentir en ella!

—Haceis bien, y obrariais mejor en prohibir desde ahora, que ni una mosca saliese del castillo.

—¡Oh! eso ya está mandado.

—Pues bien, emprendamos ahora una ronda escrupulosa por todo el alcázar, principiando desde aquí.

—¿Solos?

—Solos, ¡voto á Barrabás! Para una monja y para un diablo yo me basto, y aun me sobro

—Sin embargo, ese diablo ha tenido que habérselas con toda una lejion, y ya sabeis la cuenta que ha dado de ella. Mas avisado me parece buscar á los caballeros de nuestra confianza que han vuelto de vuestra inútil espedicion, y puesto que son en bastante número, dividirnos en dos pelotones, para dar antes con antes con mi hermana.

—¿No la habeis conocido?

—¡Jamás!

—Mucho me temo, que si llegais á verla, la conozcais por breve tiempo.

—¡Pchs!

Doña Leonor al pronunciar esta interjeccion, se encojió de hombros, y frunció las cejas, sonriéndose de una manera tan espantosa, que hizo enmudecer á mosen Pierres de Peralta; y adivinando su jesto por el acento, sintió el capitan correr fuego por sus venas, y la princesa quedó yerta de terror.

Partiéronse los primeros, y queriendo tomar Jimeno opuesto rumbo, asió á la reina de la mano, y en el hierro ardiente de la suya sintió el mismo frio, que si hubiese abarcado una pella de nieve

—¡Señora!..

La princesa guardaba silencio.

—¡Jimena! ¡Jimena mia! ¡vuelve en tí! ¡Dios mio! ¡Dios mio, en qué sazon!

—¡Abre, abre, por Dios, esa ventana, que me siento morir! esclamó con débil voz la princesa.

Jimeno abrió las hojas, haciendo el menos ruido posible.

La noche estaba lóbrega, el cielo encapuzado de negros nubarrones, la atmósfera mucho mas templada de lo que podia esperarse en estacion tan rigurosa, y ululaba el viento en las empinadas crestas del alcázar.

Lám. 7

Al abrir la ventana el capitan, tendió los ojos por el pavimento, y vió que á la luz de unos hachones, los criados de la condesa estaban ecsaminando la litera.

No habia duda: aquel era el patio principal: la salida del alcázar estaba en una de sus frentes; en el claustro debia desembocar la escalera, y si la suerte seguia favoreciéndoles dos minutos mas, como hasta entonces, gracias al talisman, de que se habia desprendido la condesa, quedaban libres los amantes.

—¡Alienta, alienta Jimena! Ya sé dónde estamos... nos faltan pocos pasos que dar... esclamó el capitan, volviéndose á la princesa.

El aire puro reanimó su faz; y las palabras consoladoras de Jimeno, habian refrescado su corazon con el aura de la esperanza.

Blanca se sintió con fuerzas para moverse; sacó discretamente la cabeza; la galería estaba desierta. Echan á andar, encuentran la escalera, descienden al patio, y dejan á la espalda muy entretenidos á los pajes y escuderos con la litera y el caballo de Sancho de Erviti.. Despues del patio, tienen que atravesar un inmenso zaguan abovedado; á la derecha habia una puerta, que daba entrada á las habitaciones del alcaide, otra á la izquierda con el cuerpo de guardia; delante de esta, y en torno de una hoguera, calentábase un grupo de soldados, cerca de los cuales, dos enormes mastines roian huesos y tragaban piltrafas de carne.

—¿Quién va? gritó el centinela, con voz aguardentosa.

—Amigos.

—¡Atrás!

—Os digo, hermano, que somos amigos... que somos de la casa: que traemos pase de la condesa, decia Jimeno avanzando poco á poco.

—¡Atrás, atrás!

Los mastines comenzaron á gruñir á los gritos del centinela.

—¡Oh! esclamó Jimeno para sí, lo que es con este bribon ya me entenderia yo; pero ¡esos perros malditos, que pueden saltar al cuello de la princesa!--Hermano centinela, añadió en alta voz, no sé por qué os resistís á dejarme libre el paso, cuando traigo el propio sello de la condesa.

—Por aquí no pasa nadie, que no sepa la contraseña.

—Pero advertid, que el sello de la condesa dá mas autoridad.

—Atrás, ¡cuerpo de Cristo, sino quereis que os eche los perros encima, y os tire un ballestazo!

—No me opongo: veo que sois buen soldado y fiel servidor de la condesa; pero tened la caridad de llamar al alcaide, y vereis como al punto da órden para que salgamos.

—¡Eh! maniroto, gritó el desapiadado centinela sin moverse, vé á llamar al alcaide, que aquí le buscan.

Un soldado se apartó de la hoguera y desapareció por la puerta de la derecha.

—¡Oh! ¡no hay remedio! esclamó Jimeno, si viene el alcaide y os vé con esos monjiles, nos conoce, y todo se ha perdido: es preciso que yo le hable á solas, que no os vea, y tal vez así pueda arrancarle la órden para entrambos. Permaneced un poco aquí, en esta sombra, detrás de esa pilastra, dijo el capitan, que habia retrocedido hasta el patio.

—¿Me vas á dejar sola?

—Por breves instantes.

—¿Voy á separarme de ti?

—No hay remedio.

—¡Oh!

—¿Qué teneis?

—Crueles presentimientos.

—¡Esperanza en Dios, señora!

—¡Hace tanto tiempo que estoy esperando en vano.--¡Oh! ¡no nos separemos! ¡muramos juntos!

—¡Morir!

—¡Morir! ¡ah! tienes razon. ¡Tú no debes morir! Soy una insensata, que no he titubeado en contajiarte con mi desventura.

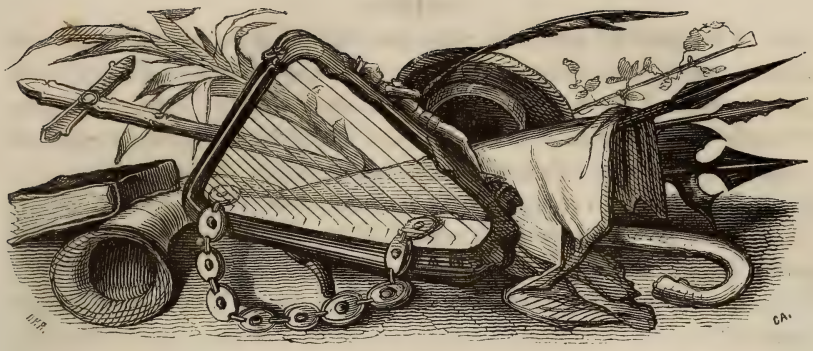
—¡Oh! no me digais eso, cuando es forzoso que nos separemos, aun que por un instante.

—Pues bien, si es forzoso separarnos, por si nos vemos la postrera vez, te diré que te amo.

—¡Oh! ¡doña Blanca!

—Doña Blanca, sí, lo mismo que Jimena.

—Ola, caballero; gritó un soldado, aquí teneis al alcaide.



CAPITULO XVI.

Donde se prosigue la materia del capítulo anterior: con otros raros sucesos.

olvió Jimeno el rostro, haciendo un esfuerzo de valor, y vió no lejos un hombrecillo rechoncho, carrilludo, colorado y fresco, que vestia prolijas galas y bizarrias, con una servilleta al hombro, y mascando á dos carrillos. Su vientre abultado y sus ojillos encendidos podian servir de termómetro, para indicar la altura de la cena interrumpida.

Indole tan mansa, y disposiciones tan pacíficas, desde luego sosegaron al capitan, y le infundieron aliento.

—¿Qué quiere su merced? le preguntó el alcaide, limpiándose los relucientes labios con la servilleta.

—Salir de aquí.

—¿Y vuesa merced tiene el santo?

—No.

—Pues entonces yo puedo tornar á la mesa, y su merced al sa-

ráo; y su merced perdone, pues por aquí no pasa su merced: yo lo siento, pero ¡hay órdenes tan severas! ¡no sé quién diablos anda por el castillo! Hace tres horas que estoy cenando, y me habré levantado mas de veinte veces. Son tan malas estas interrupciones en semejantes casos!... Esta noche de seguro tengo una indijestion.

—¿Con qué solo el que traiga la contraseña...?

—Solo. Si vuesa merced quiere honrar mi pobre mesa, todavía no he llegado á los postres, y...

—Pero, decidme, hermano, ¿y si os presentase mas que contraseña?

—¿Mas?

—Sí.

—Difícilmente puede ofrecerme su merced cosa que inspire mas confianza, como no sea alguna estampa del sello de mi señor.

—¡Mas todavía! esclamó Jimeno trémulo de gozo y de esperanza.

—¡Mas! No puede ser.

—El propio anillo con que se estampan los sellos.

—¿Y ese lo tiene vuestra señoría?

—Miradlo.

El alcaide le tomó en las manos, y despues de haberlo observado atentamente por espacio de algunos segundos, arrojó la servilleta, se quitó la gorra, y dijo, con profundo respeto y admiracion:

—Pero entonces, ¿quién es vuestra grandeza? ¿Por qué se detiene aquí vuestra esceltitud?

—¿Con que puedo pasar libremente?

—¿Quien lo duda, señor, quién lo duda? Verdad es que mi señora la condesa me ha dicho, que no deje salir un alma, sino repite ciertas palabras de contraseña: pero seria un desacato, un sacrilejio no hacer honor y mesura á sus propias armas.

—Bien, hermano, bien; esclamó Jimeno con visible conmocion: yo contaba con esta seguridad, y por eso he tenido paciencia para aguardar. Y luego prosiguió con aire de proteccion: pláceme ver, hermano alcaide, como sabeis cumplir con vuestra obligacion. Por supuesto, que como yo, podrá pasar libremente mi escudero.

—¿Quién lo duda, señor? viniendo acompañado de vuestra bizarría...

—Es claro, no debe haber dificultad alguna.

—Niuguna absolutamente.

—Pues bien, dad órden al centinela, que al punto vuelvo.

Alborozado el capitan tornó al patio apresuradamente, se acercó á la pilastra, y en voz baja, llamaba conmovido:

—¡Jimena! ¡Jimena!

Doña Blanca no estaba allí.

Dió vueltas en torno de la columna: hizo otro tanto alrededor de otras, temiendo haberse equivocado.

La princesa habia desaparecido.

Agolpósele toda la sangre á la cabeza: sentia en sus oidos un estraño zumbido, como si se estuviese ahogando; agudas punzadas en el corazon; se le puso turbia la vista y la respiracion entrecortada.

Uno de los escuderos de Sancho de Erviti, que habia sobrevivido á la catástrofe, el que trajo al castillo las tristes nuevas de la muerte de su señor, anduvo observando á los fujitivos en el claustro de los tapices: siguióles de cerca, dispuesto á denunciarlos en alta voz si el centinela no ponia obstáculos á su tránsito; pero al ver sola á la princesa, juzgó que no podia presentársele mas propicia ocasion para apoderarse de ella.

Esta, ó semejante desgracia presumió el capitan que debia haber acontecido. ¿Pero en donde estaba doña Blanca? ¿Qué rumbo habia seguido?

Jimeno necesitaba saberlo; y poco le importaba ya que le costase la vida una pregunta tan imprudente.

Iba á dirijirla con imperio á los pajes y escuderos de la litera, á llamar á voz en grito á su Jimena, cuando sintió jemidos lastimeros, que salian del fondo de una galería. El reclamo de la desgracia fué para él anuncio de ventura.

Lanzóse en pos de aquellos ayes, que cada vez le parecian ser mas conocidos. Tras de los ayes iba sintiendo confusos rumores de acentos varoniles, y luego estrépito de pasos cortos y atropellados, y luego... ¡Oh! luego pudo ver á la princesa en medio de un peloton de jente armada, que la llevaba casi arrastrando, y pugnaba por ensordecer sus lamentos con el estruendo de sus voces.

El capitan no contó sus enemigos para caer sobre ellos espada en mano, y con tremenda furia, importándole poco tener un ejército delante de sí.

—¡Paso, miserables! les decia, ¡paso, cobardes, que os valeis de vil industria para apoderaros de una pobre mujer! ¡paso, traidores, que os las habeis con quien tiene costumbre de salvarla!

La cólera daba á su brazo un vigor descomunal; sus golpes eran tan menudos como contundentes, y ni uno solo perdido.

Volvieron cara sus contrarios, y eran tantos en número, que fueron arrinconando poco á poco al capitan. En el ángulo de la galería tuvo que reducirse á la defensa, que tampoco podia durar mucho tiempo, si, como parecia natural, la falanje se iba acrecentando con-

forme el estruendo de la pelea fuese llegando á oidos de los moradores del alcázar.

El círculo que con su acero trazaba Jimeno se iba estrechando mas y mas, mientras se robustecia la muralla enemiga que le separaba de la princesa; y á pesar de las ventajas que le daban su armadura y su valor, no habia remedio, tenia que sucumbir en la lucha.

Sin embargo, no sucumbió.

A la espalda de los raptores vióse brillar una espada blandida por un brazo de hierro, que martillaba en ellos sin piedad.

—¡Cobardes! ¡tantos á uno! esclamó el recien venido, jadeando de cansancio, sin duda porque acababa de llegar corriendo con toda su fuerza.

Los de la condesa volvieron el rostro á tan inesperado como milagroso refuerzo, y ¡estraño caso! ninguno contestó á sus golpes: todos clavaron en el suelo la punta de su espada, y le abrieron paso respetuosamente.

Era Gaston, á quien Dios le deparaba la fortuna de poder mostrarse con Jimeno tan valiente y jeneroso, como en las Bárdenas lo fué su amigo con él en ocasion semejante.

Abrazáronse los dos, y juntos, y sin perder un instante, acudieron á doña Blanca, haciéndola salir de entre aquellos malandrines.

Guiados por el de Fox los dos amantes, subieron y bajaron escaleras, pasaron y repasaron corredores, para hacer perder la pista á sus contrarios; y por último, con harto asombro se hallaron dentro de la misma habitacion de donde habia salido.

El hijo de la condesa echó llaves y cerrojos: sentóse doña Blanca en un sitial respirando con dificultad, postrada de fatiga; pero ni aun este descanso le fué permitido, porque al poco tiempo, se sintieron terribles golpes á la puerta, y la voz de la condesa, que llamaba á su hijo.

—¡Está visto! esclamó Jimena: ¡Dios no quiere que viva! no os canseis; ¡abrid! es preciso resignarse á morir!

—¡Todavía no! dijo don Gaston: ¡para vos aun hay consuelos allí arriba, y esperanzas en la tierra!.. Y abriendo una puertecilla secreta, que comunicaba por una escalera con la muralla del castillo, le dió una llave, diciendo con ternura:

—¡Adios, princesa! podeis salir con vuestro libertador: acordaos de que no todos los que quedan en el castillo de Ortés son enemigos vuestros.

—¡Gaston! ¡hoy es la primera y última vez que nos vemos! ¿no tienes un abrazo para mi?

—¡Ah! esclamó don Gaston, precipitándose en su seno, y estre-

chándola contra su pecho.

Asi permanecieron algunos instantes.

Los golpes se redoblaron en la puerta. Los gritos de la condesa eran cada vez mas fuertes.

El capitan sufria mil tormentos.

Pero don Gaston, que habia gozado un momento de ventura, creyó que el alma se le arrancaba del cuerpo, al desprenderse de los brazos de doña Blanca.

Por un solo instante vaciló en su resolucion: por un solo instante cruzó por su fantasía la idea de la felicidad que podia disfrutar al lado de la princesa: pero haciendose superior á sí mismo, repitió con acento dolorido:

—¡Adios! ¡adios, para siempre!

Doña Blanca salió del aposento.

—Jimeno iba en pos de su amada; pero le detuvo de repente don Gaston, diciéndole con voz sorda y profundamente conmovida:

¡Jimeno! ¡amigo Jimeno! ¡Perdóname por el dolor que sufro al apartarme de sus brazos, para entregarla á los tuyos!

—El capitan de aventureros le apreto la mano, y se dirijió tras la princesa.

Cerróse la puerta secreta, al mismo tiempo que la principal caia desquiciada en el pavimento, empujada por los robustos hombros de Mosen Pierres de Peralta.

—Profundamente dormido estabais, don Gaston; dijo la condesa de Fox al entrar en el aposento, y dirijiendo en torno las penetrantes miradas del tigre en acecho; y á la verdad, que tan profundo letargo puso en alarma mi corazon de madre.

—Y ha sido efecto de vuestra impaciencia, contestó don Gaston vuelto de espaldas á la puerta, y no atreviéndose á dar un solo paso: ha sido efecto de vuestra inquietud el tomar por asalto mi morada?

—A qué otra cosa puede atribuirse? Estos caballeros son testigos del sobresalto con que he sabido permaneciais... *solo*... enteramente *solo*, despues de no sé que combate de que me han hablado.

—¿Teníais miedo de que me sucediese alguna desgracia, que habeis venido acompañada de tantos caballeros, y de caballeros armados? añadió don Gaston señalando al escudero de Sancho de Erviti, cubierto con el arnés salpicado de su propia sangre.

—Os habeis separado de nosotros con tal apresuramiento, que antes que pudiésemos alcanzaros, ya habíais dado la batalla. Y luego tras de la victoria, venir á sepultaros en estas *soledades*, me parece sobradamente modesto. Pero las modestias de un hijo no satisfacen el orgullo de una madre. Esta habitacion además es muy sombría y desampara-

da; tiene, no debes dudarlo, comunicaciones peligrosas con la parte esterior del alcázar; y por eso, añadió la condesa con una sonrisa altanera, que contrastaba con la dulzura de su acento; para que no pudiéseis vos temer nada de los muchos malhechores que vagan por estas comarcas, he mandado echar un candado mas á la puerta que está al fondo de la escalera.

—¡Cielos!

—¡De qué te asustas?

—¿Quién tiene esa llave?

—Yo.

—¡Vos!

—¿En qué manos ha de estar mas segura que en las de una madre?

—¡Ah! lo conozco: lo sabeis todo, lo habeis escuchado todo.

—Me asombran vuestras razones, y me haceis sospechar, hijo mio, que os habeis visto amenazado en esos ánditos secretos.

—No, por mas que disimuleis lo sabeis todo, madre mia; pero tambien debeis saber los deberes de la hospitalidad.

Al decir estas palabras don Gaston se aprocsimaba cada vez mas á la puertecilla, queriendo poner un muro entre los fujitivos y sus perseguidores.

—Confieso que son un enigma tus palabras, hijo mio; pero el corazon de una madre, el instinto de su amor le anuncia alguna desventura. Apártate, quiero enterarme por mis propios ojos...

Doña Leonor dió algunos pasos hácia la puerta.

Gaston permaneció inmóvil.

—Abre paso: yo te lo mando.

—No, no os puedo obedecer.

—Abre inmediatamente, repuso la condesa con imperio.

—¡Jamás! volvió á repetir don Gaston.

—¡Hola! ¡caballeros, servidores mios! apartad de ahí á un hijo desobediente...

Don Gaston entonces desnudó la espada, y repuso con entereza:

—Quien quiera que se atreva á dar un solo paso, habrá de medir su acero con el mio.

Todos los caballeros desnudaron sus espadas.

Doña Leonor se acordó entonces de que era madre, y viendo amenazado á su hijo por tantos enemigos, esclamó, poniéndose delante del jeneroso mancebo:

—No hay necesidad de derramar una gota de sangre. Los candados nó se rompen fácilmente... hay además dos centinelas por la parte de afuera... es imposible que los fujitivos escapen por la puerta falsa.

—¡Saldrán por la principal! esclamó Jimeno, abriendo con estré-

pito y de par en par la puertecilla secreta. ¡Atrás! ¡atrás, miserables! volvió á clamar con voz rencorosa, blandiendo en alto su tremenda y reluciente espada.

Apenas el capitan intrépido y valiente apareció en el umbral de la puerta, todos los caballeros dieron un paso atrás, sin ser dueños de reprimir aquel involuntario movimiento de sorpresa.

Su talla jigantesca; el temple de su armadura; el eco imponente de su voz, profundamente irritada; su arrojo; su decision, y sobre todo, el alta fama de sus formidables tajos y descomunales proezas, que resonaba muy mas allá de los estrechos límites del menguado reino de Navarra, justificaban aquel afecto súbito de su presencia.

Repuestos los caballeros de la primera turbacion, hubieran arremetido todos juntos, ó uno á uno, contra el audáz aventurero, impulsados por la voz de su honra mancillada en un solo instante de vacilacion, si no viesen al hijo de la condesa de Fox colocarse al lado del animoso paladin, el cual apretándole fuertemente la mano con la suya, revestida de hierro, le decia:

—¡Don Gaston! dejadme solo: con la punta de mi espada he de abrirme paso por medio de esa turba de caballeros descomedidos, que se atreven á desnudar su acero contra el defensor de una dama.

—No, le respondió don Gaston con el rostro inflamado aun por el amor y por la cólera: aunque sea vuestra toda la préz del combate, conmigo debeis partir los peligros.

—¿Los veis, que no se atreven á levantar su espada, porque estais delante de mí? ¡Ea! ¡alejaos de aquí, don Gaston! dejadme solo, y vereis cómo se precipitan sobre mí, como lebreles sobre el jabalí de las montañas.

—Jamás abandonaré la defensa de mi huésped.

—Lo que haceis con eso, don Gaston, es cerrarme la salida. Hélos ahí inmóviles, con los brazos estendidos, como el roble de los Pirineos: ¡Ea pues! ó me dejais, ó les obligo á defenderse á cuchilladas.

—Mas prudente me parece aprovecharnos del respeto y consideracion que me tienen, y que escudados por mí, salgais vos y doña Blanca de este alcázar inhospitalario.

Esta propuesta no la hizo don Gaston en voz tan baja, que dejase de llegar á oidos de la condesa de Fox, la cual se alarmó vivamente por el aspecto que iba tomando aquella aventura.

Hallábase en un momento crítico de duda y de ansiedad.

Si permitia que los caballeros acometiesen al arrogante capitan, no podian hacerlo impunemente, tanto por la pujanza y valor desesperado del paladin, como por hallarse armado con todas las piezas de arnés; mientras que los demás, que no para combates, sino para fiestas y bo-

das estaban aderezados, vestian finas telas de lana y de brocado. El enemigo contaba tambien con la defensa de Gaston; y una madre no podia dar la señal de arremetida para una lucha, en que podia perecer su propio hijo.

Por otra parte, si Jimeno se determinaba á seguir los consejos de su amigo, era indudable que á la sombra y proteccion de este, la princesa y él saldrian sin resistencia del alcázar.

¿Qué habia de hacer la condesa en este caso? Adoptando el primer estremo, esponia á un inminente riesgo la vida de don Gaston, siendo fácil que los esfuerzos de los jóvenes amigos alcanzasen completo triunfo; resignándose á tomar el otro rumbo, se malograban en un instante tantos años de esperanzas ambiciosas.

Era en vano apelar á la ternura, ó interponer su autoridad para con el hijo, que en pocas horas habia descubierto un abismo de maldad y de crímenes, bajo las floridas alfombras que hollaba: era necesario poner en juego otros recursos; y sea dicho en honor del peligroso talento de la condesa, esta no tardó mucho tiempo en inventarlos.

—Haceis muy bien, caballero, esclamó doña Leonor con un jesto de orgullo, y dirijiendo al soslayo una mirada de desprecio al valiente capitan de aventureros; haceis muy bien en no querer medir vuestra noble espada con la de un villano mal nacido, de cuya ridícula arrogancia tenemos nosotros la culpa, por haberle consentido á vuestro lado.

—Señora, contestó tranquilamente Jimeno á los calculados insultos de la condesa, sois mujer y vuestras palabras no me ofenden; pero si hay una lengua varonil que las repita, os juro que servirá de alimento á los perros de vuestra casa.

—Sin duda sabíais, continuó doña Leonor, sin contestarle, sin dirijirle siquiera una mirada: sin duda habeis llegado á saber, caballeros, que el famoso don Jimeno es hijo de un miserable judío.

—¡De un judío! esclamaron todos con horror.

—¡Hijo de un judío! repitió Gaston, mirando á su madre con mas ira que respeto, luego añadió: ¡desmentid Jimeno, desmentid esa calumnia, y reveladle vuestro apellido!

—Sí! ¡que la desmienta, que lo diga, que revele quien es! repitió la mujer implacable, cuyo semblante rebosaba la satisfaccion del ya previsto efecto de sus razones.

—¡Hablad, don Jimeno de Acuña! ¡confundidlos con una palabra!

—No le llames Acuña, que como no es su apellido, tal vez no quiera responderte; llámale Simon Leví, hijo de Samuel, judio de Mendavia: llámale Jimeno, con cuyo nombre se bautizó despues.

—¡Cristiano nuevo! repitieron á una voz los caballeros.

—¡Sí, cristiano nuevo; pero tan bueno y tan honrado como cada

uno de vosotros! esclamó por fin Jimeno ardiendo en ira; ¡y mas valiente que todos vosotros juntos!

—Sí, cristiano nuevo, repitió la condesa con desdeñosa sonrisa, cristiano nuevo que para hacer penitencia de toda una vida de pecado mortal, se retira á la selva de las Bárdenas reales de Tudela, y allí...

—¿Silencio! gritó el capitan vertiendo rabia por los ojos, que como brasas aparecian al través de los calados hierros de la visera.

La revelacion que iba á salir de los labios de la condesa, era para él muy mas tremenda que todas. No le importaba mucho verse despreciado por su cuna; Jimena la conocia ya: pero la princesa, que le veía armado de caballero, convidado á los réjios desposorios y tratado de amigo por un príncipe, la princesa ignoraba su historia de dos años, y en aquella laguna de su vida ¡ay! ¡cuántos sucesos habia que podian afrentarle! ¡cuántas circunstancias que referidas por otros labios, que no fuesen los de Jimeno, y vistos á la luz de otra antorcha que la del amor, pudieran ser padron de su ignominia!

Doña Leonor le habia hecho vituperio de sus amigos, ahora tenia que hacerle odioso y execrable á los ojos de la princesa; y el mismo terror de Jimeno, le marcaba con seguridad el camino del triunfo. Así, anudando sus anteriores razones, prosiguió con inflecsible acento:

—Sí, en la selva de las Bárdenas, en donde sustituyó...

—¡Silencio por Dios! tornó á gritar el capitan de aventureros, con voz menos arrogante.

—¡No, no me hareis callar, llegó la hora de revelarlo todo..!

—¡Oh! ¡perdon, perdon... señora! esclamó el aventurero, cayendo de rodillas delante de la condesa.

—¡Levántate miserable! no quiero que el bandido, el sucesor del famoso salteador Sancho de Rota, llegue á tocar las orlas de mi vestido.

—¡Salteador de caminos!

—¡Bandido!

Estas esclamaciones que salieron con espanto de los labios de algunos caballeros, y de su amigo... y hasta de la princesa de Viana, acabaron de aniquilarle.

Alzóse del suelo; envainó su espada, y cruzó los brazos con desesperacion.

No tenia ni fuerzas, ni resolucion, para marchar: no pensaba en nada; la afrenta habia llegado á su colmo, y estaba á punto de caer muerto de rabia y de vergüenza.

Doña Leonor veía á sus pies la espirante víctima; pero era una hiena que tenia la complacencia de cebarse en los cadáveres.

—¡Ahí le teneis!.. este, que se ha dado á conocer con el nombre de Jimeno de Acuña, el dia en que se vendió al servicio del rey de

de Navarra, vivió mucho tiempo capitaneando á los bandidos de las Bárdenas... Vos, mosen Pierres, ¿no lamentais todavía el saqueo de la villa de Milagro? ¿no escuchais el jemido de los sacerdotes del señor, asesinados al pie del altar, los gritos de las mujeres violadas, de los niños estrellados?

—¡Oh, no me recordeis sucesos tan espantosos!..

—Pues ahí teneis al capitan de aquella cuadrilla de asesinos.

—¡Señora! esclamó Jimeno, queriendo disculparse: mas el peso de la acusacion era tan enorme que le abrumaba, y no tuvo aliento para añadir una sola palabra.

—Vos, marqués, ¿habeis olvidado el incendio de los campos de Tafalla?..

—¡Oh, jamás!

—Pues ese que pretendia medir con vos su acero, iba al frente de la banda de salvajes que en aquella confusion saqueó las granjas de los labradores, sus ganados y sus rebaños.

—¡Don Gaston! ¡Don Gaston, defendedme! esclamó Jimeno con voz ronca y desmayada.

—¡Apártate, miserable! le dijo su amigo, volviéndole las espaldas.

—¡Doña Blanca!

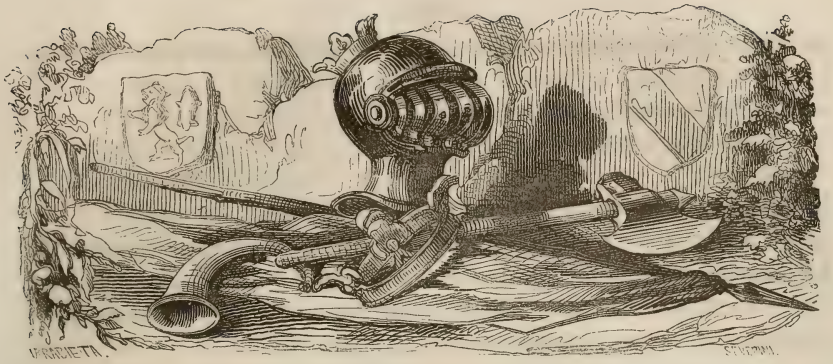
La princesa no levantó su frente al escuchar aquella voz.

Ya no tenia Jimeno á donde volver los ojos.

Dirijióse á la puerta de la habitacion con paso firme y arrogante: parecia su continente el de un hombre tranquilo y sereno; pero dentro de la celada se ocultaba un semblante pálido como la cera, y por el que resbalaban dos lágrimas de rabia y de vergüenza.

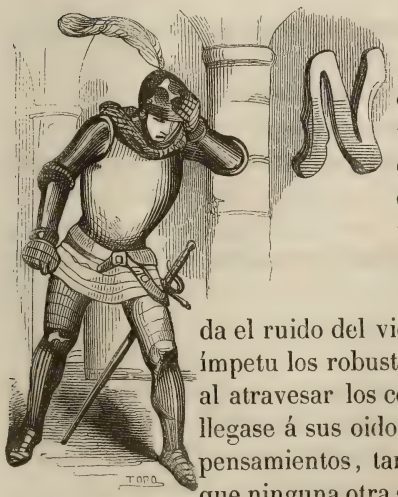
Abriéronle paso los caballeros, alejándose de él, á su tránsito, como de un apestado.

Doña Blanca de Navarra quedó en poder de sus enemigos.



CAPÍTULO XVII.

De cómo acaba de contar una judia la historia que dejó interrumpida cierto cristiano.



No se habia separado el capitan gran trecho de aquella habitacion, aborrecido teatro de su ignominia, cuando en lo mas oscuro de los pasadizos, resonó una voz temerosa, que decia:

—¡Simon!

El caballero no se detuvo. Sin duda el ruido del viento y de la lluvia, que azotaban con ímpetu los robustos murallones del alcázar, bramando al atravesar los corredores, impidió que aquel acento llegase á sus oidos; ó tan enajenado iba en sus propios pensamientos, tan envuelto en la nube de su oprobio, que ninguna otra sensacion podia llegar hasta él, como no fuese la de su confusion y vergüenza.

—¡Simon! ¡Simon! repitió la misma voz.

Pero el capitan siguió su camino sin dar muestras de haberla oido.

—¡Jimeno! tornó á clamar con mas ahinco, y saliendo de la oscuridad una mujer cubierta con un largo velo, se acercó al capitan, y poniéndose frontera de él, continuó:

—¿Será preciso, Jimeno, que venga á interrumpirte el paso; y que

me olvide de un nombre de tan dulces recuerdos, para que respondas á mi voz?

—¿Quién eres?

—¡Ya me desconoces!

—¡Inés!

—Inés, la del castillo de Eguarás.

—¡Apártate! ¡no te acerques á mí! soy un leproso de quien todos huyen con horror.

—Me verás á tu lado, cuando todos huyan de tí; y me verás huir, cuando tengas quien te consuele.

—¡Gracias! ¡gracias, Inés! respondió el aventurero, tendiéndole afectuosamente los brazos: no sabes el bien que me haces. Una gota de agua, para el labio que se abrasa de sed, es mucho mayor regalo que una corona.

—No sé si puedo aplacar la sed que te devora; no sé si puedo darte esa gota de agua que ansías; pero sí te daré la corona que desdeñas.

—No te entiendo.

—Yo puedo hacer que confundas á tus enemigos.

—¡Sí! ¡con mi acero!

—No, con tu mirada.

—Inés, harto confuso estoy conmigo mismo; no me vuelvas el juicio con tus imajinaciones.

—Andemos aprisa, Jimeno, que vas á sentarte en un trono.

—¡Infeliz! ¡infeliz! Sin duda está demente.

—Sí, loca debo ser, para llevar mi amor al estremo de hacerte dueño de la mujer que adoras.

—¿De la princesa?

—De la princesa, sí: conozco sobrado por mi desgracia el blanco de tu aficion.

—¡Yo su dueño!

—Tú su esposo.

—¡Oh! ¡deliras, infeliz! ¡estás delirando! ¡quieres burlarte de mí! ¡Trás de la afrenta el sarcasmo! Apártate, miserable; ¿no sabes que acabo de ser escupido, pisoteado, aplastado como un insecto asqueroso? ¿no sabes que nadie, ni la mujer que amaba, ha tenido una mirada de compasion para mí?

—Lo sé todo: he sido testigo de tu afrenta y humillacion, como quiero serlo de tu enaltecimiento y de tu gloria: he tenido impulsos de lanzarme al medio de aquella estancia, y confundir y anonadar á tus viles enemigos con una sola palabra. Porque son viles, son infames, y despreciables calumniadores; no lo dudes, Jimeno: ellos saben quien eres tú, ellos te conocen mejor que yo misma, mejor que tu propio, y

ellos sin embargo, se complacen en hundirte en la ignominia, para ver si en su fango te desalientas, te postras, y mueres ignorado.

—Pero siendo eso así, prorrumpió el capitan, que ya miraba á Inés con asombro y con respeto, ¿por qué te has detenido? ¿por qué no has pronunciado esa palabra?

—Porque en aquella sazon hubiera sido acojida con estrepitosas carcajadas; porque hay palabras que, ó no deben pronunciarse, ó deben serlo por labios autorizados, ó de pruebas irrecusables acompañadas.

—¡Inés! ¡Inés! Harás que yo te crea; harás que torne á creer en Dios, de cuya bondad he dudado un solo instante; harás que no me arrepienta de haber dejado la falsa por la verdadera relijion; harás que me admire de tu constancia, que me asombre de tu celo, que me pasme de tu ternura: harás, en fin, que yo te ame.

—¡Ay! ¡eso no, Jimeno; y ahora menos que nunca! me ha costado muy caro el confundir un momento de lástima, de alucinacion, y de cruel bondad, con ese amor ardiente, constante que tienes á la princesa, y que yo codiciaba.

—¿Pero qué palabras son esas? ¿qué misterios son los que me rodean?

—Salgamos pronto de este castillo, y todo lo sabrás.

—Pero si tal es tu poder, ¿á qué salimos de aquí, dejando...

—¿Dejando á tu Jimena en poder de sus enemigos, no es verdad? le interrumpió Inés con melancólica sonrisa. ¡Para que yo me fiase en sus palabras de amor!—La dejamos, porque así os conviene á entrambos: la dejamos para volverla á ver muy presto.—Ahora muestra al centinela el anillo de la condesa.

En estas pláticas habian llegado á la puerta principal del alcázar, y Jimeno en vez de contentarse con manifestar el sello de los príncipes, arrojo desdeñosamente la sortija á los pies del centinela.

—Señor, le dijo este, vuestra señoría tendrá que esperarse un momento.

—Esperarme, ¿á qué? ¿ni me será permitido huir de este infernal castillo?

—Señor, yo lo decia por el tiempo, mucho mas infernal: ¿no vé su merced que viento y que lluvia?

—¿Qué importa? salgamos.

Inés se envolvió en su manto, se agarró del brazo del capitan, y azotados por la lluvia, pasaron el angosto puente levadizo.

—Y ahora, ¿á dónde vamos? preguntó Jimeno.

—A casa de Raquel.

—¿De mi tia?

—Cuando yo tuve la ventura de encontrarte, que el verte siempre lo es para mí, cuando descendia por la escalera principal, al tiempo en que entrabas tú con la litera, y te acercaste á preguntarme por el hijo de la condesa, acababa yo de oir la narracion de cierta historia, que anudada con otras que me habia contado mi buena madre Raquel, que asi debo llamarla, me arrebató hasta el átomo postrero de una débil esperanza de ser tuya, de que podia estar impregnado mi corazon. No lo estrañes: habia contenido un solo dia este bálsamo de la vida, y ni los desdenes, ni los desprecios, ni un año de olvido, fueron parte para que dejase de trascender en mi pecho aquella fragante esencia. Pero hasta entonces, Simon, no te habia conocido; hasta entonces ignoraba que un nuevo abismo me separaba de tí. Repuesta un tanto de la turbacion, que tan próspero y lamentable descubrimiento me causara, me dirijia con ánimo de reconvenir á Raquel...

—Pero ¿Raquel vive?

—Vive, sí; Sancho de Rota, que asesinó á mi padre, la dejó por humilde, la perdonó por pobre. Iba, pues, á reconvenirla por no haber sido franca conmigo, por haberme ocultado los nombres que figuraban en ciertas historias...

—Pero ¿qué nombres son esos? ¿qué historias son?

—Ella, ella te las dirá.

—Por Dios, Inés, habla presto: mi ansiedad es grande; prefiero oirlo todo de tu boca.

—¡Ah! ¡la ambicion! ¡la ambicion! ¡Cuán pronto sustituis los hombres una pasion con otra!

—Inés, cuando el corazon de un mancebo acaba de sufrir los primeros desengaños, es muy grato encontrar ilusiones, que ocupen el lugar de las que se le han desvanecido. Acabo de perder un ánjel que adoraba, un amigo en quien creia: pero si encuentro en tí una hermana, y en Raquel una madre, ya no será tan horrible el vacío que me circunda. En esto solo se cifran mis deseos; aquí mueren ya mis esperanzas. Las promesas que me haceis, son cuentos, que solo pueden distraer un instante la imajinacion de un niño.

—No son cuentos, son verdad, esclamó Inés con firme acento.

—¿Pues qué, tal vez las hechicerías de Raquel pudieran influir...? Advertid, Inés, que soy cristiano, y que mi relijion rechaza los encantamientos.

—No es por encantamiento, ni por malas artes como tú debes subir al trono al par de la mujer que te ama. ¿Has olvidado por ventura aquellas palabras: «Simon es digno de tí, y tú eres digna de un príncipe.»

—¡Oh! esplícamelas, por Dios.

Lâm 8

—Entra, entra aquí, y de otros labios escucharás la relacion.

Hallábanse en frente de una casucha, cuya puerta despedia vivisimos resplandores.

—¿En dónde estamos? esclamó Jimeno en alta voz.

—¡Voto á cribas! ¡Señor, señor! Entre su merced por aquí, si quiere ser tratado á cuerpo de rey, esclamó una voz que salia del interior de la casa, y muy conocida del capitan de aventureros.

—¡Chafarote! gritó este con agradable sorpresa.

—Entre su merced, que aquí está ardiendo un robledal entero, y hay un vino que consuela.

Inés y Jimeno traspasaron el umbral de la humilde casa, cuya primera habitacion era la cocina, ocupada casi toda por la anchurosa chimenea. Sendos escaños de nogal estendíanse por el frente y á entrambos lados, y en medio ardia un haz de leña, cuya llama clara y brillante iluminaba las denegridas paredes.

En uno de los escaños estaba sentada una vieja de rostro seco y arrugado, como pergamino cubierta la cabeza con una especie de turbante blanco con rayas azules, y los hombros con un manto de color indefinido.

Tendidos á lo largo de los bancos laterales, y al amor de la lumbre, dormian y roncaban dos rústicos montañeses.

La entrevista de Raquel con su sobrino Jimeno, fué al principio fria, severa; y hasta el mismo mancebo quedó cortado con tan inesperada seriedad. La anciana sin embargo, no pudo mantenerse mucho tiempo tan rigorosa; y cualesquiera que fuesen los motivos que le imponian tan estraña indiferencia, fueron cediendo ante el aspecto profundamente distraido y melancólico de aquel Simon á quien tanto habia amado.

Informóse de su querida Inés acerca de los estraordinarios sucesos del castillo, mientras el capitan pasó á ver á su escudero Marin que estaba postrado en un lecho tan duro como pobre, en un camaranchon inmediato á la cocina. Queria Chafarote dar á su amo mas conversacion de la que habia menester, y contarle como despues de habérsele tenido por muerto, se incorporó en el campo de batalla, y ayudado de una vieja judía, que por allí al acaso vagaba, pudo llegar hasta aquella choza, donde la misma anciana le curaba las heridas; pero el capitan tornando á la cocina, sentóse bajo de la chimenea, y sin quitarse una sola pieza del arnés, levantó la visera del yelmo para escuchar mejor la relacion que iba á comenzar la buena Raquel; la cual, mirándole ya de hito en hito con ojos de cariño y de asombro, cojiéndole con solicitud maternal sus frias manos entre las suyas secas y abrasadas, enderezó sus razones de semejante manera:

—Cierto principal señor amaba á una mujer á quien, si él escedia en grandeza, nadie podia igualar en hermosura. Enamorábala tambien otro galan, tanto mas celoso, cuanto menos era por ella correspondido, y á su despecho el amante dichoso solia verla todas las noches, á hurto y recato del mundo entero. Yo sola los veia: yo sola supe que la dama estaba prócsima á ser madre: pero el desdeñado amador llegó tambien á sospecharlo; y una noche, despues que la infeliz dió á luz un hermoso niño, llamaron á la puerta con golpes apresurados. Suponíamos que fuese el padre, que en alas de su impaciencia venia á estrechar contra su seno al hijo reciennacido; cuando apareció en el umbral el receloso y aborrecido amante, que loco de zelos y de furor al saber la verdad del caso, atravesó con su daga á la madre desventurada, la cual despues de sus acerbos dolores, apenas habia tenido tiempo de estampar un beso en los labios de su hijo.

—¡Cielos! ¡qué horror!

—El bárbaro no quiso perdonar tampoco á la inocente criatura, y con el hierro teñido en la sangre humeante de la madre, fué á traspasar al hijo; pero yo detuve el golpe, que por fortuna solo pudo alcanzarle lijeramente en uno de sus brazos.

—¡Gran Dios! esclamó Jimeno, poniendo involuntariamente la mano cerca del hombro izquierdo.

—¿Qué haces?

—Ayudadme, señora, á desnudar este brazal: creo que debo tener aquí una cicatriz...

—La he visto muchas veces, continuó Raquel, sonriéndose cariñosamente.

—¡Oh! ¡continuad, continuad, por Dios esa historia!

—En los momentos de ciego furor, cualquier pequeño obstáculo que se atraviese, suele contener el crimen, suele atajar el curso de la desgracia; así fué que mi cuerpo interpuesto entre el acero del homicida y el inocente niño, bastó para salvar á este la vida. Horrorizado el asesino de sus atentados, huyó apresuradamente, dejando anegado en sangre el cuerpo de la madre, que en los esfuerzos para salvar a su hijo, y en las convulsiones de la agonía, saltó del lecho, viniendo á espirar en medio del aposento. Esperaba yo que de un instante á otro apareciese el padre, demandándome á voz en grito por su amante idolatrada. Era yo hebrea; todos los demás cristianos: el amante favorecido ignoraba hasta la ecsistencia de otro rival; las sospechas del asesinato podian recaer sobre mí: todos los de nuestra relijion somos tratados bárbaramente por los cristianos: me horrorizaba la idea del tormento, y sentia que se me despegaban las carnes al presumir, que despues de horribles padecimientos, podia espirar en una hoguera. Tomé, pues,

al reciennacido en mis brazos: recojí la daga del asesino, los papeles y cartas de la madre, todo cuanto pudiera, en fin, justificarme, probar el orijen y nacimiento del niño, y asegurar su vida y la mia: solamente para desorientar al padre, dije á un criado al apartarme que la dama habia dado á luz una niña. En aquella misma noche tuve facilidad de embarcarme en una galera que salia para Barcelona: allí encontré á mi hermana Sara, casada con un judio llamado Samuel Leví, que habia venido desde Navarra para negocios de mercadería; y manifestándome entrambos que hacia muchos años estaban casados sin sucesion, siendo la esterilidad la nota mas infamante para los judíos, me suplicó le concediese aquel niño, el cual pasaria por hijo suyo, cuando trascurrido algun tiempo se restituyese á Navarra con su esposo. Juzgué que no habia medio mas á propósito para encubrir el rapto todo el tiempo que me pareciese conveniente. Cediendo, pues, á esta consideracion, consentí en desprenderme de la criatura, para que Samuel y su mujer lo cuidasen como hijo. Tenia tambien un verdadero placer en que aquel que habia nacido para ser enemigo de nuestra relijion, fuese instruido y educado en ella por sus hermanos.

—¡Cielos! esclamó Jimeno, que habia escuchado á la hebrea con la mas viva ansiedad; ¿pero ese niño soy yo?

—Tú lo dices.

—¿Quién fué mi padre? quién fué mi madre?

—Tu madre, Catalina Marini.

—¿Y mi padre? ¿quién es mi padre?

—Tu padre se llama Alfonso el *Magnánimo*, rey de Nápoles y de Aragon.

—¡Gran Dios! ¡hijo de un rey! ¡y lo habeis callado tanto tiempo! ¿Dónde, dónde estan esos papeles? ¿Dónde están esas pruebas? Dádmelas al punto: vengan pronto: son mios: á mi me pertenecen.

—Esos papeles no estan en mi poder.

—¡Ah! ¿quién los tiene?

—Doña Leonor de Navarra.

—¡La condesa de Fox!

—Sí.

—¡Mi mortal enemiga! ¡Necio de mí, que he creido un solo instante en mi ventura, cuando está vedada para mi corazon! Pero, ¿cómo me habeis desposeido de mis títulos, de mi nombre, de mi familia? ¡Oh! ¡pronto, pronto, esos papeles! esclamó Jimeno cojiendo á Raquel por la garganta: ¡volvedme al punto lo que me habeis robado, ó pereceréis á mis manos!

—¡Apártate, insensato! esclamó la judía con amargo y sosegado acento; no pagues con un crímen el servicio de haberte salvado la

vida. ¡Asi son todos los hombres! El primer paso que dan en el camino de la prosperidad es la ingratitud. Vívora, que calentaba en mi regazo, la primera muestra de haber recobrado la vida ha sido morder el pecho que te abrigaba.

—¡Oh! perdon, señora! esclamó Jimeno confundido.

—Yo debi haberte olvidado, apenas abandonaste mi relijion, y sin embargo, te amaba, te fuí á buscar, llevándote la felicidad en la mujer con quien debias unir tu suerte: por que la felicidad de este mundo, consiste en que el hombre marche siempre entre dos ánjeles; á su izquierda, el anjel invisible que nos acompaña desde la cuna al sepulcro; á la derecha el anjel visible á quien puede dar el nombre de esposa. Tan noble es el alma de la que yo te destinaba, tan celestiales sus virtudes, tan peregrina su hermosura, que obcecado como estabas por otra pasion, al abrir los ojos un instante, le abriste el corazon para amarla. Pero ese amor de un solo dia, ha sido su vilipendio, ha sido su perdicion, ha sido su desventura. La amaste como la flor que se arranca, se marchita, se deshoja y se olvida... ¡Mirala! mira su semblante estenuado, sus ojos apagados, su sonrisa muerta, su color palido..! ¡Recuerda como apareció á tus ojos, y contempla tu obra! ¡Infeliz! la has hecho desgraciada, la has herido de muerte, la has robado la esperanza, y solo vive porque tiene el instinto de que puede ser útil todavía. Pues bien: esa víctima de tu capricho es el único ser que me ha compadecido, que no me ha despreciado, que me ha querido: es mi hija, es mas que mi hija, es mi madre, es mi ánjel, es mi Dios. Por ella hubiese dado yo mil vidas, y por su dicha el mundo entero. Cuando torno á mi seno, cuando ví sus lágrimas, y supe la causa de ellas, quise vengarla, poniendo en las manos de la condesa las pruebas de tu elevado nacimiento, solicitadas con tanto ahinço, con tantas instancias, desde que por algunas palabras mias llegó á traslucir la verdad. Tu aspecto, sin embargo, iba disipando la amargura de mi corazon. Desconocia esos arreos que traes; te veia niño, llorando en mis brazos; te veía villano, jugando con tus compañeros: pero al asirme tú con esa mano cubierta de hierro, te he visto cristiano, te he visto pérfido amante, te he visto príncipe orgulloso, tratando, como todos, dura y despiadadamente á la judía, que ahora te desdeña.

Calló Raquel: todos guardaban profundo silencio, turbado tan solo por el ronquido de los montañeses, que al parecer dormian á pierna suelta.

—¿De qué me sirve ser hijo de un rey, dijo por fin Jimeno con abatimiento, sino tengo modo de probarlo, y todos me abandonan?

—Nunca te abandonaré, mientras te vea solo, esclamó Inés con persuasiva dulzura.

—¡Oh! ¡ser yo hijo de un monarca, igual y superior á los que me han escarnecido, y no poder decirlo, no poder proclamarlo en alta voz, por carecer de pruebas!

—¿Quieres recobrarlas? dijo repentinamente la judía.

—A costa de mi vida.

—¿Qué harías con ellas?

—Mostrárselas á doña Blanca, y abrazarla: mostrárselas á la condesa y á sus secuaces, y arrojarlas al fuego.

—Pues bien, la condesa esta dispuesta á devolvértelas.

—¿Todas?

—Todas.

—¿A qué precio? ¿qué exige de mi?

—De tí, nada.

—¿De quién, pues?

—De la princesa, una corona.

—¡Oh! ¡Son quimeras!

—Por esos papeles la renuncia de la princesa al trono de Navarra.

—¡Eso, nunca!

—Y como sabe el ascendiente que tienes sobre su hermana, está segura de que con una palabra tuya, doña Blanca firmará la renuncia á que se ha negado tantos años hace.

—¡Oh! ¡pero esto se asemeja mucho á una trama!

—No digo que no lo sea.

—¿En que vos habeis tomado parte?

—Obedecí al impulso de la venganza, como ahora obedezco al sentimiento de la lástima que me inspiras.

—¡Jamás, jamás consentiré en que doña Blanca de Navarra, se despoje de sus derechos por enaltecer á un aventurero!

—Jimeno, te creí ambicioso.

—Y era solo altivo.

—Y ahora, ¿qué piensas hacer?

—Volver á las Bárdenas, ponerme de acuerdo con los partidarios de la princesa, y entrar en Bearne con mis valientes aventureros, y arrasar el castillo de Ortés, si necesario fuese, hasta encontrar á la de Fox, y rescatar á doña Blanca.

—Y no seria mejor, dijo Raquel, que yo con maña procurase recobrar los papeles que habeis menester?

—¡Ah! ¡Raquel! ¿seriais capaz de reconciliaros conmigo?

—Yo me reconcilio presto con todo lo grande y generoso.

—¡Gracias, madre mia! esclamó Inés que hasta entonces habia permanecido tristemente silenciosa; os vuelvo á reconocer en esas palabras.

—¡Voto al diablo, que sus mercedes estan hechos unos arbitristas famosos! esclamó á la sazon uno de los villanos, que estaban tendidos en el banco, incorporándose, desperezándose con rústica sencillez, y haciéndose luego cruces en sus bostezantes lábios

—¡Cómo! ¡villano! ¿nos has oido?

—De por fuerza, señor, puesto que no soy sordo, y sus mercedes hablaban alto.

—¿Qué jente es esta? preguntó el capitan á la judia.

—No lo sé, nunca pregunto el nombre de mis huéspedes. Llovía, buscaban un albergue, les ofrecí mi casa, no quisieron aceptar mi cena, y se acomodaron en ese lecho.

—No tenga recelo su merced, contestó el villano, no somos espías de la condesa; por el contrario, pensamos ausiliar á nuestra reina y señora doña Blanca.

—¿Cómo?

—Ahora con nuestros consejos, y luego con nuestro valor.

—¿Quién eres?

—Nada hace al caso mi nombre.

—Tu semblante no me es desconocido, repuso Jimeno, y creo haberte visto no se en donde.

—Tampoco importa nada para el caso que su merced me haya visto, ó no, con tal de que no pierda el tiempo en proyectos descabellados. ¡Voto al chápiro! ¿parécele á su merced que el alcázar de Ortés es de torreznos, que asi se lo quiere tragar con una manga de aventureros? ¿O se le antoja, que si en él peligrase la reina de Navarra, su hermana doña Leonor la tendria en conserva, para cuando su merced llegase con su cuadrilla?—Y tú judía, ¿crees que la condesa aprecie en tan poco esos pergaminos y papelotes, para que, con todas tus artimañas y brujerías, imajines en arrancárselos? ¿Y aunque invoques para eso al mismo diablo, no sabes que el lobo al lobo..?

—Pues bien, ¿cuál es tu plan?

—Señor, mi plan es mucho mas sencillo. ¿Qué hace aquí la señora Inés? Perder el tiempo. Torne al alcázar, procure averiguar en qué parte del castillo han puesto á la princesa; si puede, que no lo creo difícil, póngase de acuerdo con ella, y aun con don Gaston, el mozo, avísenos de todo, y vaya introduciendo en el alcázar hasta una docena de hombres fieles, resueltos, temerarios, que en un santiamen se apoderen de la condesa, y rescaten á doña Blanca; la cual emprenderá la fuga, favorecida por media docena de caballeros, que la estarán esperando á la puerta.

—¡Magnífico proyecto! esclamó Jimeno, ¡vive Dios, que es como tuyo, rústico montañés! No nos falta mas, para ponerlo por obra, sino

la docena de temerarios dentro del alcázar, y fuera de él la media docena de caballeros.

—Si os place que ahora mismo se presenten esos doce fieles y decididos servidores de la princesa de Viana, no he menester sino sacar este silvato, salir á la puerta, hacer una señal convenida, y al instante veréis aquí los doce, justos y cabales. Si quereis reconocer á los caballeros, venid conmigo, los iréis contando uno por uno.

—¿Pero, quién sois vos?

—Al frente de los primeros iréis vos, don Jimeno de Aragon; y al frente de los segundos, me quedaré yo, el conde de Lerin, dijo el montañés, quitándose la montera que tenia sobre los ojos, y echando atrás el grosero tabardo en que estaba envuelto.

—¿Sois vos el qué...?

—Señor, le interrumpió el condestable con gravedad: no recuerde el príncipe las afrentas del villano.

—¿Y quién es vuestro compañero? le preguntó Jimeno, cortado por las palabras del conde.

—Mi compañero, repuso el de Lerin, es una persona conocida vuestra, y que os probará, que si habeis tenido la ventura de tornar á ver á la princesa, que si habeis podido salvarla, yo tengo alguna parte en vuestro contentamiento.

—¡Eh! ¡señor dormilon! añadió el conde, urgando con poca suavidad al villano. ¡Arriba! ¡voto al diablo con la pereza! Vamos, ya os convenceréis, de que este por lo menos, duerme con demasiada buena fé, y pertenece á esa raza de hombres, que dejan á los demás el cuidado de pensar por ellos.—¡Ferrando! ¡Ferrando!

Esta vez acompañó el conde sus gritos con insinuaciones algo mas eficaces, y el pajecillo rubio se levantó sobresaltado, restregándose los ojos, y volviendo el rostro á la pared, para evitar el resplandor de la hoguera que le ofendia.

Jimeno conoció el faraute de la condesa de Fox.

Amigos ya, el conde de Lerin y el capitan de aventureros, se retiraron á un rincon del aposento, donde en voz baja concertaron su empresa.

Como primer indicio de su concierto, se vió salir á Inés al poco rato, y encaminarse apresuradamente al castillo de Ortés.

CAPITULO XVIII.

De como Doña Blanca de Navarra se entretenia en el castillo de Ortés.

OLVAMOS á la princesa de Viana, á quien dejamos en poder de la implacable condesa de Fox, que por medios tan infames la habia separado del capitan de aventureros.

Anonadada doña Blanca por aquel terrible golpe, dejóse conducir maquinalmente por su hermana, que la presentó con el hábito de relijiosa en medio del saráo, haciendo creer á todos que habia renunciado, no solo á la corona de Navarra, sino tambien á las pompas mundanales. Pero cuando la princesa, conociendo tamaña superchería, quiso revelar á todos los concurrentes que aquel hábito se le habia hecho vestir á la fuerza; que jamás sus labios, ni menos su corazon, habian pronunciado los votos relijiosos; cuando quiso pedir el traje que la correspondia, y protestar contra la violencia de sus enemigos; doña Leonor la condujo á un aposento retirado, y dejándola en él, cerró las puertas, asegurándolas con llaves y candados. Tornó des-

pues serena y tranquila á los salones del convite, manifestando á los que habian notado la desaparicion de la princesa, que no permitiéndole la austeridad de su nueva vida participar del bullicio y deleites de los festines, se habia retirado á pedir al cielo concediese la mayor ventura á los desposados, cuyo fausto enlace queria autorizar con su presencia, para dar una prueba irrecusable de reconciliacion con su hermana.

Los pocos caballeros que conocian la verdad de los hechos, estaban interesados en ocultarla; y de esta manera, y á favor de tan refinada hipocresía, de tanta audacia y maldad, la condesa de Fox pudo conseguir cuanto anhelaba. A los ojos del mundo su hermana habia renunciado á la corona y; para obtener los efectos de esta aparente renuncia tenia en prision á la princesa.

Sin embargo, don Gaston de Fox no habia dado aun su mano á Magdalena; y despues de las horribles tramas descubiertas, despues de los estraordinarios acontecimientos de aquella noche, era mas que probable que se resistiese tenazmente á dar un paso que tanto le repugnaba.

Prudente y avisada su madre, anunció á los convidados que habiéndose retardado tanto la venida de su muy cara hermana, por haber intentado unos malandrines apoderarse de ella mal su grado en el camino; no podia verificarse aquella noche la sagrada ceremonia, la cual se suspendia algunas horas hasta el prócsimo dia.

Asi evitó los nuevos escándalos que debian orijinarse del desistimiento de su hijo, á quien pensó ganar en el corto plazo que habia prefijado.

Para los grandes intrigantes, todas las cuestiones son cuestiones de tiempo.

Efectivamente, poco despues de haber desaparecido los convidados, los cuales unos moraban en el alcázar y otros en la ciudad, doña Leonor se trasladó á la habitacion de su hijo, y con lágrimas, con ruegos, con promesas procuraba convencerle.

Don Gaston, acosado de sus propios remordimientos, conoció que podia hacer un sacrificio no esteril para la princesa, si, antes de resignarse á él, lograba obtener algunas concesiones en favor de la desventurada prisionera.

Ya que su enlace era una especie de inicua contratacion, quiso comprar á precio de su libertad y de su ventura, alguna parte de lo que sus padres vendian.

—Bien, señora, dijo á su madre; daré mi mano á Magdalena; pero la princesa ha de ser tratada con las consideraciones que merece una hermana vuestra.

—¿Has podido imajinarte nunca otra cosa de mí?

—Y tendrá una doncella de su confianza que la acompañe y la sirva.

—Te lo prometo.

—Por ejemplo, Inés.

—¡Inés! ¡la que contribuyó al engaño de la sortija!

—¡Qué! ¿rehusais? dijo Gaston, en tono de amenaza.

—No, sea Inés.

—¡Madre, madre mia! Puesto que comenzais á parecer jenerosa, acabad de ser justa. Permitid que doña Blanca, hermana vuestra, inocente, sencilla, sin ambicion, viva libre, dueña de sus acciones...

—¡Oh! mucho pides, hijo mio, le interrumpió Leonor, con estraña sonrisa: conoces cuanto puedes en mi corazon, y abusas de tu poderio.

—Señora, prometédmelo. Ella no quiere reinar, lo sé, madre mia; quiere vivir, y vivir en libertad.

—Bien: no digo que allá... andando el tiempo...

—Presto, madre mia: no dilateis un placer para vuestro hijo, y ese consuelo para vuestra hermana.

—Estás muy ecsijente, amigo mio, dijo Leonor con la misma sonrisa: ¡cómo conoces lo que vales!

—¡Ah! ¿Será posible que me concedais?..

—Dentro de un mes.

—¡No, no! Es mucho plazo.

—Pues bien, sea dentro de cuatro dias.

—¿Y por qué no mañana mismo?

—Hombre, no seas atropellado: es preciso que Blanca permanezca aquí, siquiera el tiempo que duren los festejos.

—Sea, pues.

—¿Con que mañana la boda?

—Y terminados los desposorios, la libertad de la princesa.

Leonor salió del aposento sonriéndose con aire de triunfo.

Gemia entretanto la malhadada reina, privada de su libertad, y á merced de sus implacables enemigos, que habian dado ya terribles muestras de cómo sabian vengar el inaudito crímen de haberse anticipado algunos meses á venir al mundo, y á recojer un cetro, herencia de sus abuelos.

Abandonada y sola, deshecha en un mar de lágrimas, tendia los ojos en derredor, y sus anhelantes miradas estrellábanse contra las sombrias y silenciosas paredes de su habitacion. Asomábase á la reja de aquella torre, y solo veía á lo léjos las azules y empinadas crestas de los Pirineos, por donde ella quisiera vagar olvidada del mundo; y

una pequeña parte del cielo, término de sus padecimientos y de sus esperanzas; y las aves que cortaban rápidamente y á su antojo aquellas auras, aquel espacio, que nunca parece tan grande y magnífico como desde las angostas rejas de una prision.

Pero ni la pérdida de su libertad, ni la certidumbre de su muerte la aflijian tanto, como el recuerdo de aquel Jimeno, á quien amaba, y á quien habia visto ultrajado, confundido, vilipendiado delante de sus ojos.

Avergonzábase alguna vez la hija de cien reyes de haber puesto su aficion en el despreciable hebreo, en el ecsecrable bandido de las Bárdenas; y se acusaba las mas, la perseguida, la prisionera, la que debia al trono todas sus desventuras, acusábase de no haber tenido valor un solo momento, para arrojarse á los brazos de Jimeno, cuando mas cubierto estaba con el fango de la ignominia.

—¡Oh! esclamaba, ¡reina me persiguen y me encierran: amante de un judío y de un salteador, me hubieran despreciado como á él, y con él me hubieran dejado libre! Y luego añadia: —¡Oh! ¡qué suerte tan miserable, pues tanto oprobio me parece preferible á tanta desventura!

En estas y otras imajinaciones pasó Blanca el resto de la noche, y la mañana del siguiente dia. Alguna vez la interrumpieron las importunas visitas de una carcelera, cubierta con un manto, la cual le dejaba el necesario alimento, y se partia sin dirijirla una sola pregunta, una sola palabra. La príncesa rehusaba probar aquellas viandas, ni aun aplacar la sed, que la devoraba; pues al acercar á los labios cualquier alimento, que viniese de aquella familia de envenenadores, hubiera creido que con sus propias manos iba á darse la muerte.

Esperaba la visita de su muda carcelera, para postrarse á sus pies y rogarla que la diese, no la libertad, sino un poco de agua pura, de que ella participase; cuando se abrieron las puertas del aposento y apareció Inés, que con lágrimas en los ojos, la dió un estrechísimo abrazo, diciéndola:

—¡Consolaos, señora, vengo á llorar con vos!

—Aunque sea por algunos instantes, mi gratitud será eterna.

—No, no es por tan corto tiempo, repuso Inés, aunque yo querría que lo fuese; vengo á unir mi suerte con la vuestra, mientras permanezcais en este castillo: vengo á llorar con vos, á vivir con vos, á conversar con vos, de lo que mas puede complaceros.

—¡Cómo! ¡tú tambien presa! ¡tú tambien privada de libertad! ¿Será tal vez, tu único delito la compasion que mis angustias te han merecido?

—Mi prision es voluntaria, princesa, ó por mejor decir, no lo es:

hace tiempo que rige mi alma otra voluntad que la mia.

—¿Quién, pues? ¿quién te envia? ¿qué quieren decir tus palabras? ¿quién se acuerda de mi en el mundo?

Inés conoció que habia andado muy imprudente en proferir aquellas espresiones.

—¡Señora, le dijo, vengo aquí por la voluntad de vuestra hermana!..

—¡No digas eso, Ines; te miraría con horror!

—El príncipe don Gaston acaba de desposarse con una mujer á quien aborrece, y el premio de este sacrificio, ecsijido por sus padres, es alguna mayor holgura y comodidad en vuestra prision desde este momento, y la compañía de una persona que os ame. Y don Gaston, señora, ha creido que aqui en Ortés, nadie os amaba tanto como yo. Si don Gaston se ha equivocado, designad quien me suceda, y yo todavía os pediré de rodillas, que, además de vuestra predilecta, me permitais permanecer con vos.

—¡Gracias, Inés! hace algunas horas que te conozco, pero me basta que merezcas la confianza de Jimeno...

—¡Ah!

—Su aprecio, su estimacion.

—¡Ah! ¡sí! ¡Tambien á mí me basta su estimacion y su aprecio! esclamó Inés dolorosamente herida.

—Inés, y para qué la estimacion de Jimeno te baste y satisfaga, dime: ¿le conoces? ¿le has conocido siempre? preguntó con inquietud la princesa.

La doncella creyó vislumbrar en estas preguntas una duda, un recelo acerca de la nobleza del alma de su adorado amante, y no pudo menos de contestar con cierta animacion mal reprimida :

—¡Siempre, señora, le he conocido, siempre! y porque le conozco os digo, que la sonrisa de aprobacion del hijo de Samuel, de Jimeno, del capitan de bandidos, del capitan de aventureros, puede halagar la vanidad de una reina.

—¡No sabes Inés con cuánto placer te escucho! ¡Ay! ¡no sabes cuán dulces son para mi las alabanzas de Jimeno, ni cuánta necesidad tengo de oirlas en este instante! Jimeno, Jímeno, saliendo de una raza maldecida, puede tener un alma noble, pura, inmaculada pero; Jimeno, capitan de bandoleros...

—¿Y por quién, señora, el tímido cordero de Mendavia, se convirtió súbitamente en leon furibundo de las Bárdenas? ¿Por quién? Nadie menos que vos puede echarle en cara sus espantosas proezas. Impotente para vengaros del agravio que sufrísteis en Mendavia, y mas impotente aun para libertaros de enemigos, que debian ser muy prin-

cipales, aunque le eran desconocidos; hizo esfuerzos, prodijios de valor, para hacerse tambien él temible, fuerte, poderoso. Sus incendios no tenian otro objeto que el de arrasar castillos, para ver si rompia vuestra prisiones; sus saqueos pesquisas eran que hacia de casa en casa, para encontraros; sus muertes solo venganzas de los que sospechaba que pudieran reteneros. Y en todas estas horribles hazañas no hacia mas que castigar á los grandes señores de esta tierra, asolada tantos años hace por su desmedida ambicion. Jimeno empuñaba el azote de la cólera divina, que crujia sin cesar sobre la frente de nuestros verdugos. Grande fué, señora, Jimeno como capitan de aventureros; mas grande todavía que como príncipe de Nápoles y de Aragon....

—¡Qué dices?

—¡Oh! ¡no sé, no sé lo que digo, señora! pero cuando á Jimeno se le ultraja.....

—Pero has dicho... yo no sé que... de Nápoles... ¿habré oido mal?

—Si, habeís oido que Jimeno es un príncipe.

—¡Cielos! ¡no te burles de mi!

—Príncipe de Nápoles y de Aragon.

—¿Hablais de veras?

—Hijo del rey don Alfonso el Magnánimo.

—¡Calla, Inés, que vas á matarme de gozo! ¡Ines! dime la verdad, no te burles de mí:.. ¡mira que le amo!

—¡Oh! ¿y habeis aguardado para decirme que le amábais á saber que, como vos, habia nacido cerca del trono? prorumpió Inés con ecsaltacion. ¿Creeis que ahora no podeis sonrojaros de un amor, padron hasta aquí de ignominia? ¿Por ventura, este descubrimiento puede disminuir la gravedad de sus crímenes, si crímenes á cometido? ¿Por ventura vale mas el alma del príncipe como vos le veis, que la del bandido como yo le veo?

—¡Cruel estás conmigo, Inés! ¿Qué te ha hecho esta pobre mujer, perseguida desde la cuna, desamparada de todos, casada en sus primeros años con un hombre aborrecido, repudiada por él, arrojada de su tálamo á los pocos dias con escándalo y con ignominia? ¿qué te ha hecho esta mujer que no ha tenido mas vengador que el cielo, que no ha pisado otro pavimento que el de las prisiones; que no ha sentido los arrullos de una madre; que se vé perseguida por su padre, amenazada por sus hermanos; qué te ha hecho, para que así la trates? ¡Oh! ¡tan honda es mi desgracia, que hasta los que vienen á consolarme, tal vez contra su voluntad, truecan en insultos sus consuelos! ¡Ay! ¿amas tú á Jimeno, por ventura? ¿le amas? Escucha, Inés; mi juventud ha pasado: perseguida, sepultada siempre en torres y calabozos, no he visto que nadie fijase en mí una sola mirada de amor; que nadie

me sonriese dulcemente, siquiera por mi desgracia, ya que no por mi hermosura: porque, Inés, eso sí, hasta mis carceleros me han dicho que yo era hermosa. He llegado á esta época en que el alma se prepara á despedirse de los placeres, de los amores; y en este otoño de mi vida, y en la tarde de mi edad, hallé por fin las miradas, hallé las sonrisas desconocidas hasta ahora. Un mancebo, de condicion humilde y de corazon elevado, me amó; ¡quizá para que yo midiese con una de sus palabras la profundidad del abismo, que hasta entonces me habia separado de la ventura! Le amé tambien. ¿Y cómo no habia de amarle, si mi corazon estuvo acumulando tantos años tesoros de ternura, para derramarlos en un solo instante sobre el corazon de Jimeno? ¡Le amé, Inés, le amé! y solo el hábito de ser desgraciada, y mi crianza y la costumbre de ver las cosas desde un puesto elevado, han podido hacerme injusta con él. Responde, Inés. ¿he podido ofenderte por este amor?

—¡Perdon, señora! Amo á Jimeno, es verdad; pero amo mas su ventura, y por eso os amo tambien á vos.

—¡Ah! ¡le amas, y le acompañas á todas partes! ¡le amas, le has conocido siempre, y mereces su confianza, y le has recibido al llegar al castillo! ¡y has seguido despues sus pasos! ¡y vienes tal vez para cumplir su voluntad, no la de la condesa! ¡Le amas...! ¡ay, Inés! ¡entre el inmenso catalógo de mis tormentos, hasta ahora no habia conocido el de los zelos!

—¡Zelosa vos de mí, doña Blanca! ¡callad por compasion, que me matareis de dolor, sino me haceis prorrumpir en carcajadas! ¡zelosa vos, cuando los zelos han macerado mis carnes, me han robado los colores, el sueño, la tranquilidad! ¡zelosa vos, cuando me estoy alimentando de la ponzoña de los zelos, que vos me suministrais! ¡Oh! ¡basta, basta! ¡Hareis que me arrepienta del jeneroso intento que aquí me trae! Sabedlo, señora, sabedlo tambien vos. Vengo aquí á proporcionaros la fuga, á entregaros á Jimeno, al Jimeno que yo adoro! Vengo á restituiros á sus brazos, y á miraros partir juntos, para nunca mas volverle á ver! ¡Veréisle como se aleja de aquí, sin tornar el rostro siquiera, para dirijirme una mirada de gratitud! ¡Vereis como jamás mi nombre sale de sus lábios! ¿Y todavía teneis zelos de mí?

—¡Terribles, Inés, terribles! Tanta virtud, y jenerosidad, y abnegacion, revelan un alma tan simpática, que es imposible deje de ser adorada por Jimeno. Y no solo estoy zelosa de tí, sino que en medio de tu amargura misma, te tengo envidia; si, tengo envidia de un corazon tan noble, de una resignacion tan cristiana, de unas virtudes tan consoladoras. ¡Ay, Inés! ¡yo no sé en qué consiste!.. quizá como en tantos años no he disfrutado un momento de felicidad, no acierto á desprenderme de ella, cuando con ella comenzaba á regalarme. Qui-

siera poder imitarte, quisiera hacer tus esfuerzos y sacrificios, pero soy demasiado débil... ¡Inés, arráncame el corazon, pero no me arranques de él la imájen de Jimeno!

—¡Conservadlo, señora, y sed dichosa con él! Mis sacrificios no son incompletos; y no solo he renunciado al amor de Jimeno, antes de conocer su ilustre cuna; sino que despues de verle tan encumbrado, vengo aquí á proporcionaros la fuga, á daros toda la ventura que podeis apetecer: la libertad y la posesion tranquila de su amor.

—¿Por qué eres tan buena, Inés? esclamó la princesa cruzando los brazos, y contemplándola con absortas miradas. ¡Ay! ¡cuán humillada me siento á tu lado! ¡cuánto no habria de enturbiar mi ventura, el recuerdo de que otra mujer la merecia mas que yo!

—Por ahora, respondió Inés, con triste sonrisa, venid á disfrutar sin temor del escaso alivio que proporcionan á vuestras penas.

—¿A dónde me llevas?

—A esta cámara inmediata; mas alegre, mas espaciosa, mas dignamente aderezada para una princesa.

—Las prisiones todas son iguales, Inés.

—No lo son todas, señora: las hay como esta, que no tienen mas que una puerta: las hay como esotra, que tienen dos, por una de las cuales se puede descender al campo, y...

—Vamos, vamos al punto, la interrumpió doña Blanca, acudiendo al dulce reclamo de su libertad.

—A la solicitud de Gaston y al consentimiento de vuestra hermana, debeis tambien vestidos mas propios de vuestro estado, que esos monjiles.

—¿Qué me importa? Inés, las galas me son odiosas.

—Las vistireis sin embargo, porque esos hábitos pudieran haceros traicion en la fuga.

—¡Inés, Inés! esclamó la princesa abrazándola: tan prevenida, tan cariñosa, tan resignada como una madre ¡y eres sin embargo mi rival!

—Venid, señora, venid presto; y si tanta bondad se anida en vuestro pecho, no torneis á pronunciar el nombre de rival, y si quereis pagar mi sacrificio, sustituidlo con el de hermana.

—¡Si hermana, hermana mia! ¡te doy este dulce nombre, que hasta ahora nunca ha salido de mis lábios sin horror!

Y diciendo estas razones, entraron en la cámara inmediata, donde la princesa cambió de vestidos.

—Ahora, le dijo Inés, voy á procurar que Jimeno entre en el alcázar, con algunos partidarios vuestros.

—¿Para que?

—Lo primero, para favorecer vuestra fuga; lo segundo, para que él se apodere de la condesa, y pueda recobar á viva fuerza las pruebas de su nacimiento.

—¡Como! ¿esas pruebas están en poder de mi hermana?

—Sí.

—¿Estais segura de ello?

—Si, señora.

—¿Y no teneis otro medio para que las restituya, sino el de la fuerza?

—No ven otro los hombres mas perspicaces.

—¡Oh! ¿y vais á esponer á Jimeno entre tanta gente? ¿y no habeis temido que se empeñe un combate desigual? ¿Tu, Inés, tu que tanto le amas, has podido consentir en ser tal vez el instrumento de su muerte?

—¡Oh! teneis razon: no hacia mas que obedecer sus mandatos; pero os juro, señora, que me aflijia mas la idea de este riesgo, que la de perder á Jimeno para siempre.

—Inés, repuso Blanca con resolucion: vé á llamar á la condesa, tengo una corona para comprar esos papeles.

—¡Cómo! ¿firmaréis la renuncia?..

—Sí, la renuncia de todos mis derechos, de mi dignidad, de mi nombre, por dar á Jimeno el que le corresponde: por él me quedaré reducida á la condicion vulgar; por él seria capaz de descender al puesto de donde se eleva.

—¡Ah, princesa! ¡Y teneis envidia de mí! esclamó Inés, dirijiéndola una dulce mirada de inefable gratitud.

—Pronto, Inés, pronto.

La doncella salió apresuradamente.

Sentia doña Blanca un ardor, una sed terribles que la devoraban. En el lijero estremecimiento de sus mejillas, teñidas de viva púrpura, se notaban los síntomas de fiebre, producida por tantas, tan violentas, y tan encontradas sensaciones. Mil veces quiso aprocsimar á sus lábios una de las copas, que los fraternales cuidados y desvelos de la condesa tampoco habian olvidado en aquel aposento, templado por la lumbre de una inmensa chimenea; pero otras mil la apartaba con horror, temiendo que en semejantes prisiones el pan que comiese, el agua que bebiese, el aire que respirase, pudieran estar emponzoñados.

En estas luchas y alternativas fué interrumpida por la presencia de doña Leonor, su hermana.

Notábase en el semblante de la condesa, una palidez y ajitacion desacostumbradas: era, empero, su sonrisa mas dulce y afable que nunca, y las semejantes palabras que salieron de sus labios trémulos, aunque pronunciadas con un acento estraño, rebosaban ternura y mansedumbre.

—Blanca, dijo al entrar á la princesa, he sido agradablemente sorprendida de tu llamada: tengo que agradecerte el recuerdo que has hecho de tu hermana, y vengo aquí con el solo afan de complacerte.

—Quisiera poder rechazar toda la ventura, que haya de venirme de tu mano, replicó la princesa con altivo desden.

—Muy amargas son tus reconvenciones, hermana mia; pero por mucho que lo sean, no lograrás que cambie de propósito.

La de Fox se mordió los lábios de despecho al decir estas palabras; pero reprimiéndose despues de una corta pausa, continuó con aquella sonrisa, que iluminaba siniestramente su palidez.

—Merecida tengo, hermana mia, tanta aspereza; tambien es justo, sin embargo, que yo me anticipe á tus mas ardientes deseos.

—¡Ah! ¿los conoces ya? ¿sabes lo que te pido?

—¡Ingrata! repuso doña Leonor con aire de reconvencion: acabo de hacer un descubrimiento importante para tu dicha, me apresuro á valerme de él, ¿y con tanto rigor me recibes?—Lo sé todo, lo sé, prosiguió la condesa, con dulce abandono; amas á un hombre á quien hemos creido del mas humilde linaje; ¡cuál debió ser tu gozo, cuando llegaste á saber que este hombre es digno de tí por su nacimiento!

—No he necesitado saberlo para amarle, respondió Blanca, que no podia vencer su desden.

—Para amarle no, querida hermana; porque el corazon es libre, la voluntad ciega, y no disponemos á nuestro antojo de las afecciones: pero si no para amarle, para confesar que le amas, sí. Tu amor que ahora es un baldon que pesa sobre tu frente, será despues una aureola que te circunde de gloria y de felicidad.

—Sé que tienes en tu poder las pruebas de su escelso oríjen, sé que teniéndolas le has calumniado villanamente, y ya debes saber tú á que precio quiero comprarlas: ea, pues, dime si te acomoda.

—Nada quiero. Muy pronto te las entregaré todas una por una; muy pronto podrá ser reconocido Jimeno como hijo bastardo de Alfonso V. de Aragon, cuya circunstancia poca significacion tiene en estos tiempos. De un bastardo de nuestro abuelo desciende el conde de Lerin, caudillo de tu bando; de un bastardo de otro abuelo nuestro desciende el marqués de Cortes, mariscal de Navarra, cabeza de mis partidarios. Bien puedes hacer públicos tus amores, y unirte para siempre sin mengua con el objeto de tu cariño.

—¡Ah!

—Tú, que siempre has sido desventurada, prosiguió Leonor, viendo que su hermana iba cediendo de su rigor, puedes recobrar con usura la dicha que el cielo te ha negado. Con esos papeles te daré tambien la libertad. Salid almas tiernas y enamoradas, salid á respirar en la at-

mósfera de los deleites: el espacio es vuestro, el tiempo es vuestro que sea tambien vuestra la fortuna.

—¡Hermana, hermana mia! dijo al fin con tierna efusion deslumbrada la princesa, qué quieres en recompensa? Habla, responde. ¿Es mi vida la que anhelas? te la doy por una hora de ventura. ¿Mi corona? Estiende, estiende la renuncia, que yo la firmaré sin verla.

—Tu vida es muy preciosa para mí, respondió la condesa redoblando su afabilidad acostumbrada: tus años prósperos y dilatados serán el bálsamo que cicatrice las heridas abiertas por el remordimiento. La corona... sí. Verdad es que todavía no ciñe tus sienes, querida hermana, y seria preciso derramar harta sangre para que tú llegases á sentarte en el trono. Evitemos, pues, á nuestra patria tanta calamidad; renuncia á tus derechos, escribe á los caudillos de tu bando, para que desistan de temerarios empeños. A tí, querida hermana, los goces sosegados de la vida doméstica, la luz brillante de los amores, el deleitoso perfume de las virtudes, el homenaje, el respeto de los buenos, una reputacion sin mancha, una dicha sin término: á mí los azares, las inquietudes que se cobijan á la sombra del trono, el efímero esplendor que le circunda, las turbulencias, el desasosiego de la vida cortesana; y como único descanso, como único consuelo el engrandecimiento de mi hijo y el aprecio y el amor de mi hermana.

—¡Sí, sí! esclamó alborozada la princesa; de buen grado te cedo este puesto: contenta estoy de mi destino: quieres mas, Leonor?

—Sí, quiero mas, respondió la condesa con voz sombría y apagada, quiero lo que nunca he conseguido..... un solo abrazo de mi hermana!

—¡Leonor! ¡Leonor! esclamó la princesa estrechándola contra su seno.

Y las dos hermanas permanecieron largo rato de aquella manera: doña Blanca sollozando con ternura, doña Leonor con los ojos enjutos, la mirada inquieta, torvo el semblante.

—Otro favor voy á pedirte tambien, hermana mia, esclamó la princesa; me estoy muriendo de sed... hace muchas horas que no he probado una gota de agua: perdóname si te pido que me des de beber, y que bebas tú tambien de mi misma copa.

—¿Por qué no, hermana mia? repuso Leonor con voz un tanto turbada por el gozo, ó por el terror, ¿por qué no hemos de partir el alimento como acabamos de partir nuestros destinos? ¡Siéntate, pobre hermana mia! en el ardor de tus manos he advertido la calentura que te abrasa. Siéntate, añadiré al agua estas gotas de un licor, que refrescará tu sangre, y para que veas que es una medicina inocente y saludable, yo beberé primero la mitad del vaso.

Doña Blanca recordó entonces la muerte de su hermano, y no pudo menos de preguntar á la condesa con sobresalto:

—Y beberás tú de la misma copa, ¿no es verdad?

—La primera, respondió Leonor con dulce sonrisa: y brindaré en ella á nuestra union y amistad eterna, añadió Leonor con voz serena, y acercando la profunda copa á sus estremecidos lábios.

La princesa observó que habia bebido casi la mitad del licor sin repugnancia alguna, y como ajitada por un profundo pesar, cayó á los pies de su hermana, diciendo con sollozos:

—¡Perdon, hermana mia, perdon!

—¿Qué tienes? repuso la condesa, levantándola con una mano, y vertiendo al mismo tiempo, con la otra en la copa de oro un licor rojizo, contenido en uno de sus anillos.

—¡Perdon!

—¿Blanca, dime lo que te pasa? ¿que arrebatos son esos? ¿qué te sucede?

Leonor, te lo confieso: he tenido sospechas de tí... la muerte de Cárlos... nuestros odios, me hicieron dudar de la sinceridad de tu arrepentimiento, y aun creí que este fuese un lazo tendido para perderme.

—¡Para perderte! ¿con qué objeto? ¿de qué manera?

—¡Sí! lo diré de una vez..... creí..... perdona, hermana mia! creí que esta copa pudiese estar emponzoñada.

—¡Cielos! ¡qué horror! ¿pues no has visto que he bebido la mitad? esclamó la condesa con estremecimiento.

—Sí, y por eso he conocido mi error; dijo la princesa; y tomando la ansiada copa en las manos añadió:—¡A la eterna reconciliacion de dos hermanas, que han de amarse desde hoy en adelante, por lo que han dejado de quererse hasta aquí! ¡Hermana mia! ¡porque el Señor te bendiga en tus hijos! ¡porque te sientes en el trono de Navarra y te sucedan ellos! ¡porque Dios te dé tal ventura que me ha negado, y se olvide de tus culpas, como yo olvido y perdono los agravios que me has hecho!

Y diciendo estas palabras la incauta, la sencilla, la anjélica princesa, apuró el vaso.

La palidez del rostro de su hermana era entonces casi cadavérica, su ajitacion febril y convulsiva; queria apartar la vista de la copa, pero á su despecho tenia en ella fijos sus espantados ojos.

Si en aquel momento hubiese alzado los suyos doña Blanca, quizás habria llegado á traslucir un horrible crímen; pero tranquila, como la inocencia, dijo á su hermana saboreando el ansiado licor:

—¡Henos aqui ya para siempre amigas, para siempre hermanas!

—¡Para siempre! repitió Leonor con voz sombría.

—Ahora vé á traerme los papeles, y en seguida firmaré la renuncia.

—Los papeles aqui están, contestó la condesa poniéndose en pié, y sacándolos de su escarcela.

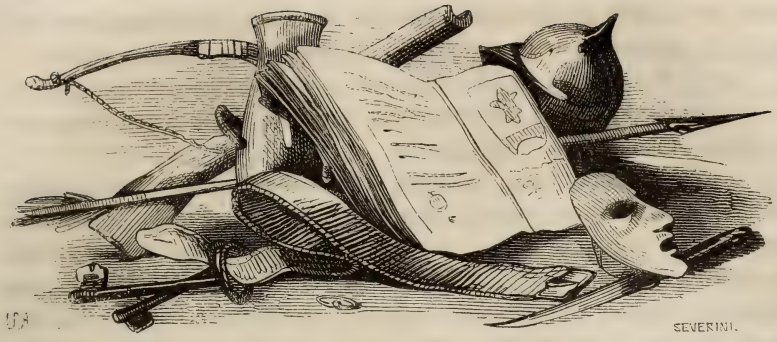
—¡Ah!

—Estos papeles, que valen tal vez un reino, sirven tambien para alimentar el fuego de esa chimenea que se va apagando; repuso la condesa arrojándolos á las llamas.

—¡Gran Dios! ¿qué haceis?

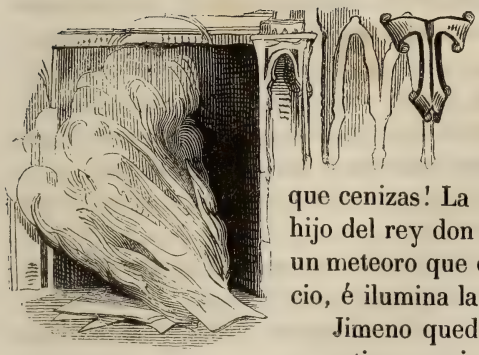
—Tu renuncia no la necesito, prosiguió Leonor sin alterarse: ¡ya es inútil!

Y se alejó del aposento.



CAPÍTULO XIX.

Del lastimoso fin que tuvo doña Blanca de Navarra.



URBADA y absorta quedó la princesa. Dirijió los ojos á la chimenea... ¡no habia mas que cenizas! La gloria, el enaltecimiento del hijo del rey don Alfonso habian pasado como un meteoro que en un instante cruza el espacio, é ilumina la redondez del mundo.

Jimeno quedaba para siempre reducido á su antigua y miserable condicion.

Golpe tan imprevisto y súbito bastaba para confundir y anonadar á doña Blanca; pero aun le quedaba otro mas fuerte. ¿Qué significaban las últimas palabras de la condesa, y mas que sus palabras, su imponente calma, su mirada siniestra, su horrible sonrisa? ¿Habria dado un veneno á su hermana en aquella copa? Y si era así, ¿cómo habia participado de la bebida? ¿qué queria decir aquel *ya es inútil*, anunciado con voz seca, tajante y fria como el hacha del verdugo?

Aun permanecia inmóvil la princesa en la misma postura en que

acaba de dejarla su hermana, cuando se abrió silenciosamente una puerta y apareció Jimeno embozado en una capa y seguido de Inés

Lanzó Blanca un grito de sorpresa, ó una esclamacion de júbilo, ó un jemido de dolor: no sabemos cual de estas sensaciones quiso espresar, ó si las espresó todas juntas.

—¡Blanca, señora mia! esclamó Jimeno desembozándose, y descubriendo su armadura: el cielo se apiada de nosotros. ¡Ah! ¡no puedo espresar el júbilo que siento! ¡Vas á ser libre! ¡vas á ser dichosa! Juntos saldremos del alcázar. Al pie de esta torre nos aguardan los mas valientes y nobles caballeros de tu bando, el conde de Lerin y don Cárlos de Artieda. ¡Ven, espíritu gentil, alma celestial, purificada en el fuego de la desgracia; ven á gozar de la inmensa dicha que nos aguarda!

—¡Jimeno! esclamo con dolorido acento la princesa: ¡Jimeno!! y nada mas pudo decir.

—¡Blanca! ¡Jimena mia! no demores un instante la salida; huyamos de este alcázar maldecido. Conozco el grande sacrificio que has querido hacer por mi: ¡renunciar al trono por conseguir las pruebas de mi nacimiento! Ya sé que Leonor se dá con esto por satisfecha; porque Inés, este ánjel sublime de abnegacion y de virtud, á quien tanto debemos; Inés, á quien yo debia amar, si no te amase á tí: Inés me lo ha contado todo; Inés ha visto á la condesa meter en su escarcela tan preciosos documentos. ¡Oh! no te sonrias tan tristemente, Blanca mia; tu renuncia nada puede perjudicarte, como arrancada por la fuerza. Ven, sál de aqui, te llevaremos á Navarra, te sentaremos en el trono... Jimena! ¿has oido decir que yo era valiente? Hasta que me vea esgrimir el acero á la cabeza de tu bando, nadie ha podido conocerlo.

—¡Jimeno! ¡Jimeno! tornó á decir la princesa con lastimoso acento, que parecia el eco de la muerte: mírame á tus pies de hinojos...

—¿Qué haceis, señora, que haceis? esclamó confuso el capitan viendo á Blanca arrodillada delante de si.

—¿Pedirte perdon por no haber sido bastante fuerte para arrojarme á tus brazos en el trance de tu ignominia?

—¡Oh! ¿quién recuerda?.... alzaos, señora, venid.., no perdamos un instante.

—¡No! ¡no! ¡yo no puedo salir de aqui!

—No os comprendo..¿qué causa os puede detener en esta casa de maldicion?

—¡Jimeno! repuso la princesa, señalando con la mano á la chimenea, ¿ves aquel monton de negras cenizas, que vuelan esparcidas al mas leve soplo del viento?

—¿Y bien, qué?

—¡Esa es tu gloria! ese es tu engrandecimiento... ¡esa es tu corona!

—¡Cómo!

—La condesa ha venido aqui para quemar á mi vista tus papeles.

—¡Ah!—Pero ¿qué importa? Mientras no reduzca á cenizas vuestro corazon; mi gloria, mi orgullo, mi corona no habrán perecido.

—¡Ah! esclamó la princesa, turbios los ojos por el llanto; tú no sabes que mi corazon, mi corazon no puede ser tuyo por mucho tiempo!

—¡Dios mio! ¿qué teneis? ¿porqué temblais?

—Jimeno, en pago de la vida que tantas veces has espuesto por mí, en pago de los inauditos esfuerzos, de las increibles hazañas con que has asombrado la jentileza y bizarría de tres reinos: ¿te parece si he correspondido dándote todo, todo mi amor, y queriendo sacrificarte mi honra?

—Señora, vuestra bondad no tiene límites, con una mirada vuestra hay para pagar sacrificios cien veces mayores que los mios.

—Pues bien, por todo ese amor, por toda esa bondad que me supones; te ruego encarecidamente que te marches...

—¡Ah!

—¡Qué me dejes!

—¡Dejaros yo!

—Que te partas con Inés, y que la ames, que la ames, Jimeno, como has dicho que podrías amarla, si yo no ecsistiese!

—Advertid, señora, que esas son locuras, ó son zelos; y que ni unos ni otros vienen bien en estos momentos supremos, de los cuales depende toda una vida de felicidad.

—¡Ay! ¡ni zelos, ni locuras, ni felicidad! esclamó la princesa, con jemidos: ¡yo no puedo ser tuya, Jimeno! no puedo serlo ya, y quisiera que al partirte de aquí, me dejases el consuelo de saber que habias reparado la única falta quizá que has cometido!

—Venid, señora, repuso el capitan con impaciencia, cada vez comprendo menos vuestra determinacion; hayais, ó no de ser mia, yo quiero salvaros, arrancaros de este sitio, coronar mí obra. Venid, ó diré sino que reducido ya á mi antiguo y miserable estado, os avergonzais de seguirme, y no quereis asiros de mi brazo por temor de que os manche.

—¡Jimeno! ¡Jimeno, calla, ten piedad de mí! ¿no ves mi rostro? ¿no fijas en mí tus ojos? ¿no ves cuán horriblemente estoy sufriendo?

—Pero bien, si yo os perdono, si yo comprendo todo el orgullo de una princesa, porque tambien yo he sido príncipe una hora, ¿por qué sufris? ¿por qué llorais? El golpe está dado, señora: yo beso la mano que me ha herido.

—¡Cruel! ¡cruel, gritó con desesperacion la princesa, el veneno de tus palabras es mas activo que el veneno que tengo en mis entrañas!

—¡Dios mio! ¡envenenada!

—¡Si! ¡envenenada por mi hermana! ¡con un infierno aquí dentro del pecho!... ¡sufriendo horriblemente!... ¡y no sintiendo mis dolores, porque te veia gozoso, porque te escuchaba amante, porque tus palabras tiernas y apasionadas iban destilando gota á gota un bálsamo en el corazon! ¡Y solo, solo cuando me has herido con una sospecha injusta, cuando has dudado de mi amor, de mi jenerosidad, de la pureza de mi alma, solo entonces he sentido este fuego que me abrasa, ese filtro que corroe mis entrañas! ¡Jimeno, Jimeno! ¡como ha sido mi vida, tal debia ser mi muerte! ¡abandonada de todos y oyendo por último consuelo, ofensas y agravios de las personas á quienes mas he querido!

—¡Perdon, Jimena, perdon!

—¡Si, perdon! yo tambien diré como tú:—¡El golpe está dado, y beso la mano que me ha herido!

—¡Pero tú morir, tú morir, amada mia! ¡Oh! Es imposible, viviendo yo. Voy á buscar á la condesa: yo la obligaré á que te devuelva la vida, esclamó Jimeno; abalanzándose como un tigre hácia la puerta que conducia al interior del alcázar.

Estaba cerrada.

Empujóla con violencia, con terrible fuerza capaz de derribar un muro.

La puerta no cedia una sola línea.

—¡Oh! ¡ven, no te canses! *¡Ya es inutil!* ha dicho mi hermana, y ella nada dice en vano.

—¡Venganza, venganza! gritó el capitan: caballeros hay á la puerta del castillo que me ayudarán á vengaros.

—¡Ven, Jimeno! ¡ven, Inés! y no os aparteis de aquí! ¡que muera al menos en vuestros brazos!

Acercáronse junto al sitial en que estaba sentada la princesa, los dos antiguos amantes del castillo de Eguarás.

—¡Agua! decia la princesa, dadme un poco de agua, que me abraso!

—¿Y si está envenenada? advirtió Inés.

—¿Qué importa ya? repuso la princesa con triste sonrisa, y apuró un vaso que la presentaban—.Y ahora, añadió despues de haber bebido: ahora Jimeno ¿harás mas justicia á mis deseos? ¿dirás que me avergüenzo de tí, si te suplico por el Dios á quien voy á ver dentro de algunos instantes, que ames á Inés, que repares las faltas que con ella puedas haber cometido, que la dés tu mano y la prometas ser su esposo.

—¡Pensad en vos, señora, y no penseis en mí! dijo Inés.

Lám. 9

—¡Ah! ¡déjame pensar en él! ¡déjame procurar por su ventura porque, Inés, yo se que tú le amarás, como yo le hubiera amado! ¡yo sé que tú le harás tan feliz, como yo le hubiera hecho!—¡Jimeno! ¡por último favor vuelvo á pedirte que le dés tu mano!

Jimeno alargó la suya, la princesa tomó la de Inés, y uniéndolas, esclamó:

—No os bendigo ahora, porque dentro de breves instantes voy á bendeciros mas solemnemente desde el cielo.

Los amantes de las Bardenas deramaban copiosas lágrimas; y era tal su terror, y tan agolpados estaban en su corazon los mas dulces, tristes é inefables sentimientos, que no podian espresarse de otra manera.

—El único consuelo que llevo al abandonar el mundo, es haber hecho feliz á la que me ha tenido por su rival: dijo la princesa con débil, imperceptible acento.

—Para que yo fuese feliz, repuso Inés, seria preciso que vos no hubíeseis sido tan desgraciada.

—Ahora dejadme recojida un solo momento, que voy á pensar en Dios.

Dijo doña Blanca, y permanecio silenciosa algunos minutos, cubierto el rostro con ambas manos, debajo de las cuales, corrian lagrimas de arrepentimiento. Inés y Jimeno se hincaron de rodillas, pidiendo al cielo no desamparase en aquel trance á la anjelical princesa.

Tan augusto y relijioso silencio, fué interrumpido por el estrépito de la puerta principal, que se abrió de par en par.

Blanca levantó la frente pálida y serena como el mármol.

—¡Llegas á tiempo! le dijo á don Gaston que acababa de entrar.

—A tiempo vengo, sí: mis desposorios han terminado, llegó ya el plazo fijado por mi madre para romper vuestras prisiones: ya sois libre.

—¡Todavía no! contestó la princesa; llegas á tiempo para poder decir á tu madre que la perdono, y que le agradezco la libertad que me ha dado.

Despues de los anteriores tormentos, la princesa habia quedado en un estado de dulce languidez y de sosiego, en el cual no sentia ni el mas leve dolor; y su alma desprendida con suavidad de aquel cuerpo inmaculado, voló al cielo, sin que la convulsion mas ténue, el mas pequeño estertor indicase el apacible tránsito de su espíritu.

La que habia sido tan desventurada en este mundo, no debia sentir, sino anhelar otra vida sin duda mas venturosa.

Muerta la princesa, todavia arrodillados Inés y Jimeno delante de ella, la creían conversando con el Señor en oracion profunda.

Don Gaston permanecia en pie, aterrado con aquel espectáculo, que de una sola mirada habia comprendido.

Cuando Jimeno se convenció de la verdad, cuando vió inmóvil y sin aliento á la mujer que tanto amaba, no pudo reprimir las iras de su pecho, y dirijiéndose á la escalera, por donde habia penetrado, grito con voz de trueno:

—¡Navarra por Beaumont! ¡Venganza, amigos, venganza!

Y no pudiendo contenerse, bajó hasta la puerta de la torre, y allí encontró al conde de Lerin.

—¡Venganza! repitió Jimeno.

—¿A donde vais?

—¡Subid, subid presto! ¡venganza contra la condesa! ¡Incendiemos el castillo! esclamaba el capitan de aventureros con los feroces instintos del bandido de las Bárdenas.

—¡Para que dentro se abrase la reina!

—¡La reina ha muerto!

—Me lo temia. Pero, ¿estais seguro de ello?

—¡Oh! ¿no veis mi dolor!

—Pues ahora, amigo mio, todos debemos dispersarnos.

—¡Como! ¿y no subimos? ¿no la vengamos? ¿y permitimos que doña Leonor....?

—Doña Leonor será tu reina.

—¿Y eso dice el conde de Lerin?

—El conde de Lerin, mientras vivia el príncipe don Cárlos, proclamó rey á don Cárlos de Navarra: el conde de Lerin, mientras vivia la princesa doña Blanca, proclamó reina á doña Blanca de Navarra: y el conde de Lerin, que no tiene ahora rey ni reina á quien proclamar, sería muy sándio en dejar que sus enemigos le lleven esta imensa ventaja.

Dijo así, y le volvió las espaldas aquel tan mal hombre, como eminente político.

Jimeno al verse solo, sacó su espada, y en una esquina de la muralla, la rompió con indignacion, haciéndola mil pedazos.

PARTE SEGUNDA.

Litº de Moreno y Mª Casalo

DOÑA BLANCA DE NAVARRA.

DOÑA BLANCA DE NAVARRA.

SEGUNDA PARTE.

QUINCE DIAS DE REINADO.

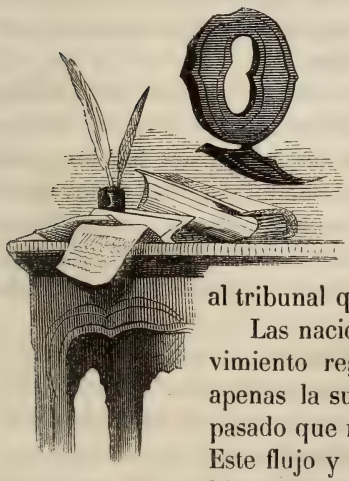
Al Señor Don Andrés Borrego:

al hombre cuyo talento y consecuencia política reconocen todos, y cuyas cualidades personales nadie aprecia tanto como su amigo

Francisco Navarro Villoslada.

CAPITULO I.

Entra el lector en relaciones personales con un santo varon, á quien solo conoce por sus escritos.



QUINCE años han pasado desde la terrible y misteriosa catástrofe que acabamos de referir: quince años desde que la postracion del reino de Navarra estaba indicando su prócsima ruina: quince años desde la perpetracion de un crímen, cuyo castigo parecia reservado al tribunal que falla por toda la eternidad.

Las naciones son un piélago que además del movimiento regular de las instables ondas, que ajita apenas la superficie, sufre otro mas lento y acompasado que remueve hasta las arenas del abismo. Este flujo y reflujo de los acontecimientos, es la esperanza de los pueblos desgraciados, que infunde valor, y fortalece el ánimo en la desgracia; es el temor de los dichosos, que ordena la prudencia en la ventura.

Pero los hombres han conocido la medida esacta del periodo ascendente y descendente de los mares, y solo Dios tiene el compás con que se miden la prosperidad y decadencia periódica de los pueblos.

Cuando despues de quince años nada de nuevo encontramos en aquel antiguo reino sino la intensidad y la ecsacerbacion del mal, forzoso es convenir en que tan largo periodo no era el término de las calamidades de Navarra.

Las guerras civiles de Agramonteses y Beamonteses que estallaron en 1452 con el rompimiento del rey don Juan y de su hijo el príncipe don Carlos; las guerras que no se aplacaron con la muerte de doña Blanca de Navarra, tambien ahora ecsisten en 1479: ecsisten sin objeto conocido, sin un fin determinado: ecsisten misteriosamente, con los inveterados odios que cada bando atesoraba; con la fuerza de la costumbre de veinte y siete años de revueltas; con la indomable altanería, con el turbulento espíritu, con la rudeza y la barbarie de una jeneracion que nace, vive y muere en el estruendo del combate en los vaivenes del triunfo y de la derrota, en la pestilente atmósfera de los odios ulcerados, de los campos teñidos siempre en sangre denegrida.

El conde de Lerin, don Luis de Beaumont es todavía cabeza del bando que lleva su nombre: mosen Pierres de Peralta y su sobrino el mariscal don Felipe de Navarra son tambien caudillos del bando agramontés.

Sin embargo, vamos á verlos juntos en el palacio de sus reyes: vamos á ver al primero, al enemigo mortal de don Juan, casado con una hija suya; y al segundo, al hombre de mas confianza del monarca, escomulgado por el pontífice y perseguido por doña Leonor, tan fuertemente ligada á la política de su padre.

Los que actualmente leyeren esta crónica tendrán en nuestra historia contemporánea la clave para descifrar el enigma. Nosotros menos que nadie debemos estrañar semejantes anomalías: los bandos y los partidos en todos tiempos y lugares presentan un mismo aspecto, iguales vicisitudes, idénticos resultados; y esta es la razon porque hemos dado preferencia sobre otras á la pintura de una época, que si carece del atractivo de la novedad, puede servirnos en cambio de no pequeño ejemplo y enseñanza.

Pues que vamos á referir sucesos lastimosos, comencemos participando á nuestros lectores una noticia, que si ha de producirles la misma impresion que á nosotros, á no dudarlo debe ser muy desagradable. Fáltanos aquella clarísima antorcha que nos iluminaba en los mas tortuosos y recónditos pasajes de la historia: fáltanos aquel faro que nos servia para dirijir nuestro incierto rumbo; aquel *cicerone* que nos contaba los pormenores mas minuciosos, las anedoctas mas simples, los mas estupendos milagros y diabólicas brujerías, con aquella sencillez patriarcal, con aquella credulidad infantil, con aquel rubor virjinal que mas de una vez ha escitado nuestro asombro: en una palabra: no ecsiste

ya la crónica del fraile de Irache; su narracion concluye precisamente en donde la nuestra comienza: en el mismo dia, en la misma hora.

La de tercia seria, cuando á la puerta de una celda del antiguo monasterio de Santa María de Irache, sonaron dos golpes, pausada, pero estruendosamente dados con el nudillo de los dedos, á fines del mes de enero de 1479.

A guisa de quien torna bruscamente de dulcísimos arrobamientos, con deslumbrados ojos y jesto avinagrado, levantó la moronda cabeza un monje benedictino, que arrellanado en su sillon de baqueta con dorados tachones, se habia quedado traspuesto, no se sabe si en fuerza de la meditacion, ó de la madrugada.

Delante del sillon de Moscovia veíase un anchuroso bufete sustentado por haces de delgadas columnas; y en el bufete hasta media docena de pesados libros con prolijos corchetes y adornos de bronce, y un rimero de papeles sobre los cuales reposaba la tranquila y despejada frente del bienaventurado monje, que con la pluma en la mano, parecia estar observando fantásticas visiones, para describirlas á la voz del anjel, como San Juan las del Apocalipsis.

Si lo pausado de los golpes era indicio de respeto; lo fuerte y estruendoso desdecia del recojimiento de los claustros, y revelaba autoridad; y mientras el buen fraile, perplejo en este juicio, tomaba el partido de desperezarse, volvieron á sonar los desusados golpes, como si la persona que los daba se hubiese empeñado en demostrar que no tenia paciencia, ni mano de alfeñique.

Esta vez sin embargo escuchóse á la par una palabra que templaba la rudeza del estrépito.

—¡*Benedicite!* dijo el de afuera.

—¡*Deus!* respondió el de adentro, bostezando.

Para entonces éste casi habia recobrado sus facultades mentales, y pudo sospechar que habiendo transcurrido la hora de prima sin que la campana del coro le despertára, debia estar en ascuas el padre abad hasta informarse por sí mismo del motivo de la tardanza.

Alzóse, pues, de su asiento en esta persuacion, cuando dentro del cancél, cerrado por una cortina de lana, sintió cierto ruido estraño, y mas estrepitoso por cierto que el de las hopalandas de un fraile.

Echó mano temeroso á los papeles, que indudablemente debian ser á sus ojos la prenda mas querida; y en esa actitud de la gallina que tiende sus alas en los peligros para cobijar á sus polluelos, recibió á

un caballero que sosegadamente descorrió la cortina y se inclinó menos en ademan de reverencia, que para no tropezar en el dintel con el gocete del casco.

Era completa su armadura. Tenia celada, y no borgoñona, sino entera; gola, peto con ristre y espaldar; escarcelas y guijotes; brazales, guanteletes, espada sin guarda desde la cruz al pomo, para que sirviese con manopla; puñal y daga. Fuera del caballo, del escudo, y de la lanza, que tal vez habia dejado en la porteria del convento, tenia todas las piezas que los fueros ecsijian al infanzon que recibiese gajes del rey por mesnadero.

Arreos tan prolijos y tan pesados, de hierro empavonado con golpes de plata, llevábalos el recien venido con tanta soltura como gallardía; partes que fuera de su elevada estatura podian tan solo descubrirse en su persona, puesto que toda ella estaba como encerrada en aquella carcel ambulante, que arnés tenia por nombre.

Quiso el monje dar un paso adelante por cortesia; pero sin poder remediarlo, imprimió á sus tendones un movimiento tan contrario, que dió un paso atrás: fenómeno fisiolójico debido á lo estraño de la presencia de un soldado en la celda de un fraile, y sobre todo de un soldado que hablaba latin.

Aunque no sea mas que por disculpar el miedo y el asombro del relijioso, bueno será advertir á nuestros lectores que espantadas las letras con el estruendo de las armas y con los feroces gritos de treinta años de horrores y de venganzas, habian desamparado el reino de Navarra, inmóvil en medio de la ajitacion intelectual en que bullian á la sazon Italia, España, Francia y Alemania.

Los clérigos y monjes apenas conocian otro libro que su Breviario; y cuando los primeros eran nombrados canónigos, y los segundos abades, principiaban su carrera literaria, y no se desdeñaban de *oir esciencia* en el estudio de Tolosa, ó de Paris, alargándose algunos decretalistas á las universidades de Alemania. Ignórase que por aquel tiempo hubiese en Navarra mas escuela que una de gramática en Sangüesa, con prohibicion terminante de establecer otra en ningun pueblo de la merindad. La villa de Lumbier solicitó diez años antes el mismo privilegio, que le fué negado por la princesa doña Leonor, gobernadora del reino y lugar teniente de su padre.

Como no todos eran abades, ni canónigos, para costear un viaje hasta Maguncia; ni tenian estímulo y paciencia para escuchar el macarrónico latin del Dómine de Sangüesa, de presumir es que la lengua del Lacio no seria muy familiar á los hijos del Pirene.

—¿El padre maestro Abarca? preguntó al entrar el discreto soldado.

—Yo soy hermano : respondió el monje, un poco mas alentado con el suave acento y mesura del caballero.

—Dígnese vuestra paternidad leer esta epístola, dijo el entrante, sacando de su escarcela de cuero un pliego que desparcia deleitosa fragancia.

—¡Una misiva! esclamó el fraile : ¡y de letra de mujer, si mal no me engaño! ¡y de mujer que sabe mas de esencias y de perfumes que de cilicios y disciplina!

Y en las macilentas mejillas del venerable asomaron unas tintas de carmin tan pudoroso, que no pudo notarlo el caballero sin sonreirse allá en sus adentros.

—Perdonad, hermano, continuó el relijioso, sin licencia del abad no puedo abrir esta carta.

—Lo que es para abrirla no habeis menester del permiso del abad, ni de nadie, porque viene abierta: y si en leerla temeis faltar á la regla, no os acuiteis, buen padre, que licencia tengo yo para leerla por vuesa reverencia.

—Eso me prueba, señor soldado...

—Pico mas alto.

—¿Rico-home por ventura?

—Mas bajo; pero, en fin, llamadme por cualquier nombre, y por cualquier título y en cualquier idioma; que como á mí vaya enderezada la pregunta no temais quedaros sin respuesta.

Miróle el fraile de hito en hito; fijó sobre todo sus miradas en las espesas barras de la visera, y como nada pudiese sacar en limpio, se restregó los ojos que, por cierto, no tenian la culpa de la impenetrabilidad del caballero, y prosiguió sus interumpidas razones:

—Eso no me prueba, señor hidalgo, lo que ya vuestra presencia me habia indicado...

—A saber, que soy algo mas que un mensajero.

—Así es la verdad, contestó el padre Abarca, mirándole segunda vez en guisa de hombre que se pasmaba tanto de la arrogancia como de la penetracion del incógnito.

—¿Con que teneis escrúpulo...?

—Ninguno, puesto que por tan buen conducto ninguna mala tentacion puede venirme.—Ante todo veamos la firma, añadió el fraile, desdoblando prolija y cuidadosamente el ancho papel de lino, como apreciador de un lujo caligráfico no comun en aquella época.—¡Gran papel para tan pocos renglones...! ¡Cuántas cosas se hubieran podido escribir aquí!—Veamos la firma. ¡Leonor á secas! Esto es firmarse á lo príncipe.

—Es que son de una princesa las letras que estais viendo.

—¡Cómo! ¡de la reina! esclamó el monje, echando mano á la frente para quitarse la capilla de la cogulla, cuando ni cogulla ni capilla tenia puestas.

—¡Reina... todavia no! replicó vivamente el caballero, y el timbre de su voz parecia haberse oscurecido al pronunciar estas palabras.

—¿Que no es reina? ¿Pues por quién doblan esas campanas, por quién entonamos fúnebre salmodia, y celebramos con negros paramentos sino por el muy ilustre señor don Juan II de Aragon y de Navarra que acaba de fallecer en Barcelona?

—El martes de la semana pasada, á 19 de Enero del año 1479, á los 82 años de su edad. ¿Quereis mas pormenores para vuestra crónica, padre mio?

—¡Gracias! dijo este, lanzando furtivas miradas á sus papeles. Justamente, hermano, cuando llegasteis estaba meditando el juicio que habia de formar de este gran rey, para terminar mi obra.

—El juicio es muy sencillo, contestó el desconocido. Ambicioso, manchado con todos los crímenes á que la ambicion impele: adornado con todas las prendas que justifican la ambicion, en el norte de la península es el representante de esa infame escuela política mas artera que belicosa, que tiene por lema el *respice finem*, y que por mirar al fin se desentiende de los medios: personificada en Francia por Luis el Onceno, y por César Borja en Italia.

Calló el desconocido, y el fraile se quedó mirándole con los ojos desmesuradamente abiertos, no ya curioso, sino asombrado, y con un asombro que casi rayaba en estupidez. Un lego, un soldado le habia esplicado en un minuto lo que él no supo esponer en toda una noche de vijilia, terminada por un sueño beatífico.

Las opiniones del guerrero tenian ya sobrada autorizacion para que el relijioso se desdeñase de consultarlas.

—Y despues de la muerte del rey don Juan, pregunto; no ecsistiendo ya don Carlos y doña Blanca de Navarra, quién puede disputar la corona á doña Leonor?

—¡Disputársela ya..! Nadie. Todos sus contrincantes han muerto... casualmente..!

—Entonces, ¿cómo la rehusais el nombre augusto..?

—En Navarra nadie reina hasta que las cortes le reconocen como rey, y le ecsijen el juramento, y los ricos-homes le alzan en el pavés, y los heraldos le proclaman.

—¡Ba! ¡ba! Distinciones son esas buenas para mosen Thibaut, mi catedrático de prima en Tolosa.

—Mosen Thibaut os diria que doña Leonor es reina *de jure*; pero no *de facto*: *virtuáliter*; pero no *formáliter*.

—¡Jesús me valga, y nuestro glorioso predecesor san Veremundo, y nuestro padre y patriarca san Benito! esclamó el monje santiguándose. Asaz es para un seglar cortar el latin como el canónigo mas aplicado; pero ¡haber estudiado sumulas..! ¡Confesad, señor, que con todo vuestro talante sois de la regla; que mas en usanza está ver un monje soldado que un soldado monje!

—Leed la carta, si os place, padre maestro.

La carta estaba concebida en estos propios términos:

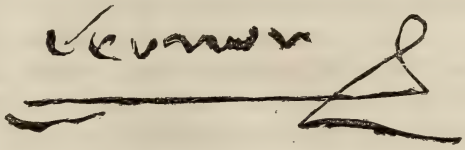
«Reverendo padre y muy especial señor:

«Sabed que al hacer de las presentes, magüer contristados y afli»jidos por la muerte de nuestro ilustrísimo padre (Q. D. G.) estamos »buenos, á la merced de Dios, el cual por su santa piedad quiera que »así sea de vos, y de todos los de vuestra santa casa.

«Otrosí; sabed que he menester de vos para un especial encargo »redundante en gloria de su divina magestad y bien de este reino; para »lo cual debeis poneros inmediatamente en camino.

«Otrosí; sabed que el mensajero que os envio es persona de toda »confianza y que debeis ateneros á sus razones.

«Dado en el alcázar de Estella, á 22 dias del mes de enero de 1479.«



—¿Pero esta carta á quien se dirije?

—A vos, reverendo padre.

—¡Pero la reina no me conoce!

—Os conozco yo:

—¡Pero no veo aquí mi nombre!

—Os entrego yo el papel.

—¿Pero quien sois vos?

—Quien yo sea, la carta lo dice: un mensajero de toda la confianza de la princesa.

—Pero ¡vuestro nombre!

—¡Qué se yo!.. dijo el desconocido: ya os he dicho que responderia por cualquiera.

—¡Cosa estraña!

—¿Lo dudais?—Cuyo es el oficio de este dia?

—El oficio de este dia es de Difuntos, pero hacemos conmemoracion de san Ildefonso.

—Llamadme Alfonso.

—¿Don Alfonso?

—De justicia, reverendo padre, no podeis negarme el *don*. Vos que, á fuer de coronista, tan entendido sois en materia de fueros, viendome tan completamente armado de esta guisa, debeis suponerme por lo menos un infanzon, un mesnadero.

—En hora buena, señor hermano; dispuesto estoy á reputaros por un obispo, y abad mitrado, cuanto mas por hidalgo y caballero. Digame pues el señor don Alfonso, si le place, las órdenes de la reina.

—Muy sencillas son las órdenes de *la infanta*.—Padre maestro: ¿no estais escribiendo una crónica? Y en ese libro, que no tanto por modestia, como por conservar una imparcialidad que pudiera seros peligrosa, recatais á todo el mundo, ¿no os lamentais de la suerte miserable de esta pobre monarquía, víctima de la ambicion de los zelos y rivalidades de dos familias? ¿No habeis recordado aquello de *Omne regnum in se divisum desolabitur?*

—¡Dios mio! ¡Tambien la Biblia! murmuró el fraile, mirándole á la celada, como si en sus perfiles de hierro quisiese encontrar la fisonomia de aquel personaje misterioso: si su ciencia fuese mas profana seguramente que le tendria por brujo.

—Como historiador filósofo y como relijioso, prosiguió el caballero: ¿no habeis meditado sobre esto, y no se os ha ocurrido alguna idea?

—Si señor, y aun con el conde de Lerin que es mi amigo, y muy devoto y protector de esta santa casa, he conferenciado muchas veces, dijo el padre restregándose las cejas enarcadas, como si quisiese con el frotamiento hacer brotar la electricidad de su cerebro: y os aseguro que no me sé esplicar porque entre dos familias cristianas se perpetuan esos ódios, esas guerras sangrientas... ¡Si al cabo fuesen judíos ó paganos privados de la comunion de los fieles y de las gracias espirituales..!

Por muy prevenido que pareciese estar el caballero acerca de la simplicidad del fraile de Irache, no pudo reprimir cierta sonrisa al ver las muestras de la filosofia histórica y de las elucubraciones del cronista.

—¡Magnífico! dijo para su celada: este es el hombre que necesito.—Pues bien, padre prosiguió en alta voz; doña Leonor os escoje para remediar estos males.

—¡A mí!

—A vos, padre maestro.

—¿Para qué habeis dicho?

—Para que reconcilieis á las familias enemigas; para que estingais esos bandos inveterados; para que pacifiqueis el reino de Navarra; para que...

—¡Pero, señor..! repuso el fraile balbuciente: pero yo... como!

—Con fé y caridad: ya sabeis que el Señor dijo á sus discípulos que con fé trasladarian montañas, detendrian el curso de los rios...

—Pero, yo que de seglares no conozco apenas mas que al conde de Lerin; yo que solo he estado en la corte cuando fuí antes de ayer con la comunidad á dar el pésame á la reina doña Leonor!.. Y luego la reina dicen que está subyugada por un aventurero, por un favorito... á quien entonces me mostraron... y luego es preciso entenderse con mosen Pierres de Peralta, que está escomulgado por la muerte que dió al obispo Chávarri!.. ¡y tanto judío como hay en Navarra! ¡tanto moro! ¡y sobre todo tanto agote como nos infesta!..

—Sin embargo Ester y Judit eran unas pobres mujeres...

—Basta, señor: en vuestro lenguaje conozco que sois algun santo prelado, y que os envia Dios...

—Pronto lo habeis dicho: ¿qué se yo si Dios ó el diablo?

—¡Jesucristo! esclamó con espanto el relijioso, que por una transicion tan brusca como natural en el trastorno de su fantasía, principió á tener por salido de los infiernos al que creia bajado del cielo.

—Ya os lo dije antes, reverendo padre: ni tan alto, ni tan bajo: tenedme siempre por hombre y os daré las gracias.

—Descubrios, por favor, señor... no sé como llamaros!

—Decidme antes, vos, que sin ser abad ni canónigo habeis estudiado; vos, que sois bueno, puro, y sencillo de corazon; vos, que sin duda recibiréis los rayos de la inspiracion divina sin que se adulteren al traspasar por el inmundo lago de una conciencia corrompida; decidme si el hombre puede secundar las miras de la Divina Providencia, y ausiliarla, y...

—¿Quien lo duda?

—Si el hombre, prosiguió el desconocido con calor y ajitacion: si el hombre puede impedir un bien parcial y momentáneo para llegar á un bien mas sólido y perdurable...

—Impedir el bien es hacer el mal, y esto...

—¿Y si se trata de castigar al malvado, de estorvarle la consecucion del fruto de sus crímenes?

—Al malvado solo le castiga Dios en el cielo, y en la tierra las autoridades que representan á Dios.

—Pero supongamos una persona tan alta que no tenga superior en la tierra: supongamos un rey, padre maestro: ¿quién castiga á los reyes delincuentes?

—Dios tan solo.

—¿En el otro mundo?

—Y en este. Los pecados de los reyes son el azote de su pueblo.

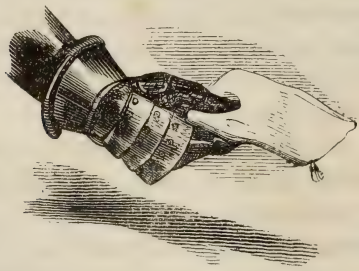
—¡Oh! Basta, padre maestro, basta. Perdóneme Dios, si me revelo contra semejante doctrina: yo la veo, la toco; pero no la admito. Cuando terminéis vuestra crónica no olvideis esa sentencia terrible: *los pecados de los reyes son el azote de su pueblo.*

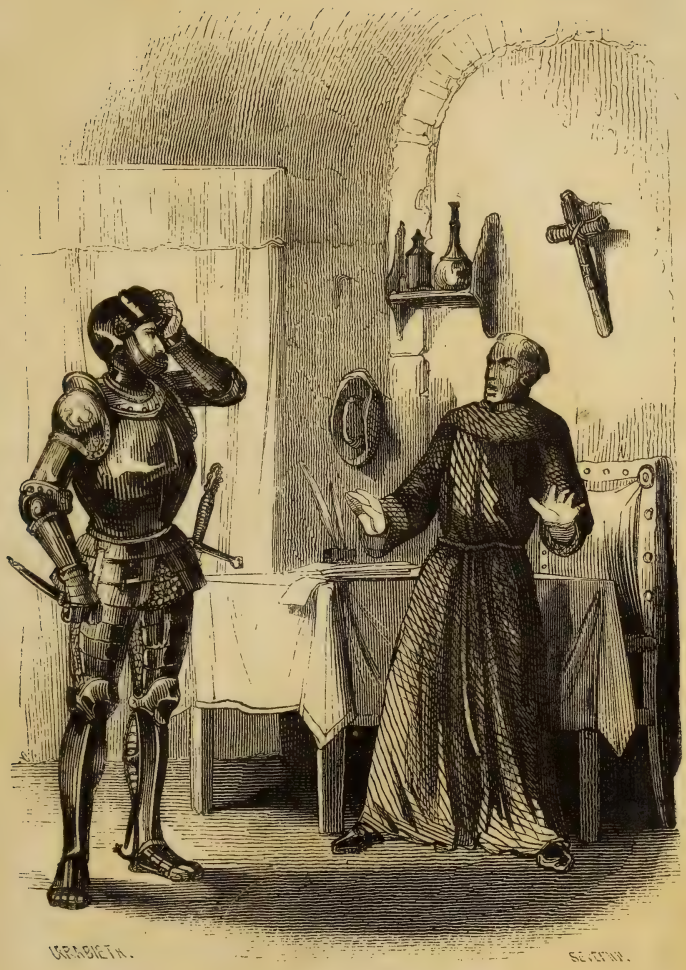
El acento con que don Alfonso pronunció estas palabras, revelaba cierta amargura, cierto resquemo de su alma, que aparecieron mas claros cuando súbitamente levantó la visera, dejando ver el rostro de un hombre ya maduro, pálido, moreno, suavemente encendido por esas oleadas de sangre del corazon apasionado, cuyo embate se siente en el pecho entumecido, cuyo hervor se percibe en el acento, cuya espuma es el carmin que enciende las mejillas, cuyos reflejos son los ojos, centellantes y sombríos como los del caballero, dulces á un tiempo y rencorosos, nuncios de todas las venganzas, de todas las pasiones jenerosas, de todos los sacrificios, de todos los misterios.

—¡Jesus, Dios mio! esclamó el padre, ¿sois vos el...

Y sus lábios se cerraron de pronto, como si hubiese querido cerrar la salida á una palabra imprudente que iba á deslizársele.

—Continuad, padre mio; repuso dulcemente el caballero: no soy yo de aquellos á quienes la verdad ofende: ¡Yo soy el favorito de la reina!





Lám. 10

CAPÍTULO II.

De la nevada que cayó en Estella, á fines de Enero de 1479: con otros sucesos no menos estraordinarios.

DIFICILMENTE podia haber escojido doña Leonor de Fox un hombre menos á propósito que el fraile de Irache, para la desesperada empresa de reconciliar á los bandos. Crédulo, sencillo, mas acostumbrado al trato de los libros que al del mundo, érale la corte un pais desconocido, al cual se complacia en poblar de mas fantasmas, trasgos y encantamientos, de los que buenamente han salpicado su obra; inédita aun, por desgracia de las hilanderas y nodrizas, que hallarian en ella sabroso pasto para entretener la devoradora curiosidad de toda una escuela de párvulos.

Descollaban en el monje, sin embargo, ciertas cualidades, que si

no le servian de mucho para suavizar las costumbres de los rudos señores feudales de aquella época, podian en cambio ser esplotadas por manos tan hábiles, como, por ejemplo, las de su amigo el conde de Lerin.

Los coronistas de antaño, venian á ser los periodistas de ogaño. curiosos, observadores, y muy dados á las ciencias cronolójicas y chismográficas: y si á lo de periodista se agrega lo de fraile, no hay que preguntar si el nuestro tendria instintos de componedor y de casamentero. La ecsactitud era á sus ojos la prenda mas recomendable en un historiador; y el *non plus ultra* de su obra, marcar bien el año, el mes, el dia de un acontecimiento, con los nombres y apellidos, y los pelos y señales de los que en él figuraban.

Razon tenia el buen fraile: coronistas de su estofa y de la nuestra, somos los picapedreros que labramos á regla y compás las piedras sillares, para que venga luego el arquitecto que levante con ellas el alcázar soberbio de la historia.

Era además tan puntual en sus acciones como en sus escritos; era uno de esos hombres mas prolijos y esmerados en negocios ajenos, que en los suyos propios; uno de esos hombres para quienes no hay nada pequeño; que á todo consagran todo su celo, todas sus facultades, todo su tiempo.

Así fué que, mientras en cumplimiento de la regla, pasó á la celda abacial á pedir la venia al superior, iba cavilando en la paz; y en la paz cavilaba al acomodarse la cogulla, y encasquetarse el sombrero, únicos arreos que, amen del Brebiario, llevaba para el viaje. Armado de esta guisa, descendió hasta la portería, acompañado de don Alfonso; y allí cabalgaron, el uno en su brioso corcel normando, y el otro en una mula tamaña como un elefante, sepultando los pies en sendos estribos, que pudieran servirle de albergue en caso de ventisca.

Este caso no estaba lejos. Cosa de la mitad del camino habrian andado, seguidos á cierta distancia de un escudero y de un lego; los amos fortaleciendo el espíritu con graves meditaciones, y los criados refocilando sus cuerpos con tragos y tasajo; cuando del cielo aplomado que grabitaba sobre las montañas de alabastro, comenzaron á desprenderse copos de nieve; primero floja y desmayadamente, y luego cuajados, impetuosos, azotando el rostro de los caminantes, á quienes el viento obligaba á suspender conversacion y almuerzo.

Viento podia llamarse entonces: pocos minutos despues ya merecia con propiedad el nombre de huracan. La nieve no descendia solamente de las nuves; brotaba tambien de la tierra en espantosos remolinos; cruzaba en todas direcciones, menuda, violenta, punzante; introduciéndose por todas las junturas del arnés, por todos los poros de los há-

bitos; robando el habla á los caminantes; impidiéndoles la respiracion, y aturdiendo, en fin, de tal manera á los hombres y á las caballerías, que insensibles estas al acicate, bajando la cabeza y agachando las orejas, se quedaron enclavadas y medio hundidas en un ventisquero, á riesgo de perecer con los jinetes.

Abarrancados allí, defendidos algun tanto del viento, sentian pasar por encima las oleadas que dejaban caer moles de nieve, como la tierra que va echando el sepulturero sobre el cadáver.

El peligro era ya muy inminente, cuando en el fondo de aquella revuelta atmósfera se dibujaron confusamente los contornos de un bulto negro, que rompiendo á duras penas la espesura de la nieve, y luchando contra el huracan, se acercó á los caballeros.

Era una mujer ¡cosa increible! aquella persona que sobrepujaba en fuerzas y resolucion á guerreros avezados al rigor de las borrascas: era una mujer cubierta con un manto, y de tosca y pesada túnica de sayal negro, que al ondear dejaba ver unos pies descalzos y amarillentos.

—¡Oh! ¡Lo esperaba! ¡Lo esperaba! esclamó el desconocido al verla.

Y ella sin responderle, sacó una mano pálida y descarnada, y asiendo al corcél por el bocado, le hizo andar fácilmente, y lo sacó de aquel peligro, llevándole á su antojo como un cordero. La mula del monje siguió al caballo del infanzon; y al caballo y á la mula, las caballerías de los criados; todos por instinto, todos maquinalmente, todos en silencio.

Don Alfonso fué el único testigo de aquella misteriosa aparicion: los demás con los ojos cerrados y la frente abatida, nada pudieron notar: dejábanse llevar por las bestias, renunciando á darlas direccion. Confiados en el instinto de ellas, ó en la Divina Providencia, su afan era tan solo cubrirse bien el rostro, afirmarse en los estribos, y asirse con ambas manos del arzon para no ser aterrados por el torbellino.

—¿Quién sois? gritaba el caballero, cuando su aliento se lo permitia: ¿quién sois? ¿á dónde me llevais?

Pero su voz se perdia sin duda entre los rujidos del huracan, porque la mujer no le contestaba, ni volvia siquiera el rostro para dar á entender que percibia el eco de su voz.

—¡Siempre lo mismo! decia entre dientes el desconocido: ¡en todos los peligros, en todos mis apuros, en todas mis necesidades, y siempre lo mismo!

Muy presto se hallaron debajo de un cobertizo de dos vertientes, que se alzaba delante de la puerta de una ermita.

Allí pudieron respirar, abrir los ojos, soltar la lengua; pero el monje antes de practicar esta última dilijencia, se hizo cruces y se deshizo

en aspavientos, y prorrumpió luego en semejantes esclamaciones:

—¡Santa María me valga! ¡san Munio y san Veremundo, hijos de nuestra santa casa, nos asistan! Pues cuando creí, ¡Dios me perdone! que íbamos á caer en un derrumbadero ¿no nos hallamos delante de la ermita de la penitente?

—¡La penitente! dijo el caballero: ¿es por ventura penitente esta mujer que nos ha salvado?

—La misma que estais viendo, señor infanzon, y ante quien es ya irreverencia, y casi ingratitud que no nos hayamos postrado.

La indicacion del relijioso era demasiado oportuna para no ser al punto obedecida. Todos concibieron que por milagro estaban en salvo, y que debian humillarse ante la autora del milagro.

Nada mas comun en la edad media que esta especie de monjes, solitarios, imitadores de los anacoretas de la Tebaida, y que voluntariamente, ó por penitencia impuesta por el confesor, hacian una vida mas austera que la de los claustros. Iban á espiar sus pecados, y de aquí les vino el nombre de penitentes.

Fundábanse cada dia nuevas órdenes relijiosas; erijíanse con incansable celo nuevos conventos: unas veces los monasterios iban á buscar á las ciudades, y otras las ciudades buscaban á los monasterios: y de esta manera la civilizacion se estendia, y se derramaba de las poblaciones á las selvas, y de las selvas á las poblaciones. Pero como si este gran movimiento social, muy semejante al movimiento económico del cuerpo humano, no bastase para llenar los altos fines de la Providencia, todavía, como complemento del sistema, se veian muchos solitarios que penetraban en el corazon de las montañas mas agrestes y desamparadas; llevando la sublimidad desconocida de las virtudes cristianas al hondo de las grutas; pegándose unas veces á las rocas, como el musgo, á las ermitas como la imájen, á los nichos de los grandes edificios urbanos, como el ave que planta su nido entre ruinas y ahuyenta con su presencia los reptiles que bullen alrededor.

Las mujeres sobre todo sobresalian en este linaje de empresas, para las cuáles quizá se necesitaba mas fuerza de imajinacion, que robustez corporal; mas sentimiento que convicciones. Tiernas y delicadas doncellas sepultábanse vivas en la impenetrable espesura de los bosques vírjenes, y manteniéndose de yervas y de frutas, apenas daban treguas por breves instantes á la contemplacion; y vivian, y morian ignoradas, desconocidas, olvidadas del mundo; hasta que un cazador descarriado; un caballero, conducido en un caballo desbocado; un sencillo pastor descubrian el cuerpo fresco y exámine de aquella penitente, muerta muchos años antes, cercada de suavísima aureola y de balsámica fragancia, y defendida por las fieras.

La solitaria se convertia en santa : la cueva en catedral ó monasterio, y el bosque en poblacion. Los monarcas colmaban á la iglesia de riquezas, y á la villa de fueros y de franquicias.

Otras veces las penitentes se consagraban al servicio de una imájen, al cuidado de una capilla dentro, ó cerca de las ciudades. Vivian en el mundo y fuera del mundo. En él por la caridad ejercida en grado heroico ; fuera de él por su absoluta abstraccion de los negocios terrenales. Flores escondidas y misteriosas, cuya presencia solo era conocida por la fragancia de sus buenas obras.

A esta última clase pertenecia la penitente de Nuestra Señora de Rocamador, llamada así porque cuidaba del aseo y ornato de esta famosa capilla, situada estramuros de Estella, en el camino de Irache. Pero la penitente no vivia en la misma capilla, sino en una medio choza, medio ermita, mas apartada que aquella del camino y de la ciudad, y á la falda del monte, poblado entonces de corpulentos árboles y maleza.

—¡Gracias, señora, gracias! esclamó el caballero de hinojos ante la sierva de Dios : por libertarnos de un peligro, os habeis espuesto á perecer en medio de él : nosotros veníamos á caballo, vos á pié : nosotros vestidos, vos descalza... ¡Bendiga Dios tanta caridad!

La penitente no respondió una sola palabra : sacó su mano debajo del manto, la misma mano pálida, estenuada y cadavérica, y con la cual hizo un ademan para que entrasen á mejor abrigo.

Don Alfonso asió aquella mano, y la besó en señal de gratitud y de reverencia.

Creia encontrarla arrecida y helada : hallóla trémula, ardorosa, calenturienta.

En medio de la cabaña ardia una pequeña hoguera, al rededor de la cual se acomodaron los caminantes.

La blancura de las paredes y la disposicion de aquel humilde tugurio, indicaba que por primera vez se habia encendido fuego dentro de él. Aquella lumbre no estaba destinada para la penitente sino para sus huéspedes.

Una grande cruz, una calavera y Breviario sobre una blanca y tosca mesa de pino, eran sus principales adornos; cuya severidad se templaba por una jaula, dentro de la cual gemia una tórtola; único objeto profano de aquel imponente recinto.

—Santa mujer, dijo el caballero con persuasivo acento : en nombre de Dios os ruego me reveléis que fin habeis tenido en salvarnos.

Tampoco despegó sus lábios la penitente.

—¡Pardiez! respondió el fraile, viendo que ella no daba muestras de querer hacerlo : ¿qué fin ha de haber llevado sino el de cumplir con el precepto de la caridad ?

—Teneis razon ; y soy un insensato en... Pero ¿nos conocíais por ventura? añadió el infanzon volviendo á dirijirse á la penitente : ¿como sabiais que nos hallábamos en peligro?

Como la ermitaña callaba, el monje, que ya se creyó con plenas facultades para servirla de intérprete, se apresuró á contestar :

—La caridad no hace distincion de personas; de consiguiente no ha menester de conocerlas. La sierva de Dios nos habrá visto venir del monasterio antes de la ventisca, y habrá salido al camino : ó el Señor se lo habrá revelado si estaba en oracion mental ; ó sin revelárselo habrá sido una vaga inspiracion ; ó... ¿No es así, venerable hermana?

Tampoco el padre Abarca, tenia por lo visto la virtud de hacer hablar á la solitaria.

—¡Oh! pues esas dudas que manifestais, padre mio, y que apenas os inquietan me traen á mi caviloso, meditabundo, desasosegado.

El infanzon miraba al rededor; andaba buscando un pretesto para despedir á los criados, cuando los caballos comenzaron á relinchar muy oportunamente. El escudero y el lego, acudieron al reclamo. Dice la historia que ambos tenian por lo menos tantas ganas de dejar la compañía de sus amos, como sus amos de despacharlos : la historia no dice el por qué ; pero se presume que mas que los relinchos, oian ellos las voces con que les estaba llamando el almuerzo interrumpido.

—No lo estrañeis, señores ; prosiguió el caballero, ya libre del auditorio que le molestaba : ese ausilio que he recibido de vos, penitente, lo estaba esperando.

La encubierta hizo un movimiento con los hombros, que pudo ser de sorpresa, de indiferencia, ó de incredulidad.

—Lo esperaba, sí, como lo espero siempre, siempre! ¡en todos los trances de mi vida! repuso el caballero con fé y con entusiasmo.

—¿Tan segura teneis vuestra dicha? preguntó el relijioso.

—Sí dicha es, padre mio, ser invulnerable en la guerra ; ser rico no teniendo nada ; salir ileso en todos los peligros ; triunfante en todas mis empresas; si dicha es esto, confieso que soy el mas dichoso de los hombres.

—¡Cáspita! ¿Y no os teneis por venturoso, todavía, segun el triste acento con que nos estais refiriendo tantas maravillas?

—Para saberlo, me falta conocer de donde procede mi felicidad.

—¿De donde procede el bien, sino del oríjen de todo bien?

—Es que yo, escuchadme, santa mujer, escuchadme, padre mio, que os lo digo como un desahogo del corazon oprimido ; como una revelacion que se hace á los pies del confesor, delante de personas que tan cerca están de Dios, por su ministerio y por sus virtudes : yo tengo una providencia particular que vela por mí, además de la providen-

cia general que vela sobre todo lo criado, y de la providencia especial que vela por el hombre. Yo me sonrojo cuando me apellidan valiente; porque ¿quién puede llamarse tal, si está seguro de vencer? Yo me avergüenzo si me aplauden por jeneroso: porque ¿quién dá bastante cuando está seguro de que nada le ha de faltar? Hoy es la penitente la que me socorre: mañana un desconocido; despues un caballero de alta guisa, y al otro dia un miserable pastor: hoy es en Estella, mañana en París, en Magunicia, en Padua, en Salamanca: y yo quiero seguir el rastro de estos beneficios, y me pierdo, y descarrio, y me abismo en conjeturas y confusiones. ¿Sabeis algo, señora? ¿Quereis descubrirme quien ha venido aquí á deciros que fueseis á salvarme? ¿Podeis aclarar mis dudas?

La penitente que permanecia en pié delante del caballero, con los brazos cruzados y la frente inclinada hácia adelante, guardó tambien aquel obstinado silencio que ya parecía misterioso.

No era sin embargo una estátua inmóvil é insensible: por la lijera oscilacion del manto podian contarse los latidos de su corazon.

—¡Es inútil todo cuanto yo haga! ¡Esta visto! dijo el caballero.

—Dejémosla, añadió el benedictino: sin duda ha hecho voto de silencio.

Hubo un momento en que todos lo guardaron profundamente.

El huracan seguia rujiendo y azotando las paredes de la choza, ya medio sepultada en la nieve.

El estruendo parecia mas lúgubre en aquella pavorosa morada, cuando las bocanadas de viento abrian con estrépito la puerta, y la cruz oscilaba, y la calavera se estremecia, y ambas chocaban contra la pared con ruido seco y medroso... En aquella ocasion tambien la tortola ayudó á tan fúnebre armonía con sus jemidos profundos, tristísimos y monotonos.

Aquellos arrullos sacaron á la penitente de su distraccion ó enajenamiento; y solícita y tierna como una madre acudió al llamamiento del ave que se aprocsimó á los hierros de la jaula para recibir las fiestas y caricias de su compañera.

Viendo el infanzon tan entretenida á su huesped, desesperó ya de arrancarla una sola palabra, y en un banquillo de haya sentóse al amor de la lumbre, mientras pasaba la tempestad.

El fraile habia practicado esta operacion mucho rato antes, y para no perder tiempo, se puso á meditar en la comision que se le encomendára, y de la cual se habia distraido demasiado para su jenio.

—Decidme, señor Infanzon, saltó de repente: ¿qué os parece de la hija mayor del conde de Lerin?

—¡Catalina! ¿Qué ha de parecerme sino que es la criatura mas perfecta de la tierra?

—¡Y eso que no tiene apenas quince años..! Justamente la propia edad, decia el relijioso como respondiendo á sus pensamietos.

—¡Sí, quince años! esclamó el desconocido, con un acento de indefinible ternura y melancolía.

—Menos veinte y un dias, añadió el puntual historiador: como que nació precisamente el mismo dia en que murió la pobre doña Blanca de Navarra. ¿Sabiais esa particularidad?

Ni con palabras ni con ademanes contestó el desconocido, que hasta entonces habia dado muestras de la mas delicada cortesanía.

La penitente cesó en sus caricias á la tórtola, y permaneció vuelta de espaldas á sus huéspedes.

—Pues si, hermano don Alfonso; el mismo dia del fallecimiento de aquella princesa, tan hermosa como desgraciada, vino al mundo Catalina de Beaumont; como si el alma de aquel ánjel, antes de pasar al al cielo, hubiese querido permanecer algun tiempo mas entre nosotros en el cuerpo de otro ser anjelical.—¿Y qué es del mariscal don Felipe de Navarra? ¿no se ha casado aun?

Tampoco respondió el desconocido; porqne antes de que pudiese oir esta última pregunta, abrió la puerta de la choza, salió al cobertizo, y desnudándose el guantelete de la derecha, se restregó los ojos cuajados de lágrimas, y cerrando la celada apresuradamente, para que su turbacion no fuese conocida, tornó á ponerse la manopla y se reunió al reverendo.

Tambien la penitente habia llorado; porque en su túnica de sayal brillaban algunas lágrimas que reflejaban el color rojizo de la hoguera.

—Me hablabais, padre maestro... dijo al recobrar su asiento el caballero, con voz un tanto conmovida, pero blanda y cariñosa: me hablabais de...

—Os preguntaba si el mariscal don Felipe, cabeza de vuestro bando agramontés...

—No; me hablabais de doña Catalina de Beaumont, de la hija del conde de Lerin, nacida en el mismo dia en que espiró doña Blanca de Navarra.

—Justamente: en 12 de febrero de 1464.

—¿Y habeis hecho notar esa circunstancia en vuestra crónica?

—¿Pues cómo queriais que se me pasase por alto una cosa tan estraña, ó por mejor decir tan providencial?

—¡Providencial! ¿Cómo entendeis esa palabra?

—Antes la espliqué, pero sin duda estabais distraido. ¿No os parece que en la creacion de Catalina se vé muy claramente la mano de Dios, que le ha dado toda la hermosura, toda la bondad del corazon de la princesa de Viana, en el mismo instante en que el alma de esta subia al

cielo á gozar de una dicha que el mundo le negó tan obstinadamente?

—¡Oh! ¡Pitagórico estais, padre maestro! esclamó el desconocido, con un alborozo que apenas podia disimular. ¿Y en ese sentido os habeis esplicado en vuestra historia?

—Tengo una dificultad para responder.

—¿Cual

—¿Es el partidario de la reina doña Leonor quién me dirije la pregunta?

—¡Ah! Reverendo padre, yo sé muy bien que el juicio de la pluma y el de la espada no siempre son el del hombre que las maneja.—En prueba de ello me veis á mí, favorito, segun dicen, de la condesa de Fox, apreciar vuestra imparcialidád, enamorarme de vuestro libro... ¡Ea! ¿Quereis entregárme el manuscrito para imprimirlo en las imprentas de París, ó en la que acaba de establecerse en Valencia?

—¡Mi libro! ¡Mi libro en estampa! esclamó el fraile, como aturdido por un golpe inesperado.

—Si; vuestra crónica del reinado de don Juan II.

—Pero decidme, hermano don Alfonso... yo no he visto libro alguno, asi... hecho con esa especie de amanuenses de máquina... El padre abad iba á vender el molino harinero de dos muelas, que vereis luego sobre el Ega, y con su coste queria comprar el *Cathólicon Joannis Januensis* y las *Obras de san Agustín*; pero la comunidad se opuso... porque ¿quién sabe si es de Dios, ó del diablo la invencion de la imprenta?

—De todo puede tener.

—Eso es lo que decia el padre refitolero; y en caso de duda, añadia: ¿no vale mas meter en casa buenos costales de pan, que no los enemigos malos?

—Pero ¿no quisierais que lo que vos escribis en el silencio de la celda, segun vuestra conciencia, segun vuestro capricho, sin mas trabajo que entregármelo, mañana amaneciese en mil diversas partes, en manos de un sin número de personas, que lo estudiasen, que lo admirasen, que lo aplaudiesen..?

—¡Mi crónica! esclamó el fraile casi llorando de gozo. Pero ¿que habeis visto en ella para creerla digna de..?

El padre Abarca no se atrevió á decir de tanta honra.

—El buen juicio que habeis formado de doña Blanca de Navarra.

La ermitaña lanzó un suspiro; y la tórtola como si quisiese confundirlo tornó á sus arrullos.

—Yo he dicho sencillamente lo que todo el mundo reconoce: que doña Blanca era hermosa, pura, inocente. . y que murió víctima de...

de... de los zelos de una dama (1) de la condesa de Fox, llamada Inés, la cual locamente enamorada de un tal Jimeno....

—Sois muy esacto, muy veráz, y sobre todo muy honrado, para dar crédito en vuestra historia á tan infames calumnias.

—Hermano, todo el mundo lo dice: entre los partidarios de la reina, no hallareis uno que la atribuya semejante crímen, que, segun cuentan, ella es la primera en lamentar: y luego esa Inés ha desaparecido, esa Inés ha muerto sin proferir una sola palabra en defensa de su fama.

—Todo el mundo lo dice; pero la historía no es el eco de las hablillas del vulgo, ni de las calumnias de bandería. Yo estoy seguro, padre maestro, de que vos hareis justicia á la dama de la condesa de Fox; y que doña Leonor tendrá que responder mas tarde á los terribles cargos de la historia, despues de haber enmudecido á los tremendos cargos de Díos.

La penitente que al parecer habia escuchado el diálogo anterior con afectada indiferencia, jugando unas veces maquinalmente con la tórtola, y otras desatendiendo sus cariñosos arrullos; la penitente que, vuelta siempre de espaldas procuraba detener con la punta de su manto el raudal de lágrimas que á su despecho brotaba de sus ojos; como preocupada súbitamente de una idea, abrió la portezuela de la jaula, dejando escapar á la tórtola, que revolando primero en torno del aposento, huyó despues al campo por la puerta que dejó de par en par abierta el caballero.

—¡Torpe de mí! esclamó el infanzon: ¡yo tengo la culpa si perdeis ese pobre animalillo!

Y como si quisiere remediar su falta, salió en pos del ave, pensando que el temporal no la dejaria volar muy lejos de la choza.

—¡Lástima de tortolilla! añadió el fraile sin moverse de su asiento.

—¡Ella volverá! dijo por primera vez la penitente, con una voz dulce y melancólica ¡Ella volverá!

Y permaneció tranquila al lado de la jaula.

Volvió, en efecto, la tórtola á posarse en los alambres de la prision: dió luego un brinco para plantarse en la puertecilla, y al ir á dar otro para descender al fondo, la cojió su dueña, la escondió debajo del manto, y allí debió colmarla de caricias, porque se oian confundidos los sollozos, los arrullos y los besos mas ardientes.

Despues de aquel súbito arrebato de ternura, soltó con bruscos ademanes al inocente pajarillo, y cayó de hinojos delante de la cruz, des-

---

(1) Algunos historiadores dicen que doña Leonor no la suministró el veneno directamente, sino por medio de una doncella suya.

Lám. 13

cansando con ambas manos sobre la calavera.

Asustada el ave revoloteó un poco al rededor de su inconstante amiga, y dándola ejemplo de fidelidad jenerosa, vino á posarse en sus hombros.

Así permaneció largo rato.

El tiempo se habia serenado. El sol asomó por entre la nuves, y vió la tierra engalanada con manto de armiño.

Los caminantes quisieron continuar su corta jornada, y despedirse de su huesped y protectora; pero abismada sin duda en la contemplacion, ó trasportada en dulce arrobamiento, no escuchó la penitente sus corteses y agradecidas razones,

—¡Qué mujer tan estraordinaria! ¿Qué significará ese silencio, ese heroismo de caridad y esa ternura? decia al partirse el caballero.

—¿Y esa tórtola? ¿No habeis pensado en la significacion de esa tórtola?

—No he pensado que tenga nada de estraordinario.

—¡Pues mas que de cosa mundana tiene trazas de ser el Espíritu Santo que la ilumina y conversa con ella familiarmente! contestaba el fraile.

Cuando los caminantes se alejaron de la ermita levantó la penitenel velo, descubriendo un rostro muy conocido de nuestros lectores, y tornando á dirijirse á Dios, esclamó sollozando:

—¡Perdon, Dios mio! ¡Perdóname si le amo todavía como le amaba hace quince años!

CAPITULO III.

De como Chafarote curaba la lepra por milagro á los que no la tenian.

No es muy largo, por cierto, el camino de Irache á la ciudad de Estella: los caballeros habian andado mas de la mitad, y si descomunales aventuras les habian sucedido en tan corto trecho, otras mas estrañas les aguardaban antes de llegar á su posada.

Hallábanse ya cerca de los arrabales, cuando vinieron á distraerles de sus imajinaciones, desaforadas voces que, al parecer, salian de todos los corrales, chozas y casuchos del contorno.

—¡Eh! ¡Caballeros; á la izquierda..! gritaban.

—¡Atrás, atrás, buen padre, y la compañía!

—¡Cuidado!

—Dejarlos que se den de hocicos con él.

—¡A la derecha, caballeros!

—¡A la izquierda, á la izquierda!

No era fácil obedecer órdenes tan contradictorias, y mucho menos adivinar el motivo de semejante algarabia.

El fraile se encojia de hombros; daba á sus labios la forma de un arco de medio punto; fruncia las cejas; abria los ojos, y ponia un gesto que significaba: «que me emplumen si entiendo lo que pasa.» El caballero miraba al fraile, el fraile al caballero; y las voces seguian, y las puertas y ventanas de aquellos caseríos se coronaban de jentes de todas edades, secsos y condiciones, que acompañaban los gritos con ademanes y jestos descomunales.

Amostazado el infanzon de aquella escena pantomímica, hundió los acicates en los hijares del corcel para seguir adelante menospreciando consejos y amenazas; pero el soberbio bruto, tan dócil otras veces á menores insinuaciones, permaneció plantado, inmóvil, empinando las orejas, por única seña de vida, y dando ardientes resoplidos, y vertiendo arroyos de sudor, que evaporándose en medio de una atmósfera helada, subia en nubes de blanquísima niebla velando, ya parcial ya totalmente, la negra figura del aturdido caballero.

—¡Atrás, atrás, hombres del demonio! gritaban á una voz hombres y mujeres, ancianos y niños.

—¡El agote! ¡el agote!

—¡El agote! ¡Aquí, aquí un agote! esclamó el fraile asustado, haciendo recular á su mula muy buen trecho.

—¡El leproso! dijo el caballero, y levantando un poco la visera, que le impedia ver los objetos demasiado próxsimos, reparó en un bulto que tendido á sus pies, medio enterrado en la nieve, envuelto en harapos y con las hinchadas piernas descubiertas, parecia el cadáver de un ahogado, con todos los libores y tumefacciones de la asficsia.

Pero el que parecia cadáver lanzó un hondo y tristísimo gemido, diciendo luego con lastimera voz, apenas perceptible:

—¡Huid de mí, señor caballero, y si teneis entrañas compasivas, matadme de lejos con la punta de la lanza!

El desdichado que por todo favor pedia la muerte, pertenecia á una clase de jentes llamada de agotes, gafos ó leprosos, que desde muy antiguo ecsistia en Navarra, y de la cual hoy mismo se encuentran vestijios en el valle de Bastan. Componíase esta raza de todas las personas cuyos ascendientes hubiesen sido atacados de la lepra, ó de aquellos que sin trasmision hereditaria la adquirian por contajio, por miseria y

uso de alimentos hediondos y mal sanos, harto comun en épocas de hambres periódicas, de interminables guerras. Era la lepra de los agotes una enfermedad tan repugnante, que nadie podia atribuirla á causas naturales, sino á visible castigo de Dios por pecados propios ó de linaje, y los que la contraian pasaban por lo mas vil, infame, y despreciable de la tierra.

Los *gafos mezquinos*, segun el fuero, tenian que pedir limosna de casa en casa, pero sin entrar jamás por las puertas de las poblaciones amuralladas, vagando por los campos, por los corrales, por las chozas y caseríos apartados. Tocar á un agote bastaba para ser reputado por tal: no se les daba á la mano la limosna, despues de besada con humildad, como á los cristianos; se les arrojaba con horror y desprecio, como á los animales inmundos: y ellos para no esponerse nunca á tocar á los que no fuesen de su casta, tenian que llevar unas tablas donde recojian el pan amargo de la caridad, decimos mal, del aborrecimiento.

Al pasar un agote por los arrabales era de ver como las madres recojian á sus hijos para que inadvertidamente no se contaminasen con su contacto, y con su aliento: era de ver á los amos llamar á los perros para que mordiéndoles no contrajesen la lepra: era de ver cómo retiraban de las puertas los cántaros y vasijas para que el gafo calenturiento no bebiese en ellas; y como todos le abrian paso, y se apartaban, y le tiraban pronto la limosna antes que se acercase á pedirla, y le cerraban las puertas, y le maldecian, y de lejos, ¡siempre de lejos! le maltrataban.

El odio á semejante raza reputada por maldita del cielo, habíase llevado á tal estremo en aquella época de supersticion y de ignorancia, que los mismos eclesiásticos se negaban á conferir los sacramentos y ausilios espirituales á los agotes, que morian abandonados de Dios y de los hombres; hasta que en el año de 1517 acudieron á Su Santidad quejándose de los rectores y vicarios de las iglesias en cuya jurisdiccion vivian. Ni los parias, ni los ilotas, ni los siervos de la antigüedad, ni los judíos en la edad media han sido nunca tan ecsecrados, tan envilecidos, tan abyectos como los agotes de Navarra y del Bearne (1).

—¿Quién eres? preguntó el caballero á la persona que tenia á sus pies.

—¡Un agote..! ¡No os acerqueis á mí..! Arrojadme un pedazo de pan, un vestido con que cubrir mis carnes, que me muero de hambre, de frio, y de dolor.

---

(1) En las cortes de 1817 y 1818, repárese bien en la fecha, se procuró destruir la odiosidad de los agotes con una ley, prohibiendo el uso de este nombre, y concediéndoles todos los derechos que tenian los demás vecinos de los pueblos: ley 69.—*Diccionario de antig. del reino de Navarra*; por DON JOSÉ YANGUAS Y MIRANDA. Véase este artículo, y la *Histoire des races maudites*, por F. MICHEL.

Aquella voz fué un dardo que atravesó el corazon del caballero, cuyo semblante se cubrió de una palidez mortal, que trató de ocultar, cerrando la pequeña abertura de su visera.

El *pueblo menudo*, que así llaman los documentos de la época á lo que hoy nombramos plebe, pueblo bajo, ó pueblo por escelencia, tenia los ojos fijos en los dos actores de tan terrible como solitario drama; y observaba con espanto la procsimidad del caballero al infeliz leproso, y murmuraba de su imprudencia, ó temeridad inaudita en permanecer tanto tiempo al lado de una miserable criatura, maldita de Dios y de los hombres.

El temor empero comenzó á calmarse al ver que el desconocido se apartaba del agote, sin haberle tocado, y tendia tranquilamente la vista por la cuesta del monasterio de santa María de Irache.

—¡Matadme, por compasion, señor caballero! ¡matadme, aunque tengais que arrojar al fuego la lanza que se haya empapado en el veneno de mi sangre!

El infanzon permanecia inmóvil, insensible y taciturno, mirando al camino de Irache, sin hacer caso de las sentidas palabras del leproso.

—¡Santa Maria me valga! esclamó el fraile que habia tomado el prudente partido de bajar del escenario, y de reunirse á los espectadores: ¡y Dios me perdone hermanos mis malos pensamientos, que así creí yo que se abrazaba con el agote como si fuese su padre!

—Ni que estuviese loco, decian unos molineros, casi tan blancos como el suelo que pisaban.

—¡Abrazarse! ¡Vaya, vaya! gritaban otros, que por lo grasientos, tenian trazas de pelaires: la mancha del agote, añadian gravemente, no se quita con lejía.

—Lo que sé deciros, hermano, es que ese hombre es un santo, y un sábio;... pero yo no las tengo todas conmigo, porque es abonado para cualquier fechoría... y... ¡Válgame santa María...! ¿lo veis?—¡Dios mio! se pierde sin remedio! ¡Perdonadle, Señor! ¡no sabe lo que se hace!

El desconocido estaba esperando á su escudero, y apenas le vió cerca de sí, apeóse, y arrojándole las riendas con ademan de príncipe, se encaminó con paso firme y erguida frente, al lado del agote.

Su temeridad, fué mas léjos: desnudarse de entrambos guanteletes, tirarlos al suelo, cojer con sus desnudas manos, la mano hedionda y escamosa del leproso; y lo que es mas, lo que no pudo verse sin un grito jeneral y profundo de horror, de indignacion y de asombro; levantar un poco la visera, y acercar á sus lábios aquella misma mano, todo fué obra de un momento.

—Pero, señor, esclamaban algunos honrados vecinos, de los po-

cos á quienes el terror no embargaba la lengua : ¿no valia mas que ese hombre se dejase colgar por el verdugo? ¡Así á lo menos le enterrarian en sagrado!

—Pero ¿quién es ese demonio del infierno...? preguntaban al fraile que seguia refujiado entre la multitud, protestando contra la complicidad y participacion que suponersele pudiera de tantas iniquidades. ¿Quién es? ¿Es cristiano? ¿Es navarro? ¿Sabe lo que es un agote? ¿Sabe que aquel miserable está dejado de la mano de Dios?

—¡Hermanos, hermanos! respondia el relijioso por cuya frente caian gotas de sudor: ¡Jesus mil veces! ¡San Munio, y san Veremundo, y san Benito, y santa Escolástica, y san Mauro, y todos los santos y santas de mi regla me iluminen..! Tan aturdido estoy yo como vosotros... ¡Si yo me lo temia..! ¡Si yo nunca..! Figuraos, hermanos, que ahí donde os parece ver un soldadote mas aficionado á tajos, que á *per signum crucis*; mas á votos que á letanias; mas á buenos bocados que á malas letras, os hallais con un hombre que sabe mas latin que el Domine de Sangüesa; mas teolojia que el *Magister Sententiarum:* mas ética que Aristóteles; mas alquimia que Hermes; mas Sagradas Escrituras que Oríjenes; mas cosmografia que Tolomeo; mas astrolojia que Merlin; mas... ¡Miradle, miradle, que gentil manera de tomar el pulso, como si fuese un físico judío de los que tenia don Cárlos, el príncipe de Viana!

Con lo mucho que veian al caballero, y con lo poco que entendian al monje benedictino; con las palabrotas de este, y con las atrocidades de aquel, habia mas que suficiente motivo para tener á uno de ellos por hechicero.

—¡Eso me huele á brujo! dijo majistralmente un zapatero que pasaba por muy entendido, porque así remendaba zapatos como heridas, y así cosia la piel de buey como la piel del hombre.

—Tiene razon, maese Bernal: ¡hechicero, hechicero!

—Pues, ¡voto va..!

—Silencio, hermano, decia el fraile: no hay que echarle redondo.

—Pues digo, y redigo, y voto va brios, y esto no es pecado, padre maestro; que todas las brujerias y merjunjes y palabrotas del hidalgo, no le han de servir para quitarse de encima la maldicion de Dios, por haber tocado al agote!

—¿A que está ya mas hinchado y mas cubierto de escamas, que los barbos de ese rio?

—Claro: tocar al leproso y cojer la lepra, todo es uno.

—¡Cuanto me alegro de que los caballeros se tornen agotes!

—¡Y que vengan á pedirnos limosna!

—¡Y que los curas los echen de las iglesias!

—Ellos nos tienen por infames; pues bien, la lepra nos iguala á todos.

Entretanto seguia el guerrero observando al anciano con la mirada intelijente de un facultativo, y cuando el rumor de las murmuraciones arreciaba, erguia la frente con noble orgullo, imponiendo silencio con su altivo continente, á la preocupada muchedumbre.

Habia en sus miradas cierta espresion de grandeza, de compasion, de ternura y de propia satisfaccion, que realmente le hacia superior á cuanto le rodeaba.

El que verdaderamente sentia una conmocion profunda, inefable, de asombro, de respeto, de amor y de gratitud, era el miserable, que prócsimo á rendir el último suspiro por desfallecimiento y miseria, de todos aborrecido, privado del trato y comunicacion de sus semejantes, se veia tocado, consolado, fortalecido por un bizarro caballero, que desafiaba las preocupaciones vulgares, el inminente riesgo de una enfermedad hedionda y asquerosa, reputada jeneralmente por incurable.

Aquel agote era un anciano venerable, de blanca barba y cabellera, de negros y hundidos ojos, de nariz larga y afilada, mejillas pálidas y prominentes; tipo de una raza, sino tan abyecta como la de los agotes, perseguida tambien y bárbaramente sacrificada, sobre todo por los vecinos de Estella, que de un siglo atrás tenian la triste fama de ser los mas implacables perseguidores de los judíos. En una palabra : tenia aquel desdichado la doble proscripcion de hebreo y de leproso. Aun entre los agotes, era el mas vil de los agotes.

Por sus estenuadas mejillas, por sus venerables canas, corrian lágrimas de gozo, de agradecimiento. Alzaba los ojos al cielo, estendia los trémulos brazos en ademan deprecatorio; todas las bendiciones de Dios, todo el rocío de celestiales gracias, le parecian pocas para que descendiesen sobre la frente de aquel ánjel consolador cuyo rostro no podia ver.

—Fortun, gritó el infanzon á su escudero : mi gaban de pieles.

El criado desató de su caballo un envoltorio, sacó un gaban de riquísimo brocado, con vueltas y forros de piel de nutria, y en vez de entregarlo en manos de su señor, se lo arrojó á los pies.

No quiso reparar este en semejante insolencia : sabia hasta que punto pueden ecsijirse servicios á un mercenario ; y tomó en silencio el ropon, y abrigó al agote.

—Fortun, gritó despues el caballero : dineros tienes, dilijencia te sobra; compra pan y leche, y torna con el mandado donde yo me halláre.

Con tanta mas puntualidad y esmero cumplió Fortun estas ór-

denes, cuanto menos dispuesto estaba á la obediencia de otros mandatos.

Pero aquella voz hubo de escitar estraños afectos en el corazon del leproso, cuyo rostro y ademanes espresaban el asombro, y la ansiedad; hasta que al verse en brazos de don Alfonso, que trató de trasportarle á paraje mas abrigado, echó mano á la visera del caballero y lanzó un grito de terror, que fué de todos los circunstantes escuchado, dando marjen á nuevos murmullos, á nuevos y mas disparatados comentarios.

El agote pugnaba por desprenderse del infanzon, y este con palabras dulces y cariñosas pretendia calmar sus temores: y así permanecieron luchando algunos momentos, hasta que el anciano, derramando copiosas y dulcísimas lágrimas de consuelo, con efusion, con arrebato abrazó cordial y estrechamente al desconocido, que con tanta soltura como jentileza, con él en los hombros, avanzó hácia uno de los corrales mas inmediatos.

Retrocedieron unánimes los circunstantes, y acudieron á la defensa de sus hogares amenazados con aquella plaga de maldicion y pestilencia, cerrando las puertas y guareciéndolas además con jente armada de palos, y hoces, y horquillas; pero no pudieron evitar que el caballero y el agote penetrasen en un pajar abierto, cuyo dueño se hallaba bastante lejos para haber acudido á tiempo á la defensa de su propiedad.

El escudero llegó poco despues con el alimento que babia comprado, depositándolo en el umbral de la puerta, á donde vino á recojerle su amo; el cual, pasados algunos instantes, salióse fuera de la choza, lavóse las manos con nieve, se acomodó los guanteletes, y como si acabase de tocar rosas purísimas del campo, y no leprosos y malditos, con jentil talante y bizarría desató las riendas y embrazó el escudo, requirió la lanza, montó en el ya sosegado corcel, que á la mas leve insinuacion de las espuelas, se dirijió trotando gallarda y estruendosamente hácia las puertas de la ciudad.

Aquí fué el escándalo, aquí fueron los gritos, los alaridos, los remolinos, la furia, la algaravía y el terror de aquella chusma amotinada. Podian comprender á duras penas que hubiese un hombre tan loco y rematado, de una caridad tan heroica, ó de una desesperacion tan profunda que por capricho, por desatino ó por simpleza quisiese prestar ausilios á un agote, en el pleno convencimiento de hacerse reo de su mismo crímen (3); pero lo increible para ellos era la audacia, la

---

(3) Era opinion jeneralmente recibida la que reputaba la lepra como castigo de Dios por ciertos pecados propios de los agotes ó de sus ascendientes Cuando en 1517 acudieron al Papa los agotes de Navarra, como llevamos dicho, su solicitud fué contrariada por un tal Caxar Arnaut, ujier del con-

franqueza, la poca aprension con que aquel hombre intentaba mezclarse con los demás, y penetrar contra todo fuero en el interior de un pueblo, llevando consigo la mancha, el contajio, la maldicion divina, convirtiendo la segunda ciudad de Navarra, la que á la sazon era corte, en una poblacion de agotes, de réprobos y malditos.

—¡Atrás! ¡Atrás! gritaron á un tiempo mil personas cuyos ademanes indicaban hallarse dispuestos á detener al caballero mas que con voces—¡Atrás el agote! ¡muera! ¡muera! proseguian, apoyando sus razones con chuzos, layas, hoces y piedras.

Bien sabia el infanzon que no hay tempestad mas terrible, ni mas desatada y desastrosa fiera que un pueblo irritado, sobre todo cuando nace su cólera de la preocupacion y fanatismo: bien sabia tambien que entre todos los pueblos de Navarra ninguno tan temible como el de Estella, que habia dado el ejemplo de asaltar una noche el magnífico barrio de los judíos, los cuales amanecieron degollados; pero don Alfonso era tan sábio, tan caritativo, como valiente y temerario, y como si entre aplausos y víctores caminase, con la lanza en la cuja, se dejaba llevar tranquilamente al paso que á su corcel le habia placido tomar.

Una furiosa granizada de piedras que rebotaron con sonoro estrépito en la armadura, hízole comprender que aquella jente no dejaba pasar mucho tiempo entre la amenaza y el golpe. Resolvióse pues á dejar la defensiva: empuñó la lanza, enristróla, apretó los hijares del caballo para arremeter contra la chusma; pero la jente huia de sus alcances, sin que por eso escampase la lluvia de guijarros que le cegaba, y le aturdia con el estruendo; y mucho mas al corcel que por desgracia no estaba defendido con paramantos de malla, como cuando entraba en los combates.

Era imposible sostener la lucha, solo, desamparado contra todo un pueblo, cuyas iras habian de redoblarse á medida que se vertiera sangre. Quizá se asustó entonces el caballero de su propia temeridad, y comprendió cuan espuesto ha sido siempre desafiar de frente las preocupaciones populares. Cercado por todas partes, sin poder revolverse, cerradas las puertas de la ciudad, los bramidos del pueblo crecientes podia herir sin embargo, podia matar; pero la muerte de uno, de dos, de seis, de veinte, no le daba la victoria; la sangre seria nuevo pábulo de aquel incendio en cuyas llamas estaba destinado á perecer.

---

sejo real, el cual espuso que la causa de su separacion de los cristianos ocurrió en tiempo del profeta Eliseo cuando (son sus palabras) «el principe Nahaman fué á curarse de la lepra, y por cuan»to el dicho profeta le mandó ir al rio Jordan y allí, por gracia de Dios curó, el principe quiso dar »dones al profeta, el cual como santo varon no los quiso recibir; pero Ciezi criado del profeta, mo»vido de codicia tomó los dones: por lo cual fué maldecido del profeta él y todos sus descendientes, »que son los agotes; cuya maldicion les habia durado y duraba, porque por las partes interiores »quedaron leprosos y dañados, como por esperiencia parece.»—Véase el DICCIONARIO ya citado.

—¡Ahora, ahora es cuando te necesito, invisible poder que me protejes! esclamó el desconocido, volviendo á todas partes los ojos, como si esperase alguna lejion de espíritus en su socorro.

No vino una lejion: vino tan solo un hombre: que el poder divino no ha menester el aparato de que se reviste el humano poder, haciendo alardes de fuerza con el padron de su debilidad: vino un hombre atravesando por medio de la revuelta muchedumbre, que le abria paso, con rumores mas apacibles, y ademanes mas sosegados: un hombre hácia el cual todos volvian las miradas, empinándose, encaramándose los de atrás en hombros de los de adelante, murmurando todos con respeto y curiosidad:

—¡El ermitaño! ¡El lego de la penitente! ¡El hermano de la Vírjen de Rocamador!

Apareció en efecto, bogando en medio de aquel mar tempestuoso un anciano de formidable talla, de barba entre cana y espesa, rollizo de rostro, sano de color, y con los ojos mas vivos y traviesos de lo que á sus pardos sayales convenia. Llevaba en la mano un cepillo con una tosca imájen de la Vírjen, curiosamente cercada de una guirnalda de flores artificiales, hechas por una mano tan primorosa como delicada.

—¡Ea, hermanos! esclamó el colosal ermitaño. La Vírjen de Rocamador quiere hacer en este momento un milagro con ese pecador que escita vuestra justa cólera. ¿Véisle ahi mas cubierto de lepra que el bribon de Cierzo que hurtó mas de cien florines de los nuevos al rey Amaro, los cuales pertenecian salvo diezmos y primicias al profeta Liseo? Pues bien: solo porque este pecador ha cojido la lepra por un esceso de caridad, mal entendida, se supone, y no por ninguna mácula de sus padres y abuelos, yo en nombre de mi ama, y mi ama en nombre de la Virjen de Rocamador, le mando que se quite las manoplas y los brazales, y que os enseñe su cuerpo, mas límpio para estas fechas, que una patena.

El caballero que apenas vió cerca de sí al ermitaño, no pudo reprimir cierto movimiento de asombro; el caballero que siempre escudado con su celada se reia á su sabor de la jerga inintelijible de aquel santo varon; no tubo inconveniente en someterse gustoso á tales procedimientos, dejándose desnudar aquella parte del arnés, y levantar la manga de su riquísimo jubon, para que todo el mundo depuesto el temor y la repugnancia, con relijioso fervor y asombro ecsaminase las manos y los brazos del caballero, subitamente límpios de una lepra que jamás habian tenido.

—¡Gracias, Chafarote! dijo el caballero despues de terminada tan prolija operacion: cuida del agote como si fuera de mi mismo.

Y picando al bridon echo á correr hácia la ciudad, evitando los vítores y aclamaciones de aquellas turbas, que aclamaban ahora al mis-

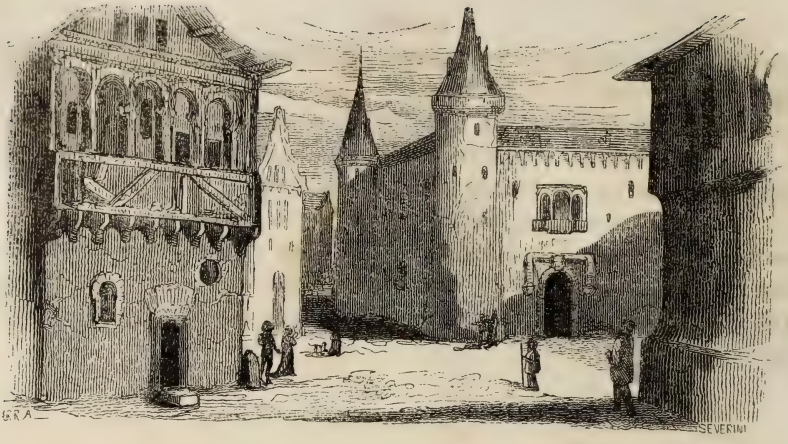
Lám. 11

mo á quien hubieran muerto pocos momentos antes, á no ser por el oportuno socorro del ermitaño.

Quedó este pensativo un rato, diciendo entre dientes:

—¡Qué diablos! ¡Sabe mi nombre!—Pues señor, esa ventaja me lleva: por que yo, maldito si sé como se llama.

No era hombre Chafarote de estarse las horas muertas cavilando en una cosa; fuera de que tenia otras muchas y mas importantes que hacer en aquel momento, y una de ellas era el recojer las limosnas que, como por encanto, llovian en el cepillo de Nuestra Señora de Rocamador.



CAPÍTULO IV.

De como el infanzon se hacia esperar de una persona desesperada.

GRANDE era el movimiento de la ciudad de Estella, centro y emporio á la sazon de la industria y del comercio de Navarra; ó ruin muestra, por mejor decir de lo que entonces eran la industria y el comercio.

Contentábase la primera con sostener un gremio de pelaires ó fabricantes de lana, que vivian al rededor de un batan de ocho pilas; y el segundo, desde la famosa degollina de los judios, andaba como indeciso, y espantado, y fuera de quicio.

Dice la historia, y nosotros debiamos suponerlo, aunque la historia no lo dijese, que al degollar los cristianos de Estella á sus convecinos hebréos, y al incendiar sus casas, procuraron salvar de las llamas los inmensos tesoros que dedicaban estos al comercio; y que á consecuencia de la salida de madre de aquel Pactolo, la inundacion alcanzó á todas partes, y la abundancia de metálico se hizo sentir en todos los mercados, hasta caer los jéneros en menosprecio. Pero no du-

ró muchos años época tan venturosa. Al revés que en Ejipto, á la abundancia siguió la escasez. El dinero en manos de los judios era una pasta que fermentaba, y en manos de los fieles una bola de nieve que se derretia.

No provenia tampoco el movimiento de la ciudad, de que sus habitantes se diesen prisa para reedificar las muchas casas, que se habia llevado el rio cuatro años antes: no tenia el aspecto de órden, el sello de regularidad, el murmullo silencioso de la vida fabril, semejante al de las abejas en la colmena: provenia únicamente de haber sido elejida la fidelísima ciudad de Estella para la solemne y magnífica ceremonia de la coronacion.

Ajustadas treguas entre los bandos, convenidos en aclamar por reina de Navarra á la condesa de Fox, las cortes debian reunirse muy en breve, y los ricos-homes de todos los partidos, los caballeros, los obispos y abades, amen de los procuradores de las *buenas villas,* iban llegando á porfia en soberbios corceles, mulas ó literas.

Merced á la confusion de forasteros, y al variado y sabroso pasto que la curiosidad encontraba; y merced sobre todo al sostenido escape del caballo, pudo nuestro infanzon al cabo de algunas vueltas y revueltas en sentido contrario, hacer perder la pista á los que le seguian vociferando el milagro de su curacion; y cuando le pareció que nadie le observaba, paróse delante de un antiguo edificio cerca de la incendiada juderia, que jamás ha vuelto á reedificarse.

Formaba la puerta de la fachada un arco enorme de medio punto, con graciosas molduras en una y otra dovela; y del mismo arranque del arco, y á distancia de dos varas, salia de sendas repisas una especie de marco rectángulo, debajo, del cual y sobre la clave del arco, campeaba un escudo de mármol. En uno de sus cuarteles se veian las cadenas de Navarra; en otro cuartel un castillo sobre una roca, y una escala elevada á la puerta del castillo.

Eran las armas del conde de Lerin.

Al rededor del escudo notábase esta leyenda «NO PORTA DE OTRO» lo cual queria significar, que aquel edificio tenia honores de palacio, de Cabo de Armería, y que su dueño estaba esento de pagar cuarteles y donativos, y disfrutaba de asiento en cortes.

Entró el caballero con su corcél en un zaguan tan vasto como sombrío, y acudieron al punto pajes y escuderos, aspirando al honor de tener unos el estrivo, y de recojer otros las riendas del fatigado bruto.

—¿Y el conde? preguntó el infanzon.

—Señor, respondió el Maestre Hostal, que así eran llamados los mayordomos de los palacios: el conde mi señor permanece todavia en Lerin.

—¡Ola! Maese Tomás de Galar, subid conmigo, y decidme que nuevas teneis del conde.

—Del conde mi señor... yo le diré á vuesa merced; del conde, mi señor yo no sé mas nuevas, sino que no debe tener ninguna; porque como el conde mi señor debe venir de un momento á otro, su merced comprenderá...

—¡Ah! ¿Conque viene el conde? ¿Y Catalina?

—¡Doña Catalina..! Yo no se nada de doña Catalina... vuesa merced conocerá que yó... como soy...

—Si, como sois mayordomo...

—Maestre hostal, señor.

—Bueno: como maestre hostal ó mayordomo, debeis saber si el conde ha mandado aderezar las habitaciones para su hija.

—Pues nada: ni siquiera ha enviado aqui sus dueñas, y vuesa merced comprenderá...

—¡Qué diablos! repuso don Alfonso visiblemente contrariado: ¡Tiene unas aprensiones el conde de Lerin! ¡Pobre niña, encerrada entre rocas y precipicios, como los polluelos de la cigüeña..!

—Señor, manda su merced alguna cosa.

—Sí: que deis un pienso á mi caballo, y una docena de palos á mi escudero, cuando viniere.

—Está bien, señor.

—¡Ah! ¡Voto al diablo! Lo mejor se me olvidaba: que procureis averiguar quién es un venerable ermitaño, recio, coloradote, mucha persona, que anda por ahí con un cepillo de la Vírjen de...

—¡El hermano Juan! ¡Si no conozco otra cosa! Yo le contaré á su merced...

—No: no quiero que me conteis nada; prefiero saberlo todo de su propia boca...

—Es decir que vuesa merced quiere verle.

—Justamente.

—Le ofreceré en nombre de vuesa merced buenos tragos y buena limosna, y no haya miedo de que falte.

Para entonces, atravesando salas espaciosas, habian llegado á una pequeña recámara; y al abrir sus enormes y labradas puertas, el caballero despidió con un jesto al mayordomo.

Lanzó luego un profundo suspiro apenas se vió solo, y desnudando únicamente la cabeza y las manos, sentóse delante de una mesa, con los puños en las mejillas, la frente inclinada y sombría, quedando sumerjido en hondas meditaciones.

Al poco rato se presentó Fortun, el escudero.

—¡Ola! don villano, esclamó el infanzon al verle: ¿habeis recibido

Lam. 12

ciertos gajes que de mi parte os ha debido entregar el maestre hostal del palacio?

—Sí, señor, y los he devuelto.

—¿Cómo?

—Ciento por uno, señor: bien es verdad que maese Tomás se detuvo en el primero.

—¿Hablas de los palos?

—De los palos hablo. Ese salario no lo recibo yo sino de mano de mi señor.

—Algo de esos humos te hubiera venido bien para ayudarme esta mañana.

—Señor; todo cuanto quiera vuesa merced contra cristianos, moros y judíos: ahora por lo tocante á los agotes, creo que lo mejor de los dados es...

—Pues bien: no te mando que te acerques ni toques al anciano, que ya conoces; pero sí que vayas á la taberna de enfrente del pajar, y que cuides de que nadie se le acerque ni le moleste, y que cuando cierre la noche vengas á verme.

—Estos sí que son mandamientos racionales, se fué diciendo Fortun: ¡situarse uno en la taberna para cuidar agotes..! ¡Qué cosas tiene mi señor! ¡Y eso que diz que sabe tanto! Los agotes ya se están cuidados por sí propios, y no haya miedo de que nadie se les acerque; y si lo hubiese... ¡cuidarle desde una taberna..! No se le ocurre eso mas que á mi amo, que no bebe vino!

Tornó el infanzon á sus soledades y cavilaciones.

Ya no podia dudarlo: aquella proteccion invisible, aquella providencia misteriosa que nunca le abandonaba, no era una bella creacion de su fantasía, ni ensueño, ni alucinacion, ni delirio: acababa de verla personificada, primero en la penitente, despues en el ermitaño, en Chafarote. ¡Chafarote! ¡Qué abismo de recuerdos no le revelaba este nombre!

Una persecucion de beneficios abate mas el espíritu, que una persecucion de desgracias; podemos oponer á estas la resignacion que doblega su frente y las deja pasar por encima, ó la altivez en que vienen á estrellarse; pero la felicidad ignorada, inmerecida, enerva, humilla y anonada.

Don Alfonso hubiera luchado constantemente contra la adversidad, y jamás hubiera desmayado en la lucha; pero no podia resignarse á disfrutar tranquila y holgadamente de esos favores derramados por una mano invisible, por causas desconocidas, por fines ignorados.

¿A quién los debia?

No á la reina, porque era mas antigua la proteccion que su cono-

cimiento con la reina: no al conde de Lerin, el único tal vez que sabia su verdadero nombre, ó que sagazmente le adivinaba; por que el conde de Lerin podia esconder su mano cuando heria; pero no cuando acariciaba.

Hacia mucho tiempo que el misterioso infanzon llevaba una vida errante, vagabunda; entregado con increible afan unas veces á las profundas investigaciones de las ciencias, y otras al estruendo y aturdimiento de los combates, como si tratase de paralizar sus sentimientos con el hielo del estudio, ó de enmudecer sus dolores con el bullicio de las armas: hacíase llamar por distintos nombres, recorria diversos paises, rehusaba por sistema todo linaje de amistades, de relaciones, y mas aun de intimidades; y se complacia en vivir solo, desconocido de todos, haciéndose respetar por la superioridad de su talento, y por la pujanza de su brazo; y sin embargo su protector jamás le perdió la pista en medio de los tortuosos jiros, de las vueltas y revueltas, de las mudanzas, descarrios y contradicciones de una vida aventurera y misteriosa.

¿Quién era?

Aquella proteccion parecia sobrado poética, apasionada y jenerosa para que pudiese atribuirse, ni á la mujer manchada con horrendos crímenes, ni al hombre escéptico y frio, cuyo caracter era casi un anacronismo de su época. Tenia el caballero demasiado conocimiento del corazon humano, penetracion bastante para comprender toda la idealidad, toda la dulzura y abnegacion que revelaba aquella no interrumpida cadena de favores ocultos, tal vez pagados con ingratitud, con indiferencia, con olvido. ¡Cuán pocas veces se esconde la mano del hombre para derramar beneficios! ¡Cuán pocas veces la caridad resiste á los halagos con que la brinda el amor propio! El que dispensa un favor, se apresura á manifestarlo para recojer al menos el precio de la gratitud: solo un ánjel nos acompaña desinteresadamente dia y noche, y con su invisible diestra nos está indicando en todos los momentos la senda del bien, en lo mas confuso y revuelto del laberinto de la vida humana.

¿No era por ventura un ser muy semejante al ánjel custodio el jenio tutelar del caballero?

—¡Oh! ¡Si ella viviese! esclamó súbitamente el caballero, cubriéndose los ojos con la mano para reconcentrar sus pensamientos, sus recuerdos, ó sus desvarios, ó para ocultar una lágrima que se deslizó por sus mejillas.

—Afortunadamente, prosiguió levantándose y dando pasos apresurados por la habitacion: afortunadamente hoy he conocido el instrumento casual de que se ha valido esa mi providencia particular. ¡Cha-

farote..! ¡Si él supiese algo! ¡Si no hubiese obrado ciegamente! ¡Si conociese de donde viene el impulso que ha recibido..! ¡Oh! Yo recuerdo sus mañas... la bodega del conde está bien provista... por mucho que haya cambiado de costumbres, hay argumentos que siempre serán irresistibles para el antiguo soldado de las Bárdenas.

Para que fuese mas completo su consuelo las puertas del gabinete, se abrieron lentamente y el maestre hostal del conde que debia traerle al antiguo salteador, aparecióse con la caperuza en la mano.

—¡Ola! Maese Tomás de Galar, dijo al verle don Alfonso: ¿ha venido el ermitaño?

—El ermitaño, señor, ha volado, despues de haber hecho el mas estupendo milagro...Figúrese vuesa merced que ha convertido en cristiano como nosotros á un agote!

—¿Y donde ha ido?

—El ermitaño, señor, tiene que estar en todas partes.

—¿Y á qué venís aquí, cuando tan mal desempeñais mis encargos?

—Lo que es el encargo de los palos, confieso que ha sido torpemente desempeñado; porque en vez de dar palos los he recibido... Pero me hago cuenta de que para vuesa merced, lo mismo tiene... Vuesas mercedes necesitan que se dé una paliza; y que esta caiga aquí ó allí... Digo que para vuesas mercedes tiene lo mismo.

—¿Y venís á contarme vuestras cuitas por ventura?

—No señor; para vuesas mercedes las cuitas de...

—Basta.

—Conozco que basta y que sobra: y solo me resta poner en manos de vuesa merced esta carta que acaban de poner en las mias.

Tomóla don Alfonso con ansiedad, abrióla, y al conocer la letra que tampoco es desconocida para nuestros lectores, hizo un jesto de displicencia, y leyó rápidamente vuelto de espaldas al maestre hostal.

Asi decia la carta:

»El fraile ha venido: te doy las gracias por tu celo y prontitud en »servirme. Vén á verme presto, y te hablaré de un pensamiento que se »le ha ocurrido, muy feliz y conducente á nuestro propósito. Te espero »con ansia... como siempre!»

No tenia firma el billete; pero no la necesitaba para que su autor fuese conocido del caballero: el cual estrujó el papel en sus manos con una espresion tan siniestra que hubiese infundido miedo á quien atentamente le observára.

—Maese, dijo el infanzon, sentándose con una calma y sosiego que contrastaban con la impaciencia del que le llamaba: ¿habeis dicho que conociais al ermitaño?

—Como á vuesa merced, caballero. Quiero decir, mucho mas que á su merced; porque á su merced le conozco de ayer, como quien dice.

—¿Y al ermitaño?

—Al ermitaño le conozco... ¡cá! ¡mucho mas antes! Figúrese vuesa merced que antes de ser ermitaño ya yo...

—¿Le conociais? ¿eh? ¿Y entonces...?

—Entonces era... ¡Señor, si en estos tiempos se vén cosas tan particulares! ¿Quién habia de decir que un salteador de caminos habia de hacer milagros como los del rey de Francia, que cura los lamparones? Pero...

—¿Pero el ermitaño..?

—Pues á eso voy, señor caballero: ahí donde vuesa merced vé un ermitaño... y ni tampoco es ermitaño, no señor, sino criado de ermitaño, ó de ermitaña; porque él para poco en la ermita, y anda por ahí recojiendo limosna para alumbrar á la Vírjen...

—¿Pero quién es él?

—A eso iba á parar. Yo no sé si su merced, como estranjero... porque yo creo que su merced no es de esta tierra, que sino, no andaria preguntando... En fin, su merced hace bien: preguntando se va á Roma, y quien nada pregunta nada sabe. Pero no haga ese jesto su merced. Cuando á mi me interrumpen no digo cosa de provecho. Pues si, señor hubo un famoso bandido hace diez y ocho años... no el primero que se llamaba Sancho, y era un bandido hecho y derecho; sino otro bandido tornadizo, de muy malas entrañas, y sobre todo judio. Sancho de Rota mataba y robaba, es verdad; pero al fin, era cristiano: el otro, amen de ladron, era judío, y el rey difunto le perdonó, y le hizo capitan...

—Pero me estais contando, maese Tomás de Galar, repuso con mucha calma el caballero: me estais contando la historia del capitan, y yo os pregunto...

—Por su escudero; porque ese ermitaño, que hace milagros... ¡digo milagros! milagros él no los hace; no, señor: quien los hace es la penitente.

—¡Cómo! ¿Chafarote está con la penitente?

—¡Ola! ¡ola! Pues digo que... ¿me está preguntando su merced por él, y sabe hasta su nombre, ó su mote, ó su apodo, ó lo que se quiera decir de cuando era bandido?

—Dejaos de observaciones impertinentes, y respondedme sin circunloquios....

—¿Circun qué? esclamó el maestre hostal, mas asustado de la palabra que del acento y ademan del caballero.

—Que me respondais lisa y llanamente: ¿que tiene que ver el ermitaño, ó llámase Juan Marin, o Chafarote, con la penitente?

—Señor, ¿pues no ha de tener que ver, si es, como quien dice, su criado, ó su lego; ó su..? En fin, su merced que lo sabe todo, y que le conoce por su apodo y por su nombre y apellido...

—De manera que los milagros que hace el ermitaño...

—Son milagros de la penitente.

—¿Y quien es la penitente?

—¡La penitente! Señor, yo no sé decir mas á vuesa merced, sino que es ella, ella misma, y no otra; y que no puede confundirse con nadie. Preguntad á un pobre collazo, que no tiene para pagar las pechas á su señor; porque el año ha sido malo, y no ha cojido un grano siquiera: ¿quién le socorre? La penitente.—Preguntad á la mujer que en la guerra quedó viuda y cargada de familia: ¿quién la mantiene? La penitente.—Preguntad al conde mi señor, y al mariscal de Navarra: ¿quién les aconseja? La penitente. En fin, yo no se decir mas á vuesa merced, sino que la penitente es la que hace todo cuanto bueno se hace en Navarra.

—¿A todo el mundo?

—A todo: ella no conoce...

—Está bien, maese: disponedme la comida, y remitid por acá un par de pajes, que me quiten la armadura.

—Señor, el que ha traido ese billete, me advirtió que estaban esperando á vuesa merced con impaciencia.

—No importa, maese Tomás, no apresuréis por eso el condimento de las viandas.

Poco tenia que disponer la comida de uno de los caballeros de antaño, y aunque los navarros tienen fama de comedores, y aunque no de gastrónomos, preciso es reconocer, si atendemos á documentos antiguos, que semejante fama es muy moderna, ó muy mal adquirida. Todo el gasto de un embajador navarro á principios del siglo XV. para sí, y para media docena de acompañantes, se reducia á seis sueldos diarios, y las viandas á peces, huevos, cebollas, aceite y vinagre, ubas y arbejas. (1).

---

(1) Gasto hecho por el conde de la Marca en Caparroso, á su vuelta de la espedicion de Granada en 30 de Diciembre de 1408.

Por tres cuerdas de ubas. . . . . 3 sueldos.
Un almud de arbejas. . . . . 2 id.
Berzas. . . . . 12 dineros.
Cuatro docenas y media de huevos. . 4 sueldos 6 dineros.
Archivo de la cámara de comptos, cajon 174, núm. 28.

En la obra citada de Yanguas, se encontrarán otras cuentas curiosísimas de hospedaje, que prueban la frugalidad y buen apetito de aquellos señores Navarros.

Nuestro desconocido que no era embajador, y que por lo tanto no tenia que comer por dos; por su nacion y por sí mismo, se contentó con un trozo de salmon, y nueces y avellanas para postres; mas para despachar tan poca diversidad, y aun diremos tan corta cantidad de alimentos, invirtió mucho mas tiempo del necesario; y dejaba verse en sus ademanes que estaba haciendo, lo que solo hacemos Dios y los españoles... tiempo para ir á alguna parte.

En medio de tan frugal comida, recibió una carta de la misma letra que la anterior, la cual no tuvo por cierto la misma acojida. Por el contrario, el caballero se sonrió con visibles muestras de satisfaccion al verla.

Estaba concebida en estos propios términos:

«Desesperada estoy de esperarte, Alfonso mio, ¿qué tienes? ¿qué »te sucede? Ven, luego, luego, luego...»

Del contesto de esta epístola, deducen algunos escritores, dados á las investigaciones arqueológicas, que los tres luegos en los billetes, no son una invencion de los cortesanos y de los enamorados del dia; pero sea de esto lo que fuere, lo cierto es que el caballero muy sosegado, y un tanto risueño, dijo al mayordomo:

—Maese, hoy he madrugado mucho, y aunque no es mi costumbre, pienso dormir siesta. Si acaso vinieren con otra carta ó recado, bajo pena de... de entregaros al brazo secular de mi escudero, no me disperteis.

—¿Y si viniesen nuevas de Lerin?

—¡Ah!.. Si traen nuevas de doña Catalina, avisadme al punto.

Don Alfonso subió en seguida á su aposento; pero cuando el maestre hostal encargaba á los criados que no hiciesen ruido alguno para no despertar á su huesped, resonaban en la habitacion de este, los pasos graves, lentos y acompasados de un hombre que se pasea embebido en profundas meditaciones.

CAPITULO V.

Cuéntase la historia de una ventana, y como esto no basta para llenar un capítulo, se refieren otras cosas.

SENTADA estaba la infanta doña Leonor, en uno de los bancos de piedra de los alfeizáres de cierta ventana del castillo mayor de Estella; apoyado el brazo en el pretil, los pies en un cojin de terciopelo, y la mano en la mejilla, por la cual se resbalaban algunas lágrimas, que nadie, nadie, ni ella misma se cuidaba de enjugar.

El sol, que hasta entonces habia estado luchando con las nieblas de la mañana, enseñoreóse al fin, de los cielos, y sus rayos, que reflejaban vivamente sobre la nieve que cubria las montañas, se templaban al pasar por los pintados vidrios y cortinajes del aposento.

Todo indicaba que aquella habitacion estaba preparada para recibir á un amante. Enormes leños de maderas olorosas ardian en la espaciosa chimenea de mármol, derramando suave calor en aquel ám-

bito, nublado por los perfumes, que despedidas en invisibles nubes de ricos pebetéros, subian á la dorada techumbre, donde competian los misteriosos reflejos de la luz del dia, y la inquieta lumbre de las fragantes llamas.

La princesa, ó por mejor decir, la reina; porque nosotros no nos preciamos de rigoristas como el desconocido; la reina doña Leonor, no es aquella mujer de belleza severa y casi varoníl, de altiva mirada y de sobervio jesto y apostura, que conocen nuestros lectores: quince años han pasado desde entonces, y en ninguna parte imprimen mas honda huella que en el rostro de una mujer. El hielo del corazon, sin embargo, á semejanza del hielo material, tiene una virtud soberanamente conservadora, y es el preservativo mas eficáz de la decadencia femenil; y la condesa de Fox, al abrigo de aquella indiferencia calculadora y fria pudo retener, sino la frescura de su tez, los principales rasgos de su belleza y de su carácter; hasta que la fatalidad, digámoslo mas cristianamente, la Providencia, le deparó un hombre que pudo al fin, inspirarla una pasion, tanto mas honda cuanto mas tardía; tanto mas inquieta, recelosa y arrebatada, cuanto menores eran los títulos para ser correspondida.

Ella, la condesa de Fox, altiva, dominante; ella, de corazon helado, revestida con el coselete de la ambicion contra los dardos del amor, habia esperimentado en pocos dias esa repentina transformacion que invade á los menores rasgos de una mujer, cuando pierde la tranquilidad de su pecho, cuando goza sensaciones desconocidas y entreabre sus ojos por primera vez al mundo de la pasion, ora blandamente teñido por la rosada luz de la ventura, ora tristemente iluminado por el reflejo siniestro de la desgracia.

No era ya la mujer serena y para todo trance apercibida, en cuyo entrecejo se leian criminales intentos; en cuyas vigorosas facciones se dibujaban los contornos de la tenacidad; en cuyos fruncidos labios se anidaban el desden y la soberbia: aquella tigre indómita y rabiosa, lamia las manos del hombre que la maltrataba: aquella estátua de mármol lloraba; es decir, recibia el barniz de las lágrimas, sin el cual las mujeres suelen ser hermosas; pero no interesantes.

El luto que llevaba por la reciente muerte de su padre, daba mayor realce á su tristeza; pero en su mismo traje, en todo cuanto la rodeaba advertíase el deseo de agradar. Un lijero y gracioso tocado de gasa negra con azabaches, que le bajaba muy cerca del cuello, servia para engarzar aquel rostro donde se aparecian unas veces los rasgos de la ambicion satisfecha, y otras el desden con que miraba los goces de la ambicion. Quizá su infortunio le traia á su fantasia la imájen de otros infortunios: quizá pensó por vez primera que de aquella ventana donde

estaba sentada, se habia caido el príncipe don Teobaldo, hijo del rey don Enrique el Gordo, y que su aya se habia precipitado detrás, queriendo detenerle, estrellándose entrambos contra los peñascos que al alcázar servian de cimiento.

Jugaban como distraidos los dedos de su mano con los hierros de la vidriera, que, á pesar del intenso frio, permanecia muchas veces entreabierta; y aplicaba los ojos, desafiando el rigor de la atmósfera; y volvia á cerrar con impaciencia, arrepentida quizá de su debilidad, ú horrorizada de las tentaciones que le sujerian el verse despreciada por un aventurero, y el ejemplo de la nodriza de Teobaldo.

Aburrida por fin, y avergonzada de su insana pasion, alejóse de la fatal ventana, y fué á sentarse al lado de la chimenea, cubriéndose el rostro con ambas manos, y diciendo á media voz con herido y entrecórtado acento:

—¡Así son todas las cosas! ¡Tanto como he deseado ser reina..! ¡tanto como he trabajado para serlo, y dentro de tres dias van á coronarme, y nunca, nunca me he visto tan abatida, tan desesperada como me veo!

Doña Leonor ya no miraba á la calle; pero en cambio solia clavar los ojos en la puerta por donde era mas regular que entrase el que debia venir por la calle.

—¡Oh! ¡No viene..! ¡no me hace caso..! ¡Si yo pudiese arrancar del pecho esta vergonzosa pasion que me devora....! ¡Vergonzosa..! No hay duda... ¡Si yo pudiese tornarme de veinte años! A los veinte años no esperaria tanto como ahora, aun cuando como ahora no me llamase reina.—¡Brianda! gritó súbitamente; y la puerta principal se abrió poco despues, dejando paso á una reverenda dueña de negras tocas.

—¿No ha vuelto el paje?

—Sí, señora.

—¿Y qué..?

—No le han pasado recado ninguno.

—¡Cómo!

—Le ha dicho el maestre hostal que estaba descansando, y que á no ser del palacio de Lerin no queria recibir ninguna nueva.

—¡Descansando! murmuró Leonor, y sus mejillas se encendieron como la grana, para tornarse luego pálidas y desencajadas.—¡Ah! sí, esclamó un momento despues; no me acordaba de que la contraseña era esa... decirle que de parte del conde de Lerin...

—No, señora: de parte de doña Catalina.

—¡De Catalina!.. Sí... pues! de la hija del conde...! eso quise decir!—Está bien: no tengo prisa

—Entonces, dijo la dueña; podrán entrar los batidores de moneda.

—¿Que quieren?

—Dicen que no tienen tiempo, ni metales para acuñarla con el busto de vuestra majestad para el jueves, dia de la coronacion.

—Que se vayan, que se vayan, contestó la reina, que estaba rebentando por llorar: me proclamarán con la moneda de mi padre.

—¿Y los jurados, y el prevoste de la ciudad, que vienen á dar el pésame á..?

—Que vuelvan, que vuelvan dentro de cuatro dias, y me darán el parabien

—¿Y mosen Pierres de Peralta?

—¡Nadie, nadie! ¡quiero estar sola!

Leonor efectivamente tenia necesidad de estar sola; porque sus ojos cuajados de lágrimas desatáronse apenas la dueña cerró la puerta.

—¡Me aborrece! esclamó: ¡me desprecia! Y es preciso combatir esta pasion: es preciso que yo torne á ser la leona cuyos rujidos hacen temblar á todos. ¡Oh! ¡Volveré á sentir el placer de la venganza! Seré temida sin ser amada: saldrá de mi reino ese aventurero desconocido: nunca pondrá las plantas en mis dominios, y si yo conociese que otra mujer es la causa de ese desvío, de ese insultante desden.. ¡oh! yo que no he perdonado á dos hermanos, ¿podria perdonar á una rival?

En aquel momento se abrió una puerta secreta, y aparecióse un embozado que con jentil talante se adelantó, despues de haber dejado la capa en un taburete.

Traia un traje corto de brocado carmesí: un gaban airoso de paño negro hasta medio muslo, forrado de pieles de armiño, que volvian en ancho cuello por la espalda hasta terminar en punta por delante, y del tahalí encarnado pendiente una espada corta con rica empuñadura. Derribábanse las negras melenas de un bonete con vueltas de escarlata, formando en medio un pequeño pico en el cual brillaba un cintillo de piedras.

—¡Alfonso! esclamó la reina, al verle tan gallardo, tan bizarro, tan galan. ¡Alfonso! volvió á decir, olvidando todos sus propósitos, todas sus penas y amarguras: ¡cuánto has tardado!

—¿Qué es eso? ¿Estabais llorando, señora? la dijo el caballero, entre asombrado y dulcemente compasivo.

—Lloraba, sí: creí que no vendrias... temí... ¡Qué ratos tan crueles me haces pasar!—¡Oh! no te sonrias, Alfonso...

—¿Porque no? repuso el caballero con aquella sonrisa entre burlona y lastimosa, que habia llamado la atencion de la reina: ¿porque no, si veo en vuestras lágrimas la prueba mas evidente de que soy amado?

—¡Te amo, sí, Alfonso mio! ¡Te amo con tanta mas vehemencia cuanto mas desgraciada me haces!

—¡Desgraciada vos! esclamó don Alfonso con aquella indefinible espresion de júbilo, de tristeza y de dulzura. ¿De veras sois desgraciada?

—Cuando estás á mi lado, cuando me miras así con esa ternura, con esa sonrisa que me hace mal, y que me deleita y fascina, entonces no soy desgraciada; pero cuando no te veo, cuando estoy esperándote, que es siempre que no te veo... ¡Ay! ¡Alfonso, Alfonso..! Mira, el único pensamiento de toda mi vida: mi único afan era por llegar á ser reina, á sentarme en el trono de mis padres, á dominar desde esta cumbre todo cuanto mis ojos alcanzasen; pues bien, este deseo dentro de dos dias será completamente satisfecho: mis dedos tocan ya esa corona que presto, sí, presto, y por largos años ceñirá mi frente. ¿No es verdad que dentro de tres dias voy á ser coronada, y que en mi corazon hay vida para disfrutar por muchos años lo que tantos de afanes me ha costado? Pues si me diesen á escojer entre tu amor y un trono... ¿qué sé yo? No sabria cual escojer.

—¡No, sabriais cual escojer..! ¿Eh?

—¡Ingrato! ¿Te parece poco vacilar entre tu corazon y un trono, cuando no he vacilado entre....

Detuvose aqui doña Leonor. En el arrebato de su pasion iba á revelar un terrible secreto que hubiera horrorizado al caballero.

—Si; prosiguió la reina, y si tu me rogases, Alfonso mio, si tu insistieses, yo te sacrificaria.. ¡hasta el trono mismo!

—¿Para qué? respondió Alfonso con una injenuidad muy parecida al sarcasmo: ¿para qué, si Dios os ha destinado á reinar? Vos hija tercera del rey don Juan II, no podiais pensar siquiera en ceñir corona por los derechos de vuestro marido; porque os casaron niña todavia con un conde: teniais delante un hermano varon que ya contaba numerosa descendencia; pero ese hermano mayor quiso Dios que muriese en la flor de su edad, quiso Dios que cometiese algunas faltas y que su descendencia quedase desheredada. Teniais delante todavia una hermana mayor: aquella hermana lejítima heredera del trono podia casarse, podia trasmitir sus derechos á quien quisiese, en virtud del testamento de vuestro ilustre abuelo don Cárlos el noble; pero Dios, Dios que os ha predestinado para reinar, os allanó completamente el camino, y quiso que muriese doña Blanca sin hacer testamento, y envenenada por una doncella vuestra... llamada... llamada...

—¡Inés! añadió la condesa de Fox con voz apenas intelijible.

—Inés, en efecto; la cual tenia zelos de la princesa por sus amores con un tal... un tal...

—¡Jimeno! ¡Jimeno! añadió sobresaltada Leonor; pero porque me cuentas esa historia?

—Jimeno, es verdad; un bandido, un capitan de aventureros, un judio... Preciso es confesar señora que fué muy culpable vuestra augusta hermana en enamorarse de...

—No; Alfonso, no fué culpable... Entonces me parecia un crímen amar... ¿Sabia yo por ventura lo que era amar? Ahora... Figurémonos un momento que tu fueses un pechero: ¿podria dejar de amarte como te amo?

—Bueno es, señora que fortalezcais el alma con semejantes suposiciones; porque... vamos á ver ¿quién soy yo?

—Es verdad ¿quién eres tú?

—Don Alfonso de Castilla; un infanzon navarro, segun el fuero, que nos concede este título á todos los estranjeros que podemos mantener un caballo, un arnés completo, un escudero y una lanza.

—¡Mi Alfonso! ¡el querido de mi corazon! añadió la reina.

—Bien esta; pero entre un estranjero de los de lanza, caballo y escudero, y un querído de su magestad bien puede caber un... ¿qué diré yo? ¿villano?—Es poco; ¿un judio? Menos... ¡un agote!

—¡Oh! ¡calla! ¡que horror! esclamo la de Fox con visible repugnancia: hablemos de... de...

—Anudemos señora mia, nuestra conversacion. ¡Oh! confesad, doña Leonor, que la divina providencia os favorece de una manera privilejiada. Estais sola: no teneis que compartir con nadie el mando supremo; van á cumplirse todos vuestros deseos de una manera superior á como los habrais concebido.—Vuestro esposo ha muerto: con nadie compartireis el trono: vuestro hijo don Gaston ha muerto: nadie os ostiga para que dejeis el trono... Seria un crimen, señora, añadio el infanzon con tono grave: seria una oposicion criminal á los deseos, á los decretos del Altísimo, impediros que reineis. Dios vuestro señor, teniendo en cuenta, sin duda, las lagrimas que os ha costado la muerte de vuestros dos hermanos: queriendo premiar vuestras virtudes, vuestra noble ambicion concede hoy á Navarra, por tantos años sumerjida en los horrores de una guerra civil, un reinado próspero, pácifico, y sobre todo prolongado. No, no me supongais tan necio y tan temerario que por una vana satisfaccion de amor propio oponga mi pobre corazon delante de las gradas del trono. !Reinad, señora, reinad, que Dios lo quiere!

Calló don Alfonso, y fijó sus ojos en la princesa que habia escuchado sus razones las manos en el rostro cubriendo mal con ellas la turbacion de su espíritu que se revelaba por el anhelar, por el bullir del pecho, y por algun sollozo mal reprimido que se escapaba del corazon desasosegado.

Hondas y penetrantes eran las miradas del caballero, y en su acen-

to y en su sonrisa sarcásticos unas veces, y graves y sinceros otras, habia una mezcla de burla sangrienta y de conviccion profunda, y hasta supersticiosa, que dificilmente podemos decir á nuestros lectores que frases correspondian á cada uno de los diversos papeles que al parecer representaba aquel personaje incomprensible y misterioso.

Por fin apartó Leonor las manos de su encendido rostro, y en sus ojos se notaba la orla de púrpura que deja el llanto reprimido.

—¿Porqué llorais, señora mia? preguntó don Alfonso con una suavidad encantadora.

—No sé lo que es, dijo doña Leonor: ¡tengo tanta propension al llanto desde que te conozco..! Ahora vierto sin duda todas las lágrimas que he dejado de llorar en otro tiempo.

—¿Pero llorar cuando te digo tan dulces palabras?

Era la primera vez que el caballero la trataba con tanta familiaridad.

—¡Ay! ¡esas tus dulces palabras me taladran el corazon!

—Entonces guardaré silencio.

—No: mayor martirio seria no escuchar tu voz.

—¿Porqué contradiccion semejante?

—¡Nada! Porque yo quisiera ser á tus ojos una mujer impecable, inmaculada, de conciencia tranquila, sin remordimientos: quisiera ser un ánjel; con su pureza de alma, ya que me falta la frescura de su faz; con su blanda sonrisa, ya que no tengo el carmin delicado de sus lábios. ¡Alfonso, Alfonso! esclamó Leonor con un arrebato de síncera pasion: ¡yo no tengo mas que amor ardiente, inmenso, y ese amor todo es para tí, todo!

—¿Y os pido mas por ventura?

—Pero yo que mido el abismo de mi pasion, contemplo tambien horrorizada el abismo de mis faltas. Tú, famoso ya entre todos los caballeros por tu valor y jentileza, eres un prodijio de discrecion y de sabiduría; tú merecias por galardon, Alfonso mio, no el amor de una reina, sino el amor de una niña anjelical, pura, cándida y sonrosada..! ¿Porque no me has conocido en mi primera edad, cuando yo miraba la corona como una joya y el cetro como un juguete, cuando yo no habia respirado en esa atmósfera impura de la ambicion que va corroyendo las entrañas, y marchitando la tez?¿porqué..?

—¿Pero qué importa, señora, si de todas maneras estais segura de mí?

—¿De veras, Alfonso mio? esclamó Leonor, seducida con el encanto de estas palabras.

—¿Lo dudais siquiera?

—No, no quiero dudarlo. Te creo, y persuadida de tu amor voy á

revelarte mis planes. Verás, veras como he trazado el cuadro de mi vida de reina, de esa vida por la que tanto he suspirado.

—Escuchemos, dijo don Alfonso, con un placer verdadero, y dando á su fisonomia el aire de una curiosidad infantil. No sabeis cuanto me interesa el oiros.

—Arrimaré mi sitial hácia tí.

—Yo el mio, perdonad: sois mi reina, y mi señora.

—Dame tu mano.

—Si, tenedla entre las vuestras.—Con que... vamos á soñar, añadió el caballero.

—No: vamos á pintar el cuadro de nuestra ventura; pero con colores...

—¡Brillantes, esplendidos...!

—Si, pero verdaderos. En primer lugar tu me has de amar siempre.. ¡siempre.!

—Bueno: he de amaros... ¡siempre!

—En segundo lugar hemos de pacificar el reino; porque....

—Dejad el porqué, y vamos al cómo.

—El cómo es muy sencillo: mi padre, que Dios guarde, con el objeto de...

—Ya sé lo vais á decir, añadió Alfonso, para sacarla de un embarazo: vuestro padre que reinaba en Navarra y Aragon al mismo tiempo, y que sin ceñirse la corona de Castilla queria dominar allí mas que en Aragon y Navarra; vuestro padre don Juan, en vez de trabajar por estinguir los bandos, parcialidades y divisiones de los grandes y ricos homes de este reino, fomentaba por el contrario la guerra y las rencillas, los odios y enemistades particulares para dominar mas facilmente en un pais dividido, y del cual le alejaban sus ambiciosos proyectos en Castilla y Cataluña.

—¡Qué penetracion! esclamó Leonor, apretándole suavemente la mano, y lanzándole una mirada de tierno asombro: Es cierto: mi padre que daba poca importancia al reino navarro me dejó por gobernadora y lugarteniente suya, con especial encargo de fomentar la guerra civil, de atizar la hoguera, si por falta de leña se apagaba.

—¿Y no habeis reinado bastantes años, señora, para perder el afan de reinar?

—¡Al contrario! esclamó Leonor como si la hubiesen tocado en lo mas vivo de su llaga. ¡Al contrario! Ser reina gobernadora y lugar teniente de don Juan II, es sentarse en un potro, y no en un trono: es ser una esclava á quien por capricho se cubre con la púrpura real; es tener hambre y sed, y asistir atado á un convite en que se devoran manjares apetitosos, se consumen licores esquisitos, cuyos aromas te

Lám. 14

halagan y acarician los sentidos, sin que nadie por compasion acerque un bocado, una gota á tus sedientos lábios. Gobernar en nombre de otro es, en fin, sufrir todas las amarguras del mando, sin saborear ninguno de sus goces. ¡Oh! ¡Si yo no reinase ahora, sola, libre, tranquila, independiente, me moriria desesperada; porque esto solo ha servido para encender, para irritar mis deseos; para hacerme conocer en toda la estension lo mucho que me falta que disfrutar!—¿Vés esta carta? añadió doña Leonor, sacando un papel de su escarcela: ¿esta carta que tengo siempre conmigo y que rasgaré á la hora, de mi muerte, para que no quede rastro siquiera de semejante oprobio? Esta carta es de mi padre, y en ella está la prueba de mi humillacion de mi deshonra (1). Yo le pedía al rey mi padre dinero para mis gastos; pues ni siquiera me daba lo necesario para vivir; y él me contesta que yo soy quien debo remitirle hasta doce mil florines, como lo hacia el príncipe don Cárlos: yo acusaba á Juan y á Fortuño de Toledo porque se habian burlado de mi autoridad real; y él me contesta defendiéndolos abiertamente y amenazándome si los castigo, y colmándoles de mercedes: yo me quejaba de que los oficiales del rey estaban muy mal pagados, y que murmuraban contra mi; y él me replica estrañándose de que no están repletos de oro sus bolsillos, y haciéndome los cargos mas inicuos: yo le pedia que de una vez declarase cuales eran mis facultades como reina gobernadora; y el me contesta con ambajes y rodeos, para tener siempre pretestos de acusarme, y me amenaza por último, ¡qué horror! con la misma suerte que á mis hermanos don Cárlos y doña Blanca que murieron envenenados. ¡Y esto es reinar! ¡y esto es ceñir corona! ¡Alfonso, Alfonso! Ya estoy sola; pero... ¡cuanto ha vivido mi padre!

—¡Pobre Leonor! esclamó el infanzon ¡verse obligada á desear la muerte de..!

—¡De todos mis deudos, de mi mismo padre!

Al pronunciar la princesa estas palabras, bajó los ojos al peso de sus remordimientos ó de su vergüenza, y el caballero retiró su mano, haciendo un jesto de horror y de desprecio, tan terrible quizá como los criminales secretos que estaba escuchando.

—Lo mismo que á mi padre, prosiguió Leonor, me convenia á mi tener los ánimos divididos; mas ahora que ya estoy segura de reinar... debo aspirar con todas mis ansias á conseguir la paz, á reconciliar á los bandos, para que mi dominacion sea mas ámplia, para que nadie turbe las dulzuras de mi reinado.

—Es decir, señora, repuso don Alfonso, con suave acento: que

---

(1) Esta carta ecsiste en el archivo de la Cámara de Comptos de Pamplona: cajon 160. n. 39.

tanta sangre vertida por espacio de treinta años, tantas familias sacrificadas, tantos pueblos incendiados por asegurar vuestros *indisputables* derechos á la corona; nada deben significar, nada deben pedir en adelante para que vos disfruteis sin temor, sin recelo, sin importunos clamores las delicias de un reinado para el que Dios nuestro señor os predestinó desde la cuna... ¿Es esto lo que habeis querido decir?

—Si, Alfonso, de lo contrario: ¿qué es el trono cuando unos lo combaten encarnizadamente y lo defienden otros? ¿cuando los primeros no te obedecen, porque no reconocen tu autoridad, y los segundos tampoco te obedecen, porque con el achaque de la defensa mandan mas que tú? ¡La paz, tu amor, Alfonso, son mis únicos deseos!

—¿Con qué la paz y mi amor?

—Si, muchos años de paz y de amor, muchos años de ventura.

—Corriente; pero estamos todavía como al principio: mi corazon es vuestro; ¿pero cómo arreglais eso de la paz?

—Tengo una idea.

—¡Una idea! ¡Cáspita! Veámosla.

—Pero no vayas á creer que es mia.

—Entonces ya dudo de que sea buena.

—Es del reverendo padre que ha venido de tu parte esta mañana.

—¡Calle! ¿Con qué el fraile de Irache tiene tambien ideas..?

—Como suyas... los frailes todos pican de casamenteros.

—¡Ola! ¿Con qué es un casamiento el medio inventado para conseguir la paz?

—Si, la union por medio de una boda de las dos familias rivales que hacen de cabeza de los bandos.

—El conde de Lerin es viudo; pero ya viejo y caduco.... don Felipe de Navarra... Vamos, ese es mozo y bizarro, y... ¿Pero con quien diablos quiere casarle el fraile..?

—Con doña Catalina de Beaumont, hija del conde de Lerin..!

—¡Con Catalina! esclamó atónito el desconocido.

—¿De qué te admiras? Yo suponia que estubieses de acuerdo con el fraile.

—¡El diablo cargue con el fraile y con..! ¿A quien se le ocurre una idea tan disparatada?

—Decid mas bien una idea tan poco agradable para vos, añadió Leonor con alterado acento.

—¡Para mí!

—Si, para vos, y para todos los amantes de Catalina.

—¡Ah! ¿Teneis zelos? ¿Teneis zelos de Catalina? repitió con gozo interior el caballero.

—¿No es una niña, Catalina?

—De quince años.

—¿No es una niña, fresca, sonrosada, dulce, hermosa?

—Es todo eso, y mucho mas, dijo el caballero : es un ánjel.

—¿Y no es verdad que cuando os hallais retirado en vuestra estancia solo para los ánjeles estais visible?

—Vamos, veo que teneis buen espionaje.

—¡Lo que tengo es rabia, zelos, desesperacion, vergüenza de amaros y de haberoslo confesado! replicó fuera de sí la princesa; y añadió luego al ver el no disimulado gozo del caballero ¿Y esto os hace sonreir?

—Si, porque veo que me amais con vehemencia, como yo queria ser amado.

—No: no es por eso ¿que os importa un amor que no es el de una niña de quince años? ¡Me engañais don Alfonso, me engañais! ahora lo veo claramente: esa sonrisa es un insulto; esa reserva indiferencia: astucia vuestras caricias... ¡No sabeis, infeliz, no sabeis cuan fiera ha sido la venganza de doña Leonor de Navarra, cuando no ha tenido zelos, y no podeis calcular cuan terrible será cuando los tenga!

—Ni vos tampoco podeis evitar, Leonor mia, dijo el caballero con su eterna sonrisa, que por ahora me ria de vuestras amenazas.

—Pues bien: se casará don Felipe con doña Catalina.

—¡Quien sabe!

—¡Se casará si, porque los dos se aman! ¿ois don Alfonso? ¡los dos se aman!

—Lo siento por ella, respondió el caballero con la mayor calma: lo siento mucho por ella... es una dama á quien profeso singular cariño; un cariño casi paternal.—¡Infeliz! Lástima que se haya prendado de ese don Felipe: porque os aseguro, reina y señora mia, que no se casará con él.

—¡Alfonso, Alfonso! ¡no fulmines su sentencia de muerte! esclamó Leonor enteramente loca de furor: ¡Ay! ¡no sabes tu de lo que yo soy capaz!

—Lo se muy bien, señora: lo adivino por lo que habeis sido, dijo el infanzon con frialdad, y salió del aposento cerrando la puerta con violencia.

—¡Alfonso! ¡Alfonso! gritaba doña Leonor arrepentida de sus palabras.

Pero Alfonso escuchó estas voces sin detenerse, y el que hubiera visto la satanica alegria que brillaba en sus ojos, no hubiera dejado de estremecerse, aun mas que de las amenazas de la princesa.

—¡Oh! ¡Ese hombre no me conoce, esclamó Leonor: ó es mas perverso que yo, cuando se marcha tan tranquilo!

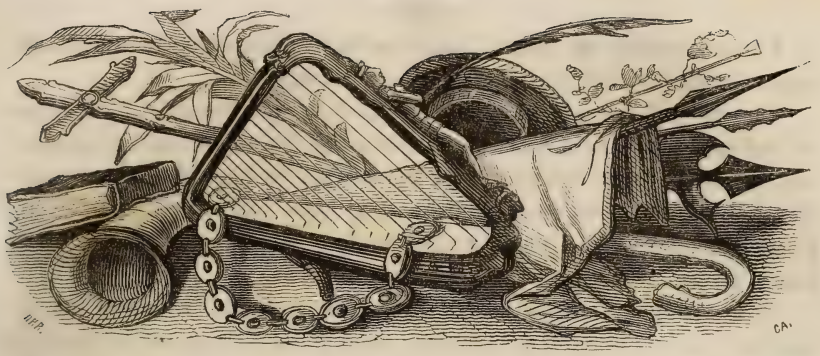
Era casi de noche cuando el mesnadero de la reina salió del alcazar; y acordándose de que tenia que dirijirse á las afueras de la poblacion para recojer al anciano leproso, á favor de la oscuridad, se encaminó hacia casa á ponerse la armadura que le hacia completamente desconocido.

En su casa encontró una carta, concebida en estos términos:

» El agote se halla en salvo, y mucho mejor cuidado que podria estar en » tu poder. Ahora mas que nunca me tendrás á tu lado: ahora mas que » nunca te ayudaré en tus empresas. »

Fortun el escudero vino luego casi beodo, como era de suponer, habiendo permanecido tantas horas en la taberna: ninguna razon supo darle de la desaparicion del leproso: y don Alfonso quedó en hondas meditaciones á que daban lugar tan estraños y maravillosos acontecimientos.

Al otro dia se dirijió á la ermita de la penitente.



CAPITULO VI.

Que será muy corto.

TRISTE y sombria era la ermita de la penitente, triste y sombria como los pensamientos que suscitaba. A la espalda un peñon erguia su descarnada y angulosa frente que se adelantaba sobre los cimientos, sirviéndola de pavellon contra las tempestades, robándola los rayos del sol del medio dia y los blandos soplos de las auras. Al frente la defendian contra los rigores del ábrego, robustas hayas, que aumentaban lo triste de aquella morada cuando el viento con seco són movia el áspero ramaje, ó silvaba entre los pinos que tendian sobre ella sus brazos horizontales guarnecidos de franjas.

En medio de aquella muralla de troncos y de granito, alzábase como temerosa la pobre cabaña, cuyo pajizo techo acariciaban las ramas que pendian de la roca. Tenia al frente un cobertizo triangular, debajo del cual se cobijaba la puerta, con sendas piedras sin labrar por bancos, y el signo de nuestra Santa Redencion sobre la dovela del arco ojival.

Es mas que probable que al pie del peñasco brotase algun arroyuelo, que fecundase con sus ondas la vigorosa vejetacion de aquel recin-

to: á la sazon todas las raices, todas las hojas eran otros tantos hilos de agua; los surcos, arroyos; las hondonadas, torrentes.

Limpio y despejado el cielo, dejaba toda la influencia á los rayos del sol para derretir la nieve, y descubrir la faz amena de los campos, bajo cándidas tocas escondida: el austro con su blando aliento, tambien tomaba parte en esta empresa, á la cual tan solo se oponian los blanquecinos vapores que se ecsalaban á lo largo de los rios, y en el hondo de los valles.

Eran las ocho de la mañana: sentada la penitente en una de las peñas que yacian debajo del cobertizo, echado atrás el velo y con los brazos cruzados en el pecho: dirijia maquinalmente sus miradas al rededor, sin fijar la atencion en ninguno de los objetos que se pintaban en sus pupilas.

Fuera de la choza los arroyos murmuraban: dentro de la choza la tórtola jemia. Llamaba con inútiles suspiros á la dueña, que desde la fatal aparicion de los caminantes, ni la habia dispensado una sola caricia, ni llevado un solo grano para sustento, ni siquiera habia querido sacarla de aquella cárcel oscura, para ver la luz naciente y aspirar las auras matinales.

Un solo pensamiento llenaba el alma de la solitaria; una sola imájen veían sus errantes ojos; un solo recuerdo profundizaba su memoria: fuera de este pensamiento, fuera de esta imájen, fuera de este recuerdo, nada ecsistia para ella desde el dia anterior.

Hasta entonces la soledad y el tiempo la protejieron con su doble escudo contra las punzadas del dolor; hasta entonces la ermita pudo servirla de ciudadela contra el tropel de pensamientos mundanales que la acosaba; los cilicios de coraza, la oracion de aliento; pero desde que *él* habia penetrado en su retiro la fortaleza quedó desamparada, su defensora vencida: todo estaba impregnado de la presencia del caballero, todo hechizado.

Las auras no eran las puras auras del cielo que la traian el cántico de los ánjeles; era la atmósfera que *él* habia respirado: la choza no era el pobre nido de la paloma herida; era el recinto que le habia servido de albergue: la cruz, la calavera misma no eran emblemas ascéticos y sagrados; eran objetos en que *él* habia fijado sus miradas: y la soledad, la misma soledad tenia una voz muda, pero incesante, eco fiel de la voz del caballero; eco que repetia todas sus palabras, con todas las inflecsiones del acento, con todo el encanto de armonia que les prestaba un corazon apasionado; eco tanto mas profundo y penetrante, cuanto que nadie lo turbaba, ningun estraño rumor lo interrumpia.

El primero que llegó á interrumpirla en sus hondas meditaciones fué producido por el roce de las ramas desnudas, y por el chasquido

Lám. 15

de las pisadas fuertes en un suelo fangoso.

Levantó la frente abatida, y apareciósele Chafarote.

—¡Aun estais ahí, señora! esclamó compadecido el sota-ermitaño.

—¡Pues que..!

—¡Toda la noche! ¡Toda una noche de Dios..! ó del diablo, por mejor decir! porque estas noches de invierno, maldito lo que tienen de... ¡y en esa misma postura! ¡y sin probar bocado! Ermitaño soy yo, voto á cribas, y me pinto solo para rezar; pero, señora, con buenos bocados y mejores tragos..! Para nada se necesita comer mas y mejor que para hacer penitencia.

—¿Le has entregado el aviso? preguntó la penitente, sin hacer caso de sus consejos.

—No, señora.

—¿Cómo no?

—Porque viene el mismo en persona á este sitio, y aquí podeis decírselo todo de palabra.

—¿Aquí otra vez? esclamó la penitente, levantándose sobresaltada: ¡volver á verle! ¡Oh! No puedo, no quiero recibirlo.

—Pues mirad como ha de ser; porque él sube mas que de priesa por esa loma.

—Bien está: márchate, déjame sola: procura que él no te vea.

Chafarote obedeció. La penitente cojió un carbon de la hoguera del dia anterior, y en el blanco pino de la puerta escribió apresuradamente estas palabras:

Vuela á salvar á tu amada...
Traicion... incendio en su palacio...
¡Ay de ella, si llegas tarde!

—¡No, no volveré á verle! ¡Perderia mi alma sin remedio! esclamó despues, y cerró de golpe la puerta de la ermita, dejándola caer tras de sí como la losa de un sepulcro.

Al poco rato asomó un hombre entre los árboles, y con pasos presurosos se dirijió á la choza. Sacó una mano blanca y delicada debajo del embozo, y dió un golpe, diciendo al mismo tiempo con voz sonora y tranquila:

—¡Abridme, penitente, abrid en nombre de Dios!

Y como nadie le respondiese, aplicó el oido á la cerradura; miró luego á la puerta; reparó en las letras recien hechas; pero no se curó de descifrarlas: volvió á llamar con el mismo resultado, y restregándose las manos bajo la capa, comenzó á pasear por el cobertizo, como si quisiese entrar en calor con el ejercicio.

—¡Qué diablos! murmuraba entre dientes; estará en la iglesia de

Nuestra Señora; y hoy como domingo... voto va...! ¡Funcion tenemos para rato! ¡Cuántas misas tendrá ya en el cuerpo esa bendita mujer! Vaya por... las que uno se deja...

El buen caballero se cansó muy pronto de pasear, y se sentó; y se cansó muy presto de estar sentado: tenia trazas de aburrirse presto de todo. Acordóse del letrero de la puerta, y por matar el tiempo, se empeñó en descifrarlo.

—A ver si me acuerdo de las lecciones del padre abad: ¡por vida de... que semejantes garabatos parecen escritos de mano de algun reverendo! *Vuela á...* Vamos, esto tiene trazas de ser alguna sentencia del evanjelio. *Salvar á...* ¡Diantre! ¡pues no estoy tan torpe como creia! *tu amada...* ¡Demonio..! *Traicion...* ¡Estoy en ascuas! *incendio... en su palacio...* ¡Dios mio! ¡Este es un aviso del cielo..! *¡Ay de ella, si llegas tarde...!* ¡Catalina! ¡Catalina! esclamó, alejándose precipitadamente por el lado opuesto á donde habia venido.

Pasaron algunos minutos, y por la pequeña vereda que conducia desde la capilla de la Vírgen á la ermita, aparecióse un hombre de grande estatura, embozado hasta los ojos, y cubierta la cabeza con una gorra milanesa. Solo se descubrian de su traje las botas de cordoban, sin espuelas, y llenas de barro.

Encaminóse, como su antecesor, á la puerta de la choza: sus pasos eran empero graves y sosegados: sus miradas lo abarcaban todo. De una sola, y antes de llamar, leyó el aviso de la penitente; pero lejos de mostrar el aturdimiento del otro, se sonrió tristemente, y con un acento entre rencoroso, y tierno, y melancólico esclamó:

—¡Para mí no es esto..! ¡para mí no hay amadas que salvar..! ¡Ay! ¡la mia ya nada tiene que temer. !

Y diciendo estas palabras, sacó tambien su mano, no para llamar, sino para enjugar una lágrima. Empujó luego la puerta suavemente, y como no cediese al impulso, indeciso entre llamar ó marcharse, volvió á leer aquellos renglones. Fijó su atencion en lo reciente del escrito; creyó hallar alguna semejanza entre aquellos caracteres y los de ciertas cartas y avisos que recibia; recordó los grandes favores que el dia anterior habia merecido de la penitente; viniéronle al fin á la memoria las terribles amenazas de la reina, y ya no dudó un instante mas de que para él se habia puesto aquella inscripcion.

—¡Penitente! ¡penitente! gritó dando violentos y repetidos golpes á la puerta: ¡decidme, por Dios! ¿es Catalina? ¿es la hija del conde de Lerin?

Y el caballero detenia su aliento con el ansia de escuchar.

No podia dudar de que dentro de la ermita habia jente, porque en el silencio de aquella profunda soledad se oia el sobrealiento de un pe-

cho que pugna por ahogar los sollozos.

—¿Es Catalina? tornaba á gritar: ¿es Catalina?

—¡Catalina! respondió una voz lúgubre y lastimosa que parecia salir de las entrañas de la tierra.

Don Alfonso no quiso saber mas: como una ecsalacion se alejó de aquel sitio.

La ermitaña con el ánsia de verle partir por entre los árboles, salió de la cabaña, dió algunos pasos; pero no pudo proseguir, y cayó desvanecida en medio del cobertizo.

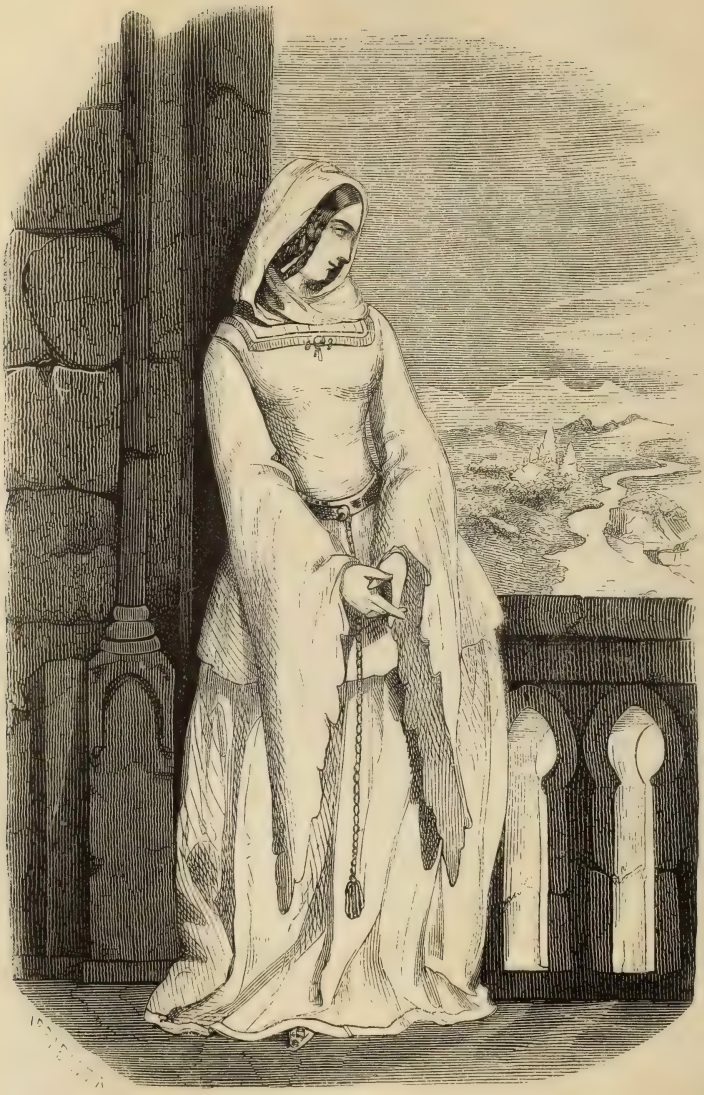
—¡Dios mio! murmuró al caer: ¡volverle á amar como entonces, para sufrir como entonces el horrible martirio de los celos!

CAPÍTULO VII.

En que el autor se muestra conmovido sin venir al caso.

No podemos conformarnos con el modesto papel de cronistas, cuando los ojos de nuestra imajinacion se tienden á su placer por los sencillos lugares que vamos á describir, por las escenas mucho mas sencillas que vamos á trazar : sin embargo, nada hay en ellos de maravilloso, de sorprendente y de notable, nada de raro y novelesco. Es un castillo el paisaje que se nos presenta, y dos ó tres figuras tranquilas que al parecer gozan de una paz poco á propósito para enamorar á esos malos discípulos de Miguel Anjel, para quienes nada hay hermoso que no sea forzado y violento.

Es un castillo sobre altísimas rocas, casi verticalmente tajadas; nido de cigüeñas, suspendido sobre un abismo; corona condal de una frondosa y dilatada vega, por donde el Ega enfrena su curso hasta entonces espumoso, y serpentea alborozado al verse libre del angosto cauce de las montañas, y corre suelto entre viñedos, olivares y praderas, en que



Lám. 16

pacen numerosos rebaños bajo un cielo tendido y despejado. Es en fin un alcázar poetico que participa de lo soberbio y áspero de una fortaleza, y de lo dulce y risueño de una casa de placer: es el primer escalon de los pirineos, que de roca en roca se van elevando hasta la altura del Pico del Mediodia : es el borde primero donde vienen á morir las oleadas de aquel inmenso y fecundo lago de verdura y de flores, entre las cuales, con lejanos murmurios, surca el Ebro lento y majestuoso.

Pero ese palacio no tendria para nosotros mas encanto del que le presta su pintoresca situacion, si la fantasía no se recrease en añadirle nuevos primores. Esa mansion amiga de las nubes y hermana de los vientos, es la morada de un ánjel de pureza y de candor; de una niña de quince años, blanca, dulce, risueña, sencilla en su aspecto y en sus adornos, como sencilla en su corazon. ¡Bello es el verla pasearse por el terrado, como una paloma por la cornisa de una torre, vestida de blanca lana, con tocas tambien blanquísimas de cendal, que dejaban asomar unos cabellos casi negros, que en gruesas trenzas le caian de las sienes para ser recojidas con gracia detras de las orejas, tan menudas como delicadas, revestidas de un cútis trasparente, teñido de un carmin suave que estaba revelando la vida, la salud y la tranquilidad del ánimo! ¡Dulce es verla tender por la profunda vega sus azulados ojos con cierta espresion castamente voluptuosa, que estaba revelando un alma ríjida y pura, y un corazon por estremo sensible y delicado!

Era su pecho un copo blanquísimo que las auras mas leves de la desgracia conmovian, cuando llegaban á la mansion aerea los lamentos de la viuda por la pérdida del esposo, muerto al hierro de su hermano; los ayes de la madre, que echaba de menos en su regazo al hijo por quien sufrió tantos dolores; los alaridos de los pecheros que tornaban á sus chozas mutilados en una guerra, cuyo objeto no se sabia y cuyo término no se divisaba : todos estos jemidos del infortunio subian al terrado de Catalina de Beaumont, y eran recojidos por aquel ánjel y presentados al Señor en sus oraciones, como una ofrenda de las amargas flores del valle de la vida, bañadas empero con el rocío de sus lágrimas.

Cuando salia con sus dueñas por las calles de la villa, las mujeres asomaban por las puertas y ventanas para saludarla; los ancianos por ella consolados para enaltecerla; los niños para sonreirse de placer, y señalarla con el dedo; y todos para bendecir el Señor con lágrimas de gozo; porque no daba un paso sin derramar un consuelo, no abria sus lábios que no fuese para calmar un dolor, ni fijaba los ojos sino para adivinar y remediar un infortunio.

Pero sobre todo manifestaba Catalina el mayor empeño en estinguir los ódios inveterados, las enconadas rencillas de los bandos enemigos.

Verdad es que su padre, el conde de Lerin, como caudillo de los beamonteses, era el mas violento y terrible con sus contrarios; pero ella decia á las jentes de la villa, cuando penetraba en sus hogares:

—Dejad, amigos mios, dejad que nuestros padres se entienden allá con sus derechos, y sus ultrajes, y su venganza; pero nosotros ¿por qué hemos de aborrecer á los que se llaman enemigos nuestros? ¿No viven dentro de nuestro propio reino, no hablan nuestro propio idioma, no adoran á un mismo Dios, no descienden quizá de un mismo tronco que nosotros? ¿No se esponen ellos tambien como nuestros padres, hijos, ó esposos á los mismos peligros en la guerra? ¿Saben ellos como nosotros porque se pelean? En buen hora que en el ardor de los combates se persigan; pero cuando deponen las armas ¿por qué los hemos de aborrecer? ¿por qué los hemos de perseguir parcialmente despues de la persecucion jeneral de la guerra?

—Nosotras sobre todo, decia á las mujeres, debemos aplacar el ódio y el rencor de los hombres, en vez de fomentarlo. Dia llegará en que la guerra cese, en que la paz se celebre y la union se verifique y consolide; y en este dia, creedlo, hermanas, nos pesará de todo el ma que hayamos hecho á nuestros contrarios.

Así decia Catalina reanimando sus consejos con un calor mas íntimo y vehemente del que solia manifestar en otras ocasiones; así decia, y al prorrumpir en semejantes palabras, su seno temblaba, y sus lábios se estremecian, y sus miradas tenian algo de vago y de inspirado, que prestaba irresistible eficacia á sus espresiones.

Era por aquel tiempo muy grande su alborozo, porque los bandos enemigos habian firmado treguas, ó *sobreseimiento*, como entonces se decia, por dos meses; conviniendo todos en proclamar por reina á la infanta doña Leonor, y coronarla con la asistencia de todos los principales caballeros de uno y otro partido, celebrando cortes que verdaderamente pudieran llamarse nacionales; pues hasta entonces cada bando juntaba las suyas, y unas á otras se llamaban reciprocamente rebeldes y facciosas, y dictaban leyes contradictorias.

Aun que jóven doña Catalina, no lo era tanto que no hubiese visto en sus verdes años mas de mil treguas fenecidas, y aun rotas antes de tiempo, por el impaciente encono de los bandos, y nada debia prometerse de ésta en favor de sus deseos de paz y de concordia; pero sin embargo, fuesen presentimientos de que el actual sobreseimiento era la aurora de una reconciliacion eterna, ó fuese que en las fiestas reales pensase divertirse saliendo del encierro del alcázár, ó fuese

en fin que en Estella creyese hallar alguna persona que no solia ver en el castillo de Lerin, lo cierto es que la hija del conde no disimulaba su contento y que en su rostro sonrosado brillaban las suaves tintas de la esperanza y de la ventura.

Uno de estos dias serenos y apacibles en que estaba en la azotea desparciendo sus miradas por el horizonte, vió venir por el camino de Estella dos bultos á caballo. Por demasiado comun y poco notable que fuese este accidente, no dejó de llamar su atencion, de manera que ya no fué poderosa á retirar la vista de aquellos bultos que lentamente descendian de la montaña. Y era que de vez en cuando solia ver uno ó dos caballeros que montados en sendos corceles pasaban á todo escape, y siempre á tiro de ballesta del castillo, y que uno de ellos al ver á la dama de pechos en las almenas, sacaba un lienzo blanco, y ajitándole con viveza, se alejaba mas que de prisa, no sin volver el rostro y tremolar el lienzo en medio de la fuga.

Imajinóse ver Catalina al misterioso caballero de los saludos, y sus mejillas encendidas á la sazon como la grana, y su pecho anhelante, hacian traicion á su alma, que hubiera querido permanecer tranquila; pero ni el paso de los caballos era tan arrogante como solia, ni brillaba tampoco ninguna blanca señal en medio de la desesperada negrura de los bultos; los cuales se dirijian resueltamente á la villa, cosa que jamás á los otros acontecia.

Al cabo de no pequeñas angustias, vió claramente que los soñados caballeros se habian convertido en reverendos monjes benedictinos que paso á paso, y con mas gana de lumbre y de reposo, que de saludos y carreras, subian por la empinada cuesta que conduce al castillo de Lerin.

Apeáronse entrambos á la puerta, y conocidos por los pajes y escuderos del conde, fueron llevados el uno á presencia de su señoría, y otro mas modesto, pero mas sabrosamente, á presencia de los tizones de la cocina, donde pudo satisfacer dos de sus mas apremiantes y perentorias necesidades : la de calentarse y la de almorzar : es decir la de templarse por dentro y por fuera.

No hay que decir si el lego envidió la suerte del padre maestro Abarca, porque él era y no otro, como habrán supuesto nuestros lectores, el recien llegado : sobre todo, cuando sentado en un escaño de nogal, debajo de la campana del hogar, le descolgaron una mesa que por uno de sus estremos estaba clavada á la pared, y tendidos los manteles al amor de la lumbre, le pusieron delante una liebre cojida el dia anterior en el raso de Sesma; cuando rodeado de perros de todas castas, lebreles, galgos, sabuesos y conejeros, que le ponian el hocico en el borde de la mesa, ó le daban zarpadas en las sandalias, ó le gru-

ñian cerca el hombro, y á este le tiraba un hueso *mondo* del craneo, al otro un hueso *limpio* de costilla, y al de mas allá el *descarnado* hueso de una pierna; así se hubiera trocado él por el padre maestro, como por un patriarca. Considerábase un monarca hecho y derecho, cuyo sólio era el alero de la chimenea, cuyo trono el escaño, cuyo escabel el hogar y cuyos cortesanos eran los perros de caza, que en medio de su bullir, de su gruñir y de su zarpar, con mejor índole que los cortesanos de don Juan II, se contentaban con huesos, y lo que es mas con huesos mondos, limpios y descarnados.

Por desgracia no le duraron mucho tiempo tan altivos pensamientos. La voz del padre maestro vino á sacarle de aquellas dulces ilusiones, y lo que fué peor de aquellas sabrosas realidades, haciendole tomar mas que de prisa el mismísimo camino que habian traido.

—Muy contento me parto de este castillo, hermano Gregorio, decia el padre Abarca frotándose las manos, no se sabe si de gozo, ó de frio, ó de ambas cosas á la vez.

—Y yo tambien me iria padre maestro, si la estancia hubiese durado algunos minutos mas.

—¡Qué bueno y que sencillo es el conde de Lerin! esclamó el reverendo.

—¡Bueno..! no digo que no; porque da muchas limosnas al convento; sencillo.... podrá serlo; pero no tiene fama de tal.

—¡Figúrese, hermano, que él me suministra cuantas noticias necesito para mi crónica, y me confiesa... todo, hasta sus propias faltas..!

—¡Caramba, padre, á fe mia que si mis faltas hubieran de publicarse, trataría yo como el señor conde de ser el coronista de mis propias faltas!

—¿Sabe, hermano, que el conde de Lerin es de mi misma opinion con respecto á las causas de la guerra civil y al modo de terminarla? dijo el padre en cuyo bendito rostro apareció una sonrisa de vanidad y de ufania.

—¡Oiga! ¿Con qué el señor conde desea que la guerra se acabe?

—Lo desea, lo anhela con ansia.

—Pues entonces, replicó el lego con cierta socarroneria; ¿como es que en veinte y siete años no ha querido terminarla?

—¡Porque... porque..! ¿que entiende el hermano lego de estas cosas? Lo cierto es que el señor conde quiere que todo se acabe, y pelillos á la mar, si me es permitida frase tan comun. Lo cierto es que opina del mismo modo que yo que con el matrimonio de su hija con el mariscal de Navarra, y con la espulsion de los moros y judios, ó cuando no, como el mejor quiere, con la imposicion de dobles pechas á las aljamas de una y otra casta, debe quedar el reino como una balsa de aceite.

—Y dígame, padre maestro; ¿qué dote ha de llevar el novio?

—Pues ahi está mi triunfo y mi gloria, esclamó el fraile alborozado: digo mal, y perdóneme Dios esta falta de modestia, ahi está el triunfo y la gloria de nuestra santa orden; pues se vale Dios de mi humilde persona para operar estos milagros. Figúrese, hermano, que el conde ha perdido sus mejores castillos, villas y lugares en esta guerra, y sin embargo no quiere nada del mariscal, sino que le restituya todos esos lugares, villas y castillos que son suyos.

—Que fueron suyos.

—Eso es, y que se los restituya previamente, mientras no se ajustan las condiciones de la paz. ¡Y suponian al conde tan codicioso, tan intratable, tan inaccesible..!

—Seguramente, padre, que es el hombre mas principal de Navarra. Yo no mido á las jentes por su talento, por sus castillos, por sus vasallos, sino por su cocina; y por Dios, que la del conde de Lerin puede competir con la nuestra.

La historia pierde de vista á los caminantes, para volver los ojos al palacio de Lerin.

Cuenta pues, que el anciano conde, cuyo espíritu no se habia enflaquecido ni enervado por los años, pasó á ver á su hija, y en breves razones la manifestó la necesidad que él tenia de asistir como rico-home á la coronacion de doña Leonor, y á las fiestas reales, y la conveniencia de que ella permaneciese en el castillo de Lerin, sin participar, no ya del regocijo de la corte, pero ni de sus acostumbrados paseos y solaces fuera del palacio.

En breves razones, hemos dicho, no solo porque la hija del conde no habia menester de largas pláticas para obedecer á su padre; sino porque entonces los padres no solian gastar mucha prosa para hacerse obedecer de sus hijos.

Encargóla el conde sobre todo que en su ausencia á nadie abriese las puertas del castillo, y que no dejase un solo momento la compañía de sus dueñas y se alejó con un caballero que apresuradamente habia venido de la corte á darle ciertos avisos, y llevó consigo en dos acemilas las galas y suntuosos trajes que se hizo para el dia de las bodas.

Aunque bien guarnecida de guerreros la fortaleza de Lerin, quedó casi desamparada de pajes, que habian ido acompañando á su señor; el cual trataba de encubrir con la pompa esterior la situacion apurada á que sus enemigos le tenian reducido.

Ni aun de pensamiento murmuró Catalina de las severas disposiciones de su padre: tal confianza tenia en su cariño y en su prevision que no dudó un solo instante de que fuesen las mas acertadas; pero aquella misma persuasion le infundia mucha pena; pues temia que cuando su

padre, que no soñaba sino en darla gusto, y que adivinaba sus menores caprichos, la rehusaba aquel soláz y esparcimiento, las paces no serian muy sólidas, ni la reconciliacion muy síncera y perdurable.

Resolvióse por lo mismo no solo á ejecutar las ordenes del conde, sino á redoblar su rigor encerrándose en una torre del castillo.

Desde una reja contemplaba un dia las nevadas cumbres que le ocultaban la ciudad de Estella, y aun creia que el viento del Este le traia el eco lejano del repique de campanas que solemnizaban la coronacion de la reina, cuando sus vagas y melancólicas miradas se detuvieron en un caballero embozado que á todo escape subia al alcázar.

Al poco tiempo le avisaron sus dueñas que un caballero que no habia querido bajar el embozado, ni alzar la visera, ni decir su nombre solicitaba la honra de besar su mano, y que aguardaba delante del foso, porque no se habia querido echar el puente levadizo.

—Decidle, contestó Catalina que le agradezco la cortesanía; pero que no puedo recibirle en ausencia de mi padre.

—Señora, continuaron las dueñas: ese caballero insiste en veros, y dice que os importa mucho su mensaje, y que solo á vos puede darle por ser cosa muy urjente y reservado.

—Decidle, replicó la doncella, que la corte no está lejos, y que alli encontrará á mi padre, á quien podrá contar todo cuanto me interesa.

Las dueñas no la importunaron con mas recados conociendo la firmeza de su caracter y su escrupulosa obediencia filial; pero el caballero ya por la llanura, ya por la montaña auduvo rondando el alcázar; y cuando creyó encontrar la reja donde se asomaba Catalina, sacó un lienzo blanco y le hizo ondear diversas veces, y aun juntó las manos en ademan de súplica, manifestando en sus acciones el mayor ahinco por verla mas de cerca para poder hablarla.

Pero la hija del conde, á quien en otra ocasion hubieran bastado algunas de estas demostraciones para subir al terrado, se alejó de la ventana por un sentimiento de delicadeza que le impedia permitirse semejante placer en ausencia de su padre.

El caballero parecia desesperado de tanta esquivez, y despues de rondar en vano el alcázar desapareció tristemente, perdiéndose con lentitud en el bosque de Baigórri.

Algunas horas despues, cuando las tempranas sombras de la noche habian confundido los objetos, y Catalina que de pechos en la ventana tenia los ojos fijos en el sitio donde habia visto al caballero, notó que del pie de las rocas subian los dulces sones de un laud, á los cuales se agregaron luego los ecos de una voz, no del todo mala, aunque trémula y turbada, que con toda claridad acentuaba esta coplilla, acomodándola como podia al compás y sonsonete de una conocida cancion.

Huye, sencilla paloma,
huye de tu nido estrecho;
que hay una sierpe en acecho,
y el diente dañino asoma,
para clavarlo en tu pecho.
¡Huye, paloma hermosa!
¡no mueras como incauta mariposa!

Aquella voz no conocida, aquella música desusada, aquella letra misteriosa y mas de una repetida; la aparicion del caballero del blanco lienzo, sus reiterados esfuerzos por hablarla llegaron á conmover á la tímida doncella de Lerin; la cual creyó ver en aquel cúmulo de circunstancias el aviso de una persona amiga, para tenerla apercibida de algun grave peligro que la amenazaba.

Pero ¿qué jénero de peligro era este, si ella dentro del castillo mismo se habia educido á vivir en una torre con las personas de su mayor confianza?

La voz empero continuaba.

¡Huye, paloma hermosa!
¡no mueras como incauta mariposa!

¿Que queria decir aquel estrivillo? ¿Era un ripio de la copla, ó la indicacion clara y terminante del jénero de muerte que, segun el cantor, la preparaban?

Asustóse entonces Catalina de verse sola, quiso apartarse de la ventana para llamar, pero sintió un calor estraordinario en aquel aposento, y un sordo estruendo á sus pies como el de una catarata; la luz de la luna no tenia fuerzas para romper aquella atmósfera densa, cargada de humo, y cuando el nocturno trobador iba á repetir su monótono estrivillo:

¡Huye, paloma hermosa!
¡No mueras como incauta mariposa!

Sintióse el sonoro estruendo de un laud estrellado contra las rocas, y en vez de la cancion un grito desesperado:

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego en el castillo de Lerin!

Catalina habia caido desmayada al pie de la reja, que en medio de la oscuridad parecia la boca de un horno encendido.

CAPITULO VIII.

Coronacion de la reina doña Leonor de Navarra.

Desde el amanecer del jueves veinte y ocho de enero, numerosas cuadrillas de vecinos y forasteros de la ciudad de Estella, cantando y retozando discurrian de un estremo al otro de la poblacion, dividida mas que por el Ega, por las rencillas y rivalidades de sus habitantes.

Tan dichoso era entonces aquel reino que sobre las disensiones orijinadas por la diferencia de castas y de clases, conocidas por los nombres de agotes, collazos, villanos, francos, hidalgos, caballeros y ricos-homes; sobre las divisiones relijiosas de moros, moriscos, judios y cristianos nuevos y viejos; sobre las divisiones políticas de agramonteses y beamonteses, cada poblacion estaba dividida en bandos parciales y famosos en la historia, de barrios contra barrios, como la Navarreria y los Burgos en Pamplona; de familias contra familias, como los Ponces y Learzas en Estella.

Aquel dia, empero, los que solo se veian en el campo de batalla, los que solo se pintaban para acuchillarse; los que solo se conocian para aborrecerse, y que sin conocerse quizá se aborrecian, pa-

seaban juntos y abrazados por las calles alfombradas de juncos y espadañas, bajo los arcos de triunfo bizarramente levantados, por entre ricos tapices y colgaduras, al son de tamboriles y músicas populares, al centuplicado estruendo de todas las campanas de la ciudad y de la comarca.

Dirijíanse en pelotones desde el alcázar, atravesando el rio por dos puentes, hasta la plaza mayor. Allí estaba la iglesia de San Juan en cuya sala capitular se reunian las cortes: allí debia verificarse la imponente ceremonia de la jura y coronacion de la reina.

Componíanse las cortes de tres estamentos ó brazos: el eclesiástico, el militar ó de la nobleza, y el de procuradores de las buenas villas cada uno de ellos tenia su presidente particular, el primero de los cuales presidia á todos. Este brazo, sin embargo, aunque mas importante y privilejiado era el menos numeroso.

Componíanle el obispo de Pamplona, el prior de la orden de San Juan, el de Roncesvalles, y los abades de Iranzu, Oliva, Leire, Irache, Fitero y Urdax, y el dean de Tudela y algunos pocos mas dignidades eclesiásticos. Su presidente era el obispo.

El brazo militar, ó de los barones, presidido por el condestable, ó por el mariscal en su defecto, formábase de los doce ricos-homes, y los caballeros é infanzones cuyas casas tenian honores de palacio de cabo de armería; y por último el brazo popular ó de las universidades, tenia en su seno á los procuradores de las *buenas villas*, ó de los pueblos que podian mandar uno ó mas diputados segun fuero, aunque nunca con mas de un voto.

Sentábanse los estamentos por su órden, y los mismos individuos de cada cuerpo, tenian de tal manera señalado su asiento, que el ocuparlo mas arriba ó mas abajo, se hubiera considerado por una usurpacion ó por una afrenta.

Entre los modestos hábitos de los relijiosos, y los vestidos mucho mas modestos de los representantes de las buenas villas, brillaban los deslumbrantes trajes de los caballeros, cubiertos casi todos con el luengo manto de escarlata de seda, y túnica de la misma tela que solia regalarles el monarca el dia de su caballería.

Resplandecia en unos el collar de la órden de *Buena fé*, y en otros las insignias del *Lebrel Blanco*, que consistian en un lebrel de oro pendiente de una cadena cuyos eslabones tenian la forma de hojas de castaño. Tambien el rey hacia el gasto de las divisas á los que honraba con estas condecoraciones.

Revestido de todas ellas el anciano conde de Lerin, que antiguamente gozaba del primer asiento entre los barones por la condestablia de que el rey don Juan le habia desposeido en castigo de su rebelion,

no ocupaba la silla de la presidencia, ni tampoco la segunda silla que correspondia de derecho al joven mariscal don Felipe de Navarra; pero inmediatamente despues seguia la suya.

Aquellos dos primeros asientos del brazo militar estaban vacíos.

Mosen Pierres de Peralta, sucesor del conde de Lerin debia ocupar el primero, á no impedírselo la escomunion que sobre él pesaba, por haber asesinado con su propia mano al obispo de Pamplona don Nicolás de Chávarri, pero ¿qué significaba la ausencia del mariscal que á falta de mosen Pierres presidia el brazo de los barones?

Sabíase que el caudillo agramontés habia llegado á Estella: que como deudo inmediato de la princesa se habia hospedado en el alcázar: y como nadie le aventajaba en bizarría, á todas horas estaban arribando para él trenes y galas que pensaba lucir en las fiestas reales: ¿cómo pues no se presentaba á las cortes, si en el reloj de la iglesia acababan de dar las diez, hora marcada para la jura? ¿Era invencible repugnancia de sentarse hombro con hombro con su mortal enemigo el conde de Lerin, caudillo del bando contrario?

Tal fué la opinion jeneral, harto probable en verdad, atendidos los antecedentes de entrambos caudillos: los odios que mediaban entre ellos no podian considerarse apaciguados por una tregua mas política que cordial, mas forzada que síncera. Teníalos separados una tumba: la tumba del padre de don Felipe, muerto alevosamente por una mano desconocida.

Malos presajios eran estos para los que anhelaban la perpetuidad de la tregua: los eclesiásticos se escandalizaban, los caballeros meneaban la cabeza, sonriéndose maliciosamente, y los procuradores de las buenas villas calculaban taciturnos cuantos hombres y cuantas pechas habia de costar á los pueblos aquel asiento vacío.

Cuando de tan diverso modo se estaba comentando aquel acontecimiento, rosonó de repente con mayor estrépito el repique de las campanas, el ronco estruendo de los atambores, la algaravía de las trompetas, el agudo clamor de los víctores, el sordo murmullo de la jente arremolinada, formando todo una armonia profunda, atronadora, que producia tanto alborozo en el ánimo, como aturdimiento en los sentidos. Si fuéramos orientales la compararíamos al fragor de muchas aguas que se derrumban de los montes.

La reina llegaba.

El obispo de Pamplona don Alonso de Carrillo, presidente de las cortes, señaló una comision que fuese á la puerta de la iglesia á recibir á doña Leonor y acompañarla hasta la sala de la asamblea nacional: despues todo volvió á quedar en silencio.

Nadie queria hablar alto acerca de la reina, todos sin embargo murmuraban de ella.

Decian los beamonteses:

—Esta es la que ayudó á su madrastra á envenenar al príncipe de Viana, y cuatro años despues emponzoñó por sí á doña Blanca de Navarra. ¡Dos fratricidios para reinar..! ¡Y reina!!!

Y los agramonteses añadian:

—Veinte y siete años de guerra hemos sostenido para que reine esta mujer, porque su reinado significaba el esterminio del conde de Lerin y sus secuaces, ¡y al cabo de los veinte y siete años viene hoy á coronarse entre los secuaces del conde de Lerin!

Los procuradores de las buenas villas movian tristemente la cabeza suspirando:

—Esta mujer es el vínculo de union para todos los partidos: ya no hay derechos, ni réjias ambiciones que levanten la frente para aniquilarnos ¿pero es posible que Dios bendiga esta union que se forma para entronizar el crímen?

—¡Cuán incomprensibles, continuaban los eclesiásticos, cuan incomprensibles son los juicios de Dios, y cuán investigables sus caminos, y sobre todo en la ocasion presente! Pero si permite el señor que tiene esta mujer tan larga y venturosamente como ha menester la salud del pueblo, ¡que abismo de incomprensibilidad no descubrirán los pobres y flacos juicios del hombre!

Con semejantes disposiciones de ánimo fué recibida en las cortes doña Leonor. El pueblo sin embargo, seguia gritando en la plaza, no porque la hija menor de don Juan II hubiese conseguido el triunfo sobre sus dos hermanos mayores; el pueblo gritaba, y heria los aires con voces de regocijo por hallarse mezclados y revueltos los parciales, que mutuamente se contaban las proezas y fazañas de que habian sído autores ó testigos en uno y otro bando; por la singularidad de estar comiendo y bebiendo juntos los que ayer se perseguian y mañana vendrian á las manos; porque el pueblo navarro, en fin, es el mas implacable como enemigo mientras tiene las armas en la mano, y el mas leal como amigo cuando las depone.

Antes de la coronacion de los príncipes, debian estos prestar juramento de guardar los fueros, usos y costumbres, sin cuyo requisito los caballeros y procuradores jamás hubieran pasado á jurarles fidelidad y obediencia.

El obispo Carrillo, vestido de pontifical se levantó, y dirijiéndose á doña Leonor, la dijo en alta voz:

—¿Vos quereis ser nuestra reina y señora?

—Me place, respondió de hinojos ante el prelado.

—¿Vos quereis ser nuestra reina y señora? repitió con mas fuerza.

—Me place.

—¿Vos quereis ser nuestra reina y señora? dijo todavía el prelado.

—Me place.

Muy molestas, y muy escusadas debian ser estas tres preguntas del ritual para quien tantas ansias habia mostrado de reinar.

—Reina nuestra, natural señora, prosiguió el obispo: conviene antes que llegueis al sacramento de la sacra uncion, facer juramento á vuestro pueblo, como lo ficieron vuestros predecesores los reyes de Navarra; é ansimismo el dicto pueblo jurará á vos lo que á los dictos vuestros predecesores juró.

—Estoy pronta, contestó la reina.

Entonces la presentó una cruz y el libro de los Santos evanjelios, sobre los cuales puso doña Leonor las manos pronunciando el siguiente juramento, que le presentó escrito el notario mayor del reino.

«Nos Leonor, por la gracia de Dios reina de Navarra, condesa de »Fox y princesa de Bearne, juramos á nuestro pueblo de Navarra, so»bre esta cruz et estos santos evanjelios por Nos manualmente toca»dos, es á saber, prelados, ricos-hombres, caballeros, hombres de »buenas villas é á todo el pueblo de Navarra, todos sus fueros, usos, »costumbres, franquezas, libertades et privilejios á cada uno dellos, »ansí como los han et yacen, que ansí los mantenermos, et guardare»mos, et faremos mantener et guardar á ellos, é á sus sucesores, en »todo tiempo de nuestra vida, sen corrompimiento nenguno, melloran»do et non empeorando, en todo ni en partida.»

Y como el acento de doña Leonor al pronunciar estas palabrars no fuese bastante fuerte y seguro, el notario las repitió en voz alta, para que todos quedasen enterados, y ninguno tuviese la menor duda de que la reina les habia jurado sus fueros, sin lo cual nadie la hubiera reconocido.

Terminada la lectura sentóse doña Leonor, y como el brazo eclesiástico no juraba, se llamó al presidente del brazo militar.

Todos volvieron el rostro al asiento del mariscal de Navarra.

Estaba desocupado.

En la silla del condestable se habia colocado la insignia de esta dignidad: una descomunal espada de dos filos guarnecida de plata, que representaba la espada de la justicia.

Hubo un momento de confusion y de conflicto. Llamóse otra vez al presidente del brazo militar, y entonces el conde de Lerin se levantó gravemente y empuñando la espada del condestable, se sentó en el asiento del presidente, dejando en medio la silla del mariscal, y despues de haber permanecido el tiempo suficiente para tomar posesion del nuevo destino, que con tanta audacia como travesura se acababa de conferir á sí propio; se adelantó á prestar el juramento con la mis-

ma calma y seguridad que lo hubiera hecho, cuando lejítimamente ejercia aquel cargo de que fué desposeido por don Juan II.

Aplaudieron todos la presencia de ánimo del conde: la reina le confirmó en su dignidad con una mirada de gratitud, y él con tranquilo y pausado acento pronunció estas palabras:

—Nos, los barones de Navarra, y en nombre de todos don Luis de Beaumont, condestable del reino y conde de Lerin, en nombre nuestro et de todos los caballeros et otros nobles é infanzones del dicto regno, juramos á vos nuestra señora la reina, sobre esta cruz et estos Santos evanjelios, por Nos manualmente tacados, de guardar et defender bien et fielmente, vuestra persona et vuestra tierra, et de vos ayudar á guardar, defender et mantener los fueros de Navarra á todo vuestro poder.

Habiendo jurado los caballeros, los procuradores de los pueblos lo hicieron en los términos siguientes.

—Nos los procuradores de las buenas villas en vez et en nombre nuestro, et de los vecinos, habitantes et moradores en aquellas, juramos sobre esta cruz et estos Santos Evanjelios, por Nos tocados manualmente, de guardar bien et fielmente la persona de nuestra seinora la reina, et de ayudar á guardar el reino á nuestro poder, segun nuestros fueros, usos, costumbres, privilejios, franquezas é libertades que cada uno de Nos habemos.

Terminada la ceremonia de la jura todos pasaron al templo donde la reina debia ser unjida con el oleo Santo. Doña Leonor en una cámara inmediata tuvo que despojarse de las rejias vestiduras, y apareció poco despues cubierta de seda blanca.

El obispo la unjió; y ella misma se acercó á la mesa del altar, se ciñó la espada, se colocó en las sienes la corona, y empuñó el cetro de oro.

Era llegado el momento de la proclamacion. La reina tenia que ser alzada por los doce ricos-homes del reino. El mariscal era uno de ellos... otro el conde de Lerin... ¿quien reemplazaba en el acto al mariscal?

La empresa no era fácil: no bien se pronunciaba el nombre de un caballero, cuando todos los demás protestaban contra él: cada cual hacia valer la antigüedad de su linaje, el mérito de sus servicios, y hasta se pronunciaban sordamente los epitetos de leales y rebeldes, y de vencedores y vencidos.

¡Triste aurora por cierto del primer dia de un reinado que se anunciaba como de paz, de union y de olvido! La desaparicion del mariscal infundia á todos desasosiego: sus amigos temian por su vida: sus enemigos por la familia de ellos, por sus tierras, por sus hogares, y unos

á otros se echaban en cara males, que tal vez no habian sucedido.

Cuando las querellas iban arreciando, cuando en el templo del Señor solo resonaban los murmullos de las pasiones mundanales, oyóse una voz dulcísima y femenil, como la del ánjel de los náufragos que deja sentir su acento entre los truenos, y con su aliento disipa las tempestades.

—Esperad, esperad, caballeros; el mariscal llegará muy presto.

Todas las miradas se volvieron al punto de donde aquella voz habia salido.

Una mujer cubierta con manto se alejaba por medio de la muchedumbre que la abria paso, y se inclinaba ante ella con respeto.

—¡Es la penitente! dijeron los mas prócsimos á la mujer misteriosa.

—¡La penitente! repitieron todos con asombro.

—Por feliz presajio tengo yo el que la santa de Nuestra Señora de Rocamador haya venido á mi coronacion, dijo suspirando la reina que hasta entonces no despegára sus lábios mas que para repetir maquinalmente las fórmulas rituales.

Nadie habia sufrido tanto como ella, nadie habia sentido tan crueles trasudores de angustia durante las ya sosegadas disputas: cada instante de demora era un siglo de tormento, y abultado por el miedo, cada pequeño estorvo un obstáculo insuperable. ¡Ella que procedia tan activa, tan atropelladamente que á los cinco dias de haber recibido la noticia de la muerte de su padre habia ajustado treguas, convocado y reunido cortes, y comenzado la coronacion, ella estar detenida minutos enteros en medio de la ceremonia!

Para su completa tranquilidad se levantó un rumor entre la muchedumbre agolpada á la puerta.

—¡El mariscal! ¡El mariscal! esclamó la princesa.

Entró don Felipe apresuradamente y fué recibido con apacibles murmurios, que luego se fueron sosegando hasta quedar completamente desvanecidos. Reinaba profundo silencio: todos anhelaban oir las disculpas ó revelaciones del jóven caudillo, y tenian fijos los ojos en su semblante para adivinar antes en sus facciones la causa de aquella misteriosa tardanza.

Todo lo que se podia sacar en limpio de la fisonomia y talante del caballero, naturalmente franco y animado, era que sus mejillas estaban algo mas encendidas que de ordinario; sus blondos y ensortijados cabellos un poco desordenados, y las hopalándas de caballero vestidas apresuradamente: fuera de esto nada pudieron conocer sus mas íntimos amigos.

Por lo demás, no se crea que sus ojos se bajaban avergonzados de

Lám 17.

la falta que habia cometido, ni que sus modales indicasen turbacion alguna; por el contrario, aquellos se dirijian audaces sobre la multitud con una altivez que demostraba sobrado desprecio de la opinion comun, ó mucha confianza y satisfaccion de su conciencia: y sus ademanes eran naturales, sueltos, desembarazados.

Llegó delante de la reina, y ni siquiera murmuró por fórmula escusa ninguna.

—¿Habeis jurado guardar mis fueros y privilejios? la preguntó con bastante sequedad.

—Sí, contestó el obispo: la jura está terminada: tomad ese anillo para que ayudeis á levantar en el pavés á la reina: solo falta la proclamacion.

—¿Y quien ha presidido á los barones?

—El condestable de Navarra: contestó gravemente su enemigo el conde de Lerin, haciendo ostentacion de las insignias de su dignidad.

El caudillo agramontés no pudo reprimir un movimiento casi imperceptible de repugnancia; pero luego saludó á su enemigo con benévola sonrisa diciendole:

—¡Ah! ¡señor primo, á dios! Os daria la mano si me juraseis no haber sido vos el asesino de mi padre.

—Mejor será, señor primo, que se la deis á ese escudo, que al cabo ha podido serlo de muchas vidas, respondió el anciano conde, sonriéndose casi paternalmente y mirando á la reina, cuya nariz latia de cólera y de impaciencia.

El mariscal la volvió á mirar con aquellos ojos atrevidos y casi crueles, que solian hacer temblar á sus propios partidarios, y asió un anillo del escudo.

El conde de Lerin tambien miró á la reina con respeto y lisonja, y se puso del otro lado. En aquel momento parecia que los papeles estaban trocados: el agramontés era el enemigo de la princesa: el beamontés su defensor y partidario.

Cuando todos los ricos-homes tubieron agarrado el escudo por los doce anillos, la reina se colocó en medio, y fué levantada en alto.

—¡Real, real, real! gritaron los heraldos.

—¡Real, real, real! contestaron á coro todos los circunstantes.

Entonces la reina derramó sobre su pueblo moneda; pero no acuñada con su busto y con su nombre, como el fuero lo exijia: el cumplimiento de esta ley hubiera dilatado tres dias mas la coronacion, y la prisa de doña Leonor era poco escrupulosa: una formalidad de mas no valia para ella tres dias menos de reinado.

¿Qué significaba tanta impaciencia? ¿Era tal vez un vago presentimiento de lo porvenir? ¿Era una voz secreta que le advertia que sino se apresuraba á reinar, no reinaria nunca?

Descendió del escudo y el obispo de Pamplona la condujo al trono erijido á la derecha del altar mayor, haciéndola sentar en él por primera vez, y entonó el *Te Deum*.

Los prelados, barones y procuradores de las buenas villas la besaron la mano, y se permitió luego esta honra al *pueblo menudo* que estaba dentro de la iglesia.

Doña Leonor sufria ya no solo con paciencia, y con firmeza, sino con gusto tan fastidiosas y prolijas ceremonias.

Era reina de Navarra: ningun requisito la faltaba para serlo: las cortes, los bandos, el pueblo la reconocia por tal, y como á tal la besaban la mano de rodillas; á ella que estaba sentada en el trono: semejante pensamiento hubiera bastado para inspirarla valor, fortaleza y aun alegría en un potro.

Las gentes que en larga procesion iban pasando delante de sus ojos y á quienes ella miraba sin ver, no la distraian un punto de su gozo y embeleso; y las bendiciones con que cada cual la incensaba al estampar reverentes lábios en la rejia mano, subian á sus oidos como gratos murmullos que arrullaban á sus propios pensamientos. Pero de repente se estremeció en su trono al escuchar una voz débil, pausada, apenas perceptible que la decia:

—¡Acordaos del dia DOCE DE FEBRERO!

Era una mujer la que yacía á sus plantas. Leonor quiso hablar, dar un grito; pero la voz continuó:

—¡QUINCE AÑOS hace! ¡QUINCE DIAS faltan!

—¡Ah! esclamó la reina despavorida, y dispuesta á pedir á sus archeros la detencion de aquella mujer.

—¡QUINCE DIAS! dijo esta por último: fria y reposadamente, como si desafiase todo el poder de la reina, á quien todos acataban; ó como si con lo seco, y helado, y fatídico de las palabras quisiese aturdir, y fascinar, y hacer enmudecer á su víctima.

Asi aconteció. La mujer se levantó grave y serena dejando caer un velo espeso sobre su frente y se confundió luego entre la muchedumbre. Cuando la reina pudo volver en si, tenia á sus plantas un gañan que la miraba con estúpido asombro y la decia:

—¡Señora, Dios la dé á vuestra bizarría mas años que al tio Anton que ya era viejo antes de la guerra!

— ¡Basta ya, basta! esclamó la reina, levantándose con las facciones desencajadas y el semblante pálido: ¡A palacio, á palacio..!

La augusta dama tornó al alcázar como habia venido: arrastrada en una carroza, y esforzándose por saludar y sonreir á su pueblo que la aclamaba.

Al llegar al puente la rejia comitiva un caballero armado y calada la visera estaba esperando montado en un bridon. Miraba fijamente á

todos lados como si buscase con afan á una persona.

Cuando pasó el conde de Lerin, le llamó con la voz, con el ademan, ahincadamente.

—Partid, señor, partid: vuestro palacio está ardiendo.

—¡Lerin!

—Si Lerin.

—¿Y mi hija, mi hija?

—Preguntad á la reina que ha hecho de vuestra hija.

—¡Esplicaos, esplicaos, por Dios! esclamó el conde.

—¡Ea! no perdamos tiempo: dejad esta corte de traidores y de asesinos: ¡á Lerin, á Lerin! dijo el encubierto picando rio abajo.

El nuevo condestable antes de partirse volvió el rostro para saludar á la reina, sonriéndose afectuosamente, y con la misma sonrisa saludó á sus enemigos.

—¿Qué habrá ocurrido al anciano conde? preguntó doña Leonor al mariscal, que iba al estribo de la carroza.

—¡Quién sabe!

—Nada malo debe ser; porque se aleja sonriendo.

—Nada malo, en efecto: creo que su alcázar de Lerin está ardiendo, y como no le quedan mas que dos castillos...

—¡Dios mio! esclamó la reina: y ¿porqué descuido? ¿porqué causa?

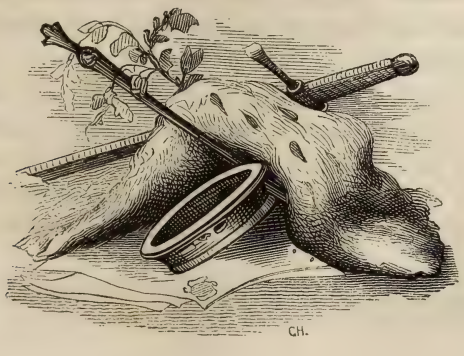
—Creo que debe ser algun descuido de nuestro bando: porque el conde se ha sonreido tan dulcemente al mirarnos. !

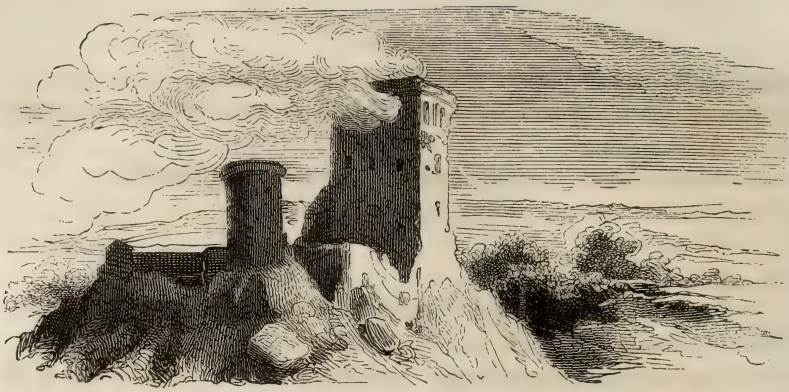
—¡Será posible! ¡mariscal! esclamó la reina, dirijiéndole una terrible mirada.

—Poco á poco, señora, que ahora recuerdo que la sonrisa del conde, para nadie á sido tan dulce como para vos.

La reina inclinó la frente al peso de tan acerva reconvencion.

El pueblo la seguia con vítores y aclamaciones, que casi se dirijian á un cadáver, á una estátua de mármol coronada.





CAPÍTULO IX.

De como el fraile de Irache volvió á tomar, en mal hora para la reina, el oficio de coronista.

Las doce del dia era una de las horas mas deliciosas para nuestros venerables abuelos. No se curaban, como los judios, de que anduviese entonces suelto el *demonio mœridiano*, de que hablan los salmos; ni se les daba un bledo de que al medio dia se enfureciesen las divinidades campestres que hacian temblar á los jentiles; llevaban ya seis horas de trabajo, y tenian una hambre muy antigua para pensar en otra cosa que en los medios de satisfacerla.

Sentábanse á la mesa con la última campanada: el capellan, ó en su defecto, el padre de familias, bendecia breve y sumariamente los manjares; y ya podia hundirse el mundo entero, que ellos no se levantaban de allí en dos horas, como no fuese para recibir algun honrado huésped del castillo comarcano, ó devoto peregrino que volvia de Compostela.

En esta hora de holganza, de silencio y de soledad, nuestras ciu-

dades semejaban Pompeya y Herculano de estos tiempos: la vida se concentraba en las entrañas de las poblaciones: lo esterior estaba muerto.

Tal era el aspecto de la ciudad de Estella el segundo dia del reinado de doña Leonor de Navarra, cuando el reloj de San Juan daba las doce. Todos los caballeros de uno y otro bando, todas las damas de alta guisa se hallaban en el palacio sentados á la mesa del festin, á que los habia convidado la reina por medio de sus escuderos.

Bien sabia Leonor que la mala cara, las rencillas y los odios resisten muchas veces á los esfuerzos del raciocinio y de la elocuencia; y ceden á los arranques espontáneos de un brindis, á la franqueza que inspira el verse juntos, y participar de unos mismos manjares y regalos. Las enemistades políticas son protuverancias que desaparecen con el mutuo roce de los enemigos: la sociedad es el rio que lleva rodando esos cantos esquinados, que chocando entre sí, se convierten al poco tiempo en suaves, redondos y pelados.

Doña Leonor sabia todo esto; sabia que no hay ceño que al comer no se desarrugue, y esta fué sin duda una de las principales razones que tuvo para semejante convite, además del influjo de la buena costumbre de nuestros mayores, que no acertaban á imajinar diversiones, que no tuviesen por base una soberbia comida.

La base de las presentes fiestas era muy sólida: podia sustentar con toda seguridad el edificio de la futura reconciliacion de los partidos. El programa de aquella nueva era no dependia de los fáciles lábios de un ministro, ni de la indiferente pluma de un escritor público, sino de los articulos de fondo de los escuderos de fruteria, reposteria y de cocina: la obra no seria muy delicada; ya hemos visto que los navarros en el siglo XV, distaban menos de los tiempos antidiluvianos que de los siglos de Lúculo y de Carême; pero en cambio era tan bárbaramente abundante como la de Camacho, y tenia cierto carácter sagrado que le daba una fisonomia particular.

Los principales oficios del palacio real, inclusos los de provisiones, estaban servidos por clérigos; y de tal manera se habia arraigado esta costumbre, que por mas que los eclesiásticos fuesen dejando poco á poco los empleos, que se avenian tan mal con la dignidad y el decoro de su ministerio, todavía los seglares que les substituyeron en la real servidumbre se llamaron clérigos: clérigos de botellería y de despensa, eran los bodegoneros, los despenseros reales. Una misma clase tenia la cura de almas, y la cura de los cuerpos.

Los escuderos trinchantes sudaban el quilo descuartizando á porfia reses y aves; los echanzones ó coperos no tenian manos para descorchar frascos y botellas, y escanciar el vino: el pedido era inmenso,

el consumo espantoso: doña Leonor podia estar muy satisfecha de la descomunal salida que tenia su obra de reconciliacion positiva y de armonia práctica.

Doña Leonor, sin embargo, por mas que tratase de ocultar la hiel de su corazon, sentia en su pecho una amargura que ni el bullicio, ni la algazara del festin, ni el aspecto de aquella reunion de enemigos que se divertian juntos, podia dulcificar.

En el brillante concurso faltaban dos personas: don Alfonso y el conde de Lerin: sin este toda la armonia y cordialidad de los caballeros de distintos bandos, era mas superficial y aparente que sólida; pues no participaba de ella el nuevo condestable, que con una voz, con un ademan podia turbarla: sin aquel, sin su amante ¡cuán poco le importaba á la reina, no ya la paz de Navarra, sino la paz del mundo!

Cualquiera de estas dos circunstancias bastaba para oscurecer su contento; pero las dos circunstancias reunidas debian hacerla sufrir un verdadero martirio: su viva imajinacion le hacia sentir que no era casual la simultánea desaparicion de aquellas dos personas, y que á un tiempo mismo debian recibir un golpe funesto sus planes de reina, y sus planes de mujer.

Natural era que en la mesa se hablase del incendio de Lerin, y natural era que un acontecimiento tan estraordinario y del cual solo se tenian noticias incompletas, fuese abultado, y desfigurado, y referido con tanta variedad, cuán varios eran los narradores. Quien aseguraba que la hija del conde de Lerin, desesperada del retraimiento en que su padre la tenia sumida, habia pegado fuego ella misma al palacio para sepultarse entre sus ruinas: quien decia, por el contrario, que un galan despechado por los desdenes de aquella sin par hermosura, quiso tomar tan bárbara venganza, y presenciar la horrible muerte de Catalina con los brazos cruzados y calada la visera. Afirmaban otros que los castellanos habian entrado á sangre y fuego por el puente de Lodosa; pero contradecian esta opinion los que juraban haber visto á los soldados de Luis el Onceno de Francia: no faltaba quien hiciese autor de tantos desastres á un fraile, ni quien colgase, por último, el milagro al mismo conde de Lerin.

Entre tan diversas opiniones tres personas habia en la mesa que no tenian ninguna, ó que se guardaban de manifestarla: la reina, el mariscal y mosen Pierres de Peralta. Leonor miraba á don Felipe, como si quisiese darle á entender que sospechaba de él, ó de sus parciales: don Felipe miraba á la reina, como echándola en rostro tan horrendo crímen, y mosen Pierres miraba al plato que tenia delante, como si le importasen un bledo el delincuente y el delito. En cambio el fraile de Irache hablaba por todos, esforzándose en probar, que mientras el reino

estuviese infestado de moros y judíos, y sobre todo de agotes, á cada paso se repetirian tan lamentables sucesos.

Sin embargo, aunque descaminado asaz al discurrir sobre su orijen, y al filosofar sobre sus causas, nadie andubo mas acertado que el padre Abarca en la relacion de los hechos. He aquí la historia verdadera, segun el coronista, que á fuer de tal, habia tenido buen cuidado de inquirirla de testigos oculares.

La hermosa hija del conde de Lerin, para mayor seguridad y recato se habia encerrado en una torre del castillo durante la ausencia de su padre. Los pisos bajos de aquella torre servian de almacen de leña: allí principió el incendio, Catalina no le advirtió sino muy tarde, cuando ya parecia imposible atajarlo, y al ir á salir del aposento, cayó desmayada. Desesperada empresa era salvarla: la ventana de la habitacion daba sobre el profundo precipicio del mediodia, y aunque se hubiese querido trepar por medio de escalas, una robusta reja de hierro impedia el paso al aposento. Por el interior del alcázar tampoco era posible llegar sin un inminente peligro, y sin un esfuerzo prodijioso. El peristilo ó descanso de la escalera antes de la estancia de Catalina, estaba ardiendo, y habia caido desplomado de manera que, delante de la puerta se abria un foso ardiente y profundo, como la boca de un volcan. Para llegar al aposento era preciso saltar por este abismo, atravesar por medio de las llamas, y como estaba cerrada la puerta, apoyarse despues del salto en un angosto espacio que habia delante del umbral, y detenerse allí para abrir, acaso violentamente, la puerta, con el fuego á la espalda, y apoyado en un pequeño piso de tres palmos, que de un momento á otro podia flaquear y hundirse como el otro. Considérese cual seria el peligro, cuando nadie osaba arrostrarlo por salvar á un ánjel de bondad y de dulzura, que era el paño de lágrimas de sus vasallos, el ídolo de su pueblo, y el consuelo, el recreo la vida del anciano conde de Lerin.

Los brazos al pecho y el rostro aterrado contemplaban todos aquellas horribles llamas que iban á consumir como un copo de lino la criatura mas graciosa y dulce del universo, cuando un caballero que llegó presuroso repentinamente, sin vacilar, sin reflecsionar siquiera en el peligro, y cubierto con riquísima armadura, que deponia ser su dueño persona muy principal, subió la escalera precipitadamente con un hacha en la mano, llegó al borde de aquel pavoroso abismo, y aunque apenas se distinguia la opuesta orilla por el humo y el deslumbramiento, saltó al otro lado, abrió de par en par la puerta de un hachazo, y al poco rato reapareció en el umbral con un bulto blanco en los hombros, cuando ya las llamas le azotaban el semblante.

Detúvose allí: viósele vacilar un momento: no se atrevia á saltar

el precipicio; tenia miedo; temblaba ahora, el mismo que pocos minutos antes habia manifestado tanto arrojo. ¡Ay! no era estraño. Antes iba solo; su vida le importaba poco, ó por mejor decir de su vida para nada se acordaba: ahora llevaba consigo una mujer: las dos ecsistencias estaban intimamente ligadas, eran inseparables: si las fuerzas le faltaban, si afirmaba mal un pie, si resbalaba una línea ¿qué seria de aquella dulce carga que sustentaba en los hombros?

El encubierto acaba de tomar una resolucion. Deposita el precioso tesoro que arrebataba al incendio, y un grito de horror sale de boca de todos los circunstantes, que se imajinan que en la imposibilidad de salvarse los dos, atendia á conservar al menos su propia ecsistencia. ¡Pobre Catalina, cuales jemidos rasgaron entonces los aires creyéndola perdida sin remedio!

Pero el caballero no quiso salvarse solo: tornó á empuñar el hacha y á descargar tremendos mandobles en una de las enormes ojas de la puerta, y cuando la sacó de quicio, se abrazó con ella; la levantó con fuerzas hercúleas, lanzándola con ímpetu sobre la boca del fuego á manera de puente.

Era preciso aprovecharse al punto de aquella tabla, que iba á ser devorada por las llamas: el desconocido volvió á tomar á la dama, y atravesó rápidamente el hueco; y por breves instantes, entre la vida ó la muerte de entrambos solo mediaba una tabla que cayó convertida en témpano de fuego, no bien el desconocido con la dama en los brazos, puso el pié en lo firme de la escalera.

¡Cuál esclamacion de júbilo y de asombro pobló entonces el viento ensordeciendo el fragor de las llamas! Quedábale muy pocos obstáculos que salvar, y menores sobre todo que los pasados: llegó por fin al patio principal del castillo, y era de ver como todos le cercaban, le dirijian mil preguntas, le abrazaban sin conocerle; pero él sin pronunciar una sola palabra, depositó á la dama entre sus dueñas, y tornó al lugar del incendio para impedir su propagacion, para salvar en lo posible el edificio, despues de haber salvado á su anjelical señora: y tanto hizo, y de tal manera animó á todos su ejemplo, que hasta los mas cobardes y desalentados acudieron, y dentro de algunas horas no habia mas señales del fuego, que el estrago causado en aquella torre del alcázar.

¿Quién era este hombre?

Nadie lo sabia; pues esquivando homenajes de gratitud y admiracion, habia desaparecido repentinamente á los ojos de la multitud cuando comenzaba á ceder el fuego, y á disminuir el peligro.

Esta relacion tan minuciosamente contada, fué jeneralmente creida; y ya desde entonces cayeron en olvido las demás historias: la presente

Lám. 18.

reunia las condiciones necesarias para herir la imajinacion, harto resabiada por lo maravilloso en aquellos siglos.

Pero la pregunta del fraile fué repetida á coro por su auditorio. ¿Quién era aquel caballero tan arrojado, tan valiente, tan temerario, que habia concluido y dado cima feliz á tan peligrosa aventura?

El reino de Navarra era bastante pequeño, para que nadie pudiese escudarse con el *incógnito*, y mas teniendo trazas de caballero principal. Éralo este, segun constaba de la relacion: tenia una armadura rica, cuyo coste podia calcularse en unos cien florines (1), suma considerable, verdadero caudal para aquellos tiempos en que á la mayor parte de los caballeros les faltaba las mejores piezas del arnés, que tenian empeñadas en casa de algun mercader judío (2), y en que para ser reputado por infanzon bastaba, como hemos visto, poderse presentar en la guerra armado de todas armas. Los que estaban á la mesa, eran casi los únicos que podian llevar tan espléndidos arreos; pero no todos los que allí se sentaban tenian hombros para sustentar aquel cúmulo de valor, de osadía, de temeridad, que se necesitaba para representar dignamente el brillante papel de protagonista de aquel misterioso drama: de los mas afamados, era preciso entresacar aquellos que por sus ódios de partido, no solo no hubieran arrostrado la muerte por salvar á la castellana y el castillo de Lerin, sino que de buen grado habrian atizado el fuego que consumia los últimos restos del poder de su enemigo. El círculo de las probabilidades se iba estrechando poco á poco; pero todavía se redujo á mas cortos límites, cuando los convidados se preguntaron mútuamente: ¿Quiénes faltaron de Estella el dia del incendio? ¿Quiénes?

Tan solo el mariscal de Navarra, y don Alfonso de Castilla.

Entre los dos caballeros la eleccion no era dudosa: el uno mortal enemigo del conde, el otro aunque de distinto bando, estranjero, recien llegado á Navarra, y de consiguiente sin ódios que satisfacer, y amigo antiguo del conde; y naturalmente inclinado á superar dificultades, á lanzarse tras difíciles empresas. Unánime pues se pronunció la opinion en favor del mesnadero de la reina; y para que nada faltase al esclarecimiento de la verdad, fué confirmada por el mismo don Felipe de Navarra, que hasta entonces habia presenciado silenciosa, una discusion en que tantas veces su nombre resonaba.

Pero nadie, nadie lo creyó tan firmamente como la reina, la reina

---

(1) Las armaduras regulares fabricadas en Burdeos, costaban unos ochenta florines.

(2) Hízose tan jeneral este abuso, que el rey don Juan II. tubo que prohibirlo espresamente en 1451. Pero no se atajó con esta disposicion: en el mismo año, mandaba pagar el príncipe don Cárlos á Simuel, hijo de Geuda, judío de Toledo, seis florines para rescatar una celada guarnecida de plata, que tenia en prendas de Pedro de Goñi. —V. art. *Armas* del dicc. de YANGUAS.

á quien tal vez algunos presumian adular enalteciendo las prendas, el heroismo del caballero, y cuyo corazon se destrozaba, se ataraceaba, se desgarraba con los envenenados dardos de los zelos. ¿Cómo habia de dudar ella que el paladin de Catalina no fuese el amante de Catalina? ¿Cómo habia de ignorar lo que á los demás se les ocultaba, que en la menor circunstancia, en cada palabra que salia de boca del fraile de Irache, se estaba trasluciendo no un valiente, sino un enamorado, no un héroe, sino un amante? ¿Cómo podia desconocer que nadie, nadie sino Alfonso era capáz de tanta decision, de tanta impavidez, de tanta intelijencia?

¡Oh! ¡Alfonso, Alfonso, su pérfido amante habia tenido en sus brazos á la niña de quince años, á la tierna vírjen de Lerin, mucho mas interesante despues de su desgracia, que habia conmovido aun á los mas indiferentes, aun á sus propios enemigos! ¡Alfonso habia respirado su aliento, oido sus sollozos, enjugado sus lágrimas! ¡Alfonso habia estrechado contra su pecho aquella purísima azucena, y deleitádose con sus perfumes, y teñídose con el oro de su frente, y sentido en su caliente rostro el dulce frescor de sus lozanas hojas!

¡Oh! ¡Qué horribles tormentos esperimentaba cuando los cortesanos decian, y lo decian á fuer de lisonjeros!

—¡Hazaña digna por cierto de su alta fama!

—¿Y quién es? ¿quién es ese infanzon discreto y sabio como un monje..?

—¿Y valeroso como ningun caballero?

—¿Y galan y bizarro como pocos?

—¿Y rico, y jeneroso, y espléndido como ninguno?

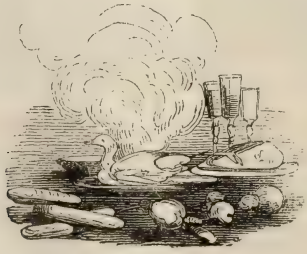
—¿Si será algun príncipe desterrado?

—¿Un bastardo quizá del rey de Francia?

. . . . . .

. . . . . .

Mientras semejantes comentarios se hacian, la reina cansada sin duda de mostrar sereno y apacible rostro, se retiró á su cámara y pudo allí dar rienda suelta á su dolor inmenso.



CAPITULO X.

De como las mujeres enamoradas no sirven para tratar los graves negocios del Estado.

ANO, y mas que vano, ridículo es mi empeño de retener mas tiempo el amor de ese hombre! se decia la reina, despues de dos dias de reinado, de una noche de insomnio, de largas horas de tormento y de cavilaciones.

Confesion humillante; pero no esenta de orgullo. Una jóven hubiera dicho redondamente: «ese hombre se burla de mí, jamás me ha querido:» una mujer de su edad no podia imajinarlo siquiera. La razon consiste en que la primera no tiene ninguna, para temer el desvio, y le sobran muchas á la segunda para sospecharlo.

Las palabras del festin: «¡Es don Alfonso, es el infanzon el héroe del incendio! resonaban tan fatídicas en sus oidos como aquellas de la coronacion: ¡Acordaos del dia 12 de Febrero!»

Grande constancia habia menester contra una suerte tan desgraciada. Su espíritu anhelante de felicidad y de consuelo no se desmayaba,

empero, al encontrar obstruido el camino que emprendia, tornaba atrás, para emprender otro nuevo, si no con mejor écsito al menos con mayor decision.

Habia perdido la tranquilidad interior, pero le quedaba la tranquilidad aparente: su corazon retenia los últimos momentos de vida hasta encontrar una cómoda sepultura.

Mientras los convidados se divertian en el sarao que vino en pos del festin, ella permanecia en un aposento lejos del bullicio, acompañada de tres personajes de nuestra historia. El uno mozo, galan, de fisonomia franca, de mirada, noble á un tiempo y cruel, era don Felipe de Navarra. El otro un monje benedictino, candidamente asombrado de verse en aquella reunion, y mirando de reojo, y casi con miedo, al tercer personaje, anciano de facciones duras y desabridas, de temperamento bilioso, muy poblado de barba, enjuto de carnes, recio de miembros; insesible fisicamente á los trabajos, y moralmente á blandas y tiernas afecciones: llamábase mosen Pierres de Peralta.

No es estraño que el padre maestro Abarca, conocedor de sus mañas con respecto á la jente de iglesia, conservase á su lado la espresion y la actitud del raton cerca del gato.

La conferencia era demasiado importante para que la reina como presidente, se escusase de la oracion inaugural que debia instruir á todos del objeto de aquella asamblea. El objeto sin embargo era de todos conocido, y la oracion podia muy bien ser escusada, si los hombres pudiesemos dispensarnos fácilmente de las fórmulas.

Pero los taquígrafos de aquellos tiempos, como los de ahora, solian estractar en dos líneas las oraciones mas largas y mejor decoradas, y he aquí el brevísimo resúmen que nos han dejado del discurso de la reina doña Leonor.

—Os he convocado aquí, señores, porque de nadie puedo esperar con mas fundamento que de vosotros el ausilio y la cooperacion eficaces para la grande empresa á que me llama Dios nuestro Señor.

El fraile hizo un movimiento de cabeza en señal de asentimiento: el mariscal permaneció inmóvil: al comienzo del discurso su imajinacion estaba en otra parte y al final seguia en la misma: mosen Pierres arrugó el entrecejo, y dió cierto resoplido con la nariz, que se terminó con una sonrisa escéptica.

—Estoy resuelta, prosiguió la reina con una voz seca y fatigada, efecto de dos dias de sufrimiento y postracion: estoy resuelta á consolidar la paz en mi reinado: es preciso que en adelante no haya agramonteses ni beamonteses, sino navarros en Navarra.

—Y no puede haber, señora, contestó el monje una resolucion mas cristiana, ni mas conforme á la ley de Dios, ni á lo que nos enseñan

las sagradas letras. Comenzaré desde el fratricidio de Cain á quien Dios maldijo, y le puso una señal en la frente... No, la señal no fué por el fratricidio, sino porque el Señor no quiso que nadie le matase, á pesar del fratricidio, lo cual prueba...

—Reverendo padre, esclamó Pierres de Peralta, interrumpiéndole: ¿sois por ventura abad de algun monasterio?

—No: todavía la misericordia de Dios...

—¿Ni sois obispo, ni cosa que lo valga? añadió con mal jesto el caballero.

—Soi un siervo de Dios y de los mas humildes.

—¿Con qué no teneis ni una almena, ni un feudo, ni un vasallo de quien disponer?

—No señor.

—Pues entonces debe importaros lo mismo la paz ó la guerra, que á nosotros vuestros Caines, y vuestras pláticas de cuaresma.

—Mosen Pierres, advirtió la reina, el padre Abarca que teneis delante, es un santo relijioso elejido por... por mi: dijo despues de una brevísima pausa, durante la cual le asaltaron crueles recuerdos: elejido por mi, para negociar la perpetuidad del *sobreseimiento*...

—Vamos á ver, ¿y que habeis hecho? preguntó Peralta.

—Yo, señores, respondió el benedictino, desviándose cuanto pudo de mosen Pierres: empiezo protestando que solo el santo deber de la obediencia puede obligarme á que departa, converse y conferencie con este caballero, que está á mi lado, y sobre el cual, segun dicen las tablas de los templos, pesa una escomunion mayor...

—¡Voto á los once cielos! esclamó el escomulgado, que sino fuera porque tengo determinado de ir á Roma á que me absuelva el Padre Santo, forzabaos ahora mismo á que me absolvieses, sino queriais morir sin confesion.

—¡Señor caballero..!

—Señor fraile, ó señor diablo, ruegoos que os dejeis de simplezas, y prosigais ó comenceis vuestro cuento, y cepos quedos con lo de la escomunion, y lo de Cain; pues, á fe mia, que por acá nada cae en saco roto, y peor es meneallo.

Prudente ó temeroso el fraile, que las mas veces suelen confundirse el temor y la prudencia, tamañito y redondo como un ovillo, prosiguió en estos términos:

—Señores, yo no puedo mirar la guerra sino como un azote de Dios por nuestros propios pecados, y he considerado que apartando de nosotros los pecadores, que son los agotes, los moros y los judios.....

—¡Los judíos! ¿Y si espulsamos los judíos, quién nos presta dinero en adelante? dijo mosen Pierres.

—¿Y qué hacemos con espulsar á los infieles si la guerra es entre cristianos? observó la reina.

—Por eso proponia yo además, que para unir á los dos bandos, debiamos principiar por unir á los dos caudillos, y los dos caudillos se unen por medio del santo matrimonio.

—¿Cómo? ¿Quereis casar al mariscal con el conde de Lerin?

—Con su hija, señor caballero, con su hija.

—¡Famosísimo! Digo que me place el consorcio de la luz y de las tinieblas, del invierno y del verano, del cielo y del infierno. ¡Lerines y Navarras! ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Hace mucho tiempo que no me habia reido de esta manera. ¿Y qué dices tú á eso, señor sobrino: que pareces uno de los siete durmientes; qué dices de esa boda?

—Digo, señor tio, respondió el mariscal, rompiendo por fin su silencio; digo que no me dé Dios otra ventura que esa boda.

—¡Ola! ¡ola! Veo que estás de mejor humor que aparentas. Acabemos, hermano relijioso, si no habeis inventado otra medicina para la salud del reino por mas desalmciado no doy un dinero.

—Pero, señor, esclamaba el fraile con injénua admiracion: ¡Si las partes aceptan! ¡Si el de Lerin consiente! ¡si el mariscal lo desea..!

—¿Qué dices á esto, sobrino? preguntó mosen Pierres alarmado.

—Digo, señor, que esta es la verdad.

—¡Voto á mil lejiones de demonios señor sobrino..!

—Señor tio, sosegaos: que estais delante de una dama y de una reina.

—¿Pero es verdad lo que estoy oyendo?

—La verdad es, para acabar presto, que estoy perdido de amores por Catalina de Beaumont.

—¿Y desde cuando? ¿y cómo?

—El cuando y el como no hacen al caso.

—¡Pero con ella! ¡con la hija del asesino de tu padre! ¡tú llamar padre al conde de Lerin!

—No está averiguado que don Luis de Beaumont haya sido el matador del mariscal difunto, dijo la reina.

—No os espresabais así hace algun tiempo; se atrevió á replicar mosen Pierres.

—Sospechas de enemigos suelen ser injustas, repuso Leonor.

—El conde de Lerin no se halló de seguro en la sorpresa de Pamplona, donde pereció vuestro ilustre padre; asi lo digo en mi historia: dijo el coronista.

—Reverendo padre: si algun dia teneis que tachar esa línea de vuestro libro; y decir lo contrario: respondió don Felipe con acento firme y solemne, podreis añadir que el nuevo mariscal hundió su espa-

da en el pecho del conde traidor al pié mismo del altar donde debia unirse ásu hija; y si se averigua despues de la boda, direis que el mariscal sacó la espada, y se cortó la mano que habia dado á la hija del asesino de su padre; pero mientras no se averigüe, señor tio, de Catalina ó de nadie.

—¡Cuerpo de Dios! esclamo el de Peralta: ¡esto tiene trazas de una conjuracion! ¡Y yo no he sido llamado aquí para ser oido sino para escuchar mi sentencia! ¡Y todo estaba convenido y arreglado!

—Conmigo nada: si la reina ha tenido la feliz idea del enlace, sagaz anduvo en adivinar mis mas ocultos pensamientos: yo mismo no hubiera acertado á espresarlos, ni menos á proponerlos: pero me lo dan hecho, y lo acepto, señor tio: loacepto de todo corazon, por mí, y por mi bando.

—¡Ah! ¡ah! dijo mosen Pierres, meneando la cabeza, los ojos casi cerrados, y sonriéndose amargamente: debí conocerlo cuando con tanta facilidad como injusticia se me ha despojado de mi dignidad de condestable...

—Estabais escomulgado, replicó Leonor disculpándose.

—Pero lo conocí antes, continuó el caballero desentendiéndose de la interrupcion de la reina: y ni vos, señora, con vuestro real poder, ni tú, niño mimado y voluntarioso con ser cabeza del bando agramontés, ni vos, padre, con vuestras ocurrencias frailunas, podeis ya pensar en la paz, sino despues de la ruina y esterminio del bando rebelde.

—¿Cómo es eso? preguntaron á un tiempo los tres.

—Habeis de saber, reina y señora mia, caro sobrino y reverendo padre, que yo tambien, por increible que os parezca, yo tambien estaba dándome trazas para terminar la guerra que con escándalo dura tantos años; el por qué me lo sé yo, y la reina mi señora no debe tampoco ignorarlo. Pero mis trazas han sido muy diversas de las vuestras; aunque sí mas eficaces. Ya yo tenia mis barruntos de que doña Leonor, una vez sentada en el trono de sus mayores, habia de anhelar la paz á toda costa y á cualquier precio, y dije para mí: «démosla la paz, hecha como Dios manda, y esto menos tendrá que hacer la ilustrísima reina. El conde de Lerin está casi por tierra, mas débil, mas pobre que nunca: dos castillos ó fortalezas le quedan de tantos como tenia: todos los demás han caido en poder nuestro, por el valor y esfuerzo de mi sobrino el bravo mariscal, de quien yo no sospechaba debilidades que ahora veo: si dos castillos le quedan solamente, hagamos que los pierda, y no tendrá donde refujiarse; desaparece el conde, y en paz queda el reino; y no hay necesidad por cierto de gastos de boda, ni de alianzas monstruosas y desatinadas que remueven hasta los huesos

del sepulcro. Yo solo concibo el descanso cuando quedan esterminados todos mis enemigos. ¿No discurria bien, padre maestro?

—Acabad, acabad, mosen Pierres, dijo la reina con imperioso acento.

—He concluido, repuso el caballero con cínica insolencia: de los dos castillos que le quedaban al conde ayer le quemé uno, y mañana le arraso el otro. De esta manera en un par de dias os daré un reino pacífico, es decir, un reino todo agramontés.

—¡Todo vuestro!

—Todo de vuestra majestad. ¿No es vuestra majestad cabeza de bando agramontés? preguntó Peralta con socarronería.

—Mosen Pierres, yo soy cabeza de toda Navarra, y si ahora mismo llamo á mis archeros, y les mando que os prendan, y á la Corte que os castigue, por incendiario, por alevoso, por desobediente, por rebelde...

—Señora, paso; no digais palabras, que por esperiencia debeis saber que son vacias de sentido.

—¡Mosen Pierres! esclamó colérica la reina: ¡es que ahora no vive mi padre don Juan II que os protejia, y os conservaba á mi lado, como un guardian, para que me vijilaseis, como un tutor para que me impusieseis! ¡Es que ahora no estamos en los tiempos en que sitiando yo á Sangüesa para cobrar los cuarteles, llegasteis vos con tropas vuestras y me hicisteis levantar el cerco, y entrasteis en la ciudad, y cobrasteis aquella pecha, no para mí, sino para mi padre; y yo tuve que marcharme humillada y escarnecida! ¡Es que ahora no estamos en Murino, donde fuí insultada por vos, mosen Pierres, insolente con una mujer, insolente porque mi padre os pagaba largamente tamañas insolencias! ¡Ahora el rey don Juan está en el sepulcro y yo en el trono; y soy reina propietaria, no gobernadora; y tengo mis guardias, y mis oficiales..!

—Esos guardias están puestos por mí, repuso el de Peralta casi amarillo de rabia reprimida: vasallos mios son esos oficiales colocados ahí por vuestro caro y amado padre, que está en gloria. Escomulgado, respétanme los curas y los frailes y cristianos mas devotos, ¿y no me han de respetar los demás, incendiario, es decir, representante del sistema de terror que es preciso seguir con los enemigos de la patria? Sabedlo, señora; los beamonteses, vuestros nuevos amigos, traidores son que tienen vendido el reino á vuesto hermano don Fernando de Aragon; y si los recibís en el seno, no haceis mas que calentar víboras arrecidas que os han de morder luego el corazon.

—¿Con que es decir que mi voluntad aquí no manda? ¿que yo no soy obedecida? ¿qué vos, Pierres de Peralta, sois mas que la reina de

Navarra? ¿qué sois el verdadero monarca de estas tierras? ¿qué la reina forma treguas para que vos las rompais el dia que se os antoje? ¿Y para esto soy reina? ¿para esto me aclaman y me coronan? Pues yo mudaré mis guardias, yo pondré mis oficiales...

—¿Ireislos á buscar sin duda en el bando beamontés, que no puede perdonaros el.... repuso mosen Pierres con mayor insolencia.

—¡Silencio! ¡Los buscaré donde haya uno que me vengue de vos!

—De él os vengaré yo, señora; dijo el mariscal, alzando la frente á la sazon.

—¿Aquí, aquí teneis una espada invencible! ¡aquí teneis un bravo caballero! esclamó Leonor con ufanía.

—No he menester de la espada, señora: de palabra fué la ofensa, de palabra os vengaré.

El rico-hombre de Peralta le dirijió una mirada de ferocidad y de asombro que el bizarro mariscal soportó sin pestañear; y afectando un ademan tranquilo y un continente sereno, continuó en estos términos con acento algo turbado:

—Vos, mosen Pierres, vos segundo caudillo del bando agramontés, habiais dispuesto vencer al conde de Lerin, arrasando sus castillos durante una tregua que descansa en lo sagrado de mi palabra: para esto debisteis seducir criados del conde que diesen fuego al edificio, por la torre donde Catalina estaba encerrada: que esta dama pereciese allí, ó que dejase de perecer, era un accidente que no alteraba vuestro plan; esto dispusisteis vos, solo, huelgóme de saberlo, solo; vos segundo caudillo agramontés; yo primer caudillo de este bando lo supe, casi milagrosamente, y volé á deshacer vuestra obra.

—¡Vos! esclamó la reina: ¿fuisteis vos por ventura..?

—Yo fuí ¡vive Dios! yo fuí quien salvó á la hija de mi enemigo.

—¿A Catalina? tornó á decir la reina con un gozo que ya no le cabia en las entrañas.

—A Catalina, y no solo á Catalina, sino al castillo.

—¿Con que vos habeis sido aquel caballero encubierto?

—Sí ¿de que os admirais? Amo á Catalina, detesto la traicion y la deslealtad...

—¡Ah! ¡Porqué no lo habeis dicho antes! esclamó Leonor con un jemido que le salia del hondo del corazon: ¡Qué tormentos me hubierais evitado!

—¡Señora..! repuso modestamente el jóven mariscal.

—¡Oh! no prosigais: os disculpo, os admiro.. no habeis querido salir á recojer la copiosa mies de honores, de aplausos y de gloria, cuando los demás estaban espigando el campo que no les pertenecia. Esa bella accion merece una digna recompensa: vuestra será Catalina:

mariscal, os doy mi palabra de reina : vuestra será Catalina; vuestros mis tesoros, vuestro mi reino. Mosen Pierres os perdono todo... porque, porque habeis dado ocasion á vuestro sobrino de mostrarse tan... tan bizarro, tan heroicamente jeneroso.

Efectivamente, el mariscal fué el primero que leyó el aviso de la penitente al acudir á la ermita para consultar con la sierva de Dios acerca de sus amores. Encaminóse despues á la villa de Lerin para salvar á Catalina de aquel peligro. Llegó al caer el dia, y anduvo rondando el alcázar que, con harto asombro y satisfaccion suya, permanecia en completa calma, notándose el órden, la paz y la poca inquietud de sus moradores : el conde se hallaba dentro : Catalina se asomaba algunas veces á la ventana, ora con un libro, ora con una flor en la mano, ora entre sus dueñas, grave siempre y reflecsiva, pero serena. Juzgó pues el caballero que habia andando bastante aturdido en apropiarse el aviso, y en aplicar su contenido á Catalina y al castillo de Lerin: Tornóse á Estella, y al dia siguiente volvió á la ermita para desvanecer completamente sus escrúpulos. En la ermita empero no habia nadie, ó cuando menos, nadie le respondia : la puerta estaba cerrada, la ermitaña ausente; y aunque la estuvo aguardando, su paciencia fué mucho mas corta que la ausencia de la penitente.

Su corazon de enamorado no sosegaba sin embargo : veia á la reina inquieta, recelosa, turbada, cuando iba á llegar al término de sus deseos : veia á mosen Pierres con un jesto insolente y burlon que le infundia espanto: y disfrazado de mendigo, volvió á Lerin resuelto á no apartarse del alcázar hasta que Catalina se partiese á las fiestas reales. Esta vez fué mas afortunado: apenas salió de Lerin el conde, solo, contra las esperanzas del mariscal, y en direccion á Estella, redobló el mendigo su vijilancia, y pudo sorprender la siguiente conversacion de dos criados del palacio.

—Dicen que es cosa de la riena, que ha dado un decreto de esterminio para todos los beamonteses.

—¿Y ha de ser el dia mismo de su coronacion?

—El mismo dia.

—¿Pero no te parece que es una cosa atroz?

—Lo que es verdaderamente atroz, es lo que nos pagan, y nos ofrecen por una bicoca.

—En fin, con tal de que te encargues de bajar á la leñera...

Don Felipe de Navarra marchó al punto á Larrága, castillo el mas prócsimo y perteneciente á su bando: allí dejó su disfraz, y vistió la armadura, volviendo sin perder un instante á conjurar la tempestad que tan de cerca amenazaba á la inocente y desapercibida doncella de Lerin. Lo que allí sucedió nuestros lectores ya lo saben: él fué quien

en vano ajitó, como solia, el blanco lienzo que entonces era una señal de guerra y de muerte en vez de ser de paz y de consuelo: él fué quien en vano avisó á Catalina del peligro por medio de cantares y de alegorias, de nadie mejor comprendidas que de los criados desleales, que aceleraron su crímen, para no ser descubiertos: él fué por último quien hizo aquellas portentosas hazañas que el fraile habia contado de sobremesa para tormento y espiacion de la reina.

Leonor sabia disimular sus penas; pero no su gozo. Radiante de júbilo se acercó á un bufete, escribió dos líneas, llamó á un paje y le entregó el escrito.

Tornó en seguida á la conferencia; pero ya no sabia hablar de los asuntos del estado, sino de la aventura de Lerin. Pedia pormenores minuciosos á mosen Pierres, del modo con que se habia gobernado para llevar á cabo su horrendo crímen, se los pedia y los escuchaba, como si de una accion indiferente se tratase. Volvíase luego al mariscal para departir con él acerca de los amores de Catalina; para ella nada habia mas interesante, nada mas alagüeño que este cuadro, y sobre todo cuando en él se percibia alguna tinta de la aficion de Catalina. ¡Oh! ¡Cuan honda era la herida de sus zelos, cuando el primer respiro le parecia una felicidad soñada, insoportable!

Antes de levantarse los cuatro miembros de la asamblea, la mayoria para volver al sarao, y la minoria al monasterio, recibió Leonor aviso de sus confidentes de que el conde de Lerin, creyendo al mariscal don Felipe de Navarra autor del incendio, habia llamado á los caballeros de su bando, sin duda para romper la tregua que apenas contaba una semana.

El mariscal y el monje quedaron consternados: mosen Pierres se sonrió con aire de triunfo; pero Leonor no tuvo alteracion ninguna.

—¡No se aman! decia para sí con júbilo mientras los demás estaban comentando tan triste noticia: ¡él no ha sido su salvador! ¡no la ha tenido en sus brazos, ni por ella ha espuesto su vida! ¡Oh! El vendrá aquí y de rodillas le pediré perdon de mis injustas sospechas! ¡Y yo que sin saberlo supuse la verdad! ¡Yo finjí que Catalina amaba al mariscal y decia la verdad! ¡oh! ¡verdad consoladora que me tranquilizas y me das la vida!

CAPÍTULO XI.

Extrema gaudii luctus occupat.

GOZABA por fin Leonor de un momento de ventura, despues que tantas y tan largas horas de dolor habian transcurrido desde el logro de sus afanes. Habia descargado de su corazon el insoportable peso de los zelos y sentia el placer del alivio, placer casi material, y el primero de toda transicion agradable del espíritu.

Iba á llegar su amante : acababa de escribirle que viniese, y acababa de recibir su contestacion pronta, breve y satisfactoria. Verle y precipitarse á sus pies, y pedirle perdon ¡infeliz! de haber padecido tanto por él, y abrasarle en amor con la violencia de sus llamas, todo seria una misma cosa.

Veia luminoso, apacible y arrebolado, uno de los horizontes de la vida, y los demás no podian presentársele negros y sombríos : la luz de la felicidad irradia por todas partes, suaviza la aspereza de las tin-

tas mas oscuras : es imposible, en una palabra, ser felices en una cosa sin serlo en todas proporcionalmente : los dolores se mitigan, los temores se desvanecen, y la esperanza, pobre flor lánguida y marchita, se reanima, y desarruga sus pétalos á los primeros rayos del sol de la ventura.

Leonor segura del amante, considerábase tambien segura de la paz, segura de la corona. Para atormentar á don Alfonso, para hacerle sentir los rabiosos zelos que la despedazaban, habia supuesto que el mariscal era correspondido de Catalina, y por fortuna suya, la suposicion tenia grandes visos de verdad : ¿qué importaba ya que el conde de Lerin rompiese los pactos de dos meses, si con una palabra de su hija podian reanudarse para siempre?

Cuando en mar tan bonancible se dejaba llevar su risueña fantasía, sintiéronse pasos por la escalera secreta, y el corazon de la reina comenzó á batir sus alas, al primer anuncio de la procsimidad de su amante.

Sonaron tres golpecitos, y acudió á la puerta. Ya no podia aplicársele al corazon la metáfora de las alas : eran golpes de remo, eran redoblados golpes de maza los que ella sentia en sus entrañas : el júbilo le anudaba la garganta, y todo su cuerpo temblaba de amor y de impaciencia.

Abrió la puerta, y lanzó un grito de sorpresa. No era Alfonso : era una mujer vestida de negro y cubierta con un manto.

—¡Ah! esclamó Leonor asustada : ¿Quién sois vos?—¡Venis equivocada!

—No, no por cierto, contestó la recien llegada, adelantándose con resolucion, y sin estrañar tan brusco recibimiento: vengo á buscaros, á vos doña Leonor, condesa viuda de Fox y reina de Navarra.

—¡Venis á buscarme! Pues qué ¿me traeis algun mensaje? preguntó la reina con menos aspereza, imajinándose que podia ser alguna dueña enviada por Alfonso : ¿Venís á conducirme á cualquier otra parte?

—No, no, señora, contestó con calma la encubierta: bien estamos aqui: aqui os cojo, y aqui os hablo.

—¡Como! ¡A la reina ese lenguaje! ¡A mi hablarme tan familiar tan descaradamente! —Descubrios.

—De poco os asustais, doña Leonor: lenguaje mas duro teneis que oir de mis lábios esta noche; porque será el lenguaje de la verdad.

—¡Descubríos! repitió la reina, mas que con imperio.

—Me descubriré, señora, perded cuidado; repuso con el mismo acento frio y tranquilo la desconocida: pero os advierto que vengo á mandar, no á prestaros obediencia.

—¡Descubrios! esclamó Leonor, fuera de sí: descubrios, ó sino vendrán mis guardias á arrancaros el velo.

—¡Ah! mucho afan teneis de conocerme, y por Dios, que nunca, nunca ha de pareceros tarde haberme conocido!

—¿Quién sois?

—¿Os acordais del besamanos de ayer?

—¡Ah! ¡Sois vos!

—¡ACORDAOS DEL DIA DOCE DE FEBRERO!

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Esa voz... yo la conozco..!

—¡QUINCE AÑOS HAN PASADO! ¡QUINCE DIAS FALTAN!

—¡Esplicaos, esplicaos por Dios! Toda una noche han estado resonando en mis oidos esas palabras fatídicas: no he dormido... no he cerrado los ojos...

—Y no los cerrarás mientras seas reina, porque yo salgo del sepulcro para abrir la puerta á tus remordimientos; y cuando los remordimientos invaden en tropel el corazon, no hay lecho donde se esté bien, no hay sueño tan pesado, que rinda los párpados; y si se duerme... ¡Ah! ¡No sois vos tan novícia en el crímen que no sepais lo que es dormir con remordimientos!

—Pero, ¡Dios mio! ¿qué es esto? ¿quién me habla? esclamaba atónita, confusa la reina, tendiendo la mano maquinalmente en ademan de levantar el velo á la desconocida.

—Mucho afan teneis de conocerme, cuando no traigo contra vos mayor defensa que mi rostro, mis facciones.

—¿Cómo?

—Levantar yo el velo, y caer vos aterrada delante de mí todo será uno. Acudid, acudid á la puerta, dijo con sarcasmo la encubierta: llamad á vuestros pajes, y escuderos; decidles que vengan á presenciar mi triunfo, á dar testimonio de que os han visto á mis pies... Pero.. ¿Os sentais?—Haceis bien, doña Leonor, que tenemos mucho que hablar.

—¿Pero quién es esta mujer? esclamó la reina taladrando con la memoria los sucesos de quince años. ¿De donde sale?

—¡Del sepulcro! respondió con voz fatídica la enlutada.

—¡Blanca! gritó de súbito Leonor: ¡Oh! Blanca no puede ser; repuso con las facciones desencajadas, pálida, de horrible aspecto, ¡mi hermana! ¡Es imposible..! porque mi hermana...

—¡Si, tu hermana está bien muerta! ¿no es verdad? dijo con sangrienta sonrisa la desconocida: los venenos de la de Fox son infalibles... ¡Matan hasta la sombra! Sino, todavia temblaria en vuestras sienes la corona. todavia creyerais ver la mano de Carlos que os la arrancaba; la mano de Blanca que os la arrancaba; la mano de millares

Lám. 19.

de víctimas que os la arrancaban; la mano de Jimeno que os la arrancaba; la mano de Inés...

—¡Inés! ¡Inés! gritó Leonor como herida de un rayo. ¿Eres tú? ¿eres tú? ¿De donde vienes?

—¡Del sepulcro! tornó á decir: Inés no ha muerto con tu ponzoña: Inés puede resucitar.

—Pero Inés, murmuraba Leonor con una obstinacion escéptica; Inés, despechada de zelos se tiró al Gabe... Inés ha muerto; yo ví sus vestidos á la orilla... yo ví su cadáver...

—Y como visteis sus vestidos, y como visteis su cadáver, y como sabias que los príncipes muertos ya no reinan, y que los suicidas calumniados no se levantan á defender su honra, por eso no vacilasteis en infamar la memoria de Inés, en manchar su fama; por eso dijisteis: «En buena sazon se ha desesperado: ella cargará con todo el peso de mi crímen: acusémosla de envenenadora... la princesa amaba á Jimeno correspondida, al mismo Jimeno amaba Inés desdeñada... ¿Hay cosa mas natural sino que Inés se vengue de la princesa envenenándola, y que luego arrepentida, ó temerosa del castigo se arroje al rio mas prócsimo.? ¿Quién podrá desmentir una fábula tan verosímil?»

No es verdad que discurristeis asi; doña Leonor?

—Si, respondió la reina, que habia perdido ya la enerjia para disimular.

—¿No es verdad que no temiais que el sepulcro se abriese al cabo de quince años para desmentiros?

—No.

—¿Y que creeis ahora?

—Nada.

—Firmad este papel: dijo entonces la encubierta, como queriendo aprovecharse de la postracion á que calculadamente habia reducido á la reina: firmad, añadió presentándola un escrito.

—¿Qué es esto?

—Una reparacion á que en justicia estais obligada:—Oid. «Declaro yo, Leonor de Navarra que Inés de Aguilar, hija de mi escudero »Juan de Aguilar, es inocente del crímen que la he acusado: á saber, »del envenenamiento de mi hermana doña Blanca de Navarra.»

—¡Imposible, imposible! dijo la reina... me cortarán primero la mano.

—La mano sola, no; la mano con el cetro, sí os la cortaré, como os negueis á firmar.

—¿Cómo?

—Porque yo no me contentaré con defender á Inés; os acusaré á vos, reina de Navarra: saldré por esas calles pregonando vuestro crí-

men, y me creerán; porque los muertos no mienten, porque yo soy Inés, Inés vuestra dama: la desesperada, la muerta... ¿Me conoceis?

Y la encubierta levantó el velo, y mostró á la reina un rostro pálido, magro, consumido, cadavérico, en fin, si los cadáveres conservasen dos ojos grandes, vivos, fulminantes.

—¡Inés! ¡Inés! esclamó Leonor: ¡ha llegado mi última hora!

—No; todavía no. Firmad, ó salgo de casa en casa, de pueblo en pueblo, publicando vuestro crímen, y como un espectro concitando el reino contra vos.

—Inés, soy muy criminal, lo conozco; pero... ¡ten compasion de mí!

—¡Compasion... compasion de vos, que no la habeis tenido de vuestros hermanos, á quienes emponzoñasteis; de Jimeno, de Inés á quienes horriblemente habeis calumniado!—Firmad: ahora mando yo, firmad.

—Inés, haré cuanto quieras; pero...

—Firmad, señora, repitió Inés con enerjía: yo no tengo guardias ni escuderos para amedrentaros; pero tengo voz para sublevar al pueblo contra la envenenadora de sus príncipes...

—¡Escuderos..! ¡Pueblo..! murmuraba la reina, haciendo el último esfuerzo de resistencia, al verse acosada al borde del precipicio.—¡Oh! ¡qué idea..!

—Firmad, repitió Inés con acento sepulcral y con el ademan de una fantasma. Firmad, ó me lanzo en medio de vuestros festines...

—¡Inés! dijo la reina, ecsajerando su desfallecimiento: las fuerzas me faltan, la sed me devora, voy á morir abrasada por la fiebre..... ¡Por Dios! ¡un vaso de agua...! ¡y despues... todo lo que quieras..!

—Asi decia Blanca.... Asi decia vuestra hermana.... ¡un vaso de agua pedia, y la disteis un vaso de ponzoña..!

—Dádmela á mí con tal de que beba.

—¡Yo! repuso Inés con fría sonrisa: ¿como he de daros lo que no tengo? Llamad á vuestros pajes...

—¿Consientes? dijo Leonor con un gozo mal disimulado.

—¿Porqué no? Con tal de que vos me deis palabra de firmar despues...

—¡Oh! si: mi palabra real.

—Llamad á vuestros escuderos, dijo Inés con la calma, con la frialdad de la estátua del Comendador.

—A mis escuderos no, á mis dueñas basta, advirtió Leonor, anticipando una disculpa.

La aparecida se encojió de hombros, como diciendo ¿qué me importa? Leonor observó con terror aquel ademan glacial. Tornó á mirar

á Inés antes de acudir á la puerta; pero la antigua dama de su servidumbre habia dejado caer el velo, y permanecia inmóvil en una actitud tranquila.

—¡Brianda! gritó la reina, entreabriendo la puerta principal de su aposento.

Al poco rato llegó la dueña:

—¿Ves esa mujer que está en el fondo de la cámara, apoyada en el sitial y cubierta con el manto?—Mirala, por Dios, con disimulo...

—Está bien: ¿y qué..?

—Reunios al punto todos mis criados en esta recámara inmediata, y cuando yo diere tres palmadas, entrad y apoderaos de ella.

—¿Tres palmadas?

—Sí, baja la voz.

—¿Todos los criados?

—Si, mis escuderos principalmente; y prevenles que de nada se asusten.

—¡Asustarse! ¿de qué?

—Nada: está loca.

La reina volvió á cerrar la puerta, y lentamente se fué acercando á la resucitada, que no habia variado de postura.

—¿Habeis bebido? la preguntó Inés con un acento frio y penetrante como la punta de una espada.

Leonor quedó desconcertada con una pregunta tan sencilla: ni para cubrir las apariencias se habia acordado de pedir el vaso de agua.

—¡Si... si..! respondió balbuciente.

—¿Entonces os sentireis mejor?

—Algo mejor.

—¿Con fuerzas para firmar?

—¡Oh! ¡si, para eso si! contestó la reina, como queriendo desvanecer con su docilidad las sospechas que pudiera escitar su aturdimiento.

—Veo que la bebida os ha reanimado mucho, y que no solo tendreis fuerzas para firmar, sino para copiar el papel.

—¿Para qué?

—Hace siempre mas fé un documento escrito todo del puño y letra del que lo autoriza.

—Pero... eso no es lo pactado: repuso Leonor afectando resistencia.

—Pero eso es lo que yo quiero, y como habeis de hacer todo cuanto yo mande...

Mordióse los lábios la reina, y luego encojiéndose de hombros murmuró:

—Ea igual... Pero no: es mejor... asi daré tiempo...

—Sentaos, dijo Inés: Bien: veo que el vaso de agua os ha vuelto las fuerzas...

—¡Oh! no abuseis de vuestra superioridad, esclamó la reina con voz dolorida; concluyamos presto.

—Me parece bien: os dictaré yo, dijo Inés, tomando el papel.

—Antes no sabiais leer, observó la reina á quien acababa de asaltar una idea, y clavó una mirada de lince en la tapada, maldiciendo del velo que cubria su rostro.

—En el sepulcro todo se aprende, y todo se sabe. Asi pues haced buena letra y clara; la vuestra lo es jeneralmente (1); pero estais delante de una maestra; os lo prevengo.

—Dictad.

—Declaro yo, doña Leonor de Navarra...

—Declaro yo... doña... Ya está.

Inés se acercó silenciosamente, y por encima de los hombros de la princesa seguia sus rasgos con los ojos...

—No: ahí no dice: doña Leonor de Navarra, dice: Inés de Aguilar...

—¡Ah! esclamó la augusta amanuense sorprendida. ¿Con qué sabeis..?

—Se correjiros la plana, reina y señora: no os apureis: ese ha sido un desliz que puede remediarse facilmente, tomando otro papel, y comenzando de nuevo

No hubo remedio: despues de aquella inútil tentativa, Leonor tuvo que copiar fielmente el escrito, y lo que es mas, tuvo que firmarlo.

Inés lo recojió, y la dijo con su acostumbrado acento sarcástico:

—Señora, ¡que os aproveche el vaso de agua, y hasta dentro de catorce dias! Y se disponia á marchar.

—¡Esperad, esperad! ¿porqué decís dentro de catorce dias? esclamó la reina despavorida.

—Ayer eran quince los que faltaban para el dia doce de febrero.

—¿Y qué?

—¡Celebraremos juntas el aniversario de Blanca de Navarra!

Leonor daba vueltas en torno, como un árabe del desierto, como una tigre en el interior de la jaula: deteníase á veces al pasar delante de la puerta, y sintió á la sazon rumor de mucha jente que se esforzaba en guardar silencio.

Entonces la tigre que rondaba se volvió furiosa contra la pobre oveja encerrada en el círculo fatal de sus pasos.

---

(1) Nuestros lectores han visto el *fac-simil* de la reina en la pag. 185 de este libro.

—¡No, mujer, fantasma, ó demonio, no: antes de ese dia pereceràs á mis manos! ¿qué me importa un crímen mas que ha de ser la losa sepulcral de todos mis crímenes? Morirás, ahora morirás de veras : morirás á mis manos; los que yo mato no resucitan. ¡Oh! ¡necia, necia has sido en verdad, hasta el punto de que yo tengo casi tentacion de perdonarte, de despreciarte por estúpida! ¡Quince años que has debido estar pensando en vengarte; quince años que solo has tenido esta idea fija! ¿no te han enseñado mas que venir aquí á turbar mi tranquilidad por espacio de una hora, para entregarte á mí para siempre; para irritarme y poner mi alma en sazon de que te mate sin remordimiento? ¡Lánzate á las calles, subleva el pueblo contra mí, emprende una cruzada contra tu reina; que yo con tres palmadas, con una voz tengo bastante para sofocar la tuya, para confundirte, para anonadarte!

Inés no respondió. permanecia inmóvil: sacó luego sus manos pálidas de debajo del manto, y con fuerza y con pausa dió tres palmadas.

—¿Qué haceis? esclamó la reina atónita de semejante resolucion.

—¡Suicidarme! dijo Inés secamente.

La puerta principal se abrió con estrépito, y el aposento se inundó de pajes y escuderos, unos con armas, y otros sin ellas,

—¡A esa! ¡á esa! gritó la reina, como el cazador á sus lebreles, señalando á Inés con su diestra.

—¡Atras! dijo Inés levantando el velo.

—¡La penitente! esclamaron algunos.

—¡La penitente! repitieron todos cayendo de hinojos y deponiendo las armas delante de la ermitaña de la Virjen de Rocamador.

—¡Paso! ¡Abrid paso á la sierva de Dios! dijo Inés, atravesando lentamente por medio de aquella turba, que parecia implorar su perdon.

Con el mismo grave continente, y firme planta salió Inés del alcázar de la reina, sin que hubiese puerta que no se abriese á su voz, ni frente que no se inclinase á su presencia.

CAPITULO XII.

Cuyo título no está en latin.

Dos personas, una en pos de otra leyeron las inconecsas palabras que con precipitacion escribió la penitente á la puerta de su albergue cuando la anunció Chafarote el prócsimo arribo de don Alfonso: dos personas que concibieron unos mismos temores, que interpretaron de igual modo aquel escrito, que se partieron para un mismo punto, y decididos á salvar unos mismos objetos.

Los pasos del primero y mas afortunado de aquellos paladines ya los hemos referido; vamos á conocer los del segundo; pero antes nos parece conveniente relatar un suceso mucho mas antiguo, sin cuya intelijencia, mal podríamos comprender los muchos y muy estraordinarios que van á sobrevenir.

Ocho años antes de esta época, en 1471, Pamplona, la capital del reino estaba en poder del bando beamontés, con harto duelo y codicia de sus enemigos. Doña Leonor de Navarra, que acababa de ser nombrada gobernadora por don Juan II, tenia los mas vivos deseos de fijar

allí su residencia, no solo para mayor decoro y ostentacion, sino para estar segura de aquella ciudad, la primera por su nombradia, poblacion y fortaleza. Dirijió su mensaje al conde de Lerin, mandándole que le abriese las puertas; pero el caudillo beamontés la respondió que si venia como reina propietaria, y lejítima sucesora de la corona, despues de la muerte de sus hermanos don Carlos y doña Blanca, mandaria echar los rastrillos y pondria á sus pies las llaves de Pamplona; pero si llegaba como reina gobernadora y lugarteniente de su padre, las puertas permanecerian cerradas.

Obraba el conde en consecuencia con sus principios y opiniones de bandería; pero además obraba sagazmente. Si Leonor tentada de la ambicion, preferia el título de reina, se ponia al frente del partido beamontés, y ocupaba el puesto de sus dos hermanos: si por miedo de su padre, no queria renunciar la rejencia del reino por un trono de rebelion, don Luis habia conseguido su objeto de conservar la capital, sin el desasosiego de tener el enemigo en casa.

De buen grado hubiera aceptado Leonor la proposicion del conde, y consentido en ser proclamada reina por el bando beamontés, si le hubiese creido bastante poderoso para sostenerla en el trono; pero como su padre era mal adversario, y como ella le habia enseñado el modo de deshacerse de los hijos rebeldes; y sobre todo, como su padre pasaba ya de los setenta años, y no podia vivir mucho tiempo, creyó mas cuerdo resistir á la tentacion de reinar algunos meses antes, á riesgo de ser al punto destronada, y aguardar algun tiempo para reinar sin temor. No sabemos cual hubiera sido su resolucion á presumir que el anciano de setenta y cuatro años podia vivir ocho mas.

Consintió pues la gobernadora, la princesa de Viana, la mimada hasta entonces y favorecida por el de Lerin, consintió en volverse atras, del pie mismo de las murallas, humillada ante un señor feudal, malquista de un bando poderoso, para refujiarse á los brazos de otro feudatario, que acababa de humillarla en Sangüesa y en Murillo, como lijeramente tuvimos ocasion de indicar en uno de nuestros anteriores capítulos. ¡Tal andaba entonces la majestad, augusta mendiga cubierta con harapos de púrpura, y mantenida á espensas de sus grandes vasallos, con las limosnas que de castillo en castillo recojia!

El mariscal don Pedro de Navarra, y su tio mosen Pierres de Peralta, caudillos del bando agramontés, vieron el cielo abierto para reconciliarse con la reina, con quien tales desaguisados habian hecho en aquellos pueblos. El mariscal sobre todo, tomó tan á pechos la causa de la gobernadora, que en albricias de su rompimiento con el bando contrario, la prometió poner á sus reales pies la cabeza del conde de Lerin y la ciudad de Pamplona.

Arrogante era el empeño; pero el mariscal se dió tan buena maña, que estuvo á punto de conseguirlo. Compúsose con uno de los rejidores de la ciudad, llamado Nicolás de Ugarra, alcaide de una torre y guarda de una puerta contigua, el cual le prometió darle entrada, si con poca jente, y en el silencio de la noche, se llegaba al muro.

Escojióse para este golpe una temporada en que el conde de Lerin estaba ausente de la ciudad, recorriendo las tieras del condado.

Buscó don Pedro once hidalgos de los mas valientes y decididos entre sus partidarios, y muy secretamente les citó para un punto, donde todos habian de concurrir entrada la noche.

El mariscal don Pedro tenia un hijo mozo, llamado Felipe, el cual, solicitó el honor de acompañarle en aquella temerosa jornada; pero considerando sus pocos años, sonrióse don Pedro paternalmente de semejante audacia, abrazóle, y se alejó encargándole que no se moviese del cuerpo de reserva que habia de acudir á la ciudad, despues que ellos se hubiesen apoderado de la puerta y de la torre que Nicolás de Ugarra iba á franquearles.

Así que las sombras igualaron los valles y las montañas, los doce agramonteses se fueron reuniendo en una ermita cerca de Pamplona: el que llegaba decia una palabra de contraseña, y se incorporaba á los demás.

Una luz debil brilló en las almenas de la torre defendida por Ugarra: era la señal convenida para acercarse á la puerta.

Llegó el momento de partir, y al emprender la marcha, se hizo el recuento de la faccion, que en lugar de doce constaba de trece.

—¡Traicion! ¡traicion! esclamó el caudillo.

—¡Traicion! repitieron todos, y debajo de las capas que llevaban para ocultar el brillo de la armadura, salieron á relucir sendos puñales.

—¡A ver! dijo entonces el mariscal don Pedro, todos han de revelar aquí su nombre, y al que yo reconozca, permanecerá á mi lado.

Once hidalgos fueron acercándose sucesivamente al caudillo, pronunciando un nombre conocido. Faltaba uno solo: don Pedro se llegó al intruso, y le dijo:

—¿Quién eres?

—Amigo: respondió este, en voz baja.

—¿Tu nombre?

—No lo digo.

—¡Tu nombre! tornó á gritar con voz amenazadora.

El desconocido guardó silencio.

—Lo que tu lengua calla, publicará mi espada, añadió el mariscal arremetiéndole con denuedo.

Resistióse valerosamente el intruso: no atacaba; se defendia tan

solo. Al cabo de un cuarto de hora, impacientes los agramonteses, quisieron terminar el combate, poniéndose de parte del mariscal; pero el amor propio del caudillo se habia resentido demasiado, por la prolongacion de la lucha, para admitir ausilio.

Tornó á la lid, cada vez mas furioso al ver la serenidad y firmeza con que su contrario paraba los tajos mas rudos y mas diestros; pues no parecia sino que estaba dando una leccion de esgrima, y que de antemano sabia el ataque, y tenia preparada la defensa.

Despues de media hora de combate, clavó el mariscal en el suelo la punta de su espada, y rendido de cansancio, sudando á mares, y con anhelante acento dijo:

—Quien quiera que tu seas, me aventajas en destreza y valentía, y tan bravo caballero no puede ser traidor. Ven con nosotros.

—Sí, contestó el desconocido con voz clara y serena: contigo voy; porque un hijo no debe desamparar á su padre en el peligro.

—¡Mi hijo Felipe! ¡mi hijo! esclamó el mariscal, abrazando á su adversario, y llorando de gozo y de asombro. ¡Pardiez, que esta noche has dado famosamente tu leccion de armas!—Amigos mios, prosiguió alborozado: nada habrá perdido nuestro bando, aunque yo muera: caudillo os dejaré que os haga olvidar mi nombre.

—Padre, contestó Felipe, disculpándose: me dejasteis por niño, y tenia gana de probaros que soy hombre.

Despues de esta aventura se encaminaron todos en silencio á la ciudad.

La noche era oscura, tempestuosa; muy propia para semejantes empresas; y guiados de prácticos en el terreno, los agramonteses no supieron que se hallaban en la poblacion, hasta que tropezaron en sus murallas. Nicolás de Ugarra los esperaba, echado el puente levadizo, y el postigo abierto. Entraron sin tropiezo.

Junto á la puerta del muro estaba la de la torre, de que debian apoderarse; pero su entrada era angosta y pequeña: solo podian penetrar uno á uno. El primero que traspasó el umbral fué don Pedro de Navarra; en seguida su hijo, luego los cuatro mas atrevidos: cuando los seis estuvieron dentro cayó del dintel una compuerta que interceptó el paso.

Oyéronse entonces dentro de la torre confusos gritos y voces temerosas que decian:

—¡Traicion! ¡traicion!

Al mismo tiempo resonaba por las calles de la ciudad el clamor de guerra de Navarra.

—¡Al apellido! ¡al apellido! ¡Mueran los traidores! y vióse venir un tropel de gente que cayó sobre los siete agramonteses que permanecian fuera de la torre.

No habia duda, estaban vendidos; y aunque la salvacion era imposible, resolvieron defenderse hasta el último trance, esperando el socorro de la reserva.

El socorro llegó: los agramonteses que vinieron de refresco al mando de mosen Pierres de Peralta ¡cosa estraña! entraron en la ciudad sin obstáculo ninguno; pero así que se vieron dentro, las puertas se cerraron, y de las casas, de los templos, de las torres, hasta debajo de la tierra brotaban los partidarios del conde de Lerin, que hicieron horrible carnicería en sus enemigos. Cuenta la crónica que san Fermin, patron de Navarra, se les apareció vestido de blanco y en medio de antorchas clarísimas, para contener la furia y el estrago. Mosen Pierres y algunos de sus amigos ganaron otra puerta, y pudieron escaparse por ella; pero el mariscal y su hijo quedaron encerrados en la torre.

Los de afuera al menos vendieron caras sus vidas; pero los de la torre, que ni espacio tenian para esgrimir la espada, tuvieron que rendirse á los muchos guerreros que guarnecian la fortaleza. Uno de ellos fué buscando en la oscuridad al mariscal don Pedro, caudillo del bando enemigo, y cuando le hubo conocido, le abrazó, con apariencias de la mas dulce sorpresa.

Atónito el mariscal esperaba que su incógnito amigo soltase la voz, cuando en medio de tan afectuosas demostraciones sintió la fria y aguda punta de una daga, que el tierno y silencioso amigo le introducia por entre la gola y el espaldar.

Cayó al suelo lanzando un ¡ay! tristísimo, sin tener tiempo de llamar á su hijo, cuyo nombre le quedó ahogado en la garganta.

Felipe, desarmado, ya no podia vengar á su padre; pero se lanzó frenético contra el asesino, le precipitó sobre el cadáver de su padre, buscó un arma cerca de sí, y no encontrándola, quiso ahogarle con las manos, y desgarrarle con los dientes.

Uno y otro era imposible. El asesino tenia una armadura completa, y sus compañeros de traicion hubieran venido al punto á socorrerle.

Don Felipe guardó para mas tarde su venganza; y deseoso de conocer algun dia al matador de su padre, se apoderó disimuladamente de la mitad de la hoja de la daga homicida, que habia saltado al caer en tierra el caballero que la empuñaba.

El hijo del mariscal quedó prisionero en Pamplona, y á los dos dias llegó don Luis de Beaumont á la ciudad. Presentóse á don Felipe con una afabilidad que, lejos de ser un insulto á su desgracia, parecia el esfuerzo de un amigo para hacérsela olvidar. Llevóle al castillo de Lerin, y allí permaneció cuatro años, tratado mas bien como huésped, y amigo, que como prisionero y contrario.

Lám. 20.

A no ser por aquel comportamiento, á no ser por la certidumbre que habia de que el conde de Lerin estuvo ausente de Pamplona, en la terrible noche de la sorpresa, don Felipe hubiera creido que toda aquella máquina, toda aquella intriga estaba dispuesta y dirijida por las hábiles manos del caudillo beamontés.

El bando contrario se habia quedado sin jefe, y desairado á los ojos de la reina gobernadora: la flor de sus caballeros muerta: el sucesor del caudillo, prisionero; y por último, si fué la de Nicolás de Ugarra una doble traicion, el traidor no convenia que viviese, y el traidor habia muerto.

La puerta de la sorpresa fué conocida en adelante con el nombre de *Puerta de la traicion.*

CAPITULO XIII.

De como el conde de Lerin halló la horma de su zapato.

De la ermita de la penitente partióse don Alfonso al castillo de Lerin.

Halló muy ocupado al conde en su armería, reconociendo, una por una todas sus armaduras, acompañado de maese Arnal, artífice tolosano. Tenia ya separadas muchas piezas de arneses para componer, y espadas y lanzas para aguzar.

—¡Oh! señor don Luis, le dijo el infanzon, despues de haberle abrazado: vos seguis, como cuerdo, el consejo de: *si vis pacem, para bellum.*

—No sé de latines, respondió el conde, pero no considero perdido el tiempo que emplee en aprestos militares.

—¿No sabeis latin, y me habeis comprendido...? De buen grado trocaria yo mi latin por vuestra profunda penetracion.

Don Alfonso al verle tan tranquilo, no quiso alarmarle repentinamente con las noticias que traia, pues si no las tuvo por falsas, cuando menos las juzgó prematuras, ó ecsajeradas.

—¡Tan belicoso, añadió : tan belicoso á los pocos dias de haber firmado la tregua...!

—Amigo mio, llevo ya firmadas mas treguas, que recibos á los judíos, y calculo á que debo atenerme con respecto á la presente.

—¿Con qué no creeis que pase de los dos meses jurados?

—Maese Arnal, preguntó el conde de Lerin al armero, alzando la voz para que pudiese oirle, desde el rincon donde estaba amontonando los trofeos de guerra : ¿cuanto tiempo tardaréis en componer toda esa balumba de piezas?

—Unos diez ó doce dias, contestó el artífice.

—Ahí teneis la respuesta, dijo don Luis, volviendose al infanzon.

—¡Diez ó doce dias! esclamó este casi con gozo : ¿Y quien será el primero que falte á su palabra?

—El mariscal, si á él le conviene, y si me conviene á mí, tambien el mariscal.

—¡Pobre reino de Navarra! ¿Qué esperanza teneis para él?

El conde se habia empeñado en responder parabólicamente, y acercándose al armero, tomó un yelmo asáz mal parado, y dijo :

—Maese; ¿qué puede hacerse con esta pieza, que tiene ya mas remiendos que zurron de pobre, mas claros que puerta de iglesia, y mas ahujeros que celosía de monjas?

—Fundirla, señor, y hacer otra nueva.

—Ya lo habeis oido, advirtió don Luis á su amigo, retirándose con él, de manera que maese Arnal no pudiera comprender la gravedad de sus sentencias.

—?Con que pensais como yo, señor conde, que moral y políticamente es imposible que Navarra pueda continuar independiente?

—Pienso que Navarra es un bocado apetitoso, aunque demasiado pequeño, situado entre Francia y Castilla, dos lebreles que tienen la boca muy grande. Hasta ahora gruñen, y se miran de reojo por ver quien se lo ha de tragar; y la mísera piltrafa solo subsiste por la rivalidad de los que la codician; pero el dia en que Francia se descuide, y Castilla alargue el hocico...

—Y vos, señor conde que comprendeis lo inevitable de este destino, trataréis sin duda de cojer la vianda, y tirársela á cualquiera de los dos perros, para que tenga que lameros luego la mano...

—Os sobra el latin, amigo mio; porque teneis toda mi penetracion; repuso el conde con sonrisa cortesana.

Pero esta sonrisa se oscureció de repente, cuando maese Arnal se acercó respetuoso con una daga en la mano.

—Señor, le dijo : á esta pieza le falta la mitad de la hoja, y será preciso echársela nueva.

—Y será preciso echaros por la ventana abajo, por entremetido, y descortés: añadió el conde con el mismo tono.

—¡Señor! esclamó con miedo el artífice.

—¡Ea! Llevaos eso, y dejad la daga en su sitio; dijo el de Lerin, señalando al monton, y volviendo las espaldas.

—¿Es vuestra? le preguntó don Alfonso con indiferencia.

—Yo no sé... sí... creo que fué mia, respondió don Luis con la mayor naturalidad.

—¿Con que segun vuestros planes no hay que temer que caigais en el lazo que se os tiende? dijo el mesnadero, haciendo por desviar la conversacion.

—¡Lazos! ¡lazos á zorro tan corrido y tan pelado!

—Si, por lo mismo que os ven anciano y abatido.

—Viejo si, pero abatido no.

—Por lo mismo que vuestros enemigos lo creen así, quieren...

—¿Pero que quieren? Vamos á ver.

—Casar á vuestra hija con el mariscal.

—¡A Catalina! esclamó el conde manifestando la mayor sorpresa: ¡Donosa por cierto es la ocurrencia!

El infanzon tenia una clave para descifrar el enigma de los pensamientos del conde: cuando este se manifestaba sorprendido, no era señal de que lo estuviese, sino de que así le convenia aparecer.

—Donosa ocurrencia, teneis razon; dijo el caballero: ocurrencia de fraile propiamente.

—¡De fraile!

—Si, del padre Abarca... de vuestro amigo, el coronista de Irache.

—¡Mi amigo!

—Si, tal: ¿pues no recordais que al recibir yo el encargo de buscar un relijioso grave y autorizado para que negociase la perpetuidad de las treguas, la paz, la reconciliacion de los bandos, vine á consultarlo con vos, y vos señor conde, me designasteis al monje benedictino..?

—Sí, yo os lo indiqué por letrado, por respetable, y sobre todo por tonto. Queriais vos cumplir el encargo de la reina, poniendo al mismo tiempo todos los obstáculos posibles á sus planes, y os indiqué un hombre sencillo...

—Hombre sencillo, es verdad: hombre á quien habreis hecho creer que es suyo y orijinal el pensamiento de este enlace, despues que os haya costado no pocos esfuerzos infundirselo en el majin.

—Me suponeis una travesura, y un injenio, dijo el conde modestamente; que me honra demasiado.

—Yo no supongo nada, don Luis amigo: el proyecto es muy anti-

guo en vos para que deje de estar bien meditado. No tenia Catalina mucho mas de siete años cuando la disteis en este alcázar un compañero, casi un niño como ella, aunque hombre en apariencia: este amigo de la infancia era un prisionero de guerra, era el hijo de vuestro mortal enemigo; era el que saliendo de tan dulce cautiverio, debia heredar el nombre, el título y la dignidad de su padre; y á quien tratasteis como hijo, para que con la dignidad no heredase tambien los inveterados ódios de su familia. Confesad, mi buen amigo, que desde entonces os hizo sonreir la idea de esa boda, que tan espontáneamente ha propuesto el padre maestro Abarca.

Calló el conde al ver que la mitad de su secreto era conocido, y dijo luego, con ánimo de averiguar si el infanzon conocia la otra mitad.

—Pues bien, aunque os confiese que alguna vez he tenido semejante pensamiento ¿creeis que soy yo quien mas debe horrorizarse de que ahora traten algunos de llevarle á cabo?

—Vos, si, vos conde de Lerin, que no conservais mas que una oveja del desmandado rebaño de vuestra familia, vos debeis horrorizaros de entregarla al leon, por mas que os digan que el amor le ha cortado las uñas y limado los dientes.

El conde respiró; pero como si todavía no se contemplase seguro añadió al punto:

—¡Yo! ¿qué dificultades puedo oponer racionalmente, cuando estoy pobre, y arruinado, y cuando para mi no media la sangre de un padre..?

—¿Y por ventura, contestó don Alfonso, el padre del mariscal es la única víctima en una guerra de treinta años?

El conde quedó completamente satisfecho: nada sabia el infanzon del horrible misterio de la noche de Pamplona.

—En fin, dijo el conde: todo depende de las condiciones con que me ofrezcan la paz.

—¿Y seréis capáz de sacrificar la ventura de vuestra hija?

—¿Y si se aman? ¿No presumis vos que pueden amarse Catalina y el mariscal?

—No lo presumo, señor conde, lo sé con evidencia; como sé que vos habeis fomentado esta pasion que ha de atormentar el corazon de vuestra pobre hija; porque... ¡Ah, señor don Luis! ¡demasiado sabeis vos que es imposible esa boda!

—¡Imposible! ¿Porqué? dijo el conde en cuyo pecho asomaban otra vez las sospechas.

—Es imposible; porque la union de Felipe y de Catalina. despues de treinta años de guerra, no es la union de los dos bandos; porque no

teneis otra hija para mosen Pierres de Peralta; ni otras para Londoño, para Armendariz, para los principales caballeros de Agramont; porque no hay castillos, ni tierras, ni dignidades en Navarra que basten á satisfacer la ambicion de los partidarios de uno y otro bando: es imposible; porque prosiguiéndose esta lucha desde la muerte de don Cárlos y doña Blanca sin un objeto noble, conocido y determinado, tampoco puede concluirse por un arranque jeneroso; porque no hay razon que nos obligue á la guerra, y no puede haber transacion que nos obligue á la paz: es imposible; porque vos, conde de Lerin, el único tal vez que abriga un designio político en medio de tanta ignorancia, de tanto desórden, de tanta indisciplina; trabajais en favor de la anarquia; peleais por la desolucion del reino; y las pasiones, los odios ulcerados, las ambiciones desmedidas, pelean por vos; y por vos pelea tambien el siglo cuya tendencia habeis adivinado; el siglo que va tragándose los feudos, los pequeños estados para fundir con ellos esas grandes monarquias, ese mundo nuevo que ha de salir del caos de la edad pasada. En fin, señor conde, casando á Catalina con el caudillo del bando enemigo, recobrareis de un golpe todas vuestras tierras y castillos, ganaréis cien batallas en un dia; pero sacrificareis la ventura de vuestra hija; porque arrastrado por el irresistible impulso de los acontecimientos, al otro dia de la boda, tendreis que desnudar la espada contra el esposo

—Mucho os interesa la suerte de Catalina; repuso el conde maliciosamente.

—¡Es que la amo, la amo de corazon!

—¿Y con el vidrio de los zelos habeis leido sin duda en el porvenir?

—¡Zelos! ¡zelos! esclamó el infanzon, con aquel acento profundo que tenia al hablar de lo pasado ¡vos que me conoceis me hablais de zelos, y habeis podido imajinaros que en mi alma cabe una gota mas de la purísima esencia que conserva hace quince años? Yo amo á Catalina: y porque la amo quisiera verla feliz en brazos de un esposo, cuya suerte no fuese la de pelear eternamente con vos: la de mataros, ó morir á vuestras manos; porque la amo, he pasado tanto tiempo á su lado ilustrando poco á poco su espíritu con la antorcha del saber, que yo he traido de las escuelas mas famosas de Europa; y solo de vos, solo de un padre pudiera tener zelos, porque mi amor á nada se asemeja tanto, como al cariño paternal.

—Padre no, respondió el conde, casi conmovido: sereis su hermano, para que yo pueda llamaros hijo.

—Pues bien, como tal os ruego que no vivais adormecido entre las flores de vuestro talento; pues quizá una sierpe traidora...

—Proseguid ¿qué os detiene?

—Voy á revelaros el objeto de mi venida. ¿Conoceis á la penitente?

—Es una santa mujer.

—¿Teneis fé en sus palabras?

—Muchas veces me han servido sus consejos.

—Pues bien, escuchad el que acaba de darme : «corre á salvar á »Catalina! ¡Traicion! ¡incendio en su palacio! ¡Ay de ella, si llegas »tarde!»

—¿Cuando?

—Hoy mismo.

—De palabra?

—Por escrito.

—¿Y habeis quizá pasado mal rato, pobre don Alfonso? esclamó el conde con una compasion casi olimpica.

—Volé á salvarla, temiendo...

—Pues ya veis, repuso don Luis con calma : en el palacio de Catalina no hay mas fuego que el de las chimeneas; porque hace un frio de mil demonios : de la traicion, os respondo yo, ó por mejor decir responde la horca que se alza en mi puerta; y con respecto á la prisa, llevamos una hora de charla, y se me antoja que pudiéremos proseguir departiendo sosegadamente algunas mas.

—¿Luego creeis que nada significa el aviso?

—Creo por el contrario que significa mucho, aunque no lo que parece : creo que mis enemigos no quieren que yo asista á la coronacion de la reina; para que caiga en el desagrado de la hija, como caí en la desgracia de su padre : les place poder apellidarme rebelde, y conservar el monopolio del trono; y por eso quieren retenerme aquí, y han dado falsas noticias á la penitente, para que esta os las trasmita, y yo las sepa por conducto vuestro. ¡A Estella! ¡pronto á Estella! ¡Aceleremos nuestra partida! Allí veremos á la penitente, y tal vez podamos averiguar el orijen de sus enigmáticas palabras. Catalina quedará aqui en este mi mejor castillo, sin que nadie pueda verla durante mi ausencia.

Hiciéronlo así: al otro dia recibió el conde la visita de su amigo el fraile de Irache, y al siguiente partióse para la corte. Acompañado de don Alfonso fué á ver á la penitente : la ermita estada cerrada : la sierva de Dios no respondia.

Cuando el conde de Lerin recibió el aviso del incendio, recordarán nuestros lectores que antes de marchar, saludó á la reina y á don Felipe de Navarra con afectuosa sonrisa. El mariscal llegó á comprender que cuando menos la reina, él, y su bando, no estaban libres de las sospechas del nuevo condestable : las sospechas sin embargo, no le pa-

recieron temerarias : con respecto á doña Leonor, eran una confirmacion de las suyas, y con respecto á su partido, ya hemos visto cuan fundados motivos habia de pensar mal y de acertar sobre todo, si los crímenes de un caudillo pudieran imputarse á todo su bando.

En esto de malos juicios no se quedó corto el conde de Lerin, á quien su escesiva malignidad y desconfianza, habian estraviado en este lance; y ya llevaba una dósis mas que suficiente de prevencion contra el mariscal y mosen Pierres, cuando todos los informes, todas las noticias, vinieron á condenar al primero.

Los centinelas del castillo, sostenian que el caballero embozado que con tanto ahinco solicitó entrar en el alcázar, se daba cierto aire al mariscal, á cuyas órdenes habian ellos servido en otro tiempo.

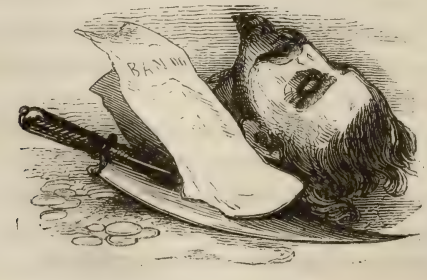
Los honrados vecinos de la villa, juraban haber visto aquellos dias un mendigo mozo, rubio, que no tenia trazas de lisiado. Otros recordaban que el embozado anduvo todo el dia rondando el alcázar, y acercándose cuanto podia á las murallas, por la parte de la torre; y por último todos vieron que al estallar el incendio, dos criados del conde que habian estado departiendo con un desconocido, tomaban el camino de Castilla.

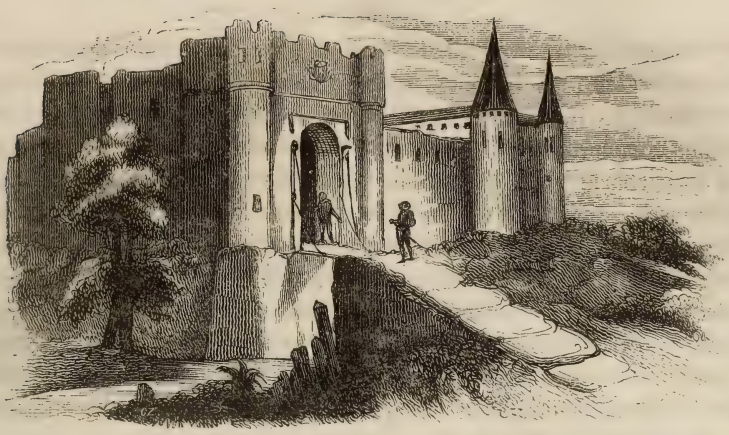
—¡Oh! dijo el conde: puesto que lo habeis querido; antes del tiempo prefijado, soltaré las cataratas del cielo, y vendrá el diluvio.

Y se puso á escribir un mensaje á don Juan de Rivera, comandante jeneral de las tropas castellanas de la frontera.

—Mi brazo y mi fortuna, van desfalleciendo á la par; pero me resta el corazon. ¡Mariscal! ¡mariscal! no envidio, no, los brios de tu juventud! ¡pensais abatirme porque me veis arruinado; pero el que hoy os infunde lástima, mañana os causará terror! —¡Sí! esclamó mas sosegado, y en su tono habitual, despues de una breve pausa: es preciso amedrentar, aturdir con un solo golpe á los que hoy han creido que la fuerza del conde de Lerin reside en estas cuatro paredes.

Y despues de escribir aquel mensaje, se puso á redactar un bando de muerte contra el mariscal, poniendo precio á su cabeza.





CAPITULO XIV.

En que se declara porque don Felipe de Navarra entró en el alcázar de Lerin como Pedro por su casa.

NADA hemos dicho de la primera entrevista del conde de Lerin con su hija: escenas hay que la imajinacion del lector se las figura, mucho mejor que el autor pudiera describirlas. Por mas que don Luis tuviese un corazon frio, y un carácter duro y severo en el fondo, aunque dulce y flecsible en la apariencia, hay ciertas emociones que hacen impresion en un mármol. Era padre, y no pudo menos de sentir vivísimo placer en abrazar á su hija, y en abrazarla enteramente sosegada, y restablecida de su terrible congoja.

Este segundo milagro debíase al autor del primero, segun decian las jentes del castillo. El bizarro caballero del incendio, el ánjel salvador de Catalina, despues de haber desplegado en el primer peligro, un

valor temerario, y una actividad y enerjía prodijiosas, lejos de retirarse á descansar sobre sus laureles, quiso ceñirse otros nuevos, y convertido en médico y á la cabecera del lecho de Catalina, brilló por su celo y por sus conocimientos, que debian causar doble asombro en aquella época de barbarie y de ignorancia. El hombre en quien se acumulaban tantas hazañas, tantos prodijios era don Alfonso de Castilla; era el mesnadero de la reina, que recojia todas las coronas desparcidas aquel dia; como Hércules recojió todas las proezas de los primitivos tiempos de la Grecia, como el Cid todas las glorias del siglo undécimo en Castilla; porque la imajinacion popular es la que con menos personajes enjendra mayores dramas; es la que crea los mitos, cúmulos de montañas de gloria con que el pueblo jigante lucha en grandeza con el supremo Criador.

Entre el mozo irreflecsivo, que se lanza sin conocer el peligro en medio de las llamas, para salvar á la hija del conde; y el hombre maduro y prudente, que despues de salvada, completa el triunfo del primero, y la restituye el aliento y la vida con oportunos medicamentos, y sanos y doctos consejos; los soldados y vecinos de Lerin no hacian distincion alguna.

Ciertas casualidades daban cuerpo y apariencia de verdad á esta ilusion. Presentóse el mariscal cubierto con riquísima armadura y calada la visera; y arrancado á las llamas el tesoro mas precioso que el alcázar encerraba, vino á depositarlo en brazos de las dueñas, y sin detenerse un instante, tornó á cortar los progresos del incendio. Al ver que cedia este de su intensidad y violencia, temeroso el caudillo agramontés de ser reconocido, quiso desaparecer, aprovechándose de la confusion y del desórden; y en esta sazon llega otro caballero tan ricamente armado, tan completamente encubierto, y al ver á Catalina desmayada en el regazo de sus doncellas, se olvida de las llamas, prescinde del grato efecto que produce su presencia, y solo piensa en reanimar aquel bellísimo rostro virjinal, en el que reconoce, no ya una perturbacion pasajera de los sentidos, sino todos los síntomas de una verdadera asficsia.

Apartar á Catalina de aquel sitio; llevarla á paraje mas fresco y ventilado, libre del humo, y del alboroto y confusion del incendio, fueron sus primeras disposiciones, á las cuales se siguieron otras mas eficaces y que hacian honor á su ilustracion y su talento. Cuando la enferma pudo volver en sí, cuando sus párpados por primera vez se levantaron lenta y perezosamente, vió en el aposento el grave y pálido semblante de don Alfonso, que se inundó de dulce satisfaccion al contemplar aquella primera aurora de la vida, apresurada por su saber y por su celo. Dirijió á la enferma muy pocas, pero suavísimas palabras,

y prohibió á sus dueñas que la molestasen con historias y preguntas. El precepto fué traspasado apenas el preceptor volvió la cabeza: Catalina tenia tantos deseos de saber lo que habia pasado, como sus dueñas de contárselo, y al poco rato, cuando el facultativo se acercó á la bella doliente, conoció por la inefable ternura de sus miradas, que la jóven no ignoraba ya lo poco que por ella habia hecho; y que le pagaba con una gratitud, que su buen corazon ecsajeraba. No tardó mucho tiempo en presumir el infanzon que se le atribuian rasgos heroicos, que pudieran ser verosímiles, pero que estaban muy distantes de ser ciertos. Manifestar la verdad, deshacer aquel misterioso *quidproquo* al vulgo de pajes, dueñas y escuderos, hubiera sido una tonteria, y revelar á Catalina la historia de aquel acontecimiento, cuando en él podia caber una gran parte al mariscal, cuyos amores tenia tanto empeño en destruir, no le parecia prudente; pero como su delicadeza no le permitia recibir elojios inmerecidos, ni su modestia escuchar los que podian tocarle, tomó el partido de alejarse de Lerin, no sin haber enviado antes al conde un mensaje que le participase tan tristes sucesos.

Tres dias habian pasado desde la coronacion de la reina y del arrivo del condestable á la habitual morada: en estos tres dias pudo este madurar sus planes de venganza, y negociar la entrada de los castellanos con don Juan de Rivera, que se hallaba de observacion en Logroño. Don Luis de Beaumont no desistia por cierto de su antiguo proyecto de boda; pero trataba de acelerarle ahora por distintos medios. Don Felipe habia consentido ya; y segun todos los informes del fraile y conversacion de la reina, la llama del amor habia prendido tan bien en su corazon, que no era de temer pudiese apagarse hasta consumirlo. En esta sazon nada mas perjudicial creyó el conde que el sistema de concesiones, de blandura y de templanza. El terror, la violencia, la repentina esplosion de una furia ocasionada por los rumores esparcidos contra el mariscal desde el incendio, debian producir efectos admirables, segun los cálculos del conde, frio anatómico del corazon humano. Por otra parte, su debilidad, su postracion eran innegables, y si daba muestras de flaqueza, sus enemigos podian apercibirse mas y mas, eharse encima y abismarle de un solo golpe. El golpe no debia darlo el fuerte, el poderoso, sino el débil, el impotente: tal era el medio seguro de alucinar á sus contrarios.

Resolvióse pues el conde á publicar el bando de muerte contra el mariscal de Navarra. Catalina cuando lo supo, vino desalada á pedir misericordia para don Felipe, postrándose á los pies de su padre, el cual se encojió de hombros, y la dijo con la mayor indiferencia.

—¡Pchs! Que le maten, ó que se case contigo... lo mismo tiene.

Y se alejó de su habitacion, dejando en ella á Catalina pasmada de terror.

Apeábase en aquel mismo instante á las puertas del castillo el mariscal de Navarra, que al oir las tristes nuevas que de Lerin habian llegado á la reina, resuelta y atrevidamente se encaminó á la villa de su enemigo.

—¿El señor condestable de Navarra? preguntó Felipe con firme acento al centinela del puente.

—¡Sois vos! esclamó el soldado con asombro y benevolencia.

—Sí, yo soy· ¿me conoces?

—¡Pasad, señor, pasad! respondió el centinela, haciéndole los honores con su pica, y mirándole con curiosidad y respeto.

—Este, pensó don Felipe, ha servido sin duda en mi bando, y tiene deseos de volver: no es malo encontrar amigos en todas partes.

—¿Como te llamas? le dijo en alta voz

—Sancho Garcés.

—Bueno, Sancho Garcés: no me olvidaré de tí, repuso el mariscal con aire de proteccion.

Salió luego el alcaide de aquella puerta, y el caballero no tuvo necesidad de concluir su frase de ¿el señor condestable de Navarra?

—A ver, gritó el alcaide, quitándose la gorra y mirándole con la mayor afabilidad: ¿quién enseña á este noble caballero la cámara del conde mi señor?—Bien que su merced debe saberla: ¿no es así?

El mariscal inclinó la cabeza en señal afirmativa; pero ¿sabia por ventura el mariscal si tenia cabeza?

Mucho era tropezar con un amigo en Lerin, pero ¡serlo suyo tambien el alcaide del castillo! ¡serlo igualmente los soldados que le cercaron con ademan respetuoso, con rostro alegre y regocijado! Queriendo hacer la última prueba, dijo el caballero:

—Sabeis si el condestable podrá recibirme?

—¡Señor, os está esperando con los brazos abiertos!

—Pero ¿me conoceis? ¿Sabeis que soy...

—¡Ah! Señor, en este alcázar todos conocen á su merced, y le aman de corazon, y le admiran...

—¡Que todos me conocen y me quieren..! repitió el mariscal atónito de semejante respuesta.

—¡Todos! ¡todos! gritaron aquellos guerreros, á guisa de aclamacion.

—Pues, señor, sea en horabuena: murmuró Felipe, sonriéndose dentro de su celada. ¡Así son las cosas! Aquí en la capital de mi enemigo; donde pensaba yo que el mejor querria verme descuartizado, todos me aman y me reciben con palmas! Puede ser que si vuelvo á Peralta, Tafalla y Pamplona, todos me apedreen.—¿Si estos serán milagros de la penitente?—En fin, tomemos el tiempo conforme venga, y

no cantemos victoria hasta el fin, que tal vez el camino se allana para entrar en nuevas dificultades.

Subió por la escalera principal, tomó un corredor á la derecha, donde estaban jugando algunos escuderos, segun antigua costumbre, cuya tradicion se conserva de lacayo en lacayo hasta nuestros dias.

—Aquí se estrella mi ventura; dijo entre dientes el aturdido mancebo; y luego alzando la voz, preguntó como quien está resuelto á desnudar la espada, ó tender la mano: ¿el señor condestable de Navarra?

—El señor conde os espera, le contestaron algunos.

—No hay duda, murmuró Felipe: he tropezado con una frase mágica de virtud escuderil y lacayuna, y pronunciándola podré entrar al mismo infierno, como Pedro por su casa.

Prosiguió su camino con toda la importancia y gravedad de un ser que está bajo la proteccion de algun sabio encantador; y escuchó que los criados y escuderos decian:

—¡Este es! ¡este es!

—Pero ¡Dios mio! esclamaba el mariscal: ¿podre saber quien soy yo¿ ¿Por quién me toman?—Porque es boberia pensar que don Felipe de Navarra, por mucho amor que tenga á la hija del conde de Lerin, ha de andarse por aquí, lo mismo que por su castillo de Córtes ó de Tafalla.—¡Como no sea alguna industria del conde de Lerin, para meterme poco á poco donde no salga jamás! ¡oh! ¡comienzo á creer, pésia mi vida, que he cometido una verdadera calaverada!

De criado en criado, y de pregunta en pregunta llegó Felipe delante de una cámara, en la cual se hallaba el conde segun le dijeron.

Entró con tanta mas resolucion y serenidad, cuanto mas fundadas iban siendo las sospechas de haber caido en un lazo.

—¿El señor condestable de Navarra? dijo por última vez, como quien pronuncia aquellas famosas palabras de *Sésamo ábrete*.

—¿Quién le busca? respondió una voz dulcísima y levemente ajitada.

—El mariscal don Felipe de Navarra.

—¡Felipe! ¡Dios mio! ¡Don Felipe! esclamó una mujer cuyos blancos y delicados contornos se dibujaban en el fondo oscuro del aposento.

—¡Catalina! ¡Catalina! dijo el mariscal, lanzando un grito de gozo contenido por la prudencia.

—¿Señor caballero, á quién buscais aquí?

—Al conde de Lerin.

—Estoy sola, repuso la doncella, por no decir: marchaos.

—¡Oh! No hay duda: el cielo, el cielo es quien me ha conducido milagrosamente á tu presencia. ¡Ah, á ti, á tí te busco..!

—Estoy sola, caballero, repitió Catalina con firmeza.

—Pues bien, llama á tus dueñas, á tus pajes, á toda la guarnicion del castillo si quieres; pero déjame verte... ¡Por san Fermin bendito! Entrome aquí, por brujería, por milagro, y estoy dispuesto á no desperdiciar favores, vengan de Dios, ó vengan del diablo.

—Señor mariscal, os he dicho que estoy sola; y era bastante para que me hubieseis dejado; pero tengo que añadir, que aquí peligra vuestra vida, que os buscan..... que van á poner precio á vuestra cabeza.....

Ya la firmeza de Catalina flaqueaba al pronunciar estas palabras: su acento era trémulo, ardiente y precipitado.

—Tanto mejor para que me quede, repuso tranquilo el mariscal: el que me quiera encontrar que te busque.

—¡Felipe! ¡primo mio..! esclamó la jóven, abandonada á su propio corazon: huye de aquí: yo te lo suplico.

—¡Con amenazas á mí, Catalina! decia indignado el caballero: á mí con infamias, con calumnias y perfidias!—Lo dicho; si me buscan, aquí me encontrarán .!

Y diciendo estas palabras levantó la visera, y tomó asiento.

—Pero ¿no te compadeces de mí, que estoy sola; y que no puedo llamar á nadie, porque el primero que te vea, aquel te denuncia, y aquel te da la muerte?

—¡Pues, por Dios, que entonces debia estar mas muerto que mi abuela; porque no son uno, ni dos, ni tres los que me han visto y me han conocido, sino toda la guarnicion del castillo!

—¡Te han visto! ¡te han conocido! ¡Oh! ¡Mariscal, mariscal, estás perdido, perdido sin remedio!

—Pero, vamos á ver: yo he venido aquí para perder el juicio ó todos en esta casa son pérfidos y arteros, y saben mas que el diablo, ó tu estás loca rematada. Siéntate Catalina... lejos de mí: te respetaré como si fueses un ánjel; pero siéntate; vamos despacio. ¿Qué diablos he hecho yo para que en tiempo de treguas, se pregone mi cabeza como la de un ladron, ó falsario?

—¡Y lo preguntas, lo preguntas tú!

—¿Quién tiene mas derecho que yo á saberlo?

—Repasa tus acciones, escudriña tu memoria.

—Catalina, al subir yo aquí, tus escuderos me hicieron dudar quien yo fuese: ahora tú acabarás de confirmarme en que yo no soy yo, el mariscal de Navarra, violento, brusco si quieres; pero noble, honrado, y leal.

—Pero, ¿sales tú del otro mundo que así careces de noticias acerca de lo que ha pasado? No ves las paredes de este alcázar denegridas, una de las torres arruinada, los muebles en desórden y la atmósfera

impregnada de humo? ¿No sabes que hubo aquí un incendio?

—¡Cuerpo de tal! ¿pues no he de saberlo?

—¿Y no sabes que yo misma estuve cercada de las llamas, en medio de la hoguera?

—Algo de eso debo haber oido; repuso Felipe sonriéndose.

—Pues bien : añadió gravemente Catalina : ese incendio no ha sido casual.

—Tambien lo sé.

—Ha sido un crímen premeditado.

—En efecto, un crímen de banderia, de partido.

—¿Y lo confiesas?

—Lo confieso : ha sido un crímen que echaria un borron indeleble sobre mi partido, si no...

—¿Y quereis que os diga mas?

—¡Voto al diablo! ¡pues hasta aquí, nada me habeis dicho que yo no supiese..!

—Pues bien, dijo Catalina, haciendo el último esfuerzo; sabed que yo no ignoro todo lo que vos sabeis, y que si antes quise evitaros un peligro inminente, ahora os dejo abandonado, don Felipe de Navarra, á vuestra propia vergüenza, á vuestros remordimientos.

Catalina se dirijió hácia la puerta: el mariscal la detuvo con sus palabras.

—Ahora os digo, Catalina, que no os marcharéis de aquí, hasta descifrar el horrible enigma de esas palabras. Esplicaos con claridad.

—Mi padre os supone autor de ese crímen; dijo tímidamente la doncella.

—¡A mí! ¡á mí autor del incendio!—Ayer me lo dijeron; pero hoy no lo creia. ¿Y qué me importa de lo que piense tu padre? ¿Y tú, que piensas tú?

—Todos los vecinos de Lerin, tornó á decir temblando Catalina : todos los soldados del conde juran...

—Pero ¿pregunto yo por ventura que es lo que piensan y juran los vecinos y los soldados de Lerin? Yo quiero saber lo que tu piensas: cual es tu opinion: que has dicho al escuchar esas calumnias!.. ¿Entiendes?

—Yo caí desmayada; yo nada vi, nada sentí, nada recuerdo. Ha sido una horrible pesadilla que todavía creo que me dura.

—Pero dime, Catalina: esclamó el mariscal con un acento que penetraba como saeta el corazon de la jóven: ¿necesitas tú del testimonio de tus ojos para convencerte de mi inocencia?

—¡No, Felipe, no! contestó al fin la doncella, bañada en lágrimas y radiante de júbilo al mismo tiempo : ¡bien lo decia! ¡contra mi padre, contra el mundo entero te defendia!

—¡Oh! ¡Me defendias!.. pues... ¡voto al diablo, Catalina! esclamó Felipe con una felicidad orgullosa: sosiegate, niña: ¿qué se me da á mí que el mundo entero me condene, si me defiendes tú?

—Sí yo proferí tales palabras, añadió Catalina con un candor infantil: era porque buscaba tus disculpas; porque yo queria proporcionarte la ocasion de que aparecieses á mis ojos, como ahora te veo, noblemente indignado.

—¡Indignado yo! ¿por qué? Mas aprecio yo tu testimonio, Catalina, que la fama que puedo tener en tres reinos.

—Si, pero mi testimonio no basta para detener la cólera de mi padre: y ¿si vieras cuan obcecado está contra tí? ¡si vieras cuanto te aborrece! ¡por mas que hago yo..! ¡Ay! hasta el mismo amor que me tiene cede en perjuicio tuyo. Por mi te persigue, por mi corre en pos de la venganza, y no quiere convencerse de que mi vida es la tuya, de que nuestra vida y nuestra felicidad son las de la patria. ¿No es verdad, Felipe, que me amas y que anhelas la paz?

—¿Pues cual te parece que ha sido el objeto de mi venida? Cuando salí de aquí, de este alcázar donde estuve tanto tiempo prisionero, tenia que cumplir con un deber terrible, el de vengar á mi padre. Corrí como una fiera desatada, sembrando de cadáveres todas esas campiñas Un pensamiento detuvo luego mi brazo. «¡quien sabe,! decia yo: «puede ser que en medio de tantas víctimas inútiles, se sonria impune el asesino de mi padre.» Entonces me acordé de tí; por primera vez en mi vida pensé que nuestros amores podian servir para algo, y como si el cielo quisiese confirmar esta inspiracion divina, una noche en que yo velaba por tí, como una tigre por sus cachorros, al rededor de la cueva... ¡Que se yo! La Providencia te puso en mis brazos...

—¿Qué estas diciendo? esclamó Catalina, como quien cae del cielo por aquella salida tan estraña para ella.

—Si en mis brazos, Catalina, en mis brazos estuviste, y yo sentí los latidos de tu pecho, y acabé de abrasarme de amor, y volví loco, y no hallaba tranquilidad en ninguna parte; y cuando yo no sabia que hacer, ni que rumbo tomar, un fraile, Catalina, ¡un fraile, pásmate! vino á decirme que por la salud de la patria era puesto sacrificarme y desposarme contigo. ¡Catalina! ¡Catalina, sacrificarme contigo! Yo le abrazé, como te hubiera abrazado á tí; porque aquel relijioso vino á dar espresion á mis deseos; vino á darme el remedio que yo necesitaba: la salud de la patria era mi propia salud; las convinaciones de la política eran el colmo de mi pasion! ¡Catalina, yo consentí en que habias de ser mia, y ya sabes que en consintiendo yo en una cosa..! Por eso cuando me avisaron de que tu padre queria romper las treguas, dije yo: «voy á su castillo: voy á buscarle, solo, sin mas compañía que

»mi espada; entraré en Lerin, y de allá no salgo jamás, ó salgo con »Catalina!»

—¡Felipe! ¡Felipe! esclamó la joven, con jubilo inefable: tus palabras me matarian de placer sino sospechase que estabas loco. ¡Yo en tus brazos? ¡Tu pecho contra mi pecho! ¡no digas por Dios esos disparates, que me dan vergüenza y miedo al mismo tiempo!

—¿Pero que? ¿no recuerdas....?

—¿De que quieres me recuerde?

—¡Calla! Tienes razon: ¡voto al diablo! ¡Si estabas desmayada, como te has de acordar?

—¿Cuando?

—En el incendio.

—¿Y que tienes tu que ver?

—¡Tienes razon nada tengo que ver: no seria yo; seria algun encantador malandrin que tomase mi rostro, y mi talante, y mi armadura. ¡Voto al diablo! ¡Pues ahora me hago cargo..! Eso de la armadura me hace pensar... El secreto de haber entrado hasta aqui sin tropiezo, consiste ni mas ni menos que en la armadura, que es la misma, la mismisima que entonces llevaba puesta..!

—Pero ¡Dios mio! ¿es cierto lo que estoy oyendo? ¿Eres tu quien me salvo de las llamas?

—¿Reconoces esta joya? dijo el mariscal. sacando un collar de su escarcela.

—¡Es mia! ¡la tenia puesta! contestó trémula de gozo.

—¿Y no llegaron á tus oidos los ecos de una voz que desentonaba por el afan de hacerte comprender la letra?

—¿Eras tú?

—¡Catalina! ¡Catalina! Si otro te hubiera salvado, no le perdonaria jamas el haberte tenido en sus brazos.

—¡Alma jenerosa! ¡noble y esforzado corazon! ¡Yo te debo la vida y mi padre decreta tu muerte! ¡y él te debe su castillo, y te paga con una declaracion de guerra! ¡Dios mio! ¡Y serán capaces de poner en él las manos antes que mi padre sepa..! ¡Oh! Discúlpale ¡por Dios! te creia culpable... se trataba de su hija, á quien él adora... ¡Perdónale mariscal..!

No prosiguió Catalina; por que vinieron á interrumpir sus sentidas razones, el ruido de trompetas, añafiles, y tambores que resonaban en la plaza del castillo.

—¿Que es esto? dijo el mariscal lanzándose á la ventana,

—¡Oh! ¡por Dios! ¡por Dios, Felipe! ¡apartate de ahi! ¡apartate, que no te vean!

—Pero ¿que es esto? La música cesa, un heraldo saca un papel...

—¡Apartate! ¡es el pregon! ¡no escuches tu sentencia de muerte! ¿Oyes? ¡Cien florines por tu cabeza!

—¡Adios, Catalina, á Dios! me aparto; te obedezco: dijo el mariscal, y con su ademan siempre firme y resuelto, se encaminó á la puerta.

—A donde vas? ¡Felipe! ¡mira que te amo! ¡Tu vida es mi vida!

—Lo he dicho ya: ó no salgo de Lerin, ó salgo contigo, dijo el mariscal desapareciendo á los ojos de su amada.

CAPITULO XV.

De cómo salió don Felipe del castillo de Lerin; de cómo volvió á entrar; y de cómo le pesó de haber entrado

Salió del castillo todavía con menos dificultades que habia entrado. Ni un alma encontró en los corredores, ni un soldado á la puerta, como no fuesen los indispensables centinelas. Todos estaban en la plaza, á donde caía la fachada principal del palacio, y en cuyos cuatro ángulos se pregonaba con toda pompa el bando del conde de Lerin. Por tercera vez iba á repetirse en medio de un concurso numeroso; pues no solo el castillo sino las casas todas de la villa se habian despojado de sus moradores, atraidos por la novedad, que cuanto mas pavorosa tiene mayores atractivos.

Marchaban delante los timbaleros y trompeteros, cubiertos con sendas vestimentas verdes á modo de dalmáticas, y en ellas bordadas las armas del conde; los caballos cubiertos asimismo de gualdrapas de paño que casi arrastraban; y seguian luego hasta veinte archeros todos con sus alabardas al hombro, escepto los cabos que llevaban partesanas. Detrás venian los heraldos á caballo con traje parecido al de los timbaleros; pero mucho mas rico, algo mas ancho y corto, y puesto

por sobrevesta encima de la armadura. Una escolta de caballeros cerraba la marcha.

Detúvose la procesion en la avenida de la calle mayor, y los archeros formaron un ancho círculo, conteniendo á sus espaldas la muchedumbre apiñada. Los músicos suspendieron su algaravía infernal, para que pudiese oirse la voz de uno de los heraldos, que con acento enfático y solemne, sacando un pergamino, leyó de esta manera:

—«Nos, don Luis de Beaumont, conde de Lerin, y condestable de Navarra, por nos, y por la reina nuestra señora, que Dios guarde, á todo nuestros vasallos y fieles servidores: sabed y entended:

Por cuanto el mariscal don Felipe de Navarra ha roto el sobreseimiento por nos recíprocamente pactado, convenido y jurado...

—¡Mentís! ¡mentís! gritó una voz airada y penetrante, que salia de enmedio de la concurrencia.

—Por nos reciprocamente pactado, convenido y jurado, repitió el heraldo, y por cuanto el dicho mariscal, con su misma mano ha puesto fuego á nuestro propio alcázar de Lerin...

—¡Mentís! ¡mentís! tornó á gritar aquella voz; y yo reto de villano, de traidor y de mal caballero á quien lo sostenga.

Otro heraldo acudió al sitio de donde el reto habia salido; y no tardó mucho en dar con la persona que lo propusiera. Entre tanto el primer heraldo continuó impasible:

—Con su misma mano á nuestro propio alcazar... le declaramos traidor, y villano y mal caballero, y declaramos asimismo esento de toda culpa y pena, á quien le mate, hiera ó haga daño, así en su persona, como en su hacienda; antes bien le ofrecemos y juramos darle cien florines al que nos le traiga vivo ó muerto; que así es conforme á lo que Dios manda, que los malos y los perjuros sean esterminados y barridos de sobre la faz de la tierra. Dado en mi alcázar de Lerin á 31 dias del mes de enero, del año del Señor 1479.

El conde de Lerin»

—¡Viva la reina! gritó un heraldo despues que el primero terminó la lectura.

—¡Viva el conde de Lerin!

—¡Muera! ¡muera! gritó el caballero, que por dos veces habia interrumpido el pregon.

—¡Traidor! respondieron los soldados, volviéndose hácia el atrevido que así desafiaba á todos sus enemigos; pero se quedaron atónitos al reconocer por la armadura. al que habia arrastrado tantos peligros por salvar á la hija del conde.

—¿Ois, heraldos? ¿ois lo que yo digo? prosiguió el mariscal: yo reto de villano, de traidor y de cobarde á cualquiera de vosotros, cuer-

po á cuerpo en singular batalla, con lanza y con espada.

La multitud estaba muda de asombro al contemplar tanta audacia.

—¿El nombre del retador? dijo el heraldo.

—¡Mi nombre!

—Sí, vuestro nombre: nadie puede aceptar el reto de un desconocido.

—Pues bien: yo me llamo el mariscal don Felipe de Navarra! ¿me conoceis? esclamó el caballero, levantando la visera, y cruzando luego tranquilamente los brazos.

—¡El mariscal! ¡el mariscal! gritó la muchedumbre, retirándose confusa y temerosa, y dejando al caudillo del bando contrario solo, inmóvil como una estátua de hierro.

Así permaneció largo rato, tranquilo y sereno, mientras todo era confusion entre los soldados.

—¡Ea! venid, honrados beamonteses, venid: cualquiera de vosotros puede hacerse rico: con un solo golpe podeis ganar cien florines... ¡Ea! venid; nada temais; que yo no esgrimo nunca las armas contra villanos; la muerte prefiero á manchar mi espada con vuestra sangre.

Lejos de irritar á las turbas este lenguaje, acrecentaba su asombro, y las simpatías que sin querer inspiraba aquel hombre, que abandonado en una plaza enemiga, cercado por todas partes de adversarios á quienes debia suponer sedientos de su sangre; ostentaba un valor que rayaba en inaudita temeridad, una serenidad inconcebible, y una nobleza de sentimientos, que hallaba eco profundo hasta en los corazones mas vulgares. Pero el mariscal hacia no solo el brillante papel de héroe, sino el mas modesto, aunque mas interesante de víctima: todos llegaron á comprender al punto, que lejos de ser aquel hombre el incendiario del castillo, era el salvador de Catalina, de la tierna y querida doncella de Lerin, y el libertador del alcázar, y el miedo, y la admiracion se iban convirtiendo cada vez mas en respeto y cariño. Nadie se acordaba de los cien florines sino con indignacion, y no el mariscal sino el que se le hubiese acercado en ademan hostil habria sido víctima de aquel pueblo noble y jeneroso. Súbitamente por la puerta principal del castillo, se vió salir sin armas al conde, que á pasos lentos se dirijía al grupo que tenia cercado al mariscal.

—¡Ah! ¡Señor primo! le dijo don Felipe al verle cerca de sí. ¿venís á ganar los cien florines? Ha sido menester que ecsistieseis vos para que se encontrase un traidor, un desleal en todo el reino de Navarra.

—Ha sido menester que viniese yo, respondió el conde, para tenderos los brazos de amigo y conduciros en triunfo al castillo, que por vos permanece en pie, y á presencia de mi hija que por vos ecsiste!

—¡Victor! ¡Victor al conde de Lerin! esclamó el pueblo, que simpatizó con aquella noble lucha de jenerosidad.

—¿Y el bando? preguntó Felipe.

—Queda anulado.

—¿Y la tregua de dos meses?

—Convertida en tregua de año y dia (1).

—¿Y Catalina?

—Hace algun tiempo que Catalina solo ecsiste por vos.

—¡Oh! Volemos, volemos á su presencia.

—Esperad, esperad, señor mariscal, gritó el heraldo: vuestro reto está admitido.

—¿Por quién?

—Por un caballero, que os cita para mañana al Campo de la Verdad.

—¿Quién es ese caballero? preguntó el conde indignado: de seguro no será ninguno de los mios.

—El caballero, contestó el heraldo, revelará su nombre antes de entrar en el combate.

—Señor primo, dijo el mariscal con indiferencia, afortunadamente me deja tiempo mi enemigo para tornar á ver á Catalina.

Y los dos caudillos enemigos se abrazaron á vista de la multitud entusiasmada, y fueron á cobijarse bajo un mismo techo.

En el alcázar habian pasado entretanto escenas de distinta índole.

Un caballero embozado, al escuchar el arrogante reto del mariscal de Navarra, se acercó al heraldo, le dijo algunas palabras en voz baja, y en seguida, sin ser notado de la muchedumbre, se metió en palacio.

Bien se conocia que no era la primera, ni la segunda vez que en él entraba; porque resueltamente, y atajando por escaleras secretas, se dirijió al cuarto del condestable donde á la sazon se hallaba Catalina.

—¡Don Alfonso! ¡don Alfonso! esclamó consternada la jóven: ¿sabeis lo qué pasa? ¿qué me decís del mariscal de Navarra?

—¡El mariscal! contesto el caballero, sonriéndose con amargura: vamos, hija mia: ningun cuidado tengais por él.

—Pero ¿no sabeis que acaba de marcharse de aquí..? añadió Catalina teñido el rostro con los arreboles del pudor. Habia venido en busca de mi padre... ha sido casualidad encontrarme... yo quise dejarle solo... pero... don Alfonso, no se lo que me sucedió... no pude .!

—Lo sé todo, Catalina; todo lo sé.

—¡Cómo! ¿habeis oido quizá?

—Todo.

---

(1) Así se espresaba cuando era perpetua.

—Caballero! ¿y quién os autoriza...? preguntó la doncella con gravedad.

—Vuestro mismo padre.

—¡Dios mio! yo voy á morirme de vergüenza... ¿mi padre sabe tambien..? dijo tímidamente: ¿ha escuchado mi padre..?

—Todo, os digo que todo.

—Y sin embargo, esclamó Catalina casi con indignacion: y sin embargo, ¿ha publicado ese bando?

—No le ha publicado apesar de haberle oido, sino por haberle oido, dijo secamente el infanzon.

—¿Con qué tanto heroismo, tanta jenerosidad, tantos beneficios no son poderosos á conmover el corazon de mi padre..? Don Alfonso, no lo creo.

—Haceis bien en no creerlo, porque el conde de Lerin se ha enternecido de escucharos.

—Pero ¡Dios mio! entonces ¿qué pretende con ese bando?

—Probar la sinceridad del mariscal.

—¡Oh! yo no necesito de pruebas... ¿donde está mi padre...? ¡Dios mio! yo le infundiré todas mis convicciones, todo mi agradecimiento, todo mi amor.

—No busqueis ahora á vuestro padre, Catalina, le dijo el caballero con dulce severidad: el conde está preparando la farsa que ahí abajo va á representarse.

—¡Farsa!

—Si, porque á vuestro padre no satisface una reconciliacion modesta y oculta, hecha como un desahogo como un arranque del corazon en el seno del hogar doméstico; vuestro padre quiere comprometer al mariscal, mas que unirse al mariscal: y por eso le vereis salir al medio de la calle, y abrazar ó dejarse abrazar por su enemigo en la plaza pública.

—Pero al fin, sea donde quiera, respondió Catalina, conformándose con todo lo que no fuese perder á su amante: don Alfonso, ¿vos me asegurais que se abrazarán mi padre y Felipe?

—Vos misma podeis presenciar desde la ventana ese tierno y brillante espectáculo.

—Pero ¿os burlais de tan fausto acontecimiento?

—Me burlo, señora, contestó el caballero, ardiendo en noble indignacion; me burlo de los torpes cálculos, de una política que se precia de sagaz, fina y previsora, y es pequeña, artera miserable: me burlo de todo lo que es representacion, farsa, mentira.

—¡Y que! ¿llamais mentira, por ventura, á los amores del mariscal? dijo Catalina, clavando sus bellos ojos con inquietud

en el ceñudo rostro de don Alfonso.

—No: no quiero engañaros; mis armas son corteses y leales: el mariscal os ama; al menos el cree que os ama con sinceridad, con vehemencia.

—¡Pues entonces...!

—¡Entonces..! ¡Ah! vuestro corazon está satisfecho; si, pero vuestra honra debe ecsijir mas. El mariscal os ama; pero ese amor será esplotado por un hombre frio, calculador y desapiadado hasta con su propia hija: el mariscal os ama; pero el conde de Lerin mas que desposaros con el mariscal, quiere comprometer al mariscal: mas que unirse á él, desunirle de los demas, de los caudillos de su bando; mosen Pierres de Peralta, por ejemplo, cuyo brazo de acero se rompe, pero no se dobla jamás para estrechar á un enemigo. El mariscal os ama, y su amor vale al conde de Lerin veinte castillos que se ha dejado ganar por el amante de su hija, aunque por ellos tenga que dar una prenda, cuyo rescate mañana le ha de costar arroyos de sangre; en fin, señora, el mariscal os ama, y vuestro padre, no podeis dudarlo, ha fomentado ese amor en cuyas llamas no busca el vivificante calor de la felicidad, sino ambicion, honores, poderio, como busca oro el alquimista entre carbones encendidos.

—Callad, por Dios, don Alfonso; esclamó la joven, herida en lo mas vivo de su inesperto corazon: callad; porque os espresais con un fuego, con un acento que me persuade y me fascina, y me vence: y es cosa terrible tener que dudar del amor de un padre, y tener que desesperar del bien de mi patria, yo que no tengo otros ídolos! Yo no se lo que me pasa: yo me asusto de mi misma. ¡Seria bueno que no acertando á dudar de nadie, comenzase por recelar de mi propio padre!

—¡Pobre Catalina! ¡nevado cisne que está obligado á surcar en charco tan cenagoso!

—Pero ¿á donde, á donde me arrastrais con vuestras palabras? ¿Quereis hacerme odioso el ser que me ha dado la vida?

—No, Catalina; para remediar esa horrible desgracia, para que no aborrezcais á vuestro padre, vengo á que me aborrezcais á mí.

—¡A vos!

—Si; como aborrece el niño al médico que con amargas pocimas restaura sus fuerzas y le torna á la vida. ¿Me veis temblar delante de vos, niña debil, indefensa y abandonada? ¡Ay! Es que el amor que os tengo me obliga á sacar el escalpelo tal vez para sajaros el corazon.

—¡Oh! ¡Yo tengo miedo! ¡me haceis estremecer¡

—¿Hareis lo que os mande, pobre Catalina?

—Pero ¿qué vais á proponerme?

—Que renuncieis al amor del mariscal.

—¡Comó! ¿estais loco? esclamó la joven, como si escuchase el mayor absurdo.

—Que no acepteis su mano, si os la proponen.

—Callad, callad: eso es imposible.

—¡Imposible! Mas imposible es todavia amarle y ser feliz.

—Le amaré y seré desgraciada, respondióle con un lijero movimiento de hombros.

—¡Oh!comprendo muy bien esa resolucion sublime; comprendo la felicidad de la desgracia, cuando se ama y se padece por la persona amada; pero no puedo concebir esa resignacion, cuando la propia desventura lleva en pos de si la desventura agena: ¿que consuelo tendreis en ser infeliz, y en hacer con vuestra infelicidad la de la patria, y no solo la de la patria, sino la de vuestro amante?

—¿Pues qué...?

—¡Ah! ¿Por qué no me creeis cuando os afirmo que hareis al mariscal tan desgraciado como vos? ¿No tengo por ventura ningun título para ser escuchado? ¿No sabeis Catalina, que yo aborrecia, que yo tenia graves motivos para detestar al conde de Lerin, y que por vos, por no privarme de la dicha de veros, transijí con él, y depuse mis odios, y le he servido como amigo, y le he proporcionado triunfos con mis consejos? ¿No sabeis que mientras estabais en la cuna peregrinaba yo por lejanas tierras, y teniendo poderosos motivos para aborrecer este suelo, venia de los mas remotos confines solo por veros, solo por arrullaros, solo por recibir una de vuestras infantiles caricias? ¿No sabeis que anduve cursando de escuela en escuela solo por instruiros algun dia, para que aventajarais en discrecion y conocimientos á todas las damas de Navarra, como las aventajabais en hermosura? ¿Y no son estos títulos suficientes para que me creais, para que os esteis persuadida de que yo no puedo proponeros sino aquello que os conviene?

—¡Oh! pero.... con hablarme.... asi.. de...vuestro amor.... murmuró Catalina con turbado acento.

—Os comprendo.

Catalina se puso encendida hasta la frente, y fijos los ojos en el suelo no se atrevia á levantarlos.

—Os comprendo, prosiguió don Alfonso con alguna severidad: al hablaros así, doy á entender que abrigo miras interesadas... que los zelos tal vez...

—¡Ah! no, no, esclamó la joven, cada vez mas avergonzada.

—¿Quereis que os pruebe la injusticia de vuestras sospechas, y la rectitud de mis intenciones?

—No, por Dios, perdonad; me habeis enseñado á dudar y ha sido providencial acaso, que sin quererlo yo, comenzase á dudar de vos.

—Hay un medio, prosiguió el caballero desentendiéndose de las palabras que acababa de escuchar: hay un medio para tenerme de parte vuestra, para que yo me torne patrono de esos amores.

—¿Cual? Decidlo.

—La tregua se ha de dar por acabada.

—Yo no adivino...

—La paz jeneral no se ha de proclamar en todo el reino hasta despues de la muerte de doña Leonor.

—Ese es un plazo muy largo...

—¡Muy largo! esclamó don Alfonso con sardónica sonrisa: no ha de parecerle tanto á la reina de Navarra.

—Y además es un plazo muy vago. Fijemos un dia.

—En buen hora. ¿Os parece largo el dia trece de febrero?

—No, no por cierto.

—Pues bien: decid al mariscal que rotas hoy las treguas no se anudarán hasta el dia trece de febrero.

—Estoy segura de que consentirá; pero me asegurais vos en cambio que él entonces no será desgraciado, si llega á desposarse conmigo?

—Para eso falta otra condicion.

—¿Cual?

—Que os jure antes de la boda, que si en cualquier tiempo llegase á saber el nombre del asesino de su padre, os tendrá siempre á su lado, os amará como siempre, y mantendrá la paz y alianza juradas al conde de Lerin.

—¿Porqué? ¿Don Alfonso, porqué?

—¡Porqué! ¿No habeis visto correr á torrentes la sangre navarra despues que el mariscal, libre de sus dulces prisiones, salió de aquí sediento de venganza? Pues entre los escombros de una nacion entera, solo queria el mariscal sepultar al asesino de su padre; y el asesino de su padre vive todavía; vive y...

—¿Le conoceis?

—Si, respondió el caballero, llevándola al hueco de la ventana: asomaos... es el que abraza en este instante al hijo de la víctima.

—¡Mi padre! esclamó Catalina, con un grito de terror, apartándose de la ventana.

—¡Si! ¡El conde de Lerin!

—¡Dios mio, Dios mio! ¡cuan desgraciada soy!

—¿Comprendeis ahora mi afan, pobre niña? prosiguió don Alfonso con acento compasivo: yo que conocí el deber de amaros, desde el punto en que tuve noticia del dia en que vinisteis al mundo: yo que miro en vos la imájen de un ánjel querido que desde el cielo se está mirando retratado en el piélago del mundo: yo que *la* veo en vuestros ojos, en que *ella* tambien se vé: ¿podia consentir á sabiendas en el sacrificio de vuestra felicidad?

—Pero ¿es cierto, es cierto el horrible misterio que me habeis revelado?

—Escuchad: vuestro padre conservaba en su armería una daga partida por mitad de la hoja.

—Si: me parece haberla visto en estos últimos tiempos.

—El conde la guardaba primero en Pamplona, despues aquí, como un recuerdo de la noche en que pereció el mariscal don Pedro de Navarra.

—¡Como un recuerdo!

—Si; porque vuestro padre mató con ella pérfidamente á su enemigo: cayó luego al suelo con ella en la mano, y el arma se hizo pedazos, uno de los cuales guardó el conde de Lerin....

—¿Y el otro?

—El hijo del mariscal.

—¿Felipe?—Pero ¡Dios mio! ¿Felipe sabe ya..? preguntó Catalina con terror.

—Nada: él conserva todavía el estremo de la hoja...

—¿Y mi padre el resto y la empuñadura? ¿y ni mi padre sabe donde está la mitad, ni don Felipe quien tiene la otra? ¡Oh! continuó la jóven, animada de esperanza: haciendo desaparecer la que mi padre conserva, jamás podrá saberse este secreto.

—¡Infeliz! ¡infeliz! Aun cuando estuviesen cegadas todas las vias que conducen al descubrimiento de tan horrible secreto: aun cuando el sol de la justicia divina dejase de romper por esta vez las tinieblas de un crímen misterioso ¿no sabeis que otras personas os han precedido en vuestro proyecto?

—¿Pues qué?

—La daga del conde ha desaparecido el dia del incendio.

—Pues bien; tanto mejor.

—¡Mejor! Mejor fuera, en efecto, si de allí se hubiese arrebatado con los mismos fines que vos pudierais llevar; pero nadie sabe quien ha hecho el hurto: no ha podido ser ladron vulgar, porque no le movió la codicia, en el mero hecho de haber dejado piezas de mucho mas primor: ha podido ser un amigo del conde guiado por nobles y jenerosos intentos; pero tambien ha podido ser, y es probable que

haya sido, un enemigo que pretenda soldar los dos pedazos....

—¡Oh! pero eso seria infame: y sobre todo seria inútil; porque ¿quién puede probar al mariscal que el arma pertenece al conde de Lerin?

—Ni aun ese recurso nos queda; porque en el pomo hay un escudo, y ese escudo está dividido en dos cuarteles: el primero con las cadenas de Navarra: el segundo con un castillo sobre una roca, y una escala sobre...

—¡Ah! esclamó la jóven consternada: ¡no hay remedio!—¡Gracias, gracias, don Alfonso!

—No me deis las gracias ahora; favores de esta especie llevan el fruto muy tardío.

—Pero ¿qué he de hacer? esclamó Catalina, rindiéndose sin condiciones.

—¿Ois? Sentís pasos precipitados, dijo el caballero aplicando el oido á la puerta. Son ellos: el conde y el mariscal... Vendrán á proponeros la boda.... rehusad.

—Quisiera huir de su presencia.

—No, hija mia: ¡valor! y por un instante de pena os ahorrais muchos años de tormento.

El conde y el mariscal entraron al poco tiempo con las mayores apariencias de union y de amistad.

—Hija mia, dijo don Luis; con tono grave y al mismo tiempo regocijado: mi primo el mariscal don Felipe de Navarra, acaba de probarme que lejos de ser el aleve incendiario del castillo, ha sido el salvador de tu vida y de mi hacienda; y deseoso de poner término á nuestras comunes discordias ha prometido devolverme todas mis tierras, villas y castillos, y me pide tu mano, como prenda de la union que ha de reinar de hoy en adelante entre las dos familias, y los bandos que sostienen sus respectivas pretensiones. Catalina, tus sentimientos no me son desconocidos: yo acabo de abrazar á mi amigo: abraza tú á tu esposo.

El mariscal se precipitó á los pies de su amada, que permaneció inmóvil, fria; con los ojos fijos en el infanzon; el cual retirado en un ángulo del aposento, parecia estarla fascinando con su inalterable mirada.

—Vamos... hija mia... repuso el conde, el júbilo, la sorpresa..... cierto rubor tambien, te embargan los sentidos; pero ahí tienes á tu esposo.

—¡Esposo..! esclamó Catalina: sin apartar los ojos de su punto: ¡no..! no puede ser... es una cosa que... ¡Ay! ¡Jamás! ¡Jamás! repitió la pobre niña, cayendo desmayada en los brazos de su padre.

—Peró ¿qué diablos ha pasado aquí desde que yo he salido? grito

Lám 21

amarillo de cólera el mariscal ¿Qué repentina mudanza es esta? ¡Voto á Lucifer! ¿Quién ha venido aquí despues de mi?

—¡Yo! dijo el infanzon adelantándose: ¡yo!

—¡Vos, don Alfonso! esclamó elconde.

—¿Vos, el infanzon desconocido?

—Yo, Señor mariscal, yo vine despues que vos, y la he inducido á que no se despose con vos.

—¡Oh! ¡La amais, la amais, pésia mi vida!

—La amo mejor que vos; porque en lugar vuestro, señor mariscal, tendria el amor suficiente para olvidarme de que la amaba.

—Habia jurado en Dios y en mi ánima no verter ya mas sangre; pero aunque tenga de quebrantar cien juramentos ¡vive Dios, que voy á hartarme de la vuestra!

—Pues yo habia jurado rendiros, señor mariscal; para ecsijiros palabra de desistir de vuestras pretensiones con Catalina.

—¡Oh! esclamó Felipe frenético: ¡y mañana tengo un duelo! ¡Maldiga Dios al desconocido que me retarda el placer de mataros!

—Maldicion inútil, señor mariscal, contestó con mucha calma el infanzon; porque ese desconocido soy yo mismo.

—¿Vos? ¡qué placer! ¿Vos?—Pues abreviemos el plazo.

—Me es indiferente.

—Salgamos pues.

—Salgamos.

—Pero ¿adonde vais, insensatos? dijo el conde: ¿no veis, Felipe que don Alfonso está sin armadura?

—¿Qué mas dá? respondió el mesnadero.

—Me quitaré yo la mia: dijo el mariscal.

—Mis heraldos no pueden consentir en que se alteren las condiciones establecidas en el primer duelo. Hasta mañana en el Campo de la Verdad.

—Hasta mañana, contestó don Alfonso con la misma serenidad que antes dijo: Salgamos.

Y dirijiendo á Catalina una mirada compasiva se dirijió á la puerta del aposento.

—Esperad, señor infanzon, nos partiremos juntos, le dijo el mariscal.

—¿Para qué?

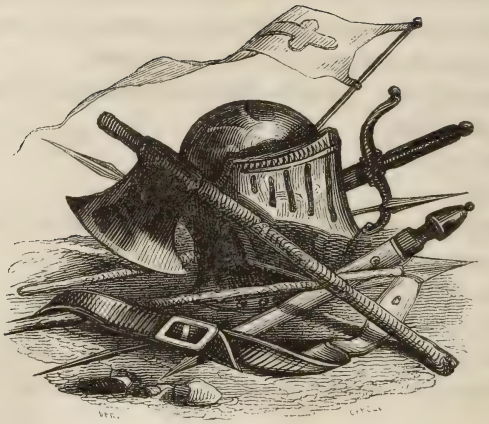
—Préciome de jeneroso, y cuando os veo marchar traspasado el corazon de zelos, no quiero quedarme...

—¡Ah! respondió don Alfonso con una sonrisa mas amarga que el primer desengaño del corazon: ¡Ah! quedaos, quedaos don Felipe: los ánjeles que *la* ven solo pueden darme zelos.

Y se alejó, solo, triste; profundamente penado.

—¡Lléveme el diablo si lo entiendo! se quedó murmurando el mariscal.

—Voy á esplicároslo todo; le dijo el conde por cuya frente habia cruzado una idea infernal. Aguardad que deje á Catalina.



CAPÍTULO XVI.

De como Chafarote hizo dar á la Penitente muchos pasos escusados

RECORDARAN nuestros lectores como don Alfonso, despues de haber socorrido al agote, con harta esposicion de su vida; no escarmentando en aquel trance, de que salió con bien, gracias á la potestad de hacer milagros, de que estaba dotado Chafarote quiso proseguir sus buenas obras, y trató de proporcionar al leproso medios de subsistir sin tanta degradacion, sin tanto oprobio. Con el objeto de que nadie le molestára, y sobre todo, con el de impedir que saliese del usurpado albergue, si es que sus fuerzas se lo permitian, envió de observacion á Fortun, mientras llegaba la noche, á favor de la cual, y encubierto ademas con la armadura,

pensaba el infanzon trasportar al anciano á mas seguro paraje.

El vigilante, como ya hemos dicho, por mandato de su señor, convirtió en garita la taberna mas próxima y frontera del campo enemigo, y celoso en el desempeño de su encargo, ni un solo paso dió en todo el dia fuera del punto en que le habian colocado. Pero Fortun, que no era hombre, por lo visto, de permanecer mano sobre mano mucho tiempo, entretúvose en catar, comparar y analizar químicamente, y pasar por el alambique de su estómago, las diversas especies y variedades de vinos que allí estaban públicamente espuestos; y con tanto ardor, con tan ciega aficion se entregó el buen escudero á sus sabrosas investigaciones, que arrebatado en alas del amor al arte, de las dulzuras de la filosofia sensual, se remontó á las abstracciones metafísicas de la filosofia peripatética, y por último se lanzó en cuerpo y en alma al mas completo arrobamiento de los sentidos, á que ha podido llegar ningun filósofo espiritualista.

Fácil pues hubo de ser á la penitente acudir á la morada del leproso, y sacarle de allí sin ser notada del vigilante escudero, que se encontraba á la sazon muy cerca del quinto cielo.

Condujo Inés al anciano dentro de la ermita, tras de cuya primera habitacion, habia en la peña una profunda caverna, que recibia la luz y ventilacion por una claraboya que venia casi diagonal, y por donde sin mucha dificultad, podia salirse al campo. Aquella habitacion independiente aunque sombría, fué destinada para refugio del leproso, que permaneció en ella sin ser notado, ni aun del mismo Chafarote.

Superior tambien el noble espíritu de la penitente á las preocupaciones vulgares, y arrostrando la repugnancia, el horror, en todos invencible, que inspiraba semejante enfermedad; con un valor que solo es hijo de la mas negra desesperacion, ó de la caridad mas heróica y ardiente, curaba aquellos pies hinchados y escamosos, lavaba las llagas y suministraba al enfermo, sanos simples y bien preparados alimentos; con lo cual la enfermedad tenida entonces por incurable iba cediendo, y el agote, provisto de vestidos limpios y abrigados, hacia sus escursiones fuera de la ermita y podia, con alguna cautela, encubrir su miserable condicion.

El anciano judío no sabiendo á que atribuir tan inaudita, tan incomprensible caridad, con lágrimas de agradecimiento importunaba á la penitente para que le manifestase el motivo de haber fijado los ojos y tratado como hermano á tan vil criatura.

—No sabeis, le dijo Inés, cuantos favores debo yo á vuestros hermanos los judíos, á cuyas principales aljamas me dejó recomendada una hebrea, que ha sido para mi segunda madre: no sabeis que tendidos vosotros como una red de oro sobre la faz de la tierra, he podido con-

seguir con vuestro ausilio que nunca echase de menos mi brazo, una persona á quien yo debia protejer, donde quiera que se hallase.

—Pero yo soy judío, señora, y desde que mis hermanos han visto que la mano de Dios me ha tocado, huyen todos de mi para no aconteminarse con mi contacto.

—Los judíos huyen, y una cristiana os ampara; para los hijos de Jesucristo, la criatura mas miserable es la que tiene mas derechos á la caridad.

El anciano meneaba todavía la cabeza como sino hubiese quedado satisfecho.

—Pues bien, sabed que tengo un motivo mas, y es que os llamais Samuel, añadió la penitente, y habeis acojido y educado á un niño á quien pusisteis por nombre Simon.

—¡Simon! ¡Simon! ¡Ah! ¡Señora, el dios de Abrahan derrame sobre vuestra frente tantas bendiciones como en la del santo patriarca, y haga que resplandezcan vuestras buenas obras, como las estrellas del firmamento!

Y al decir estas palabras adoró Samuel á la penitente, poniendo los hinojos en el suelo, y besando la punta de su manto.

—Alzaos, Samuel: cuando yo os curo, Simon es quien os cura; cuando yo os consuelo, Simon es quien os consuela: no me bendigais á mi, bendecid á Simon, y juntos estarémos bendiciéndole toda la vida.

Una tarde en que la penitente estaba sola en su pobre cabaña, sintió golpes á la puerta, y al mismo tiempo una voz alterada que decia:

—¡Abrid! ¡abrid!

Desde la fatal aparicion de don Alfonso, Inés habia resuelto vivir mas retirada que nunca: sondeando con una mirada los abismos de su corazon, habia conocido que en el mar conmovido aun por una reciente borrasca, jamás podria haber calma, si por segunda vez aparecia en el horizonte aquel astro siniestro de horror y de tempestad.

Habiase negado por lo tanto, á franquear como solia, las puertas de la choza, á todo el que acudiese implorando su caridad, ó sus consejos; y esta resolucion era mas firme sobre todo con aquellas personas que, por sus conexiones con Alfonso, podian desatar con una palabra imprudente los vientos de las pasiones que tan cuidadosamente como Ulises, tenia ella encerrados en el profundo de su corazon. El mariscal, el conde de Lerin, el mismo infanzon habian acudido en vano á la ermita: llamaron á la puerta como pudieran llamar á la losa de un sepulcro: la misma soledad, el mismo silencio, la misma inmovilidad: sino que removida la losa solo se encuentra ceniza, y derribada la puerta se hubiera hallado un volcan.

La penitente se encojió de hombros con indiferencia, al escuchar los redoblados golpes con que atronaban la cueva; pero los gritos de que eran acompañados la hicieron acudir presurosa :

—¡Abrid, señora! ¡abrid pronto! decia la voz.

Era Chafarote, su fiel servidor. Jamás habia llamado de aquella manera : no podia menos de ocurrir alguna importante novedad : y como la importancia de las cosas se cifraba para Inés en la relacion, mas ó menos inmediata, que pudieran tener con Alfonso, fijó en él su pensamiento, abrió la puerta, y preguntó sobresaltada al ermitaño:

—¿Qué le ha sucedido?

—Le matan, le matan si no acudís presto, respondió Chafarote, bañado en sudor á pesar de lo crudo de la estacion, y con un sobrealiento que le obligó á ser muy lacónico en sus primeras contestaciones.

—¿A él?

—A él.... señora, á él....

—Pero ¿donde? ¿quién? ¿por qué?

—¡Vamos! vamos de aquí....

—Bien, salgamos.... condúceme tú... pero ¡responde, responde por Dios...!

—Por partes.... señora.... ¿Donde? En el campo de la Verdad. ¿Quién? el mariscal; ó por mejor decir.... no el mariscal.... sino el hombre mas pérfido.... ¿Por qué? Por esos diablos de amoríos, de los cuales no se como ha de salir.

—¡Oh! esclamó Inés, con un arranque de caridad.... ó de pasion que no le dejaba parar mientes en sus zelos : ¡que no hiciese yo milagros, como el vulgo estúpido supone!

—¿Para ir, y ahogar á doña Catalina? ¿eh?

—Para volar á salvarle.

—Pues bien, señora : volar es imposible; pero vamos andando.... nada.... paso tras paso.... y sin volver la cara atrás.

—¡Desdichada de mi! Ahora recuerdo que el campo de la Verdad dista seis leguas de aqui ¿No está entre Viana y Mendavia.... en una gran llanura...?

—Si, señora.... digo.... que.... si señora, contestó Chafarote confundido; pero ese campo de la Verdad es el mas famoso de todo el reino.... allí se dan todas las batallas singulares.... allí se celebran todos los juicios de Dios.... ¡Ya se vé que sí! pero la verdad, es que la Verdad tiene muchos campos.... y que sin ir mas lejos detrás de aquel cerro, cae uno tan bueno para romperse los cascos, como otro cualquiera

Entre la gravedad de aquella situacion y las palabras del ermitaño,habia una especie de inconsecuencia que la penitente conocia por

instinto, aunque su razon no se habia dado cuenta de ella.

—¡Oh! ¿pues como vas tan despacio? ¿pues como no vuelas, si tan cerca está el peligro?

Inés despues de estas palabras se encaminó presurosa al punto indicado, saltando por arroyos, y breñas, y asperezas. Débil por el rigor de sus ayunos y penitencias, postrada por el combate moral que su corazon estaba sosteniendo hacia quince años, y con mayor violencia hacia quince dias; semejaba sin embargo un remolino que cruza raudo la superficie de la tierra, salvando todos los valladares, todos los abismos: sus músculos de acero conservaban toda su rijidez, toda su elasticidad. Chafarote cuyas penitencias ya hemos visto que no escluian los buenos bocados, Chafarote recio de complecsion, y sano de rostro, no tenia sin embargo la misma ajilidad. Parábase á cada minuto, y con un sobrealiento no muy natural en la férrea armazon de su pecho, gritaba:

—¡Señora!... ¡Señora!... No... no puedo mas.

—¡Oh! Nunca, nunca te he visto tan pesado: esclamaba Inés impaciente.

—Es que... si vos .. tuvieseis encima... cinco leguas... digo...

—Pero ¿no me has dicho que detrás de aquel cerro?...

—¿Detrás de aquel cerro?

—Si... déjame: yo iré sola.

—¡Calle! ¿Dije detrás de aquel cerro?

—Si, hombre, si, apuntaste al montecillo de la izquierda.

—No, señora. ¿Al de la izquierda? ¡Pues estábamos frescos! No, señora: es el de la derecha.

—Pues bien: yo iré sola, si estás cansado.

—Antes he de llegar yo, cansado y todo, como estoy, que vos con esa lijereza de liebre.

—¿Como?

—Como que yo se los atajos, y vos ireis dando mil rodeos.

—Guia tú, pues: pero ya que tengo que acomodarme á tu pesadez sácame de esta ansiedad.

—Corriente: pero.... ¡hablar y andar....! ¡Oh, poco mas despacio, señora que no puedo resollar! ¡Cuerpo de tal! Sino parece que teneis un pecho como esa cantera.

—¿Ahora te vuelves á mirar á la ermita? esclamó la penitente en tono de reprension.

—¡Ca! No.... no.... adelante.... Y vamos á la historia. Pues, señor, figuraos que vuestro protejido pasó todo el dia de ayer en Lerin.

—¡En Lerin!

—¡Pues!.... en el castillo.... al lado de doña Catalina, que pare-

ce le tiene sorbidos los sesos... Pero la niña que gusta mas de otro galan.... ¡Ola! ¿parece que ya no correis tanto?

— ¡Chafarote! contestó Ines deteniéndole con una mirada.

— La susodicha doncella, como iba diciendo, le hubo de dar lo que nosotros llamamos calabazas.... en toda regla. ¿Estamos?

— ¡Adelante, adelante!

— El mariscal, que es el novio favorecido, llega al palacio; se arregla con el padre de la niña: don Ji.... digo, don Alfonso lo sabe; tropiézanse los dos rivales, y ¡se arma un zipizape....! Pero ¡que demonios de cerro! ¡si parece que lo teniamos encima, y está, segun veo, en los quintos infiernos!

— Pero ¿qué sucede, que sucede á don Alfonso

— Nada: quedaron desafiados en el campo de la verdad. Pues, señor, yo lo supe todo, de pe á pa, como es mi obligacion.... Digo esa es la única obligacion que me habeis impuesto hace algunos dias, pero dije: si, echadle paladines á don Alfonso, en punto á desafios; que tiene trazas de engullirselos, como yo las costillas asadas que vende la tia Marisancha, que vive frente por frente de la capilla de Nuestra Señora.

— Despacha con tu relacion, Marin y dime si falta mucho para llegar.

— Poco, señora, poco. Pues, como iba diciendo: maldita la aprension que tuve yo por el tal reto; pues aunque se trataba de rivales tan esforzados como el señor mariscal de Navarra, doble contra sencillo hubiera apostado á favor de nuestro protejido. Y vos hubierais hecho lo mismo señora, si por casualidad hubieseis visto aquellas muñecas, como cabo de azadon; aquellos puños, como maza de fragua; aquellas cuerdas como nervios de toro, y aquella gentil manera de enristrar lanza contra toda la turba de vecinos de Estella, como yo le vi el dia del milagro, cuando me mandasteis curarle la lepra.... Dormí pues tranquilo en el mismo Lerin; donde en celebridad de la cosa, tuvo la buena ocurrencia mi amigo el tabernero, Jaime el aragonés, de dar canilla á una cuba de trescientos (1) Maldita la aprension que tuve yo por el écsito de la batalla, y dije para mi: ¡Cuerpo de Dios! ¡como voy á divertirme! Eso me recordará mis buenos tiempos.... es decir mis tiempos malos.... los tiempos de mis pecados, y de mi mala vida pasada. — Pero, señora, si correis así voy á echar los bofes.... yo me reviento: yo no puedo seguiros.

— ¡Oh! Me matas, Chafarote; esclamó la penitente; me matas con tu pesadez, y con tus impertinentes digresiones. Y no te interrumpo

---

(1) Suple cántaros

porque es peor: porque te conozco.... pero dime pronto, por Dios, en pocas palabras: ¿se han batido?

—No, señora.

—¡Como! ¿el mariscal á tenido miedo?

—Tampoco.

—¡Oh! Pues no digas nada contra el caballero, porque te dire que mientes.

—Ni contra el mariscal, ni contra don Alfonso, ni contra nadie. ¡Contra nadie! No, no: hay un hombre infame....

—¡Esplicate, por Dios!

—Don Alfonso estaba esperando á don Felipe desde el amanecer: llega este, armado de punta en blanco; ¡ea! dije yo: aquí entra lo bueno, y el corazon me daba saltos, como ahora que estoy subiendo esta maldita loma. —Detengámonos un poco. —Se acerca al nuestro, á nuestro campeon, y le dice: «Creyéndoos ayer un caballero, admití »vuestro reto; pero el conde de Lerin me ha probado que sois un mal »nacido, y yo no quiero medir mis armas con jente de tan baja ralea.»

—¡Ah! ¡Infame! ¡infame! ¿Eso le ha dicho? preguntó Inés, con un grito que partia las entrañas.

—Eso le ha dicho, y prosiguió el mariscal: «para castigar la inso»lencia de haber osado poner los ojos en dama de tan alta guisa, con»migo traigo una docena de escuderos, que os harten de palos.»

—¡Eso, eso le dijo, desventurado! esclamó Inés con los ojos desencajados por la ira.

—Eso le dijo; y luego sin dar lugar á la respuesta del caballero, que se quedó como herido de un rayo, picó al corcel que montaba, y tocando una bocina, se volvió á todo escape al palacio de su nuevo amigo el conde de Lerin.

—¿Y los escuderos? ¿Los escuderos?

—Los escuderos, señora, no eran así como quiera, criados del mariscal y amigos de una broma; eran soldados viejos y aguerridos mandados por el condestable, y que no llevaban órden de sentarle las costillas al pobre don Alfonso, sino de....

—¿De matarle?

—Claro, señora, de matarle: todo se ha de decir.

—¿Con qué don Alfonso...?

La penitente no se atrevió á proseguir.

—¡No, no ha muerto! Nada temais. Yo acudí á su socorro.

—¡Tú, Chafarote!

—¡Yo, si señora!

—¡Oh! ¡Cuanto, cuanto te debo! ¿Con qué en nombre de Nuestra Señora, y con su devota imájen en la mano...?

— ¡Cómo, en nombre de Nuestra Señora! esclamó Chafarote con cierta vanidad : santo y bueno que se invoque el nombre de la Virjen de Rocamador con gente cristiana y sencilla ¡pero entre desalmados servidores de un hombre tan desalmado! Contra estos, señora, no hallé á mano otro remedio que apoderarme del primer caballo que se desmandó de la cuadrilla, cuando el ginete vino al suelo al primer bote de lanza del caballero; cojer la primera espada que topé en el suelo, y sin mas armadura que este saco, ponerme al lado de don Alfonso, y mas bien por lo descomunal y feo de mi talante, que por lo fuerte de mi brazo, espantar, y ahuyentar aquella bandada de avestruces....

— ¡Chafarote! esclamó la penitente con una mirada de profundo agradecimiento : ¡Oh! ¡Qué buen corazon! ¿Y don Alfonso?

— ¡Don Alfonso.... Señora.... Don Alfonso...! — ¡Pero si no hay necesidad de correr tanto, voto vá sanes!

— ¿Cómo? ¡Qué no hay necesidad!

— No, señora : porque cuanto mas corramos, mas nos vamos separando de él.

— ¿Qué dices? ¿No está en el campo?

— No, Señora.

— ¿Pues donde?

— En la ermita.

— ¿En mi ermita?

— En la misma, señora, en la misma.

— ¿Pues á que hemos salido de ella?

— A hacer tiempo de que entrase.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Muerto? ¿Le han traido muerto?

— ¿Qué ha de haber muerto? No señora.... pero...

— ¡Acaba!

— Está herido.

— ¿Mucho?

— Bastante : á lo menos su rostro no me gusta nada.... ¡pobrecillo...! ¡con una tristeza.... con un abatimiento...!

— ¡Dios mio! ¿Lloras, Chafarote, lloras?

— ¿Pues no he de llorar, señora, si al levantarle la visera, cuando cayó del caballo abajo, vi ni mas ni menos que....

— ¡Oh! ¿qué vistes?

— ¿Pues no lo sabeis? — Su rostro, el rostro de mi amo, del buen Jimeno, del hombre por quien me hubiera dejado acribillar á saetazos, y freir vivo, y.... ¡Dios os lo pague, señora! ¡Dios os pague todo el bien que me habeis hecho obligándome á favorecer sin saberlo á don Jimeno! ¡Pobre amo mio!

— Pero ¡Dios mio!... Yo no puedo enfadarme contigo Chafarote,

por tu buen corazon, por tu lealtad, por el cariño que le tienes. Pero ?quién ha tenido la descabellada idea de separarme de la choza, de Jimeno, quizá cuando mas me habia menester?

—La idea ha sido mia, y de nadie mas. Quedé solo en el campo con él, y no sabia que hacerme, cuando llegó un judío tambien á socorrerle. Yo iba á rechazarlo, y mas queria que pereciese allí que no que debiese favores á.... Pero don Jimeno le vió.... le dió la mano, le miró así.... con unos ojos.... que ¡vamos! yo me encojí de hombros y me dije : pues señor, en siendo gusto de mi amo, no ya de un judío, del mismo diablo admito el socorro. Pero ¡á mí, á mí si que me miró! esclamó ufano y enternecido el antiguo escudero : ¡á mi si que me dió la mano...! Yo creí que le acometia una congoja.... Entonces me puse á reflexionar que si tal se habia puesto solo en verme, á mi que no soy nadie.... que fuí, como quien dice, su perro de presa.... ¿que sucederá cuando vea á mi ama, cuando conozca á la dama del castillo de Eguaras?—Nada, nada : lo mejor es hacerle cabalgar, traerle poco á poco á la ermita, donde hallará todo lo necesario para su curacion, y cuando estemos cerca, adelantarme yo á sacar á mi ama con cualquier pretesto, para que no presencie....

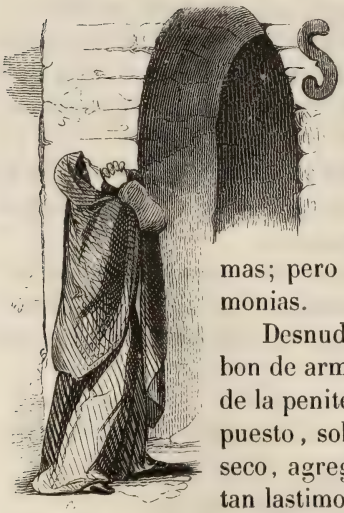
—¡Marin! ¡Marin!... Has hecho bien : eres tan bueno como jeneroso; pero tornemos, tornemos á la ermita : prevenida estoy ya.... El no me conocerá.... no, no levantaré jamás el velo; no pronunciaré una sola palabra; pero no me apartaré de su lecho.... mi aliento le dará la vida; mi alma el alma.... Yo me abriré las carnes con cilicios, para que Dios se apiade de él.... yo moriré porque él viva.... —Pero ¿quién está á su lado en este momento?

—El judío, señora : ¡pues si dice que os conoce y que conoce la ermita por dentro mejor que vos! ¡Si sabe las sendas y atajos de estos contornos como si fuesen las calles de su aljama!

Las fuerzas le faltaban ahora á la pobre Inés para tornar á su albergue. ¡Qué luchas tan terribles le presagiaba su inquieto corazon! ¡Ay! Iba á ver á Jimeno, á Jimeno amante de Catalina, á Jimeno de quien ya no podia huir....

CAPITULO XVII.

De cómo Jimeno, sin saber lo que se decia, dijo lo que le convenia decir.



Solo el ansia de serle útil, único móvil de las acciones de Inés, pudo darle fuerzas para llegar al albergue, por los nuevos huéspedes ocupado Detúvose en el cobertizo sin atreverse á dar un paso mas; pero Chafarote entró sin escrupulos, ni ceremonias.

Desnudo completamente del arnés y con su jubon de armar, yacia el caballero en el pobre lecho de la penitente, de duras y desiguales tablas compuesto, sobre las cuales habia tendido Samuel heno seco, agregando una manta que medio disimulaba tan lastimosa pobreza.

Mientras el ermitaño con sus industrias alejaba á la desprevenida Inés, tomaba posesion de la choza el anciano judío, que principió por desarmar al infanzon, acomodarle en el lecho de pronto aderezado, y dió fin á su diligencia vendándole las heridas, que, por fortuna, no eran tan graves como él y Chafarote se habian figurado.

Sentóse luego cerca de su hijo adoptivo, que no acertaba á volver en sí del asombro que le causaba verse en la ermita, y con el agote, familiarizado, al parecer, con todos cuantos objetos le rodeaban, y que obraba y disponia de ellos, como si fuera su verdadero dueño.

—¿Con que ha sido la penitente, preguntaba Jimeno, la que os sacó del pajar á donde os llevé el dia de la ventisca?

—Si ella completó tu obra; ella me recojió, y me dió hospitalidad, y acabará de darme la salud, y con la salud la dignidad de hombre.

—¿Y quién es ella? ¿quién es esa muger que se anticipa á todos mis pensamientos, que previene todos mis deseos, y que no me desampara en todas mis desgracias?

Samuel se encojió de hombros, y solo supo responder:

—Es la penitente... yo no sé mas.

—¿Y no tiene miedo de vos? ¿Ninguna repugnancia la inspirais?

—Todos los dias me cura con sus propias manos, y con el mayor agrado.

—¿Y solo por Dios, por Dios tan solo practica esas obras sublimes de caridad?

—Por Dios... y por un hombre á quien ella cree favorecer, favoreciéndome á mí.

—¿Y no habeis pensado quien puede ser ese hombre? preguntó el infanzon, menos conmovido por la curiosidad, que por la certidumbre de la respuesta.

—Tú: tú eres ese hombre: hoy lo he conocido.

—¡Yo! ¿Porque?

—Por que ese buen ermitaño me ha revelado que la penitente no tiene mas ansia que tu dicha, por que ella me recordó á Simon...

—Pero ¿no sabeis su nombre? ¿No lo sospechais siquiera? ¿No presumís que relaciones pueden existir entre la penitente y yo?

—Solo sé que la llaman la penitente, y que no la he visto jamás antes de ahora.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamaha Jimeno, con ambas manos en las sienes: ¡si Blanca ecsistiese...! ¡Si ecsistiese Inés...! ¡Ah! ¡Pero las dos han muerto! ¿Y podré yo ver á la penitente? ¿podré verla? Decidle, que venga, padre mio, si se esconde de mí...!

El agote se asomó con precaucion á la puerta de la ermita, y volviendo el rostro respondió:

—No tardará en llegar. A Dios, hijo mio: no viene sola, y debo ocultarme; pues nadie sabe que en la ermita de la penitente se alberga un agote.

Jimeno aguardaba con ansiedad la aparicion de la desconocida. Pero como su llegada se dilatase, mil imajinaciones y pensamientos le asal-

taron; y medio incorporado en el lecho, con mustio y melancólico talante, parecia traspasado de dolor. Por segunda vez en su vida habia sido vilipendiado, cubierto de oprobio, lanzado de entre los nobles, cuando mas precision tenia de vivir con ellos para llevar adelante sus ocultos planes. ¡Fatal sino le perseguia, pues una afrenta le impidió salvar antiguamente á doña Blanca, y hoy le impedia vengarla la misma afrenta!

Cuando estaba devorando tan amargos pensamientos, sintió ciertas pisadas cuidadosas cerca de sí, levantó perezosamente los graves párpados, y en sus ojos amarillos de desesperacion brilló súbitamente un relámpago de alegría.

Tenia delante de sí al escudero de las Bárdenas.

—¡Chafarote! ¡Amigo mio! le dijo con tierna y lastimosa voz: ¡en qué estado vuelves á ver al capitan de aventureros!

Juan Marin no pudo contener las lágrimas, que corrian por sus morenas mejillas y cerdosas barbas, por mas que en semejante prueba de ternura le pareciese ver comprometida su antigua fama de valiente.

—Señor, contestó con tal cual sollozo vergonzante: lléveme el diablo... si yo creia tornar á veros, ni de esa, ni de otra manera. Pero... ¡Vamos!no hay que aflijirse... que Dios mejora las horas; y en poder está vuesa merced de quién podrá sacarle... aunque sea de los profundos abismos. Lo que yo siento es, que vuesa merced me vea... asi... tan..... tan..... Pero yo no lo puedo remediar. Señor..... ¡hace quince años! Y su merced dirá que me he vuelto un mandria... un... ¡Ya se vé...! ¡con estos hábitos, y con estas lágrimas!

—¡Chafarote! ¡Ven aquí! ¡ven! repuso el caballero, profundamente conmovido: ¡ven, y abrázame! ¡Así, querido amigo, así! repetia Jimeno, teniéndole ya junto á su pecho.

—¡Amigo yo de vuesa merced! esclamaba Chafarote, orgulloso en su misma humildad.

—¡Amigo mio, si; mi único amigo!

—Eso no, ¡que diablos! repuso el ermitaño enjugándose las barbas para que no quedasen indicios de su debilidad: en dejarme despellejar por vuesa merced, como san Bartolomé, seré amigo, pase; pero amigo único...! Vuesa merced los tiene muy grandes, muy poderosos.....

—¿La penitente? ¿La penitente, por ventura? ¿Quién es? Tu la conoces: tu vas á satisfacer mí anhelo...

—Si, señor: la penitente; de la penitente hablo; que esa fortuna tiene vuesa merced; pues si las heridas se agravan, y se empeña Dios nuestro Señor en llamarle para sí, capaz será la ermitaña de la Vírjen de hacer un milagro, y de conservarle en el mundo contra viento y marea.

—¿Pero quién es, Chafarote, quién es esa mujer?

—Vuesa merced la conoce... así... vamos... de vista...

—¡Qué la conozco yo!

—Mucho... muchísimo!

—¡Cielos! ¿Quién es? Yo no recuerdo... no adivino...

—Señor, señor, cálmese vuesa merced; porque semejante ajitacion en ese estado puede enconar las heridas...

—¡Ay, amigo! esclamó Jimeno, suspirando profundamente; las heridas del cuerpo poco valen comparadas con las heridas del corazon. Consuelos, satisfacciones, amigos como tú, semblantes conocidos sobre todo, semblantes de quince años atras, son los que yo necesito para sanar, no bálsamos, ni vendas. Estoy solo en el mundo hace quince años; ni un amigo, ni una voz que me llame por mi nombre: ni una mirada que se fije en mi para penetrar en el abismo de mi corazon. Tengo un protector mudo, invisible, misterioso: tu eres el primero que me ha llamado por mi nombre, despues de quince años; tu el primero que ha llorado por mí; tu, y ese anciano que ha venido acompañándome... Yo deseo conocer ese brazo, tan grande como el de la Providencia que llega á todas partes... Yo quiero verla Marin; yo he menester en torno de mi lecho á todos mis amigos, para que su presencia disipe esta nube de infamia que me circunda... ¡Que venga aquí para consolarme! ¡Consuelos, consuelos á mi corazon sino quereis que desfallezca!

No le escuchaba ya Chafarote: habia salido al cobertizo, donde Inés le estaba esperando can ansiedad.

—Entrad, señora, entrad, la dijo, asiéndola del brazo.

Chafarote en casos tan críticos dejaba á un lado ciertos miramientos.

—¡No, es imposible! No tengo valor; Inés respondió temblando.

—¿Imposible? ¿Porqué ha de serlo? ¿Qué tiene que hacer eso? Vamos. ¡Fuera escrúpulos! Entrad, y atrás ese velo.

—Marin ¿sabes tú lo qué me propones? esclamó la penitente con un acento que desgarraba el corazon.

—¡Toma! os propongo que le veais; que os deis á conocer, os propongo sobre todo su mejoria, su consuelo, su salud; porque... como él dice: «yo no quiero medicinas, ni pócimas, ni brevajes: yo quiero satisfacciones, semblantes conocidos...» ¿Oís? ¡Semblantes conocidos!

—¿Luego sabe quien soy yo?

—¡Ca! ¡No señora! Valientes tentaciones he tenido de decírselo; pero he querido dejaros ese gusto...

—¡Sacarme antes de aquí para que no le viera, y traerme ahora para que me vea!

— ¡Pues así son las cosas! Ahora está ya preparado, y las heridas

son lo de menos: lo principal es su profunda tristeza... ¡Caramba! ¡Si le hubieseis oido! Se nos muere, señora, se lo lleva el diablo, quiero decir, se lo lleva Dios, si no le quitais de encima esos pesares.

—¿Y qué alegria puede infundirle un rostro seco, pálido, desencajado? ¿qué consuelos un corazon que solo rebosa en amargura? No, Marin; cubierta con el velo, muda, siempre, dia y noche permaneceré á su lado: nada le faltará: ni una madre velará por un hijo como yo por él... ¡Harto hago en reprimirme, en estarle viendo, en recoger todos sus sollozos, sus jemidos, su aliento, y en contener mis lágrimas y mis suspiros! ¡harto hago en renovar todas mis heridas, todos mis dolores, y sufrir, y callar, y verle, y no morir mientras él viva!

—Pero si él lo que quiere es conoceros; si él ha menester de cariño.

—¡Ay! esclamó Inés, con un jemido profundo: pues entonces ¿porqué no le has llevado al alcázar de Lerin?

—Pues qué, señora: ¿no le amais vos cien veces mas y mejor que esa simple de Catalina Beaumont? ¿no habeis hecho por él mas que todo el mundo junto? ¿Pues sino fuera por vos..? Vamos, señora, vamos; cuando él os conozca, cuando él os vea...

—Cuando él me vea, Marin, quedará mudo, yerto de terror. Pensará que soy una Sombra que salgo á pedirle estrecha cuenta de sus amores: y si callo, y si mis lábios, mis ojos nada le dicen, su propia conciencia le hablará con mas amargura que yo; y lejos de serle grata mi presencia, renovará todos sus dolores; porque... porque, Marin, yo le perdono que ame todavía á doña Blanca de Navarra ¡pero que se olvide de Blanca, y que no se acuerde de mí!... ¡Oh! ¡eso nunca!

—Señora, es preciso hacerse cargo, respondió filosóficamente Chafarote, de que cada cual tiene su alma en su almario, y que han pasado quince años, y quince años es mas de lo que parece.

—¿Y han sido menos para mí?

—Y sobre todo cuando él os vea...

—¡Ah! ¡cuando él me vea! esclamó la penitente con triste sonrisa: ¡cuando él me vea! ¡Si, que mis estenuadas mejillas, mis ojos hundidos y apagados están para enamorar á cualquiera! ¡Si, que ha de amarme, ahora que soy la sombra de mí misma, cuando me desdeñó llena de vida, de fuego y de juventud! ¡Si, que ha de amarme con estos sayales, cuando me despreció cubierta de galas! ¡Si, que ha de recojer las hojas secas, arrugadas, inodoras de la flor que pisó fresca, lozana y fragante! Marin, Marin, solo cuando el dolor me postre y caiga muerta al lado de Jimeno, solo entonces levantarás el velo y decirle podrás: «¡esta es Inés, esta es vuestra esposa!»

—El caso es, respondió Chafarote, entre confuso y enternecido: el

caso es que yo... francamente... no he podido menos de...

— ¡Cómo! ¿Le has revelado mi nombre? preguntó Inés con espanto.

— No, no por cierto: tanto como eso, no. Pero ya sabe que la penitente es quien le socorre y favorece en todas partes, y ¡tiene un ansia de ver á la penitente!

— ¡Oh! No hay remedio... Dios lo dispone.

— ¡Claro! sino entrais él se nos muere, y si entrais...

— ¡Moriré yo! añadió Inés: y dirijiendo al cielo una mirada deprecatoria, dejó caer el velo, y pasó adelante.

Graves alteraciones habia sufrido el rostro del enfermo: de pálido tornose arrebatado y encendido; sus ojos cristalinos; su mirada sombria y vaga, sus lábios secos y ardientes; síntomas todos de la calentura que de resultas de tantas conmociones le devoraba.

Entró Inés enteramente turbada: ni aun detrás del velo osaba fijar en él sus ojos: andaba maquinalmente, se sentó á su lado sin saber que hacia, hasta que vino á sacarla de su enajenamiento la voz profunda y anhelante de Jimeno que la estremeció diciendo:

— ¿Señora, sois vos mi angel tutelar?

— ¡Silencio! dijo Inés con tan debil acento, que no podia ser conocido.

— Decidme vuestro nombre para que yo le bendiga: mostradme el rostro para que yo le adore.

— Despues.

— ¡Despues! ¡Ah! Me consuela esa promesa.... Es la primera esperanza que concibo despues de quince años. ¡Despues! Temeis sin duda que me agite, que me exalte....

— Si; añadió la penitente con una intensidad, que revelaba bien á las claras, la inquietud que le inspiraba el conocido arrebato de Jimeno, y el placer de haber sido tan pronto comprendida.

Pero el enfermo fuese necesidad de desahogo, fuese efecto de la fiebre, tenia una propension irresistible de hablar y prosiguió en estos términos.

— ¡Despues, despues he de veros! pero entre tanto ¿qué será de mí? ¿Sabeis, señora, que mientras yo estoy aquí, dentro de estas sombrías paredes, tendido en este lecho, sin poder dar un solo paso, otros están trabajando sin descanso, y se ajitan, y se mueven, y bullen para destruir mi obra. mi obra de quince años? ¡Oh! ¡Tal vez en este mismo instante, mientras digo estas palabras, Catalina pronunciará el *sí* delante del sacerdote, y el mariscal la recibirá en sus brazos para siempre! ¡Para siempre! Señora, si sabeis hacer milagros, dadme de repente la salud; dadme fuerzas para dos dias.... dos dias no, seis, ocho, hasta el

doce de febrero; que despues no me importa morir. Vos que habeis penetrado todos mis secretos ¡vos sola podréis conocer los horribles tormentos que sufro! ¡Haber conservado la vida quince años para llegar á este dia, y verme este dia como un leon hambriento, y encerrado en una jaula, y que siente á lo léjos los balidos del rebaño...! ¡Y la reina será reina pacífica y holgadamente! ¡Y Catalina será esposa del mariscal! Señora, ¿de qué me han servido todos vuestros favores, toda vuestra proteccion, si ahora me dejais en este lecho amarrado por las cadenas de la debilidad? ¡Agua, señora: un poco de agua! —Lo veis, prosiguió Jimeno con risa convulsiva: ¿veis cuan pobre, cuan miserable es el hombre? De beber os pido, cuando nada me importa todo lo que no sea partirme á Lerin, llegar al pié del altar.... Pero me abraso.... la sed me devora.... —¡Ah! ¡Gracias señora, gracias!

La penitente estaba á su lado en pié, con una tosca, pero limpia taza de barro llena de agua fria y cristalina.

Jimeno bebió con afan, y mientras bebia clavó los ojos en su enfermera, que trémula y vacilante, tuvo que recostarse en la pared para no caer al suelo. El caballero apartó sus sedientos lábios de la basija, y esclamó con inquietud:

—¡Temblais como yo!

Inés calló: sus lábios no modularon ninguna palabra; pero su corazon no pudo contener un profundo suspiro.

—¡Dios mio! ¿Suspirais? ¿Quién sois? El *despues* ha llegado: alzad este velo....

—¡Sosegaos! dijo Inés, en su voz natural, sin saber lo que decia.

Jimeno dejó caer al suelo la taza, cada vez mas sobresaltado, queriendo arrojarse fuera del lecho.

—¿Quién sois? Una palabra vuestra ha removido el fondo de mi corazon.... Si deseais mi vida.... mi salud, pronunciad vuestro nombre.... alzad ese velo: la duda, la incertidumbre, la inquietud me matan.

—¡Jimeno! esclamó Inés, con un grito penetrante, y tendió la mano sobre el enfermo, como Dios sobre los mares cuando quiere amansar la furia de las olas.

El caballero se estremeció al escuchar aquel acento, y luego quedó inmóvil, entreabiertos los lábios, los ojos fijos, contraida la faz, y levantadas las cejas. Era la segunda vez que oia su nombre: pero ¿quién lo pronunciaba? Una persona desconocida: una voz que despertaba confusos, vagos, perdidos recuerdos, sepultados allá en lo mas hondo de su corazon, bajo la losa de cien recuerdos posteriores.

—¡Esa voz...! esclamó Jimeno balbuciente: yo no sé.... yo no sé....

Lám. 22

Y al mismo tiempo cojió la mano tendida de Inés, y la llevó convulsivo á sus lábios ardientes, imprimiendo en ella un beso de fuego, y estrechándola con afan.

Inés no podia resistir un instante mas: se apartó del lecho sollozando profundamente, con el pecho levantado y trémulo, como la espuma, la cabeza trastornada, el corazon herido de amor y retorcido de zelos; y refujiándose al seno de la relijion, fué á caer delante de la mesa donde se alzaban la cruz y la calavera, y donde jemia tambien la tórtola dentro de la jaula.

¡La tórtola y la calavera! ¡Dos objetos que se contradecian, que se rechazaban! Las vanidades del mundo, y el desprecio del mundo: el emblema del pecado, y el emblema del arrepentimiento: el amor y la muerte: la rosa y las cenizas: lo deleznable y efímero de esta vida, y lo eterno de la vida futura, concebida en el seno de la muerte.

Pero en lugar de poner las manos en la calavera, las puso en la jaula, símbolo del amor, recuerdo constante de un suceso, que por una contradiccion del espíritu humano, Inés se habia propuesto olvidar en su retiro, llevando á su retiro la representacion de aquel suceso, que Inés se complacia en recordar, al mismo tiempo que con ayunos y penitencias pedia á Dios que lo borrase de su memoria.

Y al poner allí las manos involuntariamente, la portezuela se abrió de par en par, y la tórtola, viva imájen del amor infortunado, personificacion de una alegoria del castillo de Eguarás, se escapó de la jaula, huyó volando al campo; y dócil como siempre, hizo lo que solia en semejantes casos; revolar un poco por el espacio, y tornar al punto á posarse en los hierros de su blanda prision, y descender al fondo de la jaula, prefiriendo cerca de su dueña, aquella triste morada, á la luz, á la libertad, sin las caricias de su desventurada compañera.

—¡Inés! ¡Inés! esclamó Jimeno trastornado: ¡tu voz.... oiga yo tu voz! ¡que sino eres Inés, si ese pájaro, si esa jaula no representan la falta que cometí con Inés.... yo me confundo, yo no sé quien podeis ser...! ¡Inés! —¡Ah! pero Inés ha muerto....

La penitente se levantó de improviso, echado atrás el manto, y se acercó muda y anegada en lágrimas, los brazos cruzados, el pecho anhelante.

—¡Ella! ¡ella! gritó Jimeno, fuera de sí, cubriéndose la faz con ambas manos: ¡Inés! ¡Desgraciada...! ¡no te conozco!

Y la ermitaña sin poder soltar la voz, ni contener el raudal de sus ojos, fué á caer á los pies de su esposo, de Jimeno.

¡Feliz ella que podia llorar! ¡Feliz mil veces que con lágrimas iba destilando la ponzoña del dolor, mientras él, seco con el ardor de la fiebre, conservaba en sus entrañas todos los hálitos de la muerte.

Al cabo de un rato de profundo silencio Inés levantó la frente, y tendiendo los brazos hácia el enfermo esclamó :

— ¡Jimeno! ¡Hazte cuenta de que sigo en el sepulcro...! ¡Nada te pido, y todo, todo te lo perdono!

Pero Jimeno contestó con una ruidosa carcajada que llenó de pavor á la penitente.

— Os parece, dijo luego con acento sarcástico : ¿os parece que me habeis asustado con llamarme villano, y mal nacido? ¿Lo niego yo por ventura?

— ¡Jimeno! ¡Jimeno, amigo mio! gritó la pobre Inés : vuelve en tí.... mira que soy yo....

— Oid, oid, señor mariscal, prosiguió el enfermo, sin apartar los ojos de un punto : no solo soy villano, sino de raza de judíos. Y..... acercaos , añadió con misteriosa voz, asiendo la mano de Inés: y no solo de raza de judíos, sino de raza de agotes. ¡De agotes! ¿Me entendeis? Ved ahí á mi padre.... cubierto de lepra.... no hay remedio : el hijo tiene que seguir la suerte de sus mayores. ¿No es verdad que ha de ser esta una buena noticia para cierta persona? Pero guardaos de dársela antes del tiempo prefijado; y sobre todo, don Felipe, por Dios, ¡por el amor de Dios, os ruego que nada le digais á Catalina!

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamaba la penitente, retorciéndose las manos de dolor.

— ¡Qué! ¿Pensais cometer esa perfidia? prosiguió el caballero cada vez mas ecsaltado : ¿pensais arrebatarme el cariño, la estimacion de esa niña...?

— Pero ¿la amas, la amas tú despues de haber amado á Blanca? preguntó Inés, queriendo apurar de un sorbo todo el cáliz de la amargura.

— Pues ¿no he de amarla, si Blanca y ella son una misma cosa? Ella es Blanca ¿no lo sabiais? La pobre princesa dijo al morir : ¿qué ha de hacer Jimeno sin mí? Y suspendió su vuelo cuando su espíritu se remontaba al trono de Dios , y tendió como el águila una mirada por toda la redondéz del mundo, y vió á Catalina, hermosa, cándida, inocente y recojió sus alas al posarle en aquel cuerpo inmaculado, que acababa de escojer por morada, y en ella vive, y en ella me espera para que los dos subamos juntos al cielo.

— Pero ¡Inés, Inés, ingrato! ¿Inés, que ha sufrido tanto por tí?

— ¡Ingrato! Señor mariscal, á mi no me irritan los denuestos, ni me afrentan las injurias. Yo gozo en el oprobio, que he de vengarme de la infame envenenadora.... ¡Mejor! Cuanto mas lodo tenga en mis manos, mas podré mancharla : pero, no me robes, por Dios, un solo instante la estimacion de Catalina!

— ¡Jimeno! ¡Jimeno!

— ¿Quieres amedrentarme pronunciando mi nombre? ¡Ola! ¿Conoces mis secretos? No importa : mas terribles los sé yo : yo he jurado que Catalina no ha de ser tuya jamás : ¿lo entiendes? ¡Jamás! Y si te obstinas, yo me lanzaré al medio del altar con la daga en la mano, con la daga partida, cuyo estremo conservas tú.... La misma con que don Luis de Beaumont, el padre de Catalina mató á tu padre don Pedro de Navarra. ¡En prueba terrible voy á poner á tu corazon! Si despues de saberlo todo, si despues de conocer al asesino de tu padre, das un abrazo á Catalina.... ¡Mariscal, entonces vendrás á mi seno, te estrecharé como amigo, has probado que puedes ser digno esposo de ese anjel, que puedes hacerla feliz...!

— ¡Cuanto la ama! murmuraba la pobre Inés.

— Serás su esposo.... Pero no lo seas como yo. Tambien mi mano se enlazó con la de Inés, y Blanca, Blanca nos bendijo. ¡Pobre Inés! Hiciste de ella sangrienta burla, princesa : la diste mi mano al mismo tiempo que me arrancabas el corazon, para llevártelo contigo. La desposaste con un cadáver.... ja! ja! ja! — Bien es verdad que como ella no era mas que un cadáver...!

Inés ya no lloraba : se apartó del lecho clavando una dolorosa mirada en Jimeno que proseguia hablando sin notar su desaparicion; y llamando la penitente á Chafarote, que prudentemente se habia mantenido á la puerta, le dijo :

— Entra : cuida de tu amo.... está delirando.... conviene no contrariarle en nada y aguardar á que el cansancio le rinda, y entonces quizá pueda dormir Cuida de él.... como sabes hacerlo.

— ¿Pero os vais?

— Sí.

— ¡Oh! Teneis un semblante como de difunta.

— Hace quince años que he debido morir.

Y diciendo estas palabras la penitente se alejó de la ermita.

CAPÍTULO XVIII.

Que debia dar comienzo á la Segunda Parte de esta crónica por cuanto, en él se toman los sucesos desde el fin de la Primera.

Tiempo es ya de referir la historia de Inés y de Jimeno, desde el punto mismo en que la dejamos suspendida. en la primera parte de esta crónica.

Recordarán nuestros lectores que la desventurada y bondadosa Princesa doña Blanca de Navarra, partióse de este mundo, cruel con ella mas que con nadie, llevando el dulce consuelo de una conciencia inmaculada, y la persuasion de haber hecho feliz á la única muger que por su causa habia padecido y derramado lágrimas amargas. En sus postrimeros instantes complacíase en mirar unidos con vínculos indisolubles á los amantes del Castillo de Eguarás, y gozaba sobre todo en dejar completamente reparada la debilidad de Jimeno. ¡Pobre princesa cuyos menguados goces en el mundo, eran otras tantas ilusiones de su buen corazon!

El primer grito del de Jimeno al ver volar el espíritu de Blanca á las regiones inmortales, fué de venganza; fué la espresion de la nueva época de su ecsistencia. El alma inocente y pura de aquella mártir

del dolor, aun no se habria posado en el cielo; no habria roto aun los etéreos muros que circundan el firmamento, cuando pudo llegar á sus oidos la esplosion de aquel sentimiento esclusivo, que habia de llenar por espacio de quince años el corazon de su amante.

Pero aquel sentimiento naturalmente espresado con la salvage energia de un corazon ardiente, de los duros hábitos y feroces instintos del capitan de las Bárdenas; aquella venganza que debia empuñar la tea de las furias para derramar el incendio, y el acero de la muerte para sembrar el esterminio; quedó comprimida, abrumada bajo el peso de la inesperada y fria respuesta del conde de Lerin: «Doña Leonor será tu reina.»

La fogosidad, el ímpetu del amante apasionado, del guerrero resuelto y temerario, estrelláronse contra los impasibles cálculos del hombre político: el corazon de Jimeno se recogió á sí mismo al frio contacto de aquella sierpe traidora: aquel desengaño le hizo conocer que no todos eran enamorados, ni estaban dispuestos á sacrificar su fortuna, su vida por satisfacer una pasion que él creia tan noble y generosa.

Quebrantó el inútil acero contra el muro del castillo; y viéndose vilipendiado, solo, sin amigos, sin partidarios, llegó á comprender que habia tal vez una venganza mas terrible que la del incendio y la de la espada, aunque no tan pronta, tan ruidosa y sangrienta; y sin plan ninguno, pero con la firme decision de formarlo, se alejó de aquel sitio, sin acordarse siquiera de que Inés quedaba en el alcázar, y se dirijió maquinalmente, sombrio y taciturno á la cabaña de Raquel, donde montó á caballo, y sordo á las ahincadas preguntas de Chafarote y de la hebrea, tomó el camino de los pirineos.

Para satisfacer la irrestible propension de ternura, para desahogar su pecho del llanto que le inundaba, formó instintivamente la intencion de detenerse en aquellos lugares que mas vivamente pudieran recordarle sus malogrados amores: anduvo errante por el campo donde habia con tanto denuedo rescatado á la princesa del poder de sus enemigos: maldijo su torpeza, ó su mala estrella que le habia encaminado al castillo de Ortés, y convertido en ciego instrumento de los perversos designios de la condesa de Fox: pasó despues á san Juan de Pie de Puerto, y visitó el convento donde Blanca permaneció mas de dos años encerrada de órden del rey su padre, que quiso obligarla á tomar el hábito de religiosa: de allí partiose á Mendavia, cuyas praderas y arrabales estaban impregnados para él de dulces y melancólicas memorias de los tranquilos años de su juventud, y de sus blandos y y apacibles amores.

Poco antes de visitar aquellos lugares, perenne manantial de triste-

za y de ternura, pasó por Lerin, donde le fué preciso detenerse; y allí supo, sin preguntarlo siquiera, que la condesa, hermana de Blanca y de Leonor por parte de padre, habia dado á luz por aquellos dias una niña hermosísima. Recibió Jimeno esta noticia con indiferencia: verdad es que la hija del conde de Lerin era próxima deuda de su adorada Blanca; pero ¿que relaciones mediaban entre esta y su familia, sino las de la víctima con los sacrificadores, las del milano con el ave á quien acecha, para clavar en ella sus garras? Llamóle sin embargo la atencion el júbilo con que los vasallos del conde recibian la nueva de aquel nacimiento, y la persuasion general y aventurada de la futura bondad y peregrina belleza de la niña recien nacida. Como todos hablaban en Lerin de aquel suceso, supo, no sin conmocion profunda, qeu habia venido al mundo el dia 12 de aquel mismo mes de Febrero, dia en que se partió del mundo doña Blanca de Navarra; á la caida de la tarde, precisamente en la misma hora de aquel terrible infortunio.

Es indecible la impresion que hizo esta noticia en el ánimo del desventurado Jimeno: parecióle que tan estraña coincidencia nada tenia de casual, y que sus destinos estaban ligados con los destinos de la recien nacida, heredera quizá de las virtudes de Blanca, quizá de sus desventuras, quizá de su mismo espíritu. Si él consideraba como suyos los inanimados objetos que le traian á la memoria las acciones, ó le pintaban la querida imájen de su Jimena ¿cuanto mas suyo, cuanto mas propio no debia figurarse un ánjel que en el supersticioso arranque de la pasion creia dotado de un alma, que del cuerpo de otro ánjel habia transmigrado?

Resuelto pues á no perder jamás de vista la suerte de Catalina, que asi se llamaba la predestinada criatura, prosiguió el camino de Mendavia; y allí en compañía de su padre adoptivo pasóse dias enteros llorando la muerte de Jimena, recordando las cándidas tocas de la finjida villana, la dignidad de su rostro, y la dulzura de su mirada y sonrisa que algunas veces le parecia estar viendo todavia.

Formó entonces el plan de su venganza, que no era por cierto mezquino y vulgar, ni menos inspirado por los desprecios de Leonor, ni por la usurpacion de los títulos y documentos que probaban su escelso oríjen; era un deseo de secundar los decretos de la Divina Providencia que jamás, ó raras veces permite el triunfo del crímen, de la deslealtad y la perfidia, y con nadie se muestra mas inflecsible y severa que con los reyes, que suben al trono dejando atrás un reguero de sangre.

—Mientras Leonor no reine, dejémosla, se decia Jimeno, como si fuese un Dios que tuviese en su mano la balanza de los destinos: dejé-

mosla; que bastantes tormentos tiene que sufrir quien no vacila ante los mas espantosos crímenes para satisfacer sus ansias de reinar, y no reina. Los remordimientos de los crímenes inútiles, son el suplicio mas horrible para el ambicioso. ¡Dejémosla, y tengamos de ella compasion! Pero si llega á sentarse en el trono, si ve cumplidos sus deseos; entonces sí, entonces será preciso que yo salga á probarle que si puede saborearse el fruto de un crímen aunque acerbo, insoportable, ese fruto tiene una ponzoña que devora muy pronto la ecsistencia.

Cada vez mas firme en esta resolucion determinó prepararse para el dia de la venganza, ilustrando su entendimiento en los estudios, y robusteciendo su brazo en las lides. Antes de poner por obra su propósito, venciendo toda la repugnancia que le inspiraba el conde de Lerin, partióse á esta villa con ánimo de quedar con él en buena armonía, y de contemplar en la cuna por sus mismos ojos á la niña misteriosa amada ya sin serle conocida, supersticiosamente querida desde entonces, y mucho mas cuando con la edad la vió revestida de todas las virtudes de Blanca.

Hechas las paces con la condesa de Fox, don Luis de Beaumont habia vuelto de Ortés. Por él supo Jimeno que Inés, la olvidada Inés, acusada de haber envenenado á la princesa por zelos de un capitan de aventureros, habia huido del palacio, y que á los pocos dias se halló su manto á la orilla, y su cádaver en el rio. Supo tambien que con este suceso Leonor habia cobrado aliento, y que la calumnia fué jeneralmente creida, sino en el fondo de los ánimos, al menos en la apariencia. Para que tuviese todavia mas verosimilitud, la condesa habia hecho grandes estremos por la muerte de su hermana cubriéndose de luto, lamentando su pérdida y celebrando sus ecsequias con toda pompa en la catedral de Lescar llevando su hipócrita insolencia hasta erijirla un mausoleo.

Terrible golpe recibió Jimeno con semejante noticia, pues á un mismo tiempo le confirmaba en la sacrílega perversidad de la condesa, y hacia renacer en su corazon la vívora de los remordimientos; como quiera que pudiese atribuir la desesperacion de Inés mas al abandono, á la horfandad en que la dejára, que á la mancha que sobre su nombre habia caido.

Aceleró pues Jimeno su partida del suelo navarro que tan funestas memorias le avivaba, y con el doble objeto de embotar sus dolores y de apercibirse al dia de la venganza, se dirijió á Castilla para consagrarse con afan al estudio y á las armas.

Sirvió en las cortes de don Juan II y don Enrique IV de Castilla, menguados reyes ambos, y esposo este de doña Blanca de Navarra,

que fué por él arrojada del tálamo á los pocos dias de sus bodas, para obtener la disolucion del matrimonio: pasó tambien á los reinos de Aragon de Nápoles y de Francia, llevado á unos por el deseo de conocer la refinada y astuta política de don Juan II de Aragon y de Navarra y de Luis XI; y arrastrado al otro por el irresistible afan de contemplar el lugar de su nacimiento, y averiguar algo de su propia familia, á la cual no le era dado saludar como deudo: estudió en las universidades de Salamanca, de París, de Bolonia y de Alemania con el afan de hacerse superior á sus enemigos, y de aprovecharse un dia de los secretos de la ciencia para sus proyectos de venganza, y tomaba parte en todas las guerras y torneos para mantener siempre la superioridad de su brazo que suele enervarse con la ociosidad de los libros; pero en todas partes hallaba sin buscarlos, amigos que venian á ofrecerle dinero y proteccion: en todas partes recibia consejos y advertencias, cuya utilidad no tardaba en reconocer; y donde quiera que estuviese, bajo cualquier disfraz que tomase, siempre su invisible protector le seguia constante como su propia sombra, y se manifestaba enterado de sus planes mas ocultos, de sus mas íntimos pensamientos.

Tambien seguia por aquel tiempo don Gaston de Fox el hijo de la condesa, la vida errante y aventurera que su desventurado amigo. En vano quiso entregarse al bullicio y diversiones propias de sus pocos años y de su ilustre cuna: la imájen de Blanca le sorprendia en sus ugaces trasportes, y mucho mas cuando fatigado queria buscar amparo y soláz en el regazo de su madre. La mano con que esta acariciaba sus blondos y adobados cabellos, parecíale teñida en sangre, y huia despavorido del seno maternal. En los suspiros de su madre creia escuchar los jemidos de la inocente víctima de la ambicion, y en los blasones de su esposa Magdalena creia ver el precio de la sangre fraternal.

Erale insoportable la vida en el seno de su familia, y deseoso de aturdirse en el estruendo de los combates, se internó en Francia, para tomar parte en la guerra civil llamada del *Bien Público*, que estalló entre Luis el Onceno y su hermano Cárlos, duque de Guyena y de Berri. ¡Amargo desconsuelo para una madre que idolatraba en su hijo, verle partirse de su lado con el afan de olvidarla y de procurar léjos de su presencia, alivio á su desventura!

Pero la guerra civil de Francia terminóse el año 1469 con la reconciliacion de los augustos hermanos. Don Gaston habia hecho en ella proezas inauditas: la desesperacion le hacia temerario, y la temeridad le salvaba de los peligros. Ya el recuerdo de los crímenes del castillo de Ortés llegaba á su alma con tan débil impulso, como llegan á la orilla los últimos círculos que se estienden en el lago por la caida de una piedra: el eco de los últimos jemidos de la princesa de Viana sentíalos

apenas entre los cánticos de la victoria. Triunfante, glorioso y abrumado de laureles, creia estar en temple de soportar la presencia de su madre y de su esposa, y trató de volver á Navarra. Pero antes quiso despedirse del teatro de sus hazañas, y de sus compañeros de armas, dejando bien sentada su reputacion de valiente y diestro en las lides, en el célebre torneo de Liburna, celebrado para solemnizar la pacificacion de Francia.

Él se llevó la prez del combate, y los aplausos, y los corazones de todos: él fué derribando uno por uno sus contrarios, reputados como la flor de la caballería de aquellos tiempos. Los navarros sobre todo, mostrábanse ufanos de tener tal príncipe por heredero del trono de Cárlos *el Noble*.

El último dia de las fiestas y torneos, paseábase don Gaston delante de su tienda, que se alzaba al estremo de la estacada, sin que nadie osára medir con él sus armas. Los vencidos ayer, no querian esponerse hoy á la misma afrenta, y los que vieron por tierra derribados á los mas valientes y animosos campeones, no querian tampoco acrecentar con sus armas los trofeos del vencedor.

El sol iba declinando, y los innumerables espectadores de aquel paso daban señales de cansancio: no parecia ningun paladin tan arrogante, ó tan poco sabedor de las hazañas del hijo de la condesa de Fox, que se lanzase al medio de la arena para arrebatar con un solo triunfo todos sus laureles al invicto príncipe navarro. Murmuraban los viejos de la falta en brios de los mancebos de aquel tiempo: encarecian estos la destreza y valentía del mantenedor del campo, sobre todas las hazañas de que habia memoria; y las damas callaban, para dejar á sus ojos espresar con muda elocuencia el asombro y el amor que les inspiraba el arrogante jóven, que con los brazos cruzados, seguia paseándose impaciente delante de su tienda.

Prócsimo á espirar el término de las lides, anunciaron las trompetas un nuevo competidor. Entró este en la estacada cautivándose ya los aplausos, porque su presencia sola deponia acerca de su valor; y todos se preguntaban quien era el temerario que no temia arrostrar la mengua del vencimiento.

Nadie le conocia. Sabíase tan solo que en aquel mismo instante acababa de llegar á la ciudad; y que atraido por la fama del torneo, sin descabalgar siquiera habia corrido al campo, deseoso de romper una lanza con el primero que se presentase. Esta ignorancia esplicaba su atrevimiento.

Con el cuento de su lanza dió tres golpes en el escudo del príncipe, que montó rápidamente á caballo. Era la lid de armas corteses y embotadas, como en tales fiestas se acostumbra, y no solia acaecer mas

grave daño á los contendientes que la vergüenza y confusion de la derrota: la lucha fué pues en un principio, mas bien de ostentacion que de coraje. Íbanse acalorando sin embargo los combatientes con la prolongacion de un triunfo, que cada cual se figuraba fácil y breve, y se irritaban mútuamente con palabras y esclamaciones que se perdian con el choque y estruendo de las armas.

Los concurrentes vacilaban entre el asombro y el temor al contemplar tan desusados brios y encarnizamiento, por una y otra parte. Media hora llevaban ya de combate sin que se notase ventaja de ningun lado.

Diez lanzas iban ya rotas, y al verse Gaston sin la suya en la última embestida, pidió á su escudero la undécima, y arremetió con furia descomunal á su contrario, apuntándole al pecho, y partiendo á escape para derribarle en la carrera. No le engañó el ojo al invicto príncipe: certera fué la puntería, el hierro embotado de la lanza fué á dar precisamente debajo del ristre en la coraza del recien llegado campeon: y no habia remedio; el hierro no podia resbalar, y el desconocido tenia que caer de espaldas cediendo al impetuoso golpe, si la lanza no saltaba en astillas, quedando en falso el que la empuñaba. Así sucedió: el contrario resistió el tremendo choque sin moverse de los arzones, como si el caballo y él fuesen de una pieza; y la lanza de Gaston saltó en pedazos, uno de los cuales, reverberando de la coraza del desconocido, vino de rebote á penetrar por la visera del príncipe, el cual con el asta enclavada, cayó al suelo maltrecho y hendida la cabeza (1).

La concurrencia, no recelando mayor calamidad que la humillacion y vencimiento del príncipe de Navarra, aplaudia al vencedor con el mismo entusiasmo que pocos momentos antes al vencido. Las damas vertian pomos de azahar, y arrojaban ramilletes de flores en honor del caballero, que fué llamado por la reina del torneo, para recibir de sus manos la prez con tanta gloria conquistada; pero el triunfante paladin se cuidó mas de socorrer á su contrario derribado; y apeándose con presteza acudió á sacarle el asta que habia penetrado por la rejilla de la visera hiriéndole mortalmente.

— No habeis sido vos, le dijo el príncipe todavía orgulloso en su desgracia: no habeis sido vos el vencedor: yo solo he podido vencerme, y darme la muerte.

— ¡Gaston! esclamó el caballero profundamente conmovido, al ver el rostro de su contrario.

— ¿Quién sois? Decidme vuestro nombre... sepa yo al menos quien ha sido causa de mi derrota y de mi muerte.

---

(1) Hecho histórico.

Lám. 24

— ¡Yo soy Jimeno! ¡yo soy el azote de vuestra familia...! ¡yo soy el vengador de Blanca de Navarra...! He peleado sin conoceros... ¡ah! teneis razon: yo no os he dado la muerte: es la Divina Justicia que me ha escojido por instrumento de sus altísimos decretos.

—¡Jimeno! ¡Jimeno! esclamó el príncipe moribundo: quítame ese guantelete, sácame ese anillo.... y llévaselo á mi madre....

— ¡A Leonor! ¡Yo presentarme á la condesa....!

— ¡Sí, que tambien mi madre... como yo.... habrá de tenerte presente en su último trance!

Dueño Jimeno del anillo del príncipe, tornó á cabalgar, y en vez de acudir ante la reina del torneo, partióse del palenque, y huyó de la ciudad sin descansar en ella un solo instante.

Apenas desapareció el vencido, los ojos de la multitud se volvieron hácia el que en tierra yacia derribado. Sus escuderos se apresuraron á quitarle el yelmo, y al descubrir su róstro lanzaron un grito de terror. ¡Don Gaston de Fox habia espirado!

Pocos dias despues fué con rejia pompa enterrado en Burdeos, y por mucho tiempo llorada su desgracia en todo el reino de Navarra, y en el medio dia de Francia; pero el nombre del matador siempre pasó desconocido. El vulgo ignorante atribuia á la casualidad tan inesperada catástrofe: la historia, y las personas enteradas en los horribles secretos de la casa de Fox á justo castigo del cielo (2).

Este suceso confirmó á Jimeno en su invariable propósito; pues le hizo entender que habia adivinado, por decirlo asi, el pensamiento de la Divina Providencia; y pasó muchos años esperando confiadamente en que Dios le [illegible]aria para descargar su brazo, sobre el principal autor de aquellos crímenes.

De tiempo en tiemp[illegible] solia aparecerse en Navarra, ya para contemplar de cerca á Catalina de Beaumont, para instruirla, y modelar su espíritu por el tipo de Blanca que nunca se apartaba de su mente; ya para informarse de la situacion politica del pais, de las esperanzas, mas ó menos fundadas, que tenia doña Leonor de ceñir sus sienes con la corona de Carlos y de Blanca de Navarra.

Al comenzar el invierno de 1478, cuando el rey don Juan II habia entrado en los ochenta y dos años de edad, Jimeno que acababa de verle en Barcelona, conoció en su semblante los sintomas de su próximo fin. Acudió presto á Navarra, armado de todas armas, provisto de corceles y escuderos para entrar, segun el fuero en los goces y preemi-

(2) «Quedando condenados á perpetuo luto y amargura los Padres (de don Gaston) en quienes iba, como quieren muchos, esplicando su actividad el veneno que dieron á la Infanta doña Blanca» *Epitome de los anales de Navarra.* p. 518.

nencias de infanzon navarro. Solicitó servir de mesnadero de doña Leonor, aunque renunciando á los gages que por tal concepto se le debian, y entonces fué cuando por vez primera se dejó ver de la condesa. Seguro estaba de no ser por ella conocido: Leonor no habia visto su rostro mas que una vez, y solo por la visera de la celada, cuando en el castillo de Ortés le afrentó con tanta ignominia delante de la corte, delante de su amada, arrojando del alcázar por infame y mal nacido, al mismo cuyo ilustre orijen ella mas que nadie conocía. Pero el rostro de Jimeno habia sufrido notables alteraciones en quince años de sombrios pensamientos, de soledad completa. Sobre todo su condicion y sus modales eran distintos; de bruscos, francos y arrebatados, tornáronse suaves, frios y reservados: su injenio inculto mostrábase ahora con las flores de las ciencias adornado.

El rostro de Jimeno hizo, sin embargo, profunda impresion en el corazon de la reina, impresion estraña, indefinible que al principio le pareció de temor ó de repugnancia, y que poco despues quedó claramente marcada con el sello de las mas irresistibles simpatias de la pasion mas ardiente.

El primer salto de gozo que dió el corazon de Jimeno despues de la muerte de la princesa de Viana, fué cuando su penetrante mirada sondeó el alma enamorada de la reina gobernadora: el amor habia precipitado las desventuras de Blanca, el amor debia labrar su venganza. Desde entonces quedó convertido el infanzon en verdadero seductor. Si en la corte se aplaudia una hazaña, su autor era don Alfonso de Castilla; si se hablaba de galas, y de gentileza, de propósito para ensalzar á don Alfonso parecia; y si de ciencias y de estudios se trataba, los mismos abades reconocian superior á don Alfonso. Asediado el corazon de Leonor tan habil como apretadamente, rindióse al fin, rindióse sin condiciones, pocos dias antes de la muerte del rey.

Jimeno, como hemos visto, abusaba de su victoria; bien es verdad que Jimeno habia combatido, no para tener un prisionero, si no para tener un siervo, á quien atormentar caprichosamente y arrojar despues al circo para pasto de las fieras.

La historia de Inés será mucho mas breve: puede compendiarse en pocas palabras: hacerse olvidar de dos ingratos; el mundo y Jimeno; y no olvidarse jamás de Jimeno y del mundo: pagar el mal con el bien; tal fué el jeneroso pensamiento de Inés durante quince años, como lo habia sido desde su fatal encuentro con el capitan de las Bárdenas.

Al rumor de las calumnias esparcidas en el castillo de Ortés, huyó temblando á refujiarse en el seno de su querida Raquel, donde creyó encontrar á Jimeno; pero Jimeno, su esposo, habia desaparecido, sin dejar para ella una sola palabra de consuelo; abandonándola y abando-

nando á Raquel, y á Chafarote, como si desde aquel instante quisiese romper con su pasado, y flotar errante y á merced de las olas del mundo; semejante á la tabla rota de un naufragio, perdida en el Océano.

No atreviéndose la aflijida doncella á permanecer en la cabaña de la hebrea, donde pudiera ser hallada facilmente por los satélites de la condesa, salióse fuera, y andaba orillas del rio, devorando en su corazon los mas crueles pesares, cuando sus vagos ojos se fijaron en un bulto que venia arrastrado en la corriente, y que se detuvo entre unos juncos y espadañas. Era el cadáver de una mujer ahogada, y cuyo rostro estaba horriblemente desfigurado : avínola entonces un negro pensamiento : quizá tenia delante un ejemplo de desesperacion; tenia sobre sí un cúmulo de dolores insoportables, para sus débiles hombros, tenia el abismo á sus pies; con un solo paso que diera sus padecimientos habian terminado. Pero Inés tenia tambien el cielo sobre su cabeza, tenia tambien ante sus ojos la imájen de Jimeno, á quien podia ser útil, en su soledad, en su tristeza, en su venganza; y no necesitó mas para horrorizarse de aquella tentacion, cayendo de hinojos, y pidiendo á Dios perdon, y fortaleza para soportar los padecimientos que la esperaban.

Entonces tomó la irrevocable resolucion de separarse del mundo para siempre : aquel cadáver la sujirió una idea : la de morir enteramente para los hombres, y conseguir por este medio, que la impía Leonor cesase de perseguirla, y el mundo de pronunciar su nombre. Aguardó á que viniese la noche, se desnudó de su manto y de sus tocas, dejólos á la orilla, no lejos de la mujer ahogada, y se dirijió á la choza de Raquel para comunicarla su pensamiento. No queria entrar en un monasterio; porque no se consideraba enteramente libre para pronunciar los votos sagrados, despues de sus desposorios con Jimeno: queria ademas vivir para él y favorecerle invisiblemente en todos los peligros de su vida, y prestarle ayuda en sus buenos propósitos : su fecunda imajinacion la presentó luego la idea de una cueva solitaria, y de una ecsistencia consagrada á la caridad, y á la oracion : ecsistencia que la daria cierto influjo, del cual podria aprovecharse en favor de su ingrato esposo. Pero este plan no podia llevarse á cabo mientras el cielo quisiese conservar la vida á Raquel. Inés era demasiado jenerosa y delicada para anteponer sus gustos y sus proyectos, al cuidado de la anciana que la habia servido de madre. Partiéronse las dos aquella misma noche, acompañadas del escudero, huyendo de las iras de Leonor; y en uno de los valles mas retirados de Navarra, vivieron juntos, y con nombres supuestos, hasta la muerte de Raquel, que no se hizo esperar mucho tiempo

Desembarazada Inés de este cuidado, pudo seguir su plan, y obtenida licencia del abad de Irache, ocupar una antigua ermita, cerca del santuario de Nuestra Señora de Rocamador, á cuyo servicio se consagró con el fervor mas puro. Chafarote tampoco la abandonó en su nueva vida; pero de las penitencias de su ama, solo adoptó el sayal: los cilicios y los ayunos, los ayunos sobre todo, eran reglas impracticables para el antiguo soldado de las Bárdenas. Raquel habia legado á su hija adoptiva una suma respetable de florines, y sobre todo la habia dejado tan recomendada á los judíos, que por su medio consiguió esta tener noticias de los puntos mas remotos, y poner dinero en manos de ausentes. Así pudo favorecer á Jimeno, donde quiera que se hallase, y comisionar á personas estrañas que siguiesen todos sus pasos. Desde el fondo de aquella oscura caverna, seguia como una madre los pasos de aquel hijo descarriado: adivinaba sus pensamientos, evitábale mil peligros con sus consejos; y persuadida de que era una empresa noble y santa la de castigar á la condesa de Fox, empleando el terror para despertarla del profundo letargo de sus crímenes, no habia vacilado en asociarse tambien á los proyectos de Jimeno, desde el momento en que pudo vislumbrarlos.

Ahora los acababa de ver con toda claridad. Jimeno en su delirio le habia revelado todo: Jimeno en el punto mismo de poner por obra el pensamiento de su vida entera, estaba tendido, postrado en el lecho, imposibilitado de dar un paso. ¿Qué habia de hacer ella sino lanzarse fuera de la ermita, y empapada en el pensamiento y en los afectos de Jimeno, obrar como si fuera Jimeno mismo?

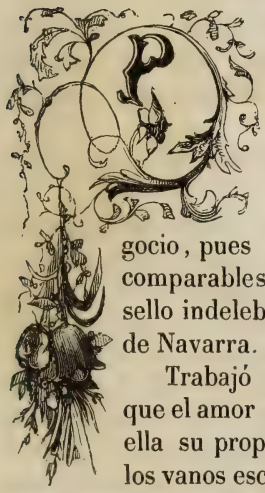
Verdad es que la mal estinguida llama de su amor, habia brotado súbito de las cenizas, con la presencia de su amante; y que este amor venia acompañado de los antiguos tormentos de los zelos; pero Inés no habia olvidado las súblimes lecciones de abnegacion que practicó quince años atrás. Inés, despues de tantos sacrificios, no aspiraba ya al amor de un hombre: aunque este hombre se llamase Jimeno, no podia ser la recompensa de una pasion tan noble, tan pura, tan acendrada. Inés habia sufrido tanto, que ya se deleitaba en sufrir: su pecho se apacentaba con dolores; porque su alma iba á salir de la cárcel de aquel cuerpo atormentado, acrisolado, para llegar sin mancilla al trono del Señor.

Salió Inés á impedir las bodas del mariscal con Catalina: es decir, á favorecer, segun ella creia, los amores de Jimeno.

Lám. 23

CAPITULO XIX.

De cómo se concertaron los desposorios del Mariscal y de Catalina; y de lo que avino á los novios el dia de la boda.



Pero el conde de Lerin no perdió un solo instante para llevar á cabo su pensamiento; y desplegaba toda su energia y actividad en apresurar la boda de su hija. Los esfuerzos y afanes que le habia costado arreglar este negocio, pues él no lo consideraba de otra manera, eran solo comparables á los que hacia á la sazon para marcar con sello indeleble la alianza de las dos familias mas poderosas de Navarra.

Trabajó ante todas cosas en convencer á Catalina de que el amor á la patria le imponia el deber de sacrificar por ella su propia felicidad, si necesario fuese, y mucho mas los vanos escrúpulos de su conciencia suscitados por el despecho y por los celos de un aventurero, que apesar de su origen villano, recientemente descubierto, habia osado levantar los ojos hasta la ilustre patricia de régia progenie.

No le quedaba al conde otro recurso que el de luchar abiertamente con don Alfonso de Castilla, y como la vida misteriosa de este personage, y su conducta equívoca con la reina se prestaban tanto á la

maledicencia, facil le fué, si no persuadir, infundir al menos sospechas á Catalina contra el hombre que tan duramente se oponia al logro de sus deseos. Por otra parte, jamás la inocente niña se habia imajinado que cabia en lo posible resistir formalmente los mandatos de un padre: y alarmados su piedad y respeto filiales, encerró en su corazon los terribles secretos que Jimeno le habia revelado, y con un gozo no exento de sobresaltos, bajó los ojos, y prometió temblando completa sumision á los preceptos de su padre.

Faltábale á este remediar otra desgracia: el reto del mariscal aceptado por don Alfonso. Sabia muy bien que don Felipe de Navarra era demasiado pundonoroso para aceptar, y cumplir religiosamente las condiciones del vencedor, en caso de ser derrotado en la lucha, y sabia tambien cuan grande era el valor y la destreza de su adversario. para dudar del vencimiento del mariscal. Si aquel duelo se verificaba, sufrian sus planes un completo trastorno: á pesar de la pujanza y brios de su futuro yerno, seria vencido por su enemigo, y las condiciones de este que le obligaban á renunciar para siempre á la mano de Catalina.

— ¡Si al menos fuese hombre de dejarle muerto en el campo! pensaba el conde, rascándose la oreja: pero... ¡ca! se contentará con desarmarle, ó con hacerle un rasguño, con botarle al suelo, y... todo está perdido. — Todo no... ¡qué diablos! No es hombre el conde de Lerin que consienta tan fácilmente en su propia ruina. Dos caminos de salvacion me quedan todavía: uno de ellos seria hacer de modo que ese don Alfonso, ó don Jimeno, ó don Diablo, despachase al mariscal; pero... pero...

El conde se detuvo un rato acariciando esta idea en su imajinacion; y luego saltó de repente:

— Nada, nada: resistamos la tentacion. Don Alfonso ha dado pruebas de ser tan pícaro como yo, y si él se ha empeñado, cual presumo, en vencer al mariscal, tan solo para imponerle condiciones; no le sacaremos de sus casillas, ni con toda la artillería de mi alcázar: fuera de que, añadió encojiéndose de hombros, y cerrando casi del todo sus pequeños ojos de lince: para ciertas cosas nunca es tarde. Otro camino es el hacer imposible este duelo. Don Alfonso es mi enemigo, yo he roto con él: *los enemigos claros*, dice el refran: claros en el sentido de que se vean bien, y claros en el sentido de que no estén muy juntos; es decir, que no sean muchos: de consiguiente, segun este refran, no hay inconveniente en entresacar del número de mis enemigos, que no es flojo, media docena de ellos .. principiando por don Alfonso. ¡Vamos, esto es hecho!

Y restregándose las manos, despues de dejar sosegada á Catalina,

salió en busca de don Felipe á quien habia prometido esplicar las aventuras de su rival.

Movido el conde nada mas que de los escrúpulos de su meticulosa conciencia, y del acendrado cariño al mariscal, y reconocido celo por el lustre de su nombre, le declaró la historia de Jimeno, su orijen infame, su profesion de bandido; recordándole tambien que del alcázar de Ortés habia sido ignominiosamente lanzado: no hay que decir que el conde no pronunció una sola palabra acerca de los papeles quemados por la condesa de Fox, y los cuales probaban la ilustre cuna del antiguo capitan de bandidos.

Tan ríjidos eran entonces los caballeros en achaque de blasones y de linaje, que don Felipe se horrorizó de pensar que hubiera podido medir sus armas, si saberlo, con un hombre semejante; y como los villanos eran reputados entonces por esclavos, quiso tratar como á tal al supuesto don Alfonso; al infame judio que habia osado poner los ojos en Catalina, y aspirar á su mano. Al emprender la marcha para buscarle en el Campo de la Verdad, llevó consigo media docena de bellacos, y mal intencionados escuderos, para que castigasen la insolencia del impostor y le moliesen á palos, como hubiera podido hacer con uno de sus ínfimos vasallos. Pero á la media docena de los susodichos escuderos, la prevision del conde añadió otra media de gañanes diestros, aguerridos, y desalmados sobre todo; los cuales llevaban órdenes mas severas que las de aplicar á don Alfonso una correccion fraterna, puesto que se estendian hasta dejarle tendido en el campo, y en disposicion de no volver á levantarse.

El mariscal dió la vuelta á Lerin despues de su paseo por el Campo de la Verdad; y un poco mas tarde, llegaron los escuderos que sobrevivieron á la catástrofe, los cuales juraron y perjuraron al conde que habian dejado al retador tan muerto, por lo menos, como sus compañeros de espedicion.

Tranquilo ya por este lado, pasó don Luis á la celebracion de los contratos con el mariscal, que se mostró franco y jeneroso, cual de costumbre. El conde anduvo moderado: contentóse por el pronto con los veinte castillos que habia perdido, los cuales venian á componer como la mitad del reino. Muy buena parte de la otra mitad, pertenecia á su futuro yerno; de manera que el conde venia á ser con semejante alianza, mucho mas poderoso que la reina, mucho mas que todos sus enemigos juntos; sobre todo contando, como contaba, con la intervencion y ausilios de su cuñado el rey don Fernando el *Católico,* que trabajaba en el proyecto de unir en sus sienes las tres coronas de Aragon, de Castilla y de Navarra.

Ya sabia el conde de Lerin que semejante alianza no podia ser du-

radera. Por mucha autoridad que tuviese el mariscal en su bando nunca lograria que ciertos caudillos siguieran su ejemplo; y por mucho amor que profesara á Catalina, no podria resistir al hábito de aborrecer, y á ciertas revelaciones que al fin y al cabo habrian de llegar á sus oidos; pero si él tomaba posesion de los castillos ¿qué le importaba que por la centésima vez ardiese la guerra en toda aquella pobre y decrépita monarquía? Mejor para él: dueño ya de la mitad del reino; tendria pretesto para conquistar la otra mitad, y llamar á don Fernando al sólio de Navarra.

Entonces ya no seria el magnate de una corte pequeña, turbulenta, y continuamente amenazada; seria al favorito de un monarca de tres coronas á quien habia regalado una de ellas.

Perfectamente combinados los planes del conde, dependian sin embargo de una circunstancia: del enlace del mariscal: ó reduciendo la cuestion á mas sencillos términos, dependian de la entrega de plazas fuertes, principalmente de las fronterizas de Castilla, como Viana, Lodosa, Cácar y Azagra; y muy mas especialmente del recobro de las dos primeras, sin las cuales seria dificil que las tropas castellanas de don Juan de Rivera, acantonadas en Logroño, pudiesen penetrar en Navarra, llamadas por el conde de Lerin.

Señaló pues en los contratos como condicion precisa, la entrega de los castillos de Viana y de Lodosa el mismo dia de la boda, la cual se habia de verificar á la mañana siguiente, muy en secreto, de manera que á todos sorprendiese la noticia, cuando ya el hecho se hubiese consumado.

Apenas firmó don Felipe los escritos que plugo al conde dictar, y apenas este se hubo apoderado de los papeles, cuando mandó llamar á los oficiales y caballeros de su confianza para que secretamente, provistos de los contratos que irian mostrando á los alcaides, tomasen posesion de los castillos del mariscal. Dado este golpe audaz, el conde arrostraba las consecuencias, poco temibles por cierto para él: sin duda el novio llevaria muy á mal aquella precipitacion, que indicaba suma desconfianza; pero lo esencial para el suegro era la recuparacion de sus estados; no el halago y contentamiento de una persona con quien no podia vivir en paz mucho tiempo.

La víspera de la boda marchó don Felipe á su castillo de Larraga, el mas próximo de Lerin, para tornar muy de mañana á recibir las bendiciones nupciales, acompañado tan solo de un par de amigos de toda su confianza.

Aquella noche no pudo el conde cerrar los ojos á pesar de toda su calma y frialdad, á pesar de la seguridad de sus cálculos. Nada debia inspirarle sin embargo temores ni recelos. El mariscal arrebatado por la

pasion, no imaginaba siquiera que pudiese estar sirviendo de instrumento á los ambiciosos proyectos del conde: se habia partido mas enamorado que nunca: debia volver dentro de pocas horas radiante de amor y de felicidad trémulo de impaciencia, ansiando dar la mano á Catalina, sin presumir ¡incauto! que daba con ella todo un reino al caudillo beamontés. Aunque quisiese arrepentirse de su primer impulso, nada importaba; ya era tarde: su firma estaba al pie de los contratos, y autorizada con ella la devolucion de los castillos. Con estos documentos iban los emisarios del conde de punto en punto reclamando las plazas, y poniendo guarniciones á su devocion. El conde sin embargo no tenia sosiego de cuerpo, ni quietud de ánimo: por mas que procuraba divertir su fantasía no podia apartar de ella la imágen ensangrentada del mariscal don Pedro de Navarra, que envuelto en luengo sudario, se alzaba del abismo, y con su mano descarnada, separaba las manos de los amantes, arrodillados al pie del altar. Revolviase el asesino, bañado en sudor, en el frio lecho, y recordaba con miedo la desaparicion del arma fatal con que perpetró el crímen en la torre *de la traicion*, desaparicion que habia notado despues del incendio sin que supiese á quien atribuirla.

Al pronto sospechó de maese Arnal; pero se hubo de convencer de su inocencia, cuando le hizo una visita en su taller, y al hablarle de este asunto fijó sus ojos en la honrada fisonomía del artífice: los ojos del conde no se engañaban jamás.

Tampoco pudo conciliar el sueño otra persona en el castillo de Lerin; tambien por su fantasía cruzaba un tropel de imágenes; pero risueñas, blancas y tranquilas. Catalina de Beaumont habia cedido mas bien á los impulsos irresistibles de su corazon y al noble afan de calmar los dolores de su patria, que á los esfuerzos y mandatos del conde: Catalina miraba unidos aquel dia, el bien del reino y su propio bien: Catalina que habia escuchado con asombro y con dolor las hazañas del mariscal en la guerra, veia con inmenso júbilo su magnánimo desprendimiento en la paz. Las únicas alarmas de su pecho eran ciertas vagas inquietudes del pudor; ciertos pensamientos que pasaban como nubes encendidas por el límpido cielo de su frente virginal: temores indecisos que se transforman en confianzas; confianzas que se convierten en temores; sueños cándidos que acaban por teñirse en el arrebol de la vergüenza; presentimientos indefinidos de una vida que se desconoce; tierna despedida del solitario lecho que se abandona, testigo de tantas lágrimas, de tantos suspiros, de tantos ensueños dulces y venturosos, de tantas ilusiones, de tantos secretos, al parecer poco importantes, y que la muger mas franca no confia jamás á su mejor amigo.

Mas de repente, todo ese misterio de sentimientos que se agolpan al corazon de una jóven, que va á desprenderse de la corona de azucenas virjinales, se fué disipando para dar lugar á temores mas pronunciados. Catalina recordó las palabras de don Alfonso acerca de la muerte de don Pedro de Navarra; y por mas desautorizado que el infanzon estuviese en boca del conde, la ilustre nieta de cien reyes comenzó á sospechar que si don Alfonso era villano, tambien los villanos podian decir verdad.

Tomó entonces una resolucion que tranquilizó su ánimo, incapaz de disfrazar sus sentimientos: resolvió manifestar al mariscal todas sus sospechas, antes de pasar á recibir en la capilla del alcázar las bendiciones del sacerdote.

Si el mariscal á pesar de semejantes revelaciones la llevaba al altar, la dicha de Catalina no tenia límites. Catalina se lisonjeaba de que así sucederia: de todo dudaba menos del amor del mariscal. Se levantó, y se miró al espejo para confirmarse en este juicio; pero mas que al espejo de cristal veneciano que tenia delante, se miró al espejo de su propio corazon, y su corazon ingenuo y apasionado le dijo que aguardase con sosiego.

En sus mejillas se notaba una dulce palidez, en sus ojos un placer que todavia no era sereno, en su pecho una inquietud que no nacia de temor, en sus labios unos suspiros que no eran de dolor sino de anhelo.

Sentóse al tocador para aderezarse de boda: acompañábanla sus damas esmerándose en realzar la peregrina belleza de su rostro; y cada palabra de ellas que no comprendiese, cada rumor que á sus oidos llegase bastaban para encender y ajitar su pecho, que se amedrentaba de la llegada de su amante, al mismo tiempo que ardia en ansias de verle.

Terminada la prolija operacion de su tocado, blanca, sencilla y pura como el armiño, desdeñando toda otra compañia que la de sus propias imajinaciones, estaba aguardando á Felipe en el antepecho de una ventana de donde se veia el camino de Larraga, y aun que rendida de cansancio, su impaciencia no la permitia permanecer sentada.

De repente sintió pisadas fuertes, pisadas de hombre, y se estremeció de gozo y de inquietud.

Llamáron á la puerta.... Ni voz tenia para responder. El que llamaba entró sin aguardar respuesta. Era su padre.

— ¡Vamos, vamos! ¿qué poca pereza has tenido este dia? le dijo el conde, con aire jovial.

Catalina no podia hablar de vergüenza: bajó los ojos encendida como la cuna del sol. La rosada luz del alba, teñia sus blancas tocas

Lám. 25

de un color de ópalo suave: sus manos nacaradas deshacian las trenzas de oro de su largo cinturon.

— ¡Que bella! ¡que inocente! murmuraba el conde, contemplándola con ojos paternales: ¡oh! no es estraño que el mariscal haya perdido el juicio.

— ¿No ha venido? pregunto timidamente la doncella.

— No tardará en llegar: tiene que andar dos leguas de camino; de mal camino.

— No.... no, si yo no digo.... si no tengo prisa.

— Lo creo, dijo el conde con benévola malicia: lo creo. — Pero ¿cómo es eso? ¿Tú sin dueñas? ¡Sola en estos momentos!

— Sola, sola estoy mejor.... ¡Ah! ¡Si mi madre viviera!

— ¡Tu pobre madre! Es verdad: mucho debes sentir su falta en este dia.... Pero ¡como ha de ser! Tú has perdido una madre, y ganas un esposo; pero yo que perdí una esposa, pierdo tambien una hija....

— ¡Oh! no, padre mio: nada perdeis aunque yo me case; pero ¿es verdad que voy á desposarme? preguntó Catalina con inquietud.

— Me parece que si; dijo el conde sonriéndose tranquilamente.

— Pero.... el mariscal no viene....

— Otros debian venir antes que el mariscal, dijo el conde entre dientes, dejando sola á su hija.

Así pasó algun tiempo la bella desposada, en cuyo corazon iba poco á poco arreciando la lucha del temor y de la esperanza.

El conde con semblante sereno y paso grave entraba cien veces y salia en el espacio de una hora; asomábase á la ventana; pero sus ojos no se fijaban en el camino de Larraga, por donde debiá venir el mariscal, sino en el opuesto en el de Viana y de Lodosa. Las facciones inmóviles del anciano se contraian entonces con ciertas señales que en ningun otro significarian nada, y en él denotaban la mayor inquietud.

— Pues señor, no vienen, dijo una vez al separarse de la ventana.

— ¿A quien mas esperais? le preguntó su hija.

— A nadie mas que al mariscal.

— Habeis dicho *no vienen*.

— No suelo decir ni palabra, ni letra de mas; repuso el conde con alguna sequedad, hija de sus graves cuidados.

— ¡Ah! ¡Padre mio! esclamó Catalina: confesad que os inquieta su tardanza....

— ¿Cual?

— La tardanza de don Felipe.

— La tardanza.... de.... don.... Felipe.... repitió el conde maquinalmente, acercándose á la ventana, con la mano sobre los ojos, para

quitarse los rayos del sol. — ¡Ya no, ya no! añadió de repente, con energía y satisfaccion.

— ¿Le habeis visto? esclamó Catalina, precipitándose á mirar el campo.

Pero se quedó parada, fria, cuando tendiendo la vista por el camino de Larraga, le vió solitario, desamparado. Al mismo tiempo observó con inquietud el rostro de su padre : siguió con los ojos la direccion de sus miradas, que estaban fijas en un caballero armado, que á todo escape venia de Lodosa.

— ¿Quién es? ¿quién es ese caballero? Viene armado, viene de Lodosa.... ese no puede ser Felipe....

— No, no es Felipe : pero es el que me trae noticia de que mis guerreros han tomado posesion de los castillos de Felipe....

Dijo don Luis acudiendo á recibir al mensajero, con tal impaciencia aguardado.

Entretanto el mariscal, cuya falta tanto inquietaba á Catalina, no sentia menor anhelo de llegar á sus brazos.

Sin cuidarse de grandes galas y atavios, lanzóse fuera del castillo de Larraga, cuando asomaba el sol por el oriente. Los vivos colores de su semblante, la serenidad de sus miradas y la ufanía de su continente, daban indicios de la ventura en que rebosaba su corazon.

Apenas descendió de la colina en que estaba situado el edificio, el jeneroso corcel, sin ser ostigado del acicate, emprendió una marcha lijera, á trote largo, gallardeándose con el bizarro dueño que sustentaba, dando ardientes resoplidos, sacudiendo las crines y encorvando la cola, ostentando, en fin todas sus jentilezas, como si conociese que llevaba el mas apuesto caballero de Navarra, á los brazos de la mas noble y hermosa doncella de la tierra.

La alegria de Felipe se acrecentó con las risueñas tintas de la mañana, en que se arrebolaban las crestas de los montes, la copa de los árboles, y el techo de los edificios.

Dos amigos le acompañaban; pero la grande felicidad es egoista, es delicada, y no quiere esponerse á ser turbada con la comunicacion. Felipe se adelantó por instinto á sus compañeros : no queria hablar; no podia pensar, sentia nada mas; miraba los cambiantes del sol, escuchaba embebecido el canto de los pájaros; recordaba confusamente todo lo pasado, y veia tambien en dulce confusion todo lo porvenir.

Así se fué internando en un bosque de robles y de pinos, por el cual atravesaba tortuoso el camino de Lerin; y al llegar á una encrucijada salió una voz que resonó bronca del medio de los árboles, haciéndole estremecerse involuntariamente.

— ¡Alto, señor sobrino, alto ahí, si os place recibir los buenos dias de un pariente!

Era la voz de mosen Pierres de Peralta, que desterraba á Felipe del paraiso de sus ilusiones.

El mariscal se puso mas encarnado que un niño, sorprendido en alguna travesura propia de su edad.

— ¡Vos por aquí, señor tio! esclamó con turbado acento.

— ¡Caramba! ¡Y cuál madrugas con estas pícaras mañanas de invierno! dijo el de Peralta, plantándose en medio del camino: Yo por mí no lo siento; que ya estoy mas curtido y amojamado que una cecina colgada al humo; pero ¡tú con esos colores de pastora, y esa tez de dama de estrado!

— Pues bien, tio; me alegro que estéis tan bueno y tan fuerte: tengo prisa.... ya nos verémos.... ¡á Dios.... hasta la vista! dijo el mariscal disponiéndose á proseguir su marcha.

— ¿A donde vais, señor sobrino, á donde vais?

— ¡Voto al diablo; señor tio, que ese tono me indica que el encuentro nada tiene de casual! Pues bien ¡pésia mi vida! veinte y cinco años tengo; padres no, tutores no he menester: voy donde quiero; hago lo que se me antoja; y á Dios ¡á Dios, por segunda y última vez!

— ¡No tienes padre! ¡Infeliz! ¿y qué ha sido de tu padre?

— Cuentas viejas son esas, que ahora no quiero recordar.

— ¿Donde está tu padre, te pregunto, rapáz mal aconsejado?

— Mi padre está ¡vive Dios! á donde vos iréis muy presto, sino me dejais marchar.

— Sí; tú padre está en el sepulcro: y yo vengo á decirte cual ha sido la mano traidora que lo ha derribado.

— Patrañas si que me contariais, si yo tuviese aguante en escucharlas.

— ¿Quién demonios te ha trastornado el seso de semejante manera? preguntó el anciano caudillo con rudo asombro.

— Hablemos claro, señor tio: yo voy á casarme con doña Catalina de Beaumont, mal que os pese, á vos, y á todo mi bando: y ahora vista la inutilidad de otras tentativas, quereis salirme por el registro de la muerte de mi padre, que está en gloria, achacándosela al conde de Lerin. ¿No es eso, señor tio? Pues á Dios, y salís horro de mentira; porque os juro, y perdónenme vuestro parentesco y vuestras canas venerables, magüer que salpicadas con sangre del obispo; os juro que no os creo palabra, mientras no me traigais pruebas.

— ¡Por los cuernos de Barrabás...! esclamó Peralta, echando mano al pomo de la espada: Pero no quiero enfadarme, sobrino; me gusta tu lenguaje, franco y duro como el mio. Navarros somos de buena

ley, y no ese renegado conde de Lerin, que tiene mas de castellano que los ducados con que le paga su traicion el rey Fernando. ¡Ea, pues! Franqueza con franqueza, mariscal, que no me gustan gazmoñerías, y sonrisitas, y palabras de miel, que llevan dentro la ponzoña: vas á casarte con doña Catalina; corriente... Yo lo he sabido esta misma noche, y sin acostarme una hora siquiera, desafiando las tinieblas, la escarcha y el mal camino, he venido de Estella, ¡lléveme el diablo! que si tiene trazas de llevarme, sin otro objeto mas que el de impedirte que te cases, y recordarte la promesa que hiciste hace tres dias delante de la reina.

— ¡Ah! ¡ah! dijo Felipe, prorrumpiendo en una carcajada: ¿con que nada mas por eso llevais ese mal rato, pobre tio...? A dios, á dios, y tornad al lecho, por San Fermin bendito, que á vuestra edad son muy peligrosas las malas noches.

— ¡Cómo! ¿Tan descastado serás, tan villano y fementido, que despues de tantos años de inútiles furores dejes ahora impune el asesino?

— Pero ¿quién es? ¿quién es?

— Es el conde de Lerin, y me alegro; porque yo te he dicho siempre que aquella maraña de Pamplona no pudo ser urdida sino por el conde: Ugarra el rejidor, de acuerdo estaba con el conde; y Ugarra pereció, porque los traidores no deben sobrevivir á la traicion, y pereció con su secreto á manos del conde; y tú, y tu padre entrasteis en la torre, dejando fuera vuestros compañeros, porque os quiso dividir el conde; y allí en la torre estaba el conde; y allí fuisteis desarmados por disposicion del conde; y allí tu padre indefenso murió asesinado por el conde.....

— ¡Callad, callad, mosen Pierres, que si fuera cierto lo que decís bebería toda la sangre del conde! pero ¿la punta del puñal homicida que traigo siempre conmigo, es tambien del conde por ventura? Mientras esto no me probeis, nada hemos hecho, señor tio.

— Eso es justamente, lo que vengo á probarte.

— ¿Cómo?

— ¿Cómo ha de ser, por vida mia? Presentándote la otra mitad que conmigo traigo yo tambien.

— ¿La otra mitad del puñal...?

— Es daga.

— Veámosla, dijo el mariscal, desabrochándose el jubon y sacando la punta de una arma que traia en una pequeña bolsa.

Sus dedos trémulos y crispados no le permitian andar de prisa en estas operaciones.

— Aquí la tienes; repuso mosen Pierres, desenvainando una daga

con la hoja partida casi por mitad.

— Los dos pedazos deben ajustar perfectamente.

— Tiemblas como un azogado, y no podrás unirlos en toda tu vida. — Trae aquí...! — ¡Miralos!

— ¡No hay duda! dijo el mariscal, pálido como la cera.

— ¡Toma! ¡como que forman parte de un todo!

— Pero falta saber quien es el dueño de esta daga, quien la tenia.

— ¿Pues no lo he dicho ya, voto al demonio?

— ¿El padre de Catalina?

— Justamente.

— ¿Y eso quién me lo asegura? ¿y eso quién lo prueba? preguntó don Felipe temblando; porque yo quisiera persuadirme aun de que mentís, señor tio.

— Mira el pomo, ¿conoces ese escudo?

— ¡Las armas del conde de Lerin! ¡Esa daga, esa daga! ¡A mi me pertenece!

— No te la doy, si primero no me juras...

— ¡Ah! ¡Muchos años hace que lo he jurado! repuso el mariscal con ronco acento y con feroz sonrisa: ¡sangre por sangre! ¡vida por vida!

— Te reconozco al fin, sobrino: venga esa mano.

— No, mi mano se guarda para Catalina.

— ¡Cómo! ¡Marido tú de la hija del conde!

— He ofrecido matar al asesino; pero tambien ofrecí casarme con la hija del conde.

— ¿Y nada mas, nada mas que casarte con su hija?

— Y entregarle hoy los castillos de Viana y de Lodosa.

— ¿Y eso tambien estas dispuesto á cumplir?

— ¡Cuerpo de tal! señor tio ¿no es una promesa como todas?

— Si, pero es promesa necia: una promesa que abre las puertas del reino á los castellanos; una promesa que eleva al conde sobre tí...

— ¡Ah! repuso Felipe con sonrisa cruel: no temais que don Luis disfrute mucho tiempo de los bienes que le cedo. — Adios, señor tio: decid á esos caballeros que apresuren el paso.

Y dando un espolazo al caballo, prosiguió el camino de Lerin.

Mosen Pierres dejó pasar los amigos del mariscal, repitiéndoles la orden de alcanzarle inmediatamente; y cuando todos hubieron desaparecido, sacó un silvato, y haciendo una señal se vió rodeado de caballeros armados de punta en blanco.

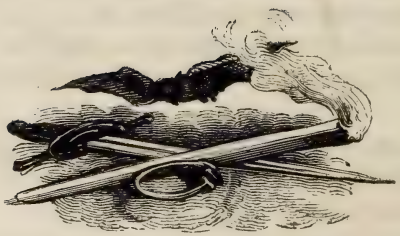
— Sancho Londoño, gritó el de Peralta: ¡á Viana, á Viana sin perder un instante! decid al alcaide que no entregue el castillo por mas que lleven órdenes escritas del mariscal: ¡Beltran de Armendariz, á Lodosa, con el mismo objeto! vosotros á Mendavia, Cárcar y Azagra:

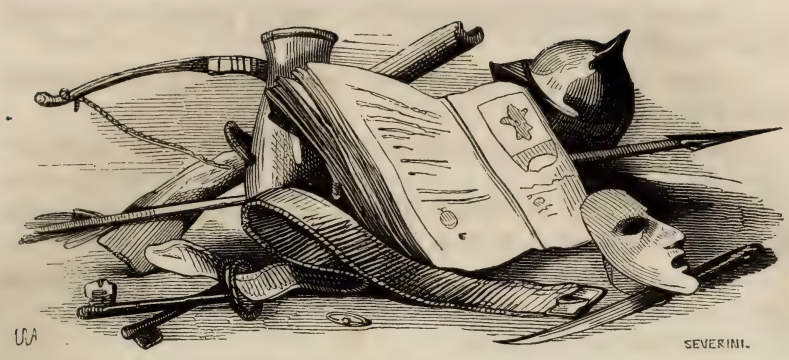
yo me quedo aquí con seis escuderos rondando las cercanías de Lerin.

— ¿Y el mariscal? ¿el mariscal? preguntaron todos.

— El mariscal es ya nuestro, y cuando volvamos á reunirnos cada uno de vosotros presentará su castillo salvado, y él os presentará la cabeza del conde de Lerin.

Y como los cascos que lanza una bomba al estallar, volaron los caballeros partiéndose por diversos caminos.





CAPÍTULO XX.

Que casi debia formar parte del anterior, por que en él se prosigue la misma materia

NA hora despues de tan fatal encuentro, y dos despues de amanecido, entraba en el taller del armero maese Arnal, un caballero, embozado hasta los ojos, y que por el lodo de las botas manifestaba haber andado á pié largo rato y no por muy buen camino, por mas que sus doradas espuelas teñidas en sangre, diesen igualmente indicios de haber descabalgado recientemente.

El artífice tolosano que andaba errante de castillo en castillo, haciendo su agosto en las continuas guerras de Navarra, se habia fijado por aquellos dias en Lerin, para servir al conde, su buen parroquiano, cuya armeria trataba de limpiar y componer en poco tiempo. Trabajaba, pues, sin descanso, ayudado de sus oficiales, cuando vino á interrumpir sus tareas la inesperada visita del caballero.

Llamóle á parte el entrante, y con mucho misterio le dijo á media voz:

— Maese Arnal, os traigo una obra, que es preciso me la despacheis al punto.

— Como no sea una cosa de poca importancia, me será imposible servir á vuesa merced.

— Se trata de una daga cuya hoja se ha partido en dos pedazos.

— ¡En dos pedazos! No hay mas remedio que echarle hoja nueva.

— ¡No, no! saltó de repente el embozado: es circunstancia indispensable la soldadura de la hoja: no la quiero de otra manera.

— ¡Vaya un capricho! Pues una soldadura de esa especie ¿de que sirve á vuesa merced? Al segundo golpe....

— Me basta con el primero.

— Bien está: pero baste ó no baste á vuesa merced, de todas maneras la operacion; ora sea de echar hoja nueva, como yo creo preciso; ora....

— Maese Arnal ha de ser la misma.

— Ora sea de soldarla, no es operacion de un momento; y yo estoy sumamente ocupado con la armeria del conde mi señor, la cual tengo que dejar corriente dentro de pocos dias, y.... vamos, me es imposible servir á vuesa merced.

— ¡No admito imposibles, vive Dios! repuso con firme acento el caballero. ¿Cuanto pensais ganar con las composturas y remiendos de las armas del conde...?

— Señor, no le bajará al conde mi señor, de veinte florines todo el costo: por que.... echad los ojos por esas corazas abolladas, por esos cascos hendidos, por esas manoplas....

— Bien; pues por la composicion pronta, instantánea de esta daga, os doy cuarenta florines.

— ¡Jesucristo!

— ¿Os admirais? Tomad, maese Arnal, tomad ese diamante por via de anticipo, y desde este mismo momento, vais á poner manos á la obra; y no me separo de vos hasta que la hayais rematado.

— ¡Jesucristo! repetia maese Arnal atónito: confieso, señor caballero, que tanta largueza y bizarria me asombra, me confunde.... — ¿Y donde está la pieza?

— ¡Tomadla! dijo el caballero, sacando de bajo de la capa la daga partida.

El armero se puso pálido, y rehusaba tomar en sus manos aquella arma, y daba vueltas al diamante, como si estuviese poco satisfecho de su adquisicion.

— ¿Qué teneis?

— ¡Esa daga, señor caballero...! dijo el artífice temblando.

— ¿Qué? ¿qué pavor os infunde esa daga? preguntó con brusca

inquietud el embozado: ¿la conoceis por ventura?

Maese Arnal miraba á todas partes con recelo; pero no se atrevia á mirar frente á frente al caballero.

—¡Señor, esa daga...! ¡Mal haya mi suerte! Alguna bruja que mal me quiere ha debido traer por aquí á vuesa merced.

—¿Porque? ¿que os sucede?

—¡Nada! Si yo fuese un desalmado capaz de comer á dos carrillos, como dicen, no me sucederia nada; porque tomaria el diamante de vuesa merced, y luego tomaria del conde....

—¿Del conde? ¿del conde de Lerin?

—¡Oh! ya lo he dicho, señor: soy un hombre honrado, y pido perdon á vuesa merced, si.... si....

—No cuarenta florines, sino ochenta, te doy cuanto tengo, todo cuanto me pidas, he de darte porque me espliques claramente el sentido de tus palabras....

—Las de su merced, señor, me hacen temblar.... porque hablar estas cosas con un desconocido, y al mismo tiempo con un hombre tan generoso....

—Desconocido yo, no soy para tí, maese Arnal, que alguna vez has pasado por mis castillos.... y.... ven aquí, ven mas léjos de tu gente: ¿me conoces? dijo el caballero descubriéndose con precaucion.

—¡Don Felipe de Navarra!

—¡Silencio! ¡Maese, silencio! Ahora cuéntame todo cuanto sepas acerca del arma que te traigo: mira que en ello me vá la vida ¡oh! ¡mas, mas que la vida!

—Señor; yo solo sabré decir á vuesa merced, que el conde de Lerin, vino un dia á mi casa, y con mucho misterio me encargó que averiguase el paradero de una cierta daga partida que le habian robado el dia del incendio; y que si llegase alguno con ella á mi taller le retuviese, y le diera secreto aviso....

—¿Con qué es cierto?

—¿Cierto qué? ¿Cierto lo que digo? preguntó el honrado artífice, casi ofendido de aquella duda.

—No: te pregunto si es cierto que esta daga ha pertenecido al conde de Lerin.

—Señor, de mi tienda de Tolosa ha salido hace algunos años; aquí está mi marca; yo vendí esta pieza al conde: y nunca mas volví á versela hasta que hace poco reparé que la tenia rota en la armeria: la tomé entre otras armas para componerla; pero el conde me puso una cara de vinagre cuando yo se la presenté, y tuve que volverla cabizbajo á su sitio.... La penitente de Rocamador me tenia encargado, que cuando á mis manos llegase una daga de esas señas le avisá-

ra; y fuí aquel mismo dia á dar parte á la sierva de Dios, que sin duda milagrosamente la ha sacado de la armeria.

— ¡Pronto, pronto, maese! ¡emprended la obra! ¡No sabeis cuanto me urge!

El artífice tomó los dos pedazos, y comenzó la operacion de la soldadura.

Don Felipe permaneció en un rincon oscuro no lejos de la fragua donde se estaba derritiendo el oro con que el artífice, quiso hacer la obra, para que tuviese mayor consistencia. Tenia algo de diabólico el rostro del mariscal medio oculto en el embozo, é iluminado por el rojizo, y por intervalos, fuerte resplandor de la lumbre: sus ojos chispeaban de cólera y venganza, aun mas que los carbones encendidos.

Al cabo de una hora la operacion estaba completamente terminada.

El artífice entregó el arma al mariscal diciéndole:

— Cuide vuesa merced, señor caballero, de que al entrar no tropiece en hueso.

— Perded cuidado, el golpe irá derecho al corazon.

— La he afilado de modo que está deseando entrar....

— ¡Oh! dices bien, replicó Felipe ¡está deseando entrar! Ahora maese, el diamante es vuestro.... contad con mayor recompensa cuando os vea mas despacio; y sobre todo, guardad acerca de esta visita el mas profundo silencio.

Y diciendo estas palabras, embozado cuidadosamente, se encaminó por la cuesta abajo.

El artífice le siguió con la vista hasta que le vió perderse en el bosque de Baigorri, y dijo para sí:

— ¡Cuerpo de Dios! ¡Creí que mas cerca estaba el objeto de su venganza!

Medio dia era pasado sin que el mariscal se apareciese en el castillo de Lerin. Lágrimas sin duelo corrian por las mejillas suavemente pálidas de Catalina, derramándose por los ricos vestidos de boda: mensageros iban y tornaban; y sus palabras en vez de mitigar, acrecentaban su dolor: no habia uno que le dijera: «yo he visto á don Felipe;» no habia uno que no volviese con siniestra faz y melancólico talante. Sabiase tan solo que el caballero saliera de Larraga muy de mañana, tomando el camino de Lerin; pero ¿qué le habia sucedido en tan corto trecho?

Mas abatida ya que temerosa; desesperada de su ventura, parecia haber agotado el raudal de su llanto, y trataba de resignarse á la ruina de sus mal cimentados amores, cuando súbitamente se abrió de par

en par la puerta del solitario aposento, para dar entrada al bizarro mariscal.

Las primeras palabras del amante, sus arrebatos de cariño, de pasion, mas que nunca fogosa y arrebatada; poderosas eran á desvanecer todo linage de sospechas, y calmar todos los dolores; pero cuando el gozo inesperado de verse, dió lugar á la reflecsion, Catalina fijó con tristeza sus enamorados ojos en el rostro de Felipe, cubierto de mortal palidez, y desfigurado por interiores combates.

— ¿Qué tienes mariscal? preguntó la desposada: tu semblante casi siempre encendido está pálido; tus facciones serenas por lo regular aparecen desfiguradas.... ¿Qué te ha sucedido? ¿de qué nace esta tardanza? ¿en donde has estado?

— Nada: esto no es nada: tranquilízate Catalina.... es la ajitacion del viaje.... ¡he venido tan de prisa!

— ¡Tan de prisa! ¡y hace un siglo que estoy aguardándote! ¿Sabes tú que hora es?

— Sí, lo sé, y el ansia de llegar; el sentimiento de tenerte esperando... ¡y quizá tú habrás dudado de mí, por dos ó tres horas de ausencia...!

La bella desposada bajó los encendidos ojos al peso de esta reconvencion: no sabia mentir, ni disimular.

— ¡Ah! ¿Con qué has dudado de mi amor? No me conoces, Catalina. ¡Vida mia, no me conoces! ¡Ahora te amo mas que nunca! Cuanto mas obstáculos se oponen á nuestro cariño, mas se enciende y se acrecienta.

— ¡Obstáculos! repuso la jóven entre satisfecha y asustada: ¿qué obstáculos se oponen á nuestra dicha, cuando.... cuando se acerca el momento en que vamos á verla colmada? añadió con timidez.

— ¡Ninguno que yo no supere y que yo no venza, Catalina! ¿No es verdad que vas á ser mia, mia para siempre, y que ni la tierra, ni el cielo podrán luego separar nuestras almas y desunir nuestros corazones? ¡Para siempre tuyo, para siempre mia...!

— ¡Para siempre; para siempre! repetia Catalina con acento melodioso, con ojos fascinados.

— ¡Pues bien, voto al diablo! dijo Felipe, tornando á su tono habitual: ¡Aprensiones fuera...! Y suceda lo que quiera, Catalina, siempre nos hemos de amar, y nunca, nunca dejaremos de ser el uno del otro!

— ¿Suceda lo que quiera? preguntó la niña con temor.

— Si; ¿qué nos importa á nosotros del mundo entero?

— ¿Qué quieres decir con eso? ¿qué temes?

— ¡Temer yo! Nada, como yo te tenga en mis brazos, esclamó

Felipe con ecsaltacion. ¡Ea, simplecilla! ¡Yo te amo, te adoro con ceguedad, con delirio...! ¡Yo no puedo vivir sin tí! ¡Oh! Ahora menos que nunca.... ¿lo entiendes Catalina? ¡Sin tí me es imposible vivir!

—Si, lo entiendo, mariscal: pero, yo no sé porque contradiccion del alma, tus ardientes protestas, tus arrebatos de pasion, léjos de satisfacerme y tranquilizarme.... me asustan, Felipe, me asustan, y me estremecen...!

—¡Estremecerte! ¿Por qué?

—Dices que ahora menos que nunca puedes vivir sin mí! ¿Pues que ha sucedido de ayer acá?

—¡Pesia mi vida! ¿Qué ha de haber sucedido? ¡Pobre corcilla de las montañas que te agitas al mas leve rumor del ramage sacudido, al aleteo de un pájaro.—¿Qué ha sucedido? Nada: nada que pueda hacerme renunciar á tu amor, á tu corazon, á la delicia de vivir en tus brazos: nada!

Y al decir *nada*, los ojos del mariscal fulminaban odio y venganza, y su mirada era torva y sombría.

Tampoco se tranquilizó Catalina: tanta insistencia en las preguntas, tanta obstinacion, eran la voz secreta de los presentimientos que la hacian mirar con desconfianza las protestas de amor, y con miedo la misma impaciencia del amante.

—Felipe, Felipe, dijo despues de un rato de silencio: sientate: voy á decirte una cosa, que sin duda no te será grata: pero....

—¡Oh! Catalina, ¿no están aguardándonos al pié del altar? ¿á que dilatar un solo instante nuestra ventura? Despues que seas mia podremos hablar con mas confianza....

—No; lo que voy á decirte, solo puedo revelártelo antes de que seamos esposos, para olvidarlo luego eternamente.

—Pues bien: te escucho; pero no me siento: sé breve.

—Despues que saliste libre de las prisiones de este alcázar, corriendo en pos del matador de tu padre, blandiendo el acero que á tantos á derribado, sediento de sangre ¿que has sabido de aquella lastimosa noche de Pamplona

Es imposible pintar la impresion que produjeron en el mariscal estas palabras.

—¡Catalina, Catalina...! esclamó con acento profundamente irritado: ¿porque me preguntas eso, desventurada?

—Demasiado sabia yo que esa pregunta habia de levantar borrascas en tu pecho. Felipe, tú has abrigado sospechas contra mi padre, ¿no es verdad?

—¡Si, si! respondió el amante sin saber lo que le pasaba: he abrigado sospechas, que ahora....

Felipe se detuvo.

— Pero el tiempo las ha desvanecido: mas supongamos, Felipe, que hoy se renovaran.....

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Sabes tu..?

— ¡Oh! mi corazon todo lo adivina: esas sospechas hoy se han renovado: yo no sé como: ignoro si son justas ó injustas.... porque, mariscal, solo el Supremo Juez está seguro de no equivocarse en sus fallos: las apariencias suelen desviar al hombre mas recto del camino de la verdad; pero lo cierto es que tus dudas se han renovado... esa ajitacion lo revela... ¡Oh! si yo he desconfiado un solo instante de tu amor, tu tambien, tu tambien has luchado con la venganza que te mandaba huir de mí: pero, al fin, has venido, y... dime, Felipe, dime con sinceridad sea ó no sea culpable mi padre ¿me amas tú? ¿me darás tu mano con la confianza, con el amor, con la lealtad con que yo te entrego la mia?

— ¡Amarte! ¡Si yo te amo, vida de mi vida! ¿Pues no me ves aquí perdido de amor? ¿no me ves á tus plantas, pidiéndote en cambio de mi ecsistencia, que no demores un instante mi felicidad?

— ¡La mia es ya completa desde ahora! ¡Felipe! ¡esposo mio, ni una sombra la empaña...! ¡Oh! ¡Ven á mis brazos! esclamó Catalina, no pudiendo contener el raudal de amor que se desbordaba de su tierno corazon.

Felipe estrechó por un instante á su desposada: era el primer abrazo de una vírjen: era el primer favor de una amante, pura como las auras de la mañana: era un deleite espiritual, un contentamiento inefable; era un soplo de castísimo ardor que purificó su corazon barriendo de él las frias nieblas de la venganza.

El mariscal cayó á los piés de su amada; trémulo de amor, y asustado al mismo tiempo de los horribles proyectos que habia concebido: cayó confundido, anonadado ante aquel ánjel de candor y de virtud penetrando con una mirada en el pecho bondadoso de Catalina, y tornando á mirar el suyo propio: viendo en aquel una delicadeza, una lealtad sin mancilla; viendo en este engaño, doblez, horrible mezcla de amor y de venganza. Porque Felipe traia consigo la daga fatal que habia taladrado las entrañas de su padre: Felipe despues de recibir las bendiciones nupciales, pensaba huir del alcázar con su esposa, no sin haberse vengado del conde: para favorecer esta fuga tenia el mariscal apostados doce caballos en el inmediato bosque de Baigórri: Felipe creia separar la causa del padre de la causa de la hija, Felipe con el puñal humeante en sangre del asesino queria lanzar el grito de guerra... y en el alucinamiento de sus pasiones creia justo, natural este proceder, que ahora, visto al rayo de luz que se desprendia del virtuo-

so y noble corazon de Catalina, le parecia odioso, desleal, y funesto sobre todo para la ventura de su esposa.

— ¡Catalina, Catalina! Yo tambien voy á ser franco... esclamó: yo tambien quiero ser digno de tí.

Y al decir estas palabras, precursoras de la injénua confesion de sus faltas, sintiéronse pasos en la cámara inmediata; y avergonzada la doncella de sus estremos de amor, se deslizó de entre los brazos del mariscal huyendo á su tocador, con pretesto de componerse para la ceremonia; pero en realidad, por ocultarse á los ojos de un estraño, y si pudiera ser á los ojos de su propia conciencia.

Terrible vuelco dió á Felipe el corazon al ver entrar al conde de Lerin, al asesino de su padre.

Traia la faz risueña, el continente reposado, serena y apacible la mirada. Honrábase aquel dia con su larga túnica de escarlata, y el manto y las insignias del Lebrel: una gorra de terciopelo con cintillo de brillantes cubria sus nevados cabellos: indicaba su traje hallarse ya dispuesto para acompañar á su hija á la solemne ceremonia.

No quiso dirijirle el mariscal una sola palabra, temeroso de que en la vibracion del acento se conociese la ira que hacia palpitar con violencia su alborotado corazon. El conde tampoco despegó los lábios: se contentó con lanzarle de soslayo una mirada rápida, instantánea, pero profunda, que bastó para hacerle comprender la situacion del ánimo de Felipe, sin que tampoco dejase de ver la daga que traia al lado: despues se acercó á la ventana, y tendiendo los ojos por el campo sin fijarlos en ninguna parte; dijo con la mayor indiferencia, y sin volver siquiera el rostro, ni apartarse de aquel sitio:

— ¡Qué diablos! Aun no se han secado los caminos despues que se fué la nieve.

Nada tuvo que oponer el mariscal á tan importante y grave observacion.

Era la vez primera que se veian, desde la ausencia del dia anterior aquellos dos mal apaciguados adversarios. Despues de las inquietudes que la tardanza del mariscal habia inspirado á la hija del conde, ni una palabra tenia este de amistosas reconvenciones, ni una mirada de sorpresa, ni siquiera una sonrisa de satisfaccion. Mucho era para jenerosidad, poco para resentimiento.

Don Luis prosiguió en el mismo tono frio y sosegado.

— ¡Cómo os habreis puesto con esos lodazales!

Tornóse, luego de espaldas á la luz, recostado levemente en el antepecho de la ventana. El mariscal habia reparado su descuido tapando la daga con el vuelo de su gaban.

— En efecto añadió el conde: traeis las botas perdidas; y aun noto

que vuestro gaban está salpicado. ¿Quereis quitároslo?

— Bien estoy así; dijo por fin el mariscal, encubriendo con mas cuidado la daga que traia á la cintura.

— Lo mismo que vos han venido los mensajeros de Viana y de Lodosa: me han dicho que hay trozos intransitables, y por supuesto, que ya están en mi poder los fuertes de aquellas villas, segun lo pactado. ¡Ya se vé! ¡como no tenemos en Navarra mas arrecife que el de Francia á Santiago de Galicia!

— ¡Ah! ¿Con qué ya están en poder vuestro los castillos de Viana y de Lodosa? Veo que habeis madrugado mucho, señor conde, repuso el mariscal disimulando en lo posible la alteracion del acento.

— Lo pactado es eso, si mal no me acuerdo, dijo el conde con la mayor indiferencia: creo que esos dos castillos debian serme entregados el mismo dia de la boda.

— Pero la boda no se ha hecho.

— No será ciertamente por culpa mia ¡Ya se vé! ¡como están los caminos tan fatales....!

El mariscal iba amostazándose ya de aquel tono burlon y hasta provocativo del conde, y debajo del gaban acariciaba el puño de la daga recien compuesta. Pero el anciano caudillo de Beaumont le miraba con una sonrisa falsa, que parecia dar á entender que ninguno de sus movimientos se escapaba á su penetracion: y proponiéndose apurarle la paciencia prosiguió:

— ¡Ah! Olvidábaseme deciros, don Felipe, que mis jentes... acabo de recibir el aviso, tambien han tomado posesion de las villas de Cárcar y de Losarcos.

— Señor conde, pues si mal no recuerdo, no rezan los contratos ¡voto al diablo! que esas villas hayan de pasar á vuestro poder, precisamente el dia de la boda; y si mal no me engaño, en el mero hecho de señalarse este dia para las primeras, se escluyó á las segundas.

— ¡Qué quereis, señor mariscal! repuso don Luis con tono y ademanes finjidamente lastimeros: deploro amargamente que mis jentes sean tan torpes que no hayan interpretado bien nuestros pactos. ¡Torpeza de hombres! ¡Habráse visto...! — En parte los disculpo: los caminos están...

— ¡Lléveos el diablo con los caminos! murmuró Felipe.

— Los caminos están intransitables, repitió con afectada soflama el conde de Lerin: y no dan gana por cierto de andarse por ahí todos los dias pisando charcos. Para llegar á Viana tenian que atravesar mis jentes por Losarcos; y Cárcar dista un paso de Lodosa. En fin, lo que yo admiro es que con un modo de tomar posesion y de mudar guarniciones tan en abreviatura, tan por ensalmo, no hayan hecho otro tanto

con la villa de Mendavia, que está entre Viana y Lodosa, con Allo, Arroniz y Dicastillo...

— ¡Señor conde! esclamó con ira el mariscal.

El anciano le miró de reojo, y procuró reprimir una sonrisa de triunfo que estuvo á punto de hacerle traicion.

— ¡Torpeza todo, pura torpeza de mis jentes! Me está dando al corazon que para estas horas, todos esos pueblos han vuelto á mis dominios!

— Pues ¡vive Dios, señor conde! que semejante prueba de desconfianza, semejante ofensa...

— ¿No seriais vos quién la sufriese? dijo el conde interrumpiéndole: Harias bien á ser mia la culpa. Pero ¿contaba yo por ventura con emisarios tan torpes, ó tan dilijentes que despachasen en un dia la tarea de semanas enteras? — Porque, no lo dudeis, señor mariscal; nada quiero disimularos: jente es esa que parece haber tomado á destajo el recobro de mis villas y fortalezas, y ¡lléveme el diablo, sino despachan antes de veinticuatro horas!

— ¡Cómo! ¿Con qué antes de estar ligado á Catalina con vínculos eternos, antes de haberme entregado vuestra hija, habreis tomado ya todo cuanto teniais que recibir?

— Bien; pero vos no teneis sino alargar la mano, y Catalina es vuestra!

— ¿Y sino alargase la mano para estrechar la de Catalina? ¿Y si justamente irritado de tanta perfidia...?

— Entonces, se apresuró á manifestar el conde: quiere decir que yo nada habria perdido.

El mariscal se mordió los lábios, revolvió sus miradas vengativas, y desenvainó la daga hasta la mitad: mas ocurriósele de pronto que la cínica insolencia del conde debia tener por objeto precipitar su furia y hacer abortar sus planes antes de la boda, y por lo mismo esforzándose en reprimirse, dijo:

— Está bien, señor conde: lo que yo quiero es que no se retarde un instante mas la sagrada ceremonia. Por otra parte, teneis razon... ¡Qué diablos! ningun motivo tengo de enfadarme. Al fin y al cabo los castillos iban á ser vuestros, y que lo sean hoy ó mañana poco importa ¿no es verdad? Lo principal es la ventura de Catalina y la mia propia.

No hizo mucha gracia al conde de Lerin este cambio de tono, pues conoció que habia sido comprendido. Sin embargo, ni siquiera se notó la menor arruga en su entrecejo, ni mudanza alguna en la espresion de sus ojos.

— ¡Bien! ¡bien! esclamó con repentino alborozo: os vuelvo á ver

como sois; jeneroso, desprendido, ocupado solo en la felicidad de mi hija. ¿Qué importa que los castillos estén guarnecidos de agramonteses ó beamonteses, si al fin ahora todos somos navarros? Felipe, se acerca ya el instante en que vas á ser mi hijo, ¿lo entiendes? mi hijo repitió el conde, con profunda intencion; ¿porqué no tiendes los amorosos brazos á tu padre?

El mariscal, amarillo de cólera, repuso balbuciente:

—¡Mi padre! ¡mi padre, justo Dios!

—Ocho años hace que vives en horfandad, que perdiste al pobre don Pedro, á quien yo respetaba por su valor y queria por deudo: todo mi afan es hoy por ocupar su puesto en tu corazon.

—¡Callad! ¡callad! esclamó el mancebo, temblando de pies á cabeza.

—¡Llámame padre, Felipe! ¡permite que yo te estreche en mis brazos como hijo querido...!

—¡En vuestros brazos! ¡en vuestros brazos que estrecharon traidores á mi padre! dijo al fin el mariscal dando rienda á la furia que le sofocaba.

—¿Qué decís, hijo mio?

—¡Oh! ¿Lo habeis querido, señor conde, habeis querido precipitarme: habeis estado ostigándome, irritándome, provocándome? ¡Pues bien lo habeis logrado! pero ¡juro á Dios Soberano, que os ha de pesar, señor conde! Nada me importan los castillos, nada cuanto poseo; por que yo me quedaré sin ellos; pero ¡voto á Satanás, que vos señor conde no os habeis de aprovechar de una almena!

Y la cólera del mariscal era tan arrebatada al pronunciar estas paabras, que la voz, casi ininteligible por ronca, le faltó en aquel punto, y con los ojos como centellas, el rostro lívido, los labios espumosos, parecia un tigre asaeteado dentro de una jaula.

El conde permaneció inmóvil: amenazaba derrumbarse el edificio de su engrandecimiento; pero él ni siquiera perdió el color, ni movió los párpados.

—Pues, señor, dijo aprovechándose de aquella pausa: me habian dicho que erais de génio pronto y de condicion irascible; pero nunca os juzgué tan estremado!

—¡Si, aparentad, señor conde, prosiguió exaltado el mariscal: aparentad una calma que no teneis! De nada puede ya serviros. Arrojad la máscara; que os he conocido ya. Llegó la hora, señor conde, llegó la hora de la venganza. Yo la dilataba para despues de ser esposo de Catalina: doce caballos iban á venir á favorecer la fuga, y conmigo tenia el arma que ha de daros la muerte....

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! esclamó el conde con una risa que queria signi-

ficar; nada nuevo me dices. Cuando se tiene cabeza para fraguar esos planes, es preciso arrancarse el corazon, pobre don Felipe.

— Reios, si, reios: si os parece que todavia no estoy bastante ciego, insultadme, precipitadme en el abismo; pero en ese abismo hemos de caer juntos, y toda vuestra astucia, vuestra temeridad, vuestra confianza, no podrán impediros de rodar conmigo.

— Pero, ¿estais loco, mariscal? preguntó el conde con cierto asombro tranquilo. ¿De que me acusais?

El mariscal miró al rededor con inquietud; cerró luego las puertas del aposento, y echando atrás las alas de su gaban, volvióse al conde, y le dijo con hondo acento:

— ¿Conoceis esta daga?

— Hace rato que os la he visto.

— ¿Siempre ha sido vuestra?

— Siempre.

— Pues bien; esta daga la llevaba un caballero en la noche de Pamplona, y como habeis confesado que á nadie sino á vos ha pertenecido, vos erais ese caballero!

— No podeis probarlo.

— ¡Oh! señor conde, muy olvidado estais del cielo, cuando así desafiais la justicia eterna, cuando tan seguro vivís de que las tinieblas que envuelven á los crímenes ocultos son por siempre impenetrables. Con esta daga iba armado el brazo de un cobarde caballero, que buscó en la oscuridad de la noche y en la estrechez de una torre á don Pedro de Navarra ya desarmado: con los brazos que vos queriais tenderme, le estrechó como una sierpe venenosa: con esa daga que confesais ser vuestra, y que siempre lo ha sido, le abrió las entrañas, con esta daga cayó al suelo el traidor, y con ella dió sobre las duras losas del pavimento, y saltó la hoja quedando partida en dos pedazos: el uno le guardasteis vos, infame, y el otro el hijo de don Pedro. ¡Yo, yo, señor conde! yo le guarde con la esperanza de que Dios se valdria de este medio para descubrir el asesino: yo guardé la punta recientemente quebrada, todavia caliente con la sangre de mi padre; yo la he llevado toda mi vida cerca del corazon para no desmayar en la venganza: y Dios, Dios, que no puede consentir en la impunidad de los crímenes, Dios ha puesto la otra mitad en mis manos.. . y.... ¿la veis? ¿la veis? grito el mariscal desenvainando el fatal acero, y blandiéndole como el angel la espada de fuego con que defiende las puertas del paraiso: ¿la conoceis? ¡Es la misma que ha registrado las entrañas palpitantes de mi padre!

— ¡La misma! ¿y qué? respondió sereno y audaz el conde de Lerin.

—¿Qué? gritó frenético el mariscal al escuchar semejante provocacion: ¡que si este acero ha traspasado las entrañas de mi padre, ahora le toca desgarrar las vuestras!

Y cual si fuese un roble derribado por el huracan, dejó caer el brazo duro y tremendo sobre el corazon del conde.

La daga se quebró por la soldadura, y la punta saltó vibrando sin haber penetrado una linea.

Debajo de las hopalandas de seda llevaba el prevenido conde de Lerin una finísima y flecsible cota de malla, con la cual hubiera desafiado la punta del mejor templado y diamantino acero.

Don Felipe quedóse mortal, desarmado y con la daga en la mano.

Hubo un momento de patético silencio.

Dos golpecitos suaves y vivos dados por una mano delicada, sonaron á la puerta por donde Catalina habia desaparecido.

—¿Ois? dijo el conde, como si nada hubiese pasado: es mi hija, mi pobre hija que viene dispuesta para la sagrada ceremonia. Envainad esa daga.... serenaos, y ¡vamos!

Alzó los ojos el mariscal: miróle de hito en hito, con ojos atónitos, y dijo confuso y alterado:

—¡Cielos! ¡Al altar ahora...!

—Ahora si, ahora mejor que antes: yo maté á vuestro padre y vos salvasteis á mi hija: ahora habeis querido asesinarme, y sin embargo os doy la hija que habiais salvado. Estamos iguales.

Y diciendo estas palabras el conde de Lerin abrió la puerta á su hija que entró palpitando de gozo y de cándidas gasas adornada, blanca y hermosa como Venus al salir de entre la espuma de los mares.

CAPITULO XXI.

De como el autor vuelve á la ermita, á donde tornan tambien otros personajes de nuestra crónica.

APOYADA en una tosca y sencilla cruz de piedra delante de la capilla de Rocamador, una muger de luengo manto cubierta, permanecia inmóvil, la noche anterior á los sucesos que acabamos de referir. El viento de los Pirineos barria las ráfagas mas leves de aquella magnifica alfombra, que huellan solo plantas inmortales; y los diamantes que la tachonan ostentaban esos vivos y trémulos fulgores debidos á lo diafáno de la admósfera, de la cual se desprendian convertidos en escarcha, los invisibles vapores de la tarde.

Tan insensible como el granito que la servia de apoyo, ningun movimiento oponia la solitaria muger á los rigores del hielo; y semejante inmovilidad, causaba mas estrañeza cuando, el aire agitaba las orlas de su negra túnica, descubriendo unos pies blancos como el mármol, calzados de pequeñas sandalias, que apenas cubrian su desnudez.

Despues de un rato de espera, sonaron las duras pisadas de un embozado, que murmurando entre dientes, se acercó á la cruz, y po-

niendo el pie derecho en el escalon que de cimiento la servia, sacó la mano para santiguarse y alzar el ala del sombrero; operaciones ambas que practicó muy en abreviatura.

— ¡Santas y buenas noches! dijo el recien llegado.

— Dios os guarde, mosen Pierres: contestó Inés sin variar de postura.

— ¡Voto al demonio...! perdonad, señora; pero hace un frio de mil diablos, y no puede uno pasarse sin algun juramento que otro. Cuando estoy delante de vos, procuro reprimirme; empero la escarcha maldita! — ¿Y que ocurre para llamarme tan á deshora?

— Muchas cosas que vos ignorais sin duda cuando vivís tan descuidado.

— ¿Es algun desguisado que nos ha hecho el zorro de Lerin, en desquite de aquella niñeria de su castillo...? ¡Pésia mi alma...! Mas en verdad, que antes de pasar adelante, tenemos que deternos en este capítulo. Yo, magüer escomulgado, segun me dicen los monjes, hago tan buenas obras de cristiano como otro cualquiera; y una de ellas es, dar limosnas sin tino, para que vos las distribuyais segun os plazca, y venir á consultaros en todos los negocios graves que me ocurran. ¿Y qué cuenta me dais vos, ¡por vida de...! ¿que cuenta me dais de la confianza que os hice acerca del incendio del castillo de Lerin? Por que yo sospecho que habeis sido quien dió el aviso al mariscal, para que Satanás se lo llevase todo!

— Mosen Pierres, hace mucho tiempo habeis debido conocer que no transijo con los crímines.

— ¡Pardiez! yo quisiera que un reverendo abad me sacase de la duda, sobre si puede llamarse crímen todo lo que sirve para esterminar á nuestros enemigos; y mucho mas cuando á la circunstancia de enemigos nuestros, reunen la de ser enemigos del rey y de la patria... En cuanto á mí, señora, no tengo en ello ningun escrúpulo; bien es verdad que gozo de cierta fama de ancho de mangas, en achaques de conciencia....

— Señor caballero, dijo la penitente: no tenemos mucho vagar para estas cosas: sabed que si no os dais prisa, vuestro bando recibe dentro de pocas horas un golpe de muerte: sabed que acaso esta misma noche, ó mañana, á mas tardar, se casa vuestro sobrino don Felipe con la hija del conde.

— ¡Cuerpo de tal! esclamó Peralta con un movimiento de sorpresa, yo tenia mis barruntos del trastorno mental de mi sobrino; pero, ¡voto al diablo! que no creí verlo tan rematado.

— ¡Ea, pues! ya lo sabeis, y ahora os toca impedirlo.

— ¡Impedirlo! ¡Facil es eso siendo tan testarudo mi sobrino! Pero

¡voto al demonio! ¿hay sino llamar al apellido, y caer todos sobre el castillo, y abrasar en él al yerno, y al suegro, y á la hija, y al diablo que se los lleve á todos?

— ¡Pobre mosen Pierres! dijo Inés, con un acento de compasion que hirió profundamente el amor propio del caudillo agramontés. En vez de acometer pensad en defenderos; que el conde de Lerin no habrá consentido en la boda solo por complacer al mariscal: el uno en-entrega su hija, el otro sus estados, ¡pobre mosen Pierres, que acaso para estas horas formeis parte de los feudatarios del conde de Lerin!

— ¡Por san Fermin bendito, por san Sol, y san Saturnino, y por todos los santos y santas del reino de Navarra, que si otra fuera la lengua que semejante blasfemia ha proferido, ya la hubiera arrancado. ¡A Dios, señora, á Dios: y gracias por el aviso!

— ¿A donde vais?

— No lo sé.... haré cualquier desatino, revolveré medio mundo, no sé lo que haré, pero os juro que la boda no se verificará!

— Venid acá, mosen Pierres: ¿sabeis la historia de la sorpresa de Pamplona?

— ¿Y qué diablos importa, que yo la sepa, sino hay medios de convencer al mariscal de lo que allí pasó?

— Tomad, repuso la penitente, sacando debajo del manto la daga del conde de Lerin: ahí teneis un argumento el que jamás podrá resistir el hijo del mariscal don Pedro de Navarra.

— ¿Qué es esto?

— Es el arma con que don Luis de Beaumont asesinó en Pamplona el padre de Felipe. Tomadla: la parte que le falta, la lleva consigo el mariscal.

Y dejando la daga en manos del asombrado y agradecido caballero, entró la penitente en la capilla de Nuestra Señora.

Entre tanto el delirio febril de Jimeno habia terminado con un sueño tranquilo y profundo, que restauraba sus fuerzas y restituia al celebro todo su vigor. Chafarote mas acertado que la penitente, permitió al enfermo decir cuanto se le antojase, sin molestarle con inútiles interrupciones y preguntas. Seguia el sistema médico de dejar obrar á la naturaleza: es decir, de no hacer nada, que es lo mejor que los doctores suelen hacer. Cuando le vió rendido de sueño, tendióse tambien á los pies del lecho, y luego principió á roncar, soñando que se hallaba en las conocidas selvas de las Bárdenas, al lado de su valiente capitan.

Los primeros rayos del sol vinieron á despertarles. Jimeno se incorporó recordando confusamente cuanto habia pasado; pero la presencia del antiguo escudero, y el aspecto de aquellas pobres y som-

brias paredes fueron disipando poco á poco las nieblas de su espíritu, al cual tornaron el desasosiego, la tristeza, y el abatimiento. Tentóse luego el cuerpo, como si quisiese cerciorarse de que no le faltaba alguna cosa, y cuando tropezó con un bulto, á modo de caja, que llevaba en el jubon, se sonrió amargamente.

Lo que mas le atormentaba, y le hacia hervir la sangre, era el verse tendido en el doliente lecho, cuando mas necesidad tenia de moverse y agitarse, para desbaratar los proyectos de sus enemigos, y dar cima á sus planes tan hondamente meditados.

En uno de sus arrebatos saltó del lecho, creyendo que el hervor de su espíritu daria brios á su cuerpo, para lanzarse fuera de aquel albergue solitario, estrecha carcel de sus arrogantes pensamientos.

Levantóse en efecto, y convencido al punto de su debilidad y de su postracion, tuvo que apoyarse en brazos de su escudero, para dar algunos pasos y salir al cobertizo, anhelando mas claridad, ámbito mas dilatado, aire libre, lejanos horizontes.

Estella se ofreció á sus ojos con sus castillos, y sus adarves, y torres, y penachos de humo, que ondeaban sobre los tejados. En lo mas elevado de la falda meridional de la montaña, descollaba el castillo mayor, donde la reina moraba. Allí estaria, en aquel instante mismo, recibiendo acaso la visita del mariscal ó del conde de Lerin, de cuyos lábios pendia el secreto de la ecsistencia de Jimeno... ¡Oh! que no pudiese volar al lado de Leonor para prevenirla, para impedir el descubrimiento de un misterio en que se fundaban todos sus proyectos!

Pero tambien en otro punto, tambien en Lerin era indispensable su presencia: Catalina habria recibido quizá la bendicion nupcial, y el conde, autor de las últimas desventuras de Jimeno, el conde estaria gozándose en su obra....!

¡Y él enfermo, imposibilitado de dar un paso, ignominiosamente escarnecido, él se hallaba en aquel retiro, condenado casi á presenciar su ruina, sin poder alargar una mano para detenerla! ¡Y la penitente, Inés, su protectora, tambien Inés le desamparaba!

Pero Inés llegó cerca del anochecer en el mismo instante en que Jimeno comenzaba á desconfiar de la que siempre habia sido su escudo.

— ¡Jimeno! esclamó al entrar con una satisfaccion inefable, inspirada por la visible mejoría del caballero.

— ¡Ay! ¿eres tú, Inés? respondió este, con un sentimiento indefinible de gratitud, de asombro, de interés y de pena. ¡Pensé que me habias abanbonado!

La penitente venia mas pálida y estenuada que de ordinario: su postracion era tal que cayó rendida de cansancio en uno de los bancos

de piedra, tendidos á la puerta de la ermita.

Jimeno auguró siniestramente de semejantes estremos:

—Inés, añadió, ¿qué tienes? ¿qué malas nuevas me traes?

—¡Malas nuevas! esclamó la penitente, con un acento débil aunque profundamente tierno: para traerte mas desventuras, no hubiera vuelto Inés á su ermita.

Impaciente el enfermo quiso levantarse de su asiento y acercarse á su protectora; y solo tuvo fuerzas para ponerse en pié, recostado contra la pared, pero Inés con una ajilidad increible en su quebranto acudió al lado del caballero.

—¡Oh¡ ¿qué me traes? ¿qué me dices? esclamó este conmovido: ¿qué consuelos tienes reservados para un corazon inaccesible á la alegría?

—Sosiégate, Jimeno, yo te contaré despacio... he andado mucho... hace algunos dias que ni como, ni duermo...

—¿Por mí?

—¿Qué tiene de estraño? Hace quince años que solo vivo por tí.

—¡Oh! ¡Inés! contestó Jimeno cortado; pero luego añadió: ¿Y qué has conseguido?

—Todo cuanto deseas.

—¡Será posible! ¿Con qué mientras yo dormia, mientras yo restauraba mis fuerzas en tu choza, tu has hecho....?

—Lo mismo que hubieras hecho tú.

—¿Lo mismo?

—Si; en primer lugar á toda costa hubieras impedido que Catalina y don Felipe recibiesen las bendiciones nupciales. ¿No es eso?

—Si, si, eso lo primero; contestó el infanzon con un acento penetrante, que traspasó las entrañas de la desventurada Inés.

—Pues bien: Catalina no se ha casado, ni se casará nunca con el mariscal. ¡Jimeno, Jimeno! ¿estás contento?

—¡Oh! ¿Será posible? esclamó el caballero, con gozo no disimulado: ¿podré dar crédito á tus palabras?

—¡Ay! ¡no podrian salir de lábios menos sospechosos que los mios! esclamó la pobre doncella de Eguarás.

—Deja que bese tus plantas... ¡Inés, mi ánjel tutelar!

—Siéntate, Jimeno; no puedes tenerte en pié.

—¡Cuando yo me aflijia y me desesperaba, tú desbaratabas los proyectos del conde con solo dar un paso! —Pero ¿qué has hecho? ¿qué ha sucedido? ¿Será cierto que el cielo te ha concedido la potestad de hacer milagros?

—Hace pocos dias vino aquí un hombre que, cual suelen muchos, queria consultarme acerca de sus negocios: no estaba yo en la ermita,

y fué para él y para mí grande fortuna; pues desde que tu pisaste estos umbrales habia resuelto no abrir á ningun hombre la puerta. Bajó á la capilla de Nuestra Señora, y allí me encontró. Era un honrado artífice tolosano, que hace muchos años compone las armas de los principales caballeros de Navarra....

—¿Maese Arnal?

—Maese Arnal, en efecto, que habia recibido en mi ermita algunos consejos que le fueron saludables, y por ellos me estaba muy agradecido, tenia encargo de darme noticia de una arma partida por la hoja.....

—¡Ah¡ ¿sabias tú....?

—Si; despues que don Felipe de Navarra salió de prisiones en el alcázar de Lerin, vino á verme, y á rogarme descubriese el paradero de un puñal ó daga partida, cuya punta conservaba todavia, tinta en sangre de su padre: deseosa entonces de evitar las fatales consecuencias de este hallazgo, hablé al armero á cuyas manos supuse naturalmente que iria á parar la daga, si el dueño trataba de componerla. Pero no fué así: el dueño sin duda para que su secreto no fuese descubierto, prefirió guardarla rota, inútil, y escondida en su armería, hasta que el mismo maese Arnal la vió casualmente en el castillo de Lerin, y vino al punto á darme parte de su descubrimiento. Le encargué guardase el mayor silencio: marchóse el artifice, y dí órden al mismo tiempo á Chafarote para que en la primera ocasion, por si ó por medio de otras personas de su confianza se apoderase de aquella arma que, segun mis cálculos, podia ser muy útil para *nuestros* planes. Esta ocasion se hubo de presentar muy oportuna cuando estalló el incendio en el palacio de Lerin... Anoche en tu delirio me indicaste claramente cuales eran tus deseos acerca del uso que podia hacerse de esa daga... yo la tenia en mi poder... y ahora...

—¡Qué! ¡prosigue!

—Ahora está en manos del mariscal.

—¡Ah! ¿Con qué no solo has destruido la boda? ¿Hásme vengado tambien, Inés? ¿no es cierto?

—¿Vengarte?

—Si, el conde de Lerin, el infame autor de mi mayor desventura, el que conociendo mi escelsa cuna ha concitado á don Felipe contra mí; el pérfido y artero causador de mi deshonra; mi asesino, en fin, habrá perecido á manos del hijo de don Pedro?

—No, Jimeno: solo Dios es dueño de la vida del hombre: mi proteccion te sigue á todas partes; pero cuando levantes el brazo para herir, yo tenderé mi manto sobre tus víctimas. Poco despues de recibir Felipe en sus manos la prueba del crímen perpetrado en la noche de la

sorpresa, recibia tambien el conde el aviso de vivir apercibido...

— ¡Inés! ¡Inés! esclamó Jimeno, profundamente conmovido y asombrado: ¡tu eres mi hermana, tu eres mi madre, tu eres el ánjel de mi guarda...! ¡Yo soy indigno de tan tiernas solicitudes; pero tu corazon es magnánimo y jeneroso para todos...! ¡Vén, Inés, y dame los brazos!

— ¡Los brazos! repuso la penitente con triste sonrisa: ¿no tienes otra recompensa que tus brazos para quien acaba de quebrantar la insuperable barrera, que iba á separarte de la mujer que amas?

— ¿De la mujer qué amo? repitió Jimeno con sorpresa: ¿tu que me conoces has podido suponer que amaba á Catalina?

— ¡Oh! Yo no lo supongo: yo lo he visto por mis propios ojos: yo no puedo dudar de lo que veo. Tus arrebatos de ayer, tus alegrías de hoy; la sonrisa con que has escuchado mi relato de hace un instante; ¿qué son sino ecsalaciones de la llama que arde en tu corazon? ¿qué es tu impaciencia, sino celos mal contenidos? ¡Jimeno, Jimeno! Basta: no hablemos mas en eso. Amabas á Blanca, y yo te conduje á sus brazos: amas á Catalina, y yo te la devuelvo.

— ¿Y de veras Inés, de veras has creido que amaba á Catalina? ¿Y creyéndolo has hecho eso por mí?

— ¿Por qué no? Yo he nacido para velar por tí, y para sufrir por tí. Dios ha puesto en mi corazon una llama de amor que no se estingue; y en el tuyo una ingratitud que nunca cede: mi destino es amarte, y el tuyo es hacerme padecer. Yo no me quejo: yo me resigno. ¡Dichosa yo si las penas que hoy he sufrido, pueden proporcionarte satisfacciones tan completas como las que hoy has esperimentado!

— ¡Inés! Comprendo toda la sublimidad de ese pensamiento: comprendo toda la crueldad de mi pecho; pero ¿qué culpa tengo yo de los tormentos que se forja tu ardiente imajinacion? Si me perdonas el amor de Blanca, si me perdonas ese amor perene y triste como el ciprés que brota del sepulcro, Jimeno es digno de tí.

— Pero... por Blanca enamoras á Catalina: en ella la ves; en ella la adoras.....

— Si, la veo en ella, que es su imájen, y á las imájenes no se las tributa el culto de adoracion. — Creeme Inés: la ficcion, el engaño, la falta de franqueza serian indignos de tu amor, de la nobleza de tus sentimientos, de la sublimidad de tus resoluciones. Mi pensamiento principal es el castigo de Leonor, y despues la dicha de Catalina. La reina queria la paz por un sentimiento egoista: para saborear tranquila y sosegadamente el fruto de treinta años de guerra: si para impedir esta paz mentida fuese menester sacrificar la ventura de la hija del conde de Lerin, no habria vacilado. Pero afortunadamente la verda-

dera felicidad de Catalina está reñida con ese enlace, resultado de los cálculos de un hombre frio y sin corazon; y solo he tenido que combatir esa apariencia halagüeña que ofrece el amor del mariscal á Catalina. Creeme, Inés, ella no puede robarme un átomo del jeneroso relumbre que ha dejado en mi corazon el amor de Blanca de Navarra.

—¿De veras, Jimeno, tan solo conservas amor á doña Blanca?

—Tan solo.

—¿A nadie mas?

—A nadie, Inés, á nadie. En prueba de ello, si el mariscal despues de conocer al asesino de su padre fuese capaz de amar á Catalina, me verias patrocinar esos amores.

—¡Jimeno! esclamó con tierna sonrisa la pobre penitente.

—Y si los amores del mariscal no pueden resistir á tan dura prueba, me verás emplear la grande influencia que tengo con la reina, para que el heredero de su trono se despose con Catalina...

—¡Dios mio! ¡Qué peso acabo de lanzar del corazon!

—Porque sino la veo feliz con su amante quisiera verla reinar; Inés, tan solo falta una diadema en la frente de Catalina, para que sea completa su semejanza con Blanca de Navarra!

—¡Jimeno! ¡Jimeno! esclamó Inés, con la inefable sonrisa de un gozo que debia participar algo del gozo de los bienaventurados, porque era el gozo de la virtud: te creo, si, y te doy las gracias; porque me has comprendido; porque no me has humillado. Temblando estaba, Jimeno, de que movido de lástima me hubieses disfrazado tus verdaderos sentimientos, me hubieses dirijido alguna palabra de cariño. ¡Ah! No lo has hecho: me has conocido; y siempre conservas tu dignidad, siempre el aprecio de tu pobre Inés. ¡Jimeno! ¡Jimeno, yo gozo y me deleito en que ames á Blanca de Navarra, á la pobre princesa que se dignó llamar hermana á la dama del palacio de Ortés, y que siendo yo su rival, con sus manos casi yertas con el frio de la muerte, unió las nuestras! ¡Bendita sea tu constancia, Jimeno! ¡Bendito sea tu amor á doña Blanca de Navarra! ¡Mucho sufrió la infeliz en esta vida de peregrinacion, pero mucho ha debido gozar desde el empíreo al ver que el hielo de los años no ha entibiado el ardor de tu corazon! — ¡Jimeno, Jimeno ven, apóyate en mi brazo... entremos á la ermita: postrémonos ante la imájen de la cruz, para pedir á Dios juntos, por la princesa de Viana.

Entraron en efecto: y puestos de hinojos delante de la cruz, derramando dulces y copiosas lágrimas, permanecieron en oracion los antiguos amantes del castillo de Eguarás.

—¡Blanca, Blanca! decia Jimeno: pídele á Dios que me conceda

volar á tu lado, despues que haya cumplido la terrible mision que me confía la Divina Providencia.

— ¡Hermana, hermana! esclamaba la penitente; pues que á ti me parezco en lo desventurada, pídele á Dios que me asemeje en lo dichosa.

Entrambros se levantaron.

— Ahora, dijo Inés, ahora que Blanca nos está mirando yo soy, Jimeno, la que te tiendo los brazos.

Todavia con llanto en los ojos, el caballero estrechó un instante contra su pecho el casto seno de su antigua desposada.

Un testigo recien llegado presenciaba esta escena tan tierna como sencilla.

— ¡Cuerpo de tal! esclamó Chafarote, haciendo estremos de alegría: ¡así me gusta y lleve el diablo las penas y los ayunos, y esta vida de recoletos! — Pero suspendan vuesas mercedes esos estremos; porque hácia aquí se dirijen yo no se que bultos descomunales, á modo de cabalgaduras, con una especie de litera, dentro de la cual debe venir algo parecido á una mujer encantada, y mas envuelta en cierto jénero de manto que la cubre, estoy por decir de los pies á la cabeza, que los santos en semana de pasion...

— ¿Acabarás de una vez con tu maldita charla? le dijo el infanzon interrumpiéndole: ¿qué es eso?

— Es una litera para tí; le respondió la penitente.

— ¡Para mí!

— Si para conducirte á otro sitio, donde estés con mas comodidad y puedas recobrar tu salud.

— ¿A donde?

— Al palacio de la reina.

— ¡Al palacio de la reina! ¡Dios mio! ¡nada mas me faltaba en este instante, que hallarme al lado de Leonor!

— Y como estabas imposibilitado de dar un paso, ella viene á llevarte.

— ¿Ella?

— Si, la reina de Navarra.

— ¿Llamada por tí?

— Llamada por mí.

— ¡Inés! ¡Inés! esclamó el caballero: ¿cuando tendrán término tus bondades?

— Cuando tenga término mi vida.

— ¡Ah! yo no anhelaba mas que dos cosas, y tú Inés, las has conseguido por mí! Pero ¿qué influencia tienes sobre la reina? ¿como la traes hasta tu misma choza?

— Con un reclamo que podrá servirte de mucho, y que ahora mismo voy á poner en tus manos.

Y diciendo estas palabras, entregó la penitente un papel á Jimeno.

Este lo desdobló leyéndolo rápidamente:

— ¡Gran Dios! ¡Cada vez me dejas mas asombrado! ¡No hay duda! ¡Esta es la letra de Leonor...! ¡aquí te absuelve á tí... se condena ella misma...! ¡Oh! lo verá el coronista... el fraile de Irache... la historia hará justicia con la impia condesa de Fox... será con ella tan severa como el cielo... ¡Oh! guardémoslo.

Jimeno sacó una cajita de ébano que se abria con un resorte, y metió en ella el papel diciendo:

— Entre en el archivo de la venganza.

— Guárdalo, si; es el tesoro de mi fama: en tus manos deposito mi honra.

— ¡Y yo que desconfié de la Divina Providencia porque suponia que me desamparaba cuando mas eficazmente me favorecia?

— Por eso la desesperacion es el mayor de los crímenes.

— ¡Oh! Cada vez tengo mas fé en la mision que desempeño: Inés voy á partirme á palacio... ha llegado ya la hora terrible de la espiacion... tu sabes mi pensamiento... el dia doce de febrero será el décimo quinto aniversario de la muerte de Blanca, y el décimo quinto y último dia del reinado de Leonor: la muerte de la implacable envenenadora está decretada para aquel dia... entre tanto no ha de disfrutar un solo instante de las dulzuras del reinar... no ha de dispensar á sus pueblos ni un solo beneficio, para que su memoria sea de todos ecsecrada. ¿Lo entiendes? ¿seguirás ayudándome en esta empresa?

— Si, te ayudaré como siempre; pero á tus planes solo tengo que hacer una correccion: la vida de la reina está bajo del amparo de la Divina Justicia; el dia en que se arrepienta de sus crímenes, aquel dia nos hemos vengado noblemente: el dia en que viertas una sola gota de sangre, aquel dia te desamparo.

— ¡Oh! Pues bien, repuso Jimeno, despues de un instante de terrible silencio: no morirá Leonor; no morirá; pero te juro que ha de anhelar la muerte como un remedio de su desdicha. — Chafarote ponte en acecho: antes que lleguen esos bultos, avísame.

El ermitaño salió de la choza.

— Ahora, Inés, prosiguió Jimeno; quisiera hablar con Samuel, el anciano leproso á quien has dado hospitalidad.

La penitente se acercó á la puerta de la cueva, hizo una seña, y al poco rato se presentó el agote.

— Samuel, le dijo el caballero: voy á partirme al palacio de la reina: tomad esta sortija y os dejarán entrar á donde yo esté: ocultad

vuestras manos: poneos vestidos nuevos y largos de manera que vuestra enfermedad no sea conocida.

—Bien está.

—¿Sabeis quien soy yo?

—Sé que eres el hijo del rey de Nápoles.

—Pues yo os digo, Samuel, que no tengo otro padre que vos.

Mientras el judio y el infanzon tenian este corto diálogo, que prosiguió en secreto, Inés estaba á la puerta de la ermita esperando el aviso de Chafarote, y volviendo el rostro advirtió á Jimeno:

—Ya llegan.

El agote volvióse á la cueva, dando la mano á su hijo adoptivo, que se despidió diciéndole:

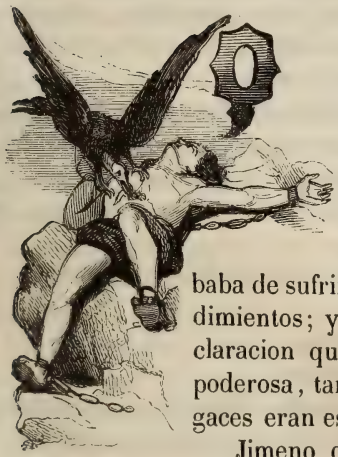
—Hasta que nos veamos en palacio.

Al poco rato arrivó la litera al cobertizo; bajó de ella una mujer encubierta: entró en la ermita lanzó un grito de gozo al ver á Jimeno y luego salió con él, sirviéndole de apoyo, y los dos juntos entraron en el carruaje, que descendió por el mismo camino que habia traido.

Era ya muy de noche cuando llegaron á las puertas de la ciudad.

CAPÍTULO XXII.

De como quiso tornar la reina doña Leonor á sus antiguas mañas.



Quizá el lector no haya olvidado la terrible entrevista de Leonor y de la penitente, despues de los régios festines. Aquella misma noche recibió la reina á su amante mesnadero. Bien habia menester por cierto de semejantes consuelos, la que acababa de sufrir una súbita esplosion de todos sus remordimientos; y la que se habia dejado arrancar una declaracion que la sujetaba al capricho de muger tan poderosa, tan resuelta, y tan ofendida. Pero ¡cuan fugaces eran estos consuelos!

Jimeno queria renovar en ella los tormentos de Prometeo; y despues de devorar sus entrañas con el desden, los celos y los remordimientos, tornaba á formárselas, con halagos y esperanzas, para volver á roerlas, para tornar á formarlas; para que el buitre insaciable de la venganza hallase tormentos inestinguibles en que cebarse.

La enamorada princesa pudo conservar algunas horas despues de la visita, el grato recuerdo de las postreras y suaves palabras del aman-

te, y aquel eco dulcísimo calmaba sus inquietudes, y adormecia sus dolores, hasta que fueron desvaneciéndose tan blandas impresiones, al embate de nuevos temores y recelos.

Alfonso habia quedado en tornar al dia siguiente, y Alfonso no tornaba: habia jurado escribirla en caso de que cualquier incidente imprevisto le impidiese volver á sus brazos, y no escribia: y así pasó un dia entero de largas y mortales horas, y pasó tambien otro, dia y otro, sin que Alfonso pareciese. ¡Cuan inquieta anduvo Leonor, y cuan desasosegada inquiriendo de todos su paradero!

Suponíale unas veces tornadizo y veleidoso, y sospechábale otras víctima de sus propios enemigos: pasósele tambien por la imaginacion que la penitente habria puesto en sus manos aquel fatal escrito, y que don Alfonso creyéndola fratricida, no podrá menos de mirarla con aborrecimiento, con horror.

Era la noche del tercer dia de congojosa incertidumbre cuando la dama de honor anunció la llegada de un mensagero.

— ¡Mensagero! ¿de quién? ¿de Alfonso por ventura? preguntó la reina, levantándose con ansiedad.

— Es un antiguo escudero suyo; respondió doña Brianda.

— ¿Viene de su parte? Hacedle entrar.

— No, señora; antes de ayer se me presentó quejándose de que su amo le despidió á los ocho dias de estar en su compañia, reemplazándole con Fortun, el cual tambien ha sido despedido, sino reemplazado: y yo le quise emplear en servicio vuestro.

— Hacedle entrar, repitió Leonor impaciente. Pero luego deteniendo á la dueña con una mirada la dijo: interrogadle vos, doña Brianda, mi impaciencia va á delatarme.... yo escucharé desde esa recámara.

— En tal caso, señora, valdria mas que yo le oyera sin testigos, y os refiriese despues....

— ¡Oh! ¿temes algo? repuso la reina, á quien los presentimientos la hacian entonces suspicaz.

— Creo que el mensagero viene de Lerin.

— ¡De Lerin...! no importa.... escucharé.

Y se retiró en seguida al aposento indicado, dejando la puerta medio entornada. Como estaba oscuro podia ver con toda seguridad por el hueco.

Al poco rato entró un hombre de mediana edad, vestido de pardo, y quedó sorprendido de verse en aquella magnífica estancia.

— De donde venís? le preguntó Brianda.

— Vengo de Lerin, del campo de la Verdad, de muchas partes.

— ¿Habeis visto á vuestro amo?

— ¡Pluguiera al cielo, señora, que no lo hubiese visto!

—¿Porqué? ¿qué mal os ha hecho? ¿tan vengativo sois que por haberos dejado...?

—Señora, no es eso: todo se lo hubiera perdonado y cien palos de añadidura, al verle como lo he visto.... herido, maltrecho, desmayado....

Sintióse á la sazon un gemido sordo en la puerta de la recámara.

—¿Qué me decís? Esas heridas serán muy leves, por supuesto: ese desvanecimiento, pasagero: y al decir estas palabras Brianda, hacia al escudero ciertas señas, que el buen hombre no se tomaba la molestia de interpretar.

—¡Leves, señora leves! Mi amo no desfallece jamás, ni cae derribado del caballo por heridas de poco mas ó menos.

—¿Y donde las ha recibido?

—En el campo de la Verdad.

—¿En reto?

—En reto, si, señora; pero reto pérfido y villano, por parte del mariscal de Navarra; reto de doce hombres contra uno, si, señora: y él se ha defendido como un leon, y ha dejado tendidos á cuatro; pero aunque tuviese la coraza de San Miguel Arcangel, y la lanza de San Jorge, y el caballo de Santiago ¿que demonios queriais que hiciese contra doce? ¿contra doce malandrines mandados por el mariscal?

Oyóse en la puerta una cosa muy parecida al rechino de dientes.

—Señor villano; dijo Brianda con un acento que queria ser grave y severo, y era alterado y conmovido: estais dirigiendo terribles acusaciones contra el caballero mas principal de Navarra. ¿Cómo es posible que el mariscal se haya batido en duelo con don Alfonso, que es de su propio bando? ¿Y como es posible sobre todo que el reto no siendo cuerpo á cuerpo, y con armas iguales, haya podido ser admitido y llevado á cabo por el mariscal?

—Como se ha hecho, no os lo diré; pero lo que si podré afirmaros, es que, sea como fuere, así ha pasado.

—¿Y sabeis el motivo del duelo?

—¡Toma! por sabido se queda. En Lerin estuvieron los dos caballeros, de Lerin marcharon....

—Basta, basta, esclamó la dama interrumpiéndole: vendreis muy cansado ¿no es verdad?

—¡Y tanto, señora! desde aquí á Lerin, de Lerin al campo de la Verdad, del campo aquí. ¿Y todo para que? para ver á mi amo traspasado á lanzadas y no poder socorrerle ¡malditos amorios, señora! ¡malditos amorios!

—Basta, habeis dicho bastante: voy á mandar que se os disponga la cena; venid conmigo.

Entonces se abrió la puerta de la recámara, y apareció Leonor con el semblante inmutado, Brianda se levantó.

— ¡Señora! murmuró como si quisiese darla un consejo.

Pero la reina desentendiéndose de aquella especie de reconvencion, se dirijió al escudero, y sin rodeos de ninguna especie le dijo:

— Habeis manifestado que el motivo del duelo era sabido, y es preciso que lo digais claramente.

— Señora, contestó turbado el mensagero: mi amo y el mariscal están prendados de una misma dama; de doña Catalina de Beaumont.

— Mirad bien lo que decís, repuso la reina, mordiéndose los labios para reprimir su despecho: mirad bien lo que decís; por que doña Catalina de Beaumont es deuda mia, y su honra es mi honra.

— Pues yo. señora, en que la ofendo? contestó sencillamente el escudero.

— Es que vos no sabeis sin duda que la hija del conde de Lerin, se desposa con el mariscal don Felipe de Navarra; repuso Leonor disfrazando su curiosidad y sus celos, con la capa del parentesco, y de la justicia.

— Por lo mismo, señora, don Alfonso no ha podido consentir....

— ¿En qué? preguntó la reina con indignacion: si no quereis que os cuelguen de una almena, para ejemplar castigo, habeis de esplicarmelo todo; y ¡temblad de proferir una sola palabra, que no pueda pasar por el crisol de un ecsámen rigoroso!

De esta manera Leonor podia saberlo todo, sin que su curiosidad pareciese sospechosa.

— Señora, contestó el mensagero; encargado de averiguar en que se entretenia mi amo, le he visto entrar en el alcázar de Lerin, le he visto asomado en una de las ventanas del castillo, con doña Catalina de Beaumont.

— ¡Con Catalina! ¿estás seguro?

— Seguro, señora, seguro.

— ¿Y el mariscal tambien estaba entonces en la villa?

— El mariscal entonces estaba en la plaza de la villa, haciendo las paces con el conde, y ambos entraron luego en el alcázar; y al poco rato salió de allí don Alfonso, tomando el camino del campo de la Verdad, y al dia siguiente muy de mañana se verificó el duelo.

— ¡Oh! ¡no hay duda! ¿y ese duelo....

— Ha pasado ni mas ni menos de como lo he referido.

— ¿Y don Alfonso estaba solo?

— Solo; hasta que una especie de fraile, ó de ermitaño, que no es la primera vez que le favorece, vino á socorrerle.

— ¿Y el mariscal fué tan pérfido que se acompañó de mucha jente?

— Doce hombres conté, señora, entre muertos y vivos.

— ¿Los habeis visto?

— Si, los he visto, pero llegué tarde; mi caballo no corria tanto como los de esos desalmados tras de los cuales salí de Lerin; el campo de la Verdad es muy dilatado; llegué á verlos huir despues que derribaron á don Alfonso; llegué á ver alzado del suelo á mi amo por aquel fraile, y por un judio que debia de ser un médico sin duda y le ayudaba en tan caritativa empresa: me acerqué á ellos, les ofrecí mi ausilio, alegando para ello el título de antiguo escudero. Esta circunstancia pareció chocar sobre manera al ermitaño. — ¡Hola! me dijo ¿con qué habeis sido escudero de este bravo infanzon? — Si, hermano, le contesté; y sepa que si no lo soy tadavía, es porque mi amo tiene la costumbre de mudarlos como camisas. — Yo lo creo, me replicó; don Alfonso debe estar muy resabiado en achaque de escuderos: ha debido tener alguno con quien hiciese buenas migas; y si el Arcanjel san Rafael bajase á servirle como á Tobias, se me figura que de él se habia de cansar tan pronto como de vos. — Y luego tomando del suelo una lanza añadió. — ¡Largo, señor escudero! ¡largo de ahí; pues al tomar el hábito, no hice mas voto que el de no dejar en el mundo escuderos de don Alfonso con vida!

— ¡Cómo! ¿y por temor del fraile ignorais donde se alberga el caballero?

— No, señora, no quise entrar en una lucha imprudente, y me contenté con ir tras ellos, siguiéndoles la pista.

— ¿Y á donde fué á parar?

— ¡A la ermita de la penitente!

— ¡A la ermita de la penitente!

— Si, señora.

— ¿Y permanece allí?

— Si, señora.

Nada mas necesitaba saber doña Leonor. Segun hemos visto tres sospechas habian asaltado á su mente al notar la desaparicion de don Alfonso: primera de que por otra mujer la olvidase, principal temor de las amantes de cierta edad, bajo fundamental de la poco agradable sinfonía de sus amores: segunda de que le sucediese una desgracia; y tercera y última de que la penitente le revelára quien habia sido la envenenadora de Blanca de Navarra. Leonor habia tenido la fortuna de que de estas tres sospechas, dos cuando menos estaban plenamente confirmadas, y una es probable que lo estuviese dentro de pocas horas.

Tres furias vomitadas del averno no le habrian atormentado tanto como los celos, el peligro de su amante y el temor de merecer su ódio

y su desprecio. Perpleja estuvo la reina por no saber á donde debia acudir primero con el remedio: pero el corazon tiene una lógica superior al entendimiento, y el corazon le dijo que entre las dos noticias completamente seguras, la mas segura parecia ser la de las heridas y afrenta de su amante; y que las probabilidades de la revelacion que la penitente pudiera hacer, se disminuian mucho apresurándose á salvar la vida del infanzon gravemente comprometida.

Ella tambien habia menester de descargar la rabia de su pecho sobre cualquiera: habia menester de vengar á su amante: la venganza es una pasion que prende facilmente en un corazon enamorado: la venganza es la primera sangria que se recetan los poderosos ofendidos para aliviarse del mal humor.

Acordóse de que era reina, y murmuró á sus solas:

—Hasta ahora no he ejercido ningun acto de soberana: la corona solo me ha traido sinsabores, angustias y tormentos. ¡Ea, pues! Usemos de nuestras facultades: sino para dirigir, sírvame el cetro para castigar.... Voy á ser reina; voy á probar que nadie en Navarra es mas poderoso que el monarca. ¡Que tiemblen, que tiemblen esos vasallos arrogantes, que se creen superiores á los reyes, porque reyes ha habido tan débiles que se han dejado imponer el yugo de los Barones feudales—¡Brianda! esclamó llamando en alta voz.

Presentóse otra vez la dama favorita:

—El gobernador de Estella, que venga al punto.

—Mosen Tristan de Mauleon acaba de llegar al alcázar.

—¡Oh! Dios me lo depara: que venga, doña Brianda, que venga.

La dueña desapareció; y no tardó muchos minutos en presentarse el hidalgo agramontés de la montaña de Navarra. Era un mozo de veinticinco años, mediano de cuerpo, recio de miembros, lleno de cara; de facciones duras y franca fisonomía. En sus miradas se distinguia la serenidad y en su elevada frente la firmeza.

—Mosen Tristan de Mauleon, le dijo la reina, con toda la dulzura que le fué posible reunir en aquel instante, que por cierto no era mucha: mosen Tristan, vos sois....

—Bastanés, señora.

—Sí, os conozco; pero no queria deciros eso, sino que sois valiente, resuelto y decidido.

—Decidme, si bien os place lo que quereis, respondió el hidalgo navarro, casi ofendido de semejantes lisonjas, por mas que fueran merecidas: soy vuestro súbdito mas leal....

—Lo sé, mosen Tristan, sé que tengo en vos, uno de mis mejores vasallos.

—Súbdito, señora.

— ¡Pues! Eso quise decir; sois uno de mis súbditos mas fieles; prueba de que así lo creo es el encargo que voy á encomendaros. Se trata de castigar á un caballero.... y de traerlo arrestado.

— Nombradmelo señora, y me partiré al momento.

— Es preciso que tomes veinte lanzas, porque es un caballero muy principal....

— Bien, tomaré veinte lanzas.

— Y sobre principal, es, ó parece haber sido muy valiente.

— En ese caso, si es tan valiente como decís, os pediré permiso para que me dejeis partir solo, repuso Tristan con altivez.

— No, no, dijo la reina, medio sonriéndose de la arrogancia del gobernador: si se tratára de pelear, os hubiera mandado solo; pero se trata de traerle preso, y es preciso llevar escolta.

— Cumpliré vuestra órdenes, señora. ¿Y á donde he de dirijirme?

— Al castillo de Lerin.

— ¡Oh! ¿es el conde? Iré, señora, iré; aunque quisiera que mandaseis otro mas diestro en caza de raposos.

— No, no es el conde de Lerin; es el mariscal don Felipe de Navarra.

— ¡El mariscal de Navarra! ¡Ah! señora, dignaos elegir otra persona para semejante comision.

— ¡Como! ¿Rehusais obedecerme! esclamó colérica la reina, á quien semejante resistencia la cojia de sorpresa.

— Antes he dicho que yo era súbdito de vuestra magestad, ahora os declaro que soy vasallo de don Felipe de Navarra.

— ¿Con que dentro de mis reinos hay quien mande mas que yo?

— ¿Antes que á vos, señora, he jurado pleito homenage al mariscal.

— ¿Y el mariscal, miserable, no me ha jurado hace cuatro dias, en la iglesia de San Juan, fidelidad y obediencia?

— Eso atañe al mariscal.

— ¿Con que yo no soy obedecida en mi reino?

— Lo sereis, señora, mientras no mandeis contra fuero: yo el primero estoy dispuesto á derramar mi sangre por vos; pero no contra caudillos de mi bando. Los fueros permiten que cualquier hidalgo pueda elejir en Navarra el señor que le acomode: *que todo home* (1) *pueda tomar, é esleyer quoal seinnor quisiere*, dice la ley, si mal no me acuerdo. Y no solo tienen los hombres este privilejio sino los pueblos:

---

(1) Los que no fuesen de la clase de francos arriba, no eran tenidos por hombres.

Espronceda era una villa que pertenecia al caballero Gonzalo Martinez de Morentin, y apenas sus vecinos se hicieron francos, elijieron por señor á don Cárlos de Francia, ilustre abuelo de vuestra majestad. Así los reyes, señora, si quieren conservar los pueblos á su obediencia, tienen que gobernar á su gusto; y los mismos feudatarios procuran gobernar mejor que los reyes, para que sus feudos no se les escapen á refujiarse al trono.

— Mosen Tristan, esclamó furiosa Leonor: para oir mas á menudo vuestras lecciones, quedareis arrestado en palacio.

El hidalgo inclinó respetuosamente la cabeza, y la reina le entregó al oficial de guardia.

Leonor hizo despues otras tentativas inútiles. Unos por lealtad, otros por miedo, y los mas por estar convencidos de la imposibilidad material de arrestar al caudillo del bando mas poderoso, todos se negaron á admitir el encargo.

La princesa bufaba de cólera.

— ¿Y esto es ser reina? decia, paseándose desatentada por su aposento: ¡Mentira, mentira! Los verdaderos reyes de Navarra son el mariscal, el conde de Lerin, y mosen Pierres de Peralta; y yo soy un espantajo cubierto de púrpura, y de real corona, porque así les conviene; porque la corona no puede ceñir á un tiempo tres cabezas, y es preciso que haya un monigote que la sostenga, y que no escite la rivalidad de ninguno de los tres. ¡Oh! ¡y para esto tanta sangre, tanto veneno, tantos hermanos en el sepulcro, tantos años de guerra, y ahora tantos y tan crueles remordimientos! — ¡Oh! ¡Si yo fuese hombre! ¡si yo enristrase lanza y embrazase escudo! ¡si yo pudiese derribar uno á uno todos esos miserables bastardos, escoria de la sangre real, que quieren competir en grandeza, ya que en quilates tienen que ceder al precioso metal de que han salido! ¡si yo tuviese un hombre mas valiente que todos ellos que los humillase, que los hundiese...! ¡Oh! Soy una pobre mujer, una pobre viuda... ¡Si yo tuviese un marido... un marido como don Alfonso! ¡él con su brazo invencible, yo con mi frente indomable! ¡Desdichada, desdichada de mí! Si miserable soy como reina, mas miserable soy como mujer. Esos bandidos feudales, reconocidos por la ley, tienen armas para robarme las tierras y castillos, y tienen hijas para robarme los amantes. — ¡Oh! el heredero de mi trono es casi un niño, nada puede hacer, nada! Pero sino tengo hombres que venzan á los hombres, muger soy que sabrá vencer á las mugeres.

Sí! sí, esclamó revolviendo los ojos como una bacante: mis armas no se han embotado: el que confeccionó la ponzoña de Carlos y de Blanca no ha muerto! ¡Catalina! ¡Catalina! ¡Desdichada de tí, porque

el aguila real de Navarra acaba de clavar en tí sus ojos desde el firmamento de su trono, para vengar en tí los celos de don Alfonso, y las ofensas del mariscal.—Dicen que naciste cuando espiraba doña Blanca, dicen que te pareces á Blanca.... mucho mayor será tu semejanza con ella dentro de pocos dias.

Y diciendo estas palabras, trémula de ira, sentóse delante de una mesa de nogal, toscamente tallada, y se puso á escribir una carta; pero su agitacion nerviosa no le permitía formar la letra con aquella perfeccion que todos en ella reconocian.

— Aguardemos, aguardemos un rato, se dijo la reina: estas cartas deben escribirse de mano maestra; de lo contrario, el conde que es tan suspicaz podría adivinar la turbacion de mi ánimo por la forma de la letra.

— ¿Quién sabe si le bastaria esta clave para descifrar el enigma?—¡Doña Brianda! esclamó luego, procurando reprimir su agitacion.—Mi médico; dijo apenas la dama se apareció en el umbral de la puerta.

— ¿Estais mala, señora? preguntó la dueña con inquietud.

— Un poco.... ya sabeis.... esos malditos dolores de estómago: pero se me pasará pronto....decidle á Jehú que venga.

Leonor en efecto padecia habitualmente del estómago, pero como habrá presumido el lector, no eran los dolores físicos los que le impulsaron á llamar al judio.

Entró este despues de un cuarto de hora, vestido con el trage propio de su raza; y desde la puerta hizo á la reina una profunda reverencia á la oriental.

Era un anciano de larga y espesa barba blanca: de cejas muy pobladas y casi rectas, debajo de las cuales estaban sepultados dos ojillos redondos y muy vivos: nariz aguileña y muy inclinada sobre los labios que desaparecian bajo el bigote. Cuando cerraba los ojos parecia un mago: su rostro era digno y severo; cuando los habria semejaba una lechuza, y en ellos asomaban las pasiones mas vulgares: el miedo y la avaricia.

La reina le hizo señal de que podia acercarse.

— Me han dicho que la preciosa salud de vuestra majestad se ha resentido....

— Te han dicho mal, Jehú.... verdad es que siento alguna pequeña incomodidad....pero eso no vale nada. Te he llamado para otra cosa. Tu eres médico de mi malogrado hermano el príncipe don Carlos, y le suministraste la ponzoña....

— ¡Señora! esclamó temblando el médico: ¡señora! ¡por el Dios de Abraham....

— Nada temas, Jehú: solos estamos. La ponzoña de mi hermano Carlos, que esté en gloria, le hizo sufrir mil dolores, por espacio de ocho dias, y á nosotros mil inquietudes de ser descubiertos. Despues te tomé á mi servicio, y te he colmado de riquezas: te pedí un veneno para mi hermana doña Blanca, que de Dios goza, un veneno activo, y que no hiciese sufrir tanto como el otro, y me diste uno tan eficaz, que con la cantidad que pudo encerrarse en un anillo de oro habia lo suficiente.... para....

— Para despachar á una familia entera, aunque fuese mas dilatada que la de vuestra majestad.

— Pues bien; ahora te pido un veneno: que mate con lentitud ó con brevedad, no me importa; pero que mate sin dolor, que mate sin dejar señal aparente, y sobre todo que mate con seguridad.

— Vuestra majestad dispone de mí como de un siervo: yo soy el barro, vuestra majestad el alfarero: vuestra majestad puede hacer de mi ciencia y de mis manos lo que le plazca. Vuestra majestad puede contar, dentro de breves dias, con la ponzoña que me pide; pero necesito hacer grandes gastos.....

— ¿Cuanto necesitas?

— Primeramente un líquido compuesto de los simples mas raros y costosos.

— ¡Bien cuanto gastarás en procurarte estos simples?

— Cien florines.

— ¡Ba! dijo Leonor arrojando con desden sobre la mesa un bolsillo lleno de oro: muy moderado estás, Jehú.

— Si: pero vuestra majestad no sabe que para quitar á ese líquido la virtud aljídica, ó sea de causar dolores, es preciso pasarlo por un tamiz de polvos de carbon.

— Y bien... repuso la reina con cierta sonrisa: ¿cuanto pides por el carbon?

— Mil florines.

— ¡Mil florines! ¿Estás en tu juicio Jehú? ¡mil florines por ese carbon....! Vamos eso es una burla, y te juro por mi nombre, que no estoy para sufrirlas.

— Señora, cuando vuestra majestad sepa que esos polvos tienen que ser de diamantes reducidos á carbon.....

— ¿De diamantes?

— Si, señora: los diamantes se transforman en carbon.

— ¿Y ese carbon es indispensable?

— O yo soy un pobre ignorante en alquimia; dijo con vanidad el médico judio, ó la ponzoña, tal como vuestra majestad la pide, no puede confeccionarse sin este requisito.

— Está bien, contestó la reina: mil florines yo no tengo, y aunque quisiese ordenar nuevas pechas para sacarlos, la operacion seria muy lenta; pero tendrás cuantos diamantes, haya menester, aunque fuere preciso quedarme sin corona. De una joya voy á disponer antes, sin embargo.

— ¿Para quién señora? esclamó el insaciable judio, creyendo que Leonor iba á darsela de adeala.

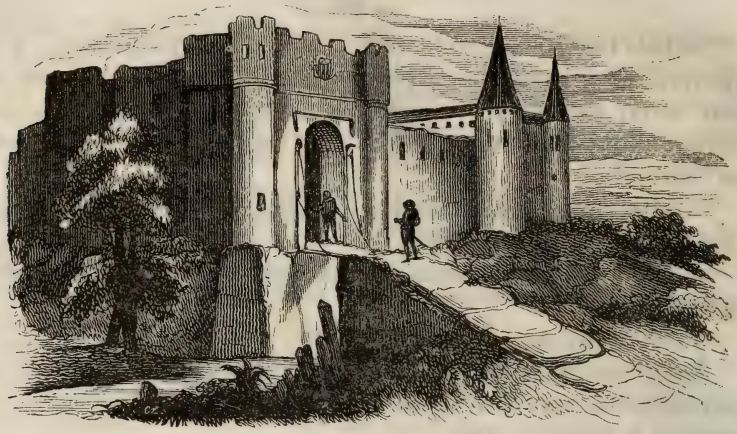
— Para la misma persona que me hace convertir las restantes en carbon.

Y con un ademan despidió al judio.

Luego mas sosegada redactó la carta, esmerándose tanto en la espresion de los conceptos, como en la formacion de los caracteres, y llamando á la dueña la dijo:

— Escojed de mis joyas la de mas valor, y remitidla al punto con esta carta á mi amada sobrina doña Catalina de Beaumont, hija del condestable de Navarra.

Un mensajero llevó ambas cosas al alcázar de Lerin.



CAPITULO XXIII.

De como los que fueron por lana, volvieron trasquilados.

A VERGONZADO y confuso dejamos al mariscal de Navarra. Ciego de cólera con las provocaciones del conde, por primera vez acababa de dirijir un golpe, contra quien no tenia en la mano acero para contestarle. La inesperada magnanimidad de su anciano adversario, y la presencia de Catalina, risueña, tranquila, inocente, cubierta con el velo virginal, formaba tal contraste con su situacion violenta, que no fué poderoso á levantar los ojos del suelo, ni pronunciar una sola palabra para defenderse.

— Aquí me tienes Felipe, le dijo Catalina con un acento dulcísimo y sonoro como el eco de los valles: ¿Te parezco bien? añadió con un candor que escluia todo resabio de vanidad.

El conde para entonces habia salido prudentemente del aposento, presumiendo que el mariscal tendria que dar á Catalina algunas esplicaciones acerca de su visible agitacion. El mariscal se contentó con esclamar sin alzar los ojos del suelo:

— ¡Oh! Catalina!

—¿Como? ¡no te atreves á mirarme!

—Sí, verte, escucharte, vivir á tu lado, es mi única delicia.

—Lo dices eso con un tono.... ¿Estás enojado quizá por que he tardado mucho?

—¡Antes, antes debias haber venido!

—Sí; pero esas damas en cojiéndome por su cuenta en el tocador.... ¡Dios mio! ¡cuan demudado estas! ¿que tienes, Felipe? ¿ya no me amas?

—¡Mas que á mi vida! ¿que es la vida comparada con tu amor? Nada: nada hay en el mundo que pueda debilitar mi cariño.

—¡Oh! entonces nada temo.

—¡Sí! porque tu conciencia está tranquila, Catalina; pero la mia no me permite acompañarte al altar, y tenderte una mano.... que no está pura, una mano...

—Vamos, vamos; repuso la tierna virgen, clavando en el mariscal una mirada seductora: yo te absuelvo de todo: no creia en verdad que fueses tan escrupuloso.

—¡Escrupuloso yo, pésia mi alma! dijo Felipe enseñando sus dientes blanquísimos al sonreirse amargamente.

—¿Sabes á quien te pareces, Felipe? A los reos que van al suplicio, y por retardar algunos instantes su muerte, se confiesan cien veces en el camino.

—Si yo pido que se retarde algunos instantes la ventura mayor que ningun mortal ha disfrutado, es porque de ella soy indigno, porque seria una profanacion, un sacrilegio....

—Pero ¿de veras quieres suspender la boda? esclamó Catalina recelosa; y luego casi con lágrimas en los ojos prosiguió diciendo: bueno.... yo no tengo prisa.... cuando tu quieras...!

—¡Oh! no sospeches, por Dios, de mi lealtad, de mi acendrada pasion. ¡Ea! ¡Voy á revelártelo todo, voto al diablo, todo!

—Sí; yo tambien anhelo por salir de una vez de semejantes misterios.

—Acuerdate, Catalina, de que antes que tu padre nos interrumpiera quise hacerte una confesion.

—Lo recuerdo.

—Pues bien, iba entonces á decirte que conocia al asesino de mi padre.

—¡Gran Dios! ¿le conocias?

—A no dudarlo.

—¿Te han entregado una daga?

—Ahí, la tienes, dijo Felipe, señalándole el arma tirada en el suelo: yo la traje conmigo.

— ¿Con qué objeto, Felipe? No seria con el de ofender á mi padre.

— Era con el de vengar al mio.

— ¡Con el de vengarle! ¡Desdichado! gritó con horror la pobre doncella de Lerin : ¡y yo que iba á recibir la mano, que poco despues se habia de teñir en la sangre de aquel á quien debo la vida!

— ¿Lo ves, Catalina? Seria un mónstruo, si á las pocas horas de haber concebido semejante proyecto, no me hubiese arrepentido. Al verte, al oirte, se disipó la nube de sangre que me circundaba; pero te marchaste, y tu padre me provocó, tu padre me insultó, tu padre queria precipitarme... y tu padre me precipitó!

— ¿Qué dices?

— Qué alzé mi mano, y.....

— ¡Infeliz! ¿por qué no has huido antes de volver á verme? ¿qué has hecho de mi padre?

— ¡Oh! Nada temas, tu padre estaba seguro. Sí, de otra manera no me hubiera provocado. ¡Oh! yo le doy gracias, Catalina, por que me ha hecho conocer el abismo en que iba á sepultarme. Esta es mi confesion, Catalina... Ahora en tus manos está mi suerte, tu puedes absolverme ó condenarme: no queria renunciar á tu mano, ni renunciar á la venganza: he aquí desenvuelto el último pliegue de mi corazon.... ya nada me queda por decirte: conozco al matador de mi padre, y le perdono, tu me conoces cual soy....

— Y te perdono tambien, esclamó Catalina, con un acento solemne, al par de compasivo.

— ¡Oh! Catalina, no falles por lástima de mí, ni por contemplacion tampoco á las desventuras de la patria; que contigo ó sin tí, juro, por la fé de caballero, no desenvainar jamás mi espada por nuestras civiles discordias.

— No, mariscal, es el fallo del amor que disculpa tus estravios, y que comprende todo el valor de tus promesas, toda la generosidad de tu alma: nunca, Felipe, nunca te han visto mis ojos mas grande que ahora, despues de tu franqueza, despues de tu resolucion.

— ¡Nunca, nunca he sido tan venturoso como lo soy ahora, Catalina, esposa mia!

— ¿Piensas tu que los que yacen en la tumba se deleitan con la venganza? ¿piensas tu que el humo de la sangre derramada puede llegar hasta la morada de las almas?

— ¡No, no, mi padre debe complacerse en mirarme unida á tí, que tanto te pareces á los ángeles!

— Los muertos no se aplacan con los gritos de la venganza; proseguia Catalina inspirada por el amor y el patriotismo; sino con la armo-

nia de dos enemigos que enmiendan, aunque tarde, el error del que murió aborreciendo á su hermano.

— ¡Oh! ¡paloma inmaculada! Ven, por segunda vez, ven á mis brazos; y para que nuestra boda selle á la par nuestra ventura, y la ventura de la patria, déjame salir de aquí.

— Salir de aquí?

— Déjame deshacer mi obra: yo en pocas horas habia hecho algunos preparativos de guerra: yo queria, ciego de mí, arrancarte de los brazos de tu padre, y llevarte á mis castillos, despues de haberme vengado; y ahí, en el bosque de Baigorri, deben hallarse algunos amigos mios que tal vez se acerquen impacientes... Déjame remediar todas estas imprudencias, antes de que sean conocidas.

— Si, debes partir: pero yo no sé por que me estremezco.

— ¡Estremecerte, vive Dios! ¡Animo, Catalina; esas son aprensiones.

— No; estos son presentimientos.

— ¡Que presentimientos, ni que diablos! ¿dudas de mi, esposa mia?

— No, primero dudára del sol que nos alumbra.

— Pues en ese caso ¿qué temes?

— Nada, en verdad.

— ¡A Dios, Catalina, á Dios, esposa mia!

— Felipe ¿me amas...?

— ¿Si te amo? Tu amor ha domado las mas violentas pasiones de mi corazon. ¿Cabe mayor triunfo?

— Tienes razon, vete, pues, Felipe; pero ¿prometes volver presto?

— Volveré cuando sea digno de tí; cuando pueda presentarme con la frente erguida, sin asomo de recelo. ¡Y no me das un abrazo por despedida!

— ¡Ah! ¡Por última vez!

No es la primera que nosotros hemos dicho que el conde de Lerin habia mandado á sus guerreros, que tomasen posesion de los pueblos y fortalezas que el mariscal debia entregar el dia de la boda, amen de aquellos cuya posesion quedó aplazada para mas tarde. En esta operacion estaba el secreto de la gran jugada, con que aquel tan buen político queria sorprender á los dos grandes y poderosos monarcas, que cercaban el tapete, ansiosos por tomar en sus manos la baraja.

Los guerreros iban cumpliendo sus órdenes con tanta presteza como ventura; de manera que mañana y tarde, apenas hacia el condestable otra cosa que ver llegar mensageros que le traian pliegos concebidos poco mas ó menos en los términos siguientes:

«En este mismo dia quedó entregado el castillo de Viana al muy

» noble caballero don Cárlos de Artieda; á 3 de febrero del año del
» Señor 1479. El alcaide,

Pablo de Zúñiga. »

«Yo, Sancho de Ubago, entregué la villa de Losarcos, en vista de
» órdenes espresas del mariscal mi señor, á Diego Martinez de Mene-
» ses. »

«Por no saber firmar pongo esta cruz.

Sancho de Ubago. »

«Tampoco firma Meneses por la misma razon; pero lo ha visto, y
» está conforme, y pone el sello de cera con el pomo de su daga. »

«La guarnicion del castillo y puente de Lodosa queda relevada con
» tropas del conde de Lerin. Hoy dia 3 de febrero del año de gracia
» 1479.

Juan de Goñi. »

Algunos documentos de esta especie, que por lo lacónico daban muestras de no estar estendidos por letrados, ni escribanos, carecian de las dos firmas: es decir, la del alcaide entrante, y la del saliente; pero semejante falta de formalidad, no podria argüir mas que la prisa con que se ejecutaban aquellas maniobras; y hubiera sido ridículo ecsijir tantos requisitos para un aviso puramente confidencial.

Tranquilo sobre este punto y regocijado el conde con el buen écsito de sus planes, recibió un aviso de distinta índole que los anteriores: su futuro yerno don Felipe de Navarra, segun la penitente le prevenia tenia en su poder la daga misteriosa, y conocia los secretos de la noche de Pamplona, por todo lo cual le aconsejaba que viviese apercibido.

Sonrióse el conde tranquilamente al saber esta noticia: vistióse una finísima cota de malla enteramente ajustada al cuerpo; encima se acomodó el jubon, y sobre este la túnica y manto de caballero, como solia hacerlo en los dias mas solemnes, y en tiempos en que ejerció su alto oficio de condestable, ó supremo juez del reino: y seguro ya de que la hoja mas bien templada se estrellaria contra su cuerpo, quebrándose como si fuese de vidrio; con el desden en los labios, y la tranquilidad que nunca le abandonaba en las ocasiones mas críticas, pasó á ver al mariscal con ánimo de cerciorarse del aviso, y resuelto á provocar á su enemigo, haciendo abortar sus planes.

Este papel sabia representarlo el conde á las mil maravillas: sagaz por estremo, frio, insolente y artero, pocos esfuerzos necesitaba hacer para que un mozo de condicion iracunda, de impresiones prontas

y vivas, rompiese el valladar de la prudencia y de la reserva.

Vímosle al principio indiferente mientras estaba observando; y luego provocador, insolente, hipócrita, cuando sus observaciones le confirmaron en la verdad de las noticias recibidas; y luego, grande, generoso, magnánimo, cuando el mariscal acababa de incurrir en una falta que le hacia bajar los ojos de vergüenza, un instante despues de cometida. El mariscal era un autómata en manos del conde el cual por medio de los secretos, pero infalibles resortes del corazon humano, arreglaba todos los movimientos del hombre artificial, y le hacia echar mano á la daga, blandirla, y descargar el golpe, en la ocasion, y hasta en el punto mismo en que mas le convenia.

De esta manera don Luis de Beaumont, no solo se quitaba de encima el incómodo peso de una oculta amenaza, sino que cobraba una superioridad real sobre su enemigo, y le maniataba con las únicas cadenas que pueden sujetar á un noble corazon: la generosidad, y el agradecimiento. Desde el punto mismo en que Felipe descargó el golpe de la venganza, el conde le consideró por mas suyo, que el último de sus vasallos.

Ocurrió sin embargo un suceso que le hizo cambiar enteramente de opinion.

Apenas salió del aposento donde los novios quedaban, presentósele su antiguo y fiel partidario don Cárlos de Artieda; el cual segun hemos visto estaba encargado de tomar posesion del mas importante de los castillos que al bando beamontés se le restituian por la boda.

—¡Oh! le dijo sorprendido el conde de Lerin: Tan pronto os habeis cansado de la buena villa de Viana? ¿A quien habeis dejado en el castillo¿

—Al demonio que nos lleve á todos, señor condestable, respondió de mal humor el caballero.

—¡Que diantre...! Mucho os pesa del paseo militar que habeis dado esta mañana. Estos caballeros que no se desnudan el arnés, ni para acostarse con su mujer, no quieren moverse de sus castillos, como no sea para andar á tajos y mandobles. Amigo mio, confesad, sin embargo que la madrugada nos ha valido mas que una batalla.

El conde hablaba un poco mas que de ordinario, lo cual era en él indicio de buen temple.

Carlos de Artieda medía la habitacion á grandes pasos, á cada uno de los cuales, acompañaba un bufido en tono agudo, y sendos votos, reniegos y pésetes en tono grave. Aquella música dió mucho en que pensar á don Luis de Beaumont.

—¡Como! esclamó: ¿serán capaces de habernos jugado alguna mala pasada?

— Y jugado, y ganado, señor conde; jugado y ganado, que es lo peor.

— Pues qué.... ¿Pablo de Zúñiga....

— Pablo de Zúñiga es un bribon de siete suelas, y todos los agramonteses son unos villanos; y nosotros, señor don Luis unos benditos, por no decir majaderos, que nos hemos dejado embaucar de semejante canalla.

— Vamos á ver, don Carlos: relatad pronto lo que á sucedido, no nos pongamos á chillar como mugeres, por una cosa que tal vez importe un bledo.

— ¡ Que importa un bledo! ¡ Bueno! si teneis esa calma; si tan poco os importa... ¡bueno! si el castillo de Viana vale para vos, como la choza que levantan los segadores para sestear.... ¡bueno!

Y el caballero recien venido seguia paseándose, y bufando y votando, y haciendo sonar las espuelas y la armadura con estrépito.

El conde le quiso seguir en sus descomunales paseos; pero anciano y de baja estatura tenia que ser pasicorto, y se quedaba siempre á la mitad de la linea por ambos estremos.

— Vamos á ver: ¿conque se ha perdido el castillo de Viana?

— Por mas perdido no doy un cornado.

— ¡Perdido! ¿Con que aquellos malandrines no acatan ni obedecen las órdenes del mariscal?

— Toma si las acatan... ¡ voto á mil pares de demonios! ¡Toma si las obedecen!

— Esplicaos, por Dios, don Carlos: ¿habeis entrado en el castillo?

— Sin dificultad ninguna.

— ¿Mostrasteis la órden de don Felipe?

— Fué mi primera dilijencia.

— ¿Y luego?

— Luego pedí las llaves del castillo á Pablo de Zúñiga, y al alcalde las de la villa; y aguardándolas estaba en el terrado de la fortaleza... ya sabeis que se entra á piso llano; ni siquiera habiamos descabalgado, yo ni las veinte lanzas que conmigo llevaba. Pues, señor, tardaban, tardaban y tardaban, y á mi me iban llevando ya mil diablos de tanto aguardar. Mirábamonos unos á otros los beamonteses, y aunque ninguno queria soltar palabra, sin embargo, no las tenia todas conmigo: y cuando todos nos recelábamos de alguna traicion, alzé yo la voz y dije:

— ¡Eh! ¡caballero!... ¿esas llaves, vienen ó vamos nosotros por ellas!

Y como al dar la voz levantase yo la visera del casco vi.... Vos sabeis, señor conde, la disposicion del castillo, puesto que vuestro ha sido por tanto tiempo; sabeis que entrando por la puerta del norte, que

es la principal, se sale á un descubierto á modo de terrado, coronado de almenas, y que sobre él se levanta á la espalda el cuerpo principal del castillo con sendas torres á una y á otra banda; pues bien, en estas torres y en toda la parte superior de la fortaleza ví cien puntas de ballesta, con bodoques unas, con saetas otras: ví cien bocas de arcabuces que todas estaban apuntando segura y holgadamente á nuestros pechos; y tras de estas puntas y tras de estas bocas, ví sendas cabezas de agramonteses oí la voz del alcaide Pablo Zúñiga que con cierta risita que me quemaba la sangre, muy reposadamente me decia:

— «Amigo Artieda, castillos cuya toma ha costado tanta sangre, no se devuelven así por medio de esos garabatos que me habeis traido.»

— «Cuerpo de tal, don villano, respondí yo: traicion es esta que ha de costaros muy cara; y ha de ser sonada la venganza que tome el conde de Lerin.»

— «Mesuraos, mosen Carlos, repuso, callad que si suelto la voz, cien pelotas atraviesan vuestro pecho. No queremos nosotros haceros desaguisado alguno....»

En fin, señor Condestable, no tengo paciencia para repetir tantas sandeces y tantas insolencias como me dijo: de todas ellas vine á deducir que don Felipe de Navarra os ha engañado villanamente; que mientras esos contratos suscribia, daba órdenes para que los castillos no os fuesen entregados, ni aun con su propia firma; y que el alcaide queria retenernos por espacio de tres ó cuatro horas para que no pudiésemos daros aviso....

— ¡Que diantres! esclamó el conde rascándose detrás de la oreja.

— Pero yo, prosiguió Carlos de Artieda, no tuve aguante para estarme allí tomando el fresco al aire libre; me arrojé á la puerta, la derribé, y aunque acribillados á ballestazos salimos al coso, y de allí fuera de la villa, con mas ganas de volver sobre ella y descuartizar á Pablo de Zúñiga con todos los agramonteses, que de venir á relataros tan pesado cuento.

— Pero al fin....

— Al fin... ¿que diablos habiamos de hacer cuarenta hombres contra la plaza? Agachar las orejas y tomar el camino de Losarcos.

— «Guardeos Dios!» gritó al partirme Pablo de Zúñiga.

— «Y á vos y á Viana! hasta que caigais en nuestras manos, le respondí yo, sofocado de rabia.»

— ¡Oh! Teneis razon, Carlos de Artieda, sonada ha de ser la venganza que tomemos; y os juro que alguien que yo me sé, ha de oir esas últimas palabras antes de su muerte: dijo el conde Lerin. Pero vamos adelante. En Losarcos al menos encontrariais á Diego Martinez de Meneses, que acababa de tomar posesion á nombre mio....

— ¡Bien informado estais, voto á briós, de lo que pasa, señor Condestable...!

— Pues qué ¿tambien en Losarcos...?

— En Losarcos tambien.

— Mirad que he recibido un pliego sellado con las armas de Diego Martinez de Meneses.

— Es claro : Diego Meneses ha caido prisionero , ha sido desarmado, y....

— ¡Con que tambien esa villa!

— Esa villa, como todas; porque el plan ha sido general, tan vasto como el nuestro.

— ¡Vaya...! ¡Tiene chiste la ocurrencia de haberme molido á recaditos , y avisos, y mensages todo el dia! esclamaba el conde de Lerin con una sonrisa venenosa: vamos.... no puedo quejarme: hanme dado á conocer las firmas de todos los alcaides y gobernadores del mariscal... autógrafos importantes, que tendré presentes toda mi vida. Afortunadamente el mariscal está en el alcázar.... y juntos podremos reirnos de....

— ¿Qué está aquí don Felipe?

— Sí, aquí está el mariscal, y voy á darle las gracias por sus donosas ocurrencias.

— ¿Y casado ya?

— No; todavia no, repuso el conde sosegadamente: y por cierto que me acomoda esta tardanza; pues antes de entregarle la mano de mi hija, será preciso que me apresure á contestar á los alcaides, cuyos avisos he recibido....

— ¡Contestarles, vive Cristo! ¿de qué modo?

— Remitiéndoles, si os parece, la cabeza del mariscal don Felipe de Navarra.

La soberbia fábrica de los ambiciosos proyectos del conde de Lerin, acababa de ser demolida: nunca en mejor ocasion pudo decirse que don Luis habia fundado castillos en el aire. Iban llegando desbandados, sus guerreros; sin armas unos, aporreados otros, y desmedrados todos; y clamando venganza, y maldiciendo la perfidia del mariscal, nunca mas inocente, como sabe el lector, nunca mas ajeno á las intrigas que se le atribuian.

Cárlos de Artieda tenia razon en asegurar que el plan de los contrarios seria tan vasto como el del conde, y que si tiempo no les faltaba, por dilijencia y por escrúpulos no dejarian de oponerse á que en manos de los beamonteses cayera una sola almena del mariscal.

Como en Viana y en Losarcos, los emisarios de Lerin eran recibidos en todas partes con muestras de sumision y respeto á las órdenes

que traian; pero no bien ponian el pié dentro de la fortaleza considerábaseles prisioneros. Entonces los alcaides ó gobernadores estendian un parte, y tal vez obligaban al jefe beamontés detenido, á que tambien lo firmára, ó le cojian la espada, estampando el sello del pomo; y un soldado desconocido llevaba este documento al castillo de Lerin, rebentando el caballo, para ganar las albricias del afortunado conde, que en un dia recobraba cuanto habia perdido en diez años de guerra.

Debe decirse en honor de los autores, ó del autor de semejante industria, que los coronistas atribuyen á mosen Pierres de Peralta; debe decirse, repetimos, que despues de algunas horas de encierro, y cuando calcularon que el golpe estaba dado en todas partes, soltaron los prisioneros, que humildes y cabizbajos volvieron á los estados del caudillo beamontés.

Por lo mismo que el conde, apresurándose á tomar posesion de todas las fortalezas en un mismo dia, se mostraba suspicaz, desconfiado y aun contrario al espíritu de los contratos celebrados; por lo mismo que tenia merecida semejante burla, le escoció mas que otra alguna. Habia caido en la trampa dispuesta por él, para sus enemigos.

Entró sin embargo tranquilo en el aposento de su hija, con su eterna y casí maquinal sonrisa de mal agüero en sus lábios; entró como el zorro de la fábula, buscando el ciervo por cuyas astas se habia de encaramar y salir de aquella sima.

Con una sola mirada rejistró toda la cámara, y de cólera se pusieron blancos sus lábios, al ver que don Felipe no estaba al lado de la bella desposada.

Esto no obstante preguntó con voz dulce y sosegada:

— ¿Y el mariscal, hija mia?

— El mariscal... contestó Catalina un tanto confusa: no sé como deciros.....

— ¿Qué ha salido?

— Que vendrá luego.

— ¿Conqué se ha partido? repuso el conde alzando la voz.

— Si, padre mio, pero nada temais.

— ¿Quién te ha dicho que yo puedo temer?

— Es que yo lo sé todo: todo lo acaba de confesarmelo.

— ¡Lo acaba de confesar! dijo don Luis clavando en su hija una mirada penetrante, como la del águila, y siniestra y falsa como la de la hiena: ¡lo acaba de confesar...! ¿Luego hace poco que ha salido de aquí?

— En este mismo instante.

— ¡Bueno! ¡bueno! esclamó el conde; y se salió del aposento.

Al cabo de algunos minutos volvió, con la misma espresion en el

rostro; pero, sin que en él se advirtiese notable diferencia, parecia mas claro si es posible decirlo así.

— Vamos á ver, dijo don Luis, anudando su conversacion: ¿qué te ha confesado tu futuro esposo?

— ¡Todo, padre mio, todo!

— ¡Todo! Eso es muy vago: todo puede ser una interminable cadena de crímenes, y puede ser una niñería.

— ¡Oh! no hagais pasar á vuestra hija querida por la vergüenza de repetirlo: vos le habeis perdonado, y yo tambien le he concedido mi perdon. ¿No es verdad que don Felipe tiene un corazon escelente, y que todos sus estravíos proceden de su buen corazon?

— Es un mozo muy bueno, muy franco y muy sencillo. —¡Ah! ¿y esta daga tirada aquí por los suelos qué significa? añadió el anciano conde clavando los ojos alternativamente en el arma y en su hija.

— Todo lo sé, padre mio: todo lo sé.

— ¿Y eso es todo lo que te ha confesado Felipe?

— ¡Todo! ¿Pues qué mas, Dios mio? preguntó asustada Catalina.

— Nada: ¿puede caber mas por ventura? Yo preguntaba sencillamente si de nada mas le remordia la conciencia? Esa es una pregunta de costumbre... en los confesores.

— Si; pero Felipe ha dicho que se marchaba... á deshacer yo no sé que enredos.

— ¡Ah! ¿Con qué tambien anda en enredos?—No hay duda; él es! murmuró el conde con rabia.

— Queria... diré mejor, quiso en un momento de delirio, romper las treguas, proseguir la guerra.....

— ¡Oh! Mucho, mucho me alegro.

— ¿De qué os alegrais?

— De su conversion, de su arrepentimiento, y hasta de que se haya marchado de aquí; porque... hija mia, de todas suertes la boda tenia que suspenderse.

— ¡Tenia que suspenderse! No lo entiendo.

— Pues nada tienen de oscuras mis palabras: quiero decir que estuviese ó no don Felipe en el alcázar, tenia que suspenderse la boda.

— ¿Porqué? preguntó Catalina con inquietud.

— Porqué...? porqué..? Porque la reina lo manda; dijo el conde de repente, y como si acabase de tomar una resolucion.

— ¡La reina! ¿Y por ventura se opone la reina á nuestro enlace?

— ¡Ca! La reina no se opone, ni puede oponerse: el conde de Lerin con sus dos castillos tan solo, con los restos de su grandeza, es por lo menos tan grande como la reina de Navarra. Pero lejos de oponerse doña Leonor en prueba de su aprobacion, y de su cariño, te envia

un magnifico regalo de boda, y desea ser la madrina, para lo cual nos ruega que vayamos á la córte.

—¿De veras, padre mio? preguntó gozosa la inocente y supuesta rival de la reina.

—Aquí tienes la carta que acabo de recibir.

—¿Y Felipe? ¿Quien le participa esta novedad...?

—Eso corre de mi cuenta, repuso el conde.

—¿Le avisareis?

—No; ya está avisado. Apenas he sabido de tus labios que don Felipe se habia partido, he mandado yo á Carlos de Artieda para que le alcance en el camino, y le.... y le prevenga de todo.

—¡Cuan bueno sois, padre mio!—Dadme la carta, si os place.

—Toma: puedes leerla.

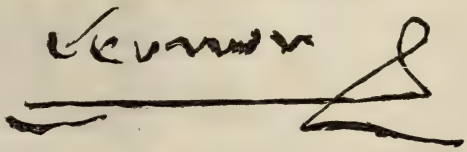
Catalina leyó en alta voz:

»Muy egregio, y muy magnifico Condestable de Navarra.

»Por cuanto la fama, que no cesa en sus pregones, ha traido á mis oidos la nueva del matrimonio de mi muy cara y muy amada sobrina Doña Catalina de Beaumont, con el preclaro y nobilisimo mariscal de mi reino; yo me hé por estremo regocijado; porque muy ahincadamente deseo la ventura de la dicha mi muy cara sobrina, y la pró de mis vasallos, que no podrá menos de acaecer y sobrevenir de semejante ayuntamiento.»

»Por ende mandoos esa joya en señal de mi contento, y muy encarecidamente os ruego que vengais á mi corte para ser yo la madrina de las sobredichas bodas, si no estuvieran celebradas: en cuyo caso tambien os ruego que vengais ansimismo, para mas tomar placer y esparcimiento.

»Rogad á Dios por mi salud, que yo muy humildemente quedo rogando por la vuestra. De mi alcázar de Estella, á dos dias del mes de febrero, dia de la purificacion de Santa María Vírjen, y quinto de nuestro feliz reinado, del año del señor 1479.»



—¡Ah! dijo la doncella con las mejillas frescas y encarnadas como la rosa de abril, iremos á Estella ¿no es verdad, padre mio?

Pero en vano estuvo aguardando la respuesta. Volvió el rostro y vió á su padre que departia con un caballero.

— ¿Con qué no le habeis podido atrapar, don Carlos? decia el conde.

— Para cuando yo monté á caballo, él salia del bosque de Baigorri, respondia el caballero.

— Hemos perdido la primera baza, amigo mio.

— ¿Quereis que salga llamando al apellido? ¿quereis que rete al mariscal, á mosen Pierres, á todos los caballeros contrarios? ¿que lo llevemos todo á sangre y fuego?

— No, ahora mas que nunca conviene mostrarnos sosegados, y amigos. Vamos á echar el resto en la segunda baza.

Carlos de Artieda, se alejó refunfuñando, y maldiciendo entre dientes aquel juego que tan mal les daba. El anciano conde se volvió á su hija, que le estaba mirando con la carta en la mano: y, como si hubiese estado atendiendo á sus razones, y no á las del caballero que se alejaba, dijo el Condestable:

— ¿Preguntabas, hija mia, si hemos de ir á Estella?

— Así es la verdad; pero creí que no me habiais oido.

— Sí, te estaba escuchando; y aun que así no fuere habia adivinado tus deseos con solo mirarte á la cara. Pierde cuidado, hija mia: mañana mismo iremos á Estella.

— ¡Mañana mismo!

— Sí, voy á disponer la partida, dijo el conde, alzando del suelo la famosa daga con que habia dado muerte al padre del mariscal.

En efecto al siguiente dia salieron de Lerin el padre y la hija: esta en una litera morisca de primorosos dorados y celosias; aquel á caballo y seguido de respetable escolta.

CAPITULO XXIV.

Que se llama así por seguir al veintitres.

Mas que palacio real semejaba el castillo mayor de Estella, despues de las fiestas reales, un vasto mausóleo.

Las damas y caballeros de la corte no habian vuelto á pisar desde entonces los sombrios escalones de granito, que daban al edificio la apariencia de una cárcel de estado. Los hijos de Leonor, infantes de Navarra, hacia mucho tiempo que estaban lejos de su madre: ni allí moraba tampoco la princesa de Viana doña Magdalena, viuda de Gaston de Fox: en aquel sepulcro, solo yacia un cadáver; la reina.

Yacer, que no vivir, era pasar interminables horas bajo aquellas cenicientas bóvedas, siempre ceñuda la frente, los ojos inquietos, los labios por el recelo contraidos, y el rostro macilento: yacer, que no vivir era no escuchar otro rumor que el eco de sus pasos, y no ver mas que centinelas mudos, y no sentir los goces de la familia, con la cual no tenia la reina mas vínculos que sus crueles remordimientos. En efecto, despues de la muerte del hijo primogénito, de aquel Gaston á quien amaba tanto, y por cuya causa

perpetró quizá los mayores crímenes, ningun placer hallaba en la compañia de sus hijos, cuando la gallardia y alteza de pensamientos de Gaston recordaba; y antes por el contrario, le infundia temor el pensamiento de que ellos quizá tendrian la misma prisa en heredar á su madre, que tuvo ella en heredar á sus hermanos.

Moraban, pues, fuera del reino con pretesto de las perpetuas y turbulentas guerras que le desgarraban, y Leonor tan solo departia, con Brianda de sus tristes amores, y con Jehú de alquimia y de medicina, de pócimas para sus dolencias, de venenos y triacas.

Esta ecsistencia era mucho mas miserable desde el dia de su coronacion: hasta ahora todo lo que habia logrado con ser reina, era ser mas desgraciada. Ya hemos visto de que manera escarnecian su autoridad aquellos señores feudales, muy mas que ella poderosos; ya hemos visto de qué manera la penitente le hizo escribir una declaracion, que implícitamente revelaba quien habia sido el asesino de Blanca de Navarra: con aquel documento se habia puesto en manos de una muger, á quien no podia perseguir, por no esponerse en la primera tentativa á la publicacion de un secreto, que tanto la importaba mantener oculto.

Tres dias despues de la entrevista con la ermitaña recibia Leonor una carta concebida en los términos siguientes:

«La que tiene en su poder un documento escrito de vuestro puño y »letra, *os ruega* que inmediatamente acudais á la ermita en litera, »para que os torneis á palacio con un herido, que dice ser mesnadero »vuestro, y llamarse don Alfonso de Castilla.»

No habia menester la reina seguramente de la conocida amenaza, que iba envuelta en el recuerdo de la declaracion, para acudir al socorro de su amante. El mensagero que llevó noticias del herido confirmó como se ha visto la carta de Inés; ó la carta de Inés vino á confirmar las noticias del mensagero; punto que todavia la historia no tiene averiguado, aunque nosotros seguimos como mas probable la opinion de que la carta llegó despues del mensage; pero sea de esto lo que fuere, lo cierto es que Leonor, furiosa de celos, tuvo tentaciones de abandonar al infanzon á su propia suerte, y lejos de socorrerle, se alegraba, ó cuando menos ella se decia así propia que se alegraba, de sus heridas, y de su muerte y... Entre tanto mandaba poner la litera y los instantes se le hacian siglos en llegar á verle, y mandó tambien prepararle habitacion, y estaba anhelando por que cerrase la noche; y en fin, ella misma se metió en la litera, y fué á la ermita, no queriendo encomendar á nadie el encargo de traer á Jimeno.

En el corto trecho que hay desde Rocamador al castillo, ni una sola palabra pronunció la reina, ni un solo instante apartó de sus ojos el velo, casi inútil por la oscuridad de la noche. Apeóse Jimeno en el

patio principal, de donde fué trasladado á un aposento en la planta baja del edificio.

Nada faltaba allí de lo que podia servir para alivio, comodidad y regalo del doliente huesped: una cama blanda y suntuosa, y un médico famoso, el mismo Jehú sentado á la cabecera; la dueña favorita dispuesta á traerle todos los brebajes, todos los alimentos que ordenaba el físico; una soberbia chimenea que desparcia saludable calor en aquella atmósfera que se resentia de las escarchas de la noche; libros y papeles en las mesas, que estaban allí para alhagar sin duda la aficion del caballero. Bien se conocia que todo estaba dispuesto por una mujer que se desvelaba por darle gusto, y cautivar su corazon. Y así como nada faltaba, tampoco sobraba nada; puesto que Leonor, por un sentimiento de delicadeza, no habia vuelto á presentarse delante del herido á quien debia acusar severamente, ó con las palabras, ó con el silencio.

Así pasó la primera noche: así pasó otro dia, y otro, y otro, con harta desesperacion de Jimeno que no se habia dejado llevar á palacio por el mezquino deseo de ser curado mas presto: él queria ver á Leonor, permanecer á su lado para evitar que sus enemigos pudiesen delatarle; él queria prevenirla contra semejante alevosía: ardia tambien en deseos de averiguar la suerte que definitivamente habia cabido á Catalina; y así, cada vez que Brianda, el médico, ó los criados entraban en el aposento, queria informarse de ellos acerca de los sucesos del castillo de Lerin, y Brianda le respondia:

—Callad, por Dios, señor caballero, callad por Dios, no sabeis el daño que causan vuestras palabras.

— ¡Daño! ¿á quién? ¿por qué?

Y la dueña bajaba la voz y decia con misterio:

— Ella os está escuchando.

— Pues bien, llevadme á su presencia.

— Imposible, señor infanzon, imposible.

— Pero; si yo estoy aliviado, si yo puedo salir de aquí....

— ¡Salir! repitió Brianda, meneando la cabeza con aire de duda.

— Si Jehú lo ha dicho; yo no puedo hacer grandes esfuerzos, no puedo vestir la armadura; pero puedo moverme, puedo andar.

— Silencio, por Dios, don Alfonso; la reina nos escucha: no se aparta un momento de al rededor de aquí. ¡Oh! ¡cuanto os ama! ¡y cuanto la haceis padecer!

— Pero, decidme por Dios, repuso Jimeno, bajando la voz: decidme si soy un huesped, ó soy un prisionero.

— Ni uno, ni otro: estais aquí detenido.

— ¿Como?

— En diez ó doce dias no podeis moveros de aquí.

— ¡En diez ó doce dias! esclamó Jimeno como herido de un rayo; diez ó doce dias son toda mi ecsistencia: dentro de diez ó doce dias lo mismo me da estar preso que libre, muerto que vivo. Pero ¿porqué esa detencion? ¿por qué esa tiranía? ¿por qué ese plazo?

— ¿Por qué? respondio Brianda, mirándole con ojos compasivos: por que amais á Catalina, y Catalina está en el alcázar.

Nada mas dijo la dueña; y se alejó temerosa de haber dicho demasiado.

Ni de propósito escojidas, era posible pronunciar razones mas terribles en la situacion de Jimeno.

La primera idea que le ocurrió, y la que con mas obstinacion se fijó en su mente, fué que el conde de Lerin habia venido á la ciudad acompañando á su hija, habia departido largamente con la reina revelándola el verdadero nombre de su amante, haciéndola ver que don Alfonso de Castilla, el infanzon de Navarra, era Jimeno, aquel antiguo capitan de aventureros enamorado de su hermana, el mismo á quien ella tan despiadada y pérfidamente afrentó en Ortés delante los principales caballeros del reino. Una vez sabedora de este secreto, Leonor podia penetrar muy facilmente los ocultos designios del mesnadero, y así se esplicaba él su detencion en aquella cámara, que ya reputaba por cárcel, y el plazo de doce dias de que Brianda acababa de hablarle. Él, que habia estado anhelando quince años por hallarse delante de Leonor, ya reina de Navarra, en el aniversario de la muerte de Blanca; él que pensaba aparecer á sus ojos como supremo juez que habia de pedirla estrecha cuenta de todos sus crímenes aquel terrible dia, estaba sujeto al capricho de su víctima.

Ni dos minutos seguídos podia consentir Jimeno en semejante calamidad; su corazon se rebelaba; su entendimiento no podia comprender como la Divina Providencia, que no consiente la impunidad de los crímenes; podia condenarle á la suerte que á Leonor estaba preparando, y se proponia luchar y reluchar á brazo partido con su destino, romper sus prisiones, salir... ¿y qué? ¿qué hacia, apenas cicatrizadas sus heridas, conocido de la reina, sin amparo, sin medios de llegar á ponerse frente á frente de su enemiga, apercibida contra la venganza? No habia remedio, sus planes habian fracasado: era preciso inventar otros, y ponerlos al punto en ejecucion, aunque fuesen violentos y terribles. Para vencer á su enemigo, tenia que aniquilarlo.

¿Y á todo esto, qué hacia en Estella Catalina? ¿habrian vuelto á hacer las paces el conde y el mariscal? Penetrado de los proyectos de don Luis de Beaumont, todo lo temía: para el anciano condestable la alianza del mariscal era una condicion indispensable.

— Pero sin embargo, pensaba Jimeno: casados el mariscal y Catalina, no es probable que estuviesen en Estella, antes bien los enamorados esposos buscarian el retiro y la soledad de sus castillos, la reina tampoco tendria celos, ó cuando menos no serian tan punzantes: el resultado era, que segun las palabras de la dueña favorita, Catalina está en el alcázar y Leonor mas que nunca celosa. ¡Dios mio, Dios mio! y ahora recuerdo aquellas palabras suyas, «¿yo que no he perdonado á mis hermanos, podria perdonar á una rival?» ¡Oh! parece que tengo presentimientos de alguna terrible desgracia, mi corazon no está tranquilo; y tiembla, tiembla por esa inocente y desgraciada niña, que tanto se asemeja á Blanca de Navarra! ¡Dios mio! ¿si tendrá su mismo fin? ¿si como yo fuí causa involuntaria de la muerte de Blanca, tambien fatal, irresistiblemente causaré la muerte de Catalina?

Cada vez, conforme profundizaba su situacion con el pensamiento, aparecia mas grave, mas horrible la situacion de Jimeno. No solo se malograban ya sus pensamientos de rencor, sino sus pensamientos de cariño. No solo estaba imposibilitado de herir, sino que en lo mas delicado de su corazon recibia una profunda herida. Leonor no se contentaba con vengarse de él, tambien se vengaba de Catalina.

— Lo veo claramente, proseguia Jimeno consternado: Dios me castiga por haber recurrido á una ficcion, á una supercheria para castigar á la reina. Yo me he fingido amante suyo, y para mas atormentarla la he dejado creer que amaba á Catalina; ¡y en ella se venga! ¡y si Catalina perece, yo, yo seré responsable de su muerte ante el tribunal de Dios! ¡Oh! ¡cuan errados, cuan ciegos andan los hombres que abrigan el sacrílego intento de torcer ó dirigir los altos designios de la Divina Providencia! ¡Yo buscaba el castigo del criminal, y descarga el golpe sobre la cabeza del inocente! ¡Fatalidad, fatalidad, ó por mejor decir, Providencia, Providencia!

Pero Jimeno que conocia su error al cabo de quince años, no estaba dispuesto á retroceder en la senda que habia emprendido. Todos sus esfuerzos apenas alcanzaban á detenerle un instante para volver á caer mas rápido, en aquel abismo, cuyo fondo ya se divisaba.

Conocida la situacion, meditó en los medios de vencerla.

Pensó en la fuga; pero ante todas cosas era preciso tener presente que segun las razones de Brianda, Leonor estaba en acecho, y espiaba, quizá, todos sus pasos, todos sus movimientos; y era probable que á la primera demostracion de fuerza, á la primer tentativa para huir, la reina llamára á sus guardias y redoblára la vigilancia, y haria mas dura y estrecha su prision. Convenia, pues, no escitar sospechas, meditar con calma una resolucion, y llevarla á cabo con presteza, con enerjia.

Desde luego le parecieron preferibles los medios suaves á los violentos; la astucia y la seduccion, á la fuerza.

El aposento, situado como hemos dicho en la planta baja del edificio, tenia una sola ventana defendida por doble reja: y era una locura pensar en quebrantar las gruesas y sólidas barras de hierro: además de que fuese casualidad, fuese disposicion tomada de propósito, debajo de aquella ventana siempre habia visto un centinela. La habitacion por un lado comunicaba con otra, tan defendida como la primera, y por otro con el interior del palacio. Esta última puerta por donde entraban y salian Brianda y Jehú, tenia muy sólidas cerraduras, y era mas que probable que tras de aquellas puertas se cerrasen otras.

Escapar á viva fuerza, era, pues, imposible. Verdad es que empuñaba espada, pero carecia de armadura. Como medio de intimidacion tenia en su poder la declaracion de la reina á favor de la penitente; pero encerrado en aquella cárcel ¿qué hacia de tan importante documento?

Lo único que el infanzon sacó en limpio de tantas cavilaciones, fué que por entonces no podia tomar resolucion alguna: que era preciso á toda costa procurar saber mas noticias, y que estas noticias debia adquirirlas, sin olvidar por un solo momento que la reina estaria escuchando sus preguntas.

A pesar de todas sus reflexiones y de todo su convencimiento, conoció que no le quedaba otro recurso que el finjimiento y la seduccion, si la reina ignoraba aun quien era su favorito: y la desesperacion ó la conformidad si la reina le conocia.

Resolvió pues esperar á que tornase la dama.

—Doña Brianda, le dijo el infanzon al presentarse: bien conoceis que es imposible continuar de esta manera: ¿quereis encargaros de recibir una carta?

La dueña volvió la cabeza impremeditadamente hácia la puerta, y Jimeno conoció que Leonor estaba cerca.

— ¡Una carta! ¡Siempre estais pensando en salir de aquí! Pues qué, señor caballero ¿tan mal se os trata?

— Mal, no por cierto: he recobrado la salud, me veo asistido por el médico mas famoso...

— Como que era el mas querido del señor don Cárlos, que de Dios goza, príncipe de Viana.

— Y con esmero cuidado por la mas amable de todas las damas de honor de la reina....

— Gracias, gracias, don Alfonso; pero la carta... por Dios os ruego que desistais formalmente de salir de aquí, hasta dentro de algunos dias.

— Bien está, doña Brianda: me resigno: he dicho mal; me acomo-

do: pero esto no implica para que yo desee escribir...

— ¡Escribir, escribir! dijo la dueña, regañándole casi maternalmente, ¿á quién? ¡á Catalina! ¡pues...! ¡á Catalina!

— No, no, señora.

— ¿Al conde de Lerin, vuestro amigo?

— ¡Mi amigo! repitió Jimeno recojiendo la espresion, y mirando fijamente á la dama: tampoco. Vamos os empeñais en disimular vuestra perspicacia: no es á Catalina, no es á *mi amigo* el conde de Lerin, es á la reina doña Leonor.

Jimeno recalcó un poco la palabra *amigo*, para convencerse de la sinceridad de Brianda. Esta respondió sencillamente:

— ¡Ola! ¿con qué es para la reina? — ¿Vais á rogarle que os deje en libertad, sin duda?

— No, voy á darla gracias, por su hospitalidad, y á rogarla que se digne dejarse ver.

Brianda hizo tambien un segundo movimiento para volver los ojos ácia la puerta, y en su rostro se pintó una marcada satisfaccion. Era la primera vez que al enfermo se le ocurria dirijirse á Leonor.

— ¿Teneis escrita esa carta? preguntó la dueña con interés.

— ¡Ah! no contaba yo con vuestra bondad; perdonadme, señora.

— ¿Por qué no? Nada mas natural, nada mas justo que el desear salir de aquí...

— Os habeis olvidado de que yo no pido mi libertad: pido tan solo que la reina no me prive de su presencia.

— Es verdad, señor caballero, que tanto rigor... vamos... es escesivo.

— ¿Creeis que acceda, Leonor?

— ¡Qué sé yo! dijo Brianda; pero al mismo tiempo bajó los párpados con cierta sonrisa que queria decir: no está deseando otra cosa.

Tenia Jimeno demasiada penetracion para conocer que la dueña no mentia.

— Os aseguro, prosiguió el caballero, con una intencion muy marcada: os aseguro que si Leonor supiese los misterios que mi corazon encierra, no se mostraria tan rigurosa conmigo.

— ¡Misterios! esclamó Brianda con curiosidad y sencillez.

— Si, misterios: ¿no os parece, señora, que yo soy un hombre estraño... raro... misterioso?

— Si, en efecto: vuestra conducta con doña Catalina...

— Pues, señor, está visto: dijo el caballero para sí; nada sabe la reina, ó por lo menos nada ha dicho á Brianda acerca de mi verdadero nombre.

— Tambien presume la reina que no sois franco, que la ocultais

alguna cosa; añadió la dama con toda naturalidad.

— ¡Lo presume! ¿Luego con vos ha departido acerca de mí?

— Algunas veces.

— ¿Y ha conocido lo que pasa en mi corazon?

—Si, ha conocido que en vos pasa algo de estraordinario.

Jimeno clavaba en la dueña unas miradas con las cuales queria taladrar su celebro de parte á parte.

— ¡Algo de estraordinario!

— Si, como por ejemplo: es imposible dejar de conocer que vos amais á la reina... ó que cuando menos que la amabais.

—No, que la amo; repuso Jimeno con un acento frio y penetrante.

— Pues bien, al mismo tiempo no puede negarse que amais á Catalina de Beaumont.

— ¡A Catalina de Beaumont! — Es verdad : no puedo negarlo: yo mismo lo dije á doña Leonor.

Brianda hizo su acostumbrado movimiento de volver el rostro ácia la puerta, y al mismo tiempo dirijió al caballero una mirada suplicante.

— La amo, prosiguió Jimeno sin darse por entendido; la amo con un amor que no escluye otro amor, con un cariño de hermano, de padre, que no me permite consentir en esa boda con el mariscal; pero que no es obstáculo para ninguna otra. Por ejemplo, Brianda: ella descendiente de reyes : ella sobrina de la reina ¿no merecia ser la esposa de un infante de Navarra?

— ¿De veras, consentiriais en que Catalina se desposára...

— Con cualquier otro que no fuera el mariscal.

— Yo no entiendo; pero me parece muy buen proyecto ese del infante de Navarra...

— ¡Magnífico..! digo, como yo no sé lo que ha pasado estos dias... como ignoro si Catalina está libre...

— Libre: todavía no se ha casado.

— ¡Oh! pues si todavía no se ha casado; yo me encargo de convencer á la reina... y he de conseguirlo, á fe de Alfonso de Castilla.

Ninguna impresion estraña hizo á la dueña este nombre pronunciado adrede por Jimeno para ver el efecto que producia.

— ¡Dios mio! esclamó Brianda : para que el dia fuese completo no me faltaba sino que me esplicaseis que es lo que guardais con tanto cuidado en una cajita de ébano.

— ¡Ola! ¿con qué habeis reparado en eso, doña Brianda...?

La dueña hizo un movimiento de cabeza que significaba. «no soy yo, es la reina.»

— No desmentís por cierto, vuestras tocas; añadió el infanzon, en

tono placentero: ¿Y que os imajinais que puede haber en esa cajita.?

— ¡Qué se yo! Recuerdos de amores.

— Efectivamente.

— ¡De veras!

— Veo que vuestra curiosidad se redobla, y quiero apresurarme á satisfacerla, antes que se convierta en pasion.

Jimeno sacó de su alcoba la caja de ébano que le vimos en la ermita de la penitente, y apretando un resorte, saltó con fuerza la tapa.

La dueña se aprocsimó para ver mejor lo que el estuche contenia,

— ¡Papeles! esclamó.

— Si, cartas de amor; de las cuales me permitireis que solo os muestre la firma.

— Será escusado, porque no sé leer.

— No importa: estoy seguro que esta letra no os es desconocida.

— Esos garabatos se parecen á los que hace la reina, mi señora.

— En efecto aquí dice: Leonor de Navarra.

— ¿Y ese anillo?

— Para conocer cuyo ha sido, no habeis menester de muchas letras; dijo el infanzon, tomando en la mano una sortija de oro.

— Tiene un escudo de armas.

— Acercaos á la luz: ¿en ese escudo no veis un puente?

— Si.

— ¿Y sobre el puente un castillo?

— Bien claro se vé; y al rededor siete monedas.

— No, son siete roeles. ¿No conoceis ese escudo?

— ¡Ah! ¡Las armas de la condesa de Fox!

— De los condes de Fox, en efecto.

— ¿Con que, segun eso, la sortija tambien es de doña Leonor?

— Nadie mas que ella puede reclamarla.

— ¡Ah! ¡con cuanto placer os estoy escuchando! — ¿Y esos pomitos.

— Esos ya no son objetos de amor. Son mas bien objetos de medicina: triacas, elixires.... y cosas por el estilo. He vivido en Florencia, he vivido en Roma y en otras partes; y no podeis figuraros cuan útiles pueden ser, donde quiera que tanto se abuse de los venenos como en aquellas córtes.

— ¡Oh! Don Alfonso, don Alfonso, esclamó la dueña alborozada: un ánjel parece que ha dictado mis preguntas, y vuestras contestaciones; mi curiosidad y vuestra prontitud en satisfacerla. Dadme la carta.

Inferia Jimeno de todo lo dicho que el conde de Lerin no habia revelado el secreto de su nombre; pero ¿no podia suceder lo contrario, y que Leonor, por no esponerse á tanta humillacion delante de su mis-

ma favorita, guardase en lo profundo de su corazon las revelaciones del conde?

Resuelto á seguir el rumbo que se habia trazado, y que tan buenos descubrimientos le proporcionaba, Jimeno escribió apresuradamente la carta y se la entregó á la dueña.

Mucho habia sacado de esta última conversacion, y quedó por lo tanto de ellas muy aficionado.

—Bien, se decia el infanzon; he ecsaminado un testigo; otro falta todavia.—Brianda, prosiguió en alta voz: he vuelto á resentirme un poco de las heridas; si de paso encontrais á Jehú... decidle que....

—¡Ah! ¡Dios mio! esclamó la dueña de repente, y como si el nombre de Jehú le hubiese despertado un recuerdo: lo mejor se me olvidaba.... Vos que sois tan docto, y que lo sabeis todo ¿quereis decirme para que sirve el carbon?

—¡El carbon! respuso Jimeno atónito de semejante pregunta, y luego añadió con sencillez: yo no sé que sirva mas que para la lumbre.

—No, no eso: yo queria saber que puede hacerse con él.... ni es tampoco eso lo que tenia que preguntaros, sino.... sino.... que propiedades tiene.

—¡Ah! ¡que propiedades tiene!

—Si, el carbon de diamantes.

—¡El carbon de diamantes! esclamó Jimeno con verdadero asombro.

—¿Es verdad que los diamantes se convierten en carbon?—A mí se me figura imposible.... una cosa tan blanca y tan dura!

—Pues sin embargo, es cierto.

—¡Jesus! Será cosa de brujeria: no puede menos.

—Es un arcano de la ciencia de muy pocos conocido: maravillóme yo de que ande en boca de mugeres, cuando yo creia ser tal vez el único.... ¿Y quien os ha revelado...?

—Por Dios, no me dirijais preguntas, á las que no puedo responder.

—Teneis razon observó Jimeno.... no debo dirijiros preguntas, en cambio responderé á las vuestras.

—Pues bien: decidme que propiedades tiene el carbon de diamantes.

—Las mismas que otro cualquiera.

—¡Las mismas! ¿Estais seguro de ello? replicó Brianda, no pudiendo contener una sonrisa de satisfaccion.

—Enteramente seguro.—Pero me dejais atónito de semejantes preguntas.

— Y vamos á ver; ¿para que sirve el carbon?

— El carbon purifica los líquidos, evita la corrupcion, absorve la humedad.

— ¿Y lo mismo un carbon que otro?

—Lo mismo.

— ¡Oh! Noticias muy buenas llevo á la reina, señor caballero: me parece que muy presto vais á conseguir la libertad.

Brianda se alejó.

Por si acaso la reina estaba observando evitó Jimeno aparecer preocupado y caviloso, y despues de dar algunos pasos indiferentes se tendió en el lecho, para reflecsionar sin que nada le distrajese.

— Meditemos con calma, se decia el caballero invocando en su ayuda la profundidad de su talento, toda su fuerza de abstraccion: tal vez son estos los instantes críticos en que debe resolverse el problema de mi vida entera.

Para la dueña es indudable que las cosas están en el mismo estado que tenian antes de mi encierro: yo soy don Alfonso de Castilla, el mesnadero de la reina; el amante mas ó menos ingrato; no importa; soy el amante de Leonor. Catalina no se ha desposado con el mariscal: no hay otra diferencia sino que la hija del conde está en Estella. ¿A qué ha venido? — Eso es lo que tengo que averiguar.

El caballero despues de reflecsionar algunos momentos, durante los cuales repitió una por una todas las preguntas y respuestas de su última conversacion, añadió:

— Nada, absolutamente nada de lo que acabo de oir puede darme á conocer á que ha venido aquí la hija del conde. Sin embargo: eso del carbon es sumamente estraño: la pregunta ha sido dirijida cuando yo nombré á Jehú; de consiguiente tiene relacion con el judio. Esto es claro como la luz del dia. ¿Quién sino él ha podido penetrar ese arcano de la alquimia, á muy pocos revelado? ¿quién sino él ha podido departir de semejantes asuntos con la reina? Nadie. Pues bien: ¿quien es Jehú? — Médico de la reina Leonor, médico antes de la condesa de Fox, y muy antes, médico del infortunado príncipe de Viana. Cárlos murió envenenado por su madrastra y hermana; Jehú le asistió en su última enfermedad; Jehú pasó despues al servicio de la hermana; luego Jehú fué su cómplice, Jehú suministró el veneno á su amo el desventurado príncipe. La hermana menor de Carlos envenenó tambien á Blanca de Navarra: yo ví, yo ví el rostro lívido de aquella desdichada, sus lábios denegridos, yo recuerdo el último estertor de su agonía: todas esas señales quedaron fijas en mi mente; y despues, á fuerza de estudio he llegado á conocer la clase de veneno con que Leonor mató á su hermana: lo tengo bien conocido, y no me equivoco, no. La con-

desa de Fox habia bebido del mismo vaso y del mismo licor que Blanca: el envenenamiento fué posterior: fué rápido.... no era aquella una sustancia vulgar que pudiese prepararse por manos inespertas.... Jehú era entonces médico de Leonor.... y es muy probable que Jehú confeccionase la bebida. ¡Probable! ¡Probable! No: es casi seguro. En esta época de barbarie, en este reino donde todos los estudios se cifran en el manejo de las armas, ¿quién podia conocer ese áccido sino el médico judio? Ahora bien: ¿para qué habrá mentado á Leonor eso de los diamantes? O para darla alguna medicina, ó alguna ponzoña: esto es indudable. Jehú es codicioso: pintada se vé en su rostro la avaricia. Prevalido de la ignorancia, que reina aun entre los caballeros y cortesanos, habrá querido arrancar á Leonor una gran cantidad de diamantes. Debe ser una gran cantidad; pues de lo contrario, la reina no se hubiera alarmado hasta el punto de concebir sospechas de ser engañada, y querer que yo la saque de dudas. Leonor no es pródiga; tampoco es miserable.... ¡oh! por algunas joyas mas ó menos, ella no andaria en semejantes pesquisas. En efecto debe ser una gran porcion de diamantes la que el médico finje emplear.... ó en alguna medicina, ó en algun veneno.

Aquí está mi duda: ecsaminemos este punto: veneno ó medicina, tiene que ser aplicado á gravísimos casos: ó para remediar un intenso dolor, una enfermedad casi desesperada, ó para satisfacer una terrible venganza; pues de lo contrario Jehú no seria tan necio que en una ocasion ordinaria, fuese á proponer tan costosos medios, ó remedios. A Constantino, por ejemplo, solo le propusieron el baño de sangre de niños, cuando se hallaba ya desahuciado: los reyes de este palmo de tierra que se llama Navarra, no tienen tampoco el bárbaro lujo, los esespléndidos caprichos de Cleopatra, ni de la muger de Craso, que disolvian perlas orientales de incalculable precio en una copa, para que sus amantes tragasen de un sorbo miles de sextercios. Es preciso que haya una enfermedad grave, mortal, de manera que entre la probabilidad de vivir sin diamantes, ó de morir con ellos, no pueda la reina titubear un instante. Ahora bien: ¿Leonor se halla en este caso? No: ella no tiene otros padecimientos físicos que sus dolores de estómago: sino fuese así, ¿andaria escuchando por estos alrededores? ¿Habria llegado á observar que yo guardaba una caja? En el rostro de Brianda que tan mal sabe disimular, ¿no habria conocido yo la novedad? Y ademas ¿qué fin podia tener en ocultarme la verdad? Ninguno: la reina, pues, no está gravemente enferma: ella tampoco tiene un grande interés en conservar la vida de nadie, como no sea la mia, que ya no corre ningun riesgo; de consiguiente, no se trata de un remedio para salvar la vida, se trata de un veneno para quitarla. ¿Y contra quien se

dirije esa mujer implacable? ¿En donde se fijarán sus ojos de basilisco? ¿En cuya frente se posará esa mano de muerte? Inés, Catalina y yo, podemos ser por ella considerados como enemigos. En cuanto á Inés, no hay que pensar: su soledad, su modo de vivir la pone á cubierto de semejantes asechanzas; y para envenenarme á mí, que estoy reducido á participar esclusivamente de los alimentos que ella quiere darme, nada mas fácil, nada mas sencillo que suministrarme en ellos la ponzoña: en la situacion en que me encuentro, mi vida no vale por cierto muchos diamantes: bien barata puede comprarla.

Queda solo Catalina. ¡Oh! Catalina ha venido engañada á la corte por esa mujer, que mira en ella una rival, tanto mas aborrecible, cuanto mas bella, cuanto mas jóven y anjelical aparece á sus ojos. Leonor quiere vengarse: habrá pedido un veneno disimulado.... tal vez habrá oido hablar del *acqua toffana* de Florencia, y habrá ecsijido que Jehú.... y Jehú valiéndose de la ocasion.... ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! esto es: no hay duda: horribles desgracias me está presajiando el corazon, y la culpa no será de nadie: será mia: enteramente mia.

Revolvíase en el lecho el caballero, bañado de sudor frio. Su inquietud era tan viva, que no le permitia pensar, ni permanecer mas tiempo en inaccion.

¡Él que tanto amaba á Catalina: él que tanto se interesaba por su dicha; él que tantos años habia estado velando por su suerte, ilustrando su alma y formando su corazon; él que veia en aquella niña el trasunto de su adorada Blanca de Navarra; él verse fatalmente arrastrado á ser causa de su muerte!

Levantóse del lecho apresuradamente, y se paseaba con inquietud por el sombrío aposento, rujiendo sordamente, como el leon encerrado en una jaula.

Se acercó á la reja, para ver si podia hablar con el soldado que estaba de faccion en aquel punto.

Hízole señas con disimulo: le suplico que se acercára; pero el centinela le volvió bruscamente las espaldas.

El caso era ya desesperado: Jimeno comenzaba á dudar de la bondad de Dios, que lo abandonaba en los momentos mas críticos, y decisivos; pero este pensamiento sacrílego pasó como un relámpago por su mente.

De la desconfianza en la Divina Providencia pasó el caballero á la desconfianza de sí mismo, al desaliento.

— ¿Quién sabe si yo soy el llamado para cumplir esta mision? ¿Quién sabe si yo, lejos de favorecer, he entorpecido los designios del cielo?

Entonces tornó al lecho y cayó de rodillas.

Oró fervorosamente un rato pidiendo á Dios que le iluminára en aquel terrible conflicto, y despues de la oracion sacó la caja de ébano, y anduvo rejistrando uno por uno todos los objetos que contenia.

—Aquí están, se decia; aquí están mis armas ofensivas y defensivas: con esto puedo restituir la salud á Catalina, y vengarme de Leonor. Pero es preciso saber á punto fijo que veneno han dado á la hija del conde; y es preciso que el cielo ponga en mis manos á la reina. Encerrado aquí ¿de qué me sirve todo esto?

Jimeno volvió á cerrar la caja, y añadió:

—Aguardemos, aguardemos algunos instantes mas. ¡Ah! ¿quién sabe si todo depende de un solo momento?

Comenzó á pasear otra vez, no pudiendo calmar la terrible ansiedad de su pecho.

De repente sintió pasos fuera de la habitacion.

La llegada de cualquier persona era para Jimeno un motivo de júbilo: en el caso en que se hallaba, nada mas terrible para él que el silencio, la soledad, el desamparo.

Sentíanse los pasos cada vez mas prócsimos, y luego el ruido de la llave, y de los cerrojos.

Tornó Jimeno la cabeza, y se halló frente por frente de Jehú.

CAPÍTULO XXV.

De como el infanzon con su nueva alquimia, estrajo la quinta esencia de las noticias que necesitaba.

Ola, señor caballero, le dijo el médico: hánme asegurado que os habeis resentido de las heridas.

No pudo ver Jimeno sin estremecimiento aquel personaje, que con su venerable apariencia, tantos crímenes ocultaba. Procuró sin embargo reprimirse, y le dijo con toda la tranquilidad que pudo fingir:

—No, Jehú; ya estoy mas aliviado.

—Veamos el pulso: nervioso.... acelerado: vos habeis menester....

—De nada, Jehú, de nada: estoy completamente bien, repuso Jimeno, bajando la voz: y si os he llamado ha sido por que, encerrado ha tantos dias en esta habitacion, naturalmente deseo hablar con álguien, y sobre todo con una persona tan docta, como vos en los secretos de la naturaleza.

El judio se humilló, murmurando algunas frívolas palabras de obligada modestia.

—¿Qué concepto habeis formado de la alquimia? preguntó el caballero: ¿os habeis dedicado á buscar la piedra filosofal?

Jehú tendió al rededor una mirada recelosa, y luego respondió encogiéndose de hombros:

—¡La piedra filosofal! Esas investigaciones no las hacemos nosotros los judios, que buscamos el oro en el trabajo, en el comercio, en todas partes donde honradamente puede hallarse: los cristianos, señor, son los que desconociendo las verdaderas fuentes de la riqueza, se lanzan á los misterios, á la magia para encontrarla.

—Pero venga el oro por mágia, venga por un descubrimiento científico ¿le admitiriais vos?

—Yo para mi, señor caballero, nada necesito; la reina me mantiene....

—¡Ah! Pues entonces, dijo el infanzon, guardaré mi secreto, si es cierto que nada necesitais....

—¡Nada para mi! respondió el judio, abriendo de una manera muy significativa sus verdes ojillos: sin embargo ¡nuestros hermanos sufren tan crueles persecuciones...! ¡se ven tan oprimidos, tan vejados!

—Entiendo; la caridad os obliga á dedicaros á un arte, en el que yo he hecho grandes adelantos...!

—¡Vos! esclamó con asombro y curiosidad el médico: ¡vos! ¿Habeis dado al fin con esas palabras mágicas, que es preciso pronunciar en el momento crítico de la trasmutacion del cobre?

—¡Ola! ¿con que vos tampoco sois estraño á los misterios de....

—Por mera curiosidad, señor caballero, confieso que algunas veces en mi laboratorio....

—¿Teneis laboratorio?

—Completo, señor caballero, completo.

—Crisoles, retortas, tubos capilares, redomas, alquitaras ...

—¡De todo, de todo!

—¡Oh! pues entonces, amigo mio, somos felices.

—¡Felices! somos felices; es decir que somos ricos.

—Si, respondió Jimeno; porque desde ahora mismo vamos á formar una compañia mercantil para la esplotacion....

—¿Del oro?

—De una cosa mas preciosa que el oro.

—¿Mas?

—Si, de diamantes.

—No entiendo; repuso Jehú perdiendo el color.

—¡Oh! pues es muy sencillo. Yo don Alfonso de Castilla, caballero infanzon al servicio de la reina de Navarra, y vos Jehú, médico de su magestad, fundamos una compañia para la fabricacion de diamantes.... ¿comprendeis? Yo pongo en esta compañia mi talento, mi invencion, y vos poneis vuestras redomas, y crisoles, y retortas....

— Pero se trataba del oro, señor caballero, del oro!

— ¿Y vos que preferís, brillantes ú oro?

— Lo que mas pronto podamos adquirir: en la alquimia he trabajado mucho.... mucho!

— Y no habreis conseguido nada.

— Cierto.

— Porque la piedra filosofal, amigo mio, es una mentira, es un error; pero error que en vez de difundir tinieblas por el mundo, le ha iluminado de verdades. ¡Cuantas propiedades nuevas no habreis descubierto en los cuerpos al hacer esa infinidad de esperiencias, de combinaciones ¡ ¿Eh?

— Si.

— ¡Cuántos medicamentos, cuantas sustancias letales!

— ¡Oh! ¡muchas! Yo comparo el mundo á mi laboratorio: para una triaca hay cien ponzoñas: para un medio de dar la vida, hay mil de quitarla.

— Pues bien: corriendo tras esa ilusion del oro por medio de la piedra filosofal, he dado con una realidad mucho mas preciosa, mucho mas brillante.

— ¿Cual? Decidmela, esclamó Jehú, con una mirada de asombro y de codicia.

— ¿No lo recordais? — El diamante, el diamante artificial.

— Pero ¿como siendo el diamante una sustancia simple.... pura....

— Os engañais, Jehú: el diamante puede descomponerse, puede reducirse á carbon.

El judio miró al caballero como si quisiese descubrir segunda intencion en sus palabras; pero Jimeno las pronunció con naturalidad y sencillez, confirmándolas con la espresion de su semblante.

— ¡Ola! ¿Con qué sabiais ese secreto ? preguntó el médico.

— ¿Y á vos tampoco os coje de nuevas?

— Hasta ahí todo lo sabia.

— Pues sabiais la mitad que yo.

— ¡La mitad!

— Sí, porque vos solo sabiais que del diamante se hace carbon; conocimiento estéril, añadió Jimeno, alzando un poco la voz: porque, decidme: ¿qué consigue el hombre con destruir una materia preciosa para formar con ella otra que nada vale? ¡ Destruir, matar, aniquilar! He ahí la ciencia. Que el carbon sea de diamantes, ó sea de una astilla ¿que mas dá?

— ¡Silencio, por Dios!

— ¿En que se distingue un carbon de otro?

— Por el Dios de Moisés , bajad la voz, señor caballero.

— Teneis razon: pueden escucharnos, y esta conversacion no deben oirla los profanos: vuestro secreto es estéril, repito, solo sirve para destruir; pero el mio es fecundo, sirve para crear: vos de los diamantes haceis carbon, yo del carbon hago diamantes.

— ¿Como?

— El como es el capital que yo pongo en esta empresa, y vos....

— Eso...! decidme ¿que pongo yo?

— Los instrumentos.

— Pero es muy poca cosa, y no me dareis mas que una mínima parte de las ganancias.

— La mitad, Jehú, la mitad.

— ¡Dios mio! ¡la mitad! ¿á que puedo atribuir jenerosidad semejante?

— El pobre y el rico pueden ser jenerosos, si se desprenden buenamente de lo que tienen; pero aquel que es inmensamente rico, aquel cuyos tesoros jamás podrán agotarse, no puede ser jeneroso, amigo mio, porque nunca sus dones harán mella en su fortuna.

El judio quedó deslumbrado al escuchar estas palabras; los ojos parecian saltársele de gozo, y por un instante se creyó dueño de todo el oro del universo.

— ¿Y eso es de veras? ¿no me engañais? ¿no quereis fascinarme?

— Esta noche misma podremos hacer la prueba.

— ¿En donde?

— En vuestro laboratorio.

— Pero ¿como habeis de salir de aquí?

— Eso es cuenta vuestra.

— ¿Cuenta mia?

— Justo: es una parte del capital que poneis en esta empresa, parte que agregada á vuestros crisoles y alquitaras, os dará derecho á la mitad de los productos; es decir á la mitad de todas las riquezas del mundo, puesto que al fin y al cabo todas han de ser nuestras.

— ¿Y la reina? ¿qué dirá la reina?

— De vuestra cuenta corre que la reina no sepa nada: trabajaremos de noche y dormiremos de dia: yo de todas maneras siempre estaré preso: de noche en vuestro laboratorio, de dia en este aposento.

— Bien está; pero tengo que imponeros una condicion.

— Veámosla.

— Juradme que si alguien os pregunta.... la reina por ejemplo, si el carbon de diamante sirve para confeccionar cierta clase de venenos....

— ¡Cierta clase de venenos! Pareceme, Jehú, que debe ser todo lo contrario.

— No importa, á los intereses de nuestra compañia conviene que así lo digais.

— ¡Ah! si conviene á nuestros intereses yo soy muy leal, como socio, y jamás haré nada que nos perjudique: decidme, si os place, á qué clase de veneno finjis mezclar ese ingrediente; para corroborar enteramente nuestra industria.

— A los venenos lentos, que matan infaliblemente, pero que matan al cabo de muchos dias.

— Ya entiendo: una sustancia letal, activa, mezclada en cierta dosis, con sustancias inocentes que vienen á producir una enfermedad comun, un ataque de nervios, por egemplo ...

— Esa, esa misma.

— Y vos quereis que si la reina me pregunta como se hace esta bebida, le conteste yo.... ¡Pues! Entiendo. Podeis estár tranquilo: ahora, sin embargo, tengo ya que imponeros otra condicion.

— ¡Como! ¿quereis tal vez que partamos mis diamantes?

— No, amigo mio, esclamó Jimeno sonriéndose: no os asusteis de tan poca cosa, nosotros no partiremos vuestros diamantes, sino los mios. Mi condicion es otra: en lugar de ese liquido que suministrais á la reina, le habeis de dar este otro que tengo aquí preparado.

Y diciendo estas razones sacó Jimeno de su cofrecito de ébano, un frasco que contenia cierto líquido blanquísimo.

El judio lo tomó en sus manos, lo aplicó á la nariz y esclamó:

— Esto es amoniaco líquido,

— Justamente.

— El contraveneno de....

— Justamente.

— Pero entonces, la reina no conseguirá lo que desea.

— Justamente, repitió Jimeno encojiéndose de hombros.

— Y yo perderé mi reputacion, mi valimento con ella.

— Y si no haceis lo que os mando repuso Jimeno con terrible calma: perdereis los diamantes de la reina, perdereis los mios, y luego perdereis la vida.

— Bien está, bien está; sereis obedecido; respondió Jehú temblando.

— Hasta la noche, pues.

— Hasta la noche.

— ¡Ah! se me olvidaba, añadió Jimeno: devolvedme ese pomo: vos debeis tener esa preparacion en vuestro laboratorio.

El anciano de venerable barba y grave continente partióse con pasos vacilantes y agitado el cuerpo por un estremecimiento nervioso, que se redoblaba cuando á su fantasía asaltaban estas tres imágenes: los

diamantes de la reina: los del caballero: el peligro de su propia ecsistencia.

—¡Oh! no hay duda, esclamó Jimeno, apenas Jehú desapareció de su presencia: todo lo sé, todo lo he descubierto.... Este ha sido mi principal objeto.... Ahora la libertad.... ¿cumplirá el judio sus promesas? No estoy seguro.... y por otra parte faltan muchas horas para la noche.... y entre tanto.... ¡Era preciso ver al conde de Lerin!

En aquel momento se oyó una especie de canticio, y un sonido metálico en la ventana abierta de la habitacion.

Era el centinela que estaba paseándose por la parte de afuera, y que, sin duda por casualidad, tropezó al mismo tiempo en la reja con la punta de la pica que llevaba al hombro.

—¡Si yo pudiese ganar á este hombre! decia el caballero: ¡Si pudiese inspirarme bastante confianza para que llevase al conde un aviso...!

La pica del centinela volvió á chocar otra vez contra la reja, y un soldado, envuelto en un ropon de lana burda con capucha, se acercó á la ventana, mirando con precaucion al interior del aposento.

Parecióle á Jimeno que aquel hombre no se asomaba por curiosidad únicamente, y que tenia intencion de decirle alguna cosa: acudió á la reja, y apenas el centinela le vió encaminar sus pasos en aquella direccion, tornó á sus paseos y á sus canticios.

El caballero se acercó á la ventana, y vió un hombron envuelto en su tabardo, que le miraba de reojo con una espresion particular.

Cuando el centinela pasó delante de la reja, suspendió por un momento su cántico, y dijo en voz baja y precipitadamente:

—¿Estais solo?

Y volvió á cantar.

—¡Solo! respondió Jimeno asombrado de aquella escena casi cómica.

—¿Podré hablaros con libertad? preguntó el soldado, suspendiendo su canto, pero no sus paseos, mientras pronunciaba estas palabras.

—Hablad, hablad: nadie nos oye.

—¡Cuerpo de Dios, señor capitan, que habeis hecho un pan como unas hostias! ¡Voto al diablo, decia el centinela sin atreverse á mirar á la reja, que su merced ha andado mas torpe...

—¡Chafarote!

—Eso, eso; no hay sino dar voces... ¡turú... turú... turú! Para que nos oigan los que van á venir á relevarme... ¡tala... rara... ran! y que despues de tantos apuros todo se lo lleve el diablo... ton .. toron toron...

—¡Ea! déjate de cánticos, amigo mio: acercate y hablemos despacio.

—Si, acercate, para que la reina, ó sus damas, ó sus oficiales que nos están observando, vengan y me cojan, y me desuellen. ¡Cuerpo de tal, que su merced se ha metido en un fregado...! ¡ Por los cuernos de Barrabás...

— Chafarote, no perdamos el tiempo con esos juramentos...

—Es que desde que colgué los hábitos para disfrazarme de soldado, ¡qué se yo...! ¡siento así una especie de...! ¡tengo ganas de darme un hartazgo de votos y porvidas....! ¡como he tenido que ayunar tantos años...! digame su merced: ¿está ahí de grado ó por fuerza? ¿Está entretenido ó preso? ¿enfermo ó sano?

— ¡Puedes dudarlo? Estoy preso, contra mi voluntad: á todo trance es preciso que de aquí me saques.

— Saldrá su merced de ahí... ¿que mas quiere? Vamos, digalo presto, que ya me parece sentir los pasos de los que vienen á relevarme....

— ¿Qué sabes de Catalina?

— Que está en Estella.

— ¿Buena?

— Bastante malucha.

— ¿Se sabe lo que tiene?

— ¡Hum! hum! respondió Chafarote : lo que es la penitente no lo ignora.

Y al decir esto el centinela llevó el dedo pulgar á los labios, alzó la mano, y abrió la boca en ademán de sorber alguna cosa.

— ¡Oh! es preciso que avises á su padre antes de todo.... es preciso que venga aquí, ¿lo entiendes? que venga al punto á verme, por si yo no puedo salir.

— Otra persona lo sabe ya, que se interesa por la suerte de doña Catalina, mas que de su padre.

— ¿El mariscal?

— El mismo.

— ¿Quien se lo ha dicho?

— ¿Quien? La que dá todos los remedios, todos los consuelos, la que todo lo olvida por hacer bien.... la santa de Dios.... la penitente.

— No basta: es preciso que tambien lo sepa su padre; y que ademas de saberlo pueda remediarlo. Acércate, Chafarote: pon la mano en la reja con disimulo.... Bien: toma este frasquito.... dáselo al conde....

Es el contraveneno para su hija. ¿Me juras que el conde ó Catalina lo tendrán en su poder antes de una hora?

— Lo juro con mil pares de.... de santos! Pero yo no he menester

de jurar cuando me lo dicen ... sino así.... cuando me sale de adentro. ¡Ea! Vuesamerced por cuidar de los demás no piensa en si mismo...; Bueno andaria el negocio sino hubiese personas en el mundo que se desvelasen, y se rompiesen la crisma por vuesa merced...!

— ¡Chafarote! ¡Chafarote! esclamó Jimeno con profunda gratitud.

— ¡Inés, Inés! repuso modestamente el buen escudero, y luego añadió: á Dios, que van á venir á relevarme, y antes de esa operacion tengo que hacer otra: la de dejar la pica y el tabardo á un antiguo camarada que está oculto en esa garita, y es el verdadero centinela.

Poco tiempo despues de haber desaparecido Chafarote, se abrió la puerta de la prision y entró la reina.

Grande violencia tuvo que hacerse Jimeno para reprimir el ódio y la indignacion, que los nuevos crímenes de Leonor hacian rebosar en su pecho: pero la consideracion de que en un solo momento de abandono podian frustrarse sus bien encaminados proyectos, bastó para contenerle.

Venia la reina, como siempre, lujosamente ataviada; pero mas flaca y pálida que nunca. Bien se conocia á primera vista que habia sufrido horriblemente desde que no se dejaba ver de su amante.

— ¡Alfonso! ¡Alfonso! esclamó con voz seca y ajitada: vengo á ver que quieres.

— ¡Qué quiero! contestó Jimeno, dulcificando su voz cuanto le fué posible: quiero veros, señora, nada mas que veros á mi lado.

— ¡Ay! ¿Es verdad, es verdad que me has llamado?

— Sí, he cometido esa indiscrecion, ó he tenido esa debilidad, sentaos, mi señora, sentaos: razon es que suaviceis un tanto las duras cadenas de un prisionero.

— ¡Prisionero tu, señor de mi vida! ¡Prisionero tu, que tienes á la reina por esclava!

— Si sois mi esclava, confesad que teneis un amo muy benigno, ó poco impertinente; pues hasta ahora nada os ha ecsijido, nada os ha mandado.

— Pero en cambio se ha deleitado en atormentarme, en estrujar mi pobre corazon.

— No sé como: encerrado en estas cuatro paredes, doliente, sin ver á nadie, sin hablar á nadie...!

— ¡Y sin embargo, cuanto he padecido!

— En efecto, señora, noto que estais muy desmejorada: hallo en vuestros ojos una nube de tristeza.... y en todo vuestro semblante.... un no se qué....

— ¡Gran Dios! esclamó la reina asustada: ¿Notas eso, de veras, Alfonso? Y vamos á ver ¿que piensas de esto? ¿que te figuras que puede ser?

—Me figuro que estais padeciendo mucho, dijo el infanzon con acento compasivo; y luego, encojiéndose de hombros añadió con viveza y naturalidad. Y no es para menos, Leonor, no es para menos: el trono tiene sus goces, y delicias; pero tambien sinsabores y amarguras....

—¡Goces! ¡Delicias! No los he conocido desde que soy reina.—Los celos, los celos han traspasado horriblemente mi pobre corazon: hanme vuelto loca, Alfonso mio, loca de veras. En estos dias en que me creias lejos de tí, y olvidada de tí, yo no te desamparaba un solo instante: yo te estaba viendo, te estaba escuchando; y recojia todas tus miradas, todas tus palabras; y cada vez que tus labios se abrian para preguntar por Catalina, ó por el conde, ó por las personas que pudiesen tener relacion con ella, mil puñales herian mi corazon. Los celos sin embargo no son nuevos en mí; celos tengo desde que te amo; pero ¿no piensas tu, Alfonso, no piensas tu que los sintomas que observas en mi semblante no pueden producirlos únicamente los dolores morales?

—¿Qué quereis decir, señora? ¿Estais enferma?

La reina hizo un jesto espantoso, que procuró templar con una amarga sonrisa.

Jimeno comprendió lo que pasaba en el corazon de aquella mujer, que estaba recibiendo el castigo mas atroz, y al mismo tiempo el mas sencillo y natural, de manos de la divina providencia.

—¿Que piensas tu? dijo ella: ¿que piensas tu? ¿estoy, ó no estoy enferma?

—A la verdad, señora, que los dolores morales socaban muy aprisa nuestra ecsistencia; pero, si he de hablar francamente, yo creo que esos síntomas no tanto son de padecimientos del alma, como de dolores físicos.

—¡Oh! ¡Don Alfonso, don Alfonso! No os equivocais: mi alma padece; pero mi cuerpo está martirizado.

—¿Esos dolores quizá...? ¿Esa pequeña enfermedad de que os soliais quejar algunas veces...?

—Si, esos dolores ahora me matan. Pero, dime tu, que sabes tanto como los doctores.... mira bien mi rostro.... ¿no reparas en esa órbita azulada que cerca mis ojos? ¿en esa sequedad de mis labios? ¿No observas ciertas lijeras manchas que asoman,..?

—Ha gran rato que lo he advertido, repuso Jimeno, abriendo desmesuradamente los ojos, y meneando la cabeza con aire melancólico: y si no estuvieseis rodeada de personas tan fieles, tan leales... diria.... que... tal vez.....

—¡Acaba! ¡acaba! esclamó la reina con terror.

— Diria que tal vez.... estabais....

— ¿En qué te detienes? ¿Porqué no confirmas mis sospechas? ¿Porqué no dices con claridad que estoy envenenada?

— ¡Envenenada! ¿Por quién? No lo creais. Ello es que ciertas tintas que noto en la frente... ese estremecimiento... ese....

— ¡Oh! No tengas duda, Alfonso, no tengas duda: tus palabras acaban de convencerme: estoy envenenada!

— Pero, envenenada ¿como? ¿En la comida, en la bebida... por casualidad, de propio intento?

— Hace algunos dias que lo sospecho: hace algunos dias que no pruebo otra bebida que agua cojida con mis propias manos, ni otras viandas que las que comen antes que yo todas mis damas; pero hay venenos que matan por aspiracion, por inhalacion, por simple contacto: los hay que matan dentro de muchos dias, y que producen enfermedades que tienen nombre conocido, y que nadie suele atribuir á la ponzoña.

— Veo que estais muy enterada.....

— Si, le estoy por mi desgracia; porque este mismo conocimiento solo sirve para quitarme el sosiego, para hacerme suspicaz y recelosa, para atormentarme mas y mas.

— Pero, señora ¿quién puede haber en vuestra corte capaz de perpetrar ese crímen?

— ¿Quién? Todos, respondió la princesa con una espresion de terror: todos. El que se sienta en un trono, tiene por enemigos á cuantos le rodean: de todos debe desconfiar.

Jimeno se sonrió, y en su interior reconocia y adoraba la mano de la Divina Providencia que en el mismo delito impone la pena al delincuente.

— ¿De qué te sonries, Alfonso? esclamó la reina: ¿no te mueven á lástima mis tormentos?

— ¿Pero los sentís, de veras?

— ¿Qué importa que no los sienta, si hay venenos que matan sin dolor...?

— Me sonrio, señora, porque mis estudios me ponen en el caso de burlarme de semejantes asechanzas. Vos estais muy enterada de los medios de matar; yo por el contrario me he dedicado á la ciencia consoladora de volver la vida, ó de retardar la muerte: en una palabra vos conoceis los venenos; yo las triacas: vos estais asustada de vuestros conocimientos, y los mios me hacen sonreir tranquilamente, como lo estais viendo.

En efecto; el antiguo capitan de aventureros se sonreia; pero de una manera que hacia temblar á la reina.

— ¿Qué quieres decir? preguntó esta con inquietud.

— Que vivais tranquila, señora: yo me felicito de poseer el secreto para restituiros la salud.

— ¿Será posible? ¡Oh! ¡Cuanto, cuanto tengo que agradecerte, Alfonso!

— No ecsajereis el agradecimiento, señora.

— ¿Qué no ecsagere? ¡Ay! ahora mas que nunca tengo apego á la vida! Ahora que soy reina, ahora que me amas, ahora que tengo ciertos proyectos.... ¡ay! te juro, Alfonso, que jamás he deseado tanto vivir.

— Pues no dudeis, señora, de que Dios satisfará tan justos deseos; no dudeis de que el cielo me ha inspirado el pensamiento de haceros llamar, para que vos me revelaseis vuestras sospechas. — Vamos, calmaos, doña Leonor, y manifestadme que clase de envenenamiento es el vuestro.

— ¿Lo sé yo, por ventura?

— Lo sospechareis al menos: sino hablais con franqueza, será imposible salvaros.

— ¡Imposible!

— Absolutamente.

— Pero, si yo no tengo certeza, sino hago mas que sospechar.... porque mis dolores de estómago de dia en dia se aumentan, por instantes voy enflaqueciendo, y estoy desfigurada, y vos mismo habeis conocido que tenia síntomas....

— En efecto; pero ¿habeis andado estos dias con alguna sustancia venenosa...?

— Si, pero con mil precauciones.

— ¿Y qué tósigo era ese? ¿Quién lo ha compuesto?

— Jehú, que me lo entregó muy tapado en un pomito de cristal veneciano.

— ¿Contenia un licor claro?

— Si, si.

— ¿De olor fuerte, como de almendras amargas?

— ¡Es el mismo! ¡el mismo!

— Traedme al punto ese pomo, dijo el caballero, con un tono que indicaba la urgencia de ser obedecido.

— Aquí está; repuso la reina, sacándolo del pecho.

Jimeno lo estuvo observando atentamente á la luz, y se estremeció. Pero procurando ocultar su estremecimiento, clavando en Leonor una profunda mirada, la dijo gravemente:

— Señora, de este pomo habeis vertido dos ó tres gotas.

— Si, si, respondió la reina temblando.... por un descuido.... me

dejé caer al abrirle tres gotas encima.

— ¡Encima! No: ¿quereis saber lo que es este licor? — Que traigan uno de los perros de presa que soleis tener en vuestras guardias.

La reina obedeció maquinalmente.

Su temor y sus remordimientos no la dejaban oponer resistencia alguna á los mandatos del hombre, en cuyas manos habia puesto la vida.

Salió á la puerta del aposento; dió una órden y volvió á entrar.

Entre tanto Jimeno abrió el pomo que estaba cerrado con un taponcito de oro, con cera y pergamino; tomó una pluma, y dejó todo en una mesa de mármol.

Al poco rato se presentó un escudero que traia un perro enorme, sujeto con una cadena de hierro, atada al collar.

El perro que hasta entonces habia seguido al criado, manso como un cordero, forcejeaba para uhir, y ahullaba siniestramente al entrar en el aposento, como si el instinto le hiciese conocer la triste suerte que le esperaba.

Jimeno sin embargo, calmó su inquietud con mil caricias que el animal recompensó lamiendole la mano.

— Observad, señora, observad. dijo el caballero.

Entonces sumergió la pluma en el frasquito, tomó una gota del cristalino licor que contenia, y tocó al perro con ella en la punta del ojo.

El animal cayó muerto, como herido de un rayo.

La reina se estremeció.

El escudero despavorido sacó arrastrando, al que dos minutos antes habia venido dando saltos y brincos de alegria.

— Ahí teneis, señora, lo que es este veneno: (1) una sola gota mata como una puñalada en mitad del corazon. Si tres gotas os hubiesen caido encima, ¿qué seria de vos, señora? No hay una sustancia mas activa; no hay un espíritu mas corrosivo. Ni un arcabuz, ni una ballesta, ni una espada, son tan terribles como este licor. Con este pomo en la mano os abririais paso por medio de una multitud empeñada en deteneros.... Ahora bien, si quereis que os dé remedio para vuestros males, decidme primero qué habeis hecho de las gotas que aquí faltan.

— Las he disuelto en una gran cantidad de agua, preparada por Jehú....

— Y sospechais vos.... preguntó Jimeno, ya satisfecho, y no queriendo llevar su curiosidad mas adelante: sospechais vos, que tal vez os hayan hecho participar en dósis escesivas de esa agua.... que sin

---

(1) El ácido cianohidrico, antiguamente llamado ácido prúsico.

duda la querriais usar como medicamento?

— No; segura estoy no haber participado de esta bebida, á no ser que Jehú....

Leonor se detuvo.

— ¡Como! ¿Creeis capaz á Jehú....

— ¡Oh! esclamó la reina recordando la muerte de su hermano el príncipe don Cárlos: si hay quien se lo pague bien....

— Pero ¿quien tiene interés en vuestra muerte....?

— ¿Quién tiene interés en heredar mi corona?

— ¡Triste corona por cierto, doña Leonor, triste corona que aun no se ha calentado en vuestras sienes, y ya os abruma con pesares...!

— ¡Alfonso! Alfonso! ahora no se trata de reinar, se trata de vivir.... Yo estoy envenenada ¿lo oyes? yo desconfio de todo el mundo, de mi mismo médico, y he puesto en tus manos mi salvacion.

— Bien está, señora, bien está; dejadme preparar el remedio: habeis puesto vuestra vida en mis manos, y tengo que dar cuenta de ella al autor de todo lo criado. Entretanto, guardaos bien de manifestar temores, y á Jehú sobre todo. Por el contrario, mostraos con él mas que nunca afable y serena. Es necesario ser muy prudente con hombres que tienen en su poder estas armas, dijo el caballero tomando el pomo en las manos.

La reina se alejó, y como si hubiese comprendido toda la fuerza y estension de las últimas palabras de Jimeno, dejó las puertas francas, y mandó retirar todos los centinelas.

CAPITULO XXVI.

De como el mariscal entregó al conde de Lerin todo cuanto este habia menester, y de como se lo agradeció el conde de Lerin.

MUCHO sintió don Luis de Beaumont la burla y afrenta que los agramonteses le habian hecho con los castillos; pero cuanto mas viva y profunda era la herida, mas empeño puso en disimular sus dolores.

Procuró no darse por entendido de semejante golpe, y en vez de romper las treguas, como para ello tenia derecho, ó fundado pretesto, en aquella ocasion; aparentaba estar mas próximo que nunca de una completa reconciliacion de los bandos.

Cuando esperaba la paz, fué el primero en proclamar la guerra, y ahora que la paz era imposible, nadie hacia tantos sacrificios como él para conservarla.

Aprovechándose de la oferta de Leonor, se trasladó con su hija á la corte, donde tenia que desempeñar un papel muy importante cerca de la reina.

Sabia el conde muy bien que esta deseaba ardientemente la reconciliacion y el sosiego, con lo cual únicamente podia disfrutar las dulzuras del reinado, y se presentó como víctima de aquellas opiniones, que tanto lisonjeaban á la reina. Por este medio trató de recobrar en valimiento y en influjo cortesano, lo que habia perdido en hombres y en castillos.

Así sucedió: no tardó mucho tiempo en conseguir que la reina apareciese beamontesa: y prescindiendo de la solidez del valimento, las apariencias le bastaban; puesto que uno de sus fines principales eran escitar rivalidades, celos, y envidias, en el bando contrario.

Al mismo tiempo no descuidaba su grande empresa de proclamar rey de Navarra á Fernando el Católico, en el caso probable de la muerte de Leonor; y como la decadencia de esta, su agitacion y falta de salud eran visibles, mantenia el conde viva correspondencia con las tropas castellanas de la frontera.

Aquí nos parece oportuno hacer observar una contradiccion, de que acaso no estén ecsentos ninguno de los bandos y partidos políticos. Los beamonteses comenzaron defendiendo al hijo mayor de don Juan II, al desgraciado príncipe de Viana, contra la desmedida ambicion de los hijos menores, contra los proyectos de la segunda muger de aquel monarca, que aspiraba desde entonces á colocar en las sienes del niño Fernando las tres coronas de Aragon, de Navarra y de Castilla; y los beamonteses eran ahora, al cabo de tantos años de guerra, los que fomentaban la ambicion de Fernando el Católico, y trabajaban por él ocultamente para entregarle el único reino que le faltaba. Todo lo contrario les habia sucedido á los agramonteses, y quizá no tenian en ello mas razon que la de oponerse á los planes de sus enemigos.

Pero si al conde de Lerin le pareció tan amarga, y tan pesada lo broma de mosen Pierres, el mariscal la sintió tambien á par del alma.

Como sabe el lector, ninguna parte habia tenido Felipe en aquel chasco. Indignado de la infamia y alevosía del conde de Lerin, trató de vengarse hundiendo en su corazon la daga que milagrosamente habia venido á sus manos; pero leal y generoso, se desprendia sin pena de todos los castillos ofrecidos al conde de Lerin. Para el mariscal, el cumplimiento de su promesa, era primero que el cumplimiento de su venganza.

Apenas salió del alcázar de Lerin con ánimo de apaciguar á sus amigos, prontos á lanzar el grito de guerra, llegó á sus oidos la afrenta, que con écsito tan venturoso, habia hecho al conde mosen Pierres de Peralta.

Felipe conoció que ya le era imposible volver á los brazos de Cata-

lina, sin deshacer la intriga fraguada contra el anciano condestable.

Despidióse de sus amigos, y solo con un escudero, fué recorriendo de pueblo en pueblo todas las fortalezas que, segun contratos de boda, debia recobrar don Luis de Beaumont.

En unas partes con persuasion y con alhagos, y en otras revistiéndose de autoridad y mostrando una voluntad inflecsible, pudo conseguir al cabo de algunos dias, que los castillos estuviesen á disposicion del conde; quedando comprometidos los alcaides, con juramento escrito, á entregarlos á la persona que el mariscal designára.

Felipe hasta entonces, ni habia osado presentarse, ni escribir á Catalina. Las apariencias de una falta de lealtad, le tenian como encojido y avergonzado; pero el dia en que pudo recojer la obligacion escrita de los alcaides, el dia en que tuvo seguridad de que las tropas del conde sin resistencia alguna podian tomar posesion de las plazas, aquel dia partióse á la córte, muy en secreto, dirigiéndose disfrazado al palacio del conde de Lerin.

Antes de presentarse al padre de su amada quiso averiguar lo que en su ausencia habia pasado. Por fortuna suya, dió con maese Tomás de Galar, que si bien pesado como ninguno en sus relatos, tenia la habilidad de no dejarse nada por decir, y aun de decir mas de lo que sabia y pensaba.

Felipe quedó mortal cuando averiguó que Catalina, desde que vino de Lerin, no hacia mas que llorar y gemir, con una melancolía que nadie podia disipar, y que al dia siguiente de su arribo se habia sentido enferma.

Segun los informes del maese hostal del conde, la enfermedad de Catalina si bien no la producia dolores, ni la obligaba á guardar cama, le iba consumiendo y devorando de dia en dia, de una manera tan marcada, que ya la bella vírgen de Lerin, la tierna niña dechado de hermosura, no era la sombra de sí misma.

Don Luis de Beaumont habia llamado al médico mas famoso de todo el reino, al judío que estaba al servicio de la familia real hacía mas de treinta años, le habia colmado de oro y de alhajas para interesarle mas vivamente en la salud de su hija; pero, segun Tomás de Galar, el conde quedaria arruinado, y la salud de doña Catalina nada adelantaria, porqué....

—¿Porqué? le preguntó Felipe, procurando ocultar su profunda conmocion: ¿porqué? ¿Maese, creis mortal la enfermedad?

Y el mariscal aguardaba la respuesta del mayordomo, con la misma ansiedad que si este fuese un oráculo.

— Lo que es mortal, no señor, decia maese Tomás de Galar: yo no me figuro que muera tan pronto; pero.... vamos.... no estoy bien con

que los cristianos se pongan en manos de esos perros judíos, que desconocen á nuestro Señor Jesucristo; y sobre todo, no estoy conforme con que se les colme de oro con tanta largueza, cuando nosotros no vemos un dinero por un ojo de la cara.

— Pero bien, maese; ¿conoceis algun fiel cristiano que sepa tanto en medicina como Jehú, el médico de la reina? Ese es el caso.

— Ni en medicina ni en nada; por que esos perros parece que á fuer de hijos de Satanás, tienen hecho pacto con su padre... y eso que hay cristianos, como por ejemplo, don Alfonso de Castilla... que saben mas que el mismo demonio.... Y ahí está la penitente que cura por milagro.... y otros muchos hay que tienen oraciones muy buenas para toda clase de enfermedades....

Al oir estas palabras ocurriósele una idea al mariscal.

— ¡Ah! le dijo: señor maese Hostal, vos me haceis recordar de una oracion muy buena que me enseñó una religiosa, muerta en olor de santidad....

— ¡Ola! ¿de una monja?

—Abadesa, maese Tomás, abadesa y de las Huelgas de Burgos, nada menos, que profundamente agradecida á cierto regalo que yo habia hecho al monasterio, me pagó superabundantemente enseñándome esa oracion....

— ¡Ola! ¿Si bien decia yo, que los cristianos no necesitan recurrir á los físicos judíos...!

— Pero esta oracion, no sirve para toda clase de enfermedades, sino para aquellas que provienen de una pasion de ánimo....

— ¿De veras? Pues eso... precisamente eso, es lo que tiene doña Catalina. Pasion de ánimo.... Yo no me acordaba; pero es eso.... Vamos, dadme la oracion.... y á la enferma con ella.

— La oracion no la traigo conmigo; pero la tendreis dentro de pocos momentos... y de seguro, si con todo secreto la poneis en manos de doña Catalina, para que la rece todas las mañanas en ayunas, al cabo de pocos dias la veis tan hermosa, tan fresca y sana como antes.

El caballero partióse al punto á escribir lo mejor que pudo un aviso á Catalina participándole su llegada á Estella, y sus deseos de presentarse al conde, para probarle cuan inocente estaba del engaño de los castillos, y cuan dispuesto á cumplir todas sus palabras.

A este billete, que en forma de oracion, entregó á maese Tomás de Galar, le contestó Catalina que aquella misma tarde podia presentarse en su palacio, puesto que ella, como hija obediente, habia puesto su carta en manos del conde, y con su aprobacion le contestaba aquellas razones.

Del palacio del conde se dirijió Felipe al de la reina en busca de Jehú.

Ocupaba el médico una parte de los sótanos del alcázar: en las primeras habitaciones solia recibir á las jentes que le buscaban, en las interiores nadie habia penetrado aun.

Allí tenia su laboratorio: allí guardaba sus tesoros. Mil veces se notaba la desaparicion del anciano por espacio de dos ó tres dias: creíasele muerto; rejistrábanse con ansiedad aquellos sombríos aposentos; y al cabo de largas horas de encierro, se le veia salir ostigado por el hambre, consumido el rostro, pálido como el oro que contaba y rovolvia, y con los ojos recelosos á un tiempo y satisfechos, del avariento que tiene todo el orgullo de un sultan, y toda la timidez y degradacion de un esclavo.

El mariscal acudió á Jehú esperando hallar en sus palabras alguna esperanza acerca de la salud de Catalina, y conociéndole bien, llevó consigo cuanto dinero y joyas pudo haber á las manos.

Jehú para suministrar un veneno á Catalina habia empobrecido á la reina, y por curarla trataba de agotar los tesoros del conde de Lerin y del mariscal, y aun quizá los decantados diamantes de Jimeno.

Dificil era en verdad quedar bien con personas que hacian tantos sacrificios para obtener tan diversos resultados; pero el anciano judío habia sabido elejir un medio entre ambos estremos; y este consistia en prolongar la enfermedad de Catalina hasta dejar igualmente exhaustos á unos y otros.

Felipe, despues de hacer sus regalos al médico, oyó con el mayor júbilo las seguridades que este le daba acerca de la mejoria de Catalina.

Todas las seguridades del mundo eran pocas, sin embargo, para el enamorado caballero.

Despues de haber consultado á la ciencia, quiso consultar á la relijion: y si en la primera encontró egoismo, doblez y falacia, halló en la segunda verdad, abnegacion, sencillez y consuelo.

Del alcázar réjio se dirijió á la humilde choza de la penitente.

Inés no vió en Felipe al hombre que habia puesto á Jimeno á punto de morir: al que tal vez con su imprudente y precipitada conducta era la causa de todos aquellos trastornos: vió tan solo la amante aflijido que acudia á la sierva de Dios en busca de socorros y de consuelos, para el ídolo de su corazon, y resolvió proporcionárselos, cuan eficaces los habia menester.

Desengañóle en primer lugar acerca de la enfermedad de la desventurada niña, blanco inocente de las iras, y de la envidia de la reina:

despues ella y Chafarote salieron de la ermita, dejando al mariscal que aguardase allí, mientras con el mayor afan se dedicaban á poner remedio en todo.

No tardó mucho tiempo en volver Chafarote.

Venia gozoso, jadeando como de costumbre, por la prisa en subir la cuesta; y con un ademan casi réjio, puso en manos de don Felipe el pomo del contraveneno.

El mariscal enternecido de júbilo y de agradecimiento abrazó al ermitaño, y en la efusion de su gozo le prometia mil recompensas.

— Poco á poco, señor caballero, le respondió Chafarote con dignidad; por esta accion no quiero premio alguno: harto lo tengo en deciros, que esa medicina se la debeis al hombre á quien habeis afrentado en el campo de la Verdad.

— ¿Al aventurero de las Bardenas...?

— A don Alfonso de Castilla, respondió Chafarote, sin poder contenerse; ó por mejor decir, al príncipe don Jimeno de Nápoles y de Aragon, hijo bastardo de don Alfonso el magnánimo.

— ¡Al amante de Catalina...!

— No; al amante de Blanca de Navarra; al que despues de haberla amado como debeis saber, es incapaz de amar á otra muger, de aquella manera; al que ama á Catalina como hija, y á la penitente como hermana.... ¿Lo sabeis?—Pues, señor: todo se me ha escapado: nada ignorais.... pero es dificil contenerse en ciertas ocasiones.... si quereis mostrarme alguna gratitud por los pasos que he dado este dia, olvidad, por Dios, todo cuanto acabo de deciros.

No era esto muy fácil al mariscal de Navarra: las palabras del hermitaño le habian humillado, y las llevaba profundamente grabadas en su corazon. Partióse cabizbajo de la ermita, pensando en los medios de reparar su imprudente lijereza, y esta idea le hubiera preocupado mucho tiempo, si la impresion de vergüenza no la hubiese disipado el gozo de ir á ver á Catalina despues de tantos dias, y de tantos acontecimientos, llevándole la vida, y la honra.

Volvamos al conde de Lerin, que seguia levantando el alcázar de su privanza sobre la ruina de sus malogrados proyectos.

Pocos momentos despues de su llegada á la córte, satisfecha la reina de tan puntual obediencia, convidó á comer á sus ilustres deudos, y pareció sumamente obsequiosa con Catalina.

Tranquila estuvo la doncella de Lerin las primeras horas, esperando ver á lo menos pensado, aparecer al amante, que bajo los reales auspicios iba á llevarla al altar, y con indisolubles lazos á unir su corazon al suyo: el pudor y la timidez natural en su estado la tenian muda y aun detenida en sus miradas; y solo furtivamente volvia

el rostro cuando en las réjias estancias resonaban pasos gallardos y varoniles, y escuchaba con la mayor atencion, pero con la cabeza baja, cuando Leonor y el conde departian acerca de sus amores.

Pasó el dia, sin embargo, en el mas profundo silencio, en la mas completa ignorancia acerca del mariscal de Navarra. Ni lo habia visto, como esperaba, en palacio, ni de él habia tenido noticia alguna. Su corazon comenzó á perder el sosiego, con el presentimiento de alguna desgracia. En su rostro apacible ayer y sonrosado, aparecian las huellas de aquella primera pesadumbre. ¿Qué decimos en su rostro? En todo su cuerpo sentia un malestar, cual nunca lo habia esperimentado, y este mal estar, era una especie de ardiente, pero lenta inquietud, se acrecentaba conforme las horas iban pasandose en silencio, y soledad para la pobre niña, que ninguna otra conversacion anhelaba que los dulces coloquios de Felipe, ninguna otra compañía que la de su noble desposado.

En vano Leonor procuraba distraerla en el réjio alcázar, y en son de mitigar sus penas, no permitia que se apartase un punto de su compañia; el mal estar de Catalina iba en aumento, su melancolía minaba sordamente aquella existencia lozana y vigorosa, que arrullada por las suaves auras del amor parecia imperecedera.

La salud, la frescura de aquel cuerpo virjinal eran al parecer puramente espirituales: eran el vislumbre del alma que se trasparentaba inmaculada, y fuerte en la suave corteza que la envolvia; puesto que el primer dolor del ánimo hacia recojerse marchitos y arrugados los pétalos de aquella flor delicada.

Tales eran las conjeturas del conde de Lerin: tal el juicio que por las apariencias podia formarse; pero el lector ya sabe la verdad: no eran todos pesares del ánimo, habia mucho de sufrimientos físicos: no podia atribuirse toda la culpa al noble y pundonoroso mariscal que no osaba ponerse delante de su amada sin reparar la falta en que sus jentes le habian hecho incurrir; mucha parte de la culpa podia recabar para sí la implacable Leonor, que tenia dentro de su alcázar al hombre á quien tan apasionadamente amaba, y á la doncella soberanamente hermosa y adorable, de quien le suponia ciegamente enamorado.

Todo favorecia los inicuos planes de Leonor; hasta la ausencia, la supuesta ingratitud del mariscal venian á justificar el decaimiento de Catalina, debido principalmente á la ponzoña que con tanta seguridad como lentitud, iba devorando sus entrañas.

Despues de tres comidas con la reina, la muerte de la hija del conde podia retardarse; evitarse era imposible.

Facil es de suponer que Leonor se mostraria muy amable con el

conde de Lerin en aquellas circunstancias. Su mayor anhelo era por ocultar su crímen, con el manto deslumbrador de los favores. Ella nada se atrevia á negar; él todo queria pedir: débil la una, ecsijente el otro, figúrese el lector cuan medrado andaria este en su privanza cortesana.

Hallábase en el caso de un niño mimado y voluntarioso, que en medio de una tienda de juguetes todo se le antoja, todo lo quiere, y en la imposibilidad de llevárselo todo, llora y se irrita; pues la misma abundancia y facilidad de satisfacer los gustos daña á la eleccion.

Tan pronto concebia el pensamiento de casar á su hija con el heredero de la corona de Navarra, y tentaba las disposiciones de Leonor, lo cual no manifestaba en ello el menor inconveniente, pues nadie mejor sabia hasta que punto le comprometia semejante promesa. Pero don Luis de Beaumont desechaba al instante semejante proyecto, conociendo que el trono navarro estaba tan vacilante, que al solo amago del rey Fernando el Católico caeria para siempre desmoronado.

Tornaba luego á sus antiguos planes de regalar al rey de Aragon y de Castilla una corona, que por la pendiente natural de los sucesos iba rodando á sus augustas sienes. Para esto era menester que el conde ensanchára sus propios dominios, y que debilitase á sus contrarios. La reina podia concederle algunas pechas; podia donarle algunos pueblos; pero mientras los agramonteses poseyeran sus antiguos castillos el conde podia ser grande, poderoso; omnipotente, como queria y habia menester, nunca.

Del conocimiento de su debilidad brotó con nueva fuerza el ódio á los que á tal estremo le habian reducido.

Para un hombre sagáz y artero, no hay mayor ignominia que la de ser vencido con sus propias armas. El escozor del chasco de los castillos era á la sazon mas vivo que nunca: la afrenta tal, que le sacaba los colores al rostro: y como creia al mariscal autor de su derrota, el ódio que le inspiraba un hombre semejante, participaba ya del rencor de los bandos, y del mas profundo é implacable del amor propio ofendido. Era antipatía, era vergüenza, era envidia.

Con disposiciones tan favorables para la ventura de su hija, estaba un dia en su casa de Estella, meditando en los medios de acabar de una vez con el mozo atrevido que tan vergonzosamente lo habia humillado, y en semejante sazon se le presentó Catalina.

Venia la noble jóven apoyada en el brazo de una de sus dueñas, y con un papel en la mano.

En medio de la palidez y hundimiendo de sus mejillas, notábase en sus ojos un rayo de purísima alegria, y cierta sonrisa en sus lábios que no era indicio de su habitual amargura.

El conde se levantó asustado de verla fuera de su aposento: Catalina sin pronunciar una sola palabra, le alargó el papel, dejando caer al mismo tiempo dos lágrimas de sus espresivos ojos.

Era el gozo que de aquella manera se robosaba de su corazon enamorado.

Despues de hacer sentar á su hija, leyó el conde el papel, que estaba concebido en estos términos:

«Catalina, ya soy digno de tí; ya puedo presentarme sin rubor »delante de mi esposa. Urje mucho que nos veamos: ¿cuando quieres »que vaya?»

— Esta misma tarde puede venir; dijo el conde á su hija, la cual fijos los ojos en el semblante de su padre, procuraba adivinar la impresion que el billete le producia.

— ¡Ah! ¿con que vos le recibireis...?

— Si, Catalina, si, yo mismo le recibiré: ningun cuidado tengas por eso; repuso el conde con una espresion tranquila, que dejó á su hija del todo satisfecha.

Esta le besó la mano con respeto y cariño, aceptando su brazo para salir del aposento.

El mismo don Luis, á pesar de sus años, dictó la respuesta al billete del amante: él mismo la entregó al mayordomo, y no contento con tantas solicitudes, trató de preparar al mariscal una acogida digna del entrañable amor que la profesaba.

Con este fin se vistió interiormente de su cota de malla, y tomó la famosa daga de Pamplona. Esta daga no tenia la hoja compuesta, como cuando por algunas horas perteneció á don Felipe de Navarra: el conde en lugar de remiendos y añadiduras, habia mandado aguzarla, sacándole una punta como la de un dardo.

Habia dispuesto tambien que conforme avanzase el mariscal en el castillo fuesen cerrándose las puertas, y situándose detrás de ellas dos escuderos, de manera que el enamorado galan no pudiese tener queja de que no le guardaban la espalda.

Hechos estos y otros preparativos, el conde se sentó cerca de un bufete, en una cámara por lo cual tenia que pasar forzosamente don Felipe para ver á Catalina, y sumida la cabeza entre las pieles de su larga túnica, con la frente ceñuda, la actitud sombría, una mano en la daga que yacia en la mesa y otra en la mejilla, estaba esperando que el mariscal apareciese.

Para fortalecer su alma en aquel terrible trance, el anciano revolvia en su mente todas las injurias de Felipe, y singularmente la afrenta hecha á él en la persona de su amigo Carlos de Artieda, en el castillo de Viana, el que mas le importaba adquirir, por ser la cla-

ve de sus proyectos con los castellanos.

Resolvió pues acabar de una vez con el caudillo agramontés: su privanza con la reina le escudaba contra las consecuencias de tan horrible atentado. Para perpetrarlo escogió su misma casa. En ninguna parte podia ocultarse menos el matador; pero en ninguna parte podia tener el crímen mas disculpa.

Un señor feudal era soberano en sus estados: un padre de familias era dueño irresponsable y absoluto dentro de su casa y; si este señor feudal, á un tiempo padre de familias, tenia una hija hermosa y jóven, considérese cuanta razon no le darian las leyes, las costumbres, y la opinion comun, contra un mozo galan y enamorado.

Llegó Felipe al palacio del conde y con el ansia de ver á Catalina tan solo preguntó por ella.

Los pages y escuderos que aguardaban á la puerta, se mostraron muy poco dispuestos á complacerle, segun las instrucciones que del conde habian recibido.

Al fin, despues de largos altercados, le dejaron subir, como si fuesen vencidos por la importunidad del impaciente mancebo.

Notaba este que detrás de sí todas las puertas se cerraban; pero ningun temor manifestó, y tan solo estrañaba que se le recibiera con tantas precauciones, como si fuese furtiva su introduccion en casa de la muger que dentro de algunas horas iba á ser su esposa.

Entró, por fin, súbitamente en un aposento casi obscuro, y mucho mas para los ojos acostumbrados á la luz de las demas habitaciones.

Aquí se detuvo el mariscal, sin saber por donde habia de continuar su camino.

La puerta de esta cámara se cerró como todas.

No sabia que pensar Felipe de aquellos misterios, y ya el corazon comenzaba á latirle receloso, cuando en medio de la oscuridad sintió moverse un pequeño bulto que se levantaba de un sillon.

— ¡Don Luis...! esclamó el galan, queriendo conocer al conde por su baja estatura, y por sus hopalandas.

— ¡Ola! ¡don Felipe! esclamó el anciano condestable, avanzando hácia el entrante con los brazos abiertos.

Cuando el mariscal le vió cerca de sí, mas hecho á la oscuridad, le dirijió una mirada inquieta y desconfiada. Pero aquella mirada le tranquilizó.

Las manos del conde estaban vacías: ninguna arma pendia de su cintura.

Por una reaccion muy propia de la condicion del jóven y apasiona-

do caballero, la desconfianza se trocó en abandono, y el recelo en gozo y efusion.

Felipe recordó en un instante todas las faltas que habia cometido con el conde, y las que no habia cometido, y que sin embargo le podian ser imputadas, y abriendo sus brazos, esclamó:

— *¡Ah, señor primo! ¡A Dios!*

— *Y á vos, y á Viana, mal caballero!* (1) respondió el conde cuando le tuvo abrazado, y con una rápida maniobra, sacó la daga de la manga izquierda del ropon, y se la clavó debajo de la nuca.

Un grito agudo horrible, inarticulado, salió de los labios del jóven y traspasando las paredes llegó al corazon de Catalina que con impaciente gozo estaba esperando que su amante apareciese.

Lanzóse la tierna niña fuera de su cámara, atravesó un corredor, abrió una puerta que inundó de luz el sombrío aposento, en medio del cual se alzaba la fatídica figura de su padre con la daga en la mano, roja y humeante, y Felipe á sus pies, revolcándose en su propia sangre.

— ¡Infeliz! ¡infeliz! ¿que habeis hecho? esclamó Catalina precipitándose sobre el moribundo, y queriendo volverle el alma con sus miradas.

— ¡Ah! Llegas á tiempo, Catalina, dijo Felipe con desmayado acento: ¡Catalina!... Estás envenenada.... La reina te mata...

Y luego llevándose la mano al jubon, sacó del pecho un pomo de cristal, y un papel, y alargando el primero á su amada, añadió:

— Toma: bebe: es tu único remedio. Yo te lo traigo.... pero, quien me lo ha dado para tí, es don Alfonso de Castilla. — Señor primo, continuó despues de una corta pausa: ahí teneis los castillos que fueron vuestros!

El conde no tuvo valor para alargar la mano: Catalina recojió el fraseo y el papel.

El primero lo arrojó con desden y se quebró en el mármol del pavimento; el segundo ella misma lo hizo trizas, que fueron á empaparse en la sangre de Felipe.

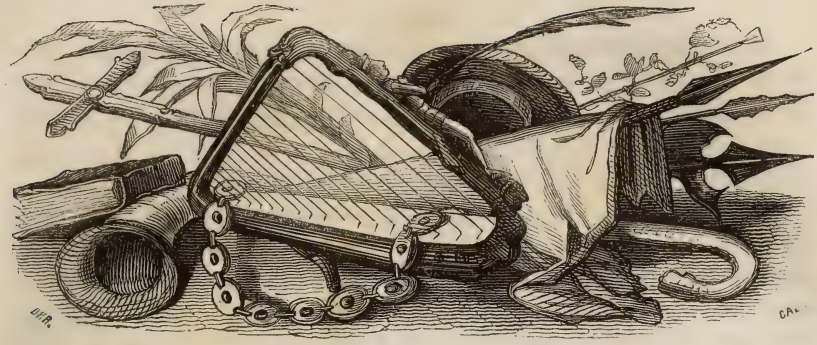
— ¡Nada, nada sin tí! dijo Catalina con resolucion.

El conde horrorizado de semejante espectáculo, se alejó sin decir una palabra.

---

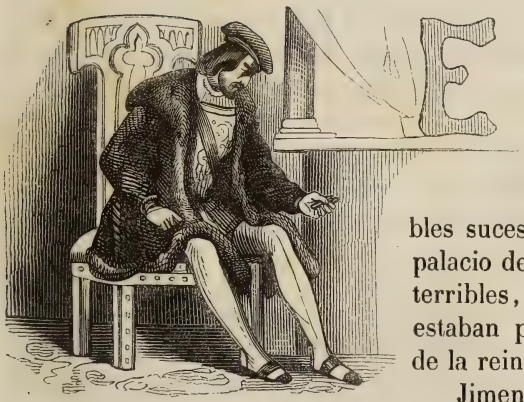
(1) Las palabras subrayadas son testuales: la historia las ha recogido.

Lám. 26



CAPITULO XXVII.

De las pláticas que tuvieron el infanzon y la penitente.



ERA aquel dia el dia de la venganza.

Mientras tan horribles sucesos se verificaban en el palacio del conde, otros no menos terribles, pero mas ejemplares, se estaban preparando en el alcázar de la reina.

Jimeno que por un instante habia vacilado en su antigua resolucion de castigar con mano fuerte el crímen cometido con Blanca de Navarra, sentia ahora hervir su sangre de cólera y de indignacion al ver completamente demostrado el nuevo asesinato intentado por Leonor, que proseguia impávida su camino de iniquidad y de muerte.

Dueño del pomo, de donde habia salido el veneno de Catalina de Beaumont, satisfechas todas sus dudas acerca de los autores y cómplices del crímen, tuvo necesidad de quedarse solo para deliberar sobre su venganza.

Habia prometido á la penitente respetar la vida de Leonor; pero despues de esta promesa, la reina por un nuevo atentado se habia hecho digna de un tremendo castigo: solo la muerte pudiera detenerle en tan sangrienta carrera.

Sentado estaba Jimeno, cabizbajo y profundamente pensativo.

Su aspecto era el de un juez que despues de haber oido al reo y los testigos, á solas con su memoria y su conciencia, tiene que pronunciar una sentencia de muerte, y sin embargo de que la ley está terminante y el delito mas claro que la luz del mediodia, medita, cavila profundamente, toma cien veces la pluma, y se estremece, y firma al cabo de largas horas de angustias y sudores.

En su mano estaba el cuerpo del delito; aquel frasco con cuyo licor habia envenenado la reina á Catalina. Allí faltaban tres gotas, las cuales por mas diluidas que fuesen en otras sustancias inocentes, bastaban para precipitar al sepulcro á una niña anjelical, cuya mano solo se habia estendido para remediar desgracias, por cuya frente jamás habian pasado nubes sombrías de destruccion, sino blancas ráfagas de esperanza y de consuelo.

—No hay paz, decia el caballero, luchando con ciertos vagos temores de su conciencia: no hay misericordia con semejante mónstruo. ¿Por qué tiemblo? Deber es de todos los hombres esterminarlo, como á dañina fiera. ¡Si! ¡Tu hora ha llegado, Leonor! Morirás, morirás con el veneno que diste á tus dos hermanos, morirás con el veneno que has dado á Catalina, morirás quizá con el veneno preparado por las mismas manos que han preparado todos tus venenos. ¡Cárlos, Blanca, Catalina! yo voy á vengaros, sí... Quizá me he detenido demasiado... Si mi mano se hubiese estendido antes de ahora sobre esta mujer, tendriamos que lamentar menos víctimas.

Jimeno ya no parecia un juez severo y frio. Las pasiones habian invadido en tropel aquel ámbito, donde solo debian penetrar el recuerdo de los hechos, y el recuerdo de la ley.

—¡Infeliz, infeliz! proseguia: te has puesto en mis manos: huyendo de tus perseguidores has venido á refujiarte á la caverna del tigre que te acecha hace quince años! ¡Miserable, miserable de tí! Te crees envenenada porque has estado envenenando toda tu vida; porque tienes gravada en tu corazon aquella sentencia que nos condena á morir con el instrumento con que matamos. Sí, el que asesina con hierro, con hierro debe perecer: el que envenena, que muera envenenado. ¡Ah! Leonor, Leonor, tu misma me estás indicando tu suplicio. Si, tu muerte será la de Cárlos, el príncipe de Viana; la de Blanca de Navarra; la misma que tendria Catalina, si yo no te hubiese atajado en esa horrible senda.

En lugar de darte un remedio para esa enfermedad, que ecsiste solo en tu imajinacion, que es obra de tus remordimientos, yo te daré la verdadera ponzoña. Aquí, aquí la tengo preparada hace muchos años.....

Y el infanzon al decir estas palabras, sacó de su caja de ébano otro pomo, que contenia un licor tan claro y cristalino como el primero.

—Aquí la tengo; pero tan bien medida, tan bien proporcionada, que segun las gotas que te haga beber, puedo hacerte espirar en el instante que me convenga; y morirás, morirás infaliblemente en el mismo dia, en la misma hora en que murió tu hermana doña Blanca. De algo han de servirme mis estudios, mis investigaciones de quince años. Leonor, Leonor, así como Dios ha dicho al mar: «no pasarás de aquí», de la misma manera te digo yo: «no pasarás del dia doce de febrero: quince años despues de la muerte de Blanca de Navarra; quince dias despues de haber ceñido una diadema que tantas ansias, tantos crímenes te ha costado.»

—¡Eres muy orgulloso, Jimeno! esclamó detrás del caballero una voz dulce y conocida.

—¡Inés! repuso el infanzon guardando los pomos de cristal, como si tratase de ocultar un delito.

—Jimeno, Dios ha dicho al mar: «no pasarás de aquí;» porque Dios pudiera decirle: «avanza, y cubre otra vez el mundo con el diluvio;» pero tú ¿como te atreves á señalar límites á la vida del hombre, cuando no puedes prolongarla?

Miróla el caballero con respeto y con asombro, y abrumado con el peso de aquella reflecsion, bajó los ojos, y dijo sin saber lo que se decia:

—¡Has estado escuchando, Inés!

—Si... he venido aquí para prestarte amparo: he abierto puertas que siempre han estado cerradas... he llegado silenciosamente... hablabas alto para ensordecer la voz de tu conciencia: te he escuchado, y vengo ahora á reforzar el grito interior de tu alma: no me escuches á mí, Jimeno, escúchate á tí mismo.

—¿Y hemos de perdonar á semejante fiera?

—¿Tienes derecho de absolverla si Dios la condena?

—No, no.

—Pues entonces tampoco lo tienes para condenarla, si Dios la absuelve.

—¿Pero no sabes sus nuevos crímenes? ¿No sabes que Catalina tiene que morir como Blanca de Navarra?

—Todo lo sé, Jimeno: consuélate; los designios del malvado no

siempre se logran... Catalina está ya salvada... yo misma he visto entrar al mariscal en el palacio del conde, llevando el remedio que tú has dado á Chafarote.

— ¡Oh! Bendito sea Dios que ha permitido que lleguemos á tiempo. Pero nuestra solicitud, nuestra buena dilijencia no escusa el crímen de Leonor; y Dios no puede consentir...

— ¿Y quién es el hombre para entremeterse en los juicios de Dios?

— ¿Y al cabo de quince años que no tengo otro afan, ni otro pensamiento has de venir tu á debilitar mi resolucion, á infundirme dudas, á enervar mi brazo...

— ¡Ah! dijo la penitente: poco influjo tiene mi voz en tu corazon, demasiado lo sabes; pero no son las palabras de la pobre Inés las que te hacen reflecsionar, las que te detienen al borde del abismo en que vas á precipitarte; es la voz de tu conciencia, es la del ánjel custodio, cuyo grito nunca es mas agudo y penetrante que cuando se levanta la mano para el delito.

— ¡Oh! Tienes razon, Inés, tienes razon. Yo queria aturdirme con palabras, evocar sombras, imájenes terribles, renovar mis heridas para disculparme á mis propios ojos; y sin embargo temblaba, y me sentia débil y rendido. Pero ¡haber estado meditando quince años un proyecto; haberle acariciado por tanto tiempo, haber vivido tan solo al impulso de semejante idea, y llegar el momento de la ejecucion, y vacilar, y creer injusto y cruel, lo que he tenido por recto aunque severo durante quince años!

— Así es el hombre, Jimeno: se enamora de un objeto, le consagra toda la ternura de su corazon, todos los instantes de su vida: por él lo desprecia todo, lo olvida todo: y llega el momento de recojer el fruto de tanto amor, de abnegacion tan grande, y conoce que ese fruto es insípido, es amargo; que no merecia el menor de los sacrificios, el ansia, el suspiro mas leve. Así es el hombre: levanta el alcázar de su ambicion á costa de su tranquilidad, de su ventura: reviste con toda magnificencia el esqueleto de las grandezas humanas; y cuando quiere tenderse á gozar de tan pomposas decoraciones, alza por casualidad la punta del velo deslumbrante: descubre la miseria, la podredumbre interior, y se sonroja, y justamente indignado de aquel engañoso aparato, le sacude un puntapié, y viene al suelo en un instante la obra de toda la vida. Jimeno, Jimeno; jamás se conoce si un edificio está en falso, si tiene deformidades, hasta que llega á punto de terminarse: cuando se quitan los andamios, cuando nos apartamos á reposar y á verle de léjos, entonces, amigo mio, nos desengañamos de que en una cosa despreciable hemos consumido el tiempo, la paciencia y el dinero.

— ¿Y el malvado ha de sonreirse, el malvado ha de esplotar la

inaccion del bueno? ¿Ha de quedar impune, se ha de gozar en la seguridad que le dá la rectitud de los hombres honrados...?

—No, Jimeno: la sonrisa del malvado es el fulgor del rayo que le mata. Déjale: la vida pasa como un sueño: él despierta en un lecho de espinas, de sudores y congojas: el bueno en un lecho de rosas inmarcesibles y de eternas delicias.

—¿Y qué he de hacer, qué he de hacer en el caso en que me encuentro? preguntó Jimeno, ya vencido por las firmes palabras y persuasivo acento de la penitente.

—¿Qué has de hacer? Nuevo Prometeo tu has osado arrancar el rayo celestial de las manos de Dios; pues bien, restitúyele el fuego que le has robado. Tu no eres dueño de la vida de Leonor, y has querido privar al Señor del derecho que tiene de disponer de ella; desiste pues de tu venganza, déjasela á la providencia; que en manos de la providencia la venganza se purifica y se convierte en justicia.

—¡Despues de quince años....!

—Despues de quince años habrás aprendido algo que no sabias! que las venganzas por largo tiempo meditadas, que los planes de muerte mejor concertados, ó los frustra el accidente mas leve, ó tal vez un movimiento inesperado y súbito del corazon.

—Pero, si yo no te hubiera visto; si hubieses tardado una hora en venir aquí; Leonor se habria presentado, y pedido el remedio de sus males, y habria bebido este licor en suficiente dosis para espirar el dia doce de febrero.....

—No, Jimeno: al tiempo de alargar tu mano con la ponzoña, Blanca se te hubiera aparecido, te hubiera inspirado horror á semejante perfidia... ¡Tú asesino, Jimeno! ¡tú asesino para vengar un asesinato! ¡Jamás, jamás!

—¡Blanca! ¡Blanca! esclamó el caballero, levantando los ojos con respeto y con ternura.

—Invoca su nombre dulce y santo: invoca la memoria de aquella mujer bondadosa y anjelical. Si Blanca ecsistiese, si Blanca te viera con el veneno en la mano: ¿qué haria, Jimeno, qué haria?

Grande impresion hicieron estas últimas palabras en el ánimo del caballero. Quedóse mirando á Inés fijamente con aire preocupado y reflecsivo: sacó luego del pecho los dos pomos que habia escondido; se acercó á la ventana; vertió el licor que contenian, y los arrojó en seguida, volviéndose hácia Inés que le contemplaba con inefable júbilo.

—Esto es lo que haria Blanca, mi pobre Blanca de Navarra, para vengarse de su hermana.

Dos lágrimas de gozo caian por las estenuadas mejillas de la penitente.

— ¡Jimeno, Jimeno, yo en nombre suyo te bendigo!

— Ahora, Inés repuso el caballero con voz solemne y triste, pero sosegada: te doy gracias por los innumerables favores que te debo. Este último sobre todo, quedará para siempre gravado en mi memoria... has evitado que cometa un crímen... Despues de la resolucion que he tomado, mi corazon oprimido hace quince años late ya tranquilo, y mi pecho respira con libertad y desahogo. Inés adoro la mano de la Divina Providencia... no me es dado vengarme de Leonor, y al cielo remito este encargo doloroso... Mi mision en el mundo está cumplida... yo no puedo hacerte feliz... yo nada tengo que hacer con la reina... he arrancado á Catalina de las garras de la muerte... ¡A Dios, á Dios, Inés...! ¡A Dios, esposa mia! Tu has trazado el rumbo que debo yo seguir...

Y diciendo estas palabras, cojió la gorra el infanzon, y sin requerir la espada, sin volver atrás los ojos, se disponia á marchar.

— ¿A donde vas, Jimeno, le gritó Inés profundamente conmovida: vuelve... no huyas cobarde á la primera derrota... todavía te resta mucho... El cielo, es verdad, te impide atentar á los dias de Leonor; pero te manda permanecer á su lado para detener su brazo, que no está fatigado de crímenes... Has perdonado á la reina; pero no la has convertido... Has salvado una vez á Catalina; pero no la dejas esenta de los peligros que hasta ahora la amenazaban. No, no está cumplida tu mision: mientras Leonor no quede imposibilitada de ser mala, ó sinceramente arrepentida de haberlo sido, ni tu ni yo debemos apartarnos de su lado.

— ¡Ay! esclamó Jimeno: yo queria descansar damasiado pronto. Conozco todo lo que me falta que sufrir. — Para tener á Leonor sumisa á mi voluntad como un perro de caza, para convertirle en una esclava mia yo tenia cierto proyecto... ántes de separarme de la ermita habia dicho á Samuel que viniese á verme.

— Samuel ha venido; pero jamás ha podido penetrar hasta aquí... habia las órdenes mas severas para que nadie se acercára... pero yo...

— ¡Tu tambien, Inés! ¿Tu tambien en esta ocasion como en todas te has anticipado á mis deseos?

— Si, Jimeno..... yo he podido llegar hasta aquí por una puerta falsa.,. Samuel ha venido conmigo... Samuel está ahí esperando tus órdenes...

— ¡Oh! ¡Cuanto te debo, Inés, cuanto te debo! esclamó Jimeno maravillado ya del profundo amor de aquella mujer.

— A mí, nada, repuso con modestia la penitente, á Dios, todo. Cuando el hombre tiene la presuncion de enmendar los decretos del cielo, todos sus yerros, y contrariedades, y desaciertos: pero cuando

lo pone todo en manos de Dios, este con poca fatiga le dá su obra completa y terminada.

— Pues bien, amiga mia: hemos tomado ya nuestra resolucion: haga Dios lo que quiera; pero hagamos nosotros lo que Dios quiere.

— Bien, Jimeno: te reconozco en esa noble y cristiana resolucion.

— Una duda me queda, Inés.

— ¿Cual?

— ¿Qué es lo que Dios ecsije de nosotros? ó mas bien: ¿cual es mi deber en este momento?

— Vijilar á la reina; no como el leon infernal y rujiente que busca á quien devorar; sino como el ánjel que está dispuesto á detener el brazo que se estienda para sacrificar alguna nueva víctima!

— ¡Y será preciso finjir, Inés, continuar finjiendo, cuando ya no se piensa en la venganza!

— No mas ficciones: al bien siempre se va por el camino recto y despejado: la verdad, Jimeno, la verdad en tu boca, es un plan mas sabio que ha de producirte mejores resultados que tus calculados engaños.

— Habia yo pensado en eso dijo el infanzon.

— Y yo tambien; puesto que vengo con Samuel.

— ¡Vienes con Samuel...! ¡Inés! ¿Y no te estremeces?

— No.

— ¿Y dices que no eres vengativa?

— No me mueve la venganza.

— ¿Y ese castigo no será mas terrible que la misma muerte?

— La muerte, respondió Inés gravemente, es un ejemplo, mas que castigo: contiene á los demás, pero no corrije al que la sufre. Leonor tiene una conciencia encallecida, y para que nuestras palabras le causen impresion, es preciso que sean muy altas y terribles. Por eso me presenté yo por primera vez á sus ojos de una manera misteriosa; por eso cuando tu te descubras es preciso descubrirte por entero....

— ¿Y si nadie nos oye el castigo no será completo, y la leccion será perdida?

— Nos oirá tambien otra persona, á quien he mandado se acerque á estos aposentos.

— ¿Quién?

— Mosen Pierres de Peralta.

— Basta.

— Si, con muchos testigos la falta seria irremediable.

— Estoy dispuesto, Inés, estoy dispuesto.

— Siento pasos, dijo la penitente. ¡Es la reina..! A Dios Jimeno... cuando necesites á Samuel, no tienes mas que llamarlo por su nombre.

Y dirijiéndole una mirada que no podemos decir si era inflamada por el fuego del amor, ó por un rayo purísimo de caridad, abrió Inés una puerta perfectamente disimulada en la pared, y desapareció á los ojos del asombrado caballero.

Quedó Jimeno algun tiempo sobrecojido por un pasmo interior, pero los pasos mas prócsimos ya de la reina vinieron á sacarle de su enajenamiento.

— ¡Oh! ¡Dios mio! esclamaba interiormente: dos mujeres han podido hacerme cuan dichoso puede ser un hombre en la tierra... las dos se han sacrificado por mi... y sin embargo he sido el hombre mas desdichado... ¡Oh! ¿Quién puede tener esperanza de ser feliz en este mundo miserable?

Leonor se presentó á sus ojos, como el jénio del mal, cuyas negras alas habian impelido el viento abrasador que marchitó las flores de su ventura.

CAPÍTULO XXVIII.

De la estraña resolucion que tomó la reina doña Leonor para salir de todas sus cuitas.

LEONOR venia ansiosa de recibir el remedio de sus dolencias.

—¿Tienes eso? dijo al entrar, clavando con inquietud sus ojos en el rostro sombrío de Jimeno.

Este levantó apenas sus párpados, y despues de una mirada de triste indiferencia, preguntó con sencillez:

—¡Eso! ¿Y qué es eso?

—¡El remedio, la triaca! repuso Leonor alarmada con tan frio recibimiento.

—¡Ah! Si; no me acordaba ya. —No, señora, no lo tengo.

—¡Como! ¿Todavia no has podido prepararlo?

—No pienso en ello, señora.

Mirábale la reina de hito en hito, y con el rostro desencajado.

—¡Que no piensas en ello! esclamó: pues qué: ¿tú tambien me desamparas? ¿tú me dejas perecer?

—Por el contrario, señora: jamás he hecho mas en favor de vuestra vida que en este momento.

— ¡Dejándome morir! Esplícame, por Dios, este enigma.

— Poco tiene que esplicar, señora: el enigma consiste en que no estais envenenada, y no estándolo, los remedios que tomaseis pudieran alterar gravemente vuestra salud.

Un rayo de luz, interior parece que vino á despejar en aquel instante el nublado rostro de la princesa.

— ¡Que no estoy envenenada! Sin embargo, hace una hora me dijiste aquí que tenia síntomas....

— Pues bien; repuso Jimeno interrumpiéndola: hace una hora que estoy reflecsionando acerca de vos, y despues de profundas meditaciones, un deber de conciencia me obliga á deciros que el veneno solo ecsiste en vuestra imaginacion....

— ¿Y los dolores que siento?

— Señora ¿y porque atribuis á veneno los dolores que sentís, y no á cualquier otra causa...?

— ¡Que sé yo...!

— Debierais saberlo; contestó Jimeno gravemente.

— ¡Oh! No me dirijas tú tambien amargas reconvenciones, precisamente en el momento en que mayores y mas insignes pruebas de amor venia á darte.

— Tengo ya bastantes, Leonor....

— Tú si; tú que tan tibiamente me amas; pero yo, que no puedo vivir sin tí; yo que quiero tenerte siempre á mi lado, yo que quiero engrandecerte....

— ¡Engrandecerme! esclamó Jimeno encogiéndose de hombros con incredulidad: ¡y engrandecerme teniéndome siempre á vuestro lado!

— ¿Te parece imposible? ¿no es verdad? dijo la princesa sonriéndose, como quien tiene preparada una sorpresa.

— Me parece inútil; nada mas.

— ¿Inútil? No: ¡si tú supieras, Alfonso, los esfuerzos, los afanes, los sacrificios que me ha costado el reinar!

— Creo haberlos adivinado.

— ¡Y si supieras que cosa tan miserable es el reinar como yo reino! ¡vivir como yo vivo!

— Lo presumo por vuestros temores, por vuestras imaginaciones y recelos.... En fin, aunque tarde, doña Leonor, lo habeis conocido!

— Yo creia ser dichosa llegando á sentarme en el trono, y el trono es un estorbo para mi felicidad: yo creia ser poderosa, vengarme del tiempo en que tuve que sufrir los caprichos de mi padre, y soy mas débil que el último de mis vasallos. Desconfio de todos, me sospecho de todos: cuando mis cortesanos me cogen la mano para besármela, me estremezco toda; porque hay venenos que matan por el contacto: cuan-

do me regalan una flor, jamás quiero sentir de cerca su fragancia, porque hay venenos que matan por aspiracion: cuando apetezco la vianda mas sabrosa y mejor aderezada, jamás la acerco á mis labios, sin que hayan participado de ella mis servidores. Por desconfiar de todo el mundo, desconfio de mi misma, cuando pienso en tí; y nadie, nadie puede despreciarme, tanto como yo me desprecio algunas veces. Y en cambio de tan horribles tormentos; ¿que es lo que yo tengo? ¿Quien reina en Navarra? ¿quien manda en mi reino? — Todos menos yo, todos: mosen Pierres de Peralta, don Felipe de Navarra, don Luis de Beaumont, todos menos la reina!

— Veo que sois bastante desgraciada, la dijo el caballero, dulcificando un poco su tono.

— ¡Oh! Pero yo no puedo conformarme con esta situacion: quiero salir de ella; lanzar ese yugo que me han impuesto: abatir el orgullo de esos miserables bastardos de la sangre, dominarlos, ser reina: hacerles sentir el peso de mi cetro; y al mismo tiempo quiero estar segura de tí, que nunca te apartes de mi lado, confesar tu amor á la faz del mundo; enorgullecerme con él....

— Basta, señora, basta de quiméricos proyectos, dijo secamente el infanzon: inventad los medios que gusteis para sujetar al conde, al mariscal, á mosen Pierres de Peralta; pero advertid que yo no puedo representar por mucho tiempo el papel de favorito de la reina. Hasta ahora, Leonor, he vivido fuera de vuestro palacio; pero desde el momento en que vos quereis detenerme aqui.... Basta, señora, basta: no pensemos en locuras.

— Todas esas dificultades quedan resueltas, si mi pensamiento se pone por obra.

— ¡Todas! repitió Jimeno con aire de duda.

— Sí, todas, contestó la reina con firmeza.

El caballero iba á replicar encogiéndose de hombros: *¿que me importa?* pero se acordó en aquel instante de que su mision no habia concluido, y que le convenia aun conocer á fondo todos los proyectos de aquella mujer, á quien no podia mirar sin horror.

—Esplicaos, señora, esplicaos, le dijo al fin, con un gesto que parecia ser de curiosidad.

— Ya lo sabes, Alfonso: el amor y la ambicion son las dos grandes necesidades que siento: dominar sin rivales, y amarte sin ellos, el colmo de mi ventura.

— Pero bien; ese pensamiento....

— Antes de pasar á esplicártelo, y para que tú lo comprendas, es preciso que yo te encarezca mi amor.

— ¡Oh! ¿para qué? ¿para qué? repuso Jimeno interrumpiéndola

con ese tono de indiferencia y de hastio, que habia tomado hacia rato.

La estremada pasion de Leonor, la misma preocupacion de su espíritu, parece que la ofuscaban hasta el punto de pasársele por alto las frias y desdeñosas respuestas del caballero.

— ¡Para qué! dijo: para que tú puedas disculpar mi audacia; para que tú me comprendas...

— Pues bien, decid lo que gusteis, señora... pero decidlo presto.

— En una sola palabra.

— Os escucho.

— ¡Alfonso!

— ¿Qué?

— Quiero casarme contigo.

— ¡Conmigo! ¡Casaros conmigo!

— Si, lo he dicho, y estoy resuelta, decidida.

— ¿A ser mi esposa?

— A ser tu esposa.

La proposicion era tal, que no pudo menos de hacer salir á Jimeno de su apatía.

— Pues qué, le dijo: ¿pensais abdicar?

— ¡Abdicar! ¡Abdicar! ¿De qué?

— ¡De la corona!

La sangre arrebatósele rápidamente al rostro: Leonor, abriendo con espanto sus encendidos ojos esclamó:

— ¿Yo? Abdicar yo del trono, que me ha costado, tantas inquietudes, tantos sobresaltos, tanta sangre y oro, suspiros y congojas.... ¡Oh! ¡Eso nunca!

— ¿Y os habeis imajinado, reina de Navarra, replicó Jimeno con desden: os habeis imajinado que yo puedo consentir jamás en un casamiento oculto?

— ¡Oculto! No.

— ¿Qué quereis entonces?

— Un casamiento público y solemne: quiero hacerte rey, Alfonso, rey de Navarra; sentarte en el trono, como yo me siento. ¿Lo comprendes ahora? Tú, que por tu valor y tu saber eclipsas á todos los hombres, tu darás prestijio á la autoridad real: tu vencerás la astucia del conde de Lerin, tu la bravura del mariscal, tu la aspereza de mosen Pierres de Peralta. Uno á uno los iriamos derribando: sus castillos serian nuestros castillos: vasallos nuestros sus vasallos. Sin tí se hunde el trono de Navarra; contigo se salva; y salvado el trono, dándome tú en realidad el poder que solo tengo en apariencia; yo te amaria con toda la fuerza de mi corazon, viviria siempre contigo; no temeria que Catalina de Beaumont me robase una sola de tus miradas; y

como mujer y como reina seria la mas feliz del universo.

—Pero, señora... ¿estais loca? ¡Yo, simple infanzon, yo mesnadero vuestro, yo con vos casado, con vos en el trono!

Y Jimeno la miraba en efecto con atónitos ojos, queriendo descubrir en ella un ramo de locura.

—¡Loca! No, jamás he discurrido con mas cordura, con mas detenimiento.

—¡Yo, un hombre oscuro...!

—Por lo mismo.

—¡Un estranjero!

—Mejor.

—Una persona á quien nadie conoce.

—Tanto mejor, Alfonso, tanto mejor.

—¡Ni vos misma!

—Yo no te conozco; pero te amo.

—¡Oh! De veras, señora, de veras creo, que estais trastornada.

—Alfonso, Alfonso mio, escucha... ven aquí... mas aquí... que nadie nos oiga. Es un secreto... es un misterio terrible el que voy á revelarte, y por lo mismo he querido hacerlo en este aposento, donde nadie nos oye...

Y Leonor al decir estas palabras miraba á todas partes con una mezcla de amor, de audacia, y de recelo: y cojiendo fuertemente con su crispada mano al caballero, llevósele cerca de la reja.

Un momento despues, cuando ya la reina y Jimeno en el hueco formado en la ventana por el espesor de la pared, habian comenzado á departir misteriosamente, moviéronse las cortinas de brocado que ocultaban la puerta principal, y discretamente asomó la cabeza el conde de Lerin, que habia salido de su casa, despavorido con la muerte del mariscal y el envenenamiento de Catalina.

La espresion de su rostro no era la que solia ser: fria, dulce y maligna el mismo tiempo: notábase por el contrario una mirada de terror y de venganza, presajio de fatales y terribles acontecimientos: y como la mano del conde descansaba entonces sobre el puño de la daga, no habia duda de que aquella accion respondia instintivamente al pensamiento que le dominaba.

En efecto, arrastrado por el primer impulso de ira y de dolor al ver tan inminente la muerte de su hija, salió corriendo de su palacio en busca de la envenenadora, resuelto á no volver sino con el remedio ó la venganza.

Los escuderos le habian dirijido hácia aquel aposento; y sorprendido de escuchar la voz de Jimeno, se detuvo en el dintel de la puerta: cojió al vuelo algunas espresiones, que restituyeron á su fisonomía el

aíre habitual de astucia y de malignidad.

Entretanto Leonor situada dentro de los anchos alfeizares de la ventana, decia al infanzon con voz entrecortada:

—Ahora que nadie nos oye, escucha, Alfonso... Verás, verás como puede verificarse fácilmente todo eso que te ha parecido un sueño, una locura.

Aquí se detuvo la reina haciendo otra segunda pausa, como si le costase terribles esfuerzos lo que iba á decir, ó como si anduviese buscando espresiones adecuadas para formular su pensamiento.

Jimeno creia que no iba á llegar nunca la misteriosa revelacion, y dijo con impaciencia:

—Proseguid, señora, proseguid.

—Hace muchos años... muchos... quince lo menos, que llegaron á mi poder unos documentos de cierto mozo aventurero, que pasaba por hijo de un judío.

Jimeno tuvo que reprimir un movimiento de asombro al oir aquellas palabras. Clavó en Leonor una mirada, y quedó enteramente tranquilo.

—Continuad, la dijo, continuad.

—Este mozo aventurero, que se creia descendiente de tan inmunda raza, era un príncipe nada menos.

—¡Un príncipe!

—Si, era un bastardo del rey de Nápoles, don Alfonso el *Magnánimo*.

—¡De veras! esclamó Jimeno, que necesitaba desahogar su pecho de alguna manera.

—Sí: reciennacido todavia, fué robado por una judia llamada Raquel; vivió como villano entre labradores; y cuando mi hermana doña Blanca, que de Dios goza, andaba fujitiva, y disfrazada con los sayales de villana, ese aventurero...

—¿El príncipe?

—¡Pues! se enamoró de ella perdidamente.

—¿Y ella?

—¿Mi hermana?

—La princesa.

—Ella se prendó tambien de la bizarria de aquel mancebo.

—¿Conocisteis á ese príncipe?

—Le ví tan solo una vez, y esa con la visera calada, y por breves instantes.

—¡Con visera! ¿Pues no me habeis dicho que era judío, y villano, y...

—Es que despues hubo de abrazar nuestra relijion; y por no se

que proezas, los famosos bandidos de las Bárdenas lo elijieron capitan de su gavilla; y luego se puso á sueldo del rey mi padre, á guisa de capitan de aventureros.

— Es una historia curiosa.

—Este capitan llegó á ser amigo de mi pobre hijo Gaston, que de Dios goza, por haberle salvado la vida en un encuentro, y pudo entrar en mi castillo de Ortés, donde yo tenia una dama llamada Inés, que tambien quedó perdida de amores del aventurero.

— ¿Del príncipe?

— Si, del príncipe bastardo. Inés era mujer de gran corazon, le amaba con locura, y tenia celos de mi hermana. ¡Alfonso! ¡tenia celos...! Alfonso, yo la disculpo si intentó los mayores desatinos: si perpetró los crímenes mas espantosos.

— ¡Crímenes!

— Si, respondió la reina temblando.

— ¿Ella

— ¡Inés, Inés!

— Proseguid, señora, pues francamente, hasta ahora ignoro á donde vais á parar, ni que tiene que ver esta peregrina historia con nuestro futuro matrimonio.

El conde de Lerin entre tanto, interesado vivamente en está conversacion, y no considerándose seguro en la puerta, donde podia ser visto por cualquiera que llegase, se escurrió silenciosamente hácia la alcoba, deteniéndose á escuchar detrás de las cortinas.

— ¿Habeis sentido pasos? preguntó la reina.

— ¡Aprensiones! respondió Jimeno, creyendo que mosen Pierres de Peralta habia llegado.

— Sin embargo...

— Iré yo mismo á verlo, y á cerrar la puerta, repuso el infanzon, con ánimo de que no fuese descubierto uno de los ocultos espectadores de aquella escena.

Acudió en efecto, pero no habia nadie; y por si acaso llegaba luego mosen Pierres, dejó la puerta entornada solamente.

— Hablad, señora, dijo el caballero, volviendo al hueco de la ventana: decidme que crímenes ha cometido Inés.

— Ella, ella fué, esclamó la reina en voz confúsa: ella fué la envenenadora de mi hermana doña Blanca... ¡Los celos! ¡Oh! ¡No sabes tu de lo que es capaz una mujer celosa...!

— Ya lo estoy viendo, replicó el infanzon con siniestra sonrisa.

— Ella fué tambien la que se apoderó de los papeles que probaban el escelso orijen del aventurero...

— ¿Del príncipe ¿

— Si; del príncipe.

— Que se llamaba...

— Jimeno.

— Bueno es saberlo, para mayor claridad del relato.

— Inés era muy amiga de Raquel, y pudo conseguir de la judía los documentos de Jimeno, y llevada tambien de la rabia y del despecho por verse despreciada de su amante, quemó todos aquellos papeles.

— ¡Ella! ¡Ella!

— Si, ella. ¿Pues quien quieres que fuese?

— De manera que el pobre príncipe se quedó reducido á la miserable condicion de judío; porque todos sus papeles, todos fueron presa de las llamas.

— No.

— ¿Cómo? Esplicaos...

— La que arrojó los papeles...

— ¿Inés?

— Pues! era mas precavida que todo eso... arrojó al fuego delante de Jimeno ciertos escritos; pero no los verdaderos: ella dijo: «¿quien sabe si algun dia pueden serme útiles?»

— Muy friamente discurria, y mucho calculaba Inés para estar tan enamorada, y tan celosa. — Pero al fin, acertó en sus cálculos? ¿Esos papeles le fueron útiles?

— A ella no; porque..... porque..... falleció al poco tiempo; pero yo....

— ¡Ah! ¿Los teneis vos?

— ¡Los tengo, los tengo!

— ¿En poder vuestro?

— ¡En mi mano! esclamó Leonor, con aire de triunfo, sacando de su escarcela un legajo bastante abultado de cartas y declaraciones auténticas.

— ¡Dádmelos! ¡Mios, son mios!

Y Jimeno se los arrebató de las manos, y rápida y convulsivamente los repasaba uno por uno, murmurando con lábio trémulo:

— ¡Oh...! ¡No hay duda! ¡no hay duda!

Y por la mente del caballero cruzó un rayo de ambicion que deslumbrándole por un instante, vino á morir en las tinieblas de su corazon.

— ¿Porqué tiemblas, Alfonso, porqué tiemblas?

— ¿Porqué? porque he llegado á comprender todo vuestro pensamiento.

— ¿Lo has comprendido? ¡Oh! Dime ahora que soy loca, dime que estoy soñando...

— No lo diré; porque vuestra intencion es...

— ¿No la has adivinado? repuso la reina, que sentia cierta repugnancia en esplicarse claramente.

— Si; pero...

— Tú tienes la misma edad, poco mas ó menos, que tendria ahora aquel aventurero.

— ¿El príncipe? — La misma.

— Bien: pues...

— Pero Jimeno ha muerto?

— Desde entonces nadie ha vuelto á saber de él.

— ¿Y creeis que haya muerto?

— No lo dudo.

— Pues bien, tengo su misma edad: ¿y qué?

— Tú eres estranjero, desconocido, nadie sabe de donde has venido: jamás te oí hablar de tus parientes...

— Aunque os pese, Leonor, os confesaré francamente que soy bastardo.

— ¡Cómo él!

— Lo mismo que el príncipe.

— ¡Oh! puesto que Dios, Nuestro Señor quiere que la semejanza sea tan grande...

— Es mayor todavía, señora: yo tambien desciendo de hebreos...

— ¡Judío! ¡tú judío! esclamó la reina con espanto.

— Judío de oríjen, como el príncipe; pero no de secta: estoy bautizado, Leonor, y creo en Jesucristo... creo en Dios, y ahora con fé mas viva que nunca.

La reina quedóse un rato pensativa, con los ojos fijos en el suelo; pero levantó el rostro de repente, diciendo con resolucion:

— ¿Qué importa que tu oríjen sea despreciable, si vas á renegar de tu oríjen? ¿qué importa lo que hayas sido, si vas á ser otro hombre? La Providencia dispone que te parezcas algo al mismo que vas á representar.

—Es que la Providencia ha dispuesto que me parezca mas que algo, señora: porque yo, no solo tengo la edad de Jimeno, sino que soy bastardo, como Jimeno: judío, como Jimeno: aventurero, como Jimeno...

— ¡Cielos!

— Capitan de bandidos, como Jimeno....

— ¡Calla ¡calla!

— Capitan de aventureros, como Jimeno.

— ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¿quieres burlarte de mí, no es verdad? ¡Alfonso! dijo Leonor con una risa que traspasaba el corazon de dolor.

— Enamorado de Blanca, como Jimeno; prosiguió el caballero imperturbable.

— ¿Qué es esto? ¡Dios mio!

— Querido de Blanca, como Jimeno: amado de Inés, como Jimeno: y escarnecido por vos, como Jimeno!

Leonor ya no pudo pronunciar una palabra mas. Mirábale con los ojos del reptil aplastado por el pié de un gigante, y que sacando la cabeza, se retuerce, y vierte rabia impotente en su agonía: queria reirse, queria blasfemar, queria tomarlo á broma, queria asesinar con la vista al hombre cuyas palabras la desgarraban las entrañas; y no podia hacer nada: hasta que las lágrimas se le agolparon á los ojos, y esclamó con hondo y herido acento:

— ¡Alfonso! ¡Alfonso!

— ¡Alfonso! ¡No! ¡Jimeno! ¡Jimeno!

— ¡Es imposible! ¡es imposible! dijo la reina, cayendo de rodillas, como desplomada.

— ¡Imposible! Miradme bien, señora: recordad el dia en que de rodillas tambien, delante de vos, con lágrimas tambien os pedia un caballero que detuvieseis una palabra que iba á salir de vuestros labios; aquella palabra era una calumnia, era un baldon, era una horrible afrenta, y nadie mejor que vos lo sabia: me llamabais infame, villano, judío, cuando teniais en vuestro poder, en vuestra escarcela quizá, papeles que me acreditaban como hijo de un monarca; de un monarca, tan noble por su sangre como ilustre por sus hechos: y allí, delante de los caballeros mas principales de Navarra, allí delante de mosen Pierres de Peralta: y lo que fué mas cruel, mas doloroso, allí, delante de una mujer, delante de mi amada, me escupisteis al rostro, me pisasteis sin compasion, me escarnecisteis sin duelo; y fué tal mi mi-vilipendio, que aquel ánjel de bondad que presenciaba semejante escena, mi Blanca idolatrada, recogió con miedo sus alas inmaculadas, sus alas tendidas sobre mí.

— ¡Jimeno! ¡Jimeno!

— Sí; yo soy Jimeno, vengo á deciros que Blanca de Navarra ha sido envenenada por vos; por vos, y no por vuestra dama Inés de Aguilar! y por si osais ponerlo en duda, aquí traigo; aquí está vuestra misma declaracion ¿La veis? Yo soy Jimeno, que arrastrado por la fatalidad, ó por la mano de la Providencia, mató, sin saberlo, á vuestro hijo don Gaston en el torneo de Liburna..... ¡aquí, aquí está el anillo que al espirar me entregó vuestro hijo querido! Yo soy Jimeno, que despues de quince años de desvelos os he hecho incurrir en la misma falta que os escandalizaba en Blanca de Navarra; amar á un villano, aventurero y desconocido. Yo soy Jimeno, que ha sufrido con

paciencia vuestras horribles caricias, porque le convenia vivir á vuestro lado, para enturbiar vuestra dicha, para desbaratar vuestros planes, para turbar ese descanso, que no por bien de los pueblos, sino por vuestras interesadas miras queriais prepararos. Yo soy Jimeno, que aquí, encerrado en estas doradas y brillantes prisiones, ha conocido que estabais envenenando á Catalina de Beaumont como á Blanca de Navarra: porque era bella, como Blanca; virtuosa, como Blanca; porque presumiais que me tuviese algun cariño, como Blanca: lo he conocido, sí, y lo que es mas, he tenido la fortuna de evitarlo. Yo soy Jimeno que aquí, en esta caja, de donde han salido la justificacion de Inés y el anillo de Gaston, os tenia preparado un veneno.....

— ¡Ah!

— Sí, un veneno con el cual habiais de espirar el dia doce de febrero, aniversario de la muerte de Blanca: quince años despues de su muerte, quince dias despues de haberos sentado en el trono que pertenecia á Blanca de Navarra.

— ¡Envenenada! ¡envenenada!

— No: he tenido compasion de vos: la muerte mas que castigo para el que la sufre, es un ejemplo para el que la presencia: yo no quiero parecerme á vos, no quiero destruir á mi enemigo, quiero que se arrepienta y que viva. En este instante estais sintiendo un peso, una opresion, una angustia inesplicables; y es que la mano de Dios os aprieta el corazon para ver si hace saltar de él una sola lágrima de arrepentimiento: en este instante se han abierto los cielos, y vuestros ojos han recibido nueva luz, y ven claramente la enormidad de vuestros crímenes, en este instante...

— ¡Basta! ¡basta! esclamó Leonor con voz desfallecida, bajando los ojos al peso de sus horribles padecimientos y terrores, y tornando luego á levantarlos ardientes, pero secos y procaces.

— No, basta, no: reina de Navarra, estabais enamorada de mí, á pesar de mi dudoso oríjen, á pesar de mi nombre desconocido; porque dueña de estos papeles, pensabais ennoblecerme, elevarme hasta la real familia en el momento que os conviniese: vuestro amor, no era como el de Blanca, que me creia villano, y sabia que nunca podria yo renegar de mi oríjen, cualquiera que fuese: es decir, señora, que siendo para vos un crímen vergonzoso tener afecto á un hombre oscuro, no vacilabais en cometer este crímen, porque podiais ocultarlo con otro: con la usurpacion de un nombre, con una supercheria, con un robo. Es decir, señora, que incurriais en una bajeza, solo porque esta bajeza no podia ser conocida. Es decir, que no teniais valor para presentaros tal como sois: que por no aparecer viciosa, preferiais ser corrompida: que habeis presumido degradarme fácilmente hasta el es-

tremo de ser cómplice vuestro: es decir, que estos papeles eran la blanquísima y brillante losa de alabastro con que pretendiais ocultar la hediondez que se encierra en el sepulcro de vuestro pecho... ¡Oh! ¡No será de esta suerte! Venid, acercaos á esta chimenea...

— ¿Qué vais á hacer? preguntó aterrada la princesa.

— Os he arrancado la máscara, y es preciso que nunca volvais á serviros de ella. ¡Al fuego, pues, al fuego!

— ¡Los papeles!

— ¡Sí, los papeles, todos, todos los papeles!

— ¡Imposible! ¡imposible!

— ¿Por qué?

— ¡O príncipe, ó villano! ¡ó rey, ó nada!

Jimeno la miró con una espresion de profundo desprecio, y luego, elevando relijiosamente los ojos al cielo, contestó.

— Ella ya no es princesa, ya no es mujer, es un ánjel que está gozando de Dios: y ¿qué puede importarme ya la humillacion ó la grandeza, la vida ó la muerte? Lo que me importa es ser justo, señora, lo que me importa es ser bueno, para llegar á ser feliz al lado de Blanca.

— ¡Alfonso, Alfonso! ¡Príncipe de Nápoles!

— ¡Como! gritaba Jimeno con una sonrisa mas amarga que la hiel: ¡Judío para Blanca, y príncipe para vos! ¡Afrentado con ella, y con vos esclarecido! ¡Jamás!

Dijo el caballero, cerca ya de la chimenea, á donde le habia seguido la reina de rodillas, y con rápido ademán, que espresaba al mismo tiempo la mayor indiferencia, arrojó los papeles, que fueron al punto devorados por las llamas.

— ¡Perdida, esclamó Leonor; estoy perdida!

Al mismo tiempo como evocada de entre las sombras de la tarde, que ya comenzaban á ocultar los ángulos del aposento, se apareció una figura colosal de pálido rostro y de facciones duras, ceñida la cabeza con turbante blanco, y arremangado el brazo, lívido, y cubierto de lepra.

Era Samuel que se acercaba silenciosamente, dejándose ver súbitamente con toda claridad, cuando las llamas vivificadas por los papeles de Jimeno, difundieron trémulos y rojizos resplandores por toda la estancia.

— ¡Este hombre! tornó á gritar la reina con nuevo terror: ¿quién es este hombre? ¿de donde sale?

— ¡Este hombre es mi padre! dijo el infanzon: es Samuel, es el hebreo que me crió en Mendavia: este es mi padre, este es el padre de aquel á quien queriais tener por esposo, y sentar en el trono de Navarra!

Lám. 27

— ¡Oh! ¡que horror! ¡El cielo me castiga! ¡Si! ¡Por compasion, Alfonso! Cállalo, ocúltalo! guarda silencio.. ! que nadie lo sepa....! Si quieres riquezas... pero no, tú las desprecias.. Dignidades... tampoco! ¡Qué te ame, que te ame todavía..... ¡menos, menos! ¡Oh! Dime que deseas..... yo soy reina..... Si quieres que me mate, Jimeno, si quieres que renuncie al trono.... dímelo, dímelo presto, y serás obedecido. Pero ¡por Dios! que nadie sepa quien eres..... que todo quede oculto!

— ¡Ah! El orgullo, el orgullo ahora. Os avergonzais de haber amado á un judío, honrado, hombre de bien, y no teniais vergüenza de casaros con un villano, que robaba un nombre que no era el suyo; un título que no le pertenecia.... ¡Leonor! No lo sabes todo: no has medido aun el abismo de la justicia divina: este que ves aquí; este hebreo cuya presencia te causa pavor, es todavía á los ojos del vulgo, mas despreciable que un judío.

— ¡Mas! ¡mas!

— ¡Es un agote, Leonor, es un agote!

— ¡Piedad! ¡piedad!

— ¡Es un agote! Y yo le abrazo, porque es mi padre. ¿Lo veis? Desde este momento, el amante, el favorito, el futuro esposo de la reina de Navarra, es un leproso, es un agote tambien. El hijo hereda la enfermedad y la ignominia de su padre; ya sabeis el fuero, el que toca al leproso, queda leproso.

La reina estaba inmóvil, de rodillas, con los brazos estendidos, los ojos fijos, abiertos casi hasta formar un círculo, muda de espanto, de terror.

Ni un grito, ni un ¡ay! salió de su boca. Parecia una estátua sepulcral.

Pasaron algunos momentos de terrible silencio. Leonor comenzó á dar señales de vida por un lijero estremecimiento nervioso que sintió desde los ojos á los labios, y que le hizo mover estos con un gesto maquinal, como si quisiera espresar una sonrisa. No pudo, no, forzar su boca á la sonrisa; pero un momento despues prorrumpió en una carcacajada, y dejó escapar algunas palabras, que parecian el veneno que brotaba de su herido corazon.

— ¡Ja¡ ¡ja! ¡Lo has dicho todo!—Ya no te temo, añadió levantándose: eres mio. ¡Infeliz! ¡infeliz! El secreto que han escuchado estas paredes, en ellas ha de quedar ahogado. ¡Infeliz! ¡infeliz! para que esta escena fuese tan terrible como te figurabas, te han faltado testigos.

— Aquí teneis uno, esclamó Pierres de Peralta, con voz profundamente conmovida, entrando por la puerta principal del aposento.

— ¡Jesus, mil veces! gritó Leonor despavorida.

— Nada, nada temais, señora: como mujer, me inspirais horror y

desprecio; como reina, respeto todavía y reverencia. Nada temais de mí: seré mudo, mudo para siempre: pero no sois vos, sino la patria quien tiene que agradecer el eterno silencio de este testigo.

— ¡Aquí teneis otro! esclamó la penitente, apareciendo por el lado opuesto.

— ¡Maldicion! ¡maldicion! ¡el infierno os ha vomitado!

— Ciega sois, reina de Navarra, contestó Inés; si no veis aquí la mano de Dios. Nada temais de mí, mientras por el oficio de reina olvideis el oficio de verdugo, mientras por hacer bien á vuestros vasallos, dejeis de hacer mal á vuestros enemigos. ¡Nada temais! Dios consiente en que permanezcais sentada en el trono; pero amarrada en él de pies y manos: Dios ha colocado dos abismos debajo del sólio: el abismo del mal y el abismo del bien: este lo teneis abierto; el otro cerrado, y no podeis levantar la losa que lo cubre, sino contais con el ausilio de mis brazos.

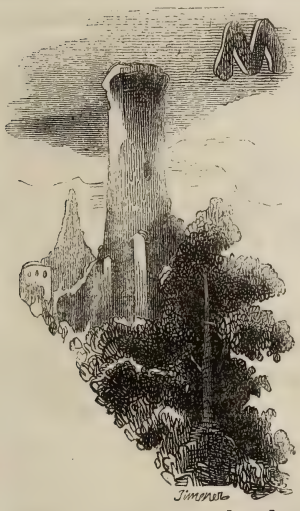
— ¡Y de los mios! gritó sarcásticamente á la sazon el conde de Lerin, saliendo de la alcoba, desde la cual todo lo habia escuchado.

Leonor no dijo nada: la rabia, la vergüenza, el despecho la sofocaban. Dirigia á Jimeno torcidas miradas de hiena, mientras este comenzaba á espantarse de lo enorme de aquel castigo.

— Doña Leonor, prosiguió el conde de Lerin: yo no vengo á deciros que vivais sin temor; yo no vengo á ser generoso con vos: habeis envenenado á mi hija, y vengo á pediros su vida: vuestro bando me ha despojado de veinte pueblos, y vengo á reclamarlos: y cuidado, doña Leonor, que ni os perdono el suspiro mas leve de mi pobre Catalina, ni os hago merced de una sola almena de mis castillos.

CAPITULO XXIX.

Del apacible tránsito del médico Jehú, al lado de los objetos mas queridos de su corazon. Es notable el pasage.



MOSEN Pierres de Peralta fué el primero en romper el silencio.

—Señor conde, le dijo, frunciendo mas que de ordinario el ceño de su adusto semblante: bien sabeis que os aborrezco de corazon: que he puesto y seguiré poniendo todos los medios posibles para acabar de arruinaros y perderos, para arrojaros del reino, de cuyo sosiego y prosperidad sois el único estorbo: tambien sabreis, ó sino sabedlo ahora, que no ha sido mi sobrino don Felipe de Navarra el que se opuso á la entrega de los castillos, el que despachó con cajas destempladas á vuestros mensageros: he sido yo solo el autor de tal desaguisado; y antes de cederos un palmo de terreno, dispuesto estaba á dejarme hacer pedazos....

Interrumpióle don Luis con un jesto de impaciencia que significaba: «¿qué diablos me importa de todo lo que estais diciendo?»

El de Peralta lo comprendió, y dijo sin detenerse:

—A eso voy, señor conde. Ya sé que no tratais de disputarme la

presa á viva fuerza; confiais en vuestra astucia y refinada maldad mas que en las armas; y haceis bien, señor conde: con estos medios infames sacareis mas partido que peleando noblemente. Ahora mismo no habeis titubeado entre la deshonra de una mujer, entre la deshonra de una dinastía, de un trono, de un reino, y la recuperacion de algunos castillos y fortalezas que debeis á la munificencia de esa misma dinastía. El silencio que los demás han ofrecido jenerosamente, quereis venderlo vos: pues bien, aunque bastante caro, os lo compro, señor conde, os lo compro: vuestros son los castillos: mia es la gloria de haber salvado el honor del trono de Navarra.

—¿Y mi hija? esclamó el conde de Lerin: para cerrar al trato me falta la vida de Catalina. ¡Leonor, Leonor! ¿Qué habeis hecho de mi pobre hija? Vino sana, fresca, alegre y sonrosada; y está enferma, macilenta, triste y consumida, ¡Oh! ¡Devolvédmela con sus hermosas mejillas, con sus serenos y apacibles ojos, con su aliento embalsamado! ¡Devolvédmela, Leonor, y sino diré que habeis envenenado á vuestros dos hermanos, á mi hija, y que Dios no puede consentir que en el trono de Navarra se siente, no ya un verdugo, sino una agote!!!

—¡Ah!

—Si: lo sois, doña Leonor. ¡Si vuestro amante es leproso, vos que habeis vivido con él, vos que lo habeis retenido tantos dias en vuestra casa, agote sois tambien! ¡agote! ¡agote!

Es imposible describir el terror que causaron estas palabras en el ánimo de la reina.

La penitente se apresuró á decir:

—Sosegaos, señora, Catalina está salvada.

—¡No! ¡no! contestó el conde: el licor que debia curarla no ha llegado á sus lábios.

—¡Cielos! esclamó Jimeno.

—Le ha vertido en las losas del pavimento.

Un grito de espanto salió á un tiempo de boca de todos. Solo mosen Pierres de Peralta permaneció tranquilo: su sensibilidad no pasaba de los límites de su patriotismo.

—¿Teneis algun resto de ese licor? preguntó á Jimeno.

—Ni una gota.

—¿Y sin ese remedio Catalina perece?

—Infaliblemente.

—¿Y quién podrá proporcionarlo?

—En Navarra nadie, sino Jehú.

—¿Qué Jehú?

—El médico de la reina.

— Pronto á buscarlo, señora, dijo mosen Pierres á Leonor. Guiad vos á su laboratorio.

La reina obedeció como un autómata. Tras ella fueron el conde y mosen Pierres de Peralta.

En el aposento se quedaron la penitente, Jimeno y el agote.

— Inés, dijo el príncipe bastardo: algo grave, y estraordinario ha pasado en el palacio del conde....

— He adivinado tu pensamiento, y por eso he permanecido aqui... A Dios, Jimeno... voy al lado de Catalina.

Y desapareció la penitente por la puerta falsa.

— Vos, padre mio... idme á esperar á la ermita.

Samuel se partió tambien por el mismo sitio.

— Heme aquí solo, solo, esclamó Jimeno, he roto yo todos mis vínculos con el mundo! ¡No, todos no...! Todavía me queda uno que no se rompe sino con la muerte... Todavía puedo hacer algun beneficio á mis semejantes.

Y el príncipe agote marchóse en pos de la reina y de los caballeros, siguiendo sus pasos de lejos... como un perro derrengado, que por sus inmundas llagas ha sido arrojado de casa por el amo.

El conde de Lerin iba recojiendo en el tránsito noticias acerca del paradero de Jehú, cuyos conocimientos científicos eran á la sazon tan importantes. Habíanle visto algunos criados descender á su habitacion subterránea, despues de la visita de la mañana, y se le creía dentro de su laboratorio, pues que nadie le viera salir.

La esperanza de hallarle presto, y la seguridad de obtener la medicina despues de hallado, era la única brisa de consuelo que en dia tan borrascoso penetraba en el corazon de aquellos tres personajes: con la salvacion de Catalina se arrancaba á la reina la espina mas honda y punzante de sus remordimientos: el conde de Lerin conseguia cuanto deseaba: mosen Pierres conservaba incólume la monarquía de Sancho el Bravo.

Bajaban, pues, taciturnos y sombríos á la cueva del médico, sin dirijirse recíprocamente una mirada. La reina llegó la primera á la puerta de las habitaciones subterráneas, y dió un golpecito creyéndola cerrada: el conde vino en seguida y aguardó á que respondiesen; pero mosen Pierres, que fué el postrero, tornó á llamar con un golpe, que podia pasar por verdadero empujon, y la puerta que estaba entornada solamente, jiró sobre sus goznes rechinantes, y con sonoro estrépito fué á chocar contra los gruesos paredones de una galería abovedada.

— Está, está dentro, dijo el de Peralta.

— Ahora falta que... añadió el conde receloso.

— Nada hay que temer: somos bastante ricos; contestó el primero.

La reina seguia taciturna.

Eran vastas aquellas bóvedas que el judío habia escojido para oficinas y habitacion, y por lo mismo no estrañaron el silencio y soledad que en ellas reinaba: creyeron que el hombre fatídico, semejante á un Dios infernal, que en lugares tan pavorosos preparaba la salud ó la muerte de los seres que vivian en un mundo superior, debia habitar en los mas retirados aposentos.

Uno á uno registraban aquellos ánditos medrosos y desamparados, desnudos de adornos y aun de muebles, y solo ocupados por esqueletos de toda especie de animales, montones de piedras informes, plantas mas ó menos lacias y secas, crisoles, redomas alquitaras, hornos, tubos, retortas y otros instrumentos de una ciencia, que tenia entonces por objeto la investigacion de un error, y que con el tiempo se habia de convertir en manantial fecundo de verdades.

Jehú, sin embargo, no parecia.

Recorrian una vez, y otra vez aquellos aposentos dando voces, y deteniéndose á escuchar; el eco repetia sus palabras, pero nadie respondia. No acababan de persuadirse de que el médico hubiera salido dejando abierto su laboratorio; pero al fin se convencieron de tan triste verdad. Un consuelo les quedaba, sin embargo: la noche estaba ya muy avanzada: era imposible que Jehú tardase en volver.

Dejaron á la puerta dos criados, y la reina y los caballeros subieron á tomar informes mas exactos acerca del judío, á quien se buscaba por cien parajes al mismo tiempo. Todas las noticias eran contestes: todos los mensageros estaban conformes: Jehú no parecia en ninguna parte: Jehú debia estar en su cueva.

Bajaba otra vez al subterráneo el conde de Lerin, y se volvia de la puerta, desengañado por los dos criados que estaban de centinela y que no habian visto entrar á nadie.

Era inconcebible aquel misterio, y era horrible sobre todo aquel martirio: los instantes pasaban... las horas transcurrian: el veneno iba haciendo estragos en las entrañas de Catalina, y el único que podia suministrarla el remedio, en ninguna parte se encontraba. Nadie sabia de él.... ¿Se lo habia tragado la tierra?

Esta suposicion que parecia exagerada, era sin embargo casi materialmente cierta.

Ya saben nuestros lectores que Jehú guardaba sus tesoros en una cueva mas recóndita y profunda todavía que su laboratorio. Esta cueva no tenia puerta, y se bajaba á ella por una trampa que se abria con cierto resorte. Por ella descendia el judío al subterráneo, donde en una arca enorme de hierro guardaba todas sus riquezas.

El envenanamiento de Catalina habia sido un negocio muy lucrati-

vo para él: por preparar la ponzoña, la reina le habia dado todos sus diamantes; por suministrársela, oro sin tasa: por el remedio, oro tambien y joyas el mariscal y el conde de Lerin: la cueva del hebreo no podia contener las aguas de aquel Pactolo inagotable, que corria con el ímpetu y abundancia del torrente.

Un hombre, sin embargo, podia secarlo con su palabra, como secó el Señor con su soplo las aguas del diluvio. Este hombre era Jimeno. Mas sábio que el judío habia penetrado el secreto de los diamantes de la reina, y podia delatar aquel robo, y el crímen cometido con Catalina de Beaumont. Estas premisas bastaban para que el médico sacase la consecuencia de que, á todo trance, era preciso acabar con la vida de un hombre que poseia secretos tan peligrosos. Habia sin embargo una pequeña dificultad en seguir este consejo. Jimeno sabia tambien el secreto de hacer diamantes: ¡como renunciaba un avaro á las probabilidades de hacerse dueño de este descubrimiento!

Jehú tenia bien guardadas todas sus riquezas, y la misma solicitud empleaba en esconder un dinero, que un tesoro; pero el recelo de perder una prenda querida acrecienta el cariño que la tenemos: infunde deseos de verla, de contemplarla, de asegurarse de su posesion, de lo vano de los temores concebidos. Bajó pues á su laboratorio el anciano hebreo, despues de su entrevista con Jimeno: encendió una antorcha, abrió la trampa, levantó la losa, dejóla caer como la de un sepulcro, y descendió rapidamente al fondo del subterráneo. Veinte escalones habria bajado, cuando vió en un rincon el arca de hierro intacta, sola, bien conservada. Entonces levantó la frente, y lanzó á lo alto una mirada de triunfo y de alegria que traspasando el doble subterráneo, era un insulto dirijido al mundo que se ajitaba encima; al mismo Dios que se cierne sobre los mundos.

No le cabia duda de que sus tesoros estaban íntegros, desde el momento en que habia visto el arca. Estaba construida esta de manera que todo el que fuese á meter una llave, á levantar la tapa, á posarse encima, quedaba preso irremisiblemente entre dos brazos de hierro que salian de repente y le sujetaban contra el plano vertical. Unicamente el judio poseia el secreto de abrirla sin esponerse á semejante peligro, y por lo mismo una mirada de léjos bastaba á tranquilizarle: sus tesoros allí estaban intactos. Nadie, nadie habia profanado con sus codiciosas miradas aquellas riquezas, nadie las habia disminuido, ni aun con el roce de sus manos.

Por un instante le ocurrió el pensamiento de volverse atrás .. pero estaba tan cerca de aquellos tesoros queridos... sintió tal ansia por tocar el oro, por contarlo, por ecsaminar el brillo de los nuevos diamantes, que como el ciervo sediento á la fuente, se precipitó al arca

con los ojos inflamados, con las manos trémulas, corazon palpitante cayó de rodillas, y la dió un abrazo tan ardiente como el primero de un esposo enamorado, y con los lábios sobre la fria plancha, permanecio desvanecido algun rato en semejante postura. Levantó luego la frente bañada de sudor, y quiso tocar el resorte para abrir el arca. y adorar sus tesoros; pero sentia á sus espaldas una opresion estraña: trató de alargar los brazos para apartar de sí aquel peso, aquel obstáculo desconocido, y no pudo volverlos atrás. Entonces creyó el médico que la humedad y el frio de la cueva le habrian producido alguna paralisis parcial, y procuró levantarse. ¡En vano, todo en vano! Dos brazos de hierro le estrechaban: como si el arca fuese sensible á sus caricias habia pagado un abrazo con otro abrazo! Preso estaba en sus propias redes; cojido en la trampa que para los demás habia preparado. Inútiles eran sus esfuerzos para escapar de entre aquellos arcos de acero que le oprimian contra sus tesoros... ¡Nadie, nadie mejor que Jehú sabia que no podria salvarse, si Dios no le enviaba alguna persona que de allí le sacára!

Creyó al principio que fuese una enfermedad, imajinóse luego que los ladrones le habian sorprendido durante su letargo, y apretaba convulsivamente el arca, como estrecha una madre contra su seno al hijo perseguido; y conforme iba apretando, los arcos de hierro iban saliendo y afirmándose, y sujetándole mas y mas hasta el punto de ahogarle. Entonces conoció su situacion, y dando un grito pavoroso, cayó desmayado de terror.

Muchas horas pasaron sin que volviera en sí: al fin levantó poco á poco los párpados... la antorcha se habia estinguido... la oscuridad era completa. El judío no se acordaba de lo que habia pasado, pero sentia el frio y tan conocido contacto del arca: se vió junto á sus riquezas, al lado de sus delicias, de todo cuanto en el mundo de mas precioso habia...

Solia quedarse dormido al pié del arca, y creyó que ahora le habia sucedido otro tanto. En medio de la oscuridad veia el brillo de los diamantes, y los amarillentos reflejos del oro, pero sus lábios estaban secos, su lengua pegada al paladar, sus fauces duras y ardientes... tenia sed horrible, y era preciso subir al laboratorio. ¡Oh! ¿Quién es capaz de describir el grito que lanzó el anciano cuando fué á levantarse y se encontró pegado, aplastado contra la plancha, destinado á morir de sed, de hambre al lado de aquellos caudales que bastaban para sustentar ejércitos enteros! Para encontrar algun consuelo lamia en el hierro las gotas de sudor que le caian del rostro, y la frialdad del metal apaciguaba su sed por un momento, para irritarla mas...

¡Cuan horribles tormentos l ehacian sufrir aquellos ingratos tesoros

que á costa de tantas privaciones, de tantos crímenes habia amontonado! ¡Por un vaso de agua daria la mitad de sus diamantes! ¡Un vaso de agua!

La imajinacion mas ecsaltada no puede formarse ilusiones mas ricas, mas dulces, mas regaladas, como las que el anciano veia al traves del vaso de agua fresca, pura, cristalina. Arroyuelos trasparentes; cascadas espumosas que salpicaban de perlas márjenes floridas, que retrataban iris de suavísimos colores; torrentes estruendosos, grutas manantiales, rios cristalinos... ¡el mar! El mar negro, profundo, inconmesurable... el mar semejante á Dios en lo sereno y terrible; el mar le trajo á la memoria los crímenes que habia cometido: las negras olas se tornaron rojas: el agua en sangre: allí flotaban Cárlos el príncipe de Viana, Blanca de Navarra, Catalina de Beaumont, pálidos espectros que resaltaban en el fondo de un cielo tempestuoso, surcado por algun relámpago, que el hebreo creia ser el ojo del Señor que fulminaba venganza.

Pero conforme las horas transcurrian, la sed y el hambre se le hacian insufribles: parecíale que la cueva estaba poblada de vívoras que le roian las entrañas... Y al apartar de sí aquellos inmundos reptiles, se desgarraba el pecho con las uñas, y era tanta su sed que se chupaba con avidez la sangre en que se empapaban las yemas de los dedos. En medio de tan horribles tormentos le pareció sentir una vez pisadas sobre la losa que cerraba la entrada de la cueva... ¡oh! que alegria tan profunda sintió en su corazon...! Quiso gritar; pero su voz era ronca, debil, y desmayada... tan solo producia un berrido inarticulado que se apagaba dentro de aquellos gruesos murallones. No habia esperanza, no habia misericordia, y el judío blasfemaba, maldecia de Dios y de los hombres, del oro y de los diamantes. ¡Oh! ¡cuantas buenas obras omitidas, cuantos beneficios olvidados, cuantos goces perdidos representaba aquel cúmulo de preciosidades que no valian ahora un pedazo de pan, una gota de agua! Pero las pisadas continuaban con pequeños intervalos de silencio: conocia Jehú que la habitacion habia sido invadida por jentes que le andaban buscando, y que no atinaban con la entrada de la cueva, con el resorte de la losa. ¡Cuan caras pagaba ahora sus escesivas precauciones, su cuidado sus desvelos para conservar aquel monton de oro que dentro de poco tendria que abandonar! Pero á las pisadas, siguieron golpes... no habia duda... estaban abriendo la entrada... habian oido los gritos del pobre anciano... se habian compadecido de él... bajaban ya... estaban cerca... la reina... sus escuderos... ¡oh! Ya nada, nada tenia que temer... se habia salvado... con todos sus tesoros...! El hebreo ya no se acordaba de sus peligros, de sus horribles tormentos... se habian salvado sus riquezas;

pero estaban descubiertas... estaban espuestas á las codiciosas miradas de los estraños... ¡Oh! ¡Qué abrazo tan doloroso dió entonces el judío al arca poco antes menospreciada...!

—No, no hay nada aquí...! gritaba... piedras minerales, tierra... para medicinas... ¡nada... nada! dijo haciendo un esfuerzo para gritar y el eco repetia sordamente sus últimas palabras:

¡Nada, nada!

El miserable se detuvo á escuchar conteniendo su respiracion: volvió los ojos hácia las escaleras y... ¡nada! ¡nada!

Todo era pura ilusion de su fantasía. Nada mas que hambre, sed, pero sed ardiente, devoradora que ya no se entretenia con la sangre del pecho desgarrado, que buscaba una fuente en cada dedo mordido, magullado entre los dientes. . . . . .

. . . ¡Nada..! ¡nada..!

Tres dias habian pasado: practicábanse las mas vivas dilijencias para encontrar al judio... Catalina se iba consumiendo como una lámpara abandonada... Jehú no parecia, y nadie, nadie atinaba con el remedio para la hija del conde de Lerin.

Pero lo mas estraño del caso era que del laboratorio de Jehú se veian salir de noche siniestros resplandores, y humo de la chimenea de sus hornillos: los escuderos colocados á la puerta no habian visto entrar á nadie, y cuando llamaban á gritos desde afuera, nadie tampoco les respondia. Creyóse que los diablos despues de llevarse en cuerpo y alma al médico judío se habian apoderado de sus instrumentos y de sus esqueletos para confeccionar untos mágicos destinados á los duendes, trasgos, brujas y fantasmas; y no habia fuerza humana para que nadie penetrase en aquel recinto defendido por la supersticion.

Una mujer fué la única que desafiando tan estendidas y arraigadas preocupaciones se atrevió á dar este paso. La penitente. Entró sola, tranquila y confiada, y salió al poco rato con un pomo de cristal en la mano.

—Ahí teneis, le dijo al conde de Lerin: ahí teneis el remedio mas eficaz para vuestra hija. Llevádselo al punto, y con tal de que conserve un soplo de vida, está salvada.

En vano preguntaron todos á quien se debia este milagro: en vano quisieron informarse de la suerte de Jehú. Inés taciturna cojió á Leonor, y llevósela consigo hasta la puerta del laboratorio.

—Entrad, señora; la dijo con una voz á que no podia resistir.

La reina entró temblando conducida por la penitente. Al poco rato percibió un bulto. Era Jimeno:

Jimeno nada dijo á la reina: asióla de la mano, levantó la losa de

la cueva, cogió una antorcha, descendió hasta el fondo del subterráneo, y cuando Leonor miraba atónita á todas partes, el infanzon señaló con el dedo el cadáver de Jehú, que tenia aun en los sangrientos labios sus propios dedos medio comidos.

Leonor lanzó un grito pavoroso, y retrocedió algunos pasos: pero Jimeno asióla segunda vez y la dijo.

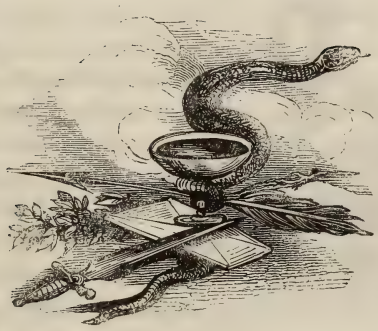
—No habeis visto todo, ¡mirad, mirad!

Y llevándola cerca del arca de hierro, arrimó la antorcha, y mostró en la superficie un letrero sangriento que el hebreo habia trazado con el dedo:

Carlos.... Blanca.... Catalina....

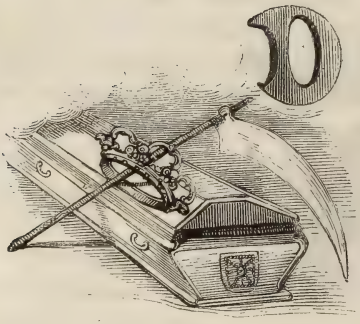
—Sí este era cómplice vuestro no mas... esclamó Jimeno: ¿que reserva Dios para el autor del crímen?

La reina cayó en los brazos de Inés, como herida de un rayo.



CAPITULO XXX.

Que parece inútil; pues está reducido á probar que Dios hace las cosas mejor que los hombres. Se publica, sin embargo, para el que quiera leerlo.



Dos dias despues, era el 12 de febrero. Leonor estaba postrada en cama desde que del subterráneo del judío subió en brazos de Jimeno y de la Penitente hasta la puerta del laboratorio, y de allí hasta su lecho, conducida por los criados. Tornó de su desmayo, mas bien á la impresion de los agudos dolores que sentia en el estómago, que al influjo de los remedios que le aplicaron.

Cuando se vió en su aposento, y recordó lo que acababa de suceder, cuando sintió en toda su fuerza horribles punzadas de dolor, ninguna duda tuvo de que habia sido envenenada. Llamó á Brianda, y la intimó la órden de que nadie, nadie entrase en su habitacion: nadie, ni sus propios hijos, á quienes suponia tan impacientes por heredar á su madre, como ella á sus hermanos: nadie, ni los médicos que podian estar ganados por sus enemigos, como Jehú por ella para envenenar al príncipe don Carlos. Brianda solo tenia el triste privilejio de escuchar sus profundos ayes, sus sollozos, sus gritos desgarradores: Brianda.... pero la reina no escluia á Brianda de sus recelos, y

no acercaba á sus labios una medicina, un vaso de agua, sin que la dueña hubiese bebido la mitad.

Leonor, que de antemano tenia preparadas algunas triacas para el caso temido de ser emponzoñada, las fué apurando todas en poco tiempo, con tan mal éxito, que sus dolores se acrecentaban, su postracion era cada vez mas visible, y ya su rostro consumido se iba cubriendo con las sombras de la muerte. ¡Que estraño era, si además de los padecimientos corporales, su espíritu estaba acongojado, atribulado por las terribles imájenes que cruzaban delante de su lecho; si los remordimientos le roian las entrañas; si ninguna memoria dulce venia á suspender por un solo instante aquella gran máquina de tormentos que martirizaba por fuera á un mismo tiempo todos sus miembros, y por dentro todas las potencias de su espíritu! Cuando sus labios no exhalaban ayes, cuando no proferian imprecaciones, dictaban órdenes tiránicas de prisiones, de suplicios, de muerte contra aquellos á quienes, por un instante, sospechaba autores ó cómplices del crímen que con ella se habia cometido.

Brianda ni se tomaba el trabajo de repetir estas órdenes á los caballeros que estaban esperando en las prócsimas habitaciones noticias de la salud de doña Leonor. ¿Quién se encargaba de ejecutar estos decretos, tal vez lanzados contra los mismos que habian de llevarlos á cabo? Así pasó la primera noche, noche cruel, interminable de dolores espantosos, de angustiosa agonía. Amaneció por fin el 12 de febrero, y la pobre dueña conoció que era imposible pudiese prolongarse mas aquella ecsistencia tan derruida. Abrió las puertas que conducian al lecho, y se detuvo en la primera con ánimo de contener el tropel que se precipitaria por ver á la reina moribunda. ¡Ay! ¡Nadie, nadie traspasó el umbral de la desgracia! Los hijos de Leonor estaban fuera del reino; mosen Pierres de Peralta, despues de haber entregado los castillos al Conde de Lerin, habia marchado, celoso siempre de la conservacion de la monarquía, á traer al príncipe heredero de la corona. Felipe de Navarra estaba muerto; los demás eran, ó caballeros demasiado orgullosos para aguantar mucho tiempo los caprichos, y desaires de la reina; ó cortesanos que volvian la espalda al sol que ya no podia calentarles.

Brianda estuvo esperando en vano: nadie entró, únicamente vió llegar con paso grave una muger cubierta de negro, la cual se acercó silenciosa al lecho de Leonor.

—¡Ines! ¡Ines! esclamó la reina: ¿vienes á gozarte en mi dolor, á insultarme?

—No; contestó la penitente: estais sola, desamparada: el conde de Lerin despues de haber asesinado al mariscal, anda ocupado en ocultar

su muerte hasta tomar posesion de los castillos: mosen Pierres de Peralta, viendo que os faltaban pocos dias de vida; para que el trono no quede vacante un solo momento, para que vuestro hermano don Fernando no se aproveche del interegno, ha ido á traer de Bearne al príncipe Febo, que debe sucederos: los caballeros de la corte, asustados de vuestros gritos, de vuestras amenazas, de vuestras imprecaciones han huido del alcazar... y cuando todos os abandonan vengo yo á buscaros! vengo á traeros lo que habeis menester.... ¡Un médico y un confesor,

— ¡Un médico que me envenene! ¡un confesor que me maldiga!

— No, esclamó Jimeno entrando á la sazon: si os hubiera envenenado no habriais llegado á ser reina, y no estaria tan tranquilo como me veis, mirándome en el espejo de vuestas propias desventuras. ¡Leonor! No es la mano del hombre la que os mata: herida estais por el rayo de la justicia divina. Bebidas puedo daros que mitiguen vuestros dolores; remedios eficaces para vuestra enfermedad, ninguno. Solo vengo á deciros que os restan pocas horas de vida. Para vos no hay salud en el mundo; pero aquí teneis un confesor que os alcanzará la salud eterna.

Y detrás de Jimeno apareció sumido en sus hábitos de Benedictino el padre maestro Abarca.

— ¡Oh! ¿Con qné no hay remedio para mí? esclamó confusa la reina.

— Ninguno.

— ¿Y tengo que morir á las tres semanas de haberme coronado?

El fraile de Irache levantó la cabeza al escuchar estas palabras, y como si saliese de profundas meditaciones, díjo de repente.

— ¡Incompletas, señora, incompletas! Vuestra Majestad fué coronada el dia 28 de enero, á las once menos cuarto de la mañana, y hoy estamos á 12 de febrero.

— ¡Doce de febrero! esclamó la reina con terror.

— Sí, señora, repuso el coronista: de manera que hoy es el décimo quinto dia del reinado de vuestra majestad.

La reina cambió de espresion al escuchar estas palabras. Seguia aterrada; pero su terror no era de desesperacion.

— Acercaos, dijo al caballero con voz desfallecida: juradme por el alma de Blanca de Navarra que muero yo de muerte natural: que no he recibido sustancia alguna venenosa.

— Lo juro señora, esclamó Jimeno: juro por el alma de aquel ánjel que está gozando del Señor, que morís de un cáncer que os devora interiormente, y no por ninguna ponzoña.

— Jimeno, prosiguió la reina incorporándose: querias vengarte de mí; pero Dios te ha vengado mucho mejor que tu pudieras desearlo.

Lám. 28

Quince años hace hoy que maté á mi hermana doña Blanca de Navarra, y Dios me mata en su mismo aniversario. Dios ha permitido que reine quince dias, y que en esos quince dias no haya dado un solo decreto, una sola órden como reina, y sóberana. La historia no recojerá ni un solo documento en que aparezca mi firma de reina propietaria: ningun beneficio he dispensado á mis pueblos: solo he sido reina para sufrir horriblemente: memoria dejará mi reinado; pero será memoria de maldicion. ¡Solo, solo Dios podia haberme castigado de tan ejemplar manera!

—Señora, esclamó Jimeno enternecido: si esas palabras son de síncero arrepentimiento, perdóneos Dios como al morir os perdonó Blanca de Navarra..... como os perdono yo!

—¡Como os perdona tambien Inés de Aguilar! esclamó la Penitente.

—Como os perdona Catalina de Beaumont, repitió la hija del conde de Lerin, que conducida por Brianda, entró á la sazon cubierta con un saco de penitente.

Todos cayeron de rodillas: la reina quedó aterrada al ver el semblante desfigurado de su víctima postrera.

—Todos, todos son mejores que yo quisiera, dijo la enferma con la desesperacion de un réprobo.

El fraile de Irache indicó á los circunstantes que podian retirarse y se quedó solo con la reina.

Al cabo de una hora, viendo Jimeno qúe no salia, asomó la cabeza, y vió al padre Abarca con una pluma en la mano.

—¿Qué haceis? le preguntó el caballero.

—¡Ah! dijo el coronista como sorprendido: iba á tomar apuntamientos acerca del dia y de la hora en que ha espirado la reina doña Leonor, para completar mi crónica.

—¡Como! ¿Ha muerto?

—El dia doce de febrero, á las tres y media y algunos minutos de la tarde.

—Padre maestro, en vuestra crónica figuro yo como uno de los principales personajes... no os vendrá mal leer mis memorias.

—¡Mal! Por el contrario, tendré en ello el mas sabroso placer de mi vida!

—Pues bien, tomad, añadió el caballero, sacando unos papeles y entregándoselos al historiador: es lo único que me queda que hacer por Blanca de Navarra.

El fraile leyó rápidamente el título que decia:

Memorias de don Jimeno de Nápoles, príncipe bastardo del rey don Alfonso el Magnánimo.

— ¿Sois vos? esclamó el fraile.

—Ahi en ese libro soy el amante de Blanca, soy el príncipe de Nápoles: aquí en Navarra soy un agote... en Granada á donde me parto, seré un soldado cristiano, que morirá muy presto peleando contra los enemigos de nuestra santa religion.

Cuando salió Jimeno del aposento mortuorio, halló abrazadas á Inés y Catalina. Acababan de tomar las dos una misma resolucion: la de entrar juntas en el mismo convento de San Juan de Pie de Puerto, en que habitó doña Blanca de Navarra.

Jimeno las acompañó hasta que fueron recibidas en el monasterio, y se despidió de aquellos dos ánjeles que le prometieron pedir á Dios siempre juntas por su ventura.

— ¡Por mi ventura! respondió el caballero con melancólica sonrisa. ¡Si! Pedidle sobre todo que no difiera mucho tiempo mi ventura!

Y desapareció Jimeno profundamente triste, pero sin derramar una sola lágrima.

No sucedia lo mismo á su fiel amigo Chafarote, á quien llevaba consigo, mas bien como compañero de armas, que como escudero.

— ¡Cuerpo de tal! esclamaba el buen ex-ermitaño: ¡llorar yo como un chiquillo, y por segunda vez delante de vuesa merced!

— Deja que entremos en una batalla, y no tardarás en llorar la tercera.

— Señor, y no seria bueno, ántes que llegára ese caso, vengarnos del conde de Lerin que despues de haber causado las principales desgracias de su merced, al fin y al cabo, en eso de los castillos, se ha salido con la suya?

— Déjalo, Marin: si aquí abajo hubiese una perfecta justicia, no tendriamos que buscarla en el cielo.

Jimeno y Chafarote pasaron en efecto al reino de Castilla, despues de haber recojido á Simon, que sanó al poco tiempo.

El jóven monarca que sucedió á doña Leonor, llamado *Febo* por su peregrina hermosura y jentileza, murió tres años despues. Era muy aficionado á tocar la flauta, y al acercarla un dia á sus lábios se sintió repentinamente herido de un mortal veneno.

Ocupó el trono su hermana doña Catalina, casada con Juan Labrit. Estos reyes no murieron envenenados, ni era menester que así perecieran, puesto que cayeron destronados por las tropas de Fernando el *Católico*, llamadas por el conde de Lerin.

Pero de estos sucesos hablaremos, con el favor de Dios, en otra obra.

FIN.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTA OBRA.

PRIMERA PARTE.

Dedicatoria. v
Prólogo. vii

Cap. — Pág.

I. De como Mosen Pierres de Peralta conoció que la villana de Mendavia no era lo que parecia. 9
II. De como Jimeno dió muchos pasos en balde para averiguar lo que irá sabiendo el curioso lector sin necesidad de mover un pie. 18
III. De como Jimeno imitó á David. 29
IV. De como Jimeno, queriendo informarse de los demás, encontró quien le informase de sí mismo. 39
V. En que el autor suspende los amoríos para tratar cosas muy graves 52
VI. Del encuentro que tuvo el capitan de aventureros con una religiosa de San Benito. 59
VII. Que está entre el sesto y el octavo, y no sirve para otra cosa. 69
VIII. En que se refieren sucesos antiguos que magüer parezcan impertinentes atañen á nuestra historia. 74
IX. De como don Gaston de Fox quedó edificado de oir á su madre. 84
X. De como en casos de amor, lo mismo que en los de caza, unos levantan la liebre y otros la llevan á casa. 92
XI. De los consejos que dió Inés al capitan de aventureros. . . . 100
XII. En que se refieren ciertos amoríos que omite el fraile de Irache por no escandalizar á sus lectores. 105
XIII. De como el reprender una cosa en que no se ha pensado, pone en tentacion de hacer lo que se reprende. 114
XIV. De como el paje rubio se encargó de una embajada, cerca del capitan de aventureros. 121
XV. De como doña Blanca de Navarra, y el capitan de aventureros intentaron escapar del castillo, y á donde fueron á parar. . . 126
XVI. Donde se prosigue la materia del capítulo anterior: con otros raros sucesos. 135
XVII. De como acaba de contar una judía la historia que dejó interrumpida cierto cristiano. 145
XVIII. De como doña Blanca de Navarra se entretenia en el castillo de Ortés. 156
XIX. Del lastimoso fin que tuvo doña Blanca de Navarra. 170

PARTE SEGUNDA.

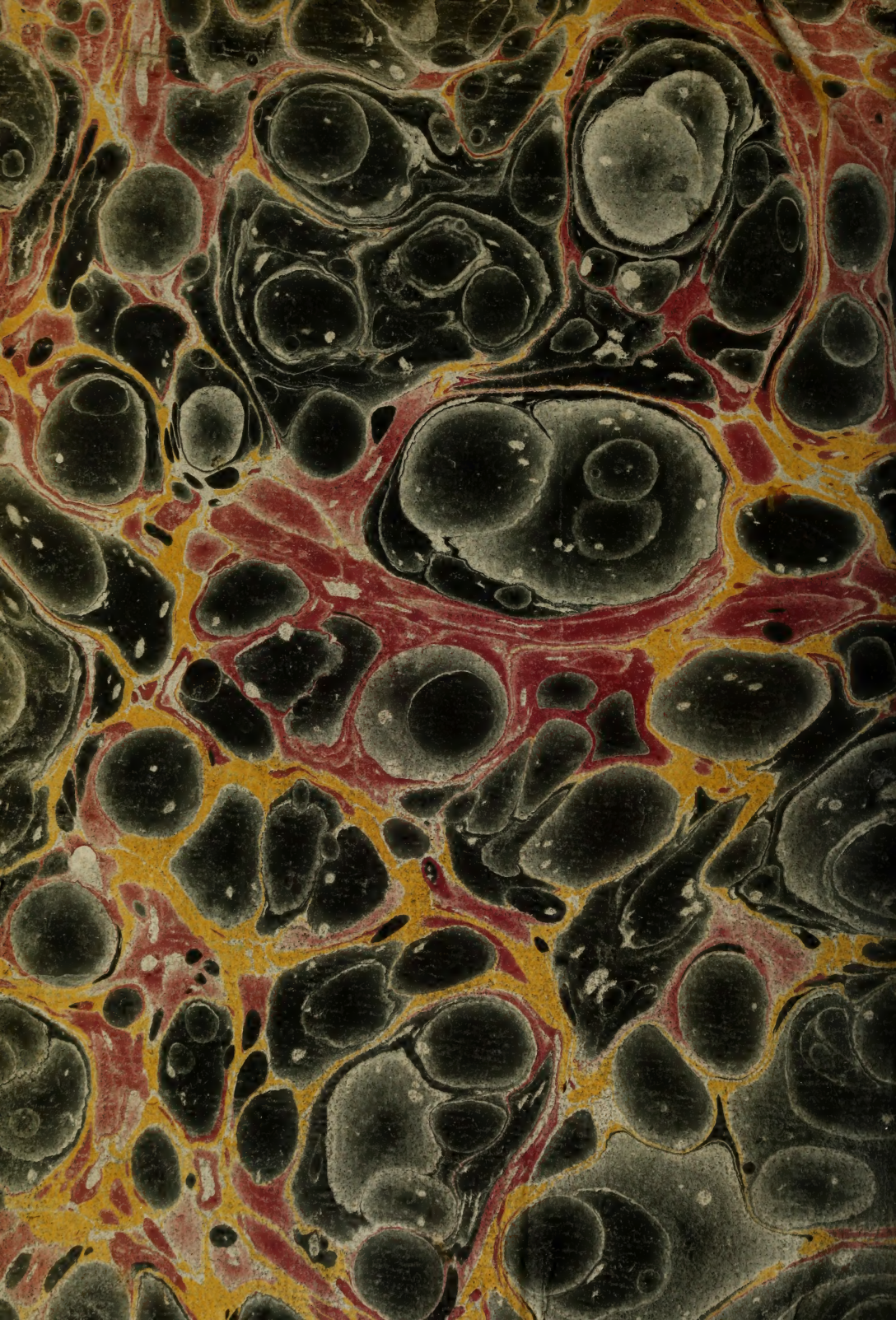
I. Entra el lector en relaciones personales con un santo varon, á quien solo conoce por sus escritos. 179

II. De la nevada que cayó en Estella, á fines de enero de 1479: con otros sucesos no menos estraordinarios. 189
III. De como Chafarote curaba la lepra por milagro á los que no la tenian. 200
IV. De como el infanzon se hacia esperar de una persona desesperada. 210
V. Cuéntase la historia de una ventana, y como esto no basta para llenar un capítulo, se refieren otras cosas. 219
VI. Que será muy corto. 231
VII. En que el autor se muestra conmovido sin venir al caso. . . . 236
VIII. Coronacion de la reina doña Leonor de Navarra. 244
IX. De como el fraile de Irache volvió á tomar, en mal hora para la reina, el oficio de coronista. 254
X. De como las mujeres enamoradas no sirven para tratar los graves negocios del Estado. 261
XI. Extrema gaudii luctus occupat 270
XII. Cuyo título no está en latin. 278
XIII. De como el conde de Lerin halló la horma de su zapato. . . . 284
XIV. En que se declara porque don Felipe de Navarra entró en el alcázar de Lerin como Pedro por su casa. 291
XV. De como salió don Felipe del castillo de Lerin; de como volvió á entrar; y de como le pesó de haber entrado. 301
XVI. De como Chafarote hizo dar á la Penitente muchos pasos escusados. 313
XVII. De como Jimeno, sin saber lo que se decia, dijo lo que le convenia decir. 323
XVIII. Que debia dar comienzo á la segunda parte de esta crónica, por cuanto, en él se toman los sucesos desde el fin de la primera. 332
XIX. De como se concertaron los desposorios del mariscal y Catalina; y de lo que avino á los novios el dia de la boda. 343
XX. Que casi debia formar parte del anterior, por que en él se prosigue la misma materia. 355
XXI. De como el autor vuelve á la ermita, á donde tornan tambien otros personages de nuestra crónica. 368
XXII. De como quiso tornar la reina doña Leonor á sus antiguas mañas. 379
XXIII. De como los que fueron por lana volvieron trasquilados. . . 390
XXIV. Que se llama así por seguir al veintitres. 403
XXV. De como el infanzon con su nueva alquimia, estrajo la quinta esencia de las noticias que necesitaba. 417
XXVI. De como el mariscal entregó al conde de Lerin todo cuanto este habia menester, y de como se lo agradeció el conde de Lerin. 430
XXVII. De las pláticas que tuvieron el infanzon y la penitente. . . 441
XXVIII De la estraña resolucion que tomó la reina doña Leonor para salir de todas sus cuitas. 449
XXIX. Del apacible tránsito del médico Jehú, al lado de los objetos mas queridos de su corazon. Es notable el pasage. 463
XXX. Que parece inútil; pues está reducido á probar que Dios hace las cosas mejor que los hombres. Se publica, sin embargo, para el que quiera leerlo. 472

PAUTA PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

El retrato del autor. . . . . Portada

	Paginas.
Lámina 1.	23
2.	35
3.	57
4.	51
5.	82
6.	96
7.	133
8.	149
9.	173
Doña Blanca de Navarra.	177
Lámina 10.	188
11.	208
12.	212
13.	199
14.	226
15.	232
16.	237
17.	251
18.	258
19.	273
20.	282
21.	311
22.	329
23.	342
24.	338
25.	348
26.	440
27.	460
28.	474



322031
LS
Author Navarro Villoslada, Francisco N3228d
Title Doña Blanca de Navarra. Ed. 3.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED